

***Revisionismo liquidador
contra trotskismo
(Defensa del trotskismo 2)***

Stéphane JUST

Edicions internacionals Sedov



Versión al castellano hecha desde
Révisionisme liquidateur contre trotskysme
(*Défense du Trotskysme – 2*)
SELIO, París, 1971
Edición digital de
Edicions Internacionals Sedov,
serie Stéphane Just – Escritos
Valencia, febrero 2015

Índice

Preámbulo.....	5
I. EL IMPERIALISMO ¿FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO O NUEVA ÉPOCA HISTÓRICA?.....	8
El año 1968: ¿año milagroso?	8
El Secretariado Unificado, clave de bóveda del revisionismo	10
“Por primera vez”	12
“Neocapitalismo” y “capitalismo monopolista de estado”	17
A cada uno su Garaudy: Pablo	19
¿La “ciencia, fuerza productiva directa”?.....	23
Un rasgo característico del imperialismo: la economía de armamento	30
Los EEUU entran en el ciclo de la economía de armamento	42
El eclecticismo y el método de Marx	44
Inflación de crédito, moneda, capital ficticio	47
Mayo-junio del 68 en Francia, agosto del 68 en Checoslovaquia: el proletariado responde.....	50
II. EL IMPERIALISMO, LA BUROCRACIA DEL KREMLIN, LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE EUROPA	53
Proletarios aburguesados	53
Mandel pulveriza la unidad mundial de la lucha de clases.....	55
Una “derrota” muy oportuna	57
La lucha de clases en Europa y en el mundo.....	58
Dominar Europa para dominar el mundo	60
El imperialismo alemán intenta “unificar” Europa.....	62
Las burguesías europeas salvadas por los pelos	64
El proletariado de Europa se protege como clase gracias a su potencia.....	67
El proletariado de Europa no cesa de combatir	68
Radicalismo verbal y traición	70
Europa, llaga abierta del imperialismo	74
Mandel escamotea la lucha de clases en beneficio de la “guerra fría”	76
¿Un capitalismo europeo?	77
Del capitalismo europeo al superimperialismo	78
La interpenetración de los capitales.....	80
Concentración de grupos nacionales europeos.....	81
La propiedad privada de los medios de producción y un “capitalismo colectivo”.....	85

El Mercado Común beneficia a los más fuertes	88
Las fronteras de Europa: del Elba a Trieste.....	89
¿El proletariado, se “separa” o marcha al asalto del imperialismo mundial?.....	91
El imperialismo tiende a “reunificar” Europa a su manera	92
El imperialismo alemán, el Oeste y el Este de Europa.....	94
Un juicio sobre la economía de la URSS	96
A falta del “cerebro universal”... el mercado	98
Entre el capitalismo y el socialismo, pero ¿en qué momento?.....	100
La única condición histórica del modo de producción capitalista.....	101
Compatibilidad monetaria y ley del valor	102
Cómo responde Trotsky y cómo responde la burocracia	104
Mandel partidario de la construcción del socialismo en un solo país	106
Los ejemplos de Checoslovaquia y de la RDA	108
La tenaza de las fuerzas de clase	110
III. LA VÍA FRÍA CORTADA, REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN AL	
ORDEN DEL DÍA	113
Apogeo y decrepitud de la democracia burguesa parlamentaria.....	113
De Gaulle intenta vencer a la clase obrera	118
Los objetivos del gaullismo.....	121
Los mismos problemas en todas partes	124
¿“Autorreforma” de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites?.....	127
Las burocracias parasitarias contra la clase obrera.....	128
¿Quién defiende y quién ataca las conquistas de Octubre?.....	131
Termidor burgués y termidor soviético	134
El evolucionismo “reformador”.....	136
Las burocracias parasitarias, agentes de la burguesía en la URSS y en Europa del Este	
.....	138
El peligro de restauración del capitalismo.....	140
La putrefacción del imperialismo estadounidense y sus consecuencias.....	142
Revolución y contrarrevolución se espolean recíprocamente.	144
Quiebra de una política.....	146
Entre el proletariado y la burguesía: la guerra civil.....	149
La huelga general francesa, la revolución política en Checoslovaquia, momentos de la	
revolución mundial	151
<i>La burocracia del Kremlin aplica el plan Nixon</i>	153
<i>Revolución, contrarrevolución y Estados Unidos Socialistas de Europa</i>	161
IV HEGEMONÍA DEL PROLETARIADO EN LA LUCHA DE CLASES, FRENTE	
ÚNICO OBRERO Y CUESTIONES DEL PODER	166
La hegemonía del proletariado en la lucha de clases.....	166
La ilusiones de la huelga general y de la “primavera de los pueblos”	176
Unidad de clase del proletariado, aparatos burocráticos y pablistas	183
El dilema: dictadura del proletariado o barbarie fascista	194
Reivindicaciones “cualitativas” (sobredeterminadas) y Programa de Transición....	204
El frente único y la cuestión del poder	210
Aplicación concreta de la estrategia del Frente Único	218
V ¿“NUEVAS VANGUARDIAS”? ¡NO! RECONSTRUCCIÓN DE LA IV	
INTERNACIONAL	225
Mutaciones políticas y continuidad del pablismo.....	225
Mandel la toma con el Partido Bolchevique.....	234
El movimiento histórico del proletariado y el partido revolucionario.....	238

Marx, Engels, sobre la teoría de la revolución permanente.....	245
Trotsky desarrolla la teoría de la revolución permanente.....	250
De la “subestimación del campesinado” a la “construcción del socialismo en un solo país”	255
El imperialismo, fase superior del capitalismo, y la revolución permanente	261
La teoría de la revolución permanente y el “objetivismo”	265
La única conclusión: reconstruir la IV Internacional	271
Anexo: POR LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CUARTA INTERNACIONAL.	
Documento adoptado por la Organización Trotskysta (por la reconstrucción de la IV Internacional).....	275
I. Continuidad de la I, II, III y IV internacionales	275
II. El fin de la posguerra	276
III. Fracaso y reorientación de la estrategia del imperialismo.....	279
IV. Significado internacional de la caída de De Gaulle	281
V. Checoslovaquia y la crisis de la burocracia del Kremlin.....	283
VI. La crisis del estalinismo y la conferencia de los PC en Moscú.....	285
VII. La crisis revolucionaria que se abre	288
VIII. El programa de la IV Internacional y las conquistas teóricas y políticas del proletariado.....	290
IX. Lucha por el poder, por el frente único de clase y partidos revolucionarios.....	291
X. Reivindicaciones, libertades democráticas, revolución política, Frente Único, poder, partido revolucionario: en la URSS, en Europa del Este, en China	294
XI. Construcción del partido revolucionario y hegemonía del proletariado	297
XII. La unidad mundial de la lucha de clases.....	298
XIII. La Internacional y el Comité Internacional de la IV Internacional	302

Preámbulo

Esta obra del camarada Stéphane Just lleva por subtítulo *Defensa del trotskismo 2*, dejando claro así que constituye una continuación del estudio publicado en septiembre de 1965 por *La Vérité* y titulado *Defensa del trotskismo*¹. Este estudio se sitúa en la perspectiva de la reconstrucción de la IV Internacional: un balance, un análisis de conjunto de las posiciones del centro revisionista y liquidador que ha dislocado como totalidad políticamente centralizada a la IV Internacional fundada por León Trotsky en 1938. Aquel estudio se inscribía en la preparación de una conferencia del Comité Internacional de la IV Internacional, en lucha por la reconstrucción de la IV Internacional, conferencia que debía celebrarse en abril de 1966².

La obra de Stéphane Just *Revisionismo liquidador contra trotskismo* constituye (y esta es su justificación militante) un elemento central de la preparación de la IV^a Conferencia del Comité Internacional, conferencia cuyo objetivo es reunir, como etapa de la reconstrucción de la IV Internacional, a las organizaciones, grupos y tendencias que sitúan su actividad sobre la base del *Programa de Transición*, del programa de fundación de la IV Internacional.

Entre 1965 y 1971 no sólo ha pasado el tiempo. Las relaciones que se trababan entonces en la lucha internacional entre las clases, en el seno de la clase obrera, y cuya evolución estaba resumida en los siguientes términos por el Manifiesto adoptado en la Conferencia Internacional de abril de 1966: *“lejos de expresar cualquier estabilización del imperialismo, los golpes que descarga éste son episodios de una lucha de clases mundial que se incluye en el período revolucionario abierto por la guerra. Significan una acentuación de la lucha de clases internacional para los años venideros y un alineamiento de las fuerzas sociales en relación con las clases fundamentales, proletariado y burguesía, dejando cada vez menos lugar a un apolítica de equilibrio de las capas sociales pequeño burguesas (burocracia del Kremlin y sus satélites, burguesías nacionales de los países económicamente atrasados, aparatos pequeño burgueses salidos de la clase obrera en los países económicamente avanzados). El enfrentamiento que se prepara a escala mundial tiene como fundamento el conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales burguesas de las que forman parte las fronteras nacionales”*, han llevado, principalmente a través de la huelga general de mayo junio de 1968 en Francia y el ascenso de la revolución política en Checoslovaquia, a la apertura de un nuevo período.

Este período es el de la inminencia de la revolución y la contrarrevolución, es decir aquel en que todas las luchas del proletariado convergen directamente hacia la revolución proletaria, en el que ninguna estabilización de las relaciones entre las clases fundamentales es previsible sin un enfrentamiento que lleve a una victoria decisiva de una de las fuerzas en presencia.

¹ Publicada en castellano por primera vez en esta serie de Textos de Stéphane Just: *Defensa del trotskismo*, Stéphane Just, [1965], 2014, Valencia; <http://grupgerminal.org/?q=node/709>

² *Défense du trotskisme*, *La Vérité* n° 530-531, septiembre 1965. El manifiesto de la Conferencia Internacional de abril de 1966 se publicó en el n° 533 de *La Vérité*, con fecha julio de 1966.

La nueva obra de Stéphane Just se define en relación con las exigencias de este período, en relación con la generalización teórica de la experiencia acumulada en las luchas de la clase obrera internacional durante esos años cruciales y en relación con la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional.

Desde este punto de vista, no se trata de una simple prolongación de *Defensa del trotskismo*: una vez ya establecida la génesis de la corriente revisionista, no se trata tanto de seguir los múltiples avatares de los Mandel, Frank, Krivine, sino de considerarlos como ilustraciones de un análisis fundamental.

Lo que está en el centro de este libro es el carácter de nuestra época: ¿es la que definía Lenin, la del imperialismo, fase superior del capitalismo, época de guerra y de revoluciones? ¿Es (y aquí se reúnen todos los enemigos del marxismo, se trate de malabaristas ideológicos al servicio del reformismo y del estalinismo o de los renegados del trotskismo) una época diferente, una nueva época de desarrollo del capitalismo, que se bautiza “neocapitalismo” como dice Mandel, era del “capitalismo monopolista de estado” como dicen los estalinistas?

No es cuestión aquí de establecer una especie de debate de ideas, de una oposición de interpretación de la evolución de la lucha de clases. Lo que está en juego es el mismo método marxista, el método de la revolución proletaria. Lo que está en cuestión es la expresión en términos teóricos de los problemas más vitales de la lucha del proletariado por la revolución socialista.

Y lo que le confiere su importancia al libro de Stéphane Just es que, por medio de la polémica (esa forma de expresión natural del marxismo), constituye efectivamente una “defensa del trotskismo” (es decir del marxismo) en la medida en que integra una rigurosa demostración de la justicia del programa de conjunto de los desarrollos de la lucha de clases, las formas actuales de la crisis del imperialismo.

Este libro fue terminado en diciembre de 1970. Es decir que en él no se mencionan los acontecimientos ocurridos después y que están lejos de carecer de importancia.

Para comprenderlo es suficiente con recordar la huelga general insurreccional de los obreros de Gdansk y de Sczezín que forzaron a la burocracia a sacrificar a Gomulka, llevando a la emergencia en toda Polonia de consejos obreros, llevando a una situación de inestabilidad en la que la revolución política está directamente al orden del día en Polonia. Es decir, en realidad, a una situación en la que la revolución proletaria en Europa amenaza más directamente que nunca a la burocracia del Kremlin, en la que en el marco de la maduración de la situación revolucionaria en Europa, se materializa la perspectiva de la revolución política en la URSS.

Para comprenderlo es suficiente recordar cómo se ha expresado, con el genocidio del pueblo bengalí, la realidad de la “coexistencia pacífica” y el papel que ha ejercido en este dramático episodio la burocracia china.

Es suficiente recordar el régimen de terror instaurado en Ceilán por el gobierno del “Frente Popular” de Bandanaraíke, gobierno del que forman parte renegados del trotskismo, dirigentes del partido que, durante años, fue el máspreciado florón del “Secretariado Unificado” de Mandel y Frank, que cubrió su adaptación cada vez más estrecha a la burguesía cingalesa.

Pero estos acontecimientos que, por el hecho de su importancia, exigen por parte de la vanguardia revolucionaria un estudio preciso, se inscriben en el movimiento internacional de la lucha de clases analizado en la obra de Stéphane Just y, en esta medida, si hubiesen podido ser integrados en ella no hubiesen modificado esencialmente el equilibrio del libro.

Obra de combate, el libro de Stéphane Just tiene como objeto esencial las características fundamentales de nuestra época, la definición de nuestro campo de batalla, de lo que Trotsky llamaba “nuestra patria en el tiempo”, tiene como sentido la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional.

Pues no cabe dudas que la IV Internacional es lo que se trata de reconstruir. La IV Internacional porque lo que basa su lugar histórico es su programa que responde totalmente (y esto es lo que demuestra Stéphane Just mediante el análisis de los desarrollos de la lucha de clases, de la crisis del imperialismo, de los procesos de la revolución política) a la naturaleza revolucionaria de nuestra época, la de la agonía del capitalismo.

28 de junio de 1971

I. EL IMPERIALISMO ¿FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO O NUEVA ÉPOCA HISTÓRICA?

El año 1968: ¿año milagroso?

El 13 de mayo de 1968, un millón de trabajadores y jóvenes desfilaron a través de París, desde la plaza de République hasta la plaza Denfert-Rochereau. La inmensa fuerza del proletariado francés se levantó. El gobierno comprendía que la clase obrera iba a levantarse, lo sabía desde antes de la manifestación, el sábado 11, desde el llamamiento del conjunto de centrales sindicales (CGT, FO, CFDT, FEN) a la huelga general de 24 horas y a la manifestación del 13 de mayo. Retrocedió.

De Gaulle-Pompidou, en aplicación de su política de conjunto que quiere adaptar la estructura del capitalismo francés a las exigencias del mercado mundial, estimaron durante las semanas precedentes que podían romper la resistencia de la juventud estudiantil con la aplicación de la reforma Fouchet. La agitación que reinaba en la universidad de Nanterre les sirvió de pretexto para cerrarla. Llevaron a numerosos estudiantes ante el consejo de disciplina para expulsarlos de la universidad. El viernes 3 de mayo, grupúsculos (este término es adecuado para el caso) fascistoides, cuyos lazos con la policía son evidentes, afirmaron que ellos “limpiarían la Sorbona de la morralla marxista”. Varios centenares de militantes del 22 de marzo, de la JCR, de los grupos prochinos, de la Federación de los Estudiantes Revolucionarios, se agruparon en el patio de la Sorbona. Considerables fuerzas policiales rodearon la Sorbona y enseguida penetraron en ella siguiendo el llamamiento del Rector. Arrestaron a los militantes de esas organizaciones y los montaron en las furgonetas.

Esta operación es complementaria de la de Nanterre, se trata de “decapitar” políticamente a los estudiantes y destruir su capacidad de resistencia a la aplicación de la reforma Fouchet. El gobierno creía que podía romper a los estudiantes pues estaba apoyado a fondo por el Partido Comunista francés que intentaba desacreditar al movimiento estudiantil entre los trabajadores. El mismo Marchais, sirve la plumada el viernes 3 de mayo; *l'Humanité* publica el famoso artículo en el que Marchais escribió: “Falsos revolucionarios a desenmascarar” “*Los grupúsculos izquierdistas se agitan en todos los medios*”. “*Estos falsos revolucionarios [...] siguen los intereses del poder gaullista y de los grandes monopolios capitalistas. Se trata en general de hijos de gran burgueses despreciables a los ojos de los estudiantes de origen obrero*”.

Pero se produjo lo imprevisto, espontáneamente varios miles de estudiantes se reagruparon en las calles adyacentes a la Sorbona. Se manifiestan. Surge un grito “liberad a nuestros camaradas”. Se producen arrestos y se pronuncian condenas a penas de prisión. La Sorbona está cerrada y ocupada por las fuerzas de la policía. La UNEF y el SNE-Sup lanzan la orden de huelga general de los estudiantes y profesores de universidad. Dirigen un llamamiento a los trabajadores pidiéndoles que manifiesten su solidaridad. El movimiento estudiantil está ordenado por reivindicaciones precisas: levantamiento de las diligencias administrativas, judiciales y universitarias dirigidas contra los estudiantes; sobreesimio de las investigaciones en curso, liberación de los

detenidos, retirada de todas las fuerzas de policía de todos los lugares universitarios y de sus alrededores; levantamiento del lock-out en los establecimientos universitarios.

Sin embargo, incluso tal como está entablada, la prueba de fuerza con los estudiantes no asusta al gobierno Pompidou-De Gaulle. El estado burgués tiene los recursos para aplastar a los estudiantes... si la clase obrera no se pone en movimiento. De su intervención depende enteramente la salida de la lucha. El proceso que llevará a la huelga general de 24 horas y a la manifestación del 13 de mayo se inicia durante los días 6 y 7 de mayo, cuando millares de jóvenes trabajadores se unen a las manifestaciones estudiantiles y participan en los enfrentamientos con la policía y los CRS. Desde el 8 de mayo, las direcciones sindicales, particularmente la de la CGT, y las direcciones de los grandes partidos obreros, singularmente la del PCF, se ven obligadas a causa de la indignación, cólera y sentimiento de solidaridad necesaria con los estudiantes que se adueña de los trabajadores, a “girar”. El jueves 9 de mayo y el viernes 10 proyectan, en contacto con la UNEF, para el martes 14 de mayo una manifestación que debe afirmar la solidaridad de los trabajadores con los estudiantes.

Afortunadamente, la movilización de la clase obrera comenzó con tiempo suficiente y la manifestación de la noche del 10 al 11 de mayo no llevó al aplastamiento del movimiento estudiantil. Sin ninguna perspectiva, bajo la dirección de Cohn Bendit y de la JCR, varios millares de estudiantes se dejaron encerrar por millares y millares de policías, de CRS, de gendarmes móviles, como en una red, en el corazón del Barrio Latino. Levantaron barricadas, se batieron con encarnizamiento y coraje contra las fuerzas policiales que les asaltaron. Cohn Bendit proponía como objetivo para esta manifestación la recuperación de la Sorbona por los estudiantes. Algunas horas más tarde, a las seis horas de la mañana, no le quedó más remedio que llamar a las organizaciones sindicales contra la represión. Los trabajadores, en efecto, no podían tolerarlo. Tomaron conciencia que el aplastamiento de los estudiantes por las fuerzas represivas del aparato de estado sería una victoria política del gobierno Pompidou-De Gaulle, victoria que le daría los medios para precipitar su ofensiva contra la clase obrera. La mañana del 11 de mayo, las centrales sindicales se dieron cuenta que la clase obrera no estaba decidida a dejar que los acontecimientos siguieran desarrollándose, dieron la orden de huelga general y de manifestación para el 13 de mayo. A penas de vuelta de Afganistán, Pompidou rectificó la política del gobierno y realizó una retirada estratégica: las fuerzas de policía evacuaron la Sorbona, no habrán sanciones y los encarcelados serán liberados.

Demasiado tarde: el llamamiento de las centrales sindicales cristaliza la aspiración de los trabajadores para entablar el combate contra el gobierno, contra De Gaulle, que se desarrolla desde hace años. Un millón de trabajadores y de jóvenes se reagrupan y unen como clase en el curso de la manifestación bajo la consigna: “De Gaulle diez años, ya basta”. Abrían la vía a 10 millones de trabajadores que iban a precipitarse en la huelga general. Del 27 de mayo al 1 de junio el gobierno, y con él el régimen bonapartista, vacilan, el estado burgués se resquebraja.

Sin duda alguna, las direcciones de las centrales sindicales, las de los partidos obreros, (principalmente en razón de su peso en el seno de la clase obrera, las direcciones de la CGT y del PCF), lograron neutralizar políticamente la huelga general pues De Gaulle les devolvió la pelota disolviendo la Asamblea Nacional y provocando nuevas elecciones legislativas. Lograron desintegrar la huelga general desde el interior. La victoria electoral de De Gaulle expresará el reflujó de la pequeña burguesía y la decepción de la clase obrera.

La clase obrera no ha dejado de demostrar su potencia y tomado conciencia de ésta. No ha sido vencida. De Gaulle no ha alcanzado su “misión histórica”. Destruir la

capacidad de combate del proletariado. El bonapartismo gaullista está mortalmente herido. La demostración de la potencia de la clase obrera, la incapacidad del bonapartismo gaullista para domesticar al proletariado francés, la certeza que la clase obrera de nuevo se lanzará al asalto, determinan a importantes capas del capital financiero para buscar otras soluciones. La derrota de De Gaulle en el referéndum del 27 de abril de 1969 y su dimisión serán las consecuencias diferidas de la huelga general.

La huelga general francesa se conjugará con la crisis que dislocará a la burocracia checoslovaca en este mismo año 1968, y en curso de la cual la clase obrera se afirmará como la fuerza social dominante que surge desde que el aparato burocrático se resquebraja en los países en los que la burguesía ha sido expropiada de la posesión de los principales medios de producción. Únicamente la intervención militar del 21 de agosto de 1968 permitió restaurar ulteriormente el “orden” burocrático, no sin haber confirmado de entrada el papel decisivo del proletariado de esos países a partir del momento en que se pone en movimiento. La resistencia a la ocupación militar tendrá como fuerza motriz a la clase obrera, se ordenará a partir de ésta; las fábricas fueron el centro: el 14º congreso del Partido Comunista checoslovaco, realizado clandestinamente, se desarrollará en el interior de una de las principales fábricas de Praga, la fábrica CKD; las emisiones de radio que alimentarán la resistencia de los pueblos checoslovacos se emitirán desde fábricas. Los movimientos y luchas de los proletarios franceses y checoslovacos en el curso de este año 1968, ilustran la pujanza del proletariado de los países económicamente desarrollados, ya sea en los que reina todavía el modo de producción capitalista o en aquellos controlados por la burocracia del Kremlin y sus burocracias satélites.

Pero esos movimientos y luchas ¿no serán más bien un milagro? ¿El milagro de proletarios volviendo a la escena de la lucha de clases mundial tras décadas de un profundo sueño? ¿El milagro de un despertar tras décadas de profundo sueño? ¿El milagro de un despertar, en cierta forma “sobredeterminado, como diría Althusser, por nuevas capas sociales que irrumpen en la lucha de clases y producidas por un nuevo período de desarrollo del capitalismo? La huelga general de mayo-junio, como las luchas del proletariado checoslovaco, ¿no serían en última instancia, crisis de crecimiento de sociedades en pleno desarrollo?

Se podría tener tendencia a creerlo así de ser por la lectura de los “teóricos” del “neocapitalismo”, de la división del mundo en zonas (zona de la “revolución colonial” que otros llaman zona de tempestades -zona de los “países socialistas”- zona del “neocapitalismo” que otros denominan “capitalismo monopolista de estado”), de la “ciencia como fuerza productiva directa” y del papel de los “intelectuales”.

En breve, la huelga general de mayo-junio del 68, las luchas del pueblo de la clase obrera checoslovaca, ¿se inscriben como momentos de la lucha de clases mundial, de la era de las guerras y las revoluciones que es la del “imperialismo, fase superior del capitalismo”, o bien, por el contrario, se integran en una nueva época de la historia de la Humanidad? Esta pregunta, lejos de ser impertinente, es determinante. Responder a ella en un sentido o en otro es o bien situarse en la tradición de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, o bien participar en las múltiples revisiones del marxismo, desde el reformismo clásico hasta el revisionismo de los destructores de la IV Internacional pasando por las variedades estalinistas PSU, maoístas, mao-espontex.

El Secretariado Unificado, clave de bóveda del revisionismo

Algunos meses después de la llegada al poder de Hitler, Trotsky concluye: “La III Internacional ha pasado definitivamente al lado del mantenimiento del orden burgués a

escala internacional, hay que construir la IV Internacional”. Hasta 1933, Trotsky se levantó contra todos aquellos que desertaban del combate por el enderezamiento de la III Internacional. Ni la represión contra los trotskistas en la URSS, encarcelados, deportados por millares; ni la caza del trotskista en el seno de la III Internacional y sus partidos, lo llevaron a desviarse de esta orientación. Las razones de Trotsky procedían del mismo método del marxismo: únicamente acontecimientos decisivos de la lucha de clases mundial podían determinar si se podía enderezar o no la III Internacional. La llegada al poder de Hitler, el aplastamiento del proletariado alemán por las hordas hitlerianas, fue un test tan decisivo para el lugar que ocupaba de allí en adelante en la lucha de clases mundial la III Internacional como lo había sido el desencadenamiento de la primera guerra imperialista mundial para la II Internacional. La política de Stalin designaba al partido socialdemócrata como hermano gemelo del fascismo. Se oponía al frente único de los partidos obreros y, aunque expresada de forma ultraizquierdista, se reveló no menos capituladora que la expresada por la socialdemocracia de un modo abiertamente legalista y respetuoso con el orden burgués establecido por la constitución de Weimar. La Internacional Comunista y sus partidos cubrieron sin rechistar la política dictada por el Kremlin al PC alemán, política que condujo al proletariado alemán al aplastamiento, resonó sobre el proletariado mundial entero y permitió al imperialismo preparar la Segunda Guerra Mundial.

La burocracia del Kremlin prefería el aplastamiento del proletariado alemán, con todas sus consecuencias, a la realización del Frente Único de clase cuyo resultado sólo podía ser la toma del poder por el proletariado alemán. Mejor Hitler que la revolución proletaria en Alemania, tal era la significación de la política del Kremlin. La burocracia estalinista afirmaba así que tenía consciencia de que la defensa de sus privilegios exigía el mantenimiento del orden burgués a escala internacional. La IC aceptaba esta política y sólo era un instrumento dócil en manos del Kremlin. Construir la IV Internacional se hacía indispensable.

Trotsky no fue el único en comprender la importancia y significado de la lucha por la construcción de la IV Internacional. Stalin y la burocracia del Kremlin también lo comprendieron. Cortar, destruir los lazos teóricos, políticos, organizativos y humanos con la revolución de octubre, con el partido bolchevique y la III Internacional, devenía esencial para la defensa de los intereses de la burocracia parasitaria y contrarrevolucionaria del Kremlin. 600.000 militantes del partido de Lenin fueron deportados a Siberia o al Gran Norte durante los años treinta. Centenares de millares de ellos fueron fusilados, exterminados. Los grandes procesos contra el “trotskismo” tuvieron como objetivo desacreditar a la tradición de Octubre a los ojos de las nuevas generaciones. Hasta 1938, los trotskistas fueron asesinados por millares en la URSS. Por decenas fueron asesinados por la Gepeu en todos los países del mundo. Stalin creyó poner el punto final en la destrucción de la tradición de octubre con el asesinato de León Trotsky en agosto de 1940. Impedir que se construyese la IV Internacional era vital para la burocracia del Kremlin que trabajaba al mismo tiempo a cuenta del imperialismo mundial.

La IV Internacional no podía hacer otra cosa más que defender y enriquecer el marxismo porque integraba las adquisiciones teóricas, políticas y organizativas del marxismo militante (el único marxismo que puede existir como tal). Por ello, entre la Pléyada de los revisionistas, aquellos a los que les es posible, por su origen, aparentar fraudulentamente un “trotskismo” siempre han ocupado un lugar particular. Deutscher tiene una plaza de primera como heraldo del revisionismo ataviado con la etiqueta “trotskista”. Puesto que los mismos “trotskistas” revisan el marxismo, la revisión es al mismo tiempo, “legítima”, necesaria e indispensable. En cierta forma es reconocer el

lugar y la necesidad de la IV Internacional. Pero incluso Deutscher sólo hace mediocrementemente el trabajo. Rompió con el trotskismo justamente porque se oponía a la fundación de la IV Internacional. El revisionismo sólo puede ser realmente eficaz desde el punto de vista de la burguesía y del estalinismo si procede de la IV Internacional. Tanto el Secretariado Unificado, que se llama eufemísticamente “de la IV Internacional”, y sus dirigentes, antiguos compañeros de armas de Pablo, que emprendió hace ahora 20 años la revisión del método y programa de la IV Internacional, hoy en día continuadores de su obra, como los Frank – Hanse y, a todo señor su honor, Janus-Germain-Mandel, juegan un papel central, sin medida igual con las fuerzas del “Secretariado Unificado”. Cubren las revisiones del marxismo y parecen “legitimarlas” al mismo tiempo que son un obstáculo para la construcción de partidos revolucionarios y de la IV Internacional, siendo estas dos funciones complementarias. También es indispensable analizar, en primer lugar y principalmente, la forma específica del revisionismo que emana del Secretariado Unificado para combatir a todos los revisionismos y demostrar su parentesco. Desde la expulsión de Pablo, Germain-Mandel juega el principal papel en el seno del Secretariado Unificado. Démosle la palabra y veamos cómo responde a la cuestión central: ¿el imperialismo es la fase superior del capitalismo, la del capitalismo en putrefacción?

“Por primera vez”

En Pascuas de 1969 se celebró el “9º Congreso Mundial” del Secretario Unificado, 3er congreso después de la “reunificación”. Janus – Germain Mandel pronunció, como es debido, el informe central: *El nuevo ascenso de la revolución mundial*. El título es atractivo. El contenido ¿mantendrá las promesas de la etiqueta? Germain (este día se trataba de Germain) realiza la siguiente apreciación:

“Es imposible negar que hemos asistido en Francia a la huelga general más amplia de toda la historia del capitalismo, que deja muy atrás no solamente a junio del 36 sino incluso a las huelgas más amplias en Alemania en 1918 y 1923. Es también imposible negar que esta huelga general a arrastrado a un movimiento de contestación de las estructuras sociales no solamente al proletariado de la gran industria y de los servicios públicos (es decir a la parte mejor organizada y más consciente de la clase obrera) sino también a capas marginales y a las nuevas clases medias, técnicos que, por *primera vez en la historia de Europa capitalista* [resaltado por mi], se han unido en su gran mayoría a un cuestionamiento del régimen.

Ahora bien, si todo esto sucede cuando ni hay grave recesión económica, ni miseria pronunciada, ello refleja una crisis social más profunda, una crisis social global, un rechazo por parte de la mayoría de las fuerzas vivas de la nación a aceptar el régimen capitalista y el estado burgués. Y ello dejar presagiar explosiones aún más violentas si, a las causas fundamentales, estructurales de la crisis, viene a añadirse una coyuntura económica declinante.

A propósito de esto, es útil recordar que entre la revolución de 1848 y la redacción del famoso prefacio a su *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Marx modificó sus puntos de vista sobre las causas profundas de las revoluciones sociales. En sus escritos sobre la revolución de 1848, después en la *Lucha de clases en Francia*, todavía relacionaba las revoluciones sociales estrechamente a las crisis de sobreproducción. Pero en el prefacio a la *Contribución a la crítica*, de la época de revolución social de manera de manera mucho más profunda.”

[Aquí Germain cita a Marx]

“Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social.”³

El autor del libro *La formación del pensamiento económico de Marx. De 1843 a la redacción de El Capital: estudio genético* dedicado “A Gisèle que me ha hecho escribir este libro en el gozo” puede que se resienta de algunas fatigas. Este no es un motivo para confundir los géneros y reducir el marxismo a un “pensamiento económico”. Que se mantenga el gozo. Él no le autoriza a mutilar Marx, a deformarlo, a acusarlo de “economismo”.

Desde el *Manifiesto Comunista*, en 1847, Marx y Engels escribían:

“Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; se diría que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmo, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.”⁴

Sin duda alguna ni Marx ni Engels hacen de las crisis de sobreproducción los motivos fundamentales de las revoluciones sociales. Por el contrario, explican que las crisis de sobreproducción son las consecuencias de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción burguesas. Son las relaciones sociales de producción burguesas, la propiedad privada de los medios de

³ Marx, Karl; *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1970. página 37.

⁴ Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm> . Ver también en *Obras Escogidas* en dos volúmenes, Volumen I, Editorial Ayuso, Madrid, página 25.

producción, lo que está en el origen de las crisis, guerras, revoluciones, y que llevan hoy en día a la destrucción masiva de las fuerzas productivas.

La revolución social no es otra cosa, fundamentalmente, que la revuelta de la principal fuerza productiva de la sociedad burguesa contra las relaciones sociales de producción burguesas: la clase obrera. Tiende a imponer su solución: la destrucción de las relaciones sociales burguesas, la expropiación de la burguesía, la puesta en marcha de nuevas relaciones sociales de producción cuya expresión jurídica será la propiedad colectiva de los medios de producción.

El método de Marx se sitúa en las antípodas de un “pensamiento económico”. Marx y Engels proceden a partir del desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones sociales de producción, de la lucha de clases que estas contienen, para explicar la “economía”. Al nivel más abstracto, el del análisis del valor de cambio, de la formulación de la ley del valor, de la formación de la plusvalía, ponen en claro las relaciones sociales, las relaciones y antagonismos de clase que expresa la ley del valor. Desde 1847 Marx precisa, en respuesta a Proudhon (*Miseria de la filosofía*): “las categorías económicas sólo son la expresión teórica de las relaciones sociales de producción”. Marx explicará más tarde “el Capital no es otra cosa sino una relación social”.

Pero, ¿por qué Mandel-Germain necesita desnaturalizar el método de Marx que está elaborado desde *La ideología alemana*? La continuación de su informe al 9º Congreso del Secretariado Unificado nos lo enseña sin lugar a dudas. Prosigue: “Y aun...”

(Mandel-Germain hace una nueva cita del Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*):

“Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede jugar tal época de trastorno por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productoras sociales y las relaciones de producción.”⁵

Aquejado sin dudas de debilidad, agotado como está, Janus-Germain-Mandel interrumpe la cita. Reparemos este fallo, Marx completa:

“Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad.”⁶

El miembro de la frase: “Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener” es esencial. Expresa el método de Marx y Engels a propósito del desarrollo de las fuerzas productivas y de su relación con la lucha de clases. Al amputar la cita, Germain ataca al marxismo en nombre del marxismo. Este miembro de frase es inseparable del análisis ya expresado en el *Manifiesto Comunista*: el modo de producción capitalista no resuelve sus crisis más que preparando “preparando otras [crisis] más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas”. Aunque en un momento determinado las crisis (que no se reducen a la crisis de sobreproducción) de reguladoras, a su manera, del funcionamiento del modo de producción capitalista, y que podían ser consideradas como crisis de crecimiento del sistema capitalista, devienen cualitativamente diferentes: la sociedad burguesa marcha hacia la barbarie. Las relaciones sociales de producción

⁵ Marx, Karl; *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1970. página 38.

⁶ *Ibidem*, página 38.

burguesas tienen como consecuencia que los medios de producción se transformen en fuerzas destructivas tanto más potentes en cuanto que la ciencia y la técnica están desarrolladas. Lenin sitúa este punto en el estadio de *El imperialismo fase superior del capitalismo* caracterizado como el del capitalismo parasitario putrefacto, como el de la “reacción en toda la línea”. El fin de la cita explica la palabra “traba” tal como la utiliza Marx. Entonces significa: en un estadio determinado del modo de producción capitalista, las relaciones de propiedad burguesas ahogarán el desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando Mandel-Germain “olvida” el fin de este texto, intenta “legitimar” sus propias “teorías” implícitas en la frase:

“Ahora bien, si todo esto sucede cuando ni hay grave recesión económica, ni miseria pronunciada, ello refleja una crisis social más profunda, una crisis social global, un rechazo por parte de la mayoría de las fuerzas vivas de la nación a aceptar el régimen capitalista y el estado burgués. Y ello dejar presagiar explosiones aún más violentas si, a las causas fundamentales, estructurales de la crisis, viene a añadirse una coyuntura económica declinante.”

En este contexto “traba” no significa más que un obstáculo a superar, freno enlentecedor y deformador del “crecimiento de las fuerzas productivas” y ello se manifiesta en que no hay “ni grave recesión económica, ni miseria pronunciada”.

Pero ¿qué quieren decir “crisis social más grande, crisis social global... rechazo de las fuerzas vivas de la nación a aceptar el régimen capitalista, el estado burgués... [las] causas fundamentales estructurales” a las que podría añadirse “una coyuntura económica declinante”?

La continuación de su informe ilustra:

“Lo que mayo-junio 68 ha revelado claramente es el hecho que, a pesar del largo boom de la economía imperialista, esta contradicción fundamental, lejos de haberse atenuado se ha exacerbado hasta el punto en que *por primera vez* [resaltado por mi] millares de trabajadores la toman como blanco esencial de su acción. Bien seguro que es el nuevo aspecto del ascenso revolucionario el que se desarrolla actualmente en Europa Occidental: allí cuestiona cada vez más directamente, *por primera vez en la historia de las relaciones antagónicas entre el Capital y el Trabajo, el poder del Capital, de sus representantes, de su estado* [resaltado por mi] de mandar a los hombre y las máquinas. Nada puede ser más fundamentalmente revolucionario en la sociedad dominada por el capital monopolista”

En el punto de partida está el “largo boom de la economía imperialista”. Sin lo cual ¿cómo puede ser que “por primera vez”, etc., etc.? Si “por primera vez en la historia... [se cuestiona] el poder del capital, de sus representantes, de su estado” es necesario un fundamento objetivo nuevo que sólo puede ser “el largo boom de la economía imperialista” y las nuevas relaciones sociales y políticas que ha engendrado.

Mandel se explica al respecto con su forma jesuítica:

“La crisis de las relaciones de producción capitalista estalla en todo el desarrollo económico de estos quince últimos años: en la imposibilidad creciente de asegurar el desarrollo de la ciencia y la tecnología en el marco de la propiedad privada.”

¿Estará en el camino de la vuelta a un análisis marxista? ¿El imperialismo no habrá evitado una crisis económica a costa de producirla bajo otra forma? En absoluto, explica Mandel-Germain:

“El capital [ha] impuesto una socialización creciente de esos gastos, incluso de la mayor parte de las inversiones productivas en las que desembocan, en la imposibilidad de contener esas mismas fuerzas productivas en los marcos del

estado burgués nacional, tan anticuado como la propiedad privada. Sin esta socialización creciente de los costes del desarrollo, y sin la aparición de las sociedades multinacionales, la 3ª revolución industrial no habría podido producirse en el marco del régimen capitalista.”

De aquí el resorte que: en el marco del modo de producción capitalista, en la época imperialista, “fase superior del capitalismo parasitario en putrefacción, reacción en toda la línea”... se ha producido un desarrollo prodigioso y desigual de las fuerzas productivas, la 3ª revolución industrial. El método de Germain-Mandel (no el de Marx) divide la historia del capitalismo en revoluciones industriales: la 1ª es la del vapor, la 2ª es la de la electricidad, la 3ª la de la energía nuclear, de la electrónica, de la cibernética... lo que será la 4ª nos lo dirá a tiempo. Para Lenin y Trotsky (pretendidos marxistas incapaces de elaborar en el gozo) la historia del capitalismo debe ser examinada en función de las relaciones sociales entre las clases, principalmente entre la burguesía y el proletariado, y en el seno de la burguesía. De estas relaciones y no de la “ciencia y la técnica”, tomas en sí mismas, es de donde Lenin extrae su apreciación del imperialismo, fase superior del capitalismo, y el pronóstico histórico que de ello se deduce “El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado, en una escala mundial, en 1917.”⁷

Si se está de acuerdo con Germain-Mandel es preciso concluir: el análisis de Lenin es falso. Un nuevo período, el de la 3ª revolución industrial, se abrió al final de la 2ª guerra imperialista mundial, el del “neocapitalismo”, el del “capitalismo monopolista de estado” y el de la “multinacionalidad”. El capital ha logrado romper los límites de la propiedad privada de los medios de producción y del estado burgués nacional por medios que provocan la reprobación moral, pero lo ha logrado gracias a “la socialización de los costes y [a las] sociedades multinacionales”. Se autorreforma. Y si nos preguntamos el por qué de este ditirámico “análisis” de mayo-junio 68 “por primera vez... etc.” Germain-Mandel suministra también la respuesta: “a la crisis de la propiedad y a la crisis del estado burgués nacional y de la economía capitalista “nacional” vienen a añadirse la crisis de las relaciones jerárquicas del trabajo”. Lo que Germain-Mandel, con muchos otros, llama “la crisis de las relaciones jerárquicas del trabajo” no viene a “añadirse”, en el pensamiento de Mandel-Germain, substituye a “la crisis de la propiedad privada y del estado nacional burgués” puesto que gracias a la “socialización de los costes” y a las “sociedades multinacionales” el capital ha asumido la 3ª revolución industrial. La continuación lo prueba muy claramente:

“No es por azar que los estudiantes y los investigadores hayan sido los primeros en ser más sensibles frente al carácter mistificador de la justificación de estas relaciones con el argumento de la competencia. Pero, a medida que la 3ª revolución industrial hará desaparecer el trabajo no cualificado de la vida industrial y elevará el nivel de calificación y de cultura de la clase obrera, su revuelta contra esas relaciones jerárquicas devendrá también igual de aguda, sino más aguda aun, que la de los trabajadores intelectuales y estudiantes de hoy día.”

El desarrollo de las fuerzas productivas, en el marco de la 3ª revolución industrial, sólo está en sus principios. Liquidará la no cualificación. Alzará al proletariado al nivel de cultura de los estudiantes e intelectuales (evidentemente no de todos los “intelectuales”: tengamos en cuenta que existen las cúspides...). La fuerza motriz de la “nueva revolución” son los “portadores de cultura”. He aquí por qué Germain-Mandel afirma: “A buen seguro el *aspecto nuevo* del ascenso revolucionario es lo que se desarrolla actualmente en Europa Occidental: *cuestiona* cada vez más directamente, *por*

⁷ Lenin, V. I.; *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras Escogidas* en tres tomos, tomo 1, Editorial Progreso, Moscú, 1970, página 699.

primera vez en la historia de las relaciones antagónicas entre el capital y el trabajo, el poder del capital, de sus representantes y de su estado, para mandar sobre hombres y máquinas”. La “teoría elaborada en el gozo” lo exige: de un plumazo se tacha casi un siglo y medio de lucha de clases del proletariado, la revolución de 1848; la Comuna de París, de la que un cierto Marx osó pretender que representaba la forma concreta del estado obrero, de la dictadura del proletariado; las revoluciones rusas de 1905 y 1917, el poder centralizado y federado de los soviets; todas las luchas revolucionarias de los proletarios de todos los países desde que se abrió “la era de las guerras y revoluciones”. Lenin y Trotsky no eran más que “visionarios”. Por otra parte, ¿se trata todavía de revolución? Esta palabra sólo es un mal hábito. En verdad se trata de un movimiento que “cuestiona las estructuras”.

“Neocapitalismo” y “capitalismo monopolista de estado”

El revisionismo del Secretariado Unificado, destructor de la IV Internacional, autoriza todas las formas de revisionismo que, además, están todas ellas emparentadas. Para el SU y sus representantes el “largo boom del imperialismo” se corresponde con la llegada del “neocapitalismo”. El aparato estalinista en Francia rechaza este término. Prefiere otro: “capitalismo monopolista de estado”.

Luís Perceval, tras el mayo-junio del 68, escribe un artículo en el número de julio de la revista del PCF *Economie et Politique* que reafirma la definición del “capitalismo monopolista de estado”:

“El capitalismo monopolista de estado es la fase última del capitalismo en el estadio del imperialismo al que ha llegado el capitalismo en los países capitalistas económicamente avanzados. Esta nueva fase, destinada a salvar al régimen capitalista, se ha generalizado, después de la Segunda Guerra Mundial, en un cierto nivel de concentración del capital y de la producción. Esta nueva forma de capitalismo, nacido de sus contradicciones, reúne la pujanza de los monopolios y la del estado en un mecanismo único que permite aumentar al máximo los beneficios de la oligarquía financiera mediante la explotación de la clase obrera y el pillaje de amplias capas de la población. Se esfuerza en aportar una solución provisional a las formas recientes de la crisis general del capitalismo, al brutal encogimiento de la dominación imperialista, al peso específico determinante de los países socialistas, a la extensión de los movimientos de liberación nacional, a la intensificación de las luchas obreras y democráticas y a las contradicciones cada vez más agudas entre los países imperialistas. Se esfuerza, al mismo tiempo que conserva la apropiación privada de los medios de producción, es decir de las relaciones de producción capitalistas, se esfuerza decía en asegurar cierta progresión de las fuerzas productivas, de la base material de la sociedad, a pesar de la agudización de las luchas de clases a escala nacional e internacional.

[Y naturalmente lo logra]: Bajo la influencia de la revolución científica y técnica de nuestro tiempo y del rápido desarrollo de las fuerzas productivas que resulta en parte, bajo la presión de la competencia entres monopolios y entre países imperialistas, el capital y la producción se concentran y centralizan fuertemente, las dimensiones reales o necesarias de las empresas y de los monopolios crecen a dimensiones de estado o más, confirmando el movimiento objetivo de socialización e internacionalización de las fuerzas productivas.”

Toda la “perspectiva” de la “democracia verdadera” o de “la democracia avanzada” está objetivamente basada en la “doble naturaleza del estado”:

“La contradicción antagónica entre el carácter social de la producción y su forma capitalista, privada, de la apropiación del trabajo, se acusa y aparece así al nivel del estado entre su papel económico, objetivamente basado en nuestra época, incluso si está dedicado al beneficio de los monopolios, y su papel permanente, reforzado, de fuerza opresiva al servicio de la oligarquía financiera.”

Es suficiente con liberar al estado de la influencia de los monopolios para que se libere su papel “socialista” factor del desarrollo de las fuerzas productivas “de la base material de la sociedad”.

El imperialismo sigue siendo imperialismo, esto por supuesto. ¿Qué “marxista”, que, para cumplir su función política necesite reclamarse de la tradición de la revolución rusa, osaría pretender lo contrario? Pero, Germain-Mandel y el SU dicen: se ha producido después de la guerra un nuevo desarrollo tumultuoso de las fuerzas productivas... debido al “neocapitalismo”. Pero, los “teóricos” del estalinismo dicen: hay una “nueva fase”... “destinada a salvar al régimen capitalista, se ha generalizado después de la Segunda Guerra Mundial”, que refuerza “la base objetiva de la sociedad”... “el rápido desarrollo de las fuerzas productivas”: “el capitalismo monopolista de estado”. A la “3ª revolución industrial” de Germain-Mandel le corresponde la “revolución científica y técnica de nuestro tiempo y el rápido desarrollo de las fuerzas productivas que resulta” de los “teóricos” del estalinismo. Estamos lejos del “imperialismo” definido por Lenin como “la reacción en toda la línea”.

Naturalmente, subsisten, para Germain-Mandel, y también para los “teóricos” del estalinismo, las contradicciones entre el carácter social de la producción y las relaciones burguesas de producción... Pero, dicen los teóricos del estalinismo, gracias a su nuevo papel económico, incluso si es en beneficio de los monopolios, por su intervención, el estado supera esas contradicciones y permite el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero, dicen Germain-Mandel y los “teóricos” del SU, gracias a la socialización existente de los costes de desarrollo” función asumida por el estado, estas contradicciones han sido superadas; Germain-Mandel y los teóricos del SU (que pretenden ser “trotskistas”) añaden gracias a la “aparición de las sociedades multinacionales”.

Para unos y otros, la “revolución” es de una nueva naturaleza. Mandel-Germain y consortes afirman: “Mayo-junio 68 tiene, por... primera vez etc., a causa del nuevo papel de los intelectuales, estudiantes, de la cualificación y cultura de los trabajadores que se desarrollarán en el porvenir”. Los “teóricos” del estalinismo afirman por su parte:

“El progreso técnico y científico que ha proseguido a pesar del freno del beneficio monopolista, en razón de esta intervención pública, conduce actualmente a una verdadera revolución tecnológica y científica. De aquí el crecimiento de nuevas capas de asalariados no obreros, explotados por el impuesto y la inflación, las condiciones del salario y del trabajo, que entran en la batalla de clases. Al lado de la masa considerable de los empleados, están los ingenieros, técnicos y cuadros, los investigadores y enseñantes de todos los órdenes, los asalariados intelectuales de toda suerte. De aquí también el crecimiento rápido del número de estudiantes y sus dificultades. Estas capas están alienadas a las necesidades de los monopolios. Su papel se ha reducido al de ruedas de la gran máquina capitalista, su trabajo se ha subordinado a los objetivos del beneficio y no a las necesidades del progreso humano.

Estas capas asalariadas, privadas de la propiedad de los medios de producción como el proletariado obrero, se desarrollan con las fuerzas productivas modernas, tienden a ser concentradas en masas más o menos grandes, de donde viene su peso en aumento en la lucha de clase. *Sin embargo,*

en lo que concierne sobretudo a las capas de tipo intelectual, aprecian la explotación capitalista a un nivel más elevado de salarios, de condiciones de vida y de trabajo que los obreros que están en el corazón de la explotación capitalista, y sólo tienen que perder sus cadenas. De donde resulta una crítica que pone el acento en la alienación en el trabajo y en la vida cotidiana, sobre la sociedad llamada de consumo, sobre el carácter tecnocrático de la vida social y la ausencia de participación, y menos en las reivindicaciones inmediatas y sobretudo en los fundamentos de la actual sociedad constituidos por la propiedad capitalista privada, más especialmente la propiedad de los grandes monopolios privados. [resaltado por mí], Pero esos asalariados toman cada vez más conciencia de su comunidad de suerte con el proletariado obrero.”⁸

Su compadre Luís Perceval, ya citado, condiciona el pasaje al socialismo a la toma de conciencia de “todas las capas explotadas y alienadas” (¡alienados y proletarios, uníos!).

Todos los ingredientes de las “teorías” mandelistas están presentes aquí. El papel social y político de los “intelectuales y estudiantes” deviene determinante puesto que, al contrario que los obreros que limitan sus reivindicaciones al nivel material de los salarios, de las condiciones de vida y de salario, intelectuales y estudiantes sienten como insoportable la “alienación del trabajo”. Es evidente que estas capas para las que la “alienación del trabajo” es cotidianamente insoportable, que no pueden limitar sus reivindicaciones a las cuestiones salariales, también cuestionan, ellas sobre todo, los “fundamentos de la sociedad”.

Pero, ¿se trata aún de la revolución? Los “teóricos” del estalinismo son más claros en este punto que Germain-Mandel y los dirigentes del SU, situándose en la misma línea: la de la “contestación”, del “cuestionamiento de las estructuras”, pues el “estado del capitalismo monopolista de estado, dialécticamente contradictorio, es pues cualitativamente diferente del estado premonopolista e incluso monopolista” escribe Perceval. Pues ya no es el “estado burgués” sino un estado organizador del desarrollo de las fuerzas productivas que es suficiente con desembarazar de sus lazos con los monopolios para que funcione como el estado de los trabajadores. El estado burgués ha devenido, curiosamente, un “estado obrero sin obreros” gestionado por los monopolios. Reformas de estructura aportadas por la “democracia avanzada” asegurarán su transformación en un “estado del pueblo entero”.

A cada uno su Garaudy: Pablo

Sobre estos mismos “fundamentos teóricos”, sobre la tercera revolución industrial, la “superación” de las contradicciones sociales del modo de producción capitalista debido al “nuevo papel del estado”, el “gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas”, el “nuevo papel de los intelectuales” en la producción, la “ciencia fuerza productiva directa”, están construidas las diferentes variantes del revisionismo incluyendo las específicas PSU o proquinas.

Están en el origen del libro de Roger Garaudy *El gran viraje del socialismo*. En el origen se sitúa el “prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas” que ha realizado el modo de producción capitalista después del final de la Segunda Guerra Mundial. Resulta de ello: la posibilidad de un nuevo tipo de capitalismo en los USA; un nuevo “modelo” de socialismo necesario en los países capitalistas avanzados de Europa que no es otro más que la “democratización” del estado burgués; un nuevo “bloque histórico”

⁸ Paul Boccara en *Economie et Politique* julio-agosto de 1968, páginas 100 a 101.

intelectuales-obreros. La explosión revolucionaria de mayo-junio 68 situada en este análisis y perspectiva sólo es, entonces, una crisis de crecimiento de la nueva realidad histórica que vio la luz a fines de la Segunda Guerra Mundial imperialista.

Garaudy se ha ganado las iras del aparato del PCF y del aparato internacional del estalinismo. Sin embargo, Garaudy no hace más que generalizar y llevar más lejos las tesis que “basan” la concepción del capitalismo monopolista de estado y de la democracia avanzada. Pero la política de Garaudy va tan lejos que la burocracia del Kremlin y su aparato internacional se sienten directamente amenazados. No resulta cuestionado solamente el monolitismo del aparato internacional del estalinismo, monolitismo indispensable para su existencia sino también las relaciones sociales que existen en la URSS y en los países de Europa del Este.

El “nuevo modelo del socialismo” no es un artículo reservado a los países capitalistas avanzados, tendrá que encontrar sus expresiones y formas en la URSS y en los países de Europa del Este. Garaudy expresa las contradicciones y antagonismos que desgarran a la burocracia del Kremlin y a las burocracias de Europa del Este: traduce a su manera las aspiraciones de las tendencias proburguesas. Pero “por falta de poder derrocarlas” la burocracia del Kremlin depende de las relaciones sociales nacidas de la revolución de Octubre, la destrucción de estas relaciones sociales es igualmente su propio estallido y, naturalmente, la destrucción del aparato internacional del estalinismo.

También Etienne Fajon, encargado de acuchillar a Garaudy en el 19º Congreso del PCF en nombre del aparato internacional del estalinismo, se lo recuerda claramente.

“El mundo actual está caracterizado por la lucha creciente que opone el sistema socialista, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional con el imperialismo y la reacción”⁹. Etienne Fajon afirma los lazos de subordinación del PCF con el Kremlin. El cuestionamiento de estos lazos destruiría el monolitismo del PCF, liberaría las contradicciones políticas que esta subordinación comprime. Garaudy, con esas tesis, juega a aprendiz de brujo. El PCF no es de una naturaleza diferente a la del Partido Comunista checoslovaco. Existe, sin duda alguna, profundas diferencias entre los dos PC debidas a que uno ejerce, bajo la tutela directa del Kremlin, el poder, mientras que el otro es un PC que ha participado en la reconstrucción del estado y de la economía burguesa después de la guerra y que se esfuerza en mantener las luchas del proletariado francés dentro de los límites compatible con la salvaguarda de la burguesía francesa. Pero tanto uno como otro intentan mantener el equilibrio mundial de fuerzas de clase necesario para la supervivencia de la burocracia del Kremlin, y se esfuerzan en preservarla. La existencia de la burocracia del Kremlin depende de esta política de los PC, así como la de todo aparato internacional del estalinismo, pero la existencia de los PC también depende de ella. Una vez más, son las relaciones históricamente constituidas entre los PC y la burocracia del Kremlin las que cementan el monolitismo de los PC y comprimen sus contradicciones internas. Romperlas lleva, a más o menos largo plazo, según ritmos y formas diversos, al estallido de los PC. Garaudy va demasiado lejos desarrollando estas tesis. Se ve llevado a reivindicar el derecho de tendencia en el seno de los PC, a cuestionar el papel del Kremlin, a cuestionar la relación de la burocracia y los PC con los militantes comunistas y la clase obrera. Finalmente, a cuestionar las relaciones sociales sobre las que reposa la burocracia del Kremlin. Si ha llegado a expresar estas tesis hasta en la tribuna del 19º Congreso del PCF, ello da testimonio de qué fuerzas están en marcha hasta en la cúspide del aparato del PCF, hasta en el aparato internacional del estalinismo, en el mismo Kremlin. La

⁹ *Humanité* del 7/2/70.

contrapartida ineluctable debía ser que, en el seno del PCF, otras corrientes, otras “tendencias” potenciales busquen también expresarse. Golpear fuerte a Garaudy era mucho más indispensable y exigía, además de la afirmación de la subordinación al Kremlin, que ésta fuera hecha en nombre de la lucha por el socialismo. Fajon prosigue:

“Los esfuerzos del capital monopolista de cara a la utilización de las posibilidades abiertas por los inmensos progresos científicos y técnicos, tropiezan con el sistema capitalista de propiedad y con la búsqueda inmediata de la tasa de beneficio máxima. En consecuencia, la revolución socialista es objetivamente necesaria para instaurar relaciones de producción correspondientes con el nivel actual de las fuerzas productivas; al mismo tiempo, las condiciones de una lucha victoriosa por el socialismo devienen más favorables a medida que la contradicción fundamental entre el Capital y la Clase Obrera se dobla en una profunda oposición de intereses entre la burguesía monopolista y el conjunto de las capas trabajadoras.”

Para defender a la burocracia del Kremlin, sus bases sociales, para mantener la subordinación al Kremlin y el monolitismo del PCF, Fajon se ve obligado a responder a los militantes del PCF y a los trabajadores: “Somos el partido de la revolución socialista”. Pero enseguida prosigue:

“Los análisis de Roger Garaudy se sitúan en una óptica diferente. Él pone el acento no sobre la contradicción esencial entre el capitalismo y socialismo, sino en el actual auge de las ciencias y técnicas de las que expone, inexactamente por otra parte, la naturaleza, los ritmos y consecuencias. Es cierto que las fuerzas productivas conocen un ascenso sin precedentes, caracterizado, en particular, por la automatización y el estrecho lazo entre la búsqueda científica y sus aplicaciones técnicas. Pero conviene apreciar con rigor *el punto al que ha llegado esta revolución técnica y científica* [resaltado por mi] en los países más avanzados industrialmente. Un examen serio nos muestra que *vivimos solamente las premisas de un desarrollo que se extenderá durante todo un período histórico* [resaltado por mi]. Al privilegiar cierto número de hechos de los que nadie niega su importancia, al aislarlos de su contexto, por un método que le da la espalda al materialismo dialéctico, Roger Garaudy toma la parte por el todo y *describe como si hubiese alcanzado su plena madurez un proceso que sólo ha comenzado*. [Resaltado por mi]”

Con otras palabras, Fajon reintroduce por la venta aquello que había tirado por la puerta. El hecho mayor es la “*revolución científica y técnica [...] Vivimos solamente las premisas de un desarrollo que se extenderá durante todo un período histórico*”. El período histórico del que solamente vivimos las premisas es, bien mirado, el del desarrollo científico y técnico (el de la tercera, y puede muy bien que la cuarta, revolución industrial, tan querida por Germain-Mandel). De donde habría que concluir: el error de Garaudy consiste en describir “como habiendo alcanzado su plena madurez un proceso que sólo ha comenzado”, su error es un error de ritmo, se ha equivocado por ser un pionero. Fajon expone también las contradicciones de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional. El eclecticismo le es necesario a toda organización que base su legitimidad histórica, sus lazos con el proletariado, sobre la revolución de Octubre y la tradición de Marx, Engels y Lenin, pero que exprese en el interior del movimiento obrero, directa o indirectamente, los intereses de la burguesía. Fajon está obligado a yuxtaponer tesis contradictorias. No puede ir hasta donde llega abiertamente Garaudy que suministra la ilustración más clara de dónde desemboca la teoría de la “democracia avanzada” y de sus “justificaciones” teóricas.

El Secretariado Unificado de los renegados de la IV Internacional también tiene su Garaudy. Se llama Michel Pablo. A fin de cumplir su función política, de poder mantener el título de “trotskistas”, y de reclamarse de la IV Internacional, los Germain-Mandel-Frank-Maitan deben recurrir al eclecticismo. Necesitan ocultar los resultados, al igual que los fundamentos, de sus teorías. Germain-Mandel ha aprendido del mismo Pablo cómo proceder en el tiempo en que éste era su jefe de filas. Usa y abusa, mucho más desde que se llama Janus-Mandel “secretario de la IV Internacional”. Cuando utiliza el nombre de Janus-Mandel es generalmente como “marxista oficial” y de buen tono, colaborador de *Temps Modernes*, conferenciante en sus horas libres junto a dignos y venerables personajes, y es a veces más claro, aunque se mantenga en cierta reserva. Michal Pablo, tras haber sido el iniciador del revisionismo en el seno de la IV Internacional, a causa de nuevas vinculaciones políticas con la corriente representada por Ben Bella en Argelia, ha roto con el SU de los renegados de la IV Internacional. También le ha sido posible desarrollar las “teorías”, de las que fue profeta y Germain-Mandel el apóstol predicador, hasta sus últimas consecuencias. Desde 1965, su corriente toma el nombre de “Tendencia Marxista Revolucionaria de la IV Internacional” y formuló un “proyecto de plataforma”: *El marxismo y nuestra época*:

“Así como la Primera Guerra Mundial había cerrado la era de la socialdemocracia y abierta la de la florecimiento del pensamiento y de la acción bolchevique, la Segunda Guerra Mundial ha cerrado la era del marxismo nutrido esencialmente por la experiencia bolchevique [...]

[...] es necesario comprender y admitir que la estructura del contexto mundial en el que actuamos es esencialmente diferente de la de antes de la guerra y que cambia rápidamente. Sólo un pensamiento revolucionario a la altura de la explosión inaudita de las fuerzas productivas que resulta de la revolución tecnológica, caracterizada principalmente por el desarrollo de la cibernética y de la energía atómica, sabría hacer frente al cambio profundo de la sociedad y pretender contribuir a asignarle una dirección planificada, racional, devenida mas necesaria que nunca [...]

El hecho más chocante en la nueva fase en la que ha entrado la Humanidad después de la Segunda Guerra Mundial es el del progreso sin igual realizado por las fuerzas productivas en los países capitalistas avanzados y que no cuadra ya con la noción del capitalismo en putrefacción, en la fase imperialista [...] ocasionalmente perturbado por recesiones ruinosas [ella] ya no puede ser catalogada de coyuntural y debería dejar lugar en un futuro próximo a una crisis económica mayor [...]

Es incontestable que la concentración capitalista y el papel acrecido del estado sometido por los monopolios así, como al desarrollo de la solidaridad capitalista internacional ante el peligro en ascenso de la Revolución Socialista Mundial, han introducido factores nuevos en el funcionamiento del capitalismo devenido menos anárquico, más consciente y, en un sentido, “planificado”.

Gracias a los medios de estudio sistemático de la coyuntura económica, de la política presupuestaria fiscal y al crédito, y en el marco de instituciones “supranacionales” que velan por el mantenimiento de la coyuntura favorable...”¹⁰

Pablo desarrolla todos los temas propios del Secretariado Unificado, la tercera revolución industrial, la explosión de las fuerzas productivas, ya no hay crisis pero sí recesiones, gracias a la intervención del estado y a la internacionalización del capital.

¹⁰ *Sous le drapeau du socialisme*, n° 23-24, noviembre-diciembre de 1965.

Sin embargo, Pablo dice abiertamente lo que este análisis implica, dicho de otra forma: “la era del marxismo nutrido esencialmente por la experiencia bolchevique se ha cerrado”. “El análisis leninista” (y de Trotsky) del imperialismo fase superior del capitalismo, de la estagnación, del retroceso de las fuerzas productivas, de la putrefacción del capitalismo, se ha demostrado falso.

Apreciando mayo-junio 68, que no le sorprendió menos que a Germain-Mandel, escribe:

“El Partido Comunista ha juzgado simplemente a la masa social de los estudiantes como una simple parte de la burguesía y de la pequeña burguesía tradicionales, descuidando señalar el nuevo peso específico numérico y cualitativo de esta masa. Por otra parte, grupos izquierdistas que se reclaman del marxismo revolucionario han cometido el mismo error.”

Pablo se equivoca, lo hemos visto ya, al chicanear así a sus compadres en revisionismo; puede reprocharles solamente no haber sido tan claros como él.

“En la base de ésta reside, entre otros, un desconocimiento real o querido de la evolución reciente del capitalismo en los países avanzados, que está determinado mucho más por el desarrollo científico y tecnológico incesante, que transforma insensiblemente de la manera más revolucionaria, más espectacular, la sociedad de nuestros días.

Ahora bien, esta evolución transforma, cualitativamente, incluyendo a la clase obrera, reduciendo el peso de la mano de obra no cualificada y ampliando, por el contrario, la demanda de un personal técnico cada vez más educado. La educación se ha puesto al servicio de la economía desarrollada prodigando una enseñanza en vistas a la formación científica y tecnológica de la masa.

En el espacio de estos últimos años (desde la mitad de los años cincuenta), el número de estudiantes en las diferentes regiones capitalistas avanzadas ha evolucionado de manera muy significativa: de 2.600.000 a 7.000.000 en los USA, de 740.000 a 1.700.000 en Europa Occidental.

Aquí hay un fenómeno social nuevo cuyas implicaciones son evidentes:

A partir del momento en que la masa estudiantil, en desarrollo numérico y cualitativo constante, se politiza y aspira a su unión con la clase de los productores directos, en vistas a una transformación revolucionaria de la sociedad neocapitalista, entra en acción una nueva fuerza, fuerza que dota la dinámica revolucionaria global de un potencial acrecido. Un partido revolucionario digno de ese nombre, capaz de aprehender correctamente la creación continua de la evolución, tiene el máximo el interés en facilitar al máximo esta unión estudiantes-obreros que representa una nueva dinámica revolucionaria de un dinamismo superior.”

Pablo ya no necesita ocultarse. Ya no es, como Germain-Mandel, Frank, Maitan y consortes, “secretario” de la IV Internacional. Cuelga el hábito, las conclusiones teóricas “elaboradas en el gozo” aparecen en su desnudez. Queda por saber si los gozosos placeres de Germain-Mandel-Frank-Maitan-Pablo benefician al proletariado.

¿La “ciencia, fuerza productiva directa”?

“Todas las actuales características del medio estudiantil no hacen más que expresar un fenómeno fundamental señalado por el camarada E. Mandel el 9 de mayo en la Mutualité, a saber: la reintegración del trabajo intelectual en el

trabajo productivo, la transformación de las capacidades intelectuales de los hombres en principales fuerzas productivas de la sociedad.”¹¹

El conjunto de las teorías revisionistas sobre la tercera revolución industrial, el “prodigioso crecimiento de las fuerzas productivas durante estos veinticinco últimos años”, que se enfrentan directamente a los análisis y perspectivas de Lenin y Trotsky, quieren encontrar un pilar en los escritos de Marx. Llaman a Marx contra Lenin y Trotsky. Así, a instancias de Mandel, Bensaïd y Weber envían, en una nota a pie de página, a una “cita” de Marx que reproducen desde los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Marx explica:

“El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir el poner el trabajo social bajo la forma de la antítesis entre el capital y el trabajo, es el último desarrollo de la *relación de valor* y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo del trabajo, poder que a su vez (su powerful effectiveness [poderosa eficacia]) no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción. (El desarrollo de esta ciencia, esencialmente de la ciencia natural y con ella de todas las demás, está a su vez en relación con el desarrollo de la producción material.) La agricultura, por ejemplo se transforma en mera aplicación de la ciencia que se ocupa del intercambio material de sustancias, de cómo regularlo de la manera más ventajosa para el cuerpo social entero. La riqueza efectiva se manifiesta más bien (y esto lo revela la gran industria) en la enorme desproporción entre el tiempo de trabajo empleado y su producto, así como en la desproporción cualitativa entre el trabajo, reducido a una pura abstracción, y el poderío del proceso de producción vigilado por aquél. El trabajo ya no aparece tanto como recluido en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo. (Lo dicho sobre la maquinaria es válido también para la combinación de las actividades humanas y el desarrollo del comercio humano.) El trabajador ya no introduce el objeto natural modificado, como eslabón intermedio, entre la cosa y sí mismo, sino que inserta el proceso natural, al que transforma en industrial, como medio entre sí mismo y la naturaleza inorgánica, a la que domina. Se presenta al lado del proceso de producción, en lugar de ser su agente principal. En esta transformación lo que aparece como el pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que éste trabajo, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social.”¹²

Incluso interrumpiendo aquí la cita (lo que, una vez más, es una buena y significativa estafa) hacer decir a Marx que la ciencia y la técnica han devenido fuerzas

¹¹ Daniel Bensaïd, Hneri Weber *Mai-juin 68, une répétition générale*, página 29.

¹² Marx, Karl; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Volumen 2, Siglo Veintiuno de España Editores SA, Madrid, 1972, páginas 227 y 228.

productivas directas es un singular un juego de manos: “lo que aparece como el pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que éste trabajo, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social.”. La fuerza productiva por excelencia es el individuo social. El “proceso natural, al que transforma en industrial” es solamente “como medio entre sí mismo y la naturaleza inorgánica, a la que domina”. Durante la transformación de los medios de producción del “objeto natural modificado” se forma y desarrolla “la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social”. Todavía es preciso que se la apropie. No hay abstracciones que serían la “ciencia y la tecnología” existentes y operando por sí mismas: son productos sociales que sólo existen en función del cuerpo social y están condicionadas por él.

Pero el “cuerpo social” no es una abstracción: se trata del cuerpo social en el que el “trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir el poner el trabajo social bajo la forma de la antítesis entre el capital y el trabajo, es el último desarrollo de la *relación de valor* y de la producción fundada en el valor”. Este cuerpo social, porque crea las condiciones en las que “En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo del trabajo” o “poder [de los agentes] que a su vez (su powerful effectiveness [poderosa eficacia]) no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción” impele al paroxismo las contradicciones sociales que la ley del valor expresa abstractamente: contradicción de un modo de producción cuyo motor es la producción de la plusvalía y su transformación en capital ampliado; es decir la apropiación por los poseedores de los medios de producción, justamente, del tiempo de trabajo no pagado; contradicción entre los creadores de valor, la clase obrera, que producen la plusvalía, y los poseedores de los medios de producción que extraen esta plusvalía.

Si estas gentes que hacen glosas sobre “la ciencia fuerza productiva directa” querían llevar su lectura hasta la página siguiente solamente, leerían:

“El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma del trabajo excedente; pone por tanto, en medida creciente, el trabajo excedente como condición (question de vie et de mort) del necesario.”¹³

La “ciencia y la técnica” son por sí mismas, en un determinado punto de desarrollo del modo de producción burgués y mientras que subsista este modo de producción, factores de una fantástica destrucción de fuerzas productivas y se vuelven contra el desarrollo de la “ciencia y la técnica”.

“*El tiempo de trabajo como medida de la riqueza* pone la riqueza misma como fundada sobre la pobreza y al disponible time [tiempo libre] como existente *en y en virtud de la antítesis con el tiempo de plustrabajo*, o bien pone todo el tiempo de un individuo como tiempo de trabajo y consiguientemente lo degrada a mero trabajador, lo subsume en el trabajo. *La maquinaria más desarrollada, pues, compele actualmente al obrero a trabajar más tiempo que el*

¹³ Ibídem, página 229.

que trabaja el salvaje o que el que trabajaría el mismo obrero con las herramientas más sencillas y toscas.”¹⁴

El “tiempo libre” condiciona el desarrollo de la ciencia, de la técnica y de la cultura. Pero el gigantesco crecimiento del capital exige para ser puesto en valor, cada vez más sobretrabajo por parte de centenares de millones de trabajadores, como condición del “tiempo libre” de una minoría de la sociedad. Se trata ya de una incalculable destrucción de “fuerzas productivas”. Por lo mismo que la condición de la riqueza en un polo de la sociedad burguesa implica la pobreza en el otro polo, el desarrollo de la ciencia y de la técnica implica que para las masas de centenares de millones, hombres y mujeres, tengan sus fuerzas vitales, sus fuerzas creadoras, destruidas. Y cuando centenares de millones de otros hombres y mujeres, desprovistos de los medios de producción, tienen tiempo libre, todo su tiempo libre, es porque no pueden vender la única cosa que poseen, su fuerza de trabajo. Devienen simples desechos de la sociedad: he aquí lo que significa “el tiempo libre” para los trabajadores mientras subsistan las relaciones de producción burguesas.

“... el trabajo inmediato cesa, con aquélla [gran industria], de ser, en cuanto tal, base de la producción, por un lado porque se transforma en una actividad más vigilante y reguladora, pero también porque el producto deja de ser producto del trabajo inmediato, aislado, y más bien es la combinación de la actividad social la que se presenta como la productora.”¹⁵

Cae por su peso que, transformados en simples apéndices de la máquina durante todo su tiempo, los trabajadores no tienen tiempo libre, sufren la “combinación” de la actividad social, mientras que los trabajadores que tienen “todo su tiempo libre” son simple y llanamente rechazados. La “ciencia y la técnica”, en tanto que el capital funciona como capital, ya desde este único punto de vista, el de la fuerza productiva social, abocan a una inconmensurable destrucción de fuerzas productivas y tienen como consecuencia el refuerzo de trabas, cada vez más estrechas, al desarrollo de la ciencia y de la técnica, desarrollo del que la mayoría de la población mundial queda excluida.

Sin embargo, no es posible detenerse aquí. La “combinación de la actividad social” no es independiente de las relaciones sociales de producción. Está determinada por la exigencia del acaparamiento del trabajo y su transformación en capital ampliado. El empleo del “tiempo libre” de los unos está también condicionado por la necesidad de la producción de plusvalía y de su realización, dicho de otra forma, por la supresión de todo tiempo libre para los otros, así como para todo “el tiempo libre” de aquellos que se ven expulsados del ciclo de la producción. Además de un gigantesco parasitismo social, (ejércitos, policías, curas, ideólogos, filósofos, administradores, abogados, jueces, aparatos de estado, gobiernos, políticos, cortadores de cupones, millones y millones de trabajadores obligados a vender su fuerza de trabajo pero empleados en funciones no productivas, etc., indispensables para el funcionamiento de la sociedad burguesa, pero que también representa una masiva destrucción de fuerzas productivas, bien porque no producen nada, bien por lo que consumen), la división social del trabajo y la exigencia de producir la plusvalía, condicionan el desarrollo y el sentido del desarrollo de la “ciencia y de la técnica”.

Dicho de otra forma, aquellos que disponen de su “tiempo libre” y lo consagran al desarrollo de la “ciencia y de la técnica” desarrollan éstas en función de las exigencias del modo de producción capitalista, de la producción de plusvalía según el estadio histórico que han alcanzado las relaciones sociales de producción burguesas y, por

¹⁴ Ibidem, página 232.

¹⁵ Ibidem, página 233.

supuesto, la aplicación que se hace de la “ciencia y la tecnología” dependen de las mismas condiciones.

Científicos, técnicos y otros, no escapan a la división social del trabajo; sus trabajos están condicionados por las exigencias del “cuerpo social”, su saber incluso resulta mutilado. ¿7.000.000 de estudiantes en los USA, 1.700.000 en Europa Occidental? ¿Qué significan estas cifras por sí mismas? ¡Nada! ¿Cuáles son las funciones productivas a las están destinados estos estudiantes? ¿Qué enseñanza reciben? ¿Cuáles son las necesidades de la sociedad burguesa? ¿En función de qué circunstancias políticas crece el número de estudiantes?

Una parte de los estudiantes está destinada a cumplir funciones parasitarias necesarias al modo de producción capitalista. Otra parte está destinada a ser atrapada por el modo de producción capitalista, a tener todo su tiempo utilizado en el ciclo de la producción como trabajo complejo comparado con el trabajo simple; pero aunque en un nivel superior igualmente en una actividad que consiste esencialmente en “supervisor y regulador”, que el capital utiliza para extraer el máximo posible de sobretrabajo. Algunas veces tendrán una posición ambigua de perros de guardia del capital y de explotados, otra parte serán simplemente rechazados tras su paso por la Universidad, sin funciones precisas entre la horda de aquellos que disponen de “todo su tiempo libre”, pues no logran vender su fuerza de trabajo. Una minoría será destinada al desarrollo de la ciencia y la técnica, o a funciones de enseñanza, pero según las exigencias del modo de producción capitalista en el estadio histórico al que haya llegado: el imperialismo, la economía de guerra.

La enseñanza que reciben les es indispensable y, al mismo tiempo, parcializada, expresa la división social del trabajo de la sociedad burguesa cuando no resulta adulterada.

Las necesidades de la sociedad burguesa se expresan actualmente en la reforma Fouchet-Faure-Guichard, que particulariza en Francia las necesidades generales del modo de producción capitalista.

El número de estudiantes que inútiles en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas, el análisis de sus enseñanzas, de las funciones a las que están destinados, prueban por el contrario que el modo de producción capitalista entraña la destrucción sistemática de las fuerzas productivas. Su número ha crecido considerablemente no a causa “de la ciencia y la técnica, fuerzas productivas directas” sino de las relaciones políticas entre las clases después de la Segunda Guerra Mundial que obligaba a la burguesía a hacer concesiones a la clase obrera y a la pequeña burguesía en el plano de la educación. Pero el crecimiento del número de estudiantes, paradójicamente, resalta la incapacidad del modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas; por las funciones a las que destinan a estos estudiantes, por el rechazo de millares y millares de entre ellos fuera de la actividad social; por la selección que pone en marcha; por la destrucción de su propia educación.

Y ¿qué pasa con la “transformación cualitativa de la clase obrera... de la reducción de la mano de obra no cualificada y de la ampliación de un personal técnico cada vez más cualificado? Ni Germain-Mandel, ni Garaudy, ni Fajon, ni Pablo tienen razón contra Marx. La burguesía tiene necesidad cada vez más

“... más bien esta actividad [del obrero] se halla puesta de tal manera que no hace más que transmitir a la materia prima el trabajo o acción de la máquina, [[a la]] que vigila y preserva de averías. [...] El proceso de producción ha cesado de ser proceso de trabajo en el sentido de ser controlado por el trabajo como unidad dominante. El trabajo se presenta, antes bien, sólo como un miembro del sistema cuya unidad no existe en los obreros vivos, sino en la maquinaria viva (activa),

la cual se presenta frente al obrero, frente a la actividad individual e insignificante de éste, como un poderoso organismo. En la maquinaria el trabajo objetivado se le presenta al trabajo vivo, dentro del proceso laboral mismo, como el poder que lo domina y en el que consiste el capital (según su forma) en cuanto apropiación del trabajo vivo. La inserción del proceso laboral como mero momento del proceso de valorización del capital es puesta también desde el punto de vista material, por la transformación del medio de trabajo en maquinaria y del trabajo vivo en mero accesorio vivo de esa maquinaria, en medio para la acción de ésta.”¹⁶

El desarrollo de la automatización y de la cibernética le da a este pronóstico de Marx su plena validez. La cualificación del productor, trabajo simple y trabajo complejo, tiende a ser destruida. La burguesía, que en un determinado estadio se ve obligada a desarrollar la instrucción y la enseñanza públicas en razón de las exigencias del proceso de producción, se esfuerza en destruir esta adquisición. Esto se manifiesta desde la enseñanza primaria. Toda una serie de materias que se enseñan en la simple escuela primaria y comunal en Francia serán eliminadas (historia, geografía) si nada impide los planes de reformas del gobierno. Los “nuevos métodos” de enseñanza del francés y de las matemáticas, si se aplican, llevarán a hacer que los alumnos que salgan de primaria sean incapaces de escribir una carta en francés, de resolver problemas de aritmética elemental, bajo el pretexto de los “métodos globales”.

Los ciclos cortos y largos de los liceos, transformados masivamente en CES, prosiguen la destrucción de la enseñanza comenzada ya en la escuela primaria. La mayoría de los alumnos saldrán de los CES de la enseñanza corta, sin formación profesional, con conocimientos híbridos e inutilizables, justo para devenir “vigilantes” del proceso de producción. Los CET son destruidos. En su lugar, bajo la tutela directa de la patronal, se formará una mano de obra móvil y polivalente, sin cualificación real, buena para todo, buena para nada.

Evidentemente, no se trata de un absoluto sino de una tendencia del desarrollo capitalista que tropieza con numerosos obstáculos. En primer lugar con la resistencia de la clase obrera, del mismo proletariado. El valor de la fuerza de trabajo está condicionado históricamente. En los países capitalistas económicamente desarrollados, una larga lucha de clase del proletariado ha tenido como resultado incorporar en el valor de la fuerza de trabajo nuevas necesidades, de entre ellas las de más cultura, más enseñanza. La “ley de bronce” de Lassale, que al deformar a Marx reducía el valor de la fuerza de trabajo a la de los medios de subsistencia y de renovación de la fuerza de trabajo, ha sido vigorosamente combatida por Marx. El poder del proletariado, las luchas de la clase obrera, han obligado a la burguesía a concesiones y compromisos en el plano de la enseñanza de los conocimientos y de la cultura (aunque ésta sea burguesa). El origen del aumento de los efectivos escolares y estudiantiles radica en la lucha de clases del proletariado de la que se beneficia, en primer lugar, en este plano, la pequeña burguesía. Pero el movimiento natural de la acumulación capitalista “de la ciencia y de la técnica”, es vaciar estos avances de su sustancia y destruirlos.

Los “teóricos” de la “ciencia fuerza productiva directa” simplemente han “olvidado” la ley del valor. Han “olvidado” que el motor de la producción, en el modo de producción capitalista, es la producción de plusvalía, su transformación en capital ampliado. Han “olvidado” que la plusvalía se compone de trabajo no pagado. Han “olvidado” que el capital no utiliza las máquinas más que en la medida en que le permitan al obrero consagrar una mayor parte de su tiempo, trabajar más tiempo para el

¹⁶ Ibidem, páginas 218 y 219

capitalista y menos tiempo para él mismo. Gracias a ellas, la duración necesaria para producir un objeto determinado es, efectivamente, reducida al mínimo, *pero únicamente a cambio de un máximo de trabajo valorizando un máximo de objetos.*

Han “olvidado” las relaciones sociales de producción burguesas y sus consecuencias. La riqueza burguesa es antagonista de la riqueza social, el valor de uso no tiene más interés, desde el punto de vista burgués, que soportar el valor de cambio. Las relaciones sociales de producción burguesas implican que “la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción” y el desarrollo de la ciencia y de la técnica está subordinado a, depende de, esta necesidad. Aunque, al mismo tiempo que revela las virtualidades de un proceso (la producción en la que “ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que éste trabajo” serán “el pilar fundamental de la producción y de la riqueza” en la que ésta será “la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social”, en el que “el desarrollo del individuo social [será] el fundamento esencial de la producción y de la riqueza” el modo de producción capitalista, mientras que subsista, hace que la fuerza de trabajo humana siga siendo la principal fuerza productiva. Para que ya no sea así sería necesario que el cuerpo social entero participase, disponiendo de su tiempo libre, en el desarrollo científico, técnico, cultural y en el control de la naturaleza, lo que presupone que domine su propio desarrollo social. Con otras palabras, para alcanzar este estado es necesario nada menos que la desaparición de los antagonismos sociales y nacionales, la desaparición de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual en un estadio muy avanzado del socialismo en el que el fin de los antagonismos sociales llevará a la liquidación del estado y en el que sucederá a la administración de los hombres, a la administración de las cosas. Marx añade:

“El primer aspecto es importante, porque aquí el capital (de manera totalmente impremeditada) reduce a un mínimo el trabajo humano, el gasto de energías. Esto redundará en beneficio del trabajo emancipado y es la condición de su emancipación.”¹⁷

Pero la clase obrera, el proletariado, para “sacar partido” del “trabajo humano”, en primer lugar, tiene que emanciparse, es decir realizar la revolución socialista mundial. Mientras que ésta no se realice, “la ciencia y la técnica”, se levantan ante ellos como fuerzas extrañas que los dominan y los aplastan. Lo que, por otra parte, es cierto igualmente para la humanidad entera incluyendo a los sabios y técnicos a los que se les escapan los resultados de sus trabajos. Por ello “la ciencia y la técnica” aparecen, y en primer lugar a los revisionistas de todo índole, como cosas en sí, maravillosas divinidades, “fuerzas productivas directas”, cuando son productos sociales y la fuerza productiva de la que dependen todas las otras es “el hombre, el hombre socializado”. El desarrollo de la ciencia y la técnica como producto de la relaciones sociales de producción burguesas, en un determinado estadio del desarrollo del modo de producción capitalista, se levanta contra la fuerza productiva de la que dependen todas las otras: “el hombre, el hombre socializado”, sin el cual, sin embargo, no existe, y amenaza destruirla. Sería vano y ridículo, sin embargo, hacer responsables, tomándolas como cosas en sí, a la “ciencia y la técnica”. La responsabilidad le incumbe a las relaciones sociales de producción burguesas que en un estadio determinado engendran: el imperialismo.

“En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de

¹⁷ Ibidem, página 224.

trabajo y del cuanto de trabajo empleados”. Al tiempo que “el capital sólo utiliza las máquinas en la medida en que éstas permiten al obrero consagrarle una mayor parte de su tiempo”, las crisis de sobreproducción, explicaba Marx en *El Manifiesto Comunista*, demuestran “Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos ¿De qué modo lo hace, entonces? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.”

Al final es el imperialismo. Marx no vivió el tiempo suficiente para ver formarse y desarrollarse el “imperialismo, fase superior del capitalismo” y analizarlo. Analizó las condiciones generales que llevaban a él. La tarea de analizar el imperialismo recayó en Lenin. Como le tocó a Trotsky extraer todas las consecuencias. Es momento de pasar de las generalidades sobre “las fuerzas productivas” al análisis concreto y, para hacer esto, volver a Lenin.

Un rasgo característico del imperialismo: la economía de armamento

Recordar la definición del imperialismo que formuló Lenin es indispensable aunque haya sido citada miles de veces.

“... sin olvidar lo convencional y relativo de todas las definiciones en general, que jamás pueden abarcar en todos los aspectos las relaciones de un fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo que contenga los cinco rasgos fundamentales siguientes: 1) la concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este “capital financiero”, de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías adquiere una importancia particularmente grande; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo; y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes.”¹⁸

La relación entre el análisis de las tendencias del desarrollo en el modo de producción capitalista hecha por Marx, y la hecha por Lenin de esas tendencias realizadas, es inmediata. El movimiento del capital, a fin de proseguir su proceso de puesta en valor, superando la estrechez de las relaciones sociales de producción burguesas, le obliga a desarrollar intensa y extensivamente las relaciones sociales de producción a escala mundial. “El capital sólo utiliza las máquinas en la medida en que le permiten al obrero consagrarle una mayor parte de su tiempo” a fin de aumentar la plusvalía. Al mismo tiempo reduce al mínimo “la duración necesaria (del tiempo de

¹⁸ Lenin, V I; *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras Escogidas* en tres tomos, tomo 1, Editorial Progreso, Moscú, 1970, página 765.

trabajo) para producir un objeto”. Mientras que el consumo obrero tiende a reducirse en valor, la plusvalía se cristaliza en una cantidad multiplicada de mercancías que es necesario realizar para extraerla y transformarla en capital, capital que acrece la masa de capital y prosigue sin fin aparente el proceso de puesta en valor del capital. De aquí, un desenfadado carrusel: exigencia sin cesar cada vez más grande de nuevos mercados, multiplicación de los medios de producción, absorción de nuevas fuerzas de trabajo, intensificación de la tasa de explotación del trabajo, destrucción de todas las barreras que se levantan ante la expansión de las relaciones sociales de producción burguesas, de todos los antiguos modos de producción o de lo que subsista de ellos. La tierra entera deviene el campo de acción del capital, toda su población está sometida a sus leyes. Pero los cambios profundos no afectan solamente a los antiguos modos de producción destruidos por la expansión capitalista, las relaciones internas del modo de producción burgués no resultan menos afectadas.

La concentración del capital se expresa, finalmente, en los monopolios, son la expresión más acaba de la “la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este “capital financiero”, de la oligarquía financiera”.

Numerosos “teóricos marxistas” le han buscado las cosquillas a Rosa Luxemburg que afirmó que la condición de la acumulación del capital es la existencia de modos de producción no capitalistas, tanto en el exterior como en el interior de los países en los que domina el capital, que éste destruye en su proceso de acumulación. Desde el punto de vista “teórico puro”, Rosa Luxemburg si equivocó sin apelación. Abstractamente hablando, el equilibrio entre los diferentes sectores de la producción puede restablecerse siempre por la destrucción masiva de inmensas fuerzas productivas, la desvalorización del capital constante, la tasa de beneficio puede recuperarse y ser el punto de partida de un nuevo ciclo. Pero un primer punto es evidente: de todas formas esto será al precio de previas destrucciones, cada vez más gigantescas, de fuerzas productivas. Por otra parte la descripción hecha por Rosa Luxemburg del desarrollo concreto del modo de producción no es falsa:

“... el esquema marxista de la reproducción ampliada no corresponde a las condiciones de la acumulación mientras ésta prosigue su curso; no puede reducirse a las relaciones mutuas y dependencias entre los dos grandes capítulos de la reproducción social (el de los medios de producción y el de los medios de consumo), formulados en el esquema [de la reproducción ampliada de Marx]. La acumulación no es meramente una relación interna entre las ramas de la economía capitalista, sino, ante todo [ante todo es discutible: es más bien “no es independiente”], una relación entre el capital y el medio ambiente no capitalista en el que cada una de las dos grandes ramas de la producción puede realizar el proceso de acumulación, en parte y por su propia cuenta, con independencia de la otra, aun cuando el movimiento de ambas se esté interponiendo y cruzando constantemente.”¹⁹

Cuanto acabado esté “el reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes”, más difíciles serán de realizar las condiciones de equilibrio, más tenderá la supercapitalización a hacer bajar la tasa de beneficio, más se serán estimuladas la monopolización, la formación del capital financiero, y más necesario será utilizar medios artificiales a fin de sostener la tasa de beneficio y ofrecer mercados por esos medios, en particular en las ramas con capital constante elevado.

¹⁹ Rosa Luxemburg; *La acumulación del capital*, Edicions Internacionals Sedov, página 205: <http://grupgerminal.org/?q=node/450>.

Lo más curioso es que los “críticos” de Rosa Luxemburg se apoderan de su error teórico, lo blanden a fin de no poner de relieve los rasgos del capitalismo en la fase imperialista en nombre de un capitalismo abstracto y general.

Rosa Luxemburg insiste especialmente en el militarismo. Llama la atención sobre el hecho que, además de la necesidad, en función de la conquista de territorios coloniales, del reparto del mundo, de las guerras entre países imperialistas, “El militarismo es también, en lo puramente económico, para el capital, un medio de primer orden para la realización de la plusvalía, esto es, un campos de acumulación.”²⁰.

El capitalismo en la fase imperialista ve restringirse sus posibilidades de extensión general a escala mundial, tanto en el interior como en el exterior de los países capitalistas dominantes, una vez que el reparto del mundo está acabado. La monopolización, la formación del capital financiero, forma extrema de la concentración del capital, fosilizan, osifican, al capitalismo, le hacen perder su flexibilidad anterior que, al precio de crisis de sobreproducción que destruyen masas de fuerzas productivas, permitían el reinicio del ciclo, por el alza seguida de la caída, de la tasa de beneficio y un nuevo equilibrio dinámico entre los diferentes sectores de la producción. El estado siempre ha ejercido un papel importante en la formación y desarrollo capitalista: un papel a la vez político y económico. Su función económica, con la formación de los monopolios y del capitalismo financiero se acentuará hasta devenir decisiva, pero parasitaria: el militarismo deviene un factor indispensable y principal del funcionamiento de conjunto de la economía capitalista.

La osificación del capitalismo, el papel del estado, el desarrollo del parasitismo, están incluidos en el análisis del imperialismo de Lenin. Rosa Luxemburg insiste particularmente sobre determinados aspectos que desgaja pero que están incluidos en el análisis de Lenin:

“Conviene ahora que nos detengamos en otro aspecto muy importante del imperialismo, al cual, en las consideraciones sobre estema, no se concede la atención debida en la mayor parte de los casos. Uno de los efectos del marxista Hilferding consiste en que ha dado en este terreno un paso atrás en comparación con el no marxista Hobson. Nos referimos al parasitismo propio del imperialismo.”²¹

Lenin enumera algunos de los aspectos de este parasitismo:

“En la medida en que se fijan, aunque sea temporalmente, precios monopolistas, reaparecen hasta cierto punto las causas estimulantes del progreso técnico y, por consiguiente, de todo progreso de todo avance, surgiendo así, además, la posibilidad *económica* de contener artificialmente el progreso técnico. [...] Desde luego, la posibilidad de disminuir los gastos de producción y de aumentar los beneficios implantando mejoras técnicas obra a favor de las modificaciones. Pero la *tendencia* al estancamiento y a la descomposición, inherente al monopolio, sigue obrando a su vez, y en ciertas ramas de la industria y en ciertos países hay periodos en que llega a imponerse.” Lenin no se contenta con el término “parasitismo”, añade el de “putrefacción”. “La exportación del capital, una de las bases económicas más esenciales del imperialismo, acentúa todavía más este divorcio completo entre el sector rentista y la producción, imprime un sello de parasitismo a todo el país, que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y colonias de ultramar.”[...]

²⁰ *Ibidem*, página 225.

²¹ Lenin, VI; *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras Escogidas* en tres tomos, tomo 1, Editorial Progreso, Moscú, 1970, página 774.

Describiendo, bajo la viva impresión de la guerra anglo-boer, los lazos que unen el imperialismo con los intereses de los “financieros”, el aumento de los beneficios resultantes de las contrataciones, de los suministros, etc. Hobson decía: “los orientadores de esta política netamente parasitaria son los capitalistas; pero los mismo motivos se dejan sentir también sobre categorías especiales de obreros. En muchas ciudades, las ramas más importantes de la industria dependen de los pedidos del gobierno; el imperialismo de los centros de la industria metalúrgica y de construcciones navales dependen en gran parte de este hecho”.²²

Desde antes de la primera guerra mundial, el militarismo, hoy en día diremos la economía de armamentos, absorbía una parte considerable de las “fuerzas productivas”. Al precio de una constante destrucción de “fuerzas productivas” sostenía la actividad del conjunto del modo de producción capitalista, y operaba una transferencia de plusvalía desde los diferentes sectores de la producción hacia las industrias de guerra, la mayor parte de las cuales son de composición orgánica elevada. La crisis económica clásica resulta más o menos contenida... por la destrucción masiva de “fuerzas productivas” bajo una u otra forma, la que resulta de la economía de armamentos. La gran aportación de Rosa Luxemburg a la teoría del imperialismo es haber remarcado que la economía de armamentos servía de relé al funcionamiento del modo de producción capitalista en su conjunto, y ello desde antes de la primera guerra mundial imperialista. Sus “críticos” no se lo perdonarían jamás.

Los monopolios, el capital financiero, la subordinación cada vez más estrecha del estado burgués al capital financiero, en breve, el imperialismo, además de la exportación de mercancías y capitales, del reparto del mundo, engendra la economía de armamentos que no es solamente una necesidad política sino una exigencia económica. “Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas.”²³ La economía de armamentos destruye sin cesar masas enormes de fuerzas productivas. Pero con la economía de armamentos se acrece igualmente la desproporción entre las diferentes ramas de la producción. El proceso de la acumulación del capital puede muy bien proseguir al menos durante un tiempo (hablar del desarrollo de las “fuerzas productivas” es como mínimo singular). Se trata de una gigantesca destrucción de valor de cambio y de valor de uso... como condición de la prosecución del proceso de acumulación del capital. El consumo de las mercancías por el ejército, su cristalización bajo forma de materiales de guerra, abre un mercado nuevo.

Cuando jugaban los mecanismos clásicos del modo de producción capitalista, sin grandes trabas, el reinicio del ciclo y el “boom” eran animados por la renovación del capital constante, particularmente del capital fijo, lo cual entrañaba el aumento de la demanda de los medios de consumo. La demanda de armamentos, el consumo del ejército, van de ahora en adelante a comportar el crecimiento del capital constante, del capital fijo en particular, el cual comportará el aumento de la demanda de los medios de consumo; esto puede ser el nuevo “boom”. En cuanto a concluir de ello el “crecimiento de las fuerzas productivas” hay que llamarse Germain-Mandel, Pablo, Garaudy, Fajon, etc. (y elaborar en el gozo) para hacerlo. Todo ciclo de la producción está condicionado por el parasitismo (la putrefacción de las relaciones de producción capitalista esclerotizadas por los monopolios, por el capital financiero) que manifiesta la economía de armamentos, y el crecimiento de las fuerzas destructivas que ella constituye. Todo le

²² *Ibidem*, páginas 774, 775, 776 y 777.

²³ Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*, en *Obras escogidas* en dos tomos, tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, página 25.

está subordinado, las máquinas, el trabajo de millones de productores, las investigaciones científicas y técnicas, su aplicación, incluso si las máquinas, el trabajo, las investigaciones científicas y técnicas y su aplicación, no son utilizables en una parte importante para el crecimiento de los medios de producción, para el desarrollo y renovación del consumo. Pues la economía de armamentos deviene la condición, dirige el proceso de producción en su conjunto.

Pero la economía de armamento tiene su lógica exigente. Para que el proceso de producción no se pare le es necesario adquirir dimensiones incesantemente crecientes, encontrar un mercado cada vez más amplio; la economía de guerra, la guerra imperialista, son sus resultados naturales (para la gran satisfacción de Germain-Mandel, no hay crisis económica). Están desencadenadas las fuerzas destructivas. Sin embargo, “la ciencia y la técnica” dan entonces “prodigiosos saltos adelante”. En la tensión de todas sus fuerzas, de todos sus recursos, los estados imperialistas llaman a la “ciencia y la técnica” más refinadas, más modernas; de la metalurgia a la electrónica, de la cibernética a la física, de la química a los explosivos, al gas, a la bacteriología, a la energía atómica, etc., etc. Hasta la cirugía conoce un sorprendente desarrollo, incluyendo la cirugía estética a fin de remendar las “caras rotas”.

Si como nos explica Marx, las crisis económicas son el momento del proceso de la producción en el que, por la destrucción de inmensas fuerzas productivas, se realizan las condiciones de un nuevo ciclo, la economía de armamentos manifiesta la crisis crónica del modo de producción capitalista; la economía de guerra y la guerra imperialista son la crisis llevada a su más alta expresión posible, devastadora. Sin embargo, evidentemente, a pesar sus diez millones de muertos, sus millones de heridos, sus terribles devastaciones, la prodigiosa usura de medios de producción comprometidos en la industria de armamentos, la decadencia de los otros sectores de la producción, la primera guerra imperialista de 1914-1918 no fue suficiente para “sanear” la economía capitalista mundial. Ya desde 1920, se dibujaba una crisis económica clásica. Era preciso mantener un alto nivel de pedidos de armamento en los países “vencedores”. Fue necesaria la liquidación de toda una parte del capital ficticio acumulado, *por la quiebras monetarias*, total como en Alemania en 1923, o parcial como en Francia, sancionadas por devaluaciones masivas. Fueron necesarios los planes Dawes y Young, los préstamos estadounidenses a corto medio plazo, a los países más empobrecidos por la guerra. Fue necesaria una enorme inflación del crédito en los USA. Solamente se produjo el “boom” de los años 24-29. Algunos años con una curva económica ascendente que concluyeron con la más gran crisis económica conocida hasta entonces, crisis que no fue “superada” más que alrededor de los años 38-39, una vez más, pero a una más vasta escala, por la economía de armamentos, la economía de guerra, la segunda guerra imperialista mundial.

En cualquier caso, durante esos últimos sesenta años, más de 35 años de destrucción intensiva de “fuerzas productivas” durante los cuales el ciclo económico ha estado condicionado por la preparación para la guerra, por la misma guerra y las consecuencias de la guerra, la preparación de una nueva guerra, y esta segunda guerra imperialista mundial; años en los que la acumulación del capital, la utilización de la fuerza de trabajo, el desarrollo de las ciencias y de las técnicas, recibieron su impulso de la economía de armamentos, de la economía de guerra, de la misma guerra. Hay que tener alguna audacia para tachar de un plumazo todo este período y no hablar de él más que como de un mal recuerdo. Sin embargo esto es lo que hacen alegremente tanto Pablo como Germain-Mandel, Garaudy como Etienne Fajon, con sus “teorías” del “neocapitalismo”, del “capitalismo monopolista de estado”, del desarrollo “prodigioso de las fuerzas productivas”, de “la ciencia y las técnicas fuerzas productivas directas.”

En el 8º Congreso Mundial del Secretariado Unificado, los renegados de la IV Internacional, en medio de tesis a menudo contradictorias unas con otras, a la manera ecléctica de los pablistas, Ilario Rivera, en su informe sobre “la evolución del capitalismo en Europa” utilizaba fórmulas de este género:

“La formulación de esta estrategia de recambio (indispensable para la constitución de una dirección de recambio) no puede consistir en la simple repetición de fórmulas del pasado, sobretodo cuando esas fórmulas se corresponden con una situación objetiva caracterizada por el paro masivo, la estagnación de las fuerzas productivas y la amenaza inmediata del fascismo que ya no es la situación objetiva de la mayor parte de los países capitalistas europeos de hoy en día”.

“Las fórmulas del pasado” son las del programa de transición, que, evidentemente, esta totalmente superado si el “crecimiento de las fuerzas productivas” ha sido prodigioso durante los veinte años que acaban de pasar (1945-1965). De forma hipócrita, conforme al estilo de la casa, Ilario Rivera prosigue:

“Contrariamente a todos los reformistas y neoreformistas y a numerosas corrientes centristas influenciadas por ellos en la misma periferia de la vanguardia revolucionaria, la IV Internacional niega con fuerza que la prosperidad capitalista lejos de haber resuelto todos los problemas económicos, *deje subsistir suficientes contradicciones* [resaltado por nosotros] económicas, políticas o sociales en la sociedad capitalista para hacer objetivamente posible luchas revolucionarias que lleven al derrocamiento del régimen capitalista y a la conquista del poder por el proletariado”.²⁴

A Ilario Rivera no le desagrada si “subsisten suficientes condiciones...” ello significa que el régimen capitalista ha resuelto fundamentales. Como en el fondo no existe más que una contradicción de la que derivan todas las otras, de la que todas las otras son formas particularizadas, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción burguesas, es ésta la que ha sido resuelta o no. A pesar de la resonancia “revolucionaria” el abandono del programa de fundación de la IV Internacional (las viejas fórmulas) que liga la revolución proletaria a la incapacidad del capitalismo, en la fase imperialista, para desarrollar las fuerzas productivas, demuestra qué contenido tiene el análisis pablista. El *Programa de Transición* es la expresión consciente de la unidad entre los antiguos programas mínimo y máximo: todas las reivindicaciones importantes de la clase obrera exigen la movilización revolucionaria de las masas, su organización como clase, la lucha por el derrocamiento del estado burgués, la expropiación del capital en razón del impasse del modo de producción capitalista. Son reivindicaciones de transición por eso mismo y no reivindicaciones mínimas y reformistas.

Hubo un tiempo en que Mandel era aun infinitamente más claro. Escribía en *Les Temps Modernes* (agosto-septiembre 1964):

“(3) La necesidad de evitar a cualquier precio la repetición de una crisis del estilo de la de 1929, al haberse convertido en una cuestión de vida o muerte para el capitalismo bajo las condiciones actuales de guerra y progresión de las fuerzas anticapitalistas en el mundo entero, el estado hace uso cada vez más de las técnicas anticíclicas, así como de las técnicas de creación de poder de compra y de redistribución de los ingresos. La garantía por parte del estado (directa o indirectamente) del beneficio privado ha devenido uno de los rasgos dominantes del capitalismo contemporáneo, esta garantía puede ir desde la subvención a la

²⁴ *Quatrième Internationale*, febrero de 1966, página 65.

industria privada (según modalidades muy diversas) hasta la “nacionalización de las pérdidas”.

4) la combinación de estos diferentes factores se traduce en la introducción en la economía capitalista de las técnicas de planificación o, más exactamente, de programación indicativa, que no son otra cosa que el establecimiento por los grupos patronales de previsiones integradas de la demanda y la producción (basadas en la proyección de las tendencias actuales rectificadas por los cálculos de elasticidad de la demanda) y que contribuyen a dar una base relativamente más racional a las inversiones capitalistas.”

Afirmaba entonces “*que no habrá ya jamás crisis del estilo de 1929*”. Después ha moderado un poco su entusiasmo.

Son compadre Pablo se explicaba sin ninguna ambigüedad como ya hemos visto. Son los estalinistas quienes han “teorizado” más claramente el papel del estado como factor del “desarrollo de las fuerzas productivas”. Pero más o menos explícitamente las mismas “teorías” son subtendidas en las tesis de Germain-Mandel, de Pablo, de los renegados de a IV Internacional en general, en aquellas del PSU, etc.

Gran revelación del siglo, “el capitalismo monopolista de estado”, al que ya se ha aludido, tiene sus mecanismos puestos al día por los “economistas” del PCF.

“Las reglas de gestión de la empresa pública se oponen categóricamente a las reglas de gestión de los monopolios privados *en algunos aspectos al menos* y forman con estas reglas cierta autonomía. Las formas económicas públicas constituyen formas de *socialización capitalista* cualitativamente nueva...”

Nos parece, sin embargo, que todas las intervenciones actuales del estado (y no solamente aquellas ligadas a la propiedad del estado sobre empresas públicas), desde la fiscalidad para el consumo público pasando por la reglamentación del crédito, etc., todo ello tendente a aumentar y garantizar el beneficio capitalista, están basadas esencialmente en la misma particularidad que las empresas públicas: *a saber: la posibilidad de actuar sin tener en cuenta la ley del beneficio* [resaltado por mi]. Y ello desde la CME en beneficio de los monopolios. En efecto, el carácter benéfico de las intervenciones del estado para el beneficio de los monopolios resulta del hecho que el estado no busca el beneficio para sí mismo sino para los capitalistas, para los monopolios, para la oligarquía financiera”.²⁵

Se dibuja una idea (un concepto dirían estos señores): en la época del capitalismo de estado, la intervención en la economía del estado forma un sector que tiene la particularidad de funcionar “sin tener en cuenta la ley del beneficio”. Todo el alcance de este descubrimiento se nos va a revelar ahora. El mismo Paul Boccara se libra, en un segundo informe, a largas digresiones

“[Marx] aludiendo a la posibilidad de la dominación monopolista sobre el capital, dominación que impide la desvalorización (del capital)... alude a un verdadero bloqueo del crecimiento del hecho de la sobreacumulación (como parece haber sido, precisamente, el caso durante la depresión de los años 1930).

Escribe: “Tan pronto como la formación de capital cayese exclusivamente en manos de unos cuantos grandes capitales ya estructurados, en los que la masa de ganancia supera a la cuota de ésta, se extinguiría el fuego animado de la producción. Ésta caería en la inercia.”²⁶

²⁵ *Economie et politique*, nº especial sobre “Le Capitalisme monopolistique d’Etat, Conférence Internationale de Choisy-le-Roi 26-29 mai 1966: exposé de Paul Boccara,” páginas 16 y 17.

²⁶ [Marx, Karl; *El Capital*, tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 256. NdT]

Entonces habla, precisamente, del límite del modo de producción capitalista. Se puede señalar en fin como complemento, el pasaje de Engels en el *Anti-Dühring* en el que alude a la necesidad de la propiedad pública después de la de los trusts monopolistas. Este pasaje concluye un análisis de las contradicciones de la producción capitalista que evoca esencialmente la crisis cíclica y, por tanto, la sobreacumulación del capital. Aquí se sitúa nuestra hipótesis de trabajo.”

Y Paul Boccara formula su:

“ 1) Hipótesis

El concepto de *desvalorización del capital* suministra un elemento explicativo de las salidas históricas de un estado de sobreproducción de capital que afecta a la economía capitalista de forma mucho más profunda y durable que en una crisis cíclica acompañada de una desvalorización pasajera abiertas por esta situación no podrían seriamente retroceder más que gracias a una transformación estructural del capitalismo, en medio de crisis sociales agudas que permitan únicamente la continuación del crecimiento de la producción y la misma acumulación capitalista.

Determinadas fracciones cuantitativa y cualitativamente determinadas del capital social se verían afectadas de forma en cierta medida permanente en razón de modificaciones estructurales, por cierta desvalorización. Las otras porciones del capital global podrían, correlativamente (no solamente), reportar no únicamente una tasa de beneficio suficiente sino, además, continuar acumulando. Por lo mismo, habría una suerte de acumulación de capital parcialmente desvalorizado. La economía en su conjunto podría proseguir su crecimiento con la acumulación capitalista y el progreso de las fuerzas productivas.

Habría sido, principalmente al menos, con la crisis de 1930 cuando apareció una sobreacumulación de capital tal que engendraría en la mayoría de los países capitalistas avanzados un bloqueo durable, o al menos una frenada tal que necesitaría para salir de ella un desarrollo masivo de la desvalorización crónica del capital bajo forma de financiación pública de la producción. El capital presentaría estos medios de producción como desvalorizados mediante la toma en cargo, directa o indirectamente, de una parte del valor de los medios de producción por el estado. Los medios de producción, en la medida en que están financiados públicamente, ya no pueden reclamar para ellos el beneficio que reclaman los fondos privados. Esta descapitalización relativa, que se hace en el marco del capitalismo, tiene sin embargo como resultado el crecimiento del beneficio de las otras fracciones del capital social total. No significa, ni mucho menos, que el capital desvalorizado no participe en la producción de plusvalía global.”²⁷

El condicional es una cláusula de estilo. Lo que resalta de este texto es que el crecimiento de las fuerzas productivas ha sido desbloqueado porque en el seno mismo del modo de producción capitalista se desarrolla otro modo de producción, que no está ya condicionado por la producción de plusvalía y su realización, la ley del beneficio, la puesta en valor del capital. El capital se desvaloriza porque ya no necesita valorizarse, ya no es capital sino simple medio de producción. ¡Mientras que un vano VAIN pueblo se dedica a la lucha de clases, el estado, el estado burgués, realiza maravillas! Paul Boccara nos anuncia la buena nueva. Lástima, no, incluso el capital en las manos del estado sigue sometido a la ley del valor tal y como funciona en el modo de producción

²⁷ *Economie et politique*, n° especial sobre “Le Capitalisme monopolistique d’Etat, Conférence Internationale de Choisy-le-Roi 26-29 mai 1966: exposé de Paul Boccara,” páginas 27 y 28.

capitalista, a la ley del beneficio. Su funcionamiento, su proceso, se integra y participa en el proceso del capital social total, funciona como parte del capital social total. Mientras que el capital del estado está empleado productivamente, produce plusvalía. El estado divide su capital en: capital constante que le permite comprar los medios de producción si no a su valor al menos a su precio de producción (capital que es utilizado en su producción + tasa de beneficio medio); en capital variable con el que compra la fuerza de trabajo, la cual produce plusvalía, es transferido por mil medios al capital social todo entero y participa en la tasa de beneficio general. El estado no puede comprar por encima de su valor la fuerza de trabajo. Por otra parte, como comprador de medios de producción y de medios de consumo, contribuye a la realización de la plusvalía producida en los otros sectores de la producción social.

La “teoría” de Paul Boccara, que sirve de fundamento a la del “capitalismo monopolístico de estado” no vale nada; sin embargo, es interesante porque se esfuerza en suministrar una explicación “racional”, “científica”, “marxista”, a todos los defensores del “neocapitalismo”, del “estado redistribuidor de rentas”, “utilizador de los medios anticíclicos”, que supera la esclerosis del modo de producción capitalista en la fase de los monopolios, del capital financiero, del imperialismo y que está en el origen de un nuevo período de tumultuoso desarrollo de las fuerzas productivas.

No solamente en tanto que productor sino como consumidor, el estado también debe someterse a la ley del valor, pero además, en tanto que estado, estado burgués, tiene asignado un papel muy particular en la producción y límites que no puede franquear. Cuando invierte capital a fin de renovar el equipamiento de base, sobre el que volveremos, extrae directamente, mediante el impuesto, por la movilización de los depósitos de los pequeños ahorradores en las cajas de ahorro, por los bancos y otras instituciones financieras, por la inflación, sobre la parte de la masa total del valor reservado al mantenimiento y renovación de la fuerza de trabajo obrera, o representando una parte de los beneficios de los sectores no monopolistas, y abre un mercado al sector más monopolizado... que ulteriormente acapararán una parte de la plusvalía producida. Pero hay más: el estado burgués no puede invertir en cualquier sector de la economía. Se encarga, sin duda alguna, de los sectores de la economía con capital constante elevado y con rotación lenta del capital, como los trabajos públicos, las infraestructuras en las que la producción de la plusvalía está por debajo de la tasa media de beneficio que son mercados para el conjunto del capital social y permiten la realización de la plusvalía producida en los otros sectores a través de un fuerte consumo de medios de producción notablemente.

Pero incluso esos sectores tienen sus límites determinados por la ley del valor, la producción de plusvalía, la tasa de beneficio. No pueden alcanzar un nivel en el que representarían un sobreequipamiento desde el punto de vista de la economía capitalista en su conjunto. Deben ser proporcionales al consumo productivo (desde el punto de vista del capital) que pueda hacer la economía capitalista en su conjunto. El capital los utiliza como elementos de sus propios medios de producción (que, más allá de un cierto límite, no representan ya ninguna “utilidad pública”, en la sociedad capitalista la utilidad pública es la utilidad para el capital). Mucho más, harían más pesada a la economía capitalista en su conjunto, que no existe en un mundo abstracto, y que es ella misma muy concreta, frente a la competencia en el mercado mundial. Lo que es cierto para la infraestructura pública no lo es menos para el equipamiento hospitalario, de la enseñanza, etc. Sin embargo, si los medios de producción son desarrollados por el estado se plantean con más fuerza aun los problemas fundamentales del modo de producción capitalista (mercados para las mercancías y el capital bajo forma de dinero).

Por fin, el estado burgués no se plantea en absoluto desarrollar producciones que compitiesen con las diferentes ramas del capital privado, especialmente con las monopolizadas. No puede ser productor de mercancías en general. Esta no es su función (es el estado burgués cuya acción política y económica defiende a la sociedad burguesa). Es imposible abstraerse de la sociedad burguesa, ni aunque fuese para “salvarla”. Esto no es lo mismo que decir que este estado “está ligado orgánicamente” al capital, a los monopolios; que sus órganos son productos de la sociedad burguesa, que su funcionamiento interno procede, como sus relaciones con la sociedad burguesa, de las mismas leyes fundamentales que regulan el funcionamiento de la sociedad burguesa, como cada célula, cada órgano de nuestro cuerpo, aunque diferenciados y con sus funciones específicas, sus leyes propias, están sometidos no solamente al proceso de conjunto sino a leyes generales válidas para cada uno de ellos. Y la ley del valor es la ley de las leyes del modo de producción capitalista, específicamente la producción de la plusvalía.

El estado burgués tiene como función general y particular garantizar la producción de la plusvalía, la explotación de la fuerza de trabajo. Bajo ninguna forma y de ninguna manera puede derogar esta ley mientras explote él mismo a la fuerza de trabajo, mientras establezca y defienda las condiciones generales económicas y políticas de la explotación de la fuerza de trabajo a escala de toda la sociedad.

Nunca hay que olvidar que la ley del valor, tal y como funciona en el modo de producción capitalista, no es otra cosa que la expresión abstracta de las relaciones sociales de producción de éste.

Aunque no es una innovación, la intervención del estado y sus funciones económicas no han cesado de desarrollarse desde que el modo de producción capitalista llegó a la fase imperialista, de los monopolios y del capital financiero. La Primera Guerra Mundial imperialista vio a los estados burgueses beligerantes instituir “el socialismo de guerra” del que habla Lenin en *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*. El fenómeno se desarrolló más profundamente en Alemania. La socialdemocracia alemana, como todos los partidos quebrados de la II Internacional, descubrieron en la economía de guerra, los elementos del socialismo, una modificación de las funciones económicas del estado burgués que se habría visto obligado, bajo la presión de las necesidades, a poner en pie un cierto estilo de “socialismo”. La referencia a los años 1930 como punto de partida de un nuevo género de intervención del estado burgués en la economía es, pues, falsa en sí misma. No por ello es menos interesante pues es cierto que todos los estados burgueses debieron intervenir, desarrollar sus funciones económicas a fin de superar esta crisis. La fosilización, el capitalismo del monopolio, el capital financiero, no permitieron que se resolviese por los mecanismos clásicos del modo de producción capitalista: la desvalorización, la puesta fuera de uso de una enorme masa de capital fijo y la renovación ampliada de este capital.

Se impone una primera constatación: todos los programas de grandes trabajos de “desarrollo del consumo”, de “redistribución de las rentas” por el estado, se tradujeron en fracasos. Los límites de los “grandes trabajos” fueron alcanzados pronto. El estado burgués ya no podía desarrollarlos pues el capital no podía hacer de ellos un “consumo productivo” desde su punto de vista. En Francia, Inglaterra y los EEUU, el fracaso fue patente: la crisis se demostró irresoluble por este método. Allí donde “los grandes trabajos” fueron llevados más lejos fue en Alemania, ejemplo: las autopistas. La razón es simple: se integraban como componente de la economía de armamentos y de preparación para la guerra. La crisis no fue realmente absorbida más que cuando sus últimos efectos desaparecieron en los EEUU... un año después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando Europa y Japón estaban ya en el ciclo de la economía

de guerra, más que cuando los EEUU impelieron al máximo la economía de armamentos, que desembocó rápidamente en la economía de guerra y más que cuando se convirtieron en el arsenal de toda la coalición imperialista “democrática”. El mecanismo de la intervención del estado burgués en la economía, el papel económico del estado burgués, adquirieron su más gran amplitud, su forma más pura, en Alemania en el curso de la preparación de la segunda guerra imperialista mundial y durante ésta. Sin librarnos a un análisis detallado, apuntemos las conclusiones de Charle Bettelheim al respecto:

“Asistimos bajo el régimen nazi a una acumulación extremadamente rápida de los capitales privados, pero a una acumulación que tan sólo en una débil medida se traduce en el incremento de las fuerzas productivas [de los medios de producción], habida cuenta de que los capitales así constituidos, en lugar de invertirse en medios de producción, se dirigen a las cajas del Estado. Eso significa que en realidad la política nacional-socialista permitió proporcionar una solución momentánea (y esta solución no podía ser más que momentánea) al problema de las salidas necesarias a las mercancías y a los capitales. El Estado abrió a las mercancías el mercado de sus pedidos, a los capitales, les abrió el mercado de sus empréstitos. De este modo se encontraban resueltos (resueltos, lo repetimos una vez más, de una forma solamente momentánea) los problemas que tan gravemente habían pesado sobre la economía alemana, los problemas de las exportaciones de mercancías y de la exportación de capitales, puesto que, por intermedio del Estado, se encontraban abiertas salidas artificiales. Es evidente que una política de este tipo no podía continuar durante un largo período, puesto que debería culminar en incrementar la suma de la deuda pública, es decir, la parte de la renta nacional que el Estado debía absorber para su redistribución bajo formas de interés a los portadores de títulos representativos de la deuda pública. Para encontrar semejante salida hacía falta a toda costa que el nazismo encontrase medios de ofrecer salidas reales a las mercancías y a los capitales del Reich; al ser incapaz de ofrecerlas dentro del país, ineluctablemente debería buscarlas en el exterior recurriendo a la solución bélica. En otros términos, resulta que los métodos mismos de financiación de la política económica nazi deberían conducir o al hundimiento financiero o a la guerra, y sin duda a ambas cosas a la vez. Y, por otra parte, es evidente que teniendo en cuenta la estructura económica y social que los nazis quisieron consolidar, no cabía plantear la cuestión de una política económica sensiblemente diferente de la que se siguió a partir de 1933.”²⁸

Al mismo tiempo, bajo la dirección de los nacional-socialistas, el estado burgués alemán tomaba a su cargo determinados sectores de la producción, no rentables, pero indispensables para el funcionamiento de la economía de armamentos y, después, de guerra, tales como los “Hermann Georing Werke” fundados a fin de explotar los minerales de hierro de bajo contenido de Alemania.

Si se da, pues, 1930 como punto de partida de un nuevo estilo de intervención del estado burgués en la economía, es necesario entonces no contentarse con citar algunos hechos parciales como estos:

“Jean-Marcel Jeanneney recuerda el brutal frenazo de las inversiones en energía eléctrica en los años 1930. Señala la ayuda e iniciativa de los poderes públicos para el nuevo programa de 1938 y 1939... Claude-Albert Colliard... señala la importancia de los fondos públicos, de los fondos públicos entre las dos

²⁸ Charles Bettelheim, (1946), *La economía alemana bajo el nazismo*, Tomo II, Editorial Fundamentos, Madrid, 1980 (2ª edición), páginas 169 y 170.

guerra y del fondo de amortización de 1938. Se sabe, por otra parte, que con el principio de la expansión y la debilidad relativa de las tarifas eléctricas industriales de 1938, debidos a la intervención pública, numerosas sociedades industriales cesaron ellas mismas de fabricar su energía y vieron más ventajoso utilizar la red nacional.”

No es suficiente con añadirle a este ejemplo los de la nacionalización de la SNCF de la Banque de France en 1936, con proseguir:

“...la nacionalización coronará esta evolución con inversiones masivas liberadas de las obligaciones inmediatas del beneficio privado, pero una evolución de los precios que bajó considerablemente el precio real de la electricidad en relación con los precios privados, [ejemplo que se aplica naturalmente a la SNCF, a las Houillères, a la RATP, etc.; y concluir que ella] disminuye los costos y eleva las tasas de beneficio capitalistas”.²⁹

Dar su verdadero sentido y contenido a la intervención del estado en la economía, directa o indirectamente, a través de créditos, de financiación de las industrias privadas, de las empresas públicas o semipúblicas, exige analizar y caracterizar el conjunto del ciclo económico. La utilización y el crecimiento del potencial productivo con fines de economía de armamentos y economía de guerra, se corresponde con una masiva destrucción de fuerzas productivas, sin apelación posible entre 1930 y 1945, a una escala desconocida hasta entonces. Con otras palabras, la intervención del estado burgués en la economía, intervención no nueva pero de dimensiones sin cesar crecientes durante los años 1930-1945, confirma totalmente la definición de Lenin del papel del estado: “El estado es un organismo de *dominación* de clases, un organismo de *opresión* de una clase sobre otra”. Esta función (la función del estado) la ejerce el estado burgués de todas las formas y en todos los planos en sus funciones económicas y sigue siendo “un organismo de opresión de una clase sobre otra”. Lejos de desarrollar un sector en el que “los medios de producción, en la medida en que están públicamente financiados, ya no pueden reclamar para sí el beneficio que reclaman los fondos privados”, el estado, el estado burgués, integra su intervención en los procesos y exigencias de la economía capitalista entera. Lejos de proceder “a una redistribución de los ingresos” se aprovecha de todos los sectores de la economía en vistas a la extracción y realización de la plusvalía. Lejos de utilizar “técnicas anticíclicas”, utiliza métodos que reproducen las crisis de la economía capitalista en una forma infinitamente más explosiva: la economía de armamentos, la economía de guerra, la guerra imperialista. La intervención del estado, del estado burgués, en la economía confirma plenamente la definición de Lenin del imperialismo, la fase “del parasitismo, de la putrefacción del capitalismo”. “Pudre” al conjunto de las relaciones sociales, a todas las relaciones de producción, a todas las relaciones sociales, la cultura, la ciencia, destruyendo todas las adquisiciones anteriores del modo de producción capitalista. El coronamiento de la “intervención del estado en la economía”, son los campos de concentración, el trabajo forzado (esclavista), las setas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. La construcción de autopistas, nuevas centrales eléctricas, etc., etc., está subordinada a este fin y contribuye a ello. El estado, el estado burgués, como y porque es expresión concentrada de la clase dominante, lleva al más alto nivel el proceso de putrefacción del modo de producción capitalista en su fase imperialista

²⁹ *Economie et Politique*, Paul Boccara, páginas 43-44, número ya citado.

Los EEUU entran en el ciclo de la economía de armamento

Sí, pero todo esto pasaba en una época extremadamente atrasada... antes de 1945. Después, el “crecimiento de las fuerzas productivas” es incontestable (aquí puede seguir una larga enumeración en toneladas de acero, de carbón, de petróleo, de MKW de electricidad, de aviones, de automóviles, etc., etc.); los progresos de las ciencias y técnicas son prodigiosos (nuevas enumeraciones: la energía atómica, electrónica, cibernética, computadores, tejidos artificiales, etc., etc.); la intervención del estado ha alcanzado una dimensión cualitativamente nueva, ya no hay crisis, como máximo depresiones; el mercado mundial, la división internacional del trabajo se han reconstituido, aunque numerosos países hayan escapado a la presión directa del capital (URSS, Europa del Este, China).

Repitámoslo, el punto de partida de este “nuevo ciclo”, son 35 años anteriores de destrucción masiva de fuerzas productivas. Sin embargo, no hay que detenerse aquí. Debe hacerse el análisis de las condiciones de estos 25 años de prosperidad. Los 35 años precedentes han modificado profundamente las relaciones internas del imperialismo y de la economía capitalista en su conjunto. La descomposición de las viejas potencias imperialistas de Europa, el fracaso del imperialismo japonés, tuvieron una consecuencia que ya se dibujaba al día siguiente de la Primera Guerra Mundial pero que sólo llegó a su plenitud en el curso y a fines de la segunda guerra imperialista mundial: el crecimiento del poderío del imperialismo estadounidense, su nuevo papel mundial, tanto político como militar y económico. Hasta 1914, el desarrollo del capitalismo estadounidense se correspondía principalmente con el desarrollo de su mercado interior. En los EEUU se invertían numerosos capitales extranjeros, principalmente ingleses. La tendencia cambió en 1914 cuando los USA devinieron acreedores de Europa. Los planes Daves y Young indicaban ya el papel que los EEUU tendrían algunos años más tarde en Europa: contribuyeron a volver a poner en marcha en el curso de los años veinte (desde el 23) la economía alemana. Marcaron la tendencia del imperialismo estadounidense a acelerar, bajo la tutela del estado, la exportación de capital hacia Alemania de los bancos estadounidenses a los bancos alemanes, reconvertidos por éstos en créditos a largo plazo, lo que precipitó la crisis en Alemania en 1929-1930. Pero hasta 1929, el capitalismo estadounidense, liberado de la hipoteca del capital europeo, se desarrolla todavía a partir del desarrollo del mercado estadounidense, ya con una considerable expansión de la inflación del crédito. En el curso de las dos guerras mundiales y de los períodos de economías de armamento, se opera un movimiento de una importancia decisiva: el capital estadounidense bebe literalmente la sangre de los imperialistas europeos en proceso de decrepitud.

En un primer tiempo, la agonía del capitalismo europeo alimentó el colosal crecimiento del imperialismo estadounidense. Desde la guerra de 1914, la industria de armamentos estadounidense conocía un primer boom a consecuencia de los pedidos masivos de armamentos de los principales países de Europa, Inglaterra y Francia a la cabeza. Las industrias estadounidenses de bienes de producción y de consumo se aprovecharon igualmente, más o menos directamente, de los pedidos de guerra de los países imperialistas europeos. El período de intensificación del rearme (1935-1939) y la Segunda Guerra Mundial, aceleraron este proceso. El refuerzo del capitalismo estadounidense era consecuencia de la descomposición de los imperialismos europeos. El imperialismo de EEUU se apropiará del despojos del capital europeo.

Al final de segunda guerra mundial, el capital estadounidense (aprovechado de guerra) poseía del 70 al 80 por cien de la capacidad de producción mundial, las reservas de oro en Fort Knox representaban alrededor de la misma proporción que las reservas de oro mundiales. La hegemonía, en el seno del imperialismo mundial (económica, militar

y política) del imperialismo estadounidense permitía restablecer el mercado mundial y la división internacional del trabajo, que, a decir verdad, sólo parcialmente después de la primera guerra imperialista mundial se había producido. Por primera vez en la historia, una potencia imperialista poseía hasta tal punto la hegemonía en todos los planos, en relación con el resto de potencias imperialistas, que parecía estar en condiciones de “planificar” la economía capitalista mundial. El Federal Reserve System Bank devenía, por los acuerdos de Bretton Woods, el banco mundial de hecho, y el dólar el medio internacional de pago. El Fondo Monetario Internacional organizaba los intercambios internacionales y distribuía el crédito. De 1945 a 1951, el estado burgués estadounidense prestó o donó a los estados burgueses de Europa 22.000 millones de dólares. El déficit de la balanza de pagos europea era de 500 millones de dólares en 1938; en 1947 alcanzó los 9.000 millones de dólares. Tras un período de acuerdos bilaterales o multilaterales, el plan Marshall, no solamente organizaba la distribución de créditos internacionales dispensados por el estado estadounidense sino que, además, “orientaba” grandes ejes del desarrollo económico de las principales potencias capitalista mundiales. ¿Estaban reunidas todas las condiciones de una nueva etapa histórica, la de un “superimperialismo” que controlaba las contradicciones del capital como lo concebía Kautsky? Tras 35 años de destrucción masiva de fuerzas productivas, las terribles destrucciones de la segunda guerra imperialista, la renovación del capital fijo era indispensable (en Europa y en el mundo), lo que ofrecía un inmenso mercado a la exportación de las mercancías y capitales estadounidenses.

¿Qué condiciones más “ideales” para un nuevo período de crecimiento de las fuerzas productivas, del desarrollo pacífico de la economía capitalista, se podrían reunir?

Ahora bien, desde 1949, la reconstrucción en Europa estaba lejos de estar terminada, la crisis amenazaba a la economía estadounidense, que dominó a la economía capitalista mundial, y, por tanto, a ésta en su conjunto. La guerra de Corea y la coyuntura de armamento masivo, que la “justificó”, descartaron la crisis que amenazaba. La “guerra fría” estuvo en el origen de un nuevo auge, todavía desconocido en “tiempos de paz”, de la economía de armamentos. Es un hecho patente y reconocido: la coyuntura mundial de armamentos, de la que los EEUU fueron el centro, y lo siguen siendo, estuvo en el origen del “milagro” económico alemán, del “milagro” económico japonés. Afirmar que esta coyuntura de armamentos resultó de circunstancias políticas, de la división del mundo en dos bloques, es andar boca abajo. Resultó de la imposibilidad de encontrar mercados para las mercancías y capitales para la economía capitalista. Esta economía de armamentos es la fuerza motriz de toda la economía desde hace más de veinte años. Las enormes reservas del imperialismo estadounidense hacen que, hasta el presente, las formas tan brutales como las utilizadas por el imperialismo alemán en el período de rearme de 1933 a 1939 no le hayan sido todavía necesarias al imperialismo estadounidense y a los imperialismos menos potentes que componen el imperialismo mundial. Pero el proceso fundamental es el mismo.

Si existe un rasgo dominante que marca a la economía capitalista mundial desde hace veinticinco años no es, ciertamente, la “prosperidad” sino lo siguiente: todavía en 1940 (la guerra había estallado hacía un año y el rearme masivo en Europa y Japón proseguía desde 1933-1935), los EEUU, que representaban ya al menos el 40% de la producción mundial, gastaban en créditos de armamentos el 0,5% o como máximo el 1% de su ingreso nacional; desde hace veinticinco años, año bueno por año malo, han gastado oficialmente el 12% de su ingreso nacional (que se ha triplicado) en créditos militares, y en realidad más del 20% de éste. Hasta 1940, la potencia económica más grande del mundo no se había entrado todavía en la economía de armamentos. De ahora en adelante, la economía de armamentos de los EEUU dirige el curso de la economía

mundial (lo que no significa que las otras potencias imperialistas no hayan entrado también en la economía de armamentos; muy al contrario, incluso, por ejemplo, Alemania Occidental cuyo presupuesto militar ya es el más importante de Europa y no cesa de crecer). Este año el gobierno de los EEUU gastará en créditos militares más de 100.000 millones de dólares, directa o indirectamente.

El eclecticismo y el método de Marx

Mandel-Germain, otra vez más con su donde dije digo, parece estar de acuerdo cuando escribe:

“Esta expansión estaba provocada por una renovación tecnológica acelerada, estimulada por los gastos en armamento de un excepcional nivel elevado mantenidos en permanencia, durante dos décadas (en los Estados Unidos durante casi tres décadas), fenómeno sin precedentes en la historia del capitalismo (lo que ha comportado una industrialización más sistemática por parte de la mayoría de los mismos países imperialistas; Francia, Italia, Japón o España, con el declive rápido del peso del campesinado en la población y la economía. Esta expansión estaba protegida contra una recaída periódica en graves crisis económicas de sobreproducción por la organización sistemática y deliberada de la inflación permanente del crédito y de la masa monetaria. El “boom” estaba soportado por un endeudamiento enorme y sin precedentes, la sobreproducción no fue suprimida; por una parte estaba velada por la creación inflacionista de poder de compra y, por la otra, “congelada” por la aparición de fenómenos de capacidad cada vez más excedentaria en numerosas ramas industriales (carbón, construcción naval, acero, textil, petroquímica, en el futuro, sin dudas, el automóvil).”³⁰

Una vez más, Janus-Germain-Mandel hace truco y trampa. Una vez más, nos sirve una sopa ecléctica y se sirve de un método antimarxista. Nadie niega (¿cómo hacerlo?) la importancia de los gastos de armamento. Nadie niega (¿cómo hacerlo?) que los descubrimientos científicos y técnicos han sido utilizados para la producción de armamentos. Pero una vez más se revela el método pablista: todo queda parcializado, troceado. Por una parte, están los gastos en armamentos, por la otra, la “expansión” provocada por una renovación tecnológica acelerada “simplemente estimulada” (algunas pastillas a fin de estimular la digestión, o disipar los dolores de cabeza tras una noche de insomnio) por los gastos en armamentos; por fin, por otra parte más, la “inflación permanente del crédito y de la masa monetaria”. Tras la parcelación de la lucha de clases mundial en una multitud de “sectores”, la parcelación del modo de producción capitalista en una infinidad de “sectores”. Según el mismo método ecléctico, Paul Boccara, lo hemos visto, descubre que el sector del estado no funciona ya según la ley del beneficio, por lo que deviene el motor del desarrollo de las “fuerzas productivas”.

La economía capitalista es una totalidad orgánica, diferenciada y contradictoria, pero hay que analizarla y caracterizarla en su conjunto. Con los métodos de análisis pablistas y estalinistas, parientes cercanos uno del otro, Marx jamás habría podido hacer el análisis del conjunto del modo de producción capitalista. *El Capital* no es otra cosa más que la gran aventura de la ley del valor. El análisis comienza, y no podía comenzar de otro modo, por el análisis de la mercancía y de la ley del valor en su forma más general. Prosigue con el análisis de las múltiples formas de la ley del valor, tal como se expresan

³⁰ Informe ya citado, página 19.

en las diferentes categorías de la economía política, y el proceso de conjunto de la producción capitalista. Ésta se reduce al proceso de la producción, de la realización, de la transformación en capital ampliado, de la plusvalía y de sus contradicciones. Pero la ley del valor es la expresión abstracta de las relaciones sociales de producción del modo de producción capitalista. *El Capital* analiza el desarrollo de las relaciones sociales de producción del modo de producción capitalista y cómo llegan a su propia negación. *El imperialismo, fase superior del capitalismo* es la fase del desarrollo de estas contradicciones en la que éstas llegan a tal punto que los medios de producción cambian a fuerzas destructivas. El proceso de acumulación del capital desde el final de la segunda guerra imperialista mundial ¿por qué está condicionado? A este interrogante responden pablistas de todo pelaje: por un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas. Por ello necesitan en el mismo plan, un batiburrillo a granel, enumerar: renovación tecnológica, armamento, inflación. ¡No! Todo el proceso de acumulación del capital, los progresos tecnológicos y científicos, la inflación, tienen su origen, tienen como motor: la economía de armamentos. Ésta condiciona y arrastra al conjunto del proceso de producción capitalista, de acumulación del capital.

La reconstitución del mercado mundial, la nueva división del trabajo internacional, la reconstrucción de las economías europeas y japonesa, hubiera sido imposible sin la amplitud alcanzada por la economía de armamentos en los EEUU desde hace tres décadas, en Europa y Japón desde hace dos décadas. La intervención de los estados burgueses en la economía, el crecimiento de los medios de producción, se realizó en ese marco. Dicho de otra forma, la destrucción constante e infinitamente más masiva de fuerzas productivas que antes de la segunda guerra imperialista bajo la forma de la economía de armamentos es indispensable, condiciona, el funcionamiento de la economía capitalista en su conjunto. Los progresos de la ciencia y de la tecnología están animados por las investigaciones con fines militares. A continuación, y como consecuencia, se extienden a las ramas de la producción, aunque relativamente, lentamente. No hay que perder de vista, además, que estas ramas no funcionarían sin el enorme volante de la economía de armamentos.

La inflación del crédito y monetaria tiene como origen esencial la financiación de la economía de armamentos. La financiación del crédito para la compra de automóviles, neveras, lavadoras, apartamentos, etc., se integra en un proceso de producción animado y condicionado por la economía de armamentos.

Marx demostró que la circulación de las mercancías ajusta la circulación de la moneda, de los medios de crédito, de los medios de pago y no a la inversa.

“En un sistema de producción en que toda la trama del proceso de reproducción descansa sobre el crédito, cuando éste cesa repentinamente y sólo se admiten los pagos al contado, tiene que producirse inmediatamente una crisis, una demanda violenta y en tropel de medios de pago. Por eso, a primera vista, la crisis aparece como una simple crisis de crédito y dinero. Y en realidad, sólo se trata de la convertibilidad de las letras de cambio en dinero. *Pero estas letras representan en su mayoría compras y ventas reales, las cuales, al sentir la necesidad de extenderse ampliamente, acaban sirviendo de base a toda la crisis. Pero, al lado de esto, hay una masa inmensa de estas letras que sólo representan negocios de especulación, que ahora se ponen al desnudo y explotan como pompas de jabón; además, especulaciones montadas sobre capitales ajenos, pero fracasadas; finalmente, capitales-mercancías depreciadas o incluso invendibles o un reflujó de capital ya irrealizable* [resaltado por mi]. Y todo este sistema artificial de extensión violenta del proceso de reproducción no puede remediarse, naturalmente, por el hecho de que un banco, el Banco de

Inglaterra, por ejemplo, entregue a los especuladores, con sus billetes, el capital que les falta y compre todas las mercancías depreciadas por sus antiguos valores nominales. Por lo demás, aquí todo aparece al revés, pues en este mundo hecho de papel no se revelan nunca el precio real y sus factores, sino solamente barras, dinero metálico, billetes de banco, letras de cambio, títulos y valores. Y esta inversión se pone de manifiesto sobre todo en los centros de que se condensa todo el negocio de dinero del país, como ocurre en Londres; todo el proceso aparece como algo inexplicable, menos ya en los centros mismos de la producción.”³¹

La extensión prodigiosa del crédito parece aumentar sin límites la elasticidad del mercado. Sin embargo, si existe un sector en el que no se pueden llevar demasiado lejos la superación de los límites, éste es el del crédito al consumo corriente. El consumo de la clase burguesa es considerable pero débil de cara a la producción. El consumo de los trabajadores, el de las masas populares, está limitado porque éstas son la fuente de la plusvalía, y el proceso de producción funciona para la producción y realización de la plusvalía. Aplastante desde el punto de vista de sus recursos, el crédito no se le concede a la clase obrera y a las masas populares más que en tanto que disponen de salarios e ingresos y dentro de los límites de esos salarios e ingresos; lo que significa mientras que aquéllas produzcan plusvalía y que ésta sea realizable. La extensión del crédito adquiere auge y amplitud en vistas a la realización de la plusvalía y de su transformación en capital ampliado (y en este sentido en tanto que los salarios pagados por el capitalista son para él capital variable), por tanto, principalmente en la producción de los medios de producción. Pero a estos últimos les es necesario un mercado: el estado lo suministrará al mismo tiempo que el desarrollo del crédito en la economía. A pesar de las nacionalizaciones, o de la financiación por otros medios de sectores que producen medios de producción, no serán los sectores principales los que suministrarán las salidas de mercado abiertas por el estado al capital privado. Los gastos productivos del estado, del estado burgués, están de terminados necesariamente por la necesidad que tiene de ellos el capital en su conjunto. Incluso en Francia, después de la segunda guerra imperialista, las nacionalizaciones, la financiación de sectores públicos o semipúblicos, tuvieron como fin la reconstitución de la infraestructura del aparato de producción, pero el todo dependía de la reconstitución del mercado mundial, de la división internacional del trabajo, de los mercados interiores y exteriores que se abrían al capital francés en su conjunto, de las necesidades, por tanto, del capitalismo francés. La intervención del estado iba en ese sentido. Si no hubiese sido así se habría traducido en una crisis económica, social y política, que hubiese planteado la cuestión del régimen. El capital francés, demasiado débil para hacerse cargo de la reconstitución de la infraestructura económica, necesitaba que el estado se hiciese cargo. Las nacionalizaciones tuvieron este origen. Tenían, además, la ventaja de mistificar a los trabajadores, habida cuenta de la situación política, la política del PS, del PCF y de la CGT. En nombre de nacionalizaciones del “patrimonio nacional” los trabajadores fueron llamados a “ganar la batalla de la producción”, a “arremangarse los puños de la camisa”, la huelga fue decretada el “arma de los trusts” que querían “sabotear la economía nacional”.

Es imposible concluir de ello que: “el estado por sus técnicas anticíclicas [...] la organización sistemática y deliberada de la inflación permanente del crédito y de la masa monetaria” impedía la “recaída en la sobreproducción”. Proceder así tiene como objetivo ocultar lo esencial. Durante casi veinte años, la capacidad de los estados burgueses europeos para impulsar la economía dependió de la capacidad del estado

³¹ Marx, Kal; *El Capital*, Tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, Libro Tercero, Sección Quinta, Capítulo XXX, páginas 460 y 461.

burgués estadounidense para financiarlos más o menos directamente. El impulso de los gastos productivos hechos por los estados burgueses se desarrollaba porque el capital podía hacer de él “un consumo productivo” desde su punto de vista. Para hacer esto, era necesario que el conjunto de los estados burgueses mantuviesen los gastos parasitarios, y sobre todo los gastos militares, a un nivel y escala jamás alcanzados anteriormente.

La transformación de los bancos centrales en bancos del estado, la organización del crédito a escala internacional sobre la base del patrón dólar permitió la financiación de esta coyuntura de armamento sin precedentes. Aquí radica el secreto del “largo período de prosperidad”. Pero igual que no podía ser un proceso sin fin en Alemania bajo la bota nazi, tanto más no puede proseguir sin fin hoy en día a pesar de la potencia del capital estadounidense. La coyuntura mundial de armamentos ha sido financiada “por un mundo de papel” en el que todo parecía “al revés”, en el que el conjunto de los estados burgueses “entregue a los especuladores, con sus billetes, el capital que les falta”, en cualquier caso, una masa de mercancías de un tipo especial: armamentos cada vez más numerosos, cada vez más científicos, de una tecnología cada vez más compleja y refinada (y también una buena cantidad de “mercancías depreciadas”). La inflación del crédito y de la moneda resulta ante todo de la financiación de la economía de armamentos.

Inflación de crédito, moneda, capital ficticio

Los economistas, y Mandel-Germain con ellos, atribuyen la crisis actual, llamada de “los medios de pago” a los desequilibrios de las balanzas comerciales y de cuentas corrientes. (Mandel-Germain, que es “marxista”, añade la ley del desarrollo desigual). Marx (pero puede que no conociese la ley del desarrollo desigual de la que Stalin hizo un uso tan abundante) señala:

“La balanza de pagos, en tiempos de crisis, es contraria a todos países, por lo menos a todo país comercialmente desarrollado, pero siempre a unos tras otros, como en los incendios de gavillas, tan pronto como les va llegando el turno de pato; y la crisis, una vez que ha estallado, por ejemplo, en Inglaterra condensa en un período muy corto toda la serie de estos plazos. Entonces se revela que todos los países se han excedido al mismo tiempo en las exportaciones (es decir, en el comercio), que en todos ellos se han exagerado los precios y se ha forzado el crédito. Y en todos sobreviene la misma bancarrota. El fenómeno del reflujo del oro va presentándose en todos, uno tras otro, y demuestra precisamente por su carácter general: 1º que el reflujo del oro es, simplemente, una manifestación de la crisis, y no su causa; 2º que el orden por el que se presenta en los diversos países sólo indica cuando le llega a cada uno de ellos el turno de ajustar sus cuentas con el cielo, cuando vence en él el plazo de las crisis y se ponen en acción los elementos latentes de ésta.”³²

La crisis financiera actual tiene, en el fondo, las mismas causas. Todas las naciones han importado demasiado teniendo cuenta la capacidad de absorción de sus propios mercados. Sobre cada mercado nacional, las mercancías extranjeras compiten con las producidas en el mismo país. Todos han exportado demasiado; el mercado mundial no es capaz de absorber las mercancías que cada nación exporta. Los desequilibrios en las balanzas comerciales y de cuentas son la expresión de la sobreabundancia mundial de capitales bajo forma de mercancías y medios de producción, en relación con la capacidad de absorción, a pesar de la economía de armamentos: la crisis de

³² *Ibidem*, página 462.

sobreproducción amenaza. Pero viene a añadirse otro fenómeno que hace esta amenaza infinitamente más temible de lo fue jamás, y que resulta de la forma misma en que se reorganizaron el mercado mundial y la división del trabajo e impulsó el conjunto de la economía capitalista mundial: una enorme masa de capitales dinero (millares de millares de millones de dólares) que no son otra cosa más que capital ficticio.

“La forma del capital a interés lleva implícita la idea de que toda renta concreta y regular en dinero aparezca como interés de un capital, ya provenga de un capital o no. Primero se convierte en interés la renta en dinero y tras el interés se encuentra luego el capital de que nace. El capital a interés hace también que toda suma de valor aparezca como capital a interés, siempre y cuando que no sea invertida como renta; es decir, como suma matriz (*principal*) por oposición al interés posible o real que es susceptible de rendir. [...]

Pero el capital cuyo fruto (interés) se considera el pago del Estado es, en todos estos casos, un capital ilusorio, ficticio. No sólo porque la suma prestada al Estado ya no existe, sino además porque jamás se destinó a gastarse, a invertirse como capital, y sólo su inversión como capital habría podido convertirla en un capital que se conserva a sí mismo. [...]

La formación del capital ficticio se llama capitalización. Para capitalizar cualquier ingreso periódico lo que se hace es considerarlo, con arreglo al tipo medio de interés, como el rendimiento que daría un capital, prestado a este tipo de interés. [...]

El movimiento independiente desplegado por el valor de estos títulos de propiedad, no sólo el de los títulos de la Deuda pública, sino también el de las acciones, viene a confirmar la apariencia de que constituyen un verdadero capital, además del capital o del derecho de que pueden ser títulos representativos. Se los convierte, en efecto, en mercancías cuyo precio adquiere un movimiento propio y una plasmación peculiar. Su valor comercial asume una determinación distinta de su valor nominal, sin que se modifique el valor (aunque pueda modificarse la valorización) del verdadero capital.”³³

Lejos de haber constituido un sector de la economía que desarrolla las fuerzas productivas porque ya no obedecen a las leyes del beneficio, el estado burgués (todos los estados burgueses) han desarrollado un inmenso parasitismo, del que encontramos en Marx su explicación teórica pero del que éste no podía prever la amplitud. Cuando los mecanismos de la economía capitalista funcionaban libremente, la inflación del crédito, el capital ficticio, eran destruidos por la crisis. Los préstamos de estado eran limitados y el recurso a los Bancos Centrales también. Tras oscilaciones que hoy en día nos parecen ligeras, generalmente la moneda no resultaba afectada.

Desde hace sesenta años ya no es lo mismo. La constante depreciación de todas las monedas, el alza de precios, tienen su origen en el creciente parasitismo alimentado por los estados burgueses. La inflación del crédito y de la moneda procede principalmente de la financiación mediante préstamos o el recurso a los bancos centrales, de la economía de armamentos. De ello resulta una montaña de capital ficticio en todos los países. Ayer, el excedente de moneda o de medios de circulación, refluendo bajo el efecto de la crisis; los valores ficticios hundiéndose; pero en el conjunto las monedas no se veían afectadas, o si lo hacían era poco, a pesar de que eran o representaban valores reales, su cantidad en circulación su velocidad de cotización disminuía. De ahora en adelante, los bancos de emisión son insolventes. Hoy en día el excedente de moneda o de signos monetarios está condenado a proseguir su carrera y a inflarse constantemente

³³ *Ibidem*, Capítulo XXIX, páginas 437, 438, 439 y 440.

bajo pena que aflore la realidad: que la gran masa está compuesta por valores ficticios y se produzca un hundimiento de la moneda y del sistema de crédito y se disloquen las relaciones políticas.

Los desequilibrios en las balanzas comerciales y de pagos no son la causa de la crisis del sistema monetario internacional. Todas las naciones han importado y exportado demasiado de cara al consumo normalmente solvente. Todos los estados burgueses han abierto, para sus gastos parasitarios, y especialmente para los de armamento, mercados artificiales a la producción que han comportado el funcionamiento del conjunto de la economía, que han financiado con letras de pelota, los préstamos, el recurso a los bancos centrales y los mil medios de la técnica financiera. Los desequilibrios de las balanzas revelan esta situación. Es mucho más grave pues el pivote del imperialismo mundial, el imperialismo estadounidense está en el centro de esta emisión masiva de letras de pelota, cheques sin fondo, de formación de capital ficticio. La crisis financiera internacional amenaza. No es otra cosa más que la crisis económica clásica bajo otra forma; exige otra huida hacia delante a fin de poder evitarla en lo inmediato. El imperialismo estadounidense necesita que el dólar siga siendo el medio de pagos internacional. Si deja de cumplir este papel libremente, debería tener curso forzoso como moneda internacional. Se han constituido dos mercados: el del curso libre del dólar y el de los bancos centrales que no pueden lograr rembolsar sus dólares más que con la cotización oficial de 35 dólares la onza de oro. Bajo la forma de derecho de emisiones especiales, los EEUU y los otros países ajustarán en dólares, o en monedas cotizadas en relación con el dólar, los déficit de sus balanzas de pagos. Estas son las primeras medidas que van en el sentido de la cotización forzosa del dólar. Solo van en ese sentido.

Instituir la cotización forzosa del dólar a escala internacional exigiría la formación de una especie de superimperialismo y la subordinación estrecha de los otros estados nacionales burgueses al estado nacional estadounidense. Este no es el caso, ni de lejos. Sin embargo, los diferentes estados burgueses no pueden mantenerse indiferentes ante el hundimiento del dólar, hundimiento que dislocaría el mercado mundial. También aceptan determinadas medidas que van en este sentido. Alemania Federal acepta incluso comprar dólares, en millares de millones, de los bonos del tesoro estadounidense.

La enorme cantidad de capitales ficticios tiende a transformarse en capitales flotantes que, a medida de las fluctuaciones económicas, financieras y políticas, de cara a un beneficio especulativo, se desplazan por millares de dólares de un país a otro. El imperialismo se ve enfrentado a la necesidad de sostener la coyuntura internacional, de dar algún uso a la enorme masa de capital dinero, fija los capitales flotantes. A falta de otros mercados, deviene necesaria una nueva acentuación de los gastos parasitarios de los estados burgueses, de la economía de armamentos. El alquiler del dinero se lleva a un curso sensacional en vistas a procurar a los estados burgueses nuevos recursos, desviar la especulación del oro hacia los valores de estado y los préstamos a corto plazo, limitar el descuento de cheques y otros efectos por los bancos centrales. Mientas que el descuento por los bancos centrales alcanza del 7 al 8%, en el mercado del euro-dólar durante el verano del 69, los préstamos a un mes han subido hasta el 12%. Hasta dónde puedan llegar semejantes métodos... ese es otro asunto.

La pseudo prosperidad, el pseudo desarrollo de las fuerzas productivas, tiene como motor un parasitismo desigual. La inflación permanente, y que se acentúa, del crédito y de la moneda, la prodigiosa acumulación del capital ficticio, expresan en el lenguaje abstracto de las finanzas una no menos prodigiosa destrucción de fuerzas productivas. La única perspectiva, a mayor o menor largo plazo, es una crisis económica sin precedente o la guerra imperialista con toda su amplitud y horror. Ciertamente, existen

diferencias entre Alemania bajo la bota nazi y la coalición imperialista actual. Se mantiene que la lógica que llevó a la economía de armamentos y a la economía de guerra en Alemania de 1933 a 1940 es la misma que se impone actualmente a la economía capitalista mundial.

Mayo-junio del 68 en Francia, agosto del 68 en Checoslovaquia: el proletariado responde

Tal es la dinámica de la economía capitalista mundial. El crecimiento de los medios de producción está dirigido por el crecimiento de las fuerzas destructivas y amenaza con la destrucción final a la humanidad. Marx tenía razón: en un determinado punto del desarrollo del modo de producción capitalista las relaciones de producción burguesas ya no pueden permitir el crecimiento de las fuerzas productivas y, finalmente, el crecimiento de los medios de producción, la ciencia y la técnica, cuestionan la existencia misma de la fuerza productiva por excelencia, la humanidad socializada, empezando por el proletariado.

La “prosperidad” de las grandes potencias imperialistas tiene ya como contrapartida la condena al hambre de miles de millones de hombres en Asia, África y América Latina. En otro plano, el parasitismo de la economía capitalista se traduce en un fenómeno de una importancia mayor: el número de asalariados ha crecido considerablemente en los países capitalistas desarrollados, pero ha disminuido el número de aquellos que están empleados en un trabajo productivo, en relación con el parasitismo bajo todas las formas, fuerzas represivas, aparato de estado, aparatos administrativos, sector denominado “terciario”, etc..., además de los obreros de industria empleados directamente en la producción de armamentos. Las exigencias de la valorización del capital han devenido tales que se imponen volver a poner en su sitio, desde el punto de vista capitalista, la enseñanza, la formación profesional, los servicios de salud, de todos los servicios públicos, de la industria, de la agricultura, etc., etc. Se cuestiona el derecho al trabajo, el derecho a la educación, a un mínimo de cultura, a la sanidad, hasta el derecho a una vivienda, de millares y millares de trabajadores, jóvenes y miembros de la pequeña burguesía.

La solución capitalista a la crisis del imperialismo existe. Porque el capital no tiene situaciones sin salida, escribía Lenin, y eso todavía es cierto. Consiste en: devaluaciones masivas y coordinadas de las monedas que arruinarían a la pequeña burguesía y a importantes secciones de la gran burguesía, que golpearían el poder de compra hundiéndolo, que cuestionarían el derecho a la existencia del proletariado y la juventud en su conjunto y que llevarían a millones y millones de parados; el pase de la economía de armamentos a la economía de guerra; la destrucción del monopolio del comercio exterior, la libre penetración y circulación de las mercancías y capitales en los países en los que el modo de producción ya no es capitalista (URSS, países de Europa del Este, China), lo que significaría la destrucción de la economía de esos países, decenas de millares de trabajadores expulsados del ciclo de la producción, la destrucción de sus conquistas sociales, la muerte por hambre y miseria de millares de ellos lanzados a la situación de las masas coloniales más pobres de India y otros lugares; la guerra imperialista más bárbara que pueda pensarse, de la que la llevada a cabo por el imperialismo estadounidense en Vietnam sólo es un anticipo, a fin de romper a los proletarios de la URSS, de Europa del Este y de China. ¡Que “maravilloso crecimiento de las fuerzas productivas”!

Pero las “soluciones” imperialistas no pueden ser impuestas más que mediante una feroz lucha de clase que venza a los proletariados tanto de los países económicamente

desarrollados, como a los de los países económicamente atrasados, como a los de la URSS, Europa del Este y China. Así, mayo-junio 68 en Francia se ilumina de una forma muy diferente a la que quisieran los revisionistas, renegados de la IV Internacional y otros: el proletariado francés, como parte del proletariado mundial, aprovechando ciertas condiciones políticas, entabló el combate como clase para defenderse contra las premisas (pues, considerados a escala de las necesidades objetivas del imperialismo, los ataques a las conquistas, derechos y garantías del proletariado francés que se han producida hasta día de hoy sólo son premisas) de la barbarie imperialista. El proceso de revolución política en Checoslovaquia del verano 68 procedió de las mismas razones profundas. La burocracia del Kremlin y las burocracias satélites se oponen radicalmente a las necesidades de la economía planificada, a las exigencias del crecimiento armonioso de las fuerzas productivas en los países en los que la burguesía ha sido expropiada de la posesión de los principales medios de producción. El crecimiento armonioso de las fuerzas productivas en esos países exige, en efecto, que la principal fuerza productiva, el proletariado, controle la elaboración y ejecución del plan; exige la igualdad política entre todos los proletarios de Europa del Este, de la URSS, de China, a fin que la economía de todos esos países se integre en un conjunto proporcionado sobre una base cooperativa; exige la integración de la economía planificada en su conjunto en la economía mundial, su integración en la división internacional del trabajo, mediante la revolución proletaria que expropie a la burguesía de los principales países capitalistas; con pocas palabras: exige que el proletariado se adueñe en todos los países del poder político. La burocracia del Kremlin, las burocracias satélites, y también la burocracia china, no pueden “repartir” el poder político; se lo impide la defensa de sus privilegios.

Con todos los medios de que disponen, combaten a los proletarios de todos los países para que no se erijan en clase dominante, precondition al desarrollo armonioso de las fuerzas productivas. Por el mismo hecho, devienen las correas de transmisión de la presión del imperialismo sobre el proletariado. Cuando están en lucha con el imperialismo, combaten con sus propios métodos, que son: la carrera de armamentos, la guerra fría, las tentativas de construir economías autárquicas, el pillaje de los recursos económicos de los países más débiles por la burocracia dominante que se esfuerza, así, en desentrañar las contradicciones que la atenazan. Excluyen los métodos de la lucha de clases que desembocan en la revolución proletaria mundial. Sin embargo, imponen a la economía planificada las peores distorsiones que no son otras más que la proyección, a través de las burocracias parasitarias, de la podredumbre y descomposición hacia las que el imperialismo arrastra al mundo entero. Pero proyectan más directa y brutalmente aun la presión del imperialismo y la descomposición que supone en las relaciones sociales de producción, cuando están en el impasse, porque las contradicciones que las aprisionan se agudizan y tienen que enfrentarse con el proletariado de sus propios países, mientras temen el hundimiento del imperialismo bajo los golpes del proletariado de los países capitalistas económicamente desarrollados. Las relaciones políticas que la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites establecen con el imperialismo, las “reformas económicas” que ponen en marcha, desde que se han hundido las mistificaciones estalinistas, presentadas bajo forma de “teoría” (los dos mercados mundiales, las dos divisiones internacionales del trabajo, independientes unas de otras) desde que el proletariado de Europa del Este y de la URSS ha entablado la lucha para expulsarlas del poder político, transponen brutalmente la crisis del imperialismo y sus consecuencias a la URSS y los países de Europa del Este.

El proceso de revolución política que el proletariado checoslovaco ha entablado en vanguardia del proletariado de la URSS, Europa del Este y China es, pues, también la

lucha contra las premisas de la barbarie imperialista, que los amenaza y de la que son expresiones y furrieles las burocracias parasitarias.

El imperialismo es, bien seguro y según la definición de Lenin: “la fase superior del capitalismo”, la del “capitalismo en putrefacción”, de la “reacción en toda la línea”. Trotsky tenía razón al escribir, hace más de treinta años: “las fuerzas productivas han dejado de crecer” encerradas en las relaciones de producción capitalista, la propiedad privada de los medios de producción, las fronteras nacionales. La revolución de Octubre comenzó a romper el collar para esclavos de las relaciones de producción burguesa. La URSS, los países de Europa del Este, China, han conocido por este hecho un desarrollo de sus fuerzas productivas cierto pero, sin embargo, limitado. Sin embargo, en razón de su gestión por las burocracias parasitarias, este desarrollo está asolado por contradicciones. Las relaciones de producción burguesas continúan dominando la economía mundial. Las fuerzas productivas de la URSS, Este de Europa y China, se ahogan igualmente dentro de los marcos nacionales que les imponen las burocracias parasitarias. A través de las burocracias parasitarias, el imperialismo expresa sus propias contradicciones. La supervivencia del imperialismo amenaza con destruir igualmente a las fuerzas productivas de los países en los que la burguesía ha sido expropiada de la posesión de los principales medios de producción. Pero el imperialismo también es: “el prelude de la revolución social del proletariado”. Comenzado con la revolución de Octubre de 1917, retoma su auge al mismo tiempo que se abre el proceso de revolución política que permitirá a los proletarios de la URSS, China y Europa del Este reapropiarse sus conquistas. Mayo-junio 68 en Francia y agosto 68 en Checoslovaquia, son movimientos grandiosos del proletariado levantándose contra el imperialismo, reacción en toda la línea, y sus agencias, las burocracias parasitarias. Se inscriben enteramente en el curso de la revolución proletaria mundial, comenzada en Octubre de 1917, por el socialismo, única alternativa al imperialismo.

En el fondo, es de esto de lo que reniegan tanto los revisionistas renegados de la IV Internacional como los estalinistas, como los maoístas, como el PSU. Todas sus “sabias teorías” sobre el “crecimiento de las fuerzas productivas”, el “neocapitalismo”, el “capitalismo monopolismo de estado”, “la ciencia y la técnica fuerzas productivas directas”, las “nuevas capas sociales”, tienen un contenido de clase: negarle al proletariado su misión histórica.

Por otra parte, estos “geniales teóricos” ocultan a penas, desde hace mucho tiempo, lo que piensan de las capas decisivas del proletariado mundial...

II. EL IMPERIALISMO, LA BUROCRACIA DEL KREMLIN, LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE EUROPA

Proletarios aburguesados

La necesidad hace ley. A fin de justificar sus tesis anteriores y posteriores a mayo-junio 68, al ascenso de la revolución política en Checoslovaquia, el Secretariado Unificado de los renegados a la IV Internacional no vacilaba:

“Desde de mayo-junio 1968 en Francia hemos señalado en numerosas ocasiones el giro que se produjo en la situación mundial: después de una veintena de años durante los cuales la revolución mundial estaba de facto [sic] casi [resic] limitada al sector de los países coloniales y semicoloniales y en el que el peso de la lucha contra el capitalismo había sido llevado casi exclusivamente por las masas del denominado Tercer Mundo, se ha abierto un nuevo período marcado esencialmente por la ruptura del equilibrio en los países capitalistas de Europa Occidental, por una enorme crisis de dirección del imperialismo estadounidense a consecuencia de su fracaso en Vietnam y de sus dificultades anteriores en aumento, por una parte, y, por otra parte, por un primer gran impulso de las masas por la democracia obrera en un estado obrero de Europa Oriental, inaugurando un período de crisis en esta parte del mundo y en la URSS.”³⁴

Las tesis del congreso pablista son aun más claras:

“Durante dos décadas, el centro de gravedad de la revolución mundial se había desplazado hacia los países coloniales y semicoloniales, la victoria de la revolución china, que coincidió *con la derrota de la oleada revolucionaria tras la guerra en Europa Occidental* [resaltado por mi] y el ascenso del macartismo en los Estados Unidos.”³⁵

En un abrir y cerrar de ojos quedan anulados más de veinte años de lucha de clases en Europa y los EEUU: “En ese tiempo, allí, tanto en Europa como en EEUU, a consecuencia de la derrota de la oleada revolucionaria salida de la guerra, la clase obrera no era más que una masa amorfa y pasiva, hedonista y codiciosa, chupando las mamas del neocapitalismo.” Esta versión, aunque libre, no es en absoluto exagerada. Germain-Mandel, en abril de 1965 y en mayo de 1967, realizó dos cursos editados por *Les cahiers rouges*, nº 3 bajo el título *De la bureaucratie*, explicó a su audiencia, a la que le sería muy difícil recuperarse:

“Lenin explica esa traición por dos factores:

-la aparición, en el seno de los sindicatos y de los partidos de una burocracia que toma en sus manos el control de dichas organizaciones y que tiene unos privilegios que defender, tanto en el interior de esas organizaciones como en el

³⁴ Editorial de *Quatrième Internationale*, mayo de 1969, página 5.

³⁵ *Ibidem* página 14.

exterior, en el marco del Estado burgués (parlamentarios, intendentes, periodistas).

-El hecho de que esa capa burocrática tiene sus profundas raíces, en el interior de la sociedad capitalista de la época. Ella se apoya sobre “*la aristocracia obrera*”, es decir sobre una parte de la clase obrera de los países imperialistas que la burguesía ha corrompido, con la ayuda de los “*sobre beneficios coloniales*”, fruto de la explotación capitalista.

Esta segunda teoría ha sido un “dogma” para los marxistas revolucionarios, durante casi medio siglo; sin embargo ella debe ser sometida a un examen crítico por dos razones:

a) Ciertos fenómenos en el mundo son inexplicables por medio de esta teoría: es imposible explicar la burocracia sindical de los EEUU, por la existencia de una “aristocracia obrera corrompida por los sobre beneficios coloniales”. Esos sobre beneficios existen evidentemente, puesto que los capitales americanos son invertidos en el extranjero para reportar beneficios, pero ello constituye una parte ínfima de los beneficios de la burguesía americana y no puede ser suficiente para explicar la aparición de una burocracia sindical en las organizaciones que agrupan más de 17 millones de asalariados. La Francia de hoy no tiene prácticamente ya colonias y no saca más que limitados provechos de sus antiguos territorios; pese a ello, la burocratización del movimiento obrero no ha disminuido apenas.

b) La segunda razón es todavía más convincente: hoy nosotros somos más conscientes de la realidad económica del movimiento obrero en el mundo entero. Nosotros podemos constatar que la verdadera “aristocracia obrera” no está ya constituida por ciertas capas de la clase obrera de los países imperialistas en relación a otras capas del proletariado, sino más bien por el conjunto del proletariado de los países imperialistas con relación al de los países coloniales y semi-coloniales: la relación de salarios de un obrero negro de África del Sur y un obrero inglés es de uno a diez. Entre dos obreros ingleses esa relación varía de uno a dos o dos y medio como máximo³⁶. Es pues manifiestamente superior la primera relación a la segunda. Es por otra parte la explotación imperialista que ha permitido esa enorme diferencia global de los salarios entre los países imperialistas y los países subdesarrollados. Esto es mucho más importante que la corrupción de ciertas capas del proletariado de los países imperialistas, así este último punto es marginal.”³⁷

El fuego de la crítica (“un cierto examen crítico” como dice) de Janus-Germain-Mandel atraviesa cual rayo a Lenin. Lenin estimaba que la burocracia de las organizaciones obreras, sindicales y políticas, estaba ligada por sus privilegios a la burguesía; estimaba que se apoyaba en una débil capa de la clase obrera (aristocracia) igualmente privilegiada relativamente; pronosticaba que las contradicciones del imperialismo minarían las bases de la aristocracia obrera, de las burocracias privilegiadas, del oportunismo, y que serían destruidas durante la lucha de clases, por la lucha política. Según Mandel, Lenin se equivocó de parte a parte. A consecuencia del constante y prodigioso crecimiento de las fuerzas productivas durante estos últimos veinticinco últimos años, ya no son algunas capas privilegiadas las que forman la aristocracia obrera sino la clase obrera de los países capitalistas económicamente desarrollados en su conjunto en relación con las masas de los países subdesarrollados.

³⁶ El abanico de los salarios en los países imperialistas tiende a cerrarse; es mucho menos abierto que hace cincuenta años. [NdEM]

³⁷ Ernest Mandel; *La burocracia*, Schapire Editor Colección Mira, Buenos Aires, 1973, páginas 50-53.

Digámoslo claramente: los proletarios de los países imperialistas se han aburguesado. Evidentemente esto lo cambia todo y tiene enormes consecuencias.

Mandel pulveriza la unidad mundial de la lucha de clases

Si fuera así, hablar de unidad mundial de la lucha de clases sería una fantasía, la burocratización del movimiento obrero sería ineluctable e irreversible, no solamente en los países capitalistas económicamente desarrollados, sino también en la URSS, China, países de Europa del Este. En verdad, siguiendo a Mandel, no se podría hablar ni incluso de lucha de clases. La clase obrera de los países capitalistas económicamente desarrollados, cebada y ahíta, formaría bloque con el imperialismo. Únicamente los pueblos del “Tercer Mundo” serían revolucionarios. Germain-Mandel y los renegados de la IV Internacional prestan la teoría que suministrará la pasta de las conclusiones de Lin Piao. Por ejemplo: las “campanas rodeando las ciudades”, “los pueblos oprimidos cercan al imperialismo”, los países atrasados económicamente forman la “zona de tempestades”. No se trata ya de lucha de clases sino de la lucha de los “pueblos oprimidos” contra los “pueblos opresores”. Desde ese momento todas las acrobacias, todas las payasadas, reniegos y traiciones encuentran su justificación “teórica”. Así, Pierre Frank, otro secretario del SU de los renegados de la IV Internacional, firmaba un afiche común con Léo Hamon, David Rousset y otros notables y diputados gaullistas que llamaban a subscribir mi millones de apoyo al Vietnam (cuando en las profundidades de la clase obrera se preparaba mayo-junio 68).

¿Qué importa? La clase obrera francesa, como todas las clases obreras de los países capitalistas económicamente desarrollados, ¿acaso no está ligada al régimen capitalista y sus salarios son “diez veces superiores” a los de los trabajadores de los países económicamente atrasados? ¿Lo importante bajo estas condiciones no es “utilizar las contradicciones internas del imperialismo” “ayudar” al pueblo vietnamita jugando con De Gaulle contra Johnson? Según los pablistas, aquellos que, como la Organización Comunista Internacionalista de esta época, afirmaban: la ayuda a los obreros y campesinos vietnamitas es, en primer lugar, la lucha contra nuestra propia burguesía, “el enemigo está en nuestro país” eran, por el contrario, traidores. Igualmente, esta “teoría” justificaba manifestarse en Berlín-Oeste junto a la organización de la juventud estalinista cuando se endurecía la represión contra la juventud y la clase obrera de Polonia y Checoslovaquia, sin (“a fin de no dividir”) integrar en las consignas contra el imperialismo estadounidense nuestras consignas contra la represión burocrática en Europa del Este y en la URSS, consignas de orden por la unidad del proletariado alemán y europeo.

Pero el alcance de las “teorías” mandelistas y de los renegados de la IV Internacional no se limita a esto. “Justifican” la existencia de las burocracias obreras y de sus políticas.

De estas teorías resulta que las burocracias de origen obrero proceden de necesidades objetivas, que se corresponden con las necesidades y aspiraciones de la clase obrera de los países capitalistas económicamente desarrollados. En el curso de la discusión preparatorio para el congreso de fundación de la Ligue Communiste, la “Tendencia Mayoritaria” llegará hasta escribir:

“Toda actitud revolucionaria debe afirmarse contra un medio hostil consciente o inconscientemente, no puede desarrollarse intelectualmente pues, al

igual que la clase obrera rusa era espontáneamente tradeunionista, del mismo modo es espontáneamente estalinista la clase obrera francesa.”³⁸

Notemos de pasada que esta evocación del texto de Lenin, *¿Qué hacer?*, es una doble falsificación: la primera consiste en hacer cubrir a Lenin, utilizando la yuxtaposición tradeunionismo-estalinismo, la afirmación “la clase obrera es espontáneamente estalinista”; la segunda consiste en callarse sobre las rectificaciones que el mismo Lenin aporta a su apreciación “la clase obrera es espontáneamente tradeunionista” en el prefacio que redactó para la edición de 1919 del *¿Qué hacer?*

Trotsky escribía (Programa de fundación de la IV Internacional): “Las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos burocráticos” Trotsky afirmó, pues, que lejos de corresponderse con la necesidad histórica, los aparatos burocráticos son contrasentidos de las exigencias históricas. Tienen una importancia política considerable pero proceden de circunstancias coyunturales.

Hacia 1950-1951 Pablo ya explicaba la necesidad histórica de la burocracia con la teoría de los “siglos de transición”. Escribía que el paso del capitalismo al socialismo no duraría menos de varios siglos en el curso de los cuales las deformaciones burocráticas subsistirían. Dicho de otra forma, las burocracias parasitarias no lo eran ya, puesto que se correspondían con una exigencia de la historia. Mandel y los renegados de la IV Internacional “enriquecen” la “teoría” pablista a su manera. Hacen de la burocracia en general, incluyendo la de los países capitalistas avanzados, la legítima representante de las aspiraciones y necesidades de la clase obrera. Después de esto no es nada sorprendente que, según los tiempos y circunstancias, se inclinen ante ellas y las adoren, o que su reprobación moral les conduzca a la búsqueda de “soluciones” milagrosas, de “nuevas fuerzas sociales”.

Pero deviene evidente que las relaciones entre el proletariado de los países capitalistas avanzados y el imperialismo que suponen los renegados de la IV Internacional, legitiman por lo mismo a la burocracia estalinista y a las burocracias del Este de Europa, bajo otro ángulo que ni el mismo Pablo usó. Si es cierto que el proletariado de los países imperialistas está unido a la burguesía por “sus privilegios”, el aislamiento de la URSS, de los países de Europa del Este y de China, es inevitable. La competición entre los “estados obreros” y el imperialismo sólo puede situarse en los planos económico y militar. Las maniobras de la “coexistencia pacífica” son perfectamente normales. E incluso si, por un resto de pudor, no es posible identificar con el socialismo al actual régimen de la URSS, China y países de Europa del Este, la construcción de un sistema social cerrado sobre sí mismo (si no la construcción del socialismo en un solo país) es una tentativa que tiene explicación. La burocracia del Kremlin (y las burocracias satélites), sean las que sean sus exacciones, es un mal necesario, indispensable. Surge del aislamiento de la URSS, del que son responsables los proletarios de los países capitalistas económicamente desarrollados: únicamente su política es realista.

La división del mundo en zonas recibe por la gracia de Janus-Germain-Mandel su concreción teórica: la zona de los países capitalistas avanzados; la zona de las “tempestades”; la zona de los “estados obreros”. La famosa “interdependencia” que, en el lenguaje de los pablistas de toda índole, substituye a la unidad de la lucha de clases mundial, es un extraño ballet que danzan las diferentes “zonas en sus relaciones recíprocas”.

Hay más: los conflictos internos en el seno de las tres zonas serían del género “no-antagonistas” para utilizar la fórmula Mao. Los proletarios de los países capitalistas no

³⁸ *Cahiers Rouges*, nº 6-7, página 42.

cuestionan el sistema social capitalista, sólo es concebible un programa reformista, las “reformas de estructuras” tan queridas a la CFDT y al PSU. Los proletarios de la URSS, de Europa del Este y China, no pueden, evidentemente, poner en marcha una política fundamentalmente diferente de la de la burocracia. Les toca esperar a la “democratización progresiva” de la burocracia. En cuanto a “los pueblos” de los países económicamente retrasados, en ellos y sólo en ellos, se aplica la teoría de la revolución permanente, un poco desnaturalizada sin embargo: la situación es tan revolucionaria en esos países que las direcciones burguesas y pequeño burguesas, además de algunos “colaboradores”, son fundamentalmente antiimperialistas y se comprometen en el “transcrescimiento” de la revolución nacional en revolución socialista.

Todas las tendencias revisionistas reconocen ahí a sus retoños: “el crecimiento tumultuoso de las fuerzas productivas” progresa al mismo ritmo que progresa el gozoso revisionismo de los renegados a la IV Internacional.

Una “derrota” muy oportuna

Pero he aquí que la clase obrera francesa entabla la huelga general de mayo-junio 68, que el proletariado checoslovaco abre la vía de la revolución política. Europa y el mundo resultan sacudidos. Se revelan perspectivas revolucionarias nuevas e incontestables. Los teóricos pablistas han visto otras. En 1951 preveían la guerra mundial para los dos siguientes años, guerra que bautizaban como “guerra-revolución, revolución-guerra”. No llegó. Atribuyeron este “milagro” a los maravillosos efectos de la tercera revolución industrial. En la misma época preveían que la burocracia del Kremlin, “obligada y a la fuerza” realizaría con la ayuda de los PC la revolución proletaria, expropiaría a la burguesía a escala de Europa y del mundo. La burocracia del Kremlin, por el contrario, ha acentuado su colaboración con el imperialismo. Poco importa; concluyeron que la burocracia del Kremlin se liberalizaría y democratizaría. Por otra parte, el “epicentro” de la revolución ya no podía ser los países capitalistas avanzados, en razón del neocapitalismo, del “desarrollo de las fuerzas productivas”, de la adaptación a los intereses burgueses, imperialistas, de la clase obrera de esos países. Habitados a los malabarismos, los renegados a la IV Internacional acaban de hacer otro nuevo descubrimiento: “la derrota de la huelga revolucionaria de posguerra en Europa Occidental” que “coincidió con la victoria de la revolución china”, por tanto hacia 1947.

La revelación es mucho más importante teniendo en cuenta que zanja singularmente con las afirmaciones de los Pablo-Germain-Mandel-Frank que aluden, en el curso de los años 1951-1953, al desarrollo tumultuoso de la revolución a fin de justificar su traición al programa de la IV Internacional. Recordémosles a sus memorias desfallecientes cómo presentaban el “complejo dialéctico guerra-revolución, revolución-guerra”.

“Esta revolución es eminentemente permanente como jamás lo había sido: permanente en el sentido que la lucha comenzada por las masas coloniales contra las clases dirigentes del imperialismo, por el proletariado contra el capitalismo, por el imperialismo contra la URSS, no podrá detenerse, se profundizará y ampliará acelerando su ritmo, abrazando fuerzas siempre nuevas, rompiendo todos los equilibrios, llevándose por delante en su corriente torrencial los restos de todas las situaciones y de todos los regimenes carcomidos hasta la victoria del socialismo mundial”.³⁹

³⁹ *Quatrième Internationale*, enero 1951, Editorial, página 4.

En esta lectura nos recorre un escalofrío, que no se sabe si es debido al terror que inspira una situación tan apocalíptica o al entusiasmo que levanta la “corriente torrencial” de la revolución proletaria. Queda en pie que se plantea una singular pregunta: ¿cómo puede ser que en 1951 la “corriente torrencial” de la revolución mundial se desate y que “la derrota de la huelga revolucionaria de posguerra en Europa Occidental haya coincidido con la victoria de la revolución china en 1947”? Mandel-Germian, ¿han descubierto (entre otras cosas) la máquina del tiempo? ¡Hacer abatir en 1947 una revolución tan prodigiosa que se desarrollaba en 1951 y en los años siguientes! Tras semejantes hazañas, ¿quién dudaría de la reencarnación, de la metempsicosis, de las puertas giratorias, de la multiplicación de los panes? Es suficiente con disponer del medium. Malos espíritus pretenderán, sin duda, que Germain-Mandel-Frank-Pablo y su séquito son unos cuentistas... dejemos a ellos la responsabilidad de esta hipótesis azarosa.

La lucha de clases en Europa y en el mundo

A todos los revisionistas les es indispensable reescribir la historia, falsificar: los Germian-Mandel-Frank y otros también tiene que recurrir a ello. Una de las características principales de estos veinticinco últimos años consiste, justamente, en que jamás el imperialismo ha llegado a infligir derrotas decisivas a los proletarios de los países económicamente desarrollados y modificar radicalmente la relación de fuerzas entre las clases a escala mundial, tal como se estableció a fines y después de la Segunda Guerra Mundial.

De la primera guerra imperialista surgió la primera oleada revolucionaria mundial. La revolución rusa fue la primera revolución proletaria victoriosa del período histórico del “imperialismo, fase superior del capitalismo”, que es también la era de la revolución proletaria mundial. El imperialismo resulta de la contradicción fundamental entre las relaciones sociales de producción, las fronteras nacionales y el desarrollo de las fuerzas productivas. Aquí toman todo su sentido las definiciones de Marx: “las categorías de la economía política son la expresión teórica de las relaciones sociales”, “el capital no es una cosa sino una relación social”, y su análisis de la ley del valor, relación entre trabajo muerto y trabajo vivo. Porque “el capital no es una cosa sino una relación social” las contradicciones sociales que expresan teóricamente las categorías de la economía política se dirimen en el terreno de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. “El muerto se come al vivo” a partir del mantenimiento y refuerzo de la dominación de clases de la burguesía, la revuelta de las fuerzas productivas contra las relaciones sociales de producción burguesas se traduce en las crisis y guerras imperialistas, la destrucción de la fuerza productiva por excelencia, el trabajo vivo, la clase obrera. La revolución proletaria no es otra cosa más que la imperiosa necesidad que se le impone al trabajo viviente, a la principal fuerza productiva, de someterse el trabajo muerto, de liberarlo de su carácter de capital y, para hacerlo, expropiar a la burguesía. Puede hacerlo, y sólo puede hacerlo él, en virtud de la socialización del proceso de producción a escala mundial. La Segunda Guerra Mundial fue el resultado del fracaso parcial de la primera oleada revolucionaria, que comprendía la derrota de la segunda revolución china de 1925-1927 en los países económicamente atrasados, pero que fue efectiva y consagrada por las derrotas sucesivas de los principales proletariados europeos (derrotas de las revoluciones alemanas de 1918 y 1923, del proletariado húngaro, del proletariado italiano, austriaco, francés (1936-1938), del proletariado español, sin omitir la derrota de la huelga general inglesa de 1926.

Las derrotas del proletariado en el curso de los años 1920 estuvieron en el origen de la constitución, refuerzo y victoria en la URSS de la burocracia del Kremlin, que una vez dueña del poder político y después de haber domesticado a la Internacional Comunista a sus intereses, causó, por su política, nuevas derrotas al proletariado, contribuyó a la victoria de Hitler y de Franco: al final fue la Segunda Guerra Mundial y la riada hitleriana sobre la URSS.

No se debe al azar que la primera guerra imperialista mundial tuviese a Europa como punto de partida y campo de batalla, que la Segunda Guerra Mundial haya tenido como precondition las aplastantes derrotas del proletariado europeo entre 1918 y 1938, que la Segunda Guerra Mundial se dirimiese, de nuevo, decisivamente en Europa, que, al final y después de esta Segunda Guerra Mundial, el sistema imperialista mundial haya estado al borde el hundimiento a causa de la crisis de los imperialismos europeos y la oleada revolucionaria que se desató en Europa. El desarrollo del capitalismo y su historia no son abstracciones. Europa es la cuna del modo de producción capitalista, del imperialismo y de la lucha de clases entre burgueses y proletarios. Es cierto que los antagonismos entre los imperialismos europeos, el potente crecimiento del imperialismo estadounidense, e incluso el del imperialismo japonés, tuvieron como consecuencias hacer del imperialismo estadounidense el pilar del imperialismo mundial. En última instancia la suerte de la humanidad se jugará en los EEUU, según que el proletariado estadounidense sea o no capaz de abatir al capitalismo estadounidense, de tomar el poder, o que el imperialismo estadounidense sobreviva. En un caso el socialismo triunfará; en el otro, la más negra barbarie se extenderá por América y todo el mundo; en comparación, el hitlerismo parecerá un cuento de niños, con el desenlace de la destrucción de la humanidad durante el Apocalipsis atómico.

Pero los apologistas de la “revolución colonial”, de la “teoría” de la “zona de las tempestades”, del “epicentro de la revolución en los países económicamente atrasados” torturan a la historia para justificar sus falsificaciones.

La revolución china, el desarrollo de la revolución en los países económicamente atrasados, han surgido por las fracturas abiertas, los vacíos abiertos, en el sistema imperialista mundial. La decadencia de los imperialismos europeos, a consecuencia de la Primera Guerra Mundial y entre las dos guerras, sus hundimientos bajo los golpes del imperialismo alemán y del imperialismo japonés, (el hundimiento, a su vez, de éstos bajo los golpes del Ejército Rojo y del imperialismo de EEUU), destruyeron las antiguas relaciones del sistema imperialista mundial sin que pudieran ser reconstruidas, reordenadas de forma estable, por el imperialismo estadounidense sobre sus propias bases. También se abrió la vía a la revolución china y a los movimientos en los países económicamente atrasados integrados en el sistema imperialista mundial. Los imperialismos europeos, enfrentados a sus propias clases obreras, alimentados con biberón en los primeros años de posguerra por el imperialismo estadounidense, se han visto obligados a reajustar sus propias relaciones coloniales o abandonar el terreno. El imperialismo estadounidense fue notoriamente incapaz de enfrentar la revolución china cuando ésta adquirió su victorioso ascenso. Obligado a llevar en brazos a los capitalismo desfallientes de Europa, amenazados por la oleada revolucionaria salida de la Segunda Guerra Mundial, no estaba en condiciones de imponerle a la clase obrera estadounidense las obligaciones que exigirían el ejercicio pleno y completo de su papel de gendarme contrarrevolucionario mundial. El proletariado estadounidense, sobretodo en ese momento, no cuestionaba al régimen capitalista de los EEUU, no planteaba la cuestión del poder político, pero a penas terminada la guerra los GI's exigían e imponían al gobierno estadounidense su repatriación masiva, de Europa y Asia y su desmovilización. Japón atravesaba una serie de convulsiones sociales y un período de

organización del movimiento obrero. La Revolución China se desarrollaba como elemento de esta lucha de clases mundial, en un momento en el que el imperialismo vacilaba en Europa, se tambaleaba en Japón e incluso, aunque no había oleada revolucionaria en los EEUU, se veía obstaculizado en América del Norte por la potencia de la clase obrera estadounidense. Lejos de “coincidir con la derrota de la oleada revolucionaria en Europa Occidental”, la Revolución China procedía de ella, al mismo tiempo que era un componente de esta oleada revolucionaria y reforzaba y alimentaba la crisis del imperialismo.

Por otra parte, la Revolución China, como los movimientos revolucionarios en los países económicamente atrasados, no nacieron espontáneamente; aunque con muchas deformaciones y vicisitudes; están ligados a la tradición del movimiento obrero europeo, a la tradición de la Revolución Rusa que, de cerca o de lejos, estuvieron en el origen de la formación de las organizaciones revolucionarias de esos países, mientras resplandecía el gran ejemplo del Octubre Rojo y más tarde la victoria del Ejército Rojo sobre el imperialismo alemán retumbaba (a pesar de la política de Stalin) como un llamamiento a las armas para los obreros y campesinos de esos países, contra el imperialismo.

Situar la Revolución China y los movimientos revolucionarios en los países económicamente atrasados fuera de este desarrollo concreto de la lucha de clases mundial, revela una mistificación interesada que está dirigida tanto contra las luchas revolucionarias de los obreros y campesinos de esos países como contra las de los proletariados de los países económicamente desarrollados. Que en esta empresa de falsificación se encuentren, otra vez más, asociados pablistas de todas las tendencias, estalinistas, maoístas, izquierdistas y pequeño burgueses de toda suerte, sitúa muy exactamente el papel y la función de los renegados de la IV Internacional.

La Revolución China y los movimientos revolucionarios en los países coloniales se desarrollan en razón de las relaciones sociales y políticas de esos países, pero éstas existen como partes constituyentes de las relaciones sociales y políticas entre las clases a escala mundial. Se integran y participan en la crisis general del imperialismo, dominada por la crisis que afecta a las viejas potencias imperialistas de Europa, cuna del capitalismo y del imperialismo. De ahí justamente su importancia capital.

Dominar Europa para dominar el mundo

En Europa se manifiesta una de las contradicciones explosiva e insoluble en el marco del desarrollo capitalista. El desarrollo de la economía capitalista integra al conjunto de Europa en una totalidad orgánica, cuyas partes son, a la larga, inviables unas sin otras. Rosa Luxemburg demostró que el crecimiento del capital en Alemania, como el crecimiento del capital en Inglaterra y en Francia está ligado orgánicamente. Lo mismo vale para todos los países de Europa: Bélgica, Italia, antiguos países de Austria-Hungría, Rumania, Bulgaria, Grecia, España, etc. Pero este crecimiento se opera bajo tales condiciones que si bien hizo de Europa una totalidad orgánica... la dividió, la fraccionó en múltiples estados nacionales, en múltiples burguesías de desigual poderío, pero no menos ferozmente opuestas unas a otras. Cada una de las partes constituyentes del capital en Europa depende y se levanta antagónicamente contra el resto. Sin duda alguna, las mismas contradicciones se manifiestan a escala mundial; el imperialismo estadounidense se formó y creció como parte constituyente del capital mundial, igual que el capital en Europa y cada una de sus partes constituyentes. Pero en Europa el desarrollo de la economía capitalista hizo surgir o resurgir las cuestiones nacionales. Cada burguesía se constituye como elemento del capital europeo y mundial, participa en

la división internacional y de los mercados europeos y mundiales y no podría constituirse y reforzarse fuera de ellos. Sin embargo le es necesario delimitar su propio mercado nacional, establecer su propia división nacional del trabajo, intentar adquirir su independencia política, o afirmarla, forjar su propio estado, establecer sus fronteras nacionales, desarrollar en competencia con las otras burguesías, sus propias producciones, extenderse en el mercado mundial, establecer en él sus propias posiciones, defenderlas y extenderlas. Al lado de las grandes naciones europeas que luchaban entre ellas en el mercado mundial y, finalmente, se repartían el mundo (Inglaterra, Francia), nacían o renacían nuevas naciones que, incluso si eran pequeñas, participaban en el reparto colonial del mundo: Holanda, Bélgica, más tarde Alemania, Italia. Otras todavía nacen o renacen. La burguesía da una expresión ideológica a las aspiraciones seculares de los pueblos europeos oprimidos por las grandes potencias antiguas o nuevas (España, Inglaterra, Francia, Austria, Rusia, Turquía) y un objetivo político: la independencia y un estado nacional. Según el grado de las relaciones de fuerza, de las rupturas de equilibrio y de los juegos de las grandes potencias, se constituían o era destruidos nuevos estados nacionales: Bélgica, Polonia, Grecia, Bulgaria, Rumania, Noruega; la unidad de Italia y de Alemania se forjaba, Austria-Hungría y el imperio turco se dislocaban.

El movimiento contradictorio del capital, que en su crecimiento constituía el mercado mundial, la división internacional del trabajo, los cuales, a su vez, estaban en perpetua revolución y, por otra parte, los dividía en mercados y estados nacionales, abrazando el mundo entero. Este movimiento hizo surgir una multitud de naciones incluso donde no existían previamente en Australia, América del Norte, América Latina y África.

En el caso de los EEUU, la guerra de independencia, la guerra de Secesión y la victoria del Norte fueron indispensables para que se forjase y unificase la nación estadounidense. Por otra parte, el capital era incapaz de superar las diferencias nacionales de otro modo que no fuese por la opresión nacional, que las encadena pero las refuerza: Rusia, India, Austria-Hungría, Asia del Sureste y hasta Canadá. Con el “imperialismo fase superior del capitalismo” este proceso se acentuó. No es accidental que la unidad de los Estados Unidos, Alemania e Italia, se realizase en vísperas, antes de que se abriese, la fase del imperialismo tal como la definió Lenin y que, enseguida, el capital demostrase ser incapaz de superar las contradicciones nacionales. Mucho más, en la fase del imperialismo, en el interior de una misma nación se acentuaban las diferencias regionales internas: regiones enteras, incluso en los EEUU, están estancadas, incluso en regresión, lo que refuerza los particularismos locales. En la misma Inglaterra, tierra clásica del capitalismo, las diferencias nacionales se han marcado aun más en la fase del imperialismo, entre Irlanda, Escocia e Inglaterra propiamente dicha.

Pero en Europa es donde este proceso contradictorio acumula más fuerza explosiva. Las potencias europeas están en el origen del desarrollo capitalista mundial. Desarrollaron sus mercados nacionales para su expansión mundial. Se repartieron el mundo. En ese curso, cada capitalismo se estructuraba, se establecía sobre sus bases específicas. Pero las posiciones mundiales adquiridas acabaron reforzando las contradicciones internas en Europa. Conservar, reforzar esas posiciones, adquiriendo otras nuevas, exigía de cada uno de los imperialismos europeos que adquiriesen (o trataran de hacerlo) la preeminencia en Europa. El crecimiento tumultuoso del imperialismo estadounidense tras la Guerra de Secesión, la del imperialismo ruso, aunque eran el resultado en gran parte de la exportación de capital francés, inglés y también alemán, reforzaban contradicciones interimperialistas en Europa, igual que hacía el crecimiento propio del mismo capital europeo. La hegemonía en Europa,

deviene una cuestión vital para cada gran imperialismo europeo como condición del mantenimiento y refuerzo de sus posiciones mundiales. El combate a muerte entre los imperialismos inglés, francés y alemán, por la hegemonía en Europa estaba inscrito en la lógica del capitalismo en su fase imperialista. El imperialismo alemán, llegado tarde en el desarrollo capitalista, teniendo que limitarse a una porción congrua en el reparto colonial del mundo, ocupando sin embargo uno de los primeros lugares en el comercio mundial y en la división internacional del trabajo, animado por un crecimiento rápido, superior al de Francia e Inglaterra, manifiesta más que las otras grandes potencias europeas esta exigencia.

El imperialismo alemán intenta “unificar” Europa

Desde principios de siglo, el imperialismo alemán aparecía como la única potencia europea con capacidad, por su historia, su posición geográfica, su poderío económico y militar, para realizar bajo su bota la unidad de Europa. Sin duda alguna las ambiciones navales, las exigencias coloniales, la extensión de su potencia económica y militar, de su comercio mundial, inquietaron a los imperialismos inglés y francés que establecieron la “entente cordiale”, pero el papel mundial del imperialismo alemán dependía, finalmente, de su capacidad para someter al continente europeo. Las combinaciones de alianzas interimperialistas durante la Primera Guerra Mundial se realizaron en vistas de un nuevo reparto del mundo. Es mucho más significativo que se aliaran Francia, Inglaterra, EEUU, Italia y hasta Japón contra Alemania por miedo a que la victoria militar del imperialismo alemán le diese la hegemonía en Europa y cambiase radicalmente las relaciones de fuerzas en el mundo. La derrota del imperialismo alemán en 1918 afirmó la posición dominante del imperialismo estadounidense en el seno del sistema imperialista mundial.

Incluso “victoriosos”, los imperialismos inglés y francés no estaban en condiciones de unificar Europa. Intentaron dominar Europa por otros medios, sobretodo porque, victoriosos hoy, se atacaban mutuamente al día siguiente cuando los EEUU hacían su primera incursión en Europa, cuando rugían los ecos de la Revolución Rusa.

A pesar de su “victoria”, a pesar de sus imperios coloniales, su impotencia para unificar Europa significaba que ya marchaban hacia la decadencia. No pudieron hacer otra cosa más que librarse a un juego sutil de división y maniobra en Europa. Dieron luz verde a la creación de múltiples estados nacionales. Las separaciones se realizaron en buena parte artificialmente, según dosis de los juegos de equilibrio entre las grandes potencias imperialistas victoriosas, y las “relaciones clientelares” de éstas con los estados nuevamente creados o modificados. La Europa del Tratado de Versalles y de los tratados anejos fue la misma imagen del impasse del capitalismo francés e inglés. En el interior de los nuevos estados subsistían minorías que continuaban oprimidas. Los estados multinacionales (Checoslovaquia, Yugoslavia), privilegiaban a una burguesía que oprimía a otros pueblos de esos estados: Chequia en Checoslovaquia que oprimía a los alemanes de los Sudetes, los eslovacos, los polacos; Serbia en Yugoslavia que oprimía a croatas, eslovenos, bosnios, montenegrinos, etc. La creación de la “Gran Francia”, que integraba el Ruhr y la Renania, había chocado con el veto de Inglaterra y de los EEUU. Al imperialismo francés le quedaba el método de los pequeños estados ligados a él como sus “clientes”, constituyendo una barrera contra el bolchevismo y de la cual confiaba en mantener el equilibrio y convertirse en el árbitro. En cuanto a él, contendría a Alemania. Los resultados no fueron conformes a las esperanzas. Los EEUU e Inglaterra fueron en contra del imperialismo francés y obligaron a aligerar su presión sobre Alemania.

La “pérfida Albion” intervino en el sistema levantado por el imperialismo francés en Europa, e hizo ahí su propio juego. La crisis económica y financiera de los años 30, la nueva carrera de armamentos, confirmó el agotamiento del imperialismo francés. Acentuó las contradicciones de la Europa nacida del Tratado de Versalles y su desagregación. Más tarde, renaciendo su potencia, el imperialismo alemán utilizó a su vez las aspiraciones nacionales de los alemanes de Austria y los Sudetes, que integró en la “Gran Alemania”, dislocó a Checoslovaquia y cambió radicalmente el equilibrio europeo. Apareció como un “protector” eficaz con los regimenes fascizantes de Hungría y Bulgaria de modo distinto al decadente imperialismo francés. Hasta que el régimen fascista fundado por Pilsudski, bajo la alta protección del estado mayor francés, no cooperó con Hitler en 1938 en el desmembramiento de Checoslovaquia... un año antes de que Polonia fuese, a su vez, desmembrada.

De nuevo, el imperialismo alemán intentó resolver la crisis europea y la crisis mundial a su manera, unificando bajo su bota a Europa (el nuevo orden europeo) previamente a su afirmación de potencia dominante en el mundo, mediante la destrucción de las conquistas revolucionarias de la URSS, y ante el imperialismo estadounidense. Durante la Segunda Guerra Mundial, las alianzas que establecieron fueron un poco diferentes a las de la primera guerra imperialista mundial. En la inmediata anteguerra, los imperialismos francés e inglés se esforzaron en orientar al imperialismo alemán en dirección a una guerra contra la URSS, libres para intervenir ulteriormente y coger después las castañas del fuego. Los acuerdos de Munich tenían ese consenso por parte de los gobiernos inglés y francés. El imperialismo japonés intentó aprovecharse del hundimiento de los imperialismos francés, belga, holandés, y del debilitamiento del imperialismo inglés, para controlar Asia. Especuló con la victoria alemana en Europa intentando aprovecharse a fin de eliminar de Asia al imperialismo estadounidense; sin comprometerse en la guerra contra la URSS, acechó su derrota. El imperialismo italiano, “herido” por sus aliados en 1918, se alineó junto a Alemania. Pero se impuso la imperiosa lógica que domina las relaciones interimperialistas en Europa y en el mundo: el imperialismo alemán, antes de abalanzarse contra la URSS, antes de jugar su papel mundial ante los Estados Unidos se esforzó en controlar al conjunto de Europa. A pesar del aplastamiento de Francia, la capitulación o estrangulamiento de las pequeñas potencias, no lo logró totalmente, Inglaterra prosiguió la guerra pues había escapado al aplastamiento rápido y estaba apoyada por los EEUU. Abalanzarse contra Francia, el dominio sobre la casi totalidad de Europa, antes de lanzarse contra la URSS, obedecían si duda alguna a consideraciones militares y políticas. El pacto germano-soviético le dio a Hitler los medios para desembarazarse de la amenaza militar francesa, comenzar la guerra en el Oeste teniendo la garantía de no ser cogido por la espalda por el ejército ruso y recibir trigo, petróleo y materias primas de la URSS. Se mantiene que la forma en que el imperialismo alemán entabló la guerra se corresponde, bajo las condiciones de guerra, bajo la forma imperialista, con la necesidad de superar económica y políticamente la división de Europa. El fracaso de la empresa implicó la inmediata decadencia del imperialismo alemán lanzado por la misma pendiente descendiente que los imperialismos inglés y francés.

La destrucción de las conquistas revolucionarias de Octubre le interesaba al imperialismo mundial en su totalidad: a los imperialismos estadounidenses e inglés en primer lugar. Sin embargo, Inglaterra resistió hasta el límite en vez de ver la derrota de la URSS asegurar la hegemonía del imperialismo alemán sobre Europa. El imperialismo estadounidense puso su poderío en la balanza a fin de evitar esta eventualidad, bien seguro que con el cálculo que la URSS, agotada, cedería a la presión del imperialismo estadounidense al final de la guerra. Sin embargo, los imperialismos estadounidense e

inglés preferían la hegemonía del imperialismo alemán en Europa a su derrota ante la URSS. La “democracia”, la “libertad”, los “valores humanos”, no tenían nada que ver aquí: la hegemonía mundial, tal era la apuesta.

Desde hace 60 años, las clases dominantes en Europa se han visto empujadas por la lógica irreprimible de las contradicciones del modo de producción capitalista; han intentado superar las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la propiedad privada de los medios de producción y los marcos históricos en los que aquel se desarrolló y que él mismo forjó: ligazón orgánica contradictoria de la economía que se ahogaba en los límites nacionales. La estrechez nacional, particularmente intolerable en Europa a causa de la unidad orgánica de la economía europea, del peso mundial de la economía europea, del papel mundial que los imperialismos europeos han jugado y juegan por el hecho que Europa es la cuna del modo de producción capitalista, les exige que unifiquen Europa, que rompan sus barreras nacionales, que organicen la economía europea.

Los imperialismos inglés y francés han demostrado que eran radicalmente incapaces. Muy al contrario, el corto período en el que tuvieron la preeminencia en Europa a consecuencia de la Primera Guerra Mundial fue la de un puzzle europeo, el período de convertir en salchichón a Europa, recortada, vuelta a cortar arbitrariamente. El imperialismo alemán también fracasó finalmente. Pero sus tentativas son particularmente ilustrativas de lo que significa la unificación de Europa por el imperialismo. Los medios de la barbarie, las más devastadoras guerras, la gigantesca destrucción de riquezas, de vidas humanas, de fuerzas productivas, son los únicos métodos a disposición del capital en la fase imperialista cuando intenta, empujado por la necesidad, superar sus contradicciones. El breve período de hegemonía alemana sobre Europa, de 1940 a 1944, ilustra cómo Europa se unificaría bajo la égida de un imperialismo dominante. El resultado está escrito con letras de fuego y sangre en la historia: a las destrucciones de vidas y bienes se añaden los pillajes, la apropiación por los grupos capitalistas alemanes de sectores enteros de la economía capitalista de otros países, la subordinación de la economía de los otros países a las necesidades del capital alemán, la destrucción de las fuerzas productivas que no se correspondan con sus necesidades, la opresión nacional y de clase yendo hasta el exterminio físico de pueblos enteros. ¿Era la guerra? Sin duda. Pero ¿qué es la guerra imperialista? Lo mismo que el fascismo, la emergencia de las tendencias profundas del imperialismo. La guerra imperialista, el fascismo, hacen aparecer en toda su crudeza, brutalidad y fuerza destructiva, las exigencias del imperialismo, sus necesidades profundas.

Las burguesías europeas salvadas por los pelos

Trotsky señalaba: “... las clases dominantes en Rusia se hundieron las primeras por haber cargado las fuerzas productivas insuficientes del país con un fardo que no pudieron soportar”⁴⁰. Únicamente pueden comprenderse la profundidad de la crisis del imperialismo en Europa y su importancia mundial decisiva si se comprende que los imperialismos europeos, incapaces de resolver la cuestión de la unidad de Europa, se ven, sin embargo, continuamente enfrentados con este problema, en la guerra, como en la paz, desde hace más de sesenta años. A causa de sus tentativas de resolverlo a su manera, como también de su impotencia para hacerlo, “cargan a las fuerzas productivas insuficientes de Europa con un fardo que no pueden soportar”. La potencia de la oleada

⁴⁰ León Trotsky, *La Tercera Internacional después de Lenin (o El gran organizador de derrotas)*, Edicions Internacionals Sedov, página 86; <http://grupgerminal.org/?q=node/183> .

revolucionaria que se desató sobre Europa a fines de la Segunda Guerra Mundial, su profundidad, provienen de ahí. Estuvo estimulada por la victoria del Ejército Rojo sobre el imperialismo alemán. Es mentir fríamente afirmar que fue derrotada en el mismo momento en que la revolución china triunfaba. Fue contenida dentro de ciertos límites a consecuencia de las relaciones políticas internas en el movimiento obrero pero no resultó derrotada y mucho menos fue nula y sin valor. Los aparatos de estado burgueses, desmantelados en Europa Occidental al final de la guerra (Italia, Francia, Bélgica, Grecia, Alemania), fueron reconstruidos con la cooperación política de la burocracia del Kremlin. Los aparatos de estado burgueses minados por la guerra (Inglaterra) fueron consolidados. El capitalismo en Europa del Oeste conoció un nuevo período de acumulación y se reintegró al mercado mundial y a la división internacional del trabajo. Los intercambios de los países capitalistas de Europa, entre ellos y entre ellos y el mercado mundial, se multiplicaron. De la misma forma que los revisionistas de todo pelaje sacan la conclusión del crecimiento de las fuerzas productivas a partir del desarrollo de los medios de producción, de los descubrimientos científicos, de los progresos de la tecnología, también extraen de estos “hechos” de la integración de la clase obrera en el sistema, la estabilización del capitalismo, e inventan, ulteriormente, la derrota de la oleada revolucionaria de posguerra en Europa Occidental.

El imperialismo mundial y la burocracia del Kremlin saben alguna cosa al respecto. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt, Stalin y Churchill, se reunían en Yalta. Se trataba de saber cómo terminar la guerra evitando la revolución proletaria, que estaba en ascenso en Europa, estableciendo un compromiso en cuanto a los intereses y las relaciones entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin. Este compromiso entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin, basado en la necesidad de rechazar la revolución proletaria en ascenso, fue confirmado y afirmado, tras la derrota de Alemania, en Postdam donde se reunieron Stalin, Attlee y Truman, sucesores de Churchill y Roosevelt.

La burocracia del Kremlin ha comprometido todo su crédito político para contener al proletariado europeo. A través de los PC europeos, logró imponerles a las clases obreras de las burguesías más probadas y más amenazadas directamente por el proletariado (Francia, Italia) que no entablasen la lucha por el poder, que dejaran que se reconstruyese el estado burgués, que participasen en la reconstrucción de la economía capitalista. Dividió al proletariado de Europa en dos, y principalmente al proletariado alemán que en el Oeste quedó bajo la bota de los imperialismos victoriosos y en el Este bajo el yugo de su opresión militar y burocrática. Pero el imperialismo tuvo que pagar caros sus servicios, abandonando a su control el Este de Europa. El imperialismo estadounidense y las burguesías europeas también tuvieron que hacer importantes concesiones a los proletariados de los países occidentales, a pesar del apoyo del aparato internacional del estalinismo y del de los aparatos reformistas y sindicales: educación, seguridad social, derechos políticos y sindicales, que habían sido prácticamente destruidos o, en cualquier caso, considerablemente reducidos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, tuvieron que ser concedidos y reforzados. Por el ejercicio de estos derechos, de estas garantías, reforzados por la oleada revolucionaria salida de la guerra, la clase obrera y la juventud de Francia, Italia, Gran Bretaña, Bélgica e incluso Alemania Occidental, obligaron al capitalismo de Europa Occidental a múltiples concesiones, a elevar el poder adquisitivo, a mejorar las condiciones de existencia, al menos relativamente. Estamos lejos del esquema mandelo-pablista que pretende que esto ocurrió por la intervención del estado en la economía, que pretende también que las clases obreras de los países capitalistas económicamente desarrollados estén ligadas a

sus imperialismos (los dos aspectos de la teoría de Janus-Germain-Mandel y de sus compadres revisionistas renegados de la IV Internacional y otros son complementarios).

La manera en que se reconstituyó el capitalismo en Europa después de la segunda guerra mundial, así como el abandono de Europa del Este al control de la burocracia del Kremlin, procedieron directamente de las relaciones de fuerza entre las clases que se establecieron en ese momento. Los imperialismos de Europa eran tan débiles, las burguesías estaban talmente agotadas, sus economías y aparatos de estado tan desarbolados, que su transformación en burguesías compradoras del imperialismo estadounidense era una posibilidad real, si se tiene en consideración solamente las relaciones entre las clases dominantes. En el curso de la guerra, Roosevelt y su gobierno se orientaron en ese sentido. El Plan Morgenthau proponía nada menos que “transformar Alemania en un campo de patatas”. El origen de las discusiones entre De Gaulle y el gobierno de los EEUU fue la tendencia del imperialismo de EEUU a despojar al imperialismo francés de su imperio colonial, a concebir solamente un gobierno fantoche a su sueldo, a despojar a la burguesía francesa de los atributos de la soberanía y de la independencia nacionales. Incluso se trató de que el día del desembarco, la administración militar estadounidense administrase directamente, al menos durante un tiempo, Francia como las tropas aliadas debían administrar durante algunos años la Alemania vencida. En el curso de la guerra, el imperialismo estadounidense, sus hombres políticos, se proponían reducir la independencia política de las burguesías europeas, despojarlas de sus principales fuerzas productivas, apropiárselas, dejar subsistir en Europa sólo las fuerzas productivas complementarias a las del imperialismo estadounidense. Estos objetivos se demostraron totalmente irrealizables y el imperialismo estadounidense tuvo que modificar rápida y profundamente su política.

Sean cuales sean sus debilidades, sus contradicciones, sus decrepitudes, las burguesías europeas son componentes del imperialismo mundial, igual que el imperialismo japonés. El imperialismo mundial constituye un conjunto que se ha formado orgánicamente, que está condicionado por la forma en que se constituyó históricamente y, sea cual sea la potencia del imperialismo estadounidense éste no puede liberarse de esto, incluso si su papel de pivote del imperialismo mundial modifica profundamente las relaciones de fuerzas interimperialistas, de la historia de la formación del modo de producción capitalista. Menos aun que no existe un modo de producción capitalista abstracto, tampoco existe el “imperialismo” en el aire: constituye una totalidad orgánica históricamente formada y condicionada y que se mantiene prisionera de su pasado, aunque esté en perpetuo movimiento y mutación. Cuando se reducen las relaciones interimperialistas a las relaciones entre las diferentes burguesías, y entre las diferentes burguesías y la burocracia del Kremlin, entonces todo es posible: la imaginación puede galopar y suponer todas las combinaciones. En el fondo, es el método de todos los revisionismos, y en consecuencia del de los mandelo-pablistas. Cada uno sabe que la “imaginación” tomó el poder en mayo-junio 68 en la Sorbona. Se prueba así, ya que no se ha comprendido, ya que se falsifica el análisis de Lenin de la “fase superior del capitalismo”. El imperialismo es la era de las guerras y de las revoluciones, la era de la revolución proletaria mundial. Sea cual sea su potencia, el imperialismo estadounidense está sometido a las leyes de la lucha de clases mundial. La reducción de las burguesías europeas al nivel de burguesías compradoras habría cambiado radicalmente todo el equilibrio entre las clases a escala mundial, equilibrio ya modificado al final y en la posguerra a favor del proletariado. La tentativa del imperialismo alemán para unificar Europa bajo su bota se saldó en una derrota pues implicaba la transformación de las otras burguesías de Europa en burguesías

compradoras, dependientes estrechamente de él, exigía la decadencia y muerte de millares de proletarios europeos, la decadencia y muerte de millares de proletarios y campesinos de la URSS. Concluyó en el debilitamiento de todas las burguesías de Europa, la destrucción o debilitamiento de sus aparatos de estado, el empuje revolucionario que expresaba la resistencia al imperialismo alemán, el formidable prestigio de la URSS y de su ejército; el proletariado de Europa reconocía su propia lucha contra la decadencia y muerte en los combates heroicos del Ejército Rojo. La transformación de las burguesías de Europa en burguesías compradoras del imperialismo estadounidense habría precipitado la crisis revolucionaria que resultó de la guerra. Si las burguesías europeas estaban exsangües, el proletariado europeo, incluyendo al proletariado alemán, representaba una potencia temible. El proletariado europeo se hubiera precipitado en la guerra civil a escala de Europa entera. Hubiese abierto las vías de la unificación de Europa sobre su plano de clase.

El proletariado de Europa se protege como clase gracias a su potencia

Nuestros buenos apóstoles argumentarán que el imperialismo estadounidense tuvo que modificar su política, que se vio obligado a volver a colocar en su lugar a las burguesías europeas, entre ellas la burguesía alemana, a causa de la división del mundo en “bloques”. La Alianza Atlántica y el Plan Marshall marchaban de la par, como elementos de la guerra fría, preparatoria para la guerra abierta contra la URSS. Una vez más, semejante argumentación pone al revés los datos y la marcha real de los acontecimientos. Militarmente hablando, el ejército estadounidense estaba en condiciones de ocupar Alemania hasta el Oder antes que el Ejército Rojo. Podía preceder al Ejército Rojo en Praga. El imperialismo respetó los acuerdos establecidos con la burocracia del Kremlin. Su ejército se paró en el Elba y no ocupó Praga. Dejó al Ejército Rojo ocupar Berlín y alcanzar el Elba, ocupar enteramente Checoslovaquia. La palabra dada pesa muy poco en este caso. O más aun, el juramento prestado se inspira en consideraciones que no tienen nada que ver con el honor. El fantasma de la revolución proletaria se aparecía por toda Europa. Las burguesías y los aparatos de estado burgueses estaban descompuestos en el Este de Europa, los sindicatos habían tomado el poder en Praga. Únicamente el prestigio y fuerza del aparato militar y burocrático del Kremlin estaba en condiciones de restablecer el “orden” en Europa del Este. El concurso del aparato internacional del Kremlin, de los PC de Italia, Francia y otros lugares era indispensable para el mantenimiento y reconstrucción de los aparatos de estado y de la economía burguesa en Europa Occidental.

Durante los primeros años de posguerra, la fidelidad del imperialismo a los acuerdos establecidos con la burocracia del Kremlin, como su impotencia frente a la revolución china, frente a los movimientos revolucionarios de los pueblos coloniales, tenía un origen preciso: la potencia del proletariado europeo, la oleada revolucionaria de posguerra. Ésta fue la que obligó al imperialismo estadounidense a abandonar el Este de Europa a la burocracia del Kremlin, igual que a inyectar masivamente créditos a las burguesías europeas a fin que pudiesen, con la ayuda política del aparato internacional del estalinismo, reestructurar sus aparatos de estado, reconstruir sus economías. No podía actuar de otra forma sin alimentar la crisis revolucionaria en Europa y hacer saltar, finalmente, el cerrojo del estalinismo. En lo máximo de su potencia política (el proletariado de la URSS sangrado por la guerra, el proletariado alemán fraccionado y bajo tutela militar), beneficiándose del prestigio inmenso adquirido por el Ejército Rojo entre sectores decisivos del proletariado europeo, la burocracia del Kremlin puso en acción todos sus medios para contener y limitar la oleada revolucionaria de posguerra.

Con un seguro instinto de conservación, sabía que la revolución victoriosa en los principales países de Europa daría un formidable impulso a la revolución proletaria en el mundo, que haría explotar a su aparato internacional, que implicaría la unidad de Europa en el plano de clase del proletariado, que sería por tanto una fuerza que la desagregaría y un polo de atracción de una potencia invencible para los proletariados de Europa del Este y el proletariado de la URSS. Por ello, con sus medios, concurrió a volver a colocar en su lugar a las principales burguesías del Oeste de Europa, como también el imperialismo estadounidense se empleó en ello con sus propios medios.

Sin embargo, la clase obrera europea no ha sido vencida: ha sido contenida, sus conquistas fueron limitadas pero importantes. Entre éstas hay que integrar la transformación de las relaciones sociales de producción en Europa del Este, incluso si a los pablistas, y a muchos otros, les pareció que fue una victoria del estalinismo. También es preciso integrar el hecho que el proletariado europeo se protegió como clase. Sin ello, el proletariado europeo, en su conjunto, habría conocido, bajo la bota del imperialismo estadounidense, la suerte (y puede que peor) que habría conocido caso de una victoria del imperialismo alemán en Europa, y las conquistas de Octubre habrían sido destruidas. Germain-Mandel, y los pablistas de todo pelaje, los “tercermundistas” y el resto, son infectos mentirosos cuando afirman que el proletariado europeo ha ligado su suerte a la del imperialismo, como cuando hablan del crecimiento de las fuerzas productivas: gracias a su lucha de clase, notablemente apoyándose en los avances de la oleada revolucionaria de finales y posterior de la Segunda Guerra Mundial imperialista, el proletariado europeo (y el proletariado es la principal fuerza productiva) se protegió y reforzó como clase. Sin esa lucha, Europa habría sido transformada en una simple colonia del imperialismo estadounidense y el proletariado europeo habría resultado descompuesto, venido a menos, reducido a su más simple expresión, destruido. El imperialismo estadounidense habría realizado la unidad de Europa a su manera: destruyendo los avances de veinte siglos de civilización. En la fase del imperialismo, únicamente la lucha de clase del proletariado se enfrenta a la destrucción de las fuerzas productivas.

El proletariado de Europa no cesa de combatir

La guerra fría confirmó el papel decisivo del proletariado europeo. Hay que tener singulares ausencias de memoria para afirmar que el proletariado europeo se mantuvo pasivo desde 1947 hasta mayo-junio de 68, sea porque había devenido una “aristocracia privilegiada” ligada en su conjunto al imperialismo, sea a consecuencia de la “derrota de la oleada revolucionaria de posguerra en Europa Occidental”, y, finalmente, a los dos aspectos combinados. La política de la burocracia del Kremlin, la asistencia estadounidense a las burguesías europeas, permitió la reconstitución de los estados burgueses y la reactivación de la economía de los principales países capitalistas de Europa. El imperialismo estadounidense, apoyado por el imperialismo inglés, se adentró entonces en la guerra fría. Pero otra vez más fue generosamente secundado por la política de Stalin, que entró de lleno en la carrera de armamentos y la política de bloques. A su manera, Stalin intentó congelar la lucha de clases en el mundo, en beneficio de una política de presión. La política estalinista hizo tanto por el imperialismo como que éste fue capaz de hacer por sí mismo. Y sin embargo el proletariado europeo entabló nuevas y grandiosas luchas de clase cuya historia hemos esbozado en otra parte⁴¹. Pablistas y otros escamotean la huelga general de agosto del 53

⁴¹ Ver *Defensa del trotskismo*, Stéphane Just, Escritos, <http://grupgerminal.org/?q=node/709> .

en Francia, en junio del 53 en Alemania del Este, el Octubre polaco de 1956, la revolución húngara de los consejos de noviembre de 1956: ¡una bagatela! Todas estas grandiosas luchas de clase se han desarrollado a partir de las posiciones conquistadas por el proletariado europeo al final de la segunda guerra imperialista mundial. Además, y sobretodo, marcan un giro en las relaciones políticas internas del proletariado mundial. Por primera vez, el proletariado cuestiona directamente al aparato internacional del estalinismo y de qué manera: ¡armas en mano en Hungría! ¡Nada más ni nada menos!

La única victoria importante que el imperialismo logró en la lucha de clases mundial la alcanzó no en 1947 sino en noviembre de 1956: fue el aplastamiento por los tanques de la burocracia del Kremlin de la revolución húngara de los consejos. Esta derrota del proletariado húngaro fue el punto de partida de la contraofensiva imperialista en el mundo.

La responsabilidad le incumbe a la burocracia del Kremlin, no a la pasividad del proletariado europeo. Preludió la toma del poder por De Gaulle en Francia en mayo de 1958. Le permitió al imperialismo mundial plantearse el refuerzo del orden burgués en Europa, la destrucción de las posiciones conquistadas por el proletariado a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, acentuar su presión sobre la URSS y los países de Europa del Este. Le facilitó desencadenar su contraofensiva contra los obreros y campesinos de los países económicamente atrasados, en Indonesia, en América Latina, en África. No poner de relieve que los vastos proyectos contrarrevolucionarios de la intervención masiva del imperialismo estadounidense en Vietnam, que estaba dirigida no solamente al exterminio masivo de los obreros y campesinos vietnamitas, sino de cara a una etapa de la preparación para la guerra de exterminio contra China, comportarían que el proletariado europeo sería roto por la prensa de la derrota de la revolución húngara y por las consecuencias de la llegada al poder de De Gaulle en Francia, no poner de relieve todo esto es mezclar las cartas.

Los renegados de la IV Internacional, los PSU, los prochinos, los estalinistas, están aquejados de amnesia. Incluso Mandel, que lo sabe todo, que lo ha leído todo, que todo lo ha previsto, no recuerda nada, no ha leído nada, no ha visto nada, no ha previsto nada; ha “olvidado” las grandiosas luchas de clase del proletariado europeo... desde 1947. Perdón, sin remontarse tan lejos... desde 1958. Al menos que Mandel, como los otros, no quieran remover dolorosos recuerdos (para ellos), recordar sus palinodias. En Europa, como en el mundo, a pesar de las derrotas, reales esta vez, que fueron el aplastamiento de la revolución húngara de los consejos y la llegada al poder de De Gaulle en Francia para el proletariado europeo y mundial, el proletariado no ha cesado de combatir y justamente apoyándose en las conquistas de finales y posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Mandel, “que estuvo a punto de marchar sobre Bruselas” (desgraciadamente las burocracias de la Federación General de Trabajadores belga y del Partido Socialista belga lo retuvieron por los faldones, poca suerte), ha “olvidado” la huelga general belga de diciembre de 1960 a enero de 1961; Mandel ha “olvidado”, ellos han “olvidado”, la huelga general de los mineros franceses de marzo-abril de 1963; él ha “olvidado”, ellos han “olvidado”, la huelga de los metalúrgicos alemanes de 1963; él ha “olvidado”, ellos han “olvidado”, las luchas del proletariado griego de 1965; él ha “olvidado”, ellos han “olvidado”, la huelga de los marinos británicos de la primavera de 1966; él ha “olvidado”, ellos han “olvidado”, las admirables luchas de los proletariados español e italiano. Igual que él ha “olvidado”, que ellos han “olvidado”, que la resistencia, incluso pasiva, del proletariado de Europa del Este y de la URSS contra la política de la burocracia del Kremlin ha proseguido tras la derrota de la revolución húngara, que es un

factor mayor de la crisis de la burocracia, que está en el origen de las fracturas abiertas en el aparato internacional del estalinismo y en el aparato del mismo Kremlin, a través de las cuales se cuelan las masas y abren el camino a la revolución política.

Radicalismo verbal y traición

La muy honorable sociedad de los renegados a la IV Internacional escribía en su muy oficial revista:

“El curso adoptado por el imperialismo estadounidense, y que implica, lo hemos dicho, el peligro que el engranaje edificado llevase a la guerra generalizada, no podrá ser bloqueado e invertido más que a condición que los estados obreros, y en primer lugar la Unión Soviética y China, se comprometan a fondo en la lucha haciéndole entender al imperialismo que, si quiere persistir en su aventura, tendrá que enfrentarse al frente antiimperialista en su conjunto.

No minimizamos el efecto de una movilización de las masas en los diferentes países del mundo, y sobretodo la actividad de la oposición en el interior de los EEUU. Si existe actualmente cierta crisis y cierto desarraigo, incluso en los medios dirigentes estadounidenses, las manifestaciones que se han desarrollado en los Estados Unidos durante estos últimos meses han contribuido a ello en una medida importante; y no cabe duda que a medida que Jonson y el Pentágono se comprometen más a fondo en Vietnam, el sentimiento de malestar, la oposición y la revuelta, crecen paralelamente. SIN EMBARGO, ESTANDO DADAS LAS RELACIONES DE FUERZA ACTUALES, EL FACTOR DECISIVO, EN ÚLTIMA INSTANCIA, SERÁ LA ACTITUD DE LOS ESTADOS OBREROS Y, ESPECIALMENTE, DE LA UNIÓN SOVIÉTICA [resaltado por mi]...

... La confrontación capital se sitúa hoy en día en Vietnam y es en Vietnam donde es absolutamente necesario evitar que el imperialismo logre un éxito aunque sea relativo, impidiéndole al pueblo vietnamita que obtenga esta victoria definitiva que ya habría logrado sino fuera por la criminal intervención de Jonson y del Pentágono”.⁴²

Remarquemos que una vez más los pablistas escamotean la realidad de la burocracia del Kremlin, de las burocracias parasitarias, de la burocracia china, con una astucia que es costumbre en ellos: hacen desaparecer los calificativos que caracterizan a los estados obreros como estados obreros *degenerados o deformados*. Este escamoteo tiene razones políticas evidentes que han sido analizadas en *Defensa del trotskismo*⁴³ pero que resaltan igualmente en esta cita: ocultar el papel político que juegan las diferentes burocracias parasitarias y singularmente la burocracia del Kremlin.

Pero qué lástima que esto fuese aproximadamente en la época en que Gisele le daba tanto gozo, sin lo cual, seguido de toda su tropa, haciendo concordar su teoría y su práctica, el comandante Ernesto Mandel, se comprometía en el maquis del Vietnam. Este mordisco de literatura es un nuevo ejemplo del arte de traicionar utilizando el radicalismo verbal. Nadie cuestionará la importancia y el significado general de la intervención del imperialismo estadounidense en el Vietnam. Pero precisamente la intervención sólo fue posible gracias a la política de la burocracia del Kremlin y en cierta medida de la burocracia china. Son ellas las que, en Ginebra en 1954, organizaron e impusieron la partición del Vietnam. La burocracia del Kremlin a la búsqueda de un compromiso planetario con el imperialismo estadounidense se esforzó en aislar a la

⁴² *Quatrième Internationale*, junio de 1966, Editorial, páginas 2 y 3

⁴³ Ver en: <http://grupgerminal.org/?q=node/709> [NdT]

revolución china, en hacer de ella un objeto de mercadeo: las manos libres al imperialismo estadounidense contra China (y en consecuencia contra Vietnam) a cambio del *statu quo* en Europa. La entrega de armas al Vietnam a fin de resistir a la agresión imperialista es de una importancia capital... y sin embargo, lo que prima es la política. Para darse cuenta es suficiente con recordar cómo la revolución española fue apuñalada por Stalin y el aparato internacional del estalinismo. Stalin no sólo entregó armas, exportó a sus “especialistas”, impuso su política en España. En menos de dos años, de julio de 1936 a 1938, remató la revolución proletaria en España y finalmente cesó de entregar armas, abandonando sin rodeos a la “España republicana” en manos de Franco⁴⁴ La entrega de armas puede tener resultados muy diferentes según la política en la cual se inserte. España revolucionaria fue traicionada y apuñalada utilizando fórmulas marciales y guerreras: “caños y aviones para España”. Con la huelga de junio de 1936 en Francia y la revolución española, se abría en Europa la última posibilidad revolucionaria entre las dos guerras. De la victoria de la revolución en Francia y en España dependía la suerte del mundo, la posibilidad de evitar la Segunda Guerra Mundial, oponiéndole a la guerra imperialista la revolución proletaria. En 1936, el fascismo estaba mal asegurado en Italia, el eco de las huelgas francesas repercutió hasta en el Ruhr, donde se produjeron huelgas.

Hitler sólo estaba al principio de su programa de armamento. El proletariado europeo disponía de potentes fuerzas en Checoslovaquia, Bélgica, Inglaterra, los países escandinavos. En la URSS, el exterminio de la generación de Octubre, de los militantes del Partido Bolchevique, compañeros de Lenin y Trtosky, estaba en curso pero lejos de acabarse. La victoria de la revolución proletaria en Francia y España habría borrado las derrotas anteriores, habría vuelto a poner en el orden del día la revolución proletaria en Europa, habría encendido al proletariado europeo entero. Podría haber repercutido en los EEUU donde acababa de formarse la CIO (Confederación de las Organizaciones Industriales) que federó a los trabajadores por ramas industriales y donde se desarrollaban grandes huelgas, entre las cuales la huelga de la General Motors en enero de 1937. La mejor “ayuda” a la revolución española era la victoria de la revolución en Francia. El proletariado francés, por tanto el proletariado español, por tanto todos los proletariados europeos, fueron traicionados: al “hay que saber acabar una huelga”, Thorez y el PCF añadieron “caños y aviones para España”, formaron las Brigadas Internacionales. Por supuesto que “cañones y aviones para España”: para batirse son necesarias armas. Pero la victoria de los obreros y campesinos españoles se jugaba tanto en París como en Madrid. El proletariado francés tomando el poder en París hubiera solucionaba la cuestión de los “aviones y cañones para España”. No solamente hubiera podido enviarlos sino que, sobretodo, el fascismo en Europa hubiera recibido un golpe mortal. La pujanza de la revolución proletaria no se reduce a los medios materiales inmediatos que procura a la clase obrera. Tiene efectos dinámicos, movilizadores de las capas explotadas y del proletariado de los otros países, disgregadores de las clases sociales explotadoras. Sin ello jamás la revolución rusa hubiera resistido el cerco imperialista combinado con la guerra civil interior. A fin de desviar a la clase obrera francesa de la lucha por el poder en Francia (y por tanto de la verdadera y decisiva “ayuda” al proletariado español), el PCF, los socialistas de izquierda, especularon sobre la solidaridad profunda del proletariado francés hacia el proletariado español. Hicieron todo lo posible para hacerle creer que “ayudar a la España republicana” consistía

⁴⁴ Ver *La revolución y la guerra de España*, Pierre Broué y Emile Témime, Fondo de Cultura Económica, México, 1977 y “La révolution espagnole” suplemento a *Études Marxistes*, nº 7-8. [http://www.marxists.org/espanol/broue/1961/revolucion-y-guerra-de-espana.pdf; también la numerosa bibliografía sobre el tema editada por Alejandría Proletaria: <http://grupgerminal.org/?q=node/517> NdT]

esencialmente en recolectar y enviar medios materiales, enviar voluntarios. El frente de clase del proletariado francés no se situaba ya en Francia sino en Madrid. Este falso internacionalismo se tradujo en la política que combinaba el eslogan “caños y aviones para España” con el del “Frente del francés para la defensa de la libertad e independencia de Francia” lanzado en agosto de 1936 por Thorez, que iba infinitamente mucho más lejos aun que el “Frente Popular”, que debía extenderse de “Thorez a Paul Reynaud”.

La política de los renegados a la IV Internacional y de todos los “tercermundistas” traicionaba a la vez a los obreros y campesinos vietnamitas y al proletariado de los países económicamente desarrollados, en nombre del “apoyo al pueblo vietnamita contra la agresión del imperialismo estadounidense”, igual que los estalinistas traicionaron en 36-38 al proletariado español y al proletariado francés en nombre del “apoyo a la España republicana”. Dejaba en manos de la burocracia del Kremlin la suerte de los obreros y campesinos de Vietnam. En nombre de las “relaciones de fuerzas actuales” entre las clases, se hacían campañas “por mil millones para Vietnam”, la unidad de los francés de Pierre Frank a De Gaulle “contra el imperialismo estadounidense” mientras que el PCF propulsaba por su parte su campaña por “un barco para Vietnam”.

Todo ello no impidió que afirmasen con impudicia:

“Los lazos entre la resistencia victoriosa de la revolución vietnamita y la recuperación de la lucha revolucionaria en las metrópolis imperialistas se han manifestado en el plano subjetivo y en el plano objetivo al mismo tiempo.

Subjetivamente, esta resistencia ha estimulado la formación de una nueva vanguardia joven en los países imperialistas, ha contribuido poderosamente a hacerla autónoma en relación con los aparatos tradicionales reformistas y estalinistas, le ha permitido aguerrirse y adquirir cada vez más audacia en sus enfrentamientos continuamente ampliados con los partidos tradicionales, con la burguesía y con el aparato de represión del estado burgués.”⁴⁵

Únicamente Mandel, los pablistas y todas las variantes de los tercermundistas etc., pretenderían lo contrario a que la heroica resistencia de los obreros y campesinos vietnamitas (que reveló lo que significaría para el imperialismo una guerra contra China, pero que, hélas, todavía no era “victoriosa”) estuviese ligada subjetiva y objetivamente al mayo-junio 1968 en Francia y al ascenso de la revolución política en Checoslovaquia. “La verdadera aristocracia obrera ya no está constituida (solamente) por ciertas capas del proletariado de los países imperialistas en relación con los de los países coloniales y semicoloniales” escribía el teórico. Y más aun: “la confrontación capital se sitúa hoy en día en Vietnam”, había que sacrificar una lucha de clases si no inexistente, como mínimo languideciente en los países económicamente desarrollados, y aliarse con el diablo: la burocracia del Kremlin, De Gaulle o sus diputados. En cuanto al lazo subjetivo, ¿cómo se hubiera podido establecer si las contradicciones de clase no estaban en su punto culminante sino atenuadas, si no resueltas, por el imperialismo en Europa y otras partes a causa a la vez del crecimiento sin límites de las fuerzas productivas asociando a los proletarios de los países imperialistas con la explotación imperialista del mundo y de la pasividad del proletariado consecutiva a la “derrota de la oleada revolucionaria de posguerra en Europa Occidental” (¿en 1947?). Finalmente, “la nueva vanguardia joven en los países imperialistas” se formó en la lucha contra “los partidos tradicionales, la burguesía y el estado burgués”, de extraña forma si sólo hubiese afectado a los pablistas a los tercermundistas, a Janus-Germain-Mandel, a

⁴⁵ *Quatrième Internationale*, mayo de 1969, página 14.

Pierre Frank: ¡remitiéndose a la burocracia del Kremlin, a la burocracia china, a los diputados gaullistas, para la defensa de la revolución vietnamita!

Muy afortunadamente, y al contrario de las afirmaciones pablistas, la lucha heroica de los obreros y campesinos vietnamitas se integra en una lucha de clases mundial, cuyas condiciones son profundamente diferentes de las que eran en 1936-1939 durante la revolución y la guerra civil española, lo que impide relativamente la intervención del imperialismo estadounidense y le hace muy difícil a la burocracia del Kremlin su servicio al imperialismo de estrangular la guerra revolucionaria del pueblo vietnamita. Sin duda alguna, en 1936-1939, la victoria de los proletariados español y francés era posible, hubiese cambiado el curso de la lucha de las clases en Europa entera. Sin embargo, los proletarios español y francés combatían con la espalda contra la pared, rodeados por la contrarrevolución victoriosa en la mayoría de los países de Europa. La burocracia del Kremlin podía asesinar, casi en la sombra, la revolución española.

Por el contrario, la lucha de los obreros y campesinos vietnamitas se beneficia de las crisis del imperialismo y la burocracia del Kremlin, crisis que esta lucha profundiza. La capacidad de combate y de resistencia de los obreros y campesinos vietnamitas se alimenta en las mismas fuentes que la revolución china, que ha dado un impulso prodigioso a la guerra revolucionaria en el Vietnam. Por el contrario, el imperialismo estadounidense no tiene las manos libres: teme que el proletariado de los países capitalistas avanzados entable grandes batallas de clase que cuestionen el sistema capitalista en sus viejos bastiones de Europa; no domina el desarrollo de la lucha de clases en su propio país, lucha que toma formas diversas (luchas de los negros, huelgas de los trabajadores, manifestaciones contra la intervención en Vietnam), y que avivan los golpes que descargan sobre las fuerzas de intervención de EEUU los obreros y campesinos vietnamitas. Así que, por razones políticas, el imperialismo USA no está en condiciones de utilizar toda su potencia militar, por terribles que sean los medios que pone en obra en Vietnam, mientras que sin duda alguna China, directamente amenazada por la intervención del imperialismo estadounidense, da un apoyo militar eficaz al gobierno de Hanoi, y pesa el miedo a su intervención masiva contra el ejército imperialista, como en durante la guerra de Corea.

La guerra revolucionaria de los obreros y campesinos vietnamitas repercute potentemente sobre la crisis de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional. El Kremlin debe contar con las reacciones de los proletariados de los países capitalistas, que están prestos a nuevos combates en sus propios terrenos, con las de los proletariados del Este de Europa y de la URSS, colocados ante una traición demasiado abierta y patente a los obreros y campesinos vietnamitas. Debe tener en cuenta las contradicciones y antagonismos que se tensan en el seno de los PC, del aparato internacional del estalinismo, que existen hasta en la cúspide de la burocracia de la URSS, y que aumentan los miedos que inspiran a una parte de ésta una política de entendimiento con el imperialismo contra China, la liquidación de la lucha de los obreros y campesinos vietnamitas.

En última instancia, los obreros y campesinos vietnamitas resisten al imperialismo más potente y lo desafían, escapan a las trampas de la política de la burocracia del Kremlin en razón de la fuerza y de las luchas de clase de los proletariados de los países económicamente desarrollados, que están en el origen de la crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin, al mismo tiempo que las luchas del pueblo vietnamita son uno de los factores de esta crisis.

Europa, llaga abierta del imperialismo

Germain-Mandel, en nombre de los renegados a la IV Internacional, prosiguen imperturbables con su informe:

“Objetivamente, las consecuencias económicas de la guerra del Vietnam han acentuado la crisis del dólar, acrecido las tensiones del sistema monetario internacional, agravado las tensiones interimperialistas, enjugando así las reservas con las que la burguesía internacional habría podido atenuar los efectos de la recesión de 1966-67”

Una vez más, nuestro “teórico” se viene arriba: la burguesía internacional “atenúa los efectos de las recesiones” mediante la economía de armamentos, lo que tiene como consecuencia “la crisis del dólar y del sistema monetario internacional”. Desde el punto de vista “económico”, la guerra en el Vietnam ha participado en el “boom” acentuando los gastos militares del imperialismo de EEUU con su contrapartida, la inevitable contrapartida de la economía de armamentos: la inflación. Prosigamos:

“Bajo el peso de todos esos factores económicos, la burguesía se ha visto obligada a llevar adelante, en todos los países imperialistas, una política de ataques contra el nivel de vida y contra cierto número de situaciones consideradas como de derechos adquiridos por los trabajadores (especialmente el pleno empleo y los avances extraconvencionales). Esto ha estimulado, a su vez, una recuperación de la lucha de los sectores que más escapan al control de la burocracia sindical y agrietado el clima de estabilidad social relativa, que había existido en la mayoría de los países imperialistas durante el período precedente.”⁴⁶

Una vez más, las grandes luchas de clases de los años 60 no entran en el esquema pablista, desordenarían la ordenanza: son pues nulas y sin valor. Más allá de ello, los mandelo-pablistas escamotean la profundidad, significado y alcance de la lucha de clases que no ha dejado de proseguirse en Europa, tanto antes como después de la derrota de la revolución húngara, de la toma del poder por los coroneles en Grecia. El imperialismo mundial fue incapaz de resolver a su favor la cuestión central de la lucha de clases en el mundo, la de las relaciones de fuerza entre las clases en los países económicamente desarrollados (incluyendo a Europa del Este y la URSS), que se concentra en Europa. No logró aplastar, como lo hizo entre 1918 y 1938, al proletariado europeo: Europa es la llaga abierta del sistema imperialista mundial, a pesar que en 1956-1958 el proletariado europeo sufrió duras derrotas.

Pero hay que volver sobre la reconstrucción de las economías y estados burgueses en Europa tras la Segunda Guerra Mundial.

Es evidente que el capital estadounidense aprovechó la reconstrucción de la economía capitalista en Europa. Se le abrieron mercados. El capital estadounidense se aseguró fuertes posiciones en Inglaterra, Alemania Occidental, Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Grecia y España. Además, el capital estadounidense ligó a su política a las burguesías y estados burgueses de Europa a través de los lazos del Plan Marshall y del Pacto Atlántico. Limitar el análisis a estos aspectos, por importantes que sean, sería superficial. Al tomar a su cargo la reconstrucción de los estados burgueses de Europa y de la economía capitalista sobre sus antiguas bases, el imperialismo estadounidense integró en las suyas todas las antiguas contradicciones del modo de producción capitalista en Europa. Tutor del imperialismo, el estado burgués estadounidense gastó decenas de millares de millones de dólares para reconstruir la economía capitalista en Europa a través de los estados burgueses de Europa, igual que en el mundo tenía que

⁴⁶ *Quatrième Internationale*, mayo 1969, página 14.

hacerse cargo del apoyo a gobiernos y estados burgueses más o menos fantasmas. Es muy conocido, por ejemplo, que entre 1945 y 1958 los gobiernos franceses se entregaron a verdaderos chantajes sobre el gobierno estadounidense a fin de obtener de él créditos masivos: chantaje del hundimiento de la economía capitalista francesa, que hubiese precipitado el enfrentamiento entre las clases y entrañaba el peligro del derrocamiento del poder burgués en Francia; chantaje al abandono de la guerra en Indochina tras la victoria de la revolución china si el imperialismo de EEUU no financiaba la guerra. Éste tuvo que tomar a su cargo la reconstrucción del estado burgués de Alemania Occidental, sostener el papel mundial del imperialismo inglés, (lo que no excluyó que ocupase su lugar allí donde era posible e interesante, en el Medio Oriente o en la India, por ejemplo), sostener al estado burgués italiano, etc. El Plan Marshall, de forma particular, fue puesto en pie para reestructurar a los estados y burguesías de Europa, aunque tenía como implicación política ligar la política de las burguesías europeas al imperialismo de EEUU. Pero la operación se realizó, además, a través de mil y un canales: mandos militares “off-shore”, gastos de las tropas estadounidenses en Europa, subvenciones para la guerra de Indochina. Hasta alrededor de 1958, lo que dominó fue sobretodo los créditos y subvenciones de todo orden del estado estadounidense a las burguesías europeas más que las inversiones privadas estadounidenses. Utilicemos las estadísticas suministradas por el mismo Mandel para ilustrarlo: el balance comercial estadounidense acusa por el contrario un excedente permanente de exportaciones que ha oscilado durante los seis últimos años entre los 4 y 7 mil millones de dólares anuales pero que, súbitamente, se ha encogido en 1968 (sólo alcanzó los 850 millones de dólares para los siete primeros meses).

“Las verdaderas causas del déficit de la balanza de pagos hay que buscarlas en las exportaciones de nuevos capitales y, sobretodo, en los gastos militares en el extranjero, así como en la “ayuda” al extranjero del sector público.

....Al final de la Segunda Guerra Mundial, este porcentaje [de reservas de oro del mundo en manos de EEUU] ascendía al 75% para caer a un poco más del 50% en 1950.

En ese mismo año, los Estados Unidos disponían de una reserva de 22.800 millones de dólares, los países de la CEE solamente de 3.000 y Gran Bretaña de 3.700.

En 1958 las reservas de los Estados Unidos habían caído a 20.600 millones de dólares y las reservas de la CEE habían aumentado hasta los 11.900. Después llegó el gran giro, y en 1967 las reservas estadounidenses ya ascendían solo a 24.400 millones. En septiembre de 1968, las reservas estadounidenses aumentaron ligeramente a 14.600 millones, mientras que las del Mercado Común cayeron ligeramente hasta los 23.500 millones (a consecuencia de las pérdidas francesas). Hay que añadir a esto que las reservas estadounidenses que, entre 1950 y 1958, estaban constituidas de oro puro hoy en día sólo lo están en un 79% mientras que para el mismo período el oro que figuraba en las reservas monetarias de los países de la CEE pasaba de 57% en 1958 a más del 70% a mediados de 1968.

Europa poseía en julio de 1968 casi 21.000 millones de dólares del oro monetario frente a 10.500 millones los Estados Unidos.”⁴⁷

⁴⁷ Ernest Mandel; *La réponse socialiste au défi américain*, François Maspero, París, 1969, páginas 99 a 102.

Mandel escamotea la lucha de clases en beneficio de la “guerra fría”

La exportación privada de capitales estadounidenses relevará los créditos del estado burgués estadounidense a los estados burgueses europeos, sobretodo a partir de 1958. En esta situación, Mandel ve dos cosas:

“Frente a los dos polo que acabamos de describir, el bloque oriental (Europa del Este, URSS) y la revolución colonial, la estrategia internacional estadounidense se vio obligada, finalmente, a restaurar y reforzar la pujanza económica de Europa Occidental y Japón. Se ha convertido en un lugar común constatar que el renacimiento de Alemania del Oeste y Japón después de la Segunda Guerra Mundial fue el resultado de la “guerra fría”. No lo ponemos en duda en absoluto. Desde un punto de vista histórico es evidente que los Estados Unidos tomaron en 1947-1948 la decisión de volver a poner en su lugar a sus competidores europeos y japonés ante el miedo a que abandonasen el campo capitalista.”⁴⁸

Cuántas cosas se dicen aquí en términos galantes. Pero, ¿de dónde ha cogido todo esto Mandel? Que lea a Germain el cual explicaba, en el congreso mundial de los renegados a la IV Internacional en 1969, cuando aparecía en Francia el libro de Mandel *La réponse socialiste au défi américain*:

“Durante dos décadas el centro de gravedad de la revolución mundial se había desplazado hacia los países coloniales o semicoloniales, la victoria de la Revolución china coincidía con la derrota de la oleada revolucionaria de posguerra en Europa Occidental, el ascenso del macartismo en los Estados Unidos.”

Pero Mandel, ¡está tan dotado como Germain! Mezcla las cartas con tanta facilidad como placer. El imperialismo estadounidense no tuvo que “volver a poner en su lugar a sus competidores europeos y japonés” porque estuviese cogido entre “los dos polos”, “el bloque oriental” y la “la revolución colonial” y como “resultado de la guerra fría” por miedo a que esos países “abandonasen” (¡que maravillosa expresión!) “el campo capitalista”. El desarrollo de la revolución en los países económicamente atrasados, las conquistas revolucionarias en la URSS, extendidas a Europa del Este, la amenaza del derrocamiento del capitalismo por el proletariado en Europa Occidental y Japón (y no de los países que “abandonasen el campo capitalista”), forman un todo: la lucha de clases mundial que, después de la guerra, ponía al orden del día la revolución proletaria en Europa especialmente.

La “guerra fría” está ella misma condicionada por la lucha de clases y el papel que juega la burocracia del Kremlin. Obligado a reconstruir los estados burgueses de Europa, porque le era imposible aplastar al proletariado de Europa, el imperialismo estadounidense orientó esta reconstrucción en el sentido de la presión reforzada sobre la URSS y los países de Europa del Este. Tenía que hacerlo pues, en última instancia, romper la potencia del proletariado europeo exige a la vez: domeñar al proletariado de Europa Occidental, descargar sobre él golpes decisivos, y esto únicamente podrían realizarlo eventualmente estados burgueses y burguesías europeas potentes; y moler al proletariado de la URSS y de los países sumados a las conquistas de Octubre extendidas a Europa del Este a fin de abrir mercados para sus mercancías y capitales. Lo pudo porque la política de la burocracia del Kremlin contiene al proletariado de Europa Occidental en los límites del capitalismo, del estado burgués y, así, permite que la presión imperialista aumente sobre URSS y el Este de Europa separándolos del mercado mundial, de la división del trabajo, y mediante la carrera de armamentos. Pero al hacer

⁴⁸ *Ibidem*, página 13.

esto integra en su propio estado y en la economía de los EEUU las contradicciones específicas del modo de producción capitalista en Europa, agravadas por la ruptura en dos de Europa.

Germain-Mandel, economista distinguido, maneja las cifras y estadísticas, sus libros desbordan de éstas, se esparcen por todas partes. ¡Que conocimientos! ¡Qué ciencia! Desgraciadamente no es marxista. Es pablista, revisionista, renegado a la IV Internacional. Todo ello “es economía”. Germain tiene como función oscurecer las relaciones de clase que expresan estas cifras y estadísticas. El hecho que entre 1945 y 1958 disminuyesen las reservas de oro de los EEUU y creciesen las reservas de medios de pago de los países capitalistas de Europa demuestra que los EEUU han integrado las contradicciones de clase de Europa, sin suprimirlas sin embargo. Muy al contrario, el imperialismo estadounidense las ha contenido pero las ha convertido en más explosivas y las ha aplazado. El futuro del capital europeo, el futuro del capital estadounidense, del imperialismo en general como, por otra parte, de la burocracia del Kremlin, se jugará en la lucha de clases en los países económicamente desarrollados y singularmente en Europa, allí donde las contradicciones de clase son más explosivas y donde la potencia del proletariado es formidable.

¿Un capitalismo europeo?

Los EEUU han participado en la reconstrucción de la economía capitalista en Europa y en la reconstrucción de los estados burgueses pero, desde los años cincuenta, la estrechez de las fronteras nacionales en Europa Occidental devenía más insoportable aun que en el pasado; la división en dos de Europa era intolerable tanto en el Oeste como en el Este; la ruptura con el mercado mundial, con la división mundial del trabajo, de la economía de la URSS y de los países de Europa del Este entraba en contradicción cada vez más violenta con el crecimiento de las fuerzas productivas en esos países. Desde entonces, el problema de la unificación de Europa se plantea con tanta, si no más, brutalidad que antes de la segunda guerra imperialista mundial. El dominio de Europa deviene el objeto de una lucha ardiente entre los imperialismos europeos y el imperialismo estadounidense. La penetración en Europa del Este de las mercancías y capitales europeos da lugar a una cerrada competición entre los imperialismos europeos, mientras que la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites se esfuerzan en integrar la economía de sus países en los mercados europeos y mundial y en la división internacional del trabajo.

La CEE, igual que la zona de libre cambio, se presenta comúnmente como espacios económicos de “cooperación” entre los diferentes países capitalistas europeos. De cara a demostrarlo, abundan las cifras, cifras que citan el crecimiento por tres o cuatro de los intercambios entre los seis, y el doblamiento de las exportaciones de la Europa de los Seis hacia el resto del mundo, incluyendo a los EEUU, desde hace una década. Mandel que siempre guarda recursos (por si acaso) y, sin embargo, vuela.

“Desde que la interpretación de capitales en el seno de la CEE ha progresado tanto como para que una parte importante de los grandes medios de producción y transportes ya no sean propiedad particular de tal o tal otra burguesía “nacional”, son más bien propiedad de capitalistas de nacionalidades diferentes, se ve nacer una irresistible presión a favor de un nuevo estado que pueda defender eficazmente esta propiedad privada de un nuevo tipo. Manifiestamente una propiedad privada cada vez más internacional ya no puede ser defendida eficazmente en el marco del estado francés, alemán o italiano. Un capital

“europeo” exige un estado burgués “europeo” en tanto que instrumento más apto para promover y garantizar los beneficios y defenderlos contra sus adversarios.

Es, pues, el progreso de la interpenetración internacional de capitales en el seno de la CEE, la aparición de un número cada vez mayor de firmas y bancos que ya no están en manos de tal o tal otro capitalismo nacional sino que pertenecen a propietarios salidos de todos los países miembros; es todo ese proceso el que crearía la infraestructura material de verdaderos órganos de estado supranacional en el marco del Mercado Común.”⁴⁹

Evidentemente, y según el estilo y método jesuíticos de la casa, Janus-Mandel-Germain añade:

“Todavía es prematuro afirmar que el futuro de la CEE está definitivamente asegurado, que la integración económica de la Europa capitalista ha devenido irreversible. La hora de la verdad no ha llegado todavía. ¿Cuándo sonará? Volveremos sobre la cuestión en esta obra.”

¿Al fin y al cabo una hipótesis entre otras? Ciertamente no. Toda situación es alternativa. Son los hombres los que hacen su propia historia y el pronóstico teórico y político debe tenerlo en cuenta, además que la vida siempre es más rica que la teoría. Así los marxistas plantean la alternativa: socialismo o barbarie. Alegremente, los revisionistas sacan la conclusión que está permitido formular no importa qué suerte de hipótesis alternativas. Nada más falso. Marx no plantea el dilema: desarrollo sin límites del capitalismo o socialismo. Pues en verdad, en ese caso, no habría alternativa. La hipótesis del desarrollo sin límites del capitalismo únicamente sería realista y subsistiría pues el socialismo no tendría ninguna razón de ser, si el capitalismo es capaz de superar sus contradicciones y asegurar sin límites el desarrollo de la humanidad. Formular tal hipótesis supondría alinearse políticamente en función de esta perspectiva. Incluso para aquellos que lo niegan, existe siempre una relación entre sus “teorías” y su práctica.

Si es exacto que se produce “una interpenetración de capitales” en el seno de la CEE. Que permite pensar en “un capitalismo europeo”, “una burguesía europea”, “una propiedad privada de nuevo tipo”, que exige “un estado burgués europeo”, entonces hay que concluir: esta tendencia obligatoriamente ganará. Pacíficamente el capitalismo está a punto de unificar Europa mediante la interpenetración de capitales, lo que no han podido lograr dos guerras mundiales. Los sectores del capital que no pueden “interpenetrarse” sólo son supervivencias del pasado por más vivas que puedan parecer y por más virulentas que sean. El capitalismo resolverá la cuestión de las fronteras y de los estados nacionales en Europa, superándolos y haciéndolos entrar en decrepitud.

Del capitalismo europeo al superimperialismo

“Históricamente, la creación del Mercado Común fue el resultado de la concentración de los capitales en Europa. Desde hace mucho tiempo las fuerzas productivas esenciales corren el riesgo [otra de esas expresiones maravillosas mandelo-pablistas] de ahogarse en el marco demasiado estrecho del estado nacional. Era [no menos maravilloso imperfecto] particularmente el caso de Alemania. Tras el fracaso dos veces repetido de una expansión violenta hacia el Este, las fuerzas productivas de Alemania Occidental tratan hoy en día de salir de sus estrechas fronteras nacionales abriéndose un camino pacífico hacia el Oeste por esos métodos comerciales. Al organizar una zona más vasta de libre

⁴⁹ *Ibidem*, páginas 65 y 66.

cambio, la burguesía europea trata de superar parcial y provisionalmente este conflicto interno del modo de producción capitalista y del estado nacional.

Pero la creación de la CEE entraña a su vez un nuevo proceso de concentración del capital. A medida que se crea el mercado unificado más vasto, la competencia se hace más severa, comportando automáticamente la centralización y concentración de capitales.”⁵⁰

... que, como hemos visto, lleva a la “interpenetración de los capitales”, a un “capital europeo”, a un “estado burgués europeo”. Este proceso, por el “método pacífico de la expansión comercial” organiza las fuerzas productivas de Europa bajo la égida del capital, que no necesita abrirse camino hacia el Este a través de una “expansión violenta” como lo intentó dos veces Alemania.

Mandel se equivoca al pararse ante tan buen camino. Si la “interpenetración del capital en Europa” pone los fundamentos de la unificación económica capitalista de Europa y de su unidad política, en ese caso no hay ninguna razón fundamental que se oponga a la unificación económica capitalista del mundo entero y a su unidad política, englobando por supuesto al capital estadounidense, japonés, inglés, etc. Los actuales obstáculos son restos del pasado, y son coyunturales. Serán superados, lo que es más, por la “vía pacífica de los métodos comerciales”. Tras la CEE, se constituirá y formará una zona más vasta, un capital y un estado europeos de dimensiones más vastas aun, comprendiendo a Inglaterra y a los países de la zona de libre cambio, mediante la “interpenetración de los capitales”. Enseguida, y mediante los mismos métodos y medios, se operará la fusión económica y política con el capital estadounidense, japonés y nacerá el capital mundial, el estado burgués mundial. Es inclusive posible que se solapen inmediatamente la unificación capitalista de Europa, los EEUU, Japón. En total, el capitalismo habrá superado las contradicciones de la propiedad privada de los medios de producción y la de las fronteras nacionales. Un nuevo desarrollo sin límites de las fuerzas productivas en el marco del régimen capitalista está al orden del día. Tal es en definitiva la perspectiva de Mandel y consortes, que como conclusión de su libro, escribe:

“Para definir su táctica en relación con la competencia Europa-América, el movimiento obrero debería acordarse que, en última instancia, el capitalismo sólo es el “caballo de Troya” de Estados Unidos en Europa.”

Aquí, Mandel envía a una nota a pie de página:

“El concepto se debe al profesor Maurice Duverger (ver *Le Monde*, 19 de octubre de 1927).”

Prosigue:

“Lo que no deja, finalmente, la opción entre la sumisión directa al capitalismo estadounidense o la imitación servil de sus métodos y sus “valores”. En este último caso, la manipulación de las masas y la alienación de los productores se encontrarían llevadas al paroxismo, bajo pretexto de competir más eficazmente con el capital estadounidense.”

Bajo la égida de los EEUU o de los monopolios europeos lo que nos acecha es la “americanización”; si la perspectiva de Mandel era correcta, las dos podrían muy bien combinarse en “interpenetración” de los monopolios europeos y estadounidenses. Pero esta conclusión impresiona porque da como motivo para el combate por los Estados Unidos Socialistas de Europa la lucha contra la “americanización” que significa: “crecimiento sin límites de las fuerzas productivas”, “sociedad de consumo”, pero

⁵⁰ *Ibidem*, páginas 55 y 56.

“manipulada”, “alienada”. No es, pues, sorprendente que en la introducción a la edición francesa, Mandel señale:

“El manuscrito de este pequeño libro fue terminado a fines de diciembre de 1967. La edición alemana apareció en marzo de 1968. Dos meses más tarde estallaban los acontecimientos revolucionarios en Francia que confirman la inevitabilidad de la revuelta contra la estructura autoritaria de las empresas, de la economía y de la sociedad en su conjunto que habíamos predicho en el último capítulo de esta obra.”⁵¹

Según Mandel, mayo-junio de 1968 marcará la “revuelta contra la alienación, las estructuras autoritarias”. Mandel le da abrazo a Duverger, Cohn-Bendit, Marcuse, a los espontaneístas, al PSU, a la CFDT y al resto. Danzan juntos el rondón de los “alienados” que se rebelan contra las “estructuras alienantes”. La perspectiva y la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa es una consigna de la lucha de clases y no de los “alienados en revuelta”. Se impone como una necesidad histórica. Mandel la reduce a un fantasma.

La interpenetración de los capitales

Toda la construcción de Mandel reposa en un simple pequeño término, gentil, neutro, soso empalagoso, que le sirve para travestir la dura y cruel realidad: la “interpenetración” del capital de las diferentes burguesías de Europa. No hay “interpenetración” del capital sino lucha a muerte entre los grupos capitalistas nacionales por la supremacía en el seno de la Europa de los Seis, de cara a la lucha en el mercado mundial, tanto en el Oeste como en el Este. El Mercado Común es un campo cerrado que le ha sido impuesto en gran medida a las burguesías de la Europa de los Seis por el imperialismo estadounidense, a la vez de forma abierta, directa, y por su presión objetiva, en el que se enfrentan y en el que el imperialismo estadounidense interviene por su propia cuenta.

Los diferentes grupos y burguesías nacionales retoman, bajo una nueva forma, la loca aventura de las dos primeras guerras mundiales en Europa, pero a partir de las condiciones sociales y políticas que resultan de la oleada revolucionaria salida de la Segunda Guerra Mundial. El Mercado Común se ha constituido como prolongación del Plan Marshall, de la OCDE, de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, del EURATOM. Puesto en marcha en 1958, cada etapa hacia el levantamiento de las barreras aduaneras internas y la institución de un sistema único exterior de derechos a la exportación y la importación ha sido objeto de mercadeos entre los estados nacionales. Ya, desde este único punto de vista, lejos de llevar al progresivo debilitamiento de los estados burgueses nacionales ha reforzado, por el contrario, la necesidad, de los diferentes grupos capitalistas y burgueses nacionales, de recurrir cada uno de ellos a su estado nacional a fin de proteger sus intereses específicos y, si es posible, imponérselos a los otros. Todo se trata a partir de las relaciones de fuerza, los componentes de las cuales son económicos, sociales y políticos. La forma en que la candidatura de Inglaterra al Mercado Común fue rechazada en enero de 1963 por De Gaulle permanece en todas las memorias. No menos inolvidable es la discusión sobre el mercado común agrícola, problema que todavía no se ha solucionado tras años de discusiones. A cada aspecto particular del reglamento del mercado común agrícola, las burguesías nacionales, con ellas la burguesía francesa pero no más que las otras, han hecho intervenir a su estado nacional utilizando al máximo las cartas políticas de las que éste

⁵¹ *Ibidem*, página 8.

dispone. La famosa Comisión Europea se ha visto poner en su justa proporción cuando se trató de aplicar el artículo del Tratado de Roma que preveía que las decisiones en el seno de la Europa de los Seis serían tomadas por mayoría y no procederían ya de acuerdos unánimes entre los Seis. El gobierno De Gaulle se opuso formalmente a ello en enero de 1966 y los otros gobiernos se plegaron, finalmente, con mucha buena voluntad al punto de vista del gobierno y de la burguesía francesa... no tenían ni tienen todavía la voluntad de sacrificar en el altar del “capitalismo europeo” los intereses fundamentales de sus propias burguesías cuando éstas estén en cuestión. Incluso después de doce años, la libre circulación de las mercancías sólo es muy relativa. Tropieza con cláusulas restrictivas que, en virtud de “situaciones especiales”, pueden utilizar los estados nacionales. Y no se privan de usarlas: como botón de muestra los aparatos electrodomésticos en los que contingentes de las importaciones en vistas a equilibrar las balanzas comerciales y de cuentas, las tarifas de transportes todavía no se han armonizado y mil y una prácticas, que oficiales o no oficiales limitan la libre circulación de las mercancías en el seno del Mercado Común, y mediante las cuales cada burguesía defiende su mercado nacional. Inversamente, las burguesías nacionales utilizan verdaderas prácticas de dumping a fin de invadir los mercados de sus queridos colegas europeos: subvenciones, desgravaciones fiscales, créditos a las exportaciones, concedidos por los estados nacionales.

Los europeos se lamentan:

“El auge de centenares de industrias, en particular las industrias de tecnología avanzada, todavía se frena en Europa Occidental por la separación de los mercados públicos y semipúblicos. Al reservar sus pedidos más importantes para la industria nacional, los organismos públicos, e incluso determinadas empresas privadas, creen servir al interés nacional. De hecho, al cerrar artificialmente el mercado de numerosos materiales, esas prácticas privan a los sectores industriales que tienen la mayor necesidad de las ventajas del gran mercado.”

Concentración de grupos nacionales europeos

Sin embargo, todavía no se trata de la libre circulación de mercancías. No puede haber verdaderamente unificación europea más que en el nivel de la producción. Todo marxista sabe que el factor determinante son las relaciones sociales de producción que incluyen las relaciones entre las clases, y las relaciones en el seno de las clases sociales. En este dominio, el Mercado Común aboca muy exactamente a lo contrario de la “unificación europea”, de la constitución de una burguesía y de un capital “europeos”. En la batalla por el mercado europeo, la concentración progresa, en efecto, a paso de gigante, pero de hecho, en las “sociedades europeas”, por “interpenetración del capital” (fórmula inofensiva e inodora) la nota dominante es la concentración en el plano nacional. Los trusts alemanes se fusionan en conjunto, los trusts franceses se fusionan entre ellos, los trusts italianos se fusionan entre ellos, los trusts británicos se fusionan conjuntamente, etc. Tal es la nota dominante. El capital financiero se organiza sobre una base nacional. Los europeístas lloran. A propósito de las concentraciones en la industria eléctrica. Uno de ellos escribe:

“La evolución a la que se tendía era la conclusión de alianzas a través de las fronteras entre empresas federadas (es decir que poseen patentes comerciales) del mismo grupo internacional... finalmente es el elemento “nacional” el que parece ganar.”

En 1968, en Inglaterra, fusión total entre General Electric (que es una sociedad inglesa independiente de su homónima estadounidense) y English Electric; en Alemania fusión parcial de Siemens, AEG, Telefunken. En 1969, concentración de Jeumont-Schneider, Alstom, Compañía General de Electricidad.

En el automóvil. En Inglaterra fusión de la British Motors Corporation con Leyland; en Francia cooperación Renault-Peugeot; en Alemania Volkswagen y Auto Union se asocian y toman el control de NSU; Daimler toma el control de las fábricas Krupp que construían material pesado y coopera con Henschel-Hanomag; en Italia Fiat está a punto de controlar enteramente la producción de automóviles.

En la química: en Inglaterra la Imperial Chemical Industries domina el mercado y coopera con Courtaulds; en Alemania Bayer ha adquirido el 50% de las acciones de Faserweke Huls, Badische Anilin se ha hecho con la mayoría en Winterschall (petróleo) y Herbol-Werke (barnices y colorantes) y cooperan conjuntamente; en Francia se produce todo un reagrupamiento de las industrias químicas alrededor de Rhône-Poulenc y Ugine-Kuhlmann; en Italia el grupo Montedison reagrupa al 60% de la producción italiana; en Holanda fusión de los grupo AKO y KZO que forman AKZO.

Mientras que el monopolio está asegurado en Francia por Péchiney en la producción de aluminio, que es uno de los “grandes” mundiales en esta rama, el estado francés participa en la constitución del grupo de refinado del petróleo Elf, Total, Antar, frente a los “gigantes” extranjeros Shell, BP, Mobil, Esso, Fina.

La concentración en la siderurgia sigue las mismas vías: el conjunto de la siderurgia está reagrupada en Inglaterra en el seno de la British Steel; Thyssen en Alemania domina el mercado; Finsider en Italia; Ongine y Lngadoz se fusionan en Bélgica; la siderurgia en Francia se fusiona en dos grupos siderúrgicos, Usinor-Lorraine Escault y Wendel-Sidelor-Mosellane.

Todos los dominios de la industria conocen parecidos procesos de concentración: metalurgia, industrias mecánicas, aeronáutica, alimentación, etc. En los bancos se produce el mismo movimiento.

El palmarés de la “cooperación europea” es mucho más mediocre y los “dolorosos asuntos” se multiplican. La Compagnie Française des Pétroles propone adquirir el control de importantes grupos de refinado alemanes. Ocho sociedades alemanas de productores de electricidad (RWE, Reinis-Westfälischer Elektrizitätswerk) tomaban una participación en la GBAG (Gelsenkirchen Bergwerks Aktien Gesellschaft) y eliminaban al grupo francés. El proyecto de Concorde está en un mal paso. Una certidumbre: no será “rentable”. ¿Habrá otros ejemplares además de los prototipos? Nada más incierto. El Airbus, proyecto anglo-alemán-francés, aun está en peor paso. La “cohetes espacial europeo” no va mejor. La informática “europea” nunca se ha podido constituir. Pero el ejemplo más chocante es, sin lugar a dudas, el de la investigación y la industria atómicas. El Euratom simboliza la “cooperación europea”. Jamás se ha podido poner en pie realmente un programa común de investigaciones. El Euratom está prácticamente vacío de contenido. En su activo a penas un pequeño acelerador de partículas construido en Suiza considerado como un juguete para sabios necesitados de distracción.

En cuanto a la puesta a punto de centrales eléctricas con energía nuclear, cada uno de los estados de Europa busca sus propias soluciones, sea utilizando patentes estadounidenses o inglesas, sea intentando poner a punto sus propios procedimientos. Utilizando cierto adelanto sobre Alemania, el gobierno francés, que constituyó después de la Segunda Guerra Mundial el Comisariado de la Energía Atómica, ha puesto a punto la rama francesa (grafito-gas) de producción de electricidad de origen nuclear. El objetivo era devenir suministrador de centrales nucleares en la Europa de los Seis. Pero

el gobierno y la burguesía alemanes han seguido sus propias vías, así como las otras burguesías europeas, utilizando las técnicas y patentes estadounidenses. Resultados: el sector francés no tendrá mercados. Sin duda será necesario que el gobierno francés renuncie a ello. En el mes de febrero de 1970, Leussing, ministro alemán de la investigación y de la educación y Ortolí, ministro francés del desarrollo industrial y científico, se reunieron a fin de poner a punto “la cooperación científica y técnica franco-alemana”. “La impresión de conjunto es muy estimulante” escribe el preuropeo *Le Monde* del 4 de febrero de 1970. Hace el balance de “esas conversaciones estimulantes”:

“Una cooperación entre los dos países debe ser hecha por las firmas que aseguran la construcción de las centrales nucleares. Sería pues delicado para los dos gobiernos emitir avisos que obliguen, teniendo en cuenta que la reestructuración de las empresas francesas que pueden realizar centrales nucleares no está acabada.

En revancha, es más fácil tratar la eventualidad de una cooperación entre las centrales nucleares “avanzadas” que todavía están en estudio y a las que se recurrirá posiblemente en el futuro: los reactores de agua pesada, los reactores de alta temperatura y, sobretodo, los supergeneradores.”

¿No es estimulante? ¡Ay!

“A la vista de estas diversas posibilidades, Alemania y Francia han adoptado actitudes diferentes, la primera se interesa sobretodo en los reactores de alta temperatura y en los “reactores rápidos”, la segunda, concentrando sus esfuerzos en estos últimos.”

¡Que mala suerte!

“Cuando se ha tratado del aprovisionamiento de uranio enriquecido los dos ministros han concluido que es necesario proceder a intercambios de puntos de vista. Se sabe que Francia dispone de un conocimiento satisfactorio de las técnicas de difusiones gaseosas que, hasta ahora, se ha negado a poner en conocimiento de sus compañeros europeos, incluso no suministrándoles más que informaciones de carácter económico.”

¡Pequeños inconvenientes de la cooperación! Pero desgraciadamente por parte alemana:

“Alemania por su parte es firmante de un acuerdo tripartito sobre el uso de la técnica de la ultracentrifugación, pero no se sabe sobre qué bases apoyan sus esperanzas los técnicos alemanes, ingleses y holandeses.”

Aquí, si todo va bien, puede ser que intercambien informaciones:

“... Las conversaciones de la última semana han llevado a constatar que en Francia y en Alemania se ve bien el problema bajo el mismo ángulo.”

La cooperación ha encontrado su ángulo. Desgraciadamente se trata de un ángulo muerto:

“Importa, pues, que cada país establezca por su parte el balance de lo que cuenta con invertir en el espacio y de los beneficios que espera de ello. Y también es necesario que se pregunte sobre las ventajas, y eventualmente los inconvenientes, de la cooperación entre dos o más. Es decir que hay mucho por hacer.”

Es lo menos que se puede decir.

“En materia espacial, como en materia nuclear, las conversaciones franco-alemanas no han llevado, pues, a soluciones prácticas ni a una política común. Como máximo se han interrogado conjuntamente sobre el futuro. En los medios oficiales se ve en esto un primer paso hacia determinadas colaboraciones.”

Una cierta “interpenetración” “en el gozo” que diría Mandel-Germain.

“Aun es preciso no tropezar con obstáculos inmediatos, por ejemplo, una gran intransigencia alemana sobre el lugar del acelerador europeo.

Se puede esperar, por supuesto, que este anuncio, por tímido que sea, conduzca a realizaciones concretas.”

La esperanza da vida.

“Pero [¡ay, que rabia, ay, que desespero!] es preciso recordar que desde el momento en que se evoca la cooperación franco-alemana, siempre se encuentra uno en la línea de salida”

Y además, de todas formas, las conversaciones franco-alemanas sobre el tema, si bien distraen, no llevan a grandes consecuencias.

“Además, los temas abordados interesan a toda Europa, y queda por saber cuál podría ser el parecer de los otros países del viejo continente y particularmente de Gran Bretaña.”

La informática, la puesta a punto de ordenadores y su producción, ofrecen un espectáculo también que da pena. Lo que no impide a cada burguesía y a cada gobierno burgués nacional buscar su propia solución, constituir su propia industria, incluso si ello toma aspectos tan ridículos como el “plan cálculo” del gobierno francés de la formación tras el fracaso de Bull, de la Compagnie Internationale de l’Informatique y del Institut de Recherche en Informatique et Automatique. Lo mismo ocurre con los “componentes” electrónicos. Se podría enumerar todas las ramas de la actividad económica y se constatarían los mismos procesos.

Lionel Stoleru, “desde julio de 1969 consejero técnico, miembro del ministerio de V. Giscard d’Estaning” escribe en su libro, del que están tomados muchos de los datos usados aquí, *L’impératif industriel*⁵²:

“acercamientos europeos difíciles. Son raros los ejemplos de asociaciones de empresas en el seno del Mercado Común; se puede citar los ejemplos siguientes: Saviem-Man en el automóvil; Richie-Demay en los materiales de trabajos públicos; Boussois-Devag en el cristal; Oumaroya-Pressag en la metalurgia.” Precedentemente deplora: “La constitución de grupos comunitarios es el corolario lógico de la caída de las barreras aduaneras. Lo que hace más deplorable esta falta de sincronización. El primero de julio de 1968, el mercado devino comunitario, pero la empresa sigue siendo nacional.”

Atribuye este fenómeno al hecho que:

“El estatus jurídico de la empresa europea está todavía en el limbo. Puede que más grave, la fiscalidad pone obstáculos a las fusiones a causa de la complejidad de los modos de imposición y de la repatriación de los beneficios.”

Como si el estatus jurídico y “la fiscalidad” se correspondiesen con simples errores de los gobiernos, añade:

“A pesar de los esfuerzos hechos por determinados gobiernos (acuerdos franco-alemanes), las fusiones entre empresas del Mercado Común se cuentan con los dedos de la mano”⁵³

Pero concluye el capítulo así:

“El estado se verá llevado, cada vez más, a tomar posiciones sobre los grandes problemas industriales. La primera característica de esta nueva fase de nuestro desarrollo económico, es el papel determinante que los estados se verán obligados a ejercer. La competencia compromete a la nación entera en la

⁵² Lionel Stoleru, *L’imperatif industriel*, Seuil, París, 1969 [NdT]

⁵³ *Ibidem*, página 54.

competición internacional. Libradas a sí mismas, las empresas no podrían afrontarla solas.

Estas frases no han sido escritas por un tecnócrata ávido de poder, están escritas por P. Huvelin presidente del Consejo Nacional de la patronal francesa (P. Huvelin, *Informe a la Asamblea del Centro de investigación de jefes de empresa*, 9 de noviembre de 1968, páginas 151 a 152).”

La propiedad privada de los medios de producción y un “capitalismo colectivo”

¿Esto quiere decir que acuerdos y fusiones de capital no se producen en el seno de la Europa de los Seis como también a escala internacional? ¡Evidentemente que no! Cartels, trust, holding, en el seno del Mercado Común y a escala internacional no cesan de existir, desarrollarse y reforzarse. Los bancos participan en operaciones comunes. El capital financiero opera a escala internacional y mundial. Se producen fusiones. Mandel se acuerda de tiempo en tiempo que es “marxista” pero es incoherente y afirma con un simple plumazo que “el superimperialismo todavía no ha nacido” (¡pero puede nacer!), añade algunas líneas más abajo:

“Ante la alternativa: concentraciones nacionales del capital o interpenetración internacional de capitales, los medios determinantes escogerán la actitud que aumente al máximo su capacidad competitiva en el mercado mundial, es decir, en primer lugar su capacidad de competencia frente al capital estadounidense (y en un futuro al capital japonés”).⁵⁴

Mandel rechaza la “teoría del superimperialismo” pero describe el proceso que conduce al “superimperialismo”. Todo dependerá de la alternativa que escojan los capitalistas europeos. Si los “capitalistas europeos” pueden escoger tal “alternativa” ¿por qué “capitalistas europeos y estadounidenses” no pueden escoger la alternativa de cooperar, “interpenetrar” y fusionar sus capitales? La teoría de la “alternativa” es reveladora y poco nueva. Desde antes de la Primera Guerra Mundial, teóricos de la socialdemocracia (no solamente alemana) pretendían que el imperialismo estaba ante la “alternativa” entre una política chovinista, agresiva, nacionalista guerrera y una política pacífica, internacionalista, según la cual se orientaría hacia la concentración nacional de capitales o hacia el entrelazamiento y la “interpenetración de capitales”.

Marx estableció hace mucho tiempo que la formación del modo de producción capitalista, su crecimiento y reforzamiento, ligan en una totalidad orgánica la división internacional y la división nacional del trabajo, que el mercado mundial y los mercados nacionales se forman y desarrollan conjuntamente. No hay una división nacional y un mercado nacional que se forman y, después, en determinado grado de madurez de dicho modo de producción capitalista, una división internacional del trabajo y un mercado mundial, una suerte de “transcrecimiento” (para utilizar un término fuerte a la moda entre los pablistas) de uno al otro: el capitalismo llegó a su auge al mismo tiempo que se establecían las líneas regulares de comunicaciones marítimas y terrestres internacionales. El imperialismo acentuó estas características del desarrollo del modo de producción capitalista. Los cartel, trust, holding y fusiones de capitales, las sociedades internacionales, afirman el carácter mundial del modo de producción capitalista y refuerzan la importancia de las bases nacionales de la producción, la necesidad del mercado nacional, la nacionalidad de los capitales.

⁵⁴ Ernest Mandel; *La réponse socialiste au défi américain*, François Maspero, París, 1969, página 30.

La división internacional del trabajo y el mercado mundial, en perpetua revolución, incluyen y exacerban las divisiones nacionales en el marco del modo de producción capitalista. El imperialismo expresa, bajo la forma más brutal y explosiva, la contradicción entre la expansión internacional del capital, su dimensión internacional y sus raíces nacionales, que no solamente le son indispensables sino que necesita desarrollarlas, reforzarlas, garantizarlas, cuanto más necesario le es su campo de expansión internacional. Se trata de un aspecto de la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la posesión de los medios de producción.

Marx echó abajo las “robinsonadas”: “el” capitalista aislado tomado en sí. “El” capitalista no puede existir solo. Existe en función de relaciones sociales de producción entre la burguesía como clase y las otras clases sociales, entre los diferentes grupos capitalistas, entre los capitalistas individuales entre ellos; esas relaciones se establecen, a escala mundial y nacional, sobre la base del desarrollo de los medios de producción. La división internacional y nacional del trabajo, la formación de sociedades por acciones, cartel, ententes, trust, holding de sociedades internacionales, “oligopolios”, afirman el carácter social de la producción. Y sin embargo, la apropiación de los medios de producción no deviene “colectiva” para la clase capitalista en su conjunto: continúa siendo privada. Quienes poseen los medios de producción, las acciones, el capital financiero, son capitalistas muy determinados, de carne y huesos, con nombre, familia y uno o varios domicilios. Los consejos de administración están formados por capitalistas muy concretos, que poseen carteras de acciones, que gestionan las sociedades según sus intereses, a la vez comunes y antagónicos. Son datos concretos que tienen su propia realidad específica y dependen de los medios de producción y del conjunto de las relaciones sociales de producción.

El capital, bajo sus formas más abstractas, no depende menos de los medios de producción materiales y de las relaciones sociales de producción, incluso el capital financiero. La apropiación privada de los medios de producción exige la reproducción y reforzamiento de las bases antiguas sobre las que se estableció y desarrolló, como medios y objetivos de la conquista de nuevas posiciones. El desarrollo del capital transforma sin cesar las relaciones de producción, pero cada capitalista depende de bases concretas, históricamente formadas, que son las suyas, y ponen en obra todo lo necesario para reforzarlas.

Jamás se modifican pacíficamente las relaciones de producción del modo de producción capitalista con la clase obrera y las otras clases o capas sociales, en el interior de la clase capitalista, entre los diferentes capitalistas en el seno de las sociedades capitalistas, entre los diferentes grupos capitalistas: el carácter privado de la apropiación se opone a ello. Siempre es a través de la lucha, del combate en el que se ponen en práctica todos los recursos económicos, sociales y políticos (algunas veces incluso el gangsterismo). Toda modificación de esas relaciones es el resultado de una batalla y traduce una modificación de las relaciones de fuerza, es un momento hacia nuevos enfrentamientos, nuevas modificaciones de las relaciones de fuerzas. Cuando Lenin fulmina a Kautsky y a su “superimperialismo”, parte de datos históricos del modo de producción capitalista, de las condiciones concretas de su desarrollo tal como las fijó el “imperialismo fase superior del capitalismo”, inherentes a la propiedad privada de los medios de producción y a la formación de los estados nacionales, de marcos nacionales de donde proceden, cuando la producción se socializa e internacionaliza cada vez más. Para Mandel “la ley del desarrollo desigual” es un hada maravillosa. Permitirá que se forme, frente al imperialismo estadounidense, un “superimperialismo” europeo. Y hay que llamarlo así puesto que superará las contradicciones entre burguesías, capitalismo,

imperialismos, estados burgueses nacionales que existen en Europa Occidental, y ello por la “interpenetración de capitales” (los capitalistas “europeos” no formarán más que un capitalismo abstracto, despersonalizado, “europeo”, “colectivo”).

Las concentraciones y fusiones que se realizan ya a escala nacional no tienen nada de pacíficas. Empujado por la competencia, cada grupo se esfuerza en subordinarse al otro, en apropiarse de su capital, en incorporárselo, o muy a menudo, liquidarlo. Los “acuerdos” traducen una situación en un momento determinado, que cada partenaire espera modificar en mayor o menor plazo en su beneficio. Pero, ¿qué entienden los capitalistas cuando hablan de sociedades “multinacionales”, “europeas”?

Fiat, Volkswagen, British Motors Corporación, han entablado la batalla por la supremacía en Europa en el mercado del automóvil. Fiat se apoya en su quasi monopolio en Italia. Se esfuerza en meter mano en Citroën a fin de penetrar más profundamente el mercado francés. Renault y Peugeot se agrupan a fin de defenderse y de intentar atacarse al mismo tiempo. La Imperial Chemical Industries trata de sitiar el mercado europeo, que intenta dominar Bayer y las firmas alemanas “asociadas”, mientras que Rhône-Poulenc se esfuerza igualmente en defender y extender sus posiciones, igual que Montedison en Italia. El nuevo grupo holandés AKZO se ha apropiado de las fábricas en Alemania y Bélgica para desarrollar su ofensiva incluso sobre el terreno. Al respecto sería posible continuar hasta el infinito. Pero si se quiere tener una visión real de lo que pasa en el seno del Mercado Común, retomemos lo que escribe Lionel Stoleru, ya citado, a propósito de Péchiney y de sus competidores:

“De ahora en adelante más del tercio de las 450.000 toneladas de aluminio producidas anualmente por Péchiney son fabricadas en el extranjero. Haciendo esto, Péchiney no busca solamente energía más barata y mercados... Desde 1960, las tres empresas estadounidenses (Reynolds, Kayser USA, Alcan Canada) han creado divisiones internacionales y se han adentrado en operaciones pero, mientras que Péchiney pone el acento en la producción, ellas centran su atención en la comercialización tomando el control de los transformadores de aluminio para asegurarse mercados cautivos. El caso más típico es el de Inglaterra donde, por el hecho de la falta total de industria productora de aluminio (hasta 1968), las industrias transformadoras eran particularmente vulnerables. Efectivamente, estas empresas han pasado bajo el control, por decirlo así, de las cuatro grandes desde 1962. La misma estrategia se ha extendido al Mercado Común, notablemente con las tomas de control de Kayser en Bélgica y Alemania y el acuerdo de Alcan con VAW en 1965 para la construcción en Alemania de Rhenalu. En 1966 Kayser se lanzaba al asalto en Francia entablando negociaciones con Trefimetaux, principal transformador francés.

Las autoridades administrativas supieron reaccionar rápidamente ante esta amenaza apremiante, proponiéndole a Péchiney una prioridad de compra. Gracias a este apoyo, Péchiney, que controlaba ya desde 1964 a través de Cegedur una parte del mercado, pudo fusionarse con Trefimetaux en 1967 y (gracias a Dios) asegurar, *in extremis*, el control del conjunto del mercado francés. El problema es que el mercado continua siendo insuficiente: es necesario que Péchiney pueda controlar una parte del mercado europeo en un momento en el que éste está en plena efervescencia... etc.”⁵⁵

El ejemplo vale para todos los dominios.

⁵⁵ Lionel Stoleru, *L'imperatif industriel*, Seuil, París, 1969, página 118.

El Mercado Común beneficia a los más fuertes

La “interpenetración de los capitales” es una fórmula vacía. Los grupos capitalistas se apropian de nuevos medios de producción apoyándose en sus propias bases y reforzándolas. Se nutren de las relaciones de producción que existen en sus marcos nacionales y se protegen de sus competidores con todos los medios que les ofrece el contexto nacional, del que ellos son un componente. Tienden a la dominación del Mercado Común subordinándose a sus competidores, apropiándose de sus medios de producción, destruyéndolos o reajustándolos como medios de producción complementarios para ellos. Prevalece la ley del más fuerte, la fuerza es el resultado de un conjunto de relaciones sociales y políticas sobre la base de los medios de producción. La penetración del capital estadounidense en el seno del Mercado Común, a pesar de la tarifa aduanera, se acentúa considerablemente. Se podría también muy bien concluir de todo ello que se constituye un “capital mundial” mediante la interpenetración de los capitales. En absoluto. La potencia de las sociedades capitalistas estadounidenses es tal que les permite invadir el Mercado Común. Las fronteras aduaneras se superan mediante la inversión directa en Europa. El movimiento se ha acelerado considerablemente desde 1958 y las inversiones estadounidenses se cuentan por decenas de millares de dólares en función de numerosos factores: las disponibilidades en capital de las sociedades estadounidenses, la importancia del mercado europeo, el valor relativamente bajo de la fuerza de trabajo, la necesidad de enfrentar en su propio terreno a los capitalistas de diferentes países de Europa que, sin embargo, el imperialismo estadounidense volvió a poner en pie, el reflujó de la clase obrera a partir de 1956-58, fecha de la derrota de la revolución húngara y del ascenso al poder de De Gaulle.

Pero esta penetración del capital estadounidense se apoya en sus fundamentos que están en los EEUU. A su vez, refuerza el poder de los grupos capitalistas hasta el punto que compiten victoriosamente, incluso en el mercado financiero, con sus competidores europeos. Las emisiones de las sociedades estadounidenses instaladas en Europa drenan millares de dólares. Mandel nos suministra generosamente las siguientes informaciones:

“256 millones de dólares en 1965, 463 millones de dólares en 1966, 525 millones en 1967, más de 2.000 millones de dólares en 1968... A estas emisiones directas (de euroobligaciones) vienen a sumársele los importantes créditos bancarios que reciben en Europa las filiales de las sociedades estadounidenses. Se estima estos créditos en mil millones de dólares para el año 65; deben alcanzar este mismo nivel en 1966, 1967, 1968”.⁵⁶

Que se añaden a la exportación de capital llegado desde los EEUU. Resulta de ello que el capital estadounidense toma el control de una parte de los medios de producción de Europa Occidental, gracias al Mercado Común. Los subordina a los suyos, sobretodo en los sectores punta. El ejemplo de Bull es significativo. No solamente la Général Electric toma el control de Bull sino que, además, transforma a esta empresa en simple agencia, en depositaria; a continuación, en función de sus necesidades y de las relaciones propias del capital estadounidense, transfiere Bull a Honeywell. Demuestra perfectamente el verdadero contenido de la “interpenetración” de la fusión de capitales.

La importancia de la penetración estadounidense ilustra el tipo de relaciones que existen en el seno del Mercado Común. Amenazado en su propio suelo por la penetración estadounidense, competido directamente en Inglaterra y en el mercado mundial por la expansión de las exportaciones de mercancías y de capital de los principales países del Mercado Común, el capital inglés se encuentra en una situación contradictoria. Aunque muy decrépitas, las “preferencias imperiales”, o lo que subsiste

⁵⁶ Ernest Mandel; *La réponse socialiste au défi américain*, François Maspero, París, 1969, página 112.

de ellas, ligan a Inglaterra con su antiguo imperio colonial, con sus antiguas corrientes de intercambios, con viejos mercados de sus mercancías y capitales. El mantenimiento de la libra como medio de pago internacional le da todavía a Londres el papel de una plaza financiera mundial y todavía les procura substanciales beneficios a los banqueros de la City. Ahí están los obstáculos a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común. Pero igual que el capital de diferentes países de Europa de los Seis puede desinteresarse del mercado inglés, de la zona de libre cambio del antiguo imperio colonial inglés, tampoco el imperialismo inglés puede desinteresarse del Mercado Común. Le es necesario situarlo sin poseer los medios del imperialismo estadounidense, sin modificar radicalmente el conjunto de sus relaciones con el mercado mundial. ¿Entrar o no entrar, y bajo qué condiciones, en el seno del Mercado Común? El drama de Hamlet no era más que chiquillada al lado de tan desgarrador dilema. Trust como la IC, la BMC, no pueden esperar. Se lanzan bravamente al asalto, se agrupan en consecuencia y se apoderan cuando pueden de firmas del Mercado Común, cabezas de puente de su penetración.

Las fronteras de Europa: del Elba a Trieste

Las “teorías” de Mandel exigen numerosas cabriolas de lo más singulares. Una de las más bellas consiste en reducir el Mercado Común a una cosa en sí, “interdependiente” sin embargo (Mandel siempre encuentra la palabra que le permite ocultar la dura realidad mediante la vaguedad, lo neblinoso, lo neutro, lo impalpable). Desde creer que el mundo primero se dividió en dos, después en tres, ahora se divide en cuatro según las teorías pablistas: “el mundo de la revolución colonial o tercer mundo, el mundo de los estados obreros, el mundo capitalista en general, el mundo de la Europa Occidental”. La batalla en el campo cerrado del Mercado Común o por la penetración en el seno del Mercado Común no puede separarse en absoluto de la que se libra a escala del planeta a fin de encontrar salidas a las mercancías y capitales. Si el imperialismo alemán, si el Imperialismo francés, si el imperialismo italiano, intentan monopolizar en su beneficio el Mercado Común, se esfuerzan no solamente en dominar el mercado sino también en apoderarse de los medios de producción de sus competidores, sea para destruirlos o sea para subordinárselos y adaptarlos a sus propias necesidades, la razón es la lucha en el mercado mundial. De la misma forma, si el imperialismo estadounidense, el imperialismo inglés y, en cierta medida, el imperialismo japonés, saltan por encima de las barreras del Mercado Común, invierten en él y se implantan, es porque representa uno de los elementos del mercado mundial y de la división internacional del trabajo: la penetración e implantación en el Mercado Común es indispensable para la defensa y extensión de las posiciones en el mercado mundial y en el seno de la división internacional del trabajo, para la exportación de las mercancías y capitales de cada imperialismo en el mercado mundial.

El capitalismo de Alemania Occidental realiza más del 10% del comercio mundial, refuerza sus posiciones en Europa a fin de penetrar más potentemente en el mercado mundial, ampliar su base y reforzarla de cara a abrir nuevas salidas a sus mercancías y capitales a escala mundial. No tiene otra “alternativa”. El capitalismo francés, por decadente que sea, ni tiene ni puede tener otra línea de conducta. El capital italiano actúa de la misma forma. La firma Fiat representa un ejemplo tipo de empresa “europea”. Se parece a un enorme pulpo con su cuerpo en Italia y cuyos múltiples tentáculos se extienden por Europa Occidental. Un holding, el Instituto Financiere Industriale, le da el dominio a la familia Agnelli, que la controla en un 70%, en toda una serie de negocios en Europa Occidental e Italia. Pero este poderío fue un elemento

decisivo que le permitió quitarle a Renault el equipamiento de la fábrica gigante de construcción de coches de Togliatti en el Volga en la URSS, que construirá sin licencias 600.000 Fiat 104 cada año. También le es posible exportar a todos los países 400.000 coches, el tercio de su producción anual, más otros 24.000 montados en el lugar en los cinco continentes.

¡Que no se moleste el honorable Mandel! Los más “europeos” de los “europeos” saben pertinentemente que Europa se integra en el mercado mundial, en la división internacional del trabajo y, sobretodo, que las fronteras de Europa no van del Elba a Trieste, pues es una de las particularidades de la concepción mandelo-pablista sobre la unidad de Europa excluir de ella al Este de Europa y la URSS.

Ya lo hemos visto, Mandel estima que:

“Tras el fracaso dos veces repetido de una expansión violenta hacia el Este, las fuerzas productivas de Alemania Occidental intentan hoy en día salir de sus estrechas fronteras nacionales abriéndose un pasaje pacífico hacia el Oeste por métodos comerciales.”

No se para en tan buen camino, limita “sus” Estados Unidos Socialistas de Europa a Europa Occidental. Una “Europa socialista”, made in Mandel, retomaría:

“La idea propuesta por Lord Chalfont bajo forma de chantaje, formar una “comunidad tecnológica” con la Unión Soviética y otros países del Este (que podría constituir una solución transitoria, esperando que la nueva generación de la “inteligentsia socialista” haya llegado a la plenitud de sus posibilidades”.⁵⁷

¡No solamente la “Europa Socialista”, fabricación Mandel, se para donde comienza el control de la burocracia del Kremlin sino que, también, después que la “inteligentsia socialista” llegue a la plenitud de sus posibilidades incluso la “comunidad tecnológica” ya no tendrá razón de ser! Por una parte, Mandel supone a la “inteligentsia socialista”, en su nivel intelectual, muy por debajo de lo que lo hacía uno de sus maestros de pensamiento (perdón, de elaboración de conceptos) Lord Chalfont (después de usted milord), por otra parte, respeta la “coexistencia pacífica” a ejemplo de las “fuerzas productivas” (algunos dirían el capitalismo) de Alemania Occidental; después, construye su pequeño socialismo con los límites de Europa Occidental (a cada uno su socialismo en un área geográfica muy determinada y así “las fuerzas productivas” estarán muy cuidadas explicaba Stalin).

Las “fuerzas productiva” no tienen el decoro del honorable Mandel. En primer lugar, tienen horror al anonimato. No son “fuerzas productivas” en general sino “fuerzas productivas” de un modo social de producción determinado. Las “fuerzas productivas” de Alemania Occidental, de todos los países capitalistas del mundo, tienden a realizar su junción con las “fuerzas productivas” de los países de Europa del Este, la URSS, China y todos los países que han escapado al modo de producción capitalista. Inversamente, las “fuerzas productivas” de los países de Europa del Este, la URSS y China, también necesitan realizar su ligazón con las del resto del mundo. Después de Stalin, Mandel es el único en no estar de acuerdo. No obstante ello no puede silenciar el crecimiento de los intercambios entre Europa del Este y del Oeste, la URSS, China: “de 1958 a 1967, las exportaciones de la CEE hacia los países de Europa del Este pasarán de 624 millones de dólares a 2.100 millones de dólares”. Constata incluso que:

“Desde mediados del año 1966, el bloque oriental [sic] no se contenta ya con jugar el papel de un mercado privilegiado para las mercancías europeas; se aproxima al punto en que devienen posibles exportaciones modestas de capitales provenientes de los países imperialistas europeos. La construcción de complejos

⁵⁷ *Ibidem*, página 160.

industriales por firmas occidentales viene acompañada por créditos a largo plazo y en tales condiciones de interés que se puede hablar de un verdadero emplazamiento de capitales”:

No saca, sin embargo, ninguna consecuencia. Estos fenómenos son verosímilmente clasificables en la categoría pablista de “interdependencia de los cuatro mundos”.

¿El proletariado, se “separa” o marcha al asalto del imperialismo mundial?

La división de Europa y del mundo en dos sistemas de producción diferentes es una situación transitoria, intolerable a la larga tanto para uno como para el otro de los modos de producción. Una vez más es necesario dar a conocer una expresión del pillo de Mandel:

“Al final de la primera guerra se retiró del sistema imperialista mundial un gran país.”

Al final de la Primera Guerra Mundial, ni la URSS se “retiró” del sistema imperialista mundial, ni tampoco los países del Este de Europa y China se “retiraron”. Trotsky caracterizó la guerra imperialista como la revuelta de las fuerzas productivas contra la sujeción de las fronteras nacionales. La Revolución Proletaria es en el fondo otra forma de la revuelta de las fuerzas productivas contra la propiedad privada de los medios de producción y la sujeción de las fronteras nacionales. La URSS, al final de la primera guerra imperialista, los países de Europa del Este y China, después de la segunda guerra imperialista mundial, son los puntos de ruptura de la cadena imperialista mundial bajo el efecto de la revuelta de la fuerza productiva por excelencia que es la clase obrera, contra la propiedad privada de los medios de producción y las fronteras nacionales. El proletariado no se “separa” del sistema imperialista mundial por su lucha de clases, que culmina con la revolución proletaria, sino que parte al asalto del modo de producción capitalista en la época imperialista, para destruirlo y transformar las relaciones de producción a escala mundial. La querrela no es una disputa sobre nombres. Resulta del foso, del abismo, que separa a la concepción marxista, defendida por Trotsky, de la lucha de clases del proletariado mundial y de la revolución proletaria mundial de la “teoría” de “la construcción del socialismo en un solo país”. Stalin disparó los fuegos artificiales de su teoría publicando *Problemas económicos del socialismo* en 1952, antes de morir, teorizando hasta el final la apariencia inmediata del corte del mundo en dos, justo en el momento en que Pablo-Mandel-Germain-Frank y consortes “descubrieron” la teoría de los “bloques”. Afirmaba que de ahí en adelante había dos mercados mundiales, dos divisiones del trabajo independientes una de la otra. La “guerra fría”, la “carrera de armamentos”, eran precisamente la demostración inversa. Le eran impuestas a la URSS, a los países de Europa del Este y a China por el imperialismo como un sucedáneo de la guerra imperialista, en la imposibilidad de recurrir a ésta, teniendo en cuenta las relaciones entre las clases a escala mundial, y especialmente en los países económicamente desarrollados, en ese momento. La necesidad de la guerra imperialista proviene de la exigencia de exportar mercancías y capitales, de apoderarse de las fuerzas productivas del adversario, de adaptarlas como simple prolongación de los medios de producción del vencedor si no destruirlas. Europa del Este, la URSS y China eran asediadas y agredidas por el imperialismo mundial, bajo la dirección del imperialismo estadounidense, él mismo “agredido” por el proletariado de los países capitalistas. La respuesta estalinista intentaba construir la economía particular y autosuficiente de la burocracia del Kremlin, subordinando la economía de los países de Europa del Este a las necesidades de la URSS gestionada por ella. La

concepción burocrática de la planificación está en las antípodas de la de Trotsky. Para los estalinistas, se trata de constituir una economía quasi cerrada sobre sí misma, una especie de autarquía “socialista”, confiando en “alcanzar y superar a la economía capitalista en su conjunto”. Para Trotsky, la planificación en la URSS y, ulteriormente, en Europa del Este y China, el crecimiento de las fuerzas productivas en esos países, son antes que nada elementos de la lucha de clases mundial. Lejos de construir una economía cerrada sobre sí misma es necesario, mientras se pueda hacer, participar en la división internacional del trabajo, en el mercado mundial. Lo importante, el criterio decisivo de la planificación, del crecimiento de las fuerzas productivas, es el reforzamiento del proletario, de su poder, en la URSS, y en consecuencia en Europa del Este y China, y del proletariado mundial. La tarea continúa siendo el derrocamiento de la burguesía en todos los lugares, en particular en los países capitalistas económicamente desarrollados, la toma del poder por el proletariado. La planificación, el desarrollo de las fuerzas productivas en los países en los que el capitalismo ha sido derrocado y en los que el proletariado ha tomado el poder, participan de la lucha de clases mundial. Naturalmente, son elementos de la futura economía socialista mundial y deben ser orientadas hacia esa perspectiva. Pero el socialismo llegará verdaderamente a su esplendor cuando el conjunto de las fuerzas productivas mundiales estén bajo el control del proletariado, que las organizará y armonizará su crecimiento a escala mundial. El socialismo comienza a realizarse solamente cuando las conquistas del modo de producción capitalista son superadas en todos los dominios, empezando por el dominio fundamental de las fuerzas productivas que incluyen la división internacional del trabajo, desembarazadas de los antagonismos y contradicciones que el modo de producción capitalista engendra.

La concepción estalinista de la planificación, del crecimiento de las fuerzas productivas, de la construcción del socialismo en los países en que la burguesía ha sido expropiada de la posesión de los principales medios de producción, procede directamente de su parasitismo social. La burocracia planifica la economía arbitrariamente, por arriba. Se esfuerza en escapar, a la vez, de la presión del proletariado y de la del imperialismo. Sus privilegios dependen de su monopolio del poder político, del monolitismo en la gestión política y económica de la sociedad. El estado obrero degenerado nacional, el marco de las fronteras nacionales, están en el origen de, y condicionan, sus privilegios y la burocracia es prisionera de aquellas. Lucha con todas sus fuerzas por el mantenimiento de su monopolio político, de las fronteras del estado nacional de las que dependen sus privilegios. La “teoría” de los “bloques”, retomada por los pablistas, le conviene particularmente mucho pues supone el reparto del mundo en zonas de influencia. Desea inmovilizar en el *status quo* la lucha de clases mundial a partir de las posiciones ocupadas por ella misma y el imperialismo después de la segunda guerra imperialista mundial.

El imperialismo tiende a “reunificar” Europa a su manera

El imperialismo y la burocracia del Kremlin, en Yalta y Potsdam violentaron el desarrollo histórico de la humanidad y las exigencias del crecimiento de las fuerzas productivas, repartiendo Europa y el mundo en zonas de influencia, a fin de contener el ascenso revolucionario del proletariado en Europa. La división del más potente de los países de Europa, Alemania, en dos, resalta el carácter reaccionario de la operación: estas son las únicas “soluciones” que el imperialismo y la burocracia del Kremlin pueden utilizar. Pero este género de “soluciones” sólo pueden ser temporales. El problema no estaba resuelto sino contenido y diferido.

Las leyes de la historia no son leyes mecánicas. Por un tiempo se las puede violentar. La división en dos de Europa y del mundo puede ser artificialmente mantenida durante un período más o menos largo. En última instancia, las leyes de la historia no cesan sin embargo de operar. Aunque estén contenidas, sólo devienen más explosivas. Por su potencia económica acumulada, el imperialismo estadounidense puede dotar a la economía capitalista mundial de una máquina de arrastre de una enorme potencia: la economía de armamentos crónica. Puede inyectar masivamente bajo las más diversas formas de créditos necesarios para la reconstrucción de los estados burgueses y de las economías capitalistas de Europa Occidental, reorganizar las corrientes de intercambios y hacer soportable la partición de Europa y del mundo en dos. Esta política ya era función del objetivo más o menos confesado y a alcanzar en mayor o menor plazo: romper el monopolio del comercio exterior en la URSS, en los países de Europa del Este y China; abrir las vías de penetración al capital y mercancías en esos países.

Dictado por la potencia del proletario de Europa Occidental, sometía a una enorme presión al mismo tiempo a la economías de los países en los que el modo de producción capitalista había sido derrocado, tanto por la carrera de armamentos que imponía a la burocracia del Kremlin como por el aislamiento económico, el “cordón sanitario” económico con el que rodeaba a esos países. En consecuencia, lejos de “consagrar” la división en dos de Europa y del mundo en profundidad, significaba exactamente lo contrario. El imperialismo se preparaba para unificar a su manera a la economía mundial. La comparación, salvando las distancias, con al autarquía en Alemania tras la toma del poder por Hitler permite ilustrar ese proceso. La autarquía impuesta al imperialismo alemán por la descomposición del mercado mundial a consecuencia de la crisis de 1929-30, no consagraba la edificación de una economía capitalista alemana autosuficiente, separada del mercado mundial y de la división internacional del trabajo. El imperialismo hizo de la necesidad virtud y por la autarquía se preparaba para romper, por la fuerza, por la guerra imperialista, el aislamiento económico de Alemania, para imponer, según sus intereses, su presencia en el mercado mundial y en la división internacional. El imperialismo mundial, bajo el impulso del imperialismo estadounidense, inmediatamente después de la última guerra mundial, ponía en marcha los medios para volver a asediar el Este de Europa y la RSS, incluso si, superficialmente, parecía que se acomodaba, puesto que lo podía hacer, a la situación existente.

En veinticinco años, una nueva y extraordinaria acumulación de capital se ha producido en los principales países capitalistas, bajo las tres formas que toma el capital: mercancías, medios de producción, dinero. Incluso si buena parte del capital dinero es capital ficticio que testimonia la masiva destrucción de las fuerzas productivas, incluso si la acumulación de capital bajo las formas de medios de producción y mercancías está condicionada por una economía de armamentos crónica, esta enorme masa de capital no deja de reclamar por ello menos mercados, menos campos de inversión. Habría que decir, mucho más teniendo en cuenta que esos capitales han sido acumulados bajo el impulso de la economía de armamentos crónica que dura ya hace veinticinco años, que necesitan mercados y campos de inversión pues, a su actual escala, la economía de armamentos no es suficiente ya para valorizarlos. Salvo que se pase a la economía de guerra, en mayor o menor plazo, la acumulación de capital exige la “unificación” de las fuerzas productivas en Europa y el mundo. Pero se trata de las fuerzas productivas del modo de producción capitalista y no de fuerzas productivas en general. No pueden ser “reunificadas” con las de la URSS, con las de los países de Europa del Este y China, por la simple “interpenetración”. Reunificar significa, en el lenguaje de la valorización del

capital, destruir las relaciones sociales de producción y planificación, el modo de producción social de los países de Europa del Este, la URSS y China, y reintroducir en ellos el modo de producción capitalista. La reunificación de Europa y del mundo bajo la presión de la masa de capitales acumulado exige el cambio radical de la división actual del trabajo, la subordinación de las fuerzas productivas de Europa del Este, de la URSS y de China, y reintroducir el modo de producción capitalista en ellos. La reunificación [...] ⁵⁸ productivas simplemente complementarias de las de los principales países capitalistas, es decir la destrucción masiva de la mayoría de ellas. Una vez más se constata que la acumulación de capital no puede ser identificada con un nuevo y prodigioso crecimiento de las fuerzas productivas. Exige, por el contrario, además de la explotación de los países económicamente atrasados: la destrucción de las relaciones sociales de producción nacidas de la revolución de Octubre y extendidas a Europa del Este, de las establecidas por la revolución china, la destrucción masiva de las fuerzas productivas que se han desarrollado en esos países en consecuencia de nuevas relaciones de producción, la subordinación del resto transformado en simple complemento de las del imperialismo.

El imperialismo alemán, el Oeste y el Este de Europa

La multiplicación de las relaciones comerciales, de los intercambios entre los países capitalistas europeos y Europa del Este, incluyendo a la URSS, no constituye una relación neutra. Indica, por el contrario, que una vez más el imperialismo tiende a “unificar” Europa a su manera, a reorganizar en ella la división del trabajo según sus necesidades. La necesidad histórica se hace notar. La batalla entre los diferentes imperialismos europeos en el interior del Mercado Común, como en el exterior de éste, es indisociable del empuje hacia Europa del Este y la URSS. Según la potencia adquirida en el seno del Mercado Común, en Europa Occidental, en el resto del mundo, la penetración en Europa del Este y la URSS beneficiará a tal o cual otro imperialismo en detrimento del resto (aunque todos los imperialismos tengan un interés común en la penetración del capital en esos países), y reforzará su fuerza en el seno del Mercado Común. Se entabla una verdadera batalla entre ellos. La “guerra de créditos” lo ilustra: en 1962 Japón superó el techo de los créditos concedidos por un plazo de más de cinco años a fin de vender navíos a la URSS; en 1963 concedió créditos de ocho años; después le llegó el turno a Italia y Francia; en enero de 1969 el grupo Mannesmann-Thyssen vende tubos a la URSS, Bonn garantiza créditos a diez años; es cuestión que Rumania compre en Occidente una central de energía nuclear, los créditos que se le concederán serán a quince años. El redactor del diario *Le Monde* que informa sobre estos hechos comenta con acritud:

“Se asiste pues a una recuperación de esta “guerra de los créditos” que opone regularmente, desde hace diez años, a los países occidentales. La sequía a la que se libran los estados miembros del Mercado Común es particularmente lamentable y pone al descubierto los límites de los esfuerzos realizados desde hace algunos meses por los Seis para armonizar su política comercial de cara a los países del campo socialista. ¿Para qué sirve, en efecto, imponer una especie de imprimatur comunitario antes de concluir el menor pequeño acuerdo comercial mientras que uno de los elementos más importantes de las relaciones

⁵⁸ Evidentemente aquí hay un error de imprenta, página 112. Falta tal vez una línea o palabra. “La reunificación [¿solamente de las fuerzas?] productivas...”

económicas con el Este, a saber el crédito a la exportación, escapa totalmente a este control?”

El bravo hombre no parece comprender más que Janus-Germain-Mandel la naturaleza de las relaciones en el seno de la Europa de los Seis, de Europa Occidental, y del mundo en general, en el marco del sistema imperialista. Como elemento de la lucha en el mercado mundial, en el seno de la división internacional del trabajo, Europa, y finalmente Europa del Este tanto como la del Oeste, es la apuesta de los diferentes imperialismos. La “unificación de Europa” no significa otra cosa para los diferentes imperialismos, y sobretodo para los más fuertes. En respuesta a las exigencias de la “unificación” de las fuerzas productivas en Europa, de la racionalización de la división internacional del trabajo, el capitalismo de la fase imperialista no contiene otra solución que la de la sumisión de Europa al imperialismo más fuerte. La “guerra de los créditos” es un episodio de esta guerra más general que unifica y opone a los imperialismos europeos en vistas a la penetración y sumisión de Europa del Este y la URSS al capital.

El ejemplo de Alemania Occidental demuestra con la mayor claridad esta lucha del imperialismo mundial, en razón de la potencia del capital alemán, del hecho que sufre la más dolorosa consecuencia de la división de Europa en dos y de su derrota. Alemania Occidental es una monstruosidad que no puede ocultar su prodigioso renacimiento, muy al contrario. Dependiente políticamente del imperialismo estadounidense, y en cierta medida de los imperialismos inglés y francés, profundamente penetrado por el capital estadounidense, amputado del Este de Alemania, limitado a una superficie un poco más grande que la mitad de Francia, el capitalismo alemán constituye la segunda potencia capitalista mundial. Es el mayor exportador de mercancías y capitales de los Seis del Mercado Común. Tras el capitalismo estadounidense, es el que más capitales invierte en el exterior de sus fronteras en el seno del Mercado Común. Su extensión (nada pacífica) en Europa Occidental, su comercio con el conjunto de los países capitalistas o sometidos al imperialismo, lo refuerza frente al “drang nach Osten”. Le es necesario extenderse al Este, y trabaja en ello. La penetración del capital estadounidense en Alemania del Oeste hace aun más apremiante esta necesidad. En caso de crisis económica, la dependencia política del capitalismo alemán, los hilos económicos que tiende el capital estadounidense en Alemania del Oeste, tendrían para éste el efecto de una catástrofe sin precedentes, agravada y multiplicada por la división del Este de Alemania y de Europa. La superabundancia de capitales bajo las tres formas, mercancías, medios de producción y capital dinero, hace imperiosa la penetración del capital alemán en Europa del Este. Una vez más, la historia pone frente a su destino al imperialismo alemán, pero bajo condiciones considerablemente más difíciles a consecuencia de sus dos fracasos sucesivos.

El Mercado Común, la ampliación del Mercado Común a la “zona de libre cambio”, la reintegración en su regazo del Este de Alemania, la penetración de sus capitales y de sus mercancías en Europa del Este, son las vías complementarias que se le abren al imperialismo alemán para intentar una vez más forzar el curso de la historia. Se prepara para ello... bajo la alta vigilancia del imperialismo estadounidense. Que lo logre es otro cantar.

Estamos lejos del dulzón hervido de la “interpenetración de capitales” y de los “intercambios” que aumentan gentilmente entre los capitalismo de Europa Occidental y el “bloque oriental”.

Un juicio sobre la economía de la URSS

Las fuerzas productivas, que se incrementan efectivamente, no están menos en revuelta en la URSS, Europa del Este y China, contra las fronteras nacionales, y especialmente contra la partición de Europa en dos. Hace pocos años aún, el Secretariado Unificado de los renegados a la IV Internacional hacía sonar a los cuatro vientos las trompetas de Kruschev. Éste maquillaba la crisis de la planificación burocrática afirmando que la URSS y los países de Europa del Este iban a competir violentamente en el mercado mundial con la economía capitalista. En algunos años, como muy tarde hacia 1965-1970, la masa de la producción en esos países, como la producción del trabajo, superaría a la masa de la producción del conjunto de los países capitalistas y a la producción del trabajo allí donde es más elevada, en los EEUU. Naturalmente, toda la burguesía de “izquierdas” entonaba a coro el mismo refrán. De Pablo a Germain-Mandel, los cantores del SU hacían escuchar sus voces. Para quienes quisieran escucharles les distribuían muchas explicaciones “teóricas fundamentales”:

“Los diez o veinte años por venir se anuncian como el último período histórico durante el cual los estados capitalistas conservarán cierta delantera sobre la economía de los estados obreros...”

La competición pasará, poco a poco, del dominio de las materias primas al de los productos acabados. La URSS ya es un gran exportador de máquinas y bienes de equipo en diversos países semicolonias. Podría desarrollar enérgicamente estas exportaciones incluso hacia países capitalistas y de en poco tiempo podría unir a ello la exportación masiva de bienes de consumo baratos (relojes, máquinas de coser, bicicletas y motocicletas, materiales de construcción, aparatos de radio y televisores). Podrá también cuestionar el monopolio anglo-estadounidense de instrumentos y aparatos para la industria nuclear en el mercado mundial.”⁵⁹

La burocracia del Kremlin y las burocracias satélites intentan aflojar las contradicciones de la planificación, causadas por su gestión burocrática, a favor de sus intereses parasitarios y privilegiados. Desde hace cuarenta años, la burocracia del Kremlin está presa en una doble contradicción una de las cuales es, a fin de cuentas, la prolongación de la otra y que la burocracia es completamente incapaz de resolver: el desarrollo proporcional y armonioso de las fuerzas productivas, que no alcanza a establecer, que se manifiesta notablemente en el fenómeno de las tijeras entre la industria y la agricultura; la ligazón con el mercado mundial y la división internacional del trabajo que no logra establecer de forma satisfactoria, en la que se manifiesta la separación creciente entre la productividad del trabajo en los países capitalistas y la que existe en general en la URSS y en los otros países de Europa del Este.

Trotsky escribía, en 1932, esas líneas cuya actualidad es más brillante que nunca:

“Si existiera una mente universal, como la que se proyectaba en la fantasía científica de Laplace (una mente que pudiera registrar simultáneamente todos los procesos de la naturaleza y de la sociedad, medir la dinámica de su movimiento, prever los resultados de sus reacciones recíprocas), podría, por supuesto, trazar *a priori* un plan económico perfecto y exhaustivo, empezando por el número de acres de trigo y terminando con el último botón de los chalecos. La burocracia a menudo imagina que tiene a su disposición una mente como ésa; por eso prescinde tan fácilmente del control del mercado y de la democracia soviética. Pero, en realidad, la burocracia comete errores terribles en la evaluación de sus recursos espirituales. En la práctica se ve necesariamente obligada a depender de

⁵⁹ *Quatrième Internationale*, n° 5, février 1969, páginas 42 y 43.

las proporciones (y con igual justicia se podría decir de las desproporciones) que heredó de la Rusia capitalista, de los datos de la estructura económica de las naciones capitalistas contemporáneas y finalmente de los éxitos y fracasos de la propia economía soviética. Pero hasta la combinación más correcta de todos estos elementos no permitirá llegar más allá de un esquema imperfecto.”⁶⁰

El crecimiento de la economía, la extensión de las relaciones sociales de producción nacidas de la revolución de Octubre a Europa del Este, las establecidas por la revolución china, han multiplicado la complejidad de las relaciones internas de la economía planificada así como las relaciones de ésta con la economía capitalista mundial, y las burocracias satélites se estrellan contra ello. Los últimos testimonios de la incapacidad de la burocracia para reglar las relaciones internas y externas de la economía de la URSS y de Europa del Este vienen de muy arriba. El académico Sajarov, el historiador Medvedev, el físico Turtchin, acaban de enviar una carta abierta a Brezhnev, Kosiguin y Podgorny, que ha publicado *Le Monde* los días 11 y 12 de abril de 1970. Entre otras cosas, explican:

“Durante la última década, signos amenazadores de desorganización y estagnación han comenzado a aparecer en la economía de nuestro país; pero el punto de partida de esas dificultades se remonta a un período anterior y reviste un carácter muy profundo. La tasa de crecimiento del ingreso nacional decrece regularmente. Aumenta la distancia entre la aplicación de las capacidades de producción necesarias para un desarrollo normal y la realidad. Se manifiestan numerosos errores en la determinación de la política técnica y económica, en la industria y la agricultura, igual que las inadmisibles lentitudes administrativas en la solución de problemas urgentes. Los fallos del sistema de planificación, de contabilidad y de incentivos, conducen a menudo a una contradicción entre los intereses locales y particulares y los del pueblo y el Estado. En consecuencia, las medidas para el desarrollo de la producción no aparecen como deberían y no son utilizadas, mientras que el progreso técnico se ralentiza brutalmente. Por las mismas razones, las riquezas naturales del país son destruidas a menudo impunemente y sin control: se talan bosques enteros, reservas de agua resultan contaminadas, se inundan preciosas tierras arables, aparecen fenómenos de erosión y de salinización, etc. Es notoria la situación grave y crónica de la agricultura, particularmente en aquello que concierne al ganado.

El ingreso real de la población no aumenta casi nada en los últimos años, la alimentación, los servicios médicos y los servicios en general no mejoran más lentamente y además lo hacen de una forma desigual, según los territorios. Aumenta el número de mercancías deficitarias. Se manifiestan evidentes signos de inflación.

La ralentización en el dominio de la enseñanza es particularmente inquietante para el futuro del país: nuestros gastos globales para las enseñanzas de todo tipo son tres veces inferiores a los de Estados Unidos y crecen más lentamente. El alcoholismo se desarrolla de forma trágica e incluso la droga comienza a dar qué hablar. En numerosas regiones del país la criminalidad aumenta sistemáticamente. Los síntomas de la corrupción son cada vez más aparentes en numerosos lugares. El burocratismo, la separación administrativa, las actitudes formalistas ante los deberes a cumplir y la ausencia de iniciativa, se refuerzan cada vez más en las organizaciones científicas y científico-técnicas.

⁶⁰ León Trotsky, *La economía soviética en peligro*, en *Escritos* Tomo III, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, páginas 409 y 410.

Como se sabe, la productividad del trabajo es el factor decisivo para la comparación de los sistemas económicos. Es precisamente ahí donde la situación es más mala. Como antiguamente, la productividad del trabajo se mantiene aquí muchas veces más baja que en los países capitalistas, y su crecimiento se ha ralentizado bruscamente. Esta situación es particularmente inquietante si se compara con la de los principales países capitalistas, particularmente en los Estados Unidos.”

Siguen consideraciones más que discutibles sobre la solución de las crisis en los EEUU gracias a los ordenadores, de las que Mandel no renegaba, pero que nosotros haremos a un lado. La descripción que sigue después es, por el contrario, singularmente demostrativa:

“Comparando nuestra economía a la de los Estados Unidos, constatamos que vamos con retraso, no solamente en el plano administrativo sino también (y es lo más triste) en el plano cualitativo. El abismo es más profundo entre los Estados Unidos y nosotros cuanto más nuevo y revolucionario es el sector de la economía considerado. Avanzamos a Estados Unidos en la extracción de carbón, pero estamos retrasados en la del petróleo, gas, energía eléctrica; vamos con retraso de diez años en lo que concierne a la química e infinitamente más en lo concerniente a la tecnología y los ordenadores. Este último retraso es particularmente esencial pues la introducción de calculadoras electrónicas en la economía nacional es un fenómeno de importancia decisiva, que modifica radicalmente el sistema y estilo de la producción, y ha sido cualificado a justo título como segunda revolución industrial. Ahora bien, la potencia total de nuestros ordenadores es centenares de veces inferior a la de los Estados Unidos; en lo que concierne a su utilización en la economía nacional, la distancia es tan considerable que es imposible medirla. Vivimos simplemente en otra época.

La situación no es nada mejor en el dominio de los descubrimientos científicos y técnicos; aquí también no se ve aumentar en nada nuestro papel. Más bien lo contrario... En los años 20 y 30, el mundo capitalista vivió un período de crisis y depresiones. Durante ese tiempo (el del auge de la energía nuclear suscitado por la revolución) creamos nuestra industria a un ritmo sin precedentes. Fue entonces cuando se lanzó la consigna: alcanzar y superar a Estados Unidos. Y durante numerosas décadas, los alcanzamos efectivamente. Después la situación ha cambiado. La segunda revolución industrial comenzó y ahora, a principios de los años 70, constatamos que no solamente no hemos alcanzado a Estados Unidos sino que nuestro retraso frente a ellos deviene cada vez más grande.”

A falta del “cerebro universal”... el mercado

En algunas líneas Sajarov, Medvedev, Turtchin, hacen un balance casi completo de la economía de la URSS y de los países de Europa del Este gestionados por la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites. Durante las discusiones sobre la crisis de la planificación en la URSS y en los países de Europa del Este, entre los remedios que intentaba encontrar la burocracia en crisis, figura en buen lugar el recurso al “cerebro universal descrito por la fantasía intelectual de un Laplace” del que habla Trotsky. Averiado su propio cerebro, la burocracia se gira hacia la “econometría, la cibernética y los ordenadores”. En marzo de 1964 se realizaba una “mesa redonda” organizada por los directores de las revistas *URSS* (que aparecía en los Estados Unidos) *Vopossy Ekonomik* (Cuestiones de Economía) y *Ekonomiches Kaia Gazeta* (diario

económico). Lev Gatuski, en su discurso de apertura, definía muy bien los milagros que la burocracia espera de los “métodos económico-matemáticos y de la cibernética económica”.

“La orientación económico-matemática adquiere un papel de primer plano en la ciencia económica. En la dirección de esta actividad, les incumbe una gran responsabilidad a la Academia de Ciencias de la URSS, a las academias de las repúblicas, a los comités de estado para la coordinación de las investigaciones científicas... La cuestión principal, hoy en día, es encontrar los medios para obtener, lo más rápidamente posible, el efecto económico práctica máximo de la aplicación de los métodos económico-matemáticos, utilizar plenamente para este fin las ventajas del sistema socialista planificado de la economía. La amplitud gigantesca del trabajo de planificación en la URSS exige con gran premura la aplicación más amplia y consecuente de los métodos matemáticos en la planificación y la dirección económica, desde la cumbre hasta la base...”

Cuanto más correcta, rápida, profunda y ampliamente, resolvamos la aplicación de las matemáticas y la cibernética en la esfera de la planificación, y más fuertemente sea realizada la superioridad del sistema socialista de la economía sobre el sistema capitalista, más plenamente se descubrirán las ventajas de la planificación. Es uno de los factores importantes de la victoria del socialismo en la competición económica de los dos sistemas mundiales, el socialismo y el capitalismo.”⁶¹

Todos los participante, Kantorovitch, Strumilin, Nemtchikov por no citar más que a los más conocidos, a pesar de sus divergencias, se prosternan ante el dios cibernético. A su manera, confiesan, constatan o afirman, como se quiera, que la burocracia es incapaz de gestionar, por sus métodos, la planificación cuanto más crece la complejidad de las relaciones de la economía de la URSS, sus relaciones con el mercado mundial y la división internacional del trabajo, siendo inseparables de sus relaciones internas. Incapaces, a causa de su dependencia o de su pertenencia a la burocracia, de hacer luz sobre lo esencial, buscan remedios milagrosos.

La verdad es mucho más simple: la economía de la URSS y de los países de Europa del Este está ya demasiado desarrollada, no soporta ya estar separada del mercado mundial, de la división internacional del trabajo, no soporta ya estar parcializada en las bases y límites nacionales, estar gestionada burocráticamente. La gestión burocrática, la separación del mercado mundial y de la división internacional del trabajo, la concepción de la “construcción del socialismo en un solo país”, siempre fueron potentes trabas al desarrollo armonioso de las fuerzas productivas de la URSS, de Europa del Este, como de China por otra parte. De ahora en adelante, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la gestión burocrática ha devenido insoportable y explosiva. No se trata de una contradicción económica abstracta sino de una contradicción social. Las relaciones de producción nacidas de la Revolución de Octubre exigen ser gestionadas por la clase obrera como clase. El plan debe ser elaborado y realizado por el proletariado organizado como clase, no a escala de fábrica y de empresa sino de forma centralizada: es decir que el proletariado detente el poder político. El crecimiento de las fuerzas productivas, la complejidad múltiple de las relaciones económicas, la indispensable integración en el mercado mundial y la división internacional, hacen aparecer con violencia esta necesidad: en ello se manifiesta el contenido de clase de las relaciones sociales nacidas de Octubre. Aferrándose a sus privilegios que dependen del poder político monolítico que detentan, buscando la solución milagro por parte de

⁶¹ *Planification, débats et problèmes du socialisme*, mayo-junio de 1965, páginas 60 y 61.

“métodos económico-matemáticas y de la cibernética económica” de cara a mantener su antiguo modo de gestión, tras haber descentralizado y después recentralizado la gestión económica, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites no tienen más que una solución: remitirse cada vez más a las leyes del mercado (del mercado mundial y del mercado interior), a la rentabilidad, en vistas a integrar la economía de la URSS, y de los países de Europa del Este, en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo, y regular las relaciones económicas en esos países.

Entre el capitalismo y el socialismo, pero ¿en qué momento?

Janus-Germain-Mandel monta bien sobre el caballo del estalinismo: separa la economía de la URSS, y la de los países de Europa del Este, del mercado mundial y de la división internacional del trabajo; hace batirse en el palenque “el principio del mercado” y el “principio de la planificación” hasta el bendito día en que las fuerzas productivas de la URSS y de los países de Europa del Este se hayan desarrollado hasta tal punto que el mercado, las categorías de la economía mercantil, desaparezcan.

Pero toda la economía de la URSS, y de los países de Europa del Este, está sometida a la ley del valor. Se mantiene como una economía mercantil, porque no puede ser separada del mercado mundial y de la división internacional del trabajo, de la relación entre las fuerzas productivas detentadas por el imperialismo, que funciona en el marco del modo de producción capitalista. Incluso separadas artificialmente del mercado mundial, sufren la presión de éste y de las fuerzas productivas que detenta el imperialismo. La solución entre la contradicción de las leyes del mercado y de la planificación no se puede buscar en la URSS y en los países de Europa del Este tomados aisladamente, sino en la expropiación de la burguesía de la posesión de las principales fuerzas productivas del mundo, de su reorganización racional, de una nueva división del trabajo internacional. Entonces, solamente entonces, la economía mercantil desaparecerá y con ella la ley del valor y sus categorías. Lo que exige la toma del poder en los países capitalistas avanzados por el proletariado expropiando política y económicamente a la burguesía, y lo exige no menos imperativamente que la toma del poder por los proletarios de la URSS y de los países de Europa del Este.

Este “trotskysta” debería leer a Trotsky:

“Los innumerables protagonistas de la economía, estatal y privada, colectiva e individual, no sólo harán pesar sus necesidades y su fuerza relativa a través de las determinaciones estadísticas del plan sino también de la presión directa de la oferta y la demanda. El mercado controla y, en considerable medida, realiza el plan. La regulación del mercado tiene que depender de las tendencias que surgen en su mismo mecanismo. Los anteproyectos de los departamentos deben demostrar su eficacia económica a través del cálculo comercial. Es inconcebible el sistema de la economía transicional sin el control del rublo.”⁶²

La economía de la URSS y de Europa del Este es una economía contradictoria. Continúa siendo fundamentalmente una economía mercantil. ¿En qué se diferencia de la economía capitalista? El motor de la producción no es la producción de plusvalía. Pero la planificación no suprime la ley del valor. Muy al contrario, debería permitir que la cantidad de trabajo socialmente necesaria para la producción de cada producto fuese mucho más estrictamente conocida. En el mejor de los casos, en el marco del modo de producción capitalista, no es la cantidad del trabajo socialmente necesario para la

⁶² León Trotsky, *La economía soviética en peligro*, en *Escritos*, Tomo III, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, página 410.

producción de una mercancía la que se conoce sino el precio de producción: $C+V+\text{Beneficio medio}$, y no $C+V+pl$. El modo de producción capitalista no podría funcionar si cada mercancía se vendiese por su valor puesto que el beneficio es el motor de la producción. El beneficio resulta del trabajo no pagado, pl , pero no es idéntico a pl . Si lo fuera, las ramas con composiciones orgánicas más elevadas (C/V en que V tiende hacia 0) no tendría más que una débil tasa de beneficio, si no ninguna, mientras que aquellas con composición orgánica débil (C/V en que C tiende hacia cero) tendría una tasa de beneficio enorme. Los diferentes sectores de la producción no podrían desarrollarse, particularmente los de los medios de producción. El único capital que existiría sería el que compone V fuente de pl .

Lo que caracteriza a la economía capitalista son las relaciones sociales de producción: propiedad privada de los medios de producción por una parte; por la otra parte el proletariado que no posee más que su propia fuerza de trabajo y está obligado a venderla como mercancía, que el capitalista sólo le compra si puede extraer plusvalía de ella, trabajo no pagado, bajo forma de tasa de beneficio.

Lo que caracteriza a la economía de la URSS son otras relaciones sociales de producción. Aunque la categoría burguesa de salario se mantiene, y no puede ser abolida, la clase obrera no produce plusvalía. Vende su fuerza de trabajo como una mercancía contra salarios, pero la parte del valor que crea y que no le es pagada constituye un sobreproducto social necesario para el consumo social, que no produce ni valor de uso ni valor de cambio, y para la reproducción ampliada. El objetivo, el fin de la producción, no es ya la plusvalía sino el consumo social y su ampliación. Mandel, como “economista”, estima que en la URSS los medios de producción no pueden sobretodo ser considerados como mercancías. Pero el principal medio de producción continúa siendo la fuerza de trabajo vivo y (¡o! santo error) se vende como una mercancía sin producir, sin embargo, plusvalía. ¡Que misterio! No hay ninguno. Aunque la categoría burguesa del salario se mantiene, y se mantendrá aún mucho tiempo, la separación entre los medios de producción y los productores está suprimida. No lo está a nivel del individuo, de la empresa, del trust: lo está porque la clase obrera, en su conjunto como clase, a través del estado obrero, es propietaria de la tierra y de los principales medios de producción (por tanto de su fuerza colectiva de trabajo) y de intercambio.

La única condición histórica del modo de producción capitalista

Janis-Germain-Mandel no se pierde una. Responde al interrogante que él mismo plantea (“¿En la URSS los medios de producción son mercancías?”): “los medios de producción que circulan en el interior del sector estatal no son mercancías”. Refiriéndose a Marx, explica:

“lo que es particular a la sociedad capitalista, o más generalmente a la sociedad mercantil [el gran sabio Mandel confunde lo general con lo particular: si lo que es general a las sociedades mercantiles es el intercambio de trabajos privados, lo que es particular en el modo de producción capitalista es otro rasgo], es que el trabajo social se efectúa de manera particular porque los individuos son propietarios individuales y privados de mercancías y se encuentran en el mercado en calidad de tales.”

Siempre igual a sí mismo, este “teórico marxista para el pública ilustrado” maltrata a Marx y comete un error teórico profundo. Producir para el mercado no es particular al modo de producción capitalista: es el carácter general de toda producción mercantil. Toda producción mercantil es intercambio de trabajos privados y utiliza la ley del valor:

“En la existencia del producto *como mercancía* van implícitas condiciones históricas determinadas. Para convertirse en mercancía, es necesario que el producto *no se cree como medio directo de subsistencia para el propio productor*. Si hubiéramos seguido investigando hasta averiguar bajo qué condiciones los productos *todos* o la mayoría de ellos revisten la forma de *mercancías*, habríamos descubierto que esto sólo acontece a base de un régimen de producción específico y concreto, el *régimen de producción capitalista*. Pero esta investigación no tenía nada que ver con el análisis de la mercancía. En efecto, puede haber producción y circulación de mercancías aunque la inmensa mayoría de los artículos producidos se destinen a cubrir las propias necesidades de sus productores, sin convertirse por tanto en *mercancías*; es decir, aunque el proceso social de la producción no esté presidido todavía en todas sus partes por el valor de cambio. La transformación del *producto en mercancía* lleva consigo una *división del trabajo dentro de la sociedad* tan desarrollada, que en ella se consume el divorcio entre el valor de uso y el valor de cambio, que en la fase del *trueque directo* no hace más que iniciarse. Pero esta fase de progreso se presenta ya en las más diversas formaciones económicas sociales de que nos habla la historia.

Si analizamos *el dinero*, vemos que éste presupone un cierto nivel de progreso en el cambio de mercancías. Las diversas *formas especiales del dinero*. Simple equivalente de mercancías, medio de circulación, medio de pago, atesoramiento y dinero mundial, apuntan, según el alcance y la primacía relativa de una u otra función, a fases muy diversas del proceso de producción social. Sin embargo, la experiencia enseña que, para que todas estas formas existan, basta con una circulación de mercancías relativamente poco desarrollada. No acontece así con el *capital*. Las condiciones *históricas* de existencia de éste no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al *obrero libre* como vendedor de su fuerza de trabajo, y *esta condición histórica* envuelve toda una historia universal. Por eso el *capital* marca, desde su aparición, una *época* en el proceso de la producción social.”⁶³

El rasgo distintivo del modo de producción capitalista procede de las relaciones sociales de producción que le son propias: propiedad privada de los medios de producción de una parte, venta de la fuerza de trabajo por otra parte, por parte de quienes están despojados de cualquier otro medio de producción, en vistas a la producción de plusvalía. Los medios de producción no son capital (C+V) hasta que *pl* no se ha producido. El modo de producción capitalista lleva hasta el límite último a la producción mercantil, hasta el punto en que la fuerza de trabajo, fuente del valor, es ella misma una mercancía vendida por su valor.

Compatibilidad monetaria y ley del valor

Mandel quiere llegar a la siguiente cuestión:

“¿Pero las empresas soviéticas son propietarias individuales de los medios de producción? ¿De dónde obtienen sus medios de producción? ¿Puede haber mercado, es decir compra y venta, cuando no hay cambio de propiedad? He aquí un aspecto fundamental de la cuestión. Mientras se crea que hay efectivamente

⁶³ Marx, Carlos; *El Capital*, Tomo I, Libro Primero, Sección Segunda, Capítulo IV. 3 *Compra y venta de fuerza de trabajo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 123.

propiedad estatal de los medios de producción industrial, no hay venta de máquinas de una empresa a otra igual que no hay venta cuando los motores Volkswagen pasan de uno a otro departamento del trust para ser ensamblados en las carrocerías. En una sociedad en la que hay un amplio [sic] sector de la economía de mercado, por el hecho que los bienes de consumo continúan siendo mercancías, en la que el salario es una categoría mercantil, está generalizado, es evidente que tal economía se sabe obligada a llevar una *contabilidad bajo una forma monetaria* incluso en las empresas que producen grandes [sic] [¿para los “pequeños” se trata de otra cosa?] medios de producción.”⁶⁴ (“Los problemas de la planificación socialista” (mesas redondas de los) Cahiers du Centre d’études socialistas, n° 82 a 87, página 122)

Mandel ilumina con toda su ciencia la economía de la URSS, ¡gracias a Volkswagen! Pero Volkswagen sabe más que él, aparentemente, sobre la ley del valor. Para vender automóviles, sabe que los motores deben tener tal o cual precio, que hasta el último perno debe también tener un precio determinado, que en todos los estadios, que en cada operación parcial, quien manda es la ley del valor, que cada elemento de la mercancía es él mismo mercancía, sin que el elemento cambie sin embargo de propietario, antes de integrarse en la mercancía de la que es un componente. Si Volkswagen aplicase “las leyes de Mandel” en la fabricación de sus modelos... Fiat se alegraría: en poco tiempo conquistaría el mercado alemán. Después de todo, ¿puede ser que Mandel quiera ayudar sutilmente a la “interpenetración” de los capitales europeos en beneficio de Fiat? Sin embargo, si las materias primas, los medios de producción, circulan de una empresa de estado a la otra, y es necesario que una “contabilidad monetaria” de cuenta de esta circulación, esto expresa el hecho que la ley del valor no puede ser enviada al diablo como lo decretó Stalin durante los años 1929-30. Mandel que, decididamente, acumula sandeces, afirma:

“No es del todo cierto que la ley del valor es la única forma bajo la que se puede, de manera permanente y objetiva, contabilizar el trabajo social. Se puede contabilizar de otras diversas formas: se puede especialmente contabilizarla directamente en horas de trabajo (lo que no significa, evidentemente, que esta contabilidad debe expresarse en horas de trabajo; puede expresarse gracias a diversos patrones de medidas, incluyendo monetarias.”⁶⁵

Así, que la “contabilidad” del trabajo social se efectúe en horas de trabajo o “gracias a diversos patrones” (¿cuáles?) incluyendo monetarios, ¡es indiferente!

Cuestión de gustos, nada más, declara Mandel. Por cierto, el “genial economista” es prudente.

“Hay una diferencia fundamental entre moneda de cuenta y moneda medio de cambio, y la segunda no resulta automáticamente de la existencia de la primera”.⁶⁶

En efecto, la primera es la que resulta de la segunda. El dinero surge del intercambio de las mercancías, como su equivalente general. Ulteriormente se creó una moneda de cuenta, en referencia al equivalente general, capaz de expresar el valor de las mercancías en razón de su valor propio.

La exigencia de una contabilidad monetaria manifiesta la permanencia de la ley del valor. La contabilidad en horas de trabajo demuestra la liberación de la empresa de la ley del valor. La producción de medios de producción es inseparable del conjunto de la

⁶⁴ Mandel, “Les problèmes de la planification socialiste” (tables rondes des) *Cahiers du Centre d’études socialistes*, n° 82-87, página 122.

⁶⁵ *Ibidem*, página 120.

⁶⁶ *Ibidem*, página 15.

producción social, que en la URSS, y en los países de Europa del Este, continúa siendo una producción mercantil; por ello se impone la contabilidad monetaria. Mandel se adentra en el cuento estalinista de los “sectores independientes” de la producción (producción de los medios de producción, producción de los medios de consumo, producción industrial y agrícola) al contrario que Trotsky, que ponía el acento en el desarrollo proporcional y armonioso de los diferentes sectores de la producción. Y el “economista” Mandel ha olvidado, una vez más, que la fuerza de trabajo vivo es la fuerza productiva esencial, sin la cual los medios de producción naturales no podrían ser utilizados, sin la cual no existirían máquinas, sin la cual no se podría poner en marcha ningún otro medio de producción. Ahora bien, el trabajador individual la vende por su valor contra un salario. No se trata de un simple reparto, según su trabajo, medios de consumo, sino de un pago en valor. La forma monetaria no es una simple forma de contabilidad social, tiene un contenido: el valor. Se define en relación con la unidad de valor: el rublo. La inestabilidad de la unidad de valor complica considerablemente la planificación al mismo tiempo que testimonia sus desequilibrios. Que el proletariado, a través del estado obrero, sea propietario de los principales medios de producción, de la tierra, de los medios de producción bajo sus diferentes formas, incluyendo bajo la de la fuerza de trabajo colectiva, y que cada trabajador sea obligado a vender su fuerza de trabajo individual, es, sin lugar a dudas, la más llamativa de las contradicciones. La venta de la fuerza de trabajo como una mercancía, que caracteriza al modo de producción capitalista, la forma más desarrollada de la producción mercantil, se mantiene, pero en razón de la apropiación por el estado obrero de los principales medios de producción y de intercambio; la plusvalía ya no existe; el motor de la producción deja de ser la plusvalía y deviene la satisfacción de las necesidades sociales. No hace más que expresar la contradicción del período de transición. La URSS, los países de Europa del Este, China, están todavía lejos de ser la sociedad de la que habló Marx en la *Crítica del Programa de Gotha* en la que, sin embargo, dice él, el modo de reparto burgués se mantendría necesariamente durante un tiempo.

Cómo responde Trotsky y cómo responde la burocracia

El estadio inferior de la sociedad socialista, el comienzo de la construcción real del socialismo, depende de la apropiación por el proletariado de las fuerzas productivas del conjunto del modo de producción capitalista, a escala mundial, de la reorganización de la división internacional del trabajo, y de la reorganización a partir de ésta de las divisiones nacionales del trabajo. Trotsky expone perfectamente de qué se trata en algunas líneas:

“El proceso de construcción económica aún no se ha desarrollado en una sociedad sin clases. Los problemas relativos a la distribución del ingreso [renta] nacional constituyen todavía el eje central del plan. Cambia con el desarrollo de la lucha de clases y de los grupos sociales, y entre ellos de los distintos sectores del propio proletariado. Las cuestiones sociales y económicas más importantes son las siguientes: el vínculo entre la ciudad y el campo, es decir, el equilibrio entre lo que la industria obtiene de la agricultura y lo que le proporciona; la relación entre la acumulación y el consumo, entre el capital destinado a la producción de bienes de capital y el destinado a los salarios; la regulación de los salarios de las distintas categorías de trabajadores (obreros calificados y no calificados, empleados públicos, especialistas, la burocracia administradora); finalmente, la distribución entre los distintos sectores del campesinado de la parte de la renta nacional que va al campo. Por su misma naturaleza, estos

problemas no permiten soluciones *a priori* por parte de la burocracia atrincherada contra la intervención de los millones de personas afectadas por ellos.

La lucha entre los distintos intereses como factor fundamental de la planificación nos lleva al terreno de la política, que no es más que la economía concentrada. Los instrumentos de los grupos que componen la sociedad soviética son (o deberían ser) los soviets, los sindicatos, las cooperativas y, en primer lugar, el partido gobernante. Sólo se puede imprimir una orientación correcta a la economía de la etapa de transición por medio de la interrelación de estos tres elementos: la planificación estatal, el mercado y la democracia soviética. Sólo de esta manera se podrá garantizar, no la superación total de las contradicciones y desproporciones en unos pocos años (¡eso es utópico!) sino su mitigación, y en consecuencia el fortalecimiento de las bases materiales de la dictadura del proletariado hasta el momento en que una revolución nueva y triunfante amplíe la perspectiva de la planificación socialista y reconstruya el sistema.”⁶⁷

Al contrario de lo que pretende Mandel, la determinación de las necesidades sociales, como también el reparto de los medios de producción de cara a satisfacer esas necesidades sociales, todavía no puede ignorar el mercado, y los productos deben expresar en valor la cantidad de trabajo que cristalizan. No son (los medios de producción y medios consumo), pues, simples productos sino mercancías. La perecuación de la tasa de beneficio no es, sin embargo, una necesidad; los precios deberían tender a expresar más estrechamente el valor real y ser modificados según las necesidades sociales con conocimiento de causa. La perecuación de la tasa de beneficio es indispensable para el desarrollo proporcional de las diferentes ramas de la producción en el marco del modo de producción, que no puede remitirse más que a los mecanismos automáticos del mercado. Al estado obrero le es indispensable un conocimiento de los precios reales, determinados por la cantidad de trabajo socialmente necesario, para operar la modificación de precios, las transferencias de valor de una rama de la producción a la otra, determinar, orientar, organizar, según un plan, la producción, verificar la ejecución del plan, modificarlo. Pero los trusts librados a sí mismos y la producción orientada según la tasa de beneficio haría que se disolviese la planificación, la propiedad estatal de los medios de producción devendría formal.

La burocracia del Kremlin no puede más que equivocarse entre una planificación cada vez más arbitraria (fuente de despilfarro, distorsiones, precios arbitrarios, etc.) y la regulación por la acción directa del beneficio, es decir la dislocación de la planificación. Traspone a la gestión de la economía la lucha política por el mantenimiento de su monopolio político sobre el estado obrero degenerado, fuente de sus privilegios. Tropieza con el proletariado, al que procura obligar, tanto por la fuerza política como con la ayuda de medios económicos: salarios arbitrarios altamente diferenciados, tentativas para diferenciar y dislocar a la clase obrera. Expresa en la URSS la presión del imperialismo, tanto cuando entabla la carrera de armamentos, intenta organizar una economía independiente de la economía mundial, roba por mil medios a la economía de los países de Europa del Este, como cuando intenta integrar la economía de la URSS al mercado mundial y a la división internacional del trabajo. Aumenta las desproporciones, el despilfarro, la arbitrariedad económica y los antagonismos sociales en la URSS.

⁶⁷ León Trotsky; *La economía soviética en peligro*, en *Escritos*, Tomo III, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, páginas 410 y 411.

Mandel partidario de la construcción del socialismo en un solo país

“Hay una variante de esta interpenetración estalinista de los dos sectores (los dos sectores de propiedad de medios de producción: estatal y kolkhoziana) que es la variante del comercio exterior. Se nos dice: incluso si todos los medios de producción estuviesen estatizados en el interior de un estado obrero, la necesidad de la producción mercantil subsistiría aún a causa de la necesidad de los intercambios con el mundo exterior. No es más que la famosa repetición del famoso argumento de Stalin para justificar la supervivencia del estado en una sociedad socialista aislada, y puede ser refutado de la misma manera. Si verdaderamente, en una economía socialista altamente desarrollada que disfrutase de un nivel de productividad del trabajo muy elevado, tan elevado como el de los países capitalistas más avanzados, por razones internas, se pudiese llegar a hacer desaparecer la producción mercantil, ¡sólo el 5% o el 10% del producto nacional bruto sería objeto de intercambios con el extranjero que podrían ser causa del renacimiento o mantenimiento de la producción mercantil en el interior del país!” (los puntos exclamativos son de Mandel)⁶⁸

Da una respuesta que es una verdadera estafa en el contexto en que la utiliza:

“La producción mercantil sobrevive en esta sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo esencialmente a causa del nivel insuficiente del desarrollo de las fuerzas productivas... La sociedad no dispone todavía de una cantidad suficiente de valores de uso para satisfacer las necesidades razonables [nada que hacer, Mandel es un bragazas: “las necesidades razonables”] de los trabajadores.”⁶⁹

Hipócritamente Jocrisse-Janus-Germain-Mandel se desliza de la URSS a una sociedad de transición en general entre el capitalismo y el socialismo. Después se une a Stalin haciendo como que se desmarca. ¿Qué puede ser una “sociedad socialista aislada”? ¡A buen seguro que la URSS!, cuyo comercio exterior no sobrepasa del 5% al 10 % del producto nacional bruto. Será suficiente con que la productividad del trabajo en la URSS sea tan elevada como la de los países capitalistas, para que la producción mercantil desaparezca a consecuencia de “cantidades suficientes de valor de uso para satisfacer las necesidades de los trabajadores”. Si, no obstante, éstas son “razonables”. Se trata de la construcción del “socialismo en un solo país”.

Janus-Germain-Mandel, tras haber unificado pacíficamente a Europa Occidental, construye el “socialismo” no menos pacíficamente en Europa Oriental y en la URSS. Así, la economía capitalista europea integrada en Europa Occidental, y la economía “socialista” en Europa del Este y en la URSS, se desarrollarán muy gentilmente codo con codo la una con la otra, en la mejor de las “interdependencias”. ¡Perdón! ¡Perdón! Se enfada Mandel, cuya alegría queda arruinada, yo también escribo:

“El fondo del problema es la determinación democrática de los objetivos prioritarios del plan por la masa de los mismos trabajadores, reunidos en congreso de los consejos obreros y confrontados a las diversas variantes del plan entre las cuales pueden escoger. La democracia socialista en el plano político tiene esencialmente la función de hacer posible y eficaz la elección, es decir permitir la libertad de información, de discusión y de organización que permite a los trabajadores escoger la variante que mejor conviene con conocimiento de causa.”⁷⁰

⁶⁸ Mandel, “Les problèmes de la planification socialiste” (tables rondes des) *Cahiers du Centre d'études socialistes*, n° 82-87, página 117.

⁶⁹ *Ibidem*, página 117.

⁷⁰ *Ibidem*, página 138.

Amablemente Mandel también escribe:

“Desde 1960, se está a punto de hacer la reforma de los precios en la Unión Soviética. Se hace mediante sucesivas encuestas y se trata especialmente, con la ayuda de máquinas electrónicas de cálculo, de efectuar el cálculo en horas de trabajo. Se trata de un considerable esfuerzo de cálculos de una enorme complejidad. La solución puramente pragmática que puedo sugerir [¿a quién, si no a la burocracia?] en lo inmediato, es hacer un inventario total, es decir partir de cero, efectuar en cada rama industrial, a partir de todas las empresas de cada rama, la suma total de gastos de trabajo, llegar así a medias, evaluar los costes de producción a partir de esta encuesta, costes que serán considerados pues [¿o cómo?] precios reales y, a partir de estos precios establecidos, esta doble contabilidad.”⁷¹

El partidario de la “democracia socialista” se ha transformado en consejero económico de la burocracia. ¿Cómo se resistiría a participar en un “gabinete de peritos” de la burocracia puesto que?

“las exigencias objetivas del desarrollo económico, *vistas a través del prisma de los intereses* de esta burocracia, reclaman reformas económicas que se introducen poco a poco en esos países. Las reformas pueden ser resumidas en la fórmula: “racionalización de la gestión burocrática”. Se trata de substituir a “burócratas políticos” puntillosos, brutales, por burócratas “esencialmente tecnocráticos, más refinados y sabios”.⁷²

Y Mandel tiene su lugar en todas partes en que se encuentren gentes refinadas y sabias. En cuanto a la “democracia socialista”, da una idea:

“me pregunto si no es mejor organizar un referéndum sobre la cuestión de saber si se prefiere trabajar treinta y cinco horas en lugar de cuarenta... mucho más que resolverlo mediante los mecanismo ciegos del mercado.”⁷³

¿Quién se atreverá a decir que Mandel no es un genio particularmente sabio? Nadie había pensado todavía en organizar la producción mediante referéndum. Nadie podía pensarlo... excepto él.

El motivo profundo del mantenimiento de las categorías mercantiles en la URSS, en los países de Europa del Este y China, así como las desproporciones en la economía es sin lugar a dudas el nivel insuficiente de las fuerzas productivas. Pero ¿es reducible a la economía de la URSS, de los países de Europa del Este y China? ¡No! El retraso de las fuerzas productivas en la URSS, su desarrollo a costa de desproporciones, de crisis de la planificación, es imputable ante todo a la “teoría de la construcción del socialismo en un solo país”. Las categorías mercantiles desaparecerán en la URSS, Europa del Este y China, cuando la economía de esos países esté integrada como una de sus componentes en la división internacional del trabajo, cuando participe en la planificación a escala de Europa y del mundo bajo la dictadura del proletariado y cuando se beneficie de ello. La sociedad “socialista aislada” es imposible pues, una vez más, una de las principales fuerzas productivas es, precisamente, la división internacional del trabajo. Alemania, Francia e Inglaterra, por no hablar de los EEUU, pueden incluso menos que la URSS o China, practicar la autarquía socialista. El desarrollo de las fuerzas productivas les exige, más imperativamente cuanto más se desarrollan, su integración plena y entera en la economía mundial. Mandel, una vez más, revisa a Lenin y Trotsky. No ha entendido, o no ha querido entender, nada sobre el “imperialismo, fase superior del capitalismo”,

⁷¹ *Ibidem*, página 128.

⁷² *Ibidem*, página 138.

⁷³ *Ibidem*, página 160.

sobre la revolución proletaria mundial, sobre la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Los ejemplos de Checoslovaquia y de la RDA

La burocracia del Kremlin, las burocracias satélites, han intentado desesperadamente “alcanzar y superar” la productividad del trabajo de los países capitalistas más avanzados, pero les es imposible en los límites de una “sociedad socialista aislada”. Por ello ni son ni pueden ser “una sociedad socialista”.

El ejemplo de Checoslovaquia es particularmente ilustrativo, así como el de Alemania del Este, precisamente porque sus economías están más desarrolladas que las de los otros países de Europa del Este.

La industria metalúrgica, la industria mecánica, checas, antes de la guerra estaban entre las más altamente cualificadas del mundo. Hoy en día, su retraso tecnológico se sitúa, en relación con las industrias de los países capitalistas más desarrollados, alrededor de hace veinte años. En 1929, la parte de las exportaciones de Checoslovaquia en el ingreso nacional se elevaba al 30%. Ha descendido alrededor del 12% al 14%. Por el contrario, ese país de 15 millones de habitantes produce el 80% del suministro mundial de máquinas. Esta falta de especialización se corresponde con la concepción de la construcción del socialismo en un solo país, con la imposibilidad de aprovisionarlo en los países altamente industrializados. El profesor Ota Sik, entonces vicepresidente del gobierno, explicaba en la televisión el 1 de julio de 1968:

“... Si son necesarios 186 kilos de acero para una producción de 1.000 dólares en la industria metalúrgica estadounidense, la misma producción en Checoslovaquia exige 435 kilos de acero.”

Y más:

“... Para obtener el mismo crecimiento de la renta nacional se precisa una inversión cuatro veces más elevada que hace ahora diez años.”

El resultado en el plano económico se ha traducido brutalmente a principios de los años sesenta.

La revista checa *Hospedarwe Noviny* sitúa el aumento de la renta nacional entre 1958 y 1963 así:

1959	+ 6%
1960	+ 8%
1961	+ 6,7 %
1962	+ 1,4%
1963	- 3,7%

“De 1961 a 1963, la producción agrícola ha sufrido una caída considerable (del orden del 20%), ahora será inferior a casi un cuarto de lo que fue en 1936”

Después la situación no ha mejorado. Resulta de la gestión burocrática y de la concepción de la construcción en un solo país, no solamente en Checoslovaquia sino también de las relaciones que, sobre esta base, se establecen con la URSS y los países de Europa del Este y que literalmente ahogan a este país altamente industrializado, que antes ocupaba un lugar de primer plano en la división internacional del trabajo.

El comercio se ha efectuado sobre una base unilateral entre países de Europa del Este hasta 1964. Después, se han realizado operaciones de clearing pero en moneda no convertible, en rublos, no utilizable en el mercado mundial.

El comercio exterior de Checoslovaquia puede dividirse en tres sectores:

1.- Con los países de Europa del Este y con la URSS.

- 2.- Con los países económicamente atrasados, en función de las relaciones políticas.
- 3.- Con los países capitalistas avanzados.

Checoslovaquia tiene un papel “privilegiado” en el primer y segundo sectores. Así, ha suministrado a la URSS en 1960 un crédito en bienes de equipo de 300 millones de dólares para obtener a cambio materias primas, petróleo, minerales. En 1966, suministró un segundo crédito de 550 millones de dólares. Estas facilidades financieras permitieron explotar nuevos yacimientos petrolíferos descubiertos en la URSS. A cambio, Checoslovaquia pagó hasta 1964 la tonelada de petróleo bruto a 20,8 dólares, el doble del precio en el mercado mundial (10,4). Paga todavía a 16,8 dólares la tonelada desde 1964. El salto de la balanza comercial de Checoslovaquia con los países de Europa del Este y con la URSS es generalmente acreedor, pero no es utilizable para el comercio con los países capitalistas económicamente desarrollados al estar bloqueado en rublos no convertibles. La crisis de la economía checoslovaca ha hecho urgente la obtención de crédito en dólares, en marcos, en francos o en libras, que la URSS es incapaz de suministrar. También se gira hacia el Oeste para intentar obtener créditos que deberían alcanzar diversos centenares de millones de dólares.

Como es uno de los países más industrializados y económicamente desarrollados y que está, por tanto, integrado en la división internacional del trabajo, Checoslovaquia expresa con más agudeza la crisis general de la gestión burocrática de la economía planificada y la quiebra de la concepción de la construcción del socialismo en un solo país. Ha alcanzado el punto en que la burocracia y los límites nacionales han devenido un obstáculo absoluto para el crecimiento de las fuerzas productivas.

La RDA ha conocido un período extremadamente difícil, correspondiente a aquel en que la “teoría de la construcción del socialismo en un solo país” fue llevada hasta la caricatura: cada país de Europa del Este construía en particular su pequeño socialismo. Región sin materias primas, dotada de una industria principalmente de transformación, de una agricultura deficitaria como la del resto de Alemania, la tentativa de edificar una economía autosuficiente, todo ello en conjunción con la separación del resto de Alemania, llevó a una situación económica catastrófica. La reforma de 1963-66 tuvo como objetivo confesado: “la conquista de los mercados mundiales”. Implicaba la especialización de la producción y precios competitivos en el mercado mundial. El esfuerzo se ha centrado principalmente en las electro-técnica, electrónica y construcción de máquinas. Se han obtenidos resultados en esas ramas, pero en detrimento de otras ramas tan importantes como la química, que sufren dificultades. En 1968 y 1969, desde el mes de diciembre, a la población le ha faltado electricidad y combustibles sólidos (lignito, carbón). La economía de la RDA se integra en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo en dos direcciones: por una parte, suministra el 27% de sus importaciones de máquinas a la URSS, que le suministra en retorno materias primas, en general a precios muy superiores a los del mercado mundial; por otra parte, importa patentes y máquinas de Occidente, sobretudo de la RFA de la que es deudora. Para “conquistar los mercados mundiales” la RDA se ve obligada a adaptarse a las condiciones del mercado mundial, a aumentar sus intercambios con la RFA, que cubren ahora un décima parte de sus intercambios, tanto como sus intercambios con todos los otros países occidentales, cuando esto no representa más que el 1,6% del comercio exterior de la RFA, solicitar créditos, importar como todos los otros países del Este plantas industriales completas.⁷⁴

⁷⁴ Para tener una visión más detallada de las relaciones económicas entre el Oeste y el Este, entre los países del Este entre ellos, de la revisión de los precios, ver el artículo de Michel Varga, “La crise du conseil d’assistance économique mutuelle” (“La crisis del Consejo de Asistencia Económica Mutua”) aparecido en los números 544-545-547 de *La Vérité*.

Es significativo que la reforma de los precios en todos los países de Europa del Este, incluyendo a la URSS, toma como base los precios mundiales (otra vez Mandel montará en cólera pues él no ha “sugerido” esto sino la contabilidad económica en horas de trabajo). La presión del capital internacional sobre la URSS y los países de Europa del Este es tanto más grande cuanto las relaciones políticas entre la burocracia de la URSS y las burocracias satélites, de éstas entre ellas, están ligadas indisolublemente y son antagonistas. Dependen unas de las otras y las burocracias satélites de la burocracia del Kremlin, a causa de su origen histórico; todo resquebrajamiento en el seno de una de ellas repercute en el seno de las otras. Profundas grietas abiertas en el seno de la burocracia del Kremlin serían un signo de muerte a corto plazo para todas las burocracias satélites. Pero cada una de ellas defiende contra las otras sus intereses específicos, su base nacional, comenzando por la de la URSS que exporta sus contradicciones imponiéndoles a las otras sus precios, el rublo como moneda de cuenta, que las obliga a especializarse en producciones que ella necesita, incluso a “invertir en la URSS”. La RDA acaba de “aceptar”, tras los ejemplos de Checoslovaquia, en julio de 1969, invertir “capitales” en la URSS. Por otra parte, cada burocracia intenta establecer, en función de sus intereses específicos, lazos propios con los países capitalistas de Europa Occidental. La carrera de “créditos” rinde cuenta de la naturaleza de esas relaciones. Según una estadística de la OCDE citada por *Le Monde*, los países de Europa del Este y la URSS habrían obtenido estos últimos años 1.939 millones de dólares en créditos (10,6 mil millones de francos), o sea alrededor del 15% del total de los créditos a más de cinco años otorgados, cuando la parte de esos países en los intercambios de las naciones industrializadas de la OCDE no alcanza el tercio de ese porcentaje. Se reparten así: a la URSS 1.014 millones de dólares, 409 a Rumania, 229 a Polonia, 116 a Checoslovaquia, 96 a Bulgaria, 45 a Hungría, 15,8 a la RDA.

La tenaza de las fuerzas de clase

El imperialismo tuvo que abandonar Europa del Este al control de la burocracia del Kremlin. Amenazado por la intensiva lucha de clases del proletariado europeo, a pesar del Plan Marshall, del Pacto Atlántico, de la presión económica, política y militar sobre la URSS y los países de Europa del Este, no pudo impedirle a la burocracia del Kremlin que extendiese las relaciones sociales de producción nacidas de Octubre a los países que controlaba, teniendo en cuenta que los estados burgueses y las burguesías locales estaban desmanteladas en ellos. Pero estas relaciones sociales de producción están aun más deformadas en Europa del Este que en la URSS. El pillaje de la burocracia del Kremlin, conjugado con la construcción del “pequeño socialismo en cada pequeño país” ha hecho más sensible su separación del mercado mundial y de la división internacional del trabajo. Las relaciones sociales de producción han permitido, sin embargo y gracias a la movilización de todos los recursos, el desarrollo hasta un cierto punto de las fuerzas productivas, como permitieron en la URSS reconstruir su economía devastada por la guerra y proseguir su crecimiento. A pesar de los despilfarros, de las distorsiones, se trata en este caso del crecimiento de las fuerzas productivas, pues al contrario del desarrollo de los medios de producción en los países capitalistas, el volante de arrastre de la economía en su conjunto no es la economía de armamento sino la satisfacción de las necesidades sociales.

Las necesidades sociales que prevalecen son, naturalmente, las de la burocracia parasitaria. Sin embargo, debe tener en cuenta las necesidades sociales de la clase obrera al menos en cierta medida, incluso si las interpreta y selecciona.

La potencia política de la burocracia del Kremlin ha logrado encerrar el crecimiento de las fuerzas productivas en los límites de los estados nacionales de Europa del Este y de la URSS. Aislándolas arbitrariamente de sus lazos necesarios con las del resto de Europa, hasta cortar en la carne viva del proletariado alemán, así como el imperialismo lo lograba también sobre otras bases gracias a la potencia del capitalismo estadounidense y con el apoyo de las burocracias obreras, jugando un papel determinante las de los PC occidentales. La economía de los países de Europa del Este y de la URSS es verdaderamente el producto de la revolución proletaria contenida, limitada, truncada y desfigurada. Los plazos pueden ser más o menos largos, pero no puede mantenerse en ese estado. Le es necesario ir hacia delante, hacia el socialismo, o hacia atrás, hacia el capitalismo: el crecimiento de las fuerzas productivas, sus distorsiones, plantean concretamente este dilema. Al mismo tiempo, la necesidad de forzar las barreras de la economía planificada, del monopolio de estado del comercio exterior, se hace más imperiosa para el imperialismo. La burocracia del Kremlin y las burocracias parasitarias están cogidas como en unas tenazas entre estas exigencias contradictorias. En la URSS, en los países de Europa del Este, la crisis de la planificación traduce la necesidad urgente de la reorganización de las fuerzas productivas: armonización del desarrollo de los diferentes sectores de la producción, de la división del trabajo entre los diferentes países de economía planificada a partir de las mismas relaciones sociales de producción, de la propiedad estatal de los principales medios de producción e intercambio, y, englobándolo y ordenándolo todo, la necesidad de extender las relaciones sociales nacidas de la Revolución de Octubre al resto de Europa y del mundo, a fin de organizar sobre nuevas bases la división mundial del trabajo. La burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, radicalmente opuestas a la elaboración por los trabajadores de la planificación, de la reorganización de la división del trabajo entre los países de economía planificada, a la revolución proletaria en los países capitalistas económicamente desarrollados, defienden empíricamente el *estatus quo* en Europa y en el mundo... sin llegar a lograrlo.

En última instancia, refractan en la URSS y en los países de Europa del Este la presión del imperialismo, se lanzan a la competencia internacional, reajustan la gestión de la economía según las exigencias de esta competencia, le hacen la cama a la penetración imperialista y dislocan la planificación. Los intercambios no son neutrales en su forma, en su estructura actual, entre la URSS, los países de Europa del Este y los países capitalistas. Obligan a la burocracia del Kremlin y a las burocracias satélites a dejar operar automáticamente la ley del valor, dislocan la planificación. A través de los intercambios Este-Oeste, la lucha de clases se manifiesta para ventaja del imperialismo en este dominio porque es la burocracia parasitaria quien gestiona la planificación de la economía.

La discusión, al margen del conjunto de esas relaciones, de las “reformas económicas”, de las virtudes o perjuicios recíprocos del mercado, de la ley del valor, de la planificación y de los intercambios comerciales Este-Oeste, es una mistificación. La planificación en la URSS, en los países de Europa del Este así como en China, no puede enviar al diablo a la ley del valor, a las categorías mercantiles, al mercado. No puede dispensarse de estar inserta en la división mundial del trabajo. La verdadera cuestión es saber: ¿quién gestiona y a partir de qué política? La clase obrera gestionará el estado obrero regenerado utilizando el mercado y la ley del valor. No podrá hacer otra cosa pues el desarrollo de las fuerzas productivas es insuficiente para asegurar el automatismo del desarrollo de la economía sobre la base de las relaciones sociales de producción salidas de la Revolución de Octubre, por una razón evidente: la ley del valor y las categorías mercantiles sólo puede desaparecer cuando el modo de producción

social basado en la propiedad colectiva de los medios de producción englobe y supere los avances del modo de producción capitalista, por tanto también la división mundial del trabajo desembarazada de sus contradicciones. Pero utilizando las leyes del mercado reforzará la planificación puesto que será capaz de realizar con conocimiento de causa las transferencias de valor de una rama de la producción a otra, de determinar los objetivos sociales a lograr en la elaboración y realización del plan, en razón de la participación activa de los productores, de la clase obrera. Conjuntamente al interrogante: ¿quién gestiona, en Europa del Este y en la URSS, la planificación y en beneficio de quién?, se plantea este otro ¿quién romperá la división de Europa y el mundo en dos modos de producción social? ¿Será el imperialismo, será el proletariado? En el primer caso esto sería “la reacción en toda la línea”: si el más potente imperialismo impone su ley a sus competidores y destruye las conquistas de la Revolución de Octubre, reduciría a la clase obrera del Oeste y del Este a la decrepitud si no a la destrucción. En el segundo caso el proletariado tiene que derrocar a la burguesía en cada país, expropiar a la burguesía en el Oeste de Europa; tiene que derribar a la burocracia del Kremlin y a las burocracias satélites, realizar la revolución política allí donde la burguesía ha sido expropiada, regenerar a los estados obreros. Tanto en el Oeste como en el Este de Europa, la consigna y perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa ordena y unifica la lucha del proletariado. El combate comenzó con la Revolución de Octubre, la oleada revolucionaria, incluso limitada y contenida, de fines y de pos Segunda Guerra Mundial, reforzó las posiciones conquistadas por la clase obrera europea, bajo la apariencia de la división del mundo en “bloques”. Apoyada en las posiciones conquistadas, la clase obrera de Europa hizo frente a la reacción imperialista. Se levantó contra las burocracias parasitarias y expoliadoras que, en último análisis, son en el Este de Europa y en la URSS las mejores ventajas con que cuenta el imperialismo, igual que el aparato internacional del estalinismo pasado del lado del mantenimiento del orden burgués en el mundo.

Tras un momento de retroceso, la clase obrera europea vuelve al asalto. Tal es la significación de mayo-junio 68 en Francia, del combate entablado por el proletariado en Checoslovaquia.

Revolución social y revolución política están estrechamente imbricadas. Forman una totalidad. La Europa de mañana será un montón de escombros o será la de los Estados Unidos Socialistas de Europa. Cogida entre unas tenazas, la burocracia parasitaria será ineluctablemente borrada. Pero ¿quién vencerá, el imperialismo o el proletariado?

Finalmente, los Janus-Germain-Mandel, los renegados a la IV Internacional, se alinean igualmente al lado del mantenimiento del orden burgués. En el fondo, aquí radica el secreto de sus “teorías” sobre la pasividad y también la derrota del proletariado europeo, la clase obrera europea “aristócrata” en su conjunto, la “interpenetración de los capitales”, la “sociedad socialista aislada disponiendo de las fuerzas productivas más desarrolladas”. Hoy en día como ayer, estos son los guarda flancos de la burguesía y de los aparatos burocráticos. Ninguna extrañeza por que en nombre de la “IV Internacional”, alimenten a los revisionistas de toda suerte, a los “teóricos” burgueses y pequeño burgueses de todo calibre, con “teorías” tan numerosas y diversas como variables. El pablismo no se define por una teoría sino por una continuidad política: la de la capitulación constante ante la burguesía y los aparatos burocráticos.

III. LA VÍA FRÍA CORTADA, REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN AL ORDEN DEL DÍA

Apogeo y decrepitud de la democracia burguesa parlamentaria

Los Germain-Mandel, los renegados a la IV Internacional, tienen en su activo el descubrimiento de una teoría (otra más) eminente: según ellos, la democracia burguesa, el parlamentarismo, o, a la inversa, el bonapartismo, eventualmente la dictadura política abierta, resultan directamente de la estructura del capital:

“Al período liberal y de competencia del capitalismo le ha correspondido la democracia burguesa parlamentaria: la cámara, lugar de negociación y de discusión de los diferentes representantes de las diversas fracciones de la burguesía, ha podido servir tanto para oficializar una determinada relación de fuerzas entre la clase obrera y el capital, para sacar rendimiento, mediante la adopción de decretos-ley [¿? ¡!] más o menos progresistas [¿? ¡!] a una situación nueva creada por los movimientos repetidos de las masas obreras.

La creciente monopolización de las empresas capitalistas contrarresta estas dos funciones.

No hay ninguna necesidad de negociación inter-burguesa para repartir el ingreso nacional y ejercer el poder: únicamente la dominación económica de los monopolios tiene los medios para su política. Se corresponde, pues, con la sociedad burguesa de 1958.”⁷⁵

¿No es más simple así: liberalismo económico + movimientos repetidos de la clase obrera = democracia burguesa parlamentaria; inversamente: capitalismo de los monopolios = bonapartismo o dictadura abierta? Lástima, esta bella simplicidad no se corresponde con la realidad. Los regímenes políticos de Napoleón I y Napoleón II son los del bonapartismo clásico, el de Luís-Felipe era un régimen censatario. El parlamentarismo democrático burgués, bajo esos regímenes, fue ya una ficción, fue ya extremadamente limitado, aunque hayan sido formas de la dominación política de la burguesía. Inglaterra, tierra elegida del liberalismo económico clásico, no conoció el sufragio universal hasta 1911. La huelga general de 1900 fue necesaria para imponer el sufragio universal en Bélgica. Las leyes de excepción golpearon a la socialdemocracia alemana hasta 1888. Las libertades de prensa, de organización, salvo irrupción revolucionaria como en 1848, no fueron verdaderamente logradas en el conjunto de Europa hasta 1880, y aun sólo en los países de Europa económicamente más desarrollados. El caso de los EEUU es particular: la democracia parlamentaria burguesa tiene sus raíces en la guerra de Independencia; nació al mismo tiempo que se formaba la nación estadounidense, está ligada a la marcha hacia el Oeste, a los inmensos recursos de América del Norte y de su puesta en valor por una población constantemente en movimiento y continuamente renovada por la inmigración. El liberalismo político, la democracia burguesa parlamentaria, no se corresponden, ni manifiesta ni mecánicamente, con el liberalismo económico, que, por otra parte, nunca fue pleno y entero. Por otra parte, el parlamentarismo burgués nunca ha engendrado una especie de

⁷⁵ Resoluciones del 1er Congreso de la Ligue Communiste, *Cahiers Rouge*, nº 10-11, páginas 82-83.

gobierno “colectivo” de la burguesía. La gestión de la sociedad burguesa siempre estuvo asegurada en beneficio de una capa particular de la burguesía.

Mucho más, la democracia parlamentaria burguesa alcanzó su apogeo durante las décadas de formación, crecimiento y cristalización del capital de los monopolios, del capital financiero, de plena expansión del imperialismo, en el momento del reparto del mundo entre los imperialismos más potentes, mientras que la clase obrera de los mismos países se organizaba como clase en el seno de los sindicatos y de los partidos socialdemócratas, entre 1880 y 1910. En realidad, en ese momento, el modo de producción capitalista llegó a la cumbre de su curva ascendente. La sociedad burguesa en los países capitalistas dominantes estaba en su apogeo histórico. El capital, cubría, en un último aliento, la tierra entera mediante una nueva expansión de las fuerzas productivas, al mismo tiempo que aparecían los signos de su fosilización y de su decadencia próxima y brutal. Esta puesta en valor, extensiva e intensiva, del capital fue también su apoteosis. El capital financiero que se formaba y cristalizaba tenía los medios para engrasar los engranajes de la sociedad burguesa. El parlamento era el lugar propicio, la forma institucional en que se elaboraban los compromisos en el seno de la burguesía, asegurando al mismo tiempo la dominación del capital financiero que se formaba y cristalizaba. En Francia, el Partido Radical condensó el funcionamiento y las relaciones de la democracia parlamentaria burguesa. Sus dirigentes estaban ligados, dependían, del capital financiero y defendían sus intereses. Por su base, aseguraba los fundamentos y la dominación del capital financiero sobre la pequeña burguesía.

Los políticos pequeño burgueses del partido radical aseguraban un movimiento indispensable para la democracia parlamentaria burguesa: hacían valer los intereses de la pequeña burguesía cerca del capital financiero y sometían a aquélla a las exigencias de éste. Partido por excelencia del capital financiero francés, el Partido Radical no fue menos por excelencia el de la democracia parlamentaria burguesa. Todavía es preciso señalar que todo no pasa como en el mejor de los mundos. Violentos enfrentamientos enfrentaban a las diferentes capas de la burguesía. Y, sobretodo, la clase obrera debió, por sus combates y la construcción de sus organizaciones de clase, conquistar las posiciones que ocupa en el seno de la democracia burguesa. Simplemente, la democracia parlamentaria burguesa amortigua los choques en el seno de la burguesía y entre las clases. El capital financiero logró dar elasticidad a las relaciones sociales corrompiendo a las fracciones dirigentes del movimiento obrero, al aparato de las organizaciones obreras, que se instalaban en la sociedad burguesa, y, mediante concesiones económicas y políticas, a la clase obrera. Pero es preciso que posea los medios. La democracia parlamentaria burguesa es una relación política entre las diferentes capas de la burguesía, entre la burguesía y el proletariado, que se establece sobre el fondo de la dominación del capital financiero en su fase ascendente. Este género de relación política es exclusividad de los países capitalistas dominantes que participan en el club de las grandes potencias imperialistas en el momento en que ellas se reparten el mundo. Puede prolongarse en la época de la decadencia imperialista, de la fosilización del capital financiero, en razón de las tradiciones, de la fuerza política del proletariado, del equilibrio de las fuerzas de clase fundamentales. Incluso puede surgir, momentáneamente, cuando la clase obrera arrastra a las masas pequeño burguesas y campesinas, irrumpe en la escena política, sin ser capaz de acabar la tarea, y la burguesía pueda rechazarla inmediatamente, en los países económicamente atrasados. Está históricamente condenada por las mismas razones que la revolución proletaria está al orden del día cuando estalle la crisis del imperialismo, fase superior del capitalismo: la quiebra de la democracia burguesa es la expresión política de la putrefacción del modo de producción como la guerra imperialista es otra expresión de ello. El

capitalismo ha devenido incapaz de desarrollar las fuerzas productivas; el capital financiero debe recurrir a otra forma de dominación política: la vuelta atrás hacia el bonapartismo o hacia la dictadura abierta, que se diferencian de los bonapartismos o de las dictaduras de la época anterior, como el gateo se distingue de la infancia.

El capital monopolista, el capital financiero, el imperialismo deviene incompatible con la democracia parlamentaria a causa de su incapacidad para desarrollar las fuerzas productivas.

La curiosa concepción que deduce mecánicamente la forma política de dominación de clase debe tener algunas razones.

La Ligue Communiste nos ilumina:

“Antes de la guerra los períodos de fuertes tensiones sociales aparecían como consecuencias, más o menos directas, de la marcha cíclica de la economía. Siguiendo la radicalización del movimiento obrero, la burguesía no tenía otra elección más que aplastarlo físicamente (fascismo) cuando su poder de estado estaba directamente amenazado, o pactar con él a través de sus dirigentes reformistas (política del Frente Popular). La política de Frente Popular, bajo la cobertura de una participación obrera en los instrumentos legales del poder, le permitía a la burguesía conservar de hecho su poder de estado a cambio de mejoras en la suerte de la clase obrera.”

He aquí una explicación en el más puro estilo del centrismo. La clase obrera arrancó en Francia concesiones a la burguesía a pesar del frente Popular. Tras la fachada de los frentes populares y de la participación de las organizaciones obreras en el poder burgués, se preparan generalmente los golpes de fuerza militares como en España; o la llegada más legal del mundo al poder en Alemania, por ejemplo, de los gobiernos bonapartistas que precedieron por poco el acceso al poder no menos legal de Hitler. Los frentes populares, o la participación en el poder burgués de los partidos obreros, contienen al proletariado. Son la antecámara de los golpes de estado militares, y por lo menos de un estilo de bonapartismo particular, si no del fascismo, justamente porque la democracia burguesa se revela cada vez menos capaz de asegurar la dominación política del capital financiero. En Francia, el 6 de febrero de 1934 llevó al poder a gobiernos bonapartistas bastardos del género de Doumergue, Flandin, Laval, Sarrault, que gobernaron mediante decretos-leyes, dejando subsistir a un parlamento y formas de democracias parlamentarias burguesas degeneradas. La respuesta de las masas el 12 de febrero de 1934 preparó la huelga general de 1936. El Frente Popular frenó a los trabajadores, le dio al capital financiero los medios para hacer volver a funcionar, en apariencia, los mecanismos parlamentarios y preparar, tras esta pantalla, la contraofensiva. A penas dos años más tarde, Daladier, nuevo Bonaparte de pacotilla, vestido con los andrajos parlamentarios, obtenía los plenos poderes; gobernaba mediante decretos-leyes y lanzaba rudos golpes a la clase obrera. “Acabada la semana de dos domingos”, reía con sarcasmo y cinismo Paul Reynaud.

La Ligue Communiste prosigue:

“Tras la guerra, a través del período de reestructuración del capitalismo, y de expansión sensiblemente continúa de la economía, el problema se planteó en términos diferentes: la burguesía era capaz de hacer un cierto número de concesiones al movimiento obrero, especialmente en el dominio del poder de compra. Por el contrario, la necesidad de planificar de forma rigurosa las inversiones cada vez más costosas, el desarrollo de las capacidades excedentarias de producción, hacían bajar la rentabilidad del capital imponiéndole a la burguesía previsiones a largo plazo *que no podían cuestionarse sin graves perturbaciones*, ellas mismas condicionadas tanto por la

búsqueda del beneficio máximo como por la necesidad política frente al ascenso revolucionario mundial.

También el objetivo esencial de la burguesía es la estabilidad, la “paz social”. Al mismo tiempo que busca hacer el poder central cada vez menos sensible a las sacudidas sociales (tendencia al estado fuerte), está presta a ceder algunas ventajas a la clase obrera (aumento de los salarios, disminución del tiempo de trabajo), con la condición que estén previstas, planificadas. Según las coloraciones, esto se llama política de rentas, participación, justo reparto de los frutos del trabajo, pero ello tiende visiblemente a una cosa: evitar los choques, los aumentos de salarios “demasiado importantes”, los paros del trabajo “intempestivos”, todo aquello que pueda desequilibrar las previsiones.

Tal es el sentido de la política de integración del movimiento sindical, intentada con mayor o menor éxito por todas las burguesías europeas desde hace veinte años. A fin de obtener la paz social, buscan negociar con las organizaciones sindicales *reconocidas por los trabajadores*, aceptan cederles cierto número de ventajas que prevé, los sindicatos se comprometen a su costa a no desencadenar movimientos “desconsiderados” que puedan paralizar la producción, y entrar en conflicto con los planes capitalistas.”⁷⁶

Con otras palabras: liberalismo económico igual a anarquía de la producción y, en consecuencia, democracia burguesa parlamentaria; capitalismo de los monopolios igual a planificación de la producción, planificación de los beneficios, del crecimiento de los salarios reales, de la mejora de las condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera, pero (toda medalla tiene su reverso) se acabó la democracia parlamentaria burguesa. “El objetivo esencial de la burguesía es la estabilidad, la “paz social””. Tal sistema sería de una solidez remarcable. Significaría que, lejos de haber agotado su papel históricamente progresivo, el modo de producción capitalista recela y desarrolla nuevas virtualidades. La acción a llevar adelante debería ser, en el mejor de los casos, fundamentalmente reformista. La lucha de clases no debería superar esos límites. En realidad, toda acción revolucionaria acabaría en reformas. El método y los análisis de los renegados a la IV Internacional alimentan la práctica de las burocracias obreras, especialmente de las de las centrales sindicales. Como máximo podrían situarse a su “izquierda”, pero en el mismo plan. Al menos que su práctica no proceda de su análisis y que, por el contrario, su análisis sea destinado a “justificar” su práctica política. Tal es el caso.

Las relaciones políticas entre las clases han obligado a las burguesías europeas a sufrir, desde el final de la guerra, la democracia parlamentaria burguesa. Una modificación radical de la forma de dominación política burguesa comportaba enormes riesgos. Suponía que, en los principales países de Europa, la burguesía dispone de los medios políticos capaces para destrozarse físicamente al proletariado, para triturarlo. Le era necesario correr el riesgo de una guerra civil de resultado incierto y que, en cualquier caso, habría sido devastadora para las burguesías europeas ya decadentes. Semejante solución rebajaba a las burguesías de las viejas potencias imperialistas europeas al rango de las burguesías griega y española: perspectiva poco gratificante. Mientras que el imperialismo estadounidense pudiese sostenerlas en brazos, mientras que las burocracias estalinistas, reformistas y sindicales, lograsen contener a la clase obrera, a toda costa, la democracia parlamentaria burguesa comportaba aún menos riesgos. Era el menor mal. Sobrevivía. La clase obrera no debía por ello dejar de combatir a fin de arrancar un poder de compra y condiciones de vida comparables a las de antes de la guerra. A la clase obrera francesa, alemana, belga, etc., les fueron

⁷⁶ *Ibidem*, página 108.

necesarios más de diez años para lograrlo, y la inflación cuestionaba sin cesar los resultados adquiridos. De alguna manera, las principales burguesías europeas, a consecuencia de la caída brutal del poder de compra, del deterioro de las condiciones de trabajo y de vida del proletariado europeo en vísperas y durante la segunda guerra imperialista, disponían de un importante margen de maniobra utilizable gracias a la política de las burocracias de origen obrero, que contenía las reivindicaciones de los trabajadores en los límites “razonables”. La clase obrera alemana, y este es el “secreto” del “milagro económico” de la RFA, más que ninguna otra, partió de muy bajo en lo que concierne a su poder de compra, a sus condiciones de vida y de trabajo: desde el punto cero.

Una vez más, los renegados a la IV Internacional escamotean en su argumentación las relaciones políticas entre las clases, y en el seno de las clases, que resultaron de la segunda guerra imperialista. Se borran la potencia del proletariado europeo y el papel de las burocracias obreras. Así, las burguesías europeas, el sistema capitalista en su conjunto, aparecen llenos de vitalidad, de dinamismo, capaces de planificar su “nuevo curso”. Igualmente, silencian las contradicciones entre la potencia del proletariado europeo, temido por la burguesía exangüe y en plena decadencia, que temía el enfrentamiento, y los límites que imponen al proletariado los aparatos burocráticos que lo controlan. Finalmente, ello les permite poner un signo igual entre la “la integración del movimiento sindical, intentada con mayor o menor éxito por todas las burguesías europeas desde hace veinte años” y la colaboración de clases clásica que practicaban, desde antes de la primera guerra imperialista, la socialdemocracia y los aparatos sindicales, a partir del auge del imperialismo. La única diferencia sería que la colaboración de clases es “planificada” y sobretodo que interesa a toda la clase obrera de los países capitalistas económicamente desarrollados. Recordemos que “la verdadera aristocracia obrera” ya no está constituida (como en tiempos de Lenin) por determinadas capas del proletariado de los países imperialistas sino por los proletarios de esos países en su conjunto (Mandel dixit).

La política de integración de los sindicatos en el estado tiene toda otra función. Procede de la crisis del imperialismo y de su decadencia. Tiende a destruir la independencia de las organizaciones sindicales que la simple colaboración de clases no hace desaparecer. Quiere transformar a las organizaciones sindicales en engranajes del estado burgués. Lejos de “planificar” la progresión de los salarios reales, se esfuerza en cuestionar las conquistas económicas de la clase obrera y en destruir su organización como clase independiente. La miserable existencia y la costalada final de la IV República francesa ilustran la decadencia de la democracia parlamentaria burguesa y manifiestan la descomposición de la burguesía francesa, su irremediable caída. Incapaz de definir una perspectiva política, sus gobiernos practicaron una política del día a día. Fueron incapaces de someter a la clase obrera a las exigencias del capitalismo francés en putrefacción mediante una política netamente definida. Renacían sin cesar grandes luchas obreras que la burguesía y el gobierno no lograban vencer, sobretodo durante los últimos años (1953, 1955, 1957). Estos gobiernos dependían enteramente de las posibilidades de los aparatos burocráticos para desviar esos movimientos, para limar su punta, para concluir compromisos. Eran incapaces de reajustar las antiguas relaciones coloniales, sufrían la guerra de Indochina de la que sólo salieron para hacer frente a la revolución argelina. Dependían estrechamente de los subsidios del imperialismo estadounidense y temían el renacimiento del capitalismo alemán, su potencia económica y militar. Negociaron el tratado instituyendo la Comunidad Europea de Defensa que trataba de integrar los ejércitos de Europa Occidental y rechazaron ratificarlo; por el contrario, firmaron los acuerdos de Londres y París que dieron luz verde a la

reconstrucción del ejército alemán. Negociaron el Tratado de Roma que instituía la CEE y temieron su aplicación.

Cuando el 13 de mayo de 1958 estalló el putsch militar de Argelia, la Francia burguesa estaba a punto de dislocarse. Por una parte, el estado burgués se fragmentaba en sus diferentes componentes; las diversas capas de la burguesía francesa se enfrentaron: una estaban apegadas a la colonización directa mientras que la parte más importante del capital financiero estaba a la búsqueda de una solución que respetase los intereses fundamentales del imperialismo francés, tuvo que sacrificar aquellos ligados directamente al colonato. Por otra parte, la clase obrera con las fuerzas intactas, asimilaba las lecciones de la huelga general de agosto de 1953, de los potentes movimientos de 1955 y de 1957. La democracia burguesa parlamentaria estaba en las últimas. Una única solución: un árbitro, un salvador. Todos se giraron hacia la figura histórica: De Gaulle. Todos, incluyendo al PCF que inmovilizó a la clase obrera francesa. “Movilizó” a los militantes y a los trabajadores en las fábricas y los permanentes que “hacia falta guardar a fin de preservarlos de los ataques fascistas” y “de los paracaidistas que no dejarán de ser lanzados”. Si el 28 de mayo, al llamamiento de las centrales sindicales y de los partidos obreros, se manifestaron 500.000 trabajadores desde Nation a République y demostraron, una vez más, la potencia de la clase obrera, la manifestación fue detenida en la plaza República: “sobretudo nada de provocaciones, camaradas”, “legalidad y democracia” son las dos tetas del orden republicano. Guy Mollet entablaba conversaciones en secreto con De Gaulle a fin que subiese los peldaños del poder respetando la “legalidad de la democracia”. El PCF, cuyos diputados votaban el 20 de mayo el orden del día que confiaba a Pfilmlin, presidente del Consejo en ejercicio, la defensa de la “legalidad y la democracia”, rechazaba, por intermedio del aparato de la CGT, la propuesta de la dirección de la Federación de la Educación Nacional de lanzar la orden de huelga general para el 30 de mayo. Como Force Ouvrière lo rechazó únicamente hicieron huelga los enseñantes.

De Gaulle se instalaba en el poder llevado por el putsch de Argelia, el parlamentarismo burgués prosternado ante “el salvador del orden republicano”, la clase obrera molida a palos políticamente por la capitulación de las direcciones de las centrales sindicales y de los partidos obreros. Estamos lejos del análisis de los rengados a la IV Internacional que describen a una burguesía “ilustrada”, prendada de “paz social”, de “previsiones a largo plazo”, “de aumentos de los salarios y disminución del tiempo de trabajo”, “con la condición que estén previstos y planificados”.

De Gaulle intenta vencer a la clase obrera

Junto a los mequetrefes, políticos de la IV República, a los bonapartes nombrados y salidos de las fétidas combinaciones parlamentarias de fines de la III República que gobernaban a golpes de decretos-leyes. De Gaulle parece un personaje de leyenda. Pero, sean cuales sean las capacidades personales, su firmeza, no podía emanciparse de la crisis general del imperialismo, de su concentración en Europa, y de la decadencia particularmente avanzada del imperialismo francés. Construir el estado fuerte, liquidar las supervivencias de democracia parlamentaria burguesa, reajustar las relaciones del imperialismo francés con su antiguo imperio colonial, defender los intereses del capital financiero francés en Europa y en el mundo. Reestructurar al capitalismo francés y hacerle devenir, si es posible, competitivo frente a sus competidores, vencer a la clase obrera y al movimiento obrero, tenía que ser necesariamente su programa. Disponía de buenas cartas, que utilizó tanto para intentar disciplinar a las diferentes capas de la burguesía francesa, como para hacer prevalecer los intereses específicos del

imperialismo francés en Europa y en el mundo: derrotada sin combate, la clase obrera francesa retrocedió. Tras el aplastamiento por los tanques de la burocracia del Kremlin de la revolución húngara de los consejos obreros en noviembre de 1956, la derrota y el reflujo político del proletariado francés (primera derrota importante de un proletariado de un país capitalista avanzado en Europa después del final de la segunda guerra imperialista) dejaba confiar al imperialismo mundial que se abría por fin la fase del aplastamiento del proletariado europeo, sin que fuera necesario para ello tener que recurrir a una guerra civil devastadora e incierta. De Gaulle y su régimen, factores de “orden” en Francia, eran igualmente factores de “orden” en Europa y el mundo.

El fracaso del gaullismo es el fracaso de esta empresa. Desde el principio de su mandato, De Gaulle se vio obligado a practicar una política de equilibrio inestable y complicado. No pudo aprovechar su ventaja para triturar o intentar triturar a la clase obrera francesa, atacando profundamente su poder adquisitivo, sus condiciones de trabajo y de vida. El plan Rueff-Pinay, la devaluación de 1958, se tradujeron en: el alza de los precios de los servicios públicos del estado (25% en los sellos y el teléfono, 20-30% en el tabaco); el alza en determinados precios a causa de la disminución de las subvenciones acordadas por el estado (10-15% en los transportes, el carbón, la electricidad, 20% en el material agrícola); la supresión de la indexación de los salarios con el coste de la vida, con los precios de los productos agrícolas y alimenticios especialmente.

Estas disposiciones tenían que extraer, en total, del impuesto al consumo durante el año, alrededor de 500 millones de francos antiguos. El poder de compra familiar había disminuido, en determinados casos extremos, acumulando el alza de precios con una disminución de las horas de trabajo, de 20% al 30% recordaba recientemente *Le Monde*. Remarcable ilustración de la seriedad de las tesis pablistas: ¡“la burguesía está dispuesta a conceder algunas ventajas a la clase obrera... con la condición que estén previstas y planificadas”! Desde el momento en que la burguesía retoma la iniciativa en la lucha de clases, a fin de obtener “la paz social”, recorta el poder de compra de los trabajadores en un 25% en determinados casos.

Pero las centrales sindicales y los partidos obreros se mantuvieron intactos. De Gaulle difirió el asalto contra ellos. Necesitaba como contrapeso a los ultras de Argelia, a los cuadros del ejército. La contradicción entre el programa y las tareas del gaullismo y la política que se vio obligado a practicar para intentar realizarlos, se afirmó desde los primeros años del régimen. Tenía que construir el estado fuerte pero se vio obligado a andarse con rodeos y maniobrar con la casta de los generales hasta el día en que pudo romperlos. Necesitaba librar al capital financiero de la trampa de la guerra de Argelia, proceder a una modificación profunda de las antiguas relaciones coloniales, sacrificar la colonización directa, y fue obligado a afirmar que defendía a “Francia de Dunkerque a Tamanrasset”. Era urgente e indispensable modificar radicalmente la estructura del capitalismo francés, eliminar los sectores atrasados y deficitarios, ahora bien, trató bien a su base de masas, a la pequeña burguesía de las ciudades y el campo. A pesar de la figura histórica de su jefe y de su programa grandioso, el régimen fue un bonapartismo de la decadencia. Se necesitaron cuatro años para solucionar, en función de los intereses del capital financiero, la guerra de Argelia y las relaciones coloniales con el África negra... Cuatro años durante los cuales él, una de cuyas tareas era la rehomogenización del estado burgués, tuvo, por el contrario, que dislocarlo hasta enfrentar a los cuadros del ejército; cuatro años en el curso de los cuales tuvo que recurrir al apoyo de los partidos y sindicatos obreros contra el partido de la burguesía y del estado, ligado al colonato, él, una de cuyas tareas esenciales era triturar al proletariado francés y a sus organizaciones.

Sólo en 1962 pasó al ataque político frontal contra la clase obrera y sus organizaciones, después que las direcciones de éstas le hubiese rendido el eminente servicio de llamar a votar sí en el referéndum que ratificaba los acuerdos de Evian. En octubre de 1962, “llamó al pueblo contra los partidos”. Hizo ratificar, mediante un nuevo referéndum, la elección del presidente de la República por sufragio universal. El presidente de la República, elegido por el pueblo, encarna a la nación y al estado, los partidos sólo son supervivencias, el parlamento y las asambleas elegidas, cámaras de registro. Por otra parte, De Gaulle se proponía designar asambleas representando a las “fuerzas vivas de la nación” a escala regional y nacional: se dibujaban el corporativismo, la asociación capital-trabajo, la integración de los sindicatos en el estado. Quedaba que le era necesario destrozar y borrar a la clase obrera y a sus organizaciones. La manifestación de febrero de 1962, en la que más de un millón de trabajadores y de jóvenes, siguiendo el llamamiento de las organizaciones sindicales y de los partidos obreros, acompañaron a su última morada a los nueve muertos de Charonne, indicaba que, con sus organizaciones intactas, el proletariado francés reconstituía su potencia de lucha, que superaba el desarraigo político consecutivo a la llegada al poder sin combate de De Gaulle.

De Gaulle buscaba descargar un golpe decisivo sobre la clase obrera y sus organizaciones. Creyó encontrar la ocasión cuando se anunció la huelga de los mineros de marzo-abril de 1963. Las palinodias de las direcciones sindicales, y especialmente las de la CGT, que rehusaron preparar la huelga y se esforzaron en comprometer a los mineros en huelga alternas durante los meses de enero y febrero, le hicieron confiar en que estaban reunidas todas las condiciones para destrozar a los trabajadores de esta rama. La corporación minera ya estaba muy duramente tocada por la “racionalización”, la liquidación de la industria carbonífera: los mineros querían combatir simplemente para defender su derecho al trabajo, su derecho a la vida; más allá de las reivindicaciones inmediatas, tal fue el sentido que dieron a sus acciones. Al mismo tiempo, su lucha era la de la clase obrera entera, que De Gaulle se proponía laminar, en vistas a reestructurar el capitalismo francés, de cara a integrarlo más profundamente en el mercado mundial, hacerlo competitivo. La ocasión le pareció, pues, notable: destrozar a los mineros era destrozar a la clase obrera entera, mucho más teniendo en cuenta que el proletariado minero, en la tradición de las luchas de la clase obrera, simboliza los combates encarnizados y duros contra la explotación capitalista. El miércoles 27 de febrero, el ministro de industria, Bokanovsky, convocaba a los representantes de las organizaciones sindicales a las 19,30 horas. Los recibió un cuarto de hora antes, de pie, y les opuso un no provocador a las reivindicaciones. La huelga ya no pudo ser diferida. De Gaulle firmó el requerimiento que ordenaba a los mineros la vuelta al trabajo el unes 4 de marzo de 1963. La operación estaba calculada hasta el mínimo detalle. El lunes, solamente trabajaban los mineros de Lorena, todo el peso de la requisitoria caía sobre ellos. Si cedían, la huelga se hundía. Consideración importante, la población lorenesa, y por tanto en gran parte los mineros, había votado en el mes de octubre de 1962 en un 90% a favor de De Gaulle. Pero los mineros de Lorena no cedieron. Hicieron huelga conjuntamente diciendo no a la militarización. Los mineros hicieron huelga durante cinco semanas. Las reivindicaciones que arrancaron son débiles teniendo en cuenta la potencia de la huelga y el encarnizamiento de los mineros, los sacrificios realizados y, sobretodo, la radicalización que se manifestaba en toda la clase obrera. Sin embargo, fue una victoria política de la clase obrera. De Gaulle tuvo que guardarse en el bolsillo su orden de movilización ante la determinación de los mineros. Tuvo que renunciar a romper por la fuerza la huelga a pesar de las decenas de millares de hombres que componían las fuerzas represivas masivamente concentradas en los alrededores de las

regiones mineras. Temía que explotase la huelga general que flotaba en el aire. Manióbró en retirada, protegido por los aparatos sindicales que desviaron a la clase obrera de la solidaridad a través de la acción sustituyéndola con simples colectas.

Los objetivos del gaullismo

La huelga de los mineros condicionó toda la política ulterior de De Gaulle y de su régimen político. No modificó sus objetivos y, en cierta forma, hizo más indispensable alcanzarlos. El V Plan devino “la ardiente obligación” del gaullismo. El Parlamento lo ratificó, ninguno de los cuatro anteriores lo hizo. Codificó los objetivos que se asigna el capital financiero francés, confrontado con el debilitamiento de sus posiciones coloniales, con la necesidad de integrarse más profundamente en el Mercado Común, en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo. Estas grandes líneas estaban perfectamente explicitadas. Es suficiente con recordar que el déficit de la balanza comercial francesa es un fenómeno crónico, compensado estos últimos años por la repatriación de capitales, las inversiones de capitales extranjeros en Francia y la especulación que jugó hasta principios de 1968 a favor del franco. Ahora bien, el V Plan explicaba:

“el equilibrio de nuestra balanza de pagos con los países de fuera de la zona franco puede buscarse de dos formas diferentes. En una primera solución, un amplio déficit de la balanza de pagos sería compensado por un excedente de los movimientos de capitales públicos y privados del orden de 300 millones de dólares.”

Hubiese sido necesario que las exportaciones creciesen alrededor del 10% por año para alcanzar este simple objetivo. Y, sobretudo, que la clase obrera aceptase los “sacrificios necesarios”. Pero el objetivo que debería haber alcanzado el V Plan (la 2ª solución, la única que se correspondía con las necesidades fundamentales del capital financiero francés) estaba definido como sigue: “devenir exportador neto de capitales” lo que exigiría que “el excedente de los intercambios de mercancías pueda alcanzar los 500 millones de dólares”, a fin de equilibrar la balanza de pagos.

“La ardiente obligación del plan” implicaba un cambio radical en la estructura del capitalismo francés, en las relaciones sociales en Francia de 1962 a 1970: 25% menos agricultores, 37% menos comerciantes independientes, liquidación de las industrias retardatarias, carbón, textil, etc., de antiguas regiones industriales como el Este y el Norte de Francia, rentabilización de las empresas públicas o nacionalizadas (SNCF, de hullas, RATP, EDF, GDF; eliminación, concentración, fusión, de las empresas industriales a fin que:

“la empresa más grande de cada sector sea de media diez veces más grande que la empresa o que el sector de empresa que parece tener la talla óptima en el mercado francés. Las pocas raras empresas que han superado este estadio no tendrán necesidad de crecer más que tres o cuatro veces, aquellas que no lo han alcanzado, de veinte a treinta veces.”

No es suficiente con crecer, “es necesario eliminar la grasa y conservar sólo el músculo”; los sectores llamados punta debían ser favorecidos: la construcción eléctrica, mecánica, electrónica, química; pero el esfuerzo a realizar se mide cuando se sabe que entre las 100 primeras empresas mundiales solamente figuran tres sociedades francesas, Renault, CPF y Rhône-Poulenc, y que, además, la primera francesa sólo es la 88 empresa mundial.

Esta tentativa desesperada de detener la caída del capital financiero francés, de suministrarle los medios para batirse en el mercado europeo y mundial, exigía que el

estado burgués poseyese los medios para imponer una estricta disciplina a todas las capas de la burguesía, a la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, incluyendo además a determinadas capas del gran capital. Era necesario que la juventud y la clase obrera fuera encadenada, impotente, pies y manos atados.

Para citar solo un ejemplo, uno de los objetivos “aceptado” por el V Plan era convertir a la industria siderúrgica competitiva en el plano internacional. Lionel Soleru, ya citado, se felicitó: por fin un sector en que el V Plan dio resultados concluyentes, sin que fuese decisivo frente a la competencia internacional.

“Al final del año 1968, es decir a medio camino del plan profesional, los progresos realizados son considerables. A pesar de cierto retraso cogido respecto al programa de inversiones, se han obtenido avances de productividad elevados, lo que ha tenido como contrapartida arrancar las reducciones de efectivos.”

Enseguida viene el comunicado de victoria (el recuento de las armas tomadas al enemigo y el número de soldados muertos):

“la cifra de 15.000 despidos previstos durante la duración del plan ya se ha alcanzado en 1968 y se puede pensar que la disminución del personal obrero alcanzará las 30.000 personas, o sea la cuarta parte de los efectivos presentes en 1966.”⁷⁷

La “grasa” está eliminada-. El V Plan es la tentativa de generalizar al conjunto de la economía los “éxitos” obtenidos en la siderurgia. El informe Nora y los anexos que conciernen a los servicios públicos y a las industrias nacionalizadas y que emanan de la elaboración del V Plan señalan que es indispensable reducir en una cuarta o tercera parte al personal de la SNCF, de la RATP, de liquidar en gran parte las hullerías, etc. Durante los próximos años.

IL VA DE SOI que la educación, de la maternal a la universidad, la formación profesional, debería ser “reconvertida” al mismo título que la industria, el comercio y los servicios públicos. La reforma Foucheit tendía a ello, al igual que la ley sobre la formación profesional de octubre de 1966. Pierre Doize, en nombre del PCF explicaba muy justamente en la Asamblea Nacional:

“El proyecto de ley ilustra las recomendaciones del V Plan para redistribuir las responsabilidades de la Educación Nacional y la profesión. Responde a los deseos de la patronal francesa confiando por vía convencional la suerte de centenares de millares de jóvenes de 14 a 17 años a grandes empresas que les darán una formación utilitaria y estrictamente limitada... El proyecto de ley aparece, pues, como un nuevo instrumento al servicio de los monopolios permitiéndoles realizar mejor sus objetivos en el dominio de la concentración y explotación reforzada de los trabajadores.”

Es lo menos que se puede decir. Michel Debré era, por su parte, mucho más explícito al presentar la ley en el parlamento:

“Es preciso prever, de una manera institucional, la posibilidad de una coordinación y animación. Es preciso prever también lo que se llama la relación universidad-industria, y lo que extenderé diciendo relación universidad-industria-sindicato, pues la formación profesional, que debe adaptarse a las preocupaciones económicas y técnicas y que se aplica tanto a los adultos como a los jóvenes, no puede ser tratada como la educación clásica de la juventud.”

Pero más adelante señalar:

“Este ley completa lo que la reforma de la educación ya ha señalado, a saber el lugar capital de la enseñanza técnica y de la formación profesional en el

⁷⁷ Ídem, página 114. [No hay referencia anterior a ningún texto, NdT]

esfuerzo del estado y de los grupos o colectividades asociadas al estado.”

Diputados del PCF y socialistas se abstuvieron, demostrando que aceptaban alegremente que la educación y la formación profesional se adaptase a las exigencias del V Plan: puesta a disposición de la patronal de una mano de obra polivalente, móvil y descualificada, formación casera de cuadros técnicos.

El estado fuerte, el estado policial que encorseta a la burguesía en su conjunto, que somete a todas las capas sociales, que tiende todos los resortes de la sociedad en beneficio exclusivo del capital financiero, se impone como indispensable en razón de la decrepitud de la burguesía francesa, de la necesidad de intentar un supremo esfuerzo para, si no superar, como mínimo limitar la caída del imperialismo francés. La ecuación común a los pablistas y a los estalinistas (capitalismo de los monopolios = planificación de la producción, de los beneficios, del crecimiento de los salarios, de la mejora de las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores, pero supone en compensación el fin de la democracia parlamentaria burguesa) es una pura y simple falsificación. El parlamentarismo burgués ha cedido el lugar al bonapartismo, a la tentativa de construir el estado fuerte, en razón de su impotencia para hacer prevalecer exclusivamente los intereses del capital financiero, del imperialismo enfermo y decadente, en detrimento del proletariado, de la juventud, de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, e incluso de importantes capas de la burguesía. La integración de los sindicatos en el estado burgués es fundamentalmente diferente de la simple colaboración de clases porque la integración es necesaria para transformar a las centrales sindicales en correas de transmisión de la política del estado burgués, porque debe destruir las conquistas de la clase obrera, lanzar sombríos golpes sobre su poder de compra, organizar la sobreexplotación, rechazar a millares de trabajadores fuera del ciclo de la producción, condenar a la juventud a la decadencia y la desesperación.

Complementariamente a la “candente obligación del plan”, al desmantelamiento de la educación nacional y de la formación profesional, las ordenanzas del verano de 1967 tienen un triple objetivo: organizar la polivalencia y movilidad de los trabajadores a escala nacional a través de la creación de la Agencia Nacional de Empleo; mediante la reforma de la Seguridad Social, darle a la patronal el control de las cajas, preparar la puesta a disposición de la “economía nacional” de reservas, reducir las prestaciones abonadas a los trabajadores, destruir el más mínimo derecho a la salud que han conquistado; mediante el compromiso en los objetivos y resultados⁷⁸, poner en marcha los elementos de la “asociación capital-trabajo”, dicho de otra forma, hacer participar a los trabajadores en su propia explotación y deducir de lo que debería normalmente incluirse en su salario, fondos puestos a disposición de sus explotadores.

Este programa, coherente desde el punto de vista del capital financiero, comprendía una serie de medidas políticas indispensables para su aplicación: reforma administrativa, institución de los CODER, que hacen de prefectos nombrados por el estado como los verdaderos detentadores del poder en los planes regionales y locales, proyecto de transformación del Consejo Económico y Social en Senado corporativo; comisiones del plan que asocian a las “fuerzas vivas de la nación” en la elaboración de la “candente obligación”; reforma de los comités de empresa que da “responsabilidades a los representantes de los sindicatos en la gestión de la empresa”. Todo este edificio forma parte de la puesta en marcha de las estructuras del estado corporativo. Por arriba, el estado que decide, después los organismos que funcionan a todos los niveles y en todos los planos, de la empresa a la región, hasta escala nacional, que están compuestos por miembros designados por el estado y funcionan bajo el control de sus

⁷⁸ [“Intéressement”, figura de las relaciones laborales instaurada en Francia en 1959; NdT]

representantes; dirigentes sindicales, patronales, “élites” de toda suerte. La política de rentas, de la que las comisiones Toutée-Grégoire fueron los primeros organismos, se incluye en este conjunto: el estado (en lo que concierne a la SNCF, la RATP, la EDF, el GDF, los carbones de Francia), tras informes entre “partenaires sociales”, fija la masa salarial; los organismos sindicales, en común con las direcciones de empresas, la reparten entre los asalariados; en el momento de la puesta en marcha de las comisiones Toutée-Grégoire, inmediatamente después de la huelga de los mineros en 1963, estaba previsto que debían firmar “contratos de progreso”, que hicieron depender los salarios, las condiciones de trabajo, de la productividad, de la realización del plan. El voto en mayo de 1967 de los poderes especiales al gobierno (más allá de la justificación inmediata que se dio) las ordenanzas, tenía una significación más general: la Asamblea Nacional elegida fue desposeída un poco más aun de sus derechos legislativos, en beneficio del gobierno y de la edificación del estado corporativo.

Por supuesto, la puesta en marcha de una potente maquinaria policial, militar, con fines represivos, formaba parte de la “ardiente obligación del plan”: reorganización del Ministerio del Interior, quasi supresión de todas las garantías de independencia de los jueces de la fiscalía, reforma del procedimiento de instrucción (institución del secreto), alargamiento del plazo de detención; refuerzo del aparato policíaco, CRS, guardias móviles, policías urbanos, policías paralelas; defensa en superficie del territorio, transformación progresiva del ejército en ejército mercenario, y hasta la organización de la policía de carreteras; comienzo de limitación del derecho de huelga (julio de 1963).

En los tiempos, no muy lejanos para que estén olvidados, en que el bonapartismo ponía en marcha las estructuras del estado burgués corporativista y policial, pablistas de todo género, reformistas, PSU estalinistas, no veían ningún inconveniente en la participación de los aparatos sindicales en las comisiones del Plan, en el CODER, en las comisiones Toutée-Grégoire, en los múltiples organismos de integración de los sindicatos en el estado burgués. ¿Cómo y por qué se habrían opuesto puesto que “objetivamente”, según ellos, la clase obrera sacaba substanciales ventajas: la burguesía “acepta cederle cierto número de ventajas que ella prevé”. Y ello graciosamente, notémoslo, por amor a la humanidad pues “durante dos décadas, el centro de gravedad de la revolución mundial se había desplazado hacia los países coloniales, la victoria de la revolución china coincidiendo con la derrota de la oleada revolucionaria de posguerra en Europa Occidental”.

Los mismos problemas en todas partes

De todos los imperialismos europeos, el imperialismo francés es, sin dudas, el más enfermo, pero todos están afectados por los mismos males. Cada país tiene su propia historia, sus propias características. Las relaciones políticas entre las clases que le han permitido al capital financiero francés llevar al poder a De Gaulle, se han desarrollado de forma diferente en otros países. Por ello no hay que pasar por alto que el análisis de la “candente obligación del plan”, de la puesta en marcha del estado burgués corporativo y policial en Francia, aclara las profundas tendencias de la sociedad burguesa dominada por el capital financiero tal como se han afirmado desde hace una década. Justamente, la crisis particularmente acentuada del imperialismo francés, el hecho que el capital financiero pueda recurrir a De Gaulle y constituir las estructuras del estado burgués corporativo y policial, expresan esas tendencias profundas comunes a todos los imperialismos europeos, las resaltan, las ponen de relieve.

Todos, en grados diversos, tienen que modificar profundamente la estructura de su economía reconstruida tras la guerra sobre sus antiguas bases. En Bélgica, el antiguo

sector industrial de Walonia, prácticamente tiene que desaparecer. En Alemania, el viejo Ruhr, fundamento de la pasada industrialización del país, tiene que resultar profundamente afectado por la liquidación parcial del carbón. En Italia, las viejas industrias de Trieste, Génova, construcción naval y otras, también son sacrificadas. En Inglaterra, las viejas industrias carboníferas y textiles, origen de la potencia del capitalismo inglés, también están, más o menos, condenadas. Superficialmente, puede parecer que, después de todo, se trata, simplemente, de pasar de un estadio a otro, de substituir los antiguos fundamentos de la potencia industrial por nuevos fundamentos: tras la edad del textil, la del carbón y la del acero; tras la edad de la máquina de vapor, la de la energía eléctrica; después vienen la edad de la química, la energía nuclear, la electrónica, los ordenadores, etc. (según las teorías queridas por Germain-Mandel y muchos otros sobre las 2^a, 3^a y 4^a revolución industrial). En este caso, se trata de eliminar “la grasa y conservar sólo el músculo”; fórmula brillante que expresa una realidad que lo es menos. En todas partes se hace apremiante la necesidad de devenir competitivos en los sectores llamados de punta, es decir no solamente eliminar los sectores industriales, comerciales, agrícolas, retardatarios, sino también traducir las exigencias de la competencia en las relaciones entre el capital financiero y las otras capas sociales, empezando por las relaciones con la clase obrera, de donde las reformas de la educación, de la formación profesional, la descualificación, la movilidad de la mano de obra, la liquidación de las conquistas obreras, de los derechos y garantías conquistados por los trabajadores.

El antagonismo capitalista Europa-América renace y exacerba al mismo tiempo los antagonismos entre las burguesías europeas, en el interior de cada burguesía, y las contradicciones de clase. La reconstitución de la economía capitalista en Europa Occidental sobre las antiguas bases llevó, finalmente, a reforzar las contradicciones de clase. Cada burguesía está confrontada a la necesidad de enfrentar a su proletariado. Durante los años 60, todas las burguesías han buscado las vías y los medios para amarrar al proletariado y, al fin de cuentas, destrozarlo.

La llegada de De Gaulle al poder en Francia fue un éxito de clase para todas las burguesías europeas así como, también, para el imperialismo estadounidense. Si De Gaulle hubiese logrado amarrar y destrozarse al proletariado francés, ineluctablemente los proletariados inglés, alemán, belga, italiano y español, hubiesen sufrido el contragolpe político. Las burguesías inglesa y alemana, especialmente, han utilizado la política de rentas, la política de integración de los sindicatos en el estado burgués, apoyándose en el régimen gaullista, factor de orden en Europa, apoyándose en las condiciones políticas de sus países.

En Inglaterra, los “torios” eran perfectamente incapaces de imponer directamente a los trabajadores la política de rentas. El gobierno del Labour Party, en el poder desde 1964, se empleó a fondo en ello. En Alemania Occidental la susodicha “cogestión” es ya una seria traba a la independencia de clase de los sindicatos. Pero no fue suficiente para el capitalismo alemán. El “milagro alemán” formaba parte de la subordinación del proletariado alemán al capital por la mediación del SPD y de la DGB. Antes incluso que se manifestasen los primeros síntomas de ahogamiento económico, la burguesía alemana sentía la necesidad de ir más lejos que la “cogestión” y de reforzar, contra la clase obrera, el poder central del estado. Tal era el objeto de las “leyes sobre el estado de urgencia” que reforzarían los lazos de dependencia de las organizaciones sindicales en relación con el estado burgués, y la centralización del estado burgués subordinando más estrechamente los Länder al poder central. El partido demócrata cristiano tropezó con una fuerte oposición que emanaba de los sindicatos de la DGB, que sólo pudo vencer con la caución del SPD y la formación del gobierno de la gran coalición

Kiesinger-Brand.

A consecuencia del aplastamiento de la revolución húngara, a partir de la llegada al poder de De Gaulle en Francia, las burguesías europeas, apremiadas por las contradicciones renacientes, organizaban el contraataque contra el proletariado. Pero la política de rentas, las tentativas de integración de los sindicatos en el estado, las tendencias a constituir un estado fuerte, se inscriben como aspectos particulares de un curso político del imperialismo esforzándose en retomar la iniciativa política en la lucha de clases mundial, potentemente ayudado por la política de la burocracia del Kremlin. El ejemplo de Alemania es particularmente significativo. La socialdemocracia alemana (SPD) rechazó en el congreso de Bad-Godesberg, en 1959, toda referencia al marxismo y a la lucha de clases, y se afirmó como un partido nacional alemán. Es evidente la relación causa efecto entre el rechazo del marxismo y de la lucha de clases por el SPD y el aplastamiento del movimiento revolucionario de los trabajadores del Este de Alemania, en junio de 1953, de la revolución húngara de noviembre de 1956, del octubre polaco de 1956. El temor del estalinismo domina al proletariado alemán desde 1945; la división de Alemania en dos cortada en carne viva, el aplastamiento por los tanques de la burocracia del movimiento revolucionario en Alemania del Este, de la revolución húngara, no podía más que reforzar la influencia de la burocracia del SPD sobre el proletariado del Oeste de Alemania y favorecer su curso cada vez más derechista. Una vez más el estalinismo ganaba meritos ante el imperialismo.

Contribuía eficazmente a devolverle la iniciativa en la lucha de clases mundial. Y mientras que, en los países capitalistas económicamente desarrollados de Europa, las burocracias reformistas, los aparatos estalinistas, los aparatos de las organizaciones sindicales se arrodillaban ante la burguesía y aceptaban amarrar a la clase obrera, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites transmitían la presión del imperialismo sobre el proletariado de la URSS y de los países del Este mediante las “reformas” de la planificación. Estas reformas amenazan a los proletarios de estos países con los mismos males con que están amenazados los proletarios de Europa Occidental: la “rentabilización” de las empresas significa que el número de ellas, socialmente necesarias, serán liquidadas porque no son rentables; se imponen la polivalencia y la movilidad de la mano de obra; se instala el paro, se pone en marcha la selectividad en la universidad; la reforma de la formación profesional deviene necesaria; se cuestionan las garantías y derechos sociales. Por ser la más avanzada entre todas, los resultados de la reforma de la planificación en Yugoslavia muestran claramente hace qué tienden estas reformas: los parados se cuentan por centenares de millares; otros centenares de millares de trabajadores se ven obligados a expatriarse para encontrar trabajo; la rentabilización, la llamada a los capitales extranjeros, desmantelan la planificación; se acentúa el retraso económico de las regiones más atrasadas.

Según su bien conocido método, los renegados a la IV Internacional aíslan los “hechos” unos de otros, separan la política de rentas, las tentativas de integración de los sindicatos en el estado burgués, la puesta en marcha del estado burgués fuerte, de un análisis de conjunto. Los años 1960 estuvieron marcados por una ofensiva general del imperialismo contra la clase obrera y las masas explotadas. Y la intervención masiva del imperialismo estadounidense contra los obreros y los campesinos vietnamitas, los golpes de estado militares fomentados en Indonesia, en Brasil, en Grecia y, por otra parte, en África y en América Latina, forman parte de un mismo ataque generalizado contra el proletariado mundial, indisociable de las tentativas de instaurar en Europa estados fuertes, de integrar a los sindicatos en el estado burgués y de la penetración del capital en la URSS y Europa del Este, favorecido por las “reformas económicas”.

¿“Autorreforma” de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites?

Después de haber caracterizado la política de rentas, las tentativas de integración de los sindicatos en el estado burgués, el recurso al poder fuerte, como expresiones de la necesidad de la burguesía para planificar el crecimiento de los salarios y la mejora de las condiciones de trabajo, no es sorprendente que los renegados a la IV Internacional vean de una forma muy particular los ataques de las burocracias parasitarias contra el proletariado y los movimientos revolucionarios que se han desarrollado en Europa del Este:

“Antes de decir algunas palabras sobre la naturaleza y sentido de las reformas económicas propuestas por Ota Sik, nos es necesario señalar un punto importante: Checoslovaquia no había conocido, a nivel político, el XX Congreso y, por tanto subsistían los aspectos más repugnantes del estalinismo. *En Polonia y en Hungría el movimiento revolucionario de las masas en 1956 permitió la desaparición de las formas, digamos, más chocantes de la dominación estalinista*”.⁷⁹ (resaltado por mí)

Añade en nota a pie de página:

“Una cuestión simple a la que los estalinistas nunca han sido capaces de responder es la siguiente: decís que en Hungría, en 1956, era la contrarrevolución; sea, pero también decís (ahora) que la claqué Rakosi-Geroe hacía reinar un verdadero terror policial sobre el conjunto de la sociedad. ¿Existía otro medio diferente a la insurrección armada para evitar que estos individuos nos perjudicasen? ¿Existían posibilidades reales, para el juego democrático, de llegar a ello?

Aquí se toca un punto esencial que revelará el asunto Checoslovaquia: la incapacidad de la burocracia de las democracias populares para la autorreforma, en un sentido que le sería, sin embargo, históricamente más favorable, *sin movilización de las masas*.”

Recordemos que en 1956, a propósito del movimiento revolucionario en Polonia, los renegados a la IV Internacional, comparándola con la revolución húngara, escribían:

“En Polonia, gracias al papel de dirección que pudo jugar el Partido Obrero (el partido estalinista), conquistado, transmutado por la tendencia Gomulka (expresión ella misma, ciertamente que deformada, de la verdadera tendencia de las masas, pero tendencia centrista evolucionando de nuevo a izquierda), la revolución política de las masas contra el régimen burocrático ha podido librarse de un error en la incertidumbre y la confusión, evitar los peligros inherentes a tal situación.”⁸⁰

Por el contrario:

“En Hungría, la ausencia de toda dirección política centralizada, aunque sólo fuese poco clara, ha provocado, por el contrario, y a partir de cierto momento, exactamente estos errores y peligros.

La falta de dirección revolucionaria consciente, con raíces en las masas, ha hecho que la situación revolucionaria excepcionalmente favorable los primeros días, con la creación en todas partes de comités dominados por la corriente proletaria, no ha podido ser explotada a fin de asentar sobre ellos todo el poder y definir un programa de política exterior que fuera, si no aceptable, sí la menos difícil de combatir por el Kremlin.

⁷⁹ “L'intervention en Tchécoslovaquie, pourquoi?” *Cahiers Rouges*, n° 5, página 18.

⁸⁰ *Quatrième Internationale*, vol. 14, n° 10-12, décembre 1956, página 6.

Al contrario, hemos visto los elementos disparatados del gobierno Nagy, de los que una buena parte eran elementos educados en la confusión y el oportunismo estalinista, vacilar, abandonar sucesivamente su política anterior, ampliar la democratización en todos los sentidos, darle pretextos al Kremlin si no alarmarlo efectivamente.

El gobierno Nagy, desbordado, ha comenzado a maniobrar fuera del campo de clase, sin haber intentado, por el contrario, maniobrar frente al Kremlin, en el interior de este campo...

Una verdadera dirección revolucionaria que hubiese llamado a los comités y corrientes proletarias de las masas con sinceridad, incluso con audacia, habría podido convencerlas para comprender los límites de clase de la democratización y la necesidad de la alianza sobre un pie de igualdad con la URSS.”⁸¹

Los apologistas de Gomulka condenan a Imre Nagy: todo está en orden. Según ellos, Gomulka, quien agita a cuenta de los intereses de la burocracia para contener y desviar al movimiento de las masas, es quien debería ser apoyado, estaba “en su campo de clase”; por el contrario, Imre Nagy, que había roto resueltamente con la burocracia y se había puesto al servicio del proletariado, incluso con confusión, y que pagó con su vida esta toma de posición, se situaba fuera de “su campo de clase”.

Todo está muy claro, las burocracias satélites y, evidentemente, por supuesto, la burocracia del Kremlin, tienen la apremiante necesidad “histórica” de “autorreformarse”, pero son incapaces de hacerlo por sí mismas. Las burocracias parasitarias necesitan la movilización de las masas para autorreformarse en el sentido que les sea históricamente favorable. La tarea es pues, se confiese o no, obtener esta “autorreforma” de la burocracia, y los límites de los movimientos revolucionarios están trazados por el mismo hecho. Son los que, por ejemplo, logró fijar en Polonia Gomulka. Son los que, tras la intervención militar de la burocracia del Kremlin, impuso Kadar en Hungría. Se desprende una primera idea, que es una constante del revisionismo, sea el de los renegados a la IV Internacional o de cualquier otra corriente: la perennidad de las burocracias parasitarias.

“La movilización revolucionaria de las masas” fecunda a la burocracia, le permite superar los límites que sería incapaz de superar por su propio movimiento. Es un elemento de la “democratización”. Por otra parte, históricamente, la hegemonía de la burocracia proviene de una delegación del poder de la clase obrera a una capa de “profesionales del poder”. Es, pues, una forma de la división del trabajo. Bajo este aspecto *cierta forma de burocracia es inevitable*.

Pero en la URSS, se ha separado del proletariado la forma extrema del estalinismo, la burocracia, para defender a los suyos. Si llamamos a la URSS estado obrero ello es porque el grupo que detenta el poder en la URSS lo ejerce sobre la base de las relaciones de producción instauradas en Octubre de 1917, y porque su supervivencia está ligada al mantenimiento de esas relaciones.”⁸²

Las burocracias parasitarias contra la clase obrera

La división del trabajo se le impone, ciertamente, a la clase obrera. La clase más homogénea de la sociedad burguesa es, sin embargo, heterogénea, dividida en capas. Sin organización, se encuentra fragmentada, rota en una polvareda de individuos que

⁸¹ *Ibidem*, páginas 6 y 7.

⁸² “L’intervention en Tchécoslovaquie, pourquoi?”, *Cahiers rouges*, n° 5, página 12.

sufren la ideología burguesa y sus diversas formas. Las organizaciones que constituye, los partidos obreros que se construyen, no la agrupan en su conjunto. Al mismo tiempo que combaten a la sociedad burguesa, están ellos mismos condicionados por esta sociedad que combaten. En cierta forma, manifiestan la división del trabajo de la sociedad burguesa en el combate contra la sociedad burguesa.

El estado obrero (estado burgués sin burguesía) expresa la supervivencia de la división del trabajo burgués, principalmente entre el trabajo manual e intelectual, después incluso de la toma del poder por el proletariado. De aquí, los pablistas renegados a la IV Internacional, como todos los ensalzadores de la burocracia y singularmente de la burocracia del Kremlin, deducen que: “históricamente la burocracia proviene de una delegación del poder de la clase obrera en una capa de profesionales del poder”. Se echa mano de la lógica formal a fin de “justificar” a la burocracia del Kremlin y a las burocracias satélites. Todos somos hijos de Adán y Eva, esto es bien sabido, por tanto todos somos hermanos y hermanas al mismo tiempo que marcados por el pecado original.

Es exactamente lo contrario. Al mismo tiempo que se impone la necesidad del partido, porque toda la clase no puede elevarse de un solo golpe a la comprensión de las tareas históricas del proletariado, a causa de la división del trabajo burgués, de la parcelación de la clase, de su rechazo general de la cultura, el partido es la negación de la división del trabajo burgués; unifica la teoría y la práctica y tiende a fusionar en un cuerpo colectivo a sus miembros. Su objetivo es superar la parcelación de la clase, unificarla y alzarla en su conjunto, a partir de la lucha, a la comprensión y altura de sus tareas históricas. La finalidad del partido es, al fin de cuentas, su propia desaparición. Por lo mismo, el estado obrero, como estado burgués sin burguesía, expresa la división del trabajo heredada de la sociedad burguesa, y como estado obrero tiende a la reabsorción y desaparición del estado y de la división entre trabajo manual e intelectual. Tiende a substituir la administración de los hombres por la administración de las cosas.

“Históricamente”, la burocracia proviene de la *ruptura* entre los “profesionales del poder” y el proletariado y no de una “delegación del poder dada por la clase obrera a una capa de “profesionales del poder””. La burocracia no es la mandataria de la clase obrera sino su propia mandataria. Hunde sus raíces en la clase obrera y combate a la clase obrera. Ella misma toma conciencia de sus intereses específicos durante el combate que libra contra la clase obrera y sus intereses históricos. La concepción pablista de los renegados a la IV Internacional revela un vulgar evolucionismo como todas aquellas de los ensalzadores de la burocracia del Kremlin. Escamotea la contrarrevolución política durante la cual la burocracia del Kremlin se apoderó, expulsando a la clase obrera, del poder político: contrarrevolución violenta y sangrante, que se extendió de 1923-24 hasta los procesos de Moscú, destruyó al partido bolchevique, exigió la liquidación física de centenares de millares de militantes del partido de Lenin y Trotsky. El estado en la URSS no es un “estado obrero” sino un estado obrero degenerado. Trotsky explicó muy claramente la extensión y límites de la contrarrevolución:

“Como fuerza política consciente, la burocracia ha traicionado a la revolución pero, por fortuna, la revolución victoriosa no es solamente una bandera, un programa, un conjunto de instituciones políticas; es también un sistema de relaciones sociales. No basta traicionarla, es necesario, además, derrumbarla. Sus dirigentes han traicionado a la Revolución de Octubre pero no la han derrumbado, y la revolución tiene una gran capacidad de resistencia que coincide con las nuevas relaciones de propiedad, con la fuerza viva del proletariado, con la conciencia de sus mejores elementos, con la situación sin

salida del capitalismo mundial, con la inevitabilidad de la revolución mundial.”⁸³

La burocracia del Kremlin, hasta el presente, ha sido incapaz de llevar hasta el final la contrarrevolución. Pero ello no ha dependido de ella. Si hunde sus raíces en la clase obrera, no es menos heterogénea que ella. La aspiración a conferirle a sus privilegios bases mucho más sólidas que la simple detentación del poder político se desarrolla y manifiesta constantemente en su seno; es decir, la tendencia a transformar las relaciones de propiedad. El obstáculo mayor no proviene de las capas inferiores de la burocracia sino de la clase obrera. Es cierto que la transformación de las relaciones de propiedad implica el estallido en sus componentes de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. Pero esto no es lo esencial: será necesario vencer la fuerza viva del proletariado, cuando el estallido en sus componentes de la burocracia del Kremlin rompa el collar de hierro que yugula a la clase obrera y libere sus fuerzas vivas. El estafador de Mandel intenta utilizar a Trotsky contra Trotsky. Escribe: “La política global de la burocracia puede ser caracterizada como lo hizo Trotsky, por la noción de centrismo burocrático”. “Olvida” (otro agujero de memoria, consecuencia posible de abusivas alegrías) que Trotsky daba esta definición de la burocracia en 1928-29. Después Trotsky caracterizó a la IC y a la burocracia del Kremlin como definitivamente pasadas del lado del mantenimiento del orden burgués a escala internacional. Finalmente, escribiendo *La revolución traicionada* señala que la burocracia del Kremlin no es una capa social fija. Al no ser una clase social sino una excrescencia parasitaria, su evolución depende del curso de la lucha de clases mundial, incluyendo a la URSS, en la que ella misma interviene. Decir que los dos factores que caracterizan a la burocracia son:

“a) El primer factor es *su atadura a un modo de producción y a una sociedad que no son capitalistas, y que están históricamente en oposición al capitalismo*. Eso es lo que explica la colectivización forzada en la Unión Soviética, la resistencia feroz contra el nazismo y la destrucción del capitalismo donde la ocupación soviética se consolidó. [...]

b) El segundo factor de la actitud social de la burocracia es *su conservatismo social fundamental: se caracteriza por su deseo de mantener el statu quo a escala internacional y de frenar o combatir la extensión de la revolución mundial*.”⁸⁴

Es hacer un cuerpo homogéneo, desecar la realidad, que no es esta bella ordenanza lógica, e introducir un método y nociones extrañas al marxismo. Una clase social se define, precisamente, por “su función en la producción”. ¿Cuál es, pues, la “función en la producción” de la burocracia? Si tiene alguna hay que caracterizarla como una clase social. La burocracia como capa social no es, a ningún título, y en ningún momento, un agente necesario de la producción, sus funciones son totalmente parasitarias. Extrae sus privilegios del monopolio del poder político que detenta. Atribuyéndole una “función en la producción” Mandel le da un papel necesario. Aquí se vuelve a encontrar la idea que la burocracia es, en el fondo, “históricamente” “una delegación del poder dada por la clase obrera a una capa de profesionales del poder”, de donde procede esta otra idea de la perennidad de la burocracia y, por fin, la de los límites obligatorios de los movimientos revolucionarios en los países de Europa del Este y de la URSS: la reforma de la burocracia.

⁸³ León Trotsky, *La revolución traicionada*, Fontamara, Barcelona, 1977, página 237.

⁸⁴ E. Mandel, *La burocracia*, Schapire Editor, Colección Mira, Buenos Aires, 1973, páginas 87 y 89.

¿Quién defiende y quién ataca las conquistas de Octubre?

Por más que lo pretenda Germain la burocracia como tal no es globalmente más culta ni más inteligente de lo que eran los patanes burocráticos del estalinismo bajo Stalin, ni más atada al modo de producción social salido de la Revolución de Octubre. En su seno se refracta la lucha de clases y se desarrollan las tendencias fundamentalmente opuestas. De la burocracia es de donde surgen las tendencias restauracionistas. A la inversa, existen igualmente en su seno tendencias que son sensibles a las aspiraciones y necesidades de la clase obrera. El corsé de hierro del aparato comprime las fuerzas centrífugas de la burocracia. La depuración, la represión son indispensables para el mantenimiento del equilibrio entre los diferentes componentes de la burocracia. El papel político del PCUS se corresponde con esta necesidad y por ello su funcionamiento es rígido, monolítico; si no estallarían. Pero una vez más, aunque expulsada del poder político, la fuerza social que defiende con cuerpo y alma las relaciones sociales de producción nacidas de Octubre, que ha obligado a la burocracia a extenderlas a Europa del Este, es la clase obrera, la potencia fantástica que representa y que surgiría inevitablemente si la burocracia estallase en sus componentes. Ella obliga a la burocracia del Kremlin a respetarlas hasta cierto punto.

Esta potencia, este temor ha tener que enfrentar a la clase obrera, es lo que obligó al aparato estalinista a un gran giro en los años 1928-29, tras vacilaciones, y que le obligó a orientarse hacia la industrialización a ultranza. De las profundidades de la clase obrera y del campesinado kolkhoziano fue de donde surgieron las fuerzas que debían dar cuenta del imperialismo alemán. Lo que obligó a la burocracia del Kremlin a hacer frente, a su manera, al imperialismo estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial fue también la posibilidad de abrir la puerta a la penetración de los capitales y mercancías del imperialismo sin tener que enfrentarse al proletariado soviético.

Las relaciones entre la clase obrera soviética y la burocracia del Kremlin son ambiguas. La clase obrera sufre a la burocracia parasitaria a falta de haber encontrado los recursos y medios políticos para derrocarla. Pero la burocracia del Kremlin es el agente de la burguesía en el seno del estado obrero:

“Sin embargo, admitamos que ni el partido revolucionario ni el contrarrevolucionario se adueñen del poder. La burocracia continúa a la cabeza del Estado. La evolución de las relaciones sociales no cesa. Es evidente que no puede pensarse que la burocracia abdicará a favor de la igualdad socialista. Ya desde ahora se ha visto obligada, a pesar de los inconvenientes que esto presenta, a restablecer los grados y las condecoraciones; en el futuro, será inevitable que busque apoyo en las relaciones de propiedad. Probablemente se objetará que poco importan al funcionario elevado las formas de propiedad de las que obtiene sus ingresos. Esto es ignorar la inestabilidad de los derechos de la burocracia y el problema de su descendencia. El reciente culto de la familia soviética no ha caído del cielo. Los privilegios que no se pueden legar a los hijos pierden la mitad de su valor; y el derecho de testar es inseparable del derecho de propiedad. No basta ser director del truts, hay que ser accionista. La victoria de la burocracia en ese sector decisivo crearía una nueva clase poseedora.”⁸⁵

Sin duda, exclamarán los renegados a la IV Internacional, y todo el cortejo de los aduladores de una burocracia civilizada, humanizada, inteligente, con la cual un Germain-Mandel podría disertar finamente, pero Trotsky escribía estas líneas en 1935, hace de ello 35 años, y sin embargo las relaciones sociales de producción nacidas de la Revolución de Octubre no solamente no han sido derribadas en la URSS sino que,

⁸⁵ León Trotsky, *La revolución traicionada*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, página 239.

además, se han extendido a Europa del Este, incluso sin hablar de China; ¿no es la prueba de “la atadura [de la burocracia] a un modo de producción y a una sociedad que no son capitalistas”? Una vez más, demostrarán cómo de alejados están del marxismo, del materialismo dialéctico. Hacen evolucionar a la burocracia del Kremlin (y a las mjburocracias satélites) en el vacío, en sí. La burocracia del Kremlin (y las burocracias satélites):

“Continúa defendiendo la propiedad estatizada por miedo al proletariado. Este temor saludable lo mantiene y alimenta el partido ilegal de los bolcheviques-leninistas, que es la expresión más consciente de la corriente socialista contra el espíritu de reacción burguesa que penetra profundamente a la burocracia thermidoriana.”⁸⁶

La política y evolución propia de la burocracia del Kremlin proceden de las relaciones entre las clases a escala internacional y nacional. Aunque encarna el “espíritu de reacción burguesa”, la burocracia del Kremlin ha defendido a la URSS contra el imperialismo alemán. Pero tanto en la guerra como en la paz, el “espíritu de reacción burguesa” de la burocracia del Kremlin se manifiesta: llamamiento a los valores burgueses; guerra conducida en nombre de “la defensa de la democracia”, del chovinismo (“el alemán bueno es el alemán muerto”, escribía Ilya Ehrenbourg); llamamiento a la memoria de los grandes ancestros de la “Santa Rusia” de Suvarov a Kutuzov; del seno de la burocracia surgen los Vlasov, prestos a devenir los Quisling rusos del imperialismo; facilidades acordadas a las tendencias proburguesas en la economía en aquello que concierne a la agricultura y el comercio en detalle, que permite la aparición de “millonarios”; disolución de la Internacional Comunista, y alineamiento total de los PC de los “países democráticos” con sus burguesías; tendencias profundas en el seno de la burocracia a establecer lazos no solamente políticos sino también económicos con el imperialismo a fin de asociar al imperialismo estadounidense con la “reconstrucción” de la URSS devastada por la guerra. Durante los primeros meses de la guerra, la burocracia cayó presa del pánico, en plena descomposición, importantes capas estaban prestas a los peores abandonos. La clase obrera y el campesinado kolkhoziano fueron las fuerzas sociales que obligaron a la burocracia a organizar la defensa y la contraofensiva. El miedo a que surgiesen de las profundidades del proletariado ruso, de las tradiciones todavía vivientes del Ejército Rojo, de la revolución, del partido de Lenin y de Trotsky, las fuerzas organizadoras y dirigentes, que hubiesen proseguido la guerra contra el imperialismo alemán caso que hubiese capitulado la burocracia, estos fueron los elementos decisivos que espolearon a la burocracia. El asesinato de Trotsky por Stalin, en vísperas de la guerra, fue un acto de “sabia precaución” de la burocracia. Temía instintivamente la crisis, en caso de guerra catastrófica, a las mismas capas de la burocracia ligadas al proletariado soviético decidido a combatir hasta la muerte, no les quedaba otro recurso más que el llamamiento al fundador del Ejército Rojo, todavía símbolo viviente de la Revolución de Octubre.

Los pablistas renegados a la IV Internacional, y los “críticos” de izquierda de la burocracia del Kremlin, substituyen las relaciones políticas entre la burocracia y la clase obrera por la noción de una “doble naturaleza” de ésta en lugar de la contradicción que explica con toda claridad Trotsky:

“La burocracia soviética ha expropiado políticamente al proletariado para defender con *sus propios* métodos las conquistas sociales de éste. Pero el hecho mismo de que se haya apropiado del poder en un país en donde los medios de producción más importantes pertenecen al Estado, crea, entre ella y las riquezas

⁸⁶ Ibídem, página 237.

de la nación, relaciones enteramente nuevas. Los medios de producción pertenecen al Estado. El Estado “pertenece”, en cierto modo, a la burocracia. Si estas relaciones completamente nuevas se estabilizaran, se legalizaran, se hicieran normales, sin resistencia o contra la resistencia de los trabajadores, concluirían por liquidar completamente las conquistas de la revolución proletaria. Pero esta hipótesis es prematura. El proletariado aún no ha dicho su última palabra. La burocracia no le ha creado una base social a su dominio, bajo la forma de condiciones particulares de propiedad. Está obligada a defender la propiedad del Estado, fuente de su poder y de sus rentas. Desde este punto de vista, sigue siendo el instrumento de la dictadura del proletariado.”⁸⁷

La burocracia no ha tenido hasta ahora la fuerza política para transformar las relaciones de propiedad y transformarse de capa social en clase social; este mérito no es de ella sino del proletariado soviético. A falta de haber podido hacerlo, le es necesario gestionar la propiedad de estado fuente de su poder y de sus ingresos. Mantiene el *estatus quo* en la URSS, aspira al *estatus quo* en el mundo a falta de poder modificarlos sin enfrentarse al proletariado. Acabada la guerra, la burocracia del Kremlin ha llegado al cénit de su potencia política, pero, siempre a partir de relaciones políticas determinadas con el proletariado de la URSS y el proletariado mundial. Los imperialismos europeos en plena descomposición, los estados burgueses y la economía capitalista de Europa asolados, la burocracia del Kremlin utilizó su potencia política al servicio del imperialismo, de la reconstrucción de los estados burgueses y de la economía capitalista en Europa. Intentó incluso reconstituir los estados burgueses desmantelados de Europa del Este controlándolos al mismo tiempo. Sin embargo, aunque esta actividad contrarrevolucionaria se corresponde con tendencias profundas, tuvo que llevarla adelante en nombre de la revolución rusa, en nombre del proletariado soviético y de su victoria sobre el imperialismo alemán, fuente del prestigio usurpado de la burocracia del Kremlin. El proletariado ruso, agotado por 20 millones de muertos, se mantuvo, de todas formas, como el garante de las conquistas de la revolución en la URSS, y la burocracia tuvo que limitarse a mantenerse como gestora, sin realizar sus tendencias profundas. De nuevo tuvo que adentrarse en un curso que no había previsto ni querido cuando se planteó el dilema: o dejar que se reconstruyesen los estados burgueses y la economía capitalista en Europa del Este bajo el impulso del imperialismo estadounidense, particularmente en el marco del Plan Marshall, y dejar abiertas esas vías de penetración del imperialismo hacia la URSS, o transformar las relaciones sociales de producción alineándolas sobre las de la URSS; o entablar la guerra civil contra el proletariado de la URSS, romper su aparato contrarrevolucionario internacional, romper con el proletariado mundial y desagregarse ella misma en sus componentes, o proceder a la transformación de las relaciones de producción en los países de Europa del Este utilizando su potencia política, mediante un llamamiento controlado a los proletarios de esos países para, a continuación, reprimir con tanta o más brutalidad cualquier veleidad de independencia frente a ella. Teniendo en cuenta las relaciones políticas entre el proletariado de la URSS y los proletarios de Europa del Este, el proletariado mundial y la burocracia del Kremlin, teniendo en cuenta la delicuescencia de las burguesías europeas, de las relaciones políticas entre el imperialismo mundial y la burocracia del Kremlin, en ese momento, tuvo que recurrir a la segunda solución: “desde ese punto de vista siguió siendo el instrumento de la dictadura del proletariado” en la URSS y de la edificación de estados obreros deformados en Europa del Este. La modificación del *estatus quo*, en detrimento del

⁸⁷ *Ibidem*, páginas 235 y 236.

imperialismo y en beneficio del proletariado, resultaba de la fuerza del proletariado y de sus aspiraciones, de la crisis del imperialismo y singularmente de la burguesía y de los mismos imperialismos. La burocracia del Kremlin se servía de su potencia política para deformar y contener la oleada revolucionaria. La dictadura bonapartista extendía a Europa del Este los métodos represivos más bárbaros utilizados en la URSS durante los años 30, y los retomaba en la URSS a fin de contener las fuerzas centrífugas en el seno de la burocracia del Kremlin. Aceptaba adentrarse en la carrera de armamentos, la guerra fría con el imperialismo, tanto a fin de defender a la URSS contra el imperialismo como, también, como método destinado a encorsetar, en la URSS y en los países de Europa del Este, al proletariado y a las fuerzas centrífugas de la burocracia.

Termidor burgués y termidor soviético

Cuando se utilizan, a propósito de la burocracia del Kremlin, los términos “termidor” o “bonapartismo”, se trata de una comparación con los procesos políticos que siguieron a la revolución burguesa más pura, la más radical; la revolución francesa. La revolución burguesa era necesaria a fin de barrer los restos de feudalidad, el poder político de la aristocracia devenida totalmente parasitaria, e instaurar el poder político de la burguesía, en armonía con el modo de producción burgués que ya era el modo de producción dominante, desde antes de la revolución, y que se desarrollaba por su propio movimiento. La revolución francesa llegó extremadamente lejos y fue muy profunda. En 1793, la democracia plebeya extirpó hasta las raíces del poder político de la autocracia pero, habiendo labrado profundamente el terreno político, fue muy lejos desde el punto de vista de las relaciones sociales burguesas. La reacción termidoriana y bonapartista no devino menos necesaria para la burguesía de lo que lo había sido la revolución. El bonapartismo, incluso si elevaba al estado burgués por encima de la clase burguesa, garantizaba las relaciones de propiedad burguesas. Elaboraba las normas jurídicas, el código napoleónico. La burocracia de estado, el ejército, la inteligentsia, la policía, los jueces, los abogados, son componentes de la división del trabajo y del orden burgués, conformes a su naturaleza; no provienen de una fase transitoria de esta sociedad. El enriquecimiento, las prebendas de la nueva capa a la cabeza del estado, integraban a ésta en la burguesía, en su modo de producción, como elemento del sistema social y político salido de la revolución. La revolución de 1789 - 1793 y la contrarrevolución termidoriana y bonapartista se completaban desde el punto de vista del sistema social y del orden burgués.

La comparación entre el termidor y el bonapartismo burgués y el termidor y el bonapartismo soviético es legítima, en cuanto que permite captar que se trata de la reacción tras la revolución, en cuanto que ilustra que el estado y los organismos dirigentes se elevan por encima de la clase social que ha fundado el nuevo orden social y político, y que se forma una capa social que tiene sus intereses específicos. Pero la comparación debe detenerse aquí. El modo de producción capitalista se desarrolló en el mismo interior del antiguo modo de producción feudal, automáticamente. Si las bases objetivas del modo de producción que se estableció después de la revolución proletaria resultan del modo de producción capitalista en un determinado estadio de su desarrollo (socialización de la producción), este nuevo modo de producción sólo nació tras la toma del poder, cuando el estado obrero expropió a la burguesía, se apropió de los principales medios de producción y de intercambio. De entrada no es “socialista” aunque llevará al socialismo. Es transitorio y contiene numerosas contradicciones:

“El predominio de las tendencias socialistas sobre las tendencias pequeñoburguesas no está asegurado por el automatismo económico (aún

estamos lejos de ello) sino por el poder político de la dictadura. Así es que el carácter de la economía depende completamente del poder.

La caída del régimen soviético provocaría infaliblemente la de la economía planificada y, por tanto, la liquidación de la propiedad estatizada.”⁸⁸

La burocracia del Kremlin se afirmó como capa social específica por su temor, apropiándose del estado obrero como dice Trotsky. Al mismo tiempo que incorporaba en su seno los desechos de las antiguas clases sociales, del antiguo personal dirigente, expulsó del poder político a la clase obrera. Sus raíces continúan hundiéndose en la clase obrera y, sin embargo, se separó de la clase obrera, formó una capa social pequeño burguesa antagonista del proletariado. Mientras que el temor de los burgueses marchaba en el sentido de los intereses fundamentales e históricos de la burguesía, en beneficio de la cual se había hecho la revolución, mientras que los “burócratas” del “aparato” terrorista y bonapartista de la revolución burguesa encontraban en el modo de producción los medios para perpetuar las posiciones adquiridas, para integrarse en el sistema social, para devenir grandes burgueses, adquirir bienes, propiedades, fortunas, para ellos mismos y para su descendencia, la burocracia del Kremlin se levantó, por el contrario, contra la clase que había hecho la revolución y en beneficio de la cual fue hecha. El temor soviético es el comienzo, el primer paso de una contrarrevolución burguesa en el interior del estado obrero, que las relaciones entre las clases en la URSS y a escala mundial no permitieron acabar en la transformación de las relaciones de producción, con la vuelta a la apropiación privada de los medios de producción. A falta de algo mejor, la burocracia se ve obligada a explotar al estado obrero deformado y defender la fuente de sus privilegios. Teme incluso la intervención del imperialismo y su penetración en la URSS y en Europa del Este, pues si bien potentes tendencias la empujan a la vuelta a la apropiación privada de los medios de producción, tiende a llegar a ello por su propia cuenta. Entre las clases, entre las diferentes tendencias de la burocracia, se impone el bonapartismo por sus métodos, que prohíbe toda expresión política independiente, toda forma política organizada. Ineluctablemente, este equilibrio se romperá. Comenzó a desagregarse cuando la burocracia estaba en el cénit de su potencia política. La revolución en Yugoslavia, la toma del poder por el Partido Comunista yugoslavo, tuvieron lugar contra la voluntad de Stalin y de la burocracia del Kremlin; se producía una primera ruptura en el aparato internacional del estalinismo. Después, la revolución china tomaba del poder contra la voluntad de Stalin y de la burocracia del Kremlin; se producía una segunda ruptura en el aparato internacional del estalinismo. El aparato internacional del estalinismo, su potencia y monolitismo, no es un lujo que se consiente a la burocracia del Kremlin, le son indispensables como garantía contra la revolución social que destruiría el equilibrio entre las clases a escala mundial, como garantía que contiene al proletariado soviético. A cambio, el control de este aparato internacional sobre sectores decisivos del proletariado mundial le impone a la burocracia del Kremlin determinados límites: la hace aparecer como la heredera de Octubre. Llegado el caso, la burocracia del Kremlin sólo sacrifica una parte de su aparato internacional a la burguesía: así en Alemania en 1933.

La conjugación de la guerra fría, de los esfuerzos del imperialismo en vistas a limitar la desagregación del sistema imperialista y reconstruirlo, y de la política de Stalin, defendiendo a la URSS “según sus métodos”, interviniendo cuando la oleada revolucionaria, nacida de la guerra, simplemente fue limitada y contenida, avivó las contradicciones de clase en los países capitalistas y tendió a romperlas, así como

⁸⁸ *Ibidem*, página 236.

también las contradicciones internas de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional. El aparato del Kremlin fisurado, sus prolongaciones internacionales comenzaron a resquebrajarse en sus puntos débiles: en Alemania del Este, Polonia y Hungría en octubre-noviembre de 1956, el proletariado se puso en movimiento y comenzó el proceso de la revolución política. Pero si se integran estos movimiento, y la huelga general de agosto de 1953 en Francia, en el curso de la historia, se ve que la revolución social en Europa, contenida y limitada por la fuerza política del aparato internacional del estalinismo y la potencia económica del imperialismo estadounidense, retoma su curso, uniéndose a la revolución política contra la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites. Deviene evidente que la revolución socialista que maduró en Europa es un solo y mismo proceso político, con aspectos diversos pero unificados: revolución social y revolución política.

El evolucionismo “reformador”

Razonando como vulgares evolucionistas, los renegados a la IV Internacional, sus compensadores y rivales en la materia, estiman que, de cualquier forma, ricamente dotada por la naturaleza de una doble naturaleza, la burocracia del Kremlin continúa (sin embargo lisa y llanamente) defendiendo a su manera las relaciones de producción nacidas de Octubre, que se mantiene el “estatus quo” y mucho más cuanto más demuestra el proletariado su potencia en Europa Occidental y Oriental, en la URSS. Es ignorar la dialéctica de la lucha de clases. Si, como Marx explica, la revolución necesita a menudo las espuelas de la contrarrevolución, la revolución espolea a la contrarrevolución. Todos los reformistas son vulgares evolucionistas; suponen que, de conquista en conquista, la clase obrera debilita progresivamente a la burguesía, amplía la democracia política en “democracia social” hasta el día en que se opera la “transformación de la cantidad en calidad”: un último golpecito y la sociedad (el día anterior aún burguesa) deviene un bello día socialista. Por lo mismo, la crisis de la burocracia estalinista refuerza al proletariado de la URSS que, en un proceso finalmente pacífico, “recupera” las conquistas de Octubre. Así “teoriza” el asunto Janus-Germain-Mandel (siempre él):

“Sólo una revolución política puede derribar el poder de la burocracia en provecho del proletariado.”

¡Homenaje a la memoria de Trotsky! Pasemos a “cosas serias”:

“Esto no significa que esa revolución será sangrienta”

La lucha por la defensa de las conquistas de Octubre, llevada adelante por la Oposición de Izquierda, después por la IV Internacional, por fin por todos aquellos que han luchado contra la deformación y la destrucción de estas conquistas por la burocracia parasitaria, es indisoluble de la revolución política. Menos aun que la revolución social, la revolución política no nace de nada, súbitamente en una bella mañana de primavera. Ambas resultan de todas las luchas anteriores del proletariado, de sus organizaciones, de su vanguardia. Centenares de millares de cadáveres de viejos bolcheviques, decenas de millares de trotskistas asesinados, el cráneo aplastado de Trotsky, he aquí un aparte del pesado tributo entregado por aquellos sin los cuales no podría haber revolución política. Pero... la “esto no significa revolución política será sangrienta”. ¡Pequeño canalla!

En fin, prosigamos:

“... los dos ejemplos históricos de un principio de revolución política (16 y 17 de junio de 1953 en Alemania del Este; 23 de octubre-4 de noviembre de 1956 en Hungría) demostraron el resultado de la movilización general de la clase

obrera, caracterizada por las ocupaciones de fábricas, la elección de consejos obreros, etc. La burocracia local se desvaneció literalmente y sólo la intervención militar exterior pudo detener esta revolución. En la Unión Soviética, claro está, no puede existir un factor exterior que pueda desempeñar ese papel.

Podemos, pues, ser bastante optimistas acerca de las modalidades de realización de la revolución política. No vemos, por lo demás, cuál sería la masa social de maniobra de la burocracia, que pudiese aceptar luchar por ella contra el proletariado.

Este fenómeno no es más que la aplicación del concepto de *revolución política, distinto del de revolución social*.⁸⁹

Con otras palabras, si la revolución política pudiese circunscribirse a cada país tomado en particular, todo iría sobre ruedas. Pero el proceso de la revolución política concierne, justamente, a todos los países bajo dominación de la burocracia del Kremlin y a la misma URSS. Lo que se expresó en Alemania, Polonia y Hungría, fue la crisis general de la burocracia del Kremlin, según condiciones particulares: la revolución política estalló en esos países a causa de las tensiones particularmente agudas, de su historia propia, de disposiciones particulares de las fuerzas sociales, de las particularidades políticas que traducen la crisis general de la burocracia en términos particulares, igual que la crisis general del imperialismo se traduce de forma particular en cada país. A su vez, las revoluciones políticas en Alemania, Polonia y Hungría, han nutrido la crisis de la burocracia del Kremlin y son preparatorias de la revolución política en la URSS. Germain-Mandel ignora la relación entre lo particular y lo general. Emite una idea “profunda”: si la burocracia no fuera lo que es todo sucedería diferentemente. Al mismo tiempo, y una vez más, aísla a la burocracia del Kremlin, y las burocracias parasitarias, de sus relaciones con todos los elementos pequeño burgueses y proburgueses que renacen y se desarrollan sin cesar en la URSS y en los países de Europa del Este, en todos los poros de la sociedad, y sobretodo de su relación con la burguesía mundial. La fuerza de la burocracia en la URSS y en los países de Europa del Este proviene de su relación con la burguesía mundial, y no solamente de ella misma. Pero Mandel ¿no ha clasificado de una vez por todas a la burocracia “como una delegación de poder del proletariado”? Expresa su profundo desacuerdo con Trotsky que escribe:

“Supongamos que la burocracia soviética es arrojada del poder por un partido revolucionario que tenga todas las cualidades del viejo partido bolchevique; y que, además, esté enriquecido con la experiencia mundial de los últimos tiempos.”

Remarquemos bien: Trotsky supone que no es solamente un movimiento de masas el que expulsa del poder a la burocracia sino, ni más ni menos, un partido de la IV Internacional. Cumplida esta condición:

“Con las masas, a la cabeza de las masas [este partido], procedería a una limpieza implacable de los servicios del Estado”.

Trotsky prosigue:

“Si, por el contrario, un partido burgués derribara a la casta soviética dirigente, encontraría no pocos servidores entre los burócratas actuales, los técnicos, los directores, los secretarios del partido y los dirigentes en general. Una depuración de los servicios del Estado también se impondría en este caso; pero la restauración burguesa tendría que deshacerse de menos gente que un

⁸⁹ Ernest Mandel, *La burocracia*, Schapire Editor – Colección Mira, Buenos Aires, 1973, páginas 91 y 92. [91 para las dos citas anteriores, NdT]

partido revolucionario.”⁹⁰

En Hungría en particular, la burocracia parecía haber desaparecido, estaba descompuesta pero no había dejado de existir. Sólo era la primera fase de la lucha: la clase obrera no había tomado el poder. Si lo hubiese tomado, habría tenido que limpiar sin misericordia los servicios del estado, mucho más profundamente que lo hubiese hecho una contrarrevolución dirigida por un país burgués.

Y faltaba el partido del proletariado. Florecían las ilusiones sobre la “reforma de la burocracia”: en los primeros días de la revolución, Kadar era un de esos “burócratas reformados” pero que mantenía el cordón umbilical que lo ligaba con el estalinismo y, naturalmente, los servicios del estado quedaron muy lejos de ser “limpiados sin misericordia”. Otras tantas condiciones que favorecieron la segunda intervención militar de la burocracia del Kremlin y sobre las que aquella se apoyó.

No se tejó el lazo político necesario que se tenía que establecer con el movimiento revolucionario polaco. Y así, no se tuvieron en cuenta ni la explotación ni la profundización consciente de la crisis del estalinismo. Gomulka (con las felicitaciones y el apoyo político de los renegados a la IV Internacional) “maniobraba en el interior del campo de clase”, como ellos dicen, es decir como ala izquierda de la burocracia del Kremlin, mientras que la “burocracia desaparecida” en Hungría maniobraba, ganaba tiempo. Los “conceptos” de Germain-Mandel no son decididamente los del programa de la IV Internacional, especialmente el de la “revolución política” que él reduce, en efecto, al “concepto” vacío de la “revolución política pacífica” mientras que la revolución política es una expresión de la lucha de clases que levanta, finalmente, en una lucha a muerte, a la burguesía como clase contra la clase obrera como clase y exige, en consecuencia, que el proletariado sea armado política y organizativamente para este combate.

Las burocracias parasitarias, agentes de la burguesía en la URSS y en Europa del Este

Pero ¿quién habla de “lucha de clases” en la URSS, en los países de Europa del Este, allí donde las relaciones sociales de producción se corresponden con las que resultaron de la Revolución de Octubre? El lógico Germain-Mandel os lo dice, las cosas son simples:

“-En una revolución social, *el modo de producción se modifica y el poder pasa de una clase social a otra;*

*-en una revolución política, el modo de producción no se modifica fundamental y el poder pasa de una capa social a otra capa de la misma clase.”*⁹¹

No era este el parecer de Trotsky:

“Bajo ningún otro régimen, la burocracia alcanza semejante independencia. En la sociedad burguesa, la burocracia representa los intereses de la clase poseedora e instruida, que dispone de gran número de medios de control sobre sus administraciones. La burocracia soviética se ha elevado por encima de una clase que apenas salía de la miseria y de las tinieblas, y que no tenía tradiciones de mando y de dominio. Mientras que los fascistas, una vez llegados al poder, se alían a la burguesía por los intereses comunes, la amistad, los matrimonios, etc., etc., la burocracia de la URSS asimila las costumbres burguesas sin tener a su

⁹⁰ León Trotsky, *La revolución traicionada*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, página 238.

⁹¹ Ernest Mandel, *La burocracia*, Schapire Editor – Colección Mira, Buenos Aires, 1973, página 92.

lado a una burguesía nacional. En este sentido no se puede negar que es algo más que una simple burocracia.”⁹²

Ya desde este punto de vista no es tan simple y lógico como lo deja entender Germain-Mandel. Enseguida, en el seno de la burocracia, actúan sin cesar profundas y potentes tendencias que aspiran a transformar las relaciones de propiedad. Por fin, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, en luchas abiertas contra los proletarios de sus países, se apoyan en la burguesía mundial, en el imperialismo del que son los agentes en el seno del estado obrero.

Pero es cierto que Germain-Mandel conoce los múltiples “sectores de la lucha de clases” (cuatro en el último censo) e ignora su unidad tanto en el tiempo como en el espacio. Lo que le permite ignorar uno de las mayores rasgos de las relaciones entre las clases, rasgo revelado por los movimientos revolucionarios de junio de 1953 en Alemania Oriental, de Polonia en octubre de 1956 y, sobretodo, por la revolución política en noviembre de 1956 en Hungría: de ahí en adelante, la burocracia del Kremlin, las burocracias satélites, tropiezan directamente, físicamente, armas en la mano, con los proletarios de sus países, con la revolución política, expresión particular del proceso revolucionaria europeo y mundial.

La naturaleza de la burocracia del Kremlin no ha cambiado pero el eje político alrededor del cual se mueve se ha desplazado obligatoriamente a la derecha. Subsisten las tendencias que la desgarran pero las proburguesas, las que tienden a establecer su relación directa con el imperialismo tienen cada vez más la iniciativa en el seno de la burocracia. Lo que, a su vez, agrava las contradicciones sociales en la URSS y los países de Europa del Este, entre el proletariado mundial y el aparato internacional del estalinismo, en el interior de éste, de las burocracias satélites, de la burocracia del Kremlin. Queda manifiesta la profundidad del análisis de Trotsky: la unidad de la lucha de clases mundial, porque unifica en un proceso único la revolución social y la revolución política, obliga a la burocracia del Kremlin y a las burocracias satélites a defender sus privilegios apoyándose en el imperialismo, en la burguesía mundial y, apoyándolos, se acentúa el antagonismo radical entre el proletariado y la burocracia (política y social) y conduce a la guerra civil. Las leyes de la lucha de clases presionan, empujan a la burocracia del Kremlin. “Nunca se ha visto al diablo cortarse las garras”.

La revolución política que mana de todas partes de la sociedad en la URSS, en los países de Europa del Este, obliga a la contrarrevolución a apretar el paso, y la contrarrevolución es la burocracia parasitaria; “la contrarrevolución en marcha tendrá que romper la resistencia de los obreros”. Debe precipitar el movimiento porque “los obreros marchando hacia el socialismo tendrán que derrocar a la burocracia”, y ya se han puesto en marcha hacia el socialismo; se levantaron, armas en la mano, contra la burocracia; formaron sus consejos durante la revolución húngara. Que el curso derechista de la burocracia del Kremlin no sea rectilíneo, que zigzaguee, que resista a la presión del imperialismo, que intente encontrar una nueva línea de estabilización, que tema más que nunca al proletariado y sus reacciones, que este curso no pueda llevar, finalmente, más que a su estallido, no ofrece dudas. Pero es inadmisibles cerrar los ojos ante las relaciones políticas que se establecen entre el imperialismo, la burocracia del Kremlin y el proletariado mundial en nombre de: “la burocracia no es una clase”, la “revolución no es social sino política”, la “revolución política pacífica”.

La burocracia del Kremlin daba un paso hacia la guerra civil contra el proletariado de Europa del Este y de la URSS cuando aplastó por la fuerza de las armas la revolución de los consejos obreros húngaros. Abría una nueva página de su historia, o más bien un

⁹² León Trotsky, *La revolución traicionada*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, página 235.

nuevo capítulo, aquel en que debe asumir hasta el final su papel contrarrevolucionario burgués o ser derribada por la revolución política. Este curso es el que da su contenido a la coexistencia pacífica estilo Kruschev, Brezhnev, Kosiguin.

Este curso se expresó en la tentativa de sacrificar las conquistas de la revolución china al imperialismo en el altar de la coexistencia pacífica. Este curso fue el que dio su verdadero significado a las “reformas económicas”. Combinado con la llegada al poder de De Gaulle fue este curso el que le volvió a dar temporalmente la iniciativa al imperialismo en la lucha de clases mundial.

Para los renegados a la IV Internacional, mientras que la política de rentas, las tentativas de integración de los sindicatos en el estado, proceden del capitalismo autoritario pero ilustrado, la revolución política en la URSS y los países de Europa del Este se reduce a la autorreforma de la burocracia. La simetría es impresionante. En el primer caso, la lucha de clases del proletariado sólo puede contribuir a la reforma de las estructuras del régimen capitalista; en el segundo caso, a consecuencia del movimiento de las masas, la burocracia reencontró su buena naturaleza. Sin embargo, es preciso ser prudente y circunspecto a propósito de las luchas revolucionarias de los proletarios de Europa del Este y de la URSS pues existe:

El peligro de restauración del capitalismo

“Sólo trataremos este punto rápidamente. No porque se trate de un problema secundario o inexistente. *Un estudio serio exigiría, en primer lugar, elucidar las relaciones que rigen “la ley del valor” y el plan en una sociedad de transición y esto desde el punto de vista económico y político al mismo tiempo.* Pero ese problema sólo tiene una lejana relación con el sujeto de este folleto, a saber: las causas de la intervención soviética. Agitando el espectro de la restauración del capitalismo, los soviéticos [los términos utilizados son reveladores de la confusión política: la contrarrevolución burocrática se llama en el lenguaje pablista “los soviéticos”] han encontrado el *único* pretexto que está a la altura de la enormidad de su intervención: quien quiere ahogar a su perro lo acusa de la rabia... Ignoramos incluso en qué medida los dirigentes del Kremlin comprenden el peligro real del imperialismo cuando se ve la actitud perfectamente irresponsable en Vietnam, donde, frente a una amenaza estadounidense que no es solamente ideológica, se niegan a dar un apoyo político y material eficaz.

Dicho esto, existía un peligro de restauración del capitalismo en agosto de 1968. Pero es inadmisibles ignorar que este peligro existía igualmente bajo Novotny, que existe ahora, tras la intervención, por el mismo motivo que existe en Polonia, en Bulgaria, en DDR, Hungría y en la URSS también. Mientras que el capitalismo subsista en el mundo con un potencial productivo muy superior al de los estados obreros este peligro es muy real: no somos nosotros quienes creemos en el socialismo en un solo país. *Pero la única garantía, a corto plazo para impedir toda degeneración sólo puede encontrarse con la movilización de las masas. No hay aquí ningún milagro.* Quienes sólo ven en esto necesidades para pequeño burgueses soñadores deben llevar hasta el final la lógica de su razonamiento y explicarnos que cuando la politización, por razones históricas (que se niegan a analizar), la politización y la autoactividad del proletariado fallan, pueden sustituirlas la policía y el ejército. Lo que viene a ser, sumándolo todo, hacer la apología del estalinismo. Y es inútil actualmente combatir

teóricamente lo que, en los hechos, se derrumba”.⁹³

Es difícil hacerlo mejor en este género. Si Janus-Mandel-Germain no ha escrito él mismo este folleto, debe estar contento: el alumno supera al “maestro”. Tratemos de desembrollar.

Hay crueles fantasmas impersonales que, por supuesto, constituyen un “peligro de restauración capitalista” en todo tiempo, en todo lugar y en toda circunstancia: ¿de qué fuerzas se trata? Misterio. No vale la pena hablar de ello. La burocracia del Kremlin es “irresponsable” (perdón, “los dirigentes del Kremlin”, los “soviéticos” como se dice en otra parte): “no comprende el peligro real del imperialismo”; como ejemplo, Vietnam.

Es suficiente con reformular bajo una forma positiva lo que escribe el autor o los autores de este folleto y su verdadero pensamiento deviene perfectamente claro: “si los dirigentes del Kremlin comprendiesen el peligro real del imperialismo, tendrían una actitud responsable en Vietnam [y en otras partes]; darían a los obreros y campesinos vietnamitas “un apoyo político y material eficaz”. Como, por otra parte, la “única garantía... para impedir toda degeneración sólo puede encontrarse en la movilización de las masas..., pero, ¡lástima!,... “a largo plazo, queda que, igual que en Vietnam, la fuerza decisiva que puede vencer al imperialismo es la burocracia del Kremlin devenida “responsable”, la muralla contra la restauración capitalista en Europa del Este y en la URSS es esta misma burocracia del Kremlin. El razonamiento es idéntico al de Germain que “defendía” la revolución húngara en estos términos:

“El verdadero error [de Imre Nagy] está en otra parte. Viendo la aparición de fuerzas reaccionarias, podría haberse apoyado con más franqueza y sentido táctico en los elementos populares obreros y campesinos. En lugar de dejarse coger a su vez en la verborrea vacía sobre “la unidad nacional” y la “democracia”, debería haber organizado inmediatamente la democracia socialista: convocar por todos los medios en Budapest un congreso nacional de los consejos obreros y hacer de él la base legítima de su poder, oponiendo así un poder democrático y obrero establecido a las ilusiones y sueños parlamentarios de algunos. ¿Debería haber precisado: elecciones libres con la participación de todos los partidos?, sí, elecciones a los consejos obreros y campesinos pobres, con la participación de todos los partidos que reconozcan la socialización de los medios de producción e intercambio. Así habría hecho más difícil la intervención soviética y más complicado el juego de la reacción...

... Y después, si esta prueba resultase mal, seguía siendo posible siempre una intervención del ejército soviético que rodeaba al país por todas partes. Pero, ¿que diferencia entre una intervención rusa pedida por los obreros húngaros en lucha contra la reacción y una intervención contra el conjunto del pueblo que resiste ferozmente!”⁹⁴

Estas líneas llevan, sumándolo todo, a hacer apología del estalinismo, un estalinismo remozado, regenerado por la intervención de las masas, desembarazado de sus crímenes, pero que continúa siendo indispensable pues nuestros pablistas; cuando llevan hasta el final la lógica de su razonamiento acaban allí donde los pequeño burgueses llegan; el movimiento de las masas evita el peligro de restauración capitalista.

Muy afortunadamente, se levanta un muro contra el imperialismo, contra la restauración capitalista: la burocracia del Kremlin por poco que devenga “consciente y responsable”. El movimiento de las masas es el aguijón de una burocracia que, si “esta prueba resulta mal siempre puede intervenir a demanda de los obreros en lucha contra la reacción”.

⁹³ *L'intervention en Tchécoslovaquie. Pourquoi?*, página 38

⁹⁴ *Quatrième Internationale*, vol. 14, n° 10/12, décembre 1956, página 28.

La putrefacción del imperialismo estadounidense y sus consecuencias

Se puede extraer el balance. Para los renegados a la IV Internacional, como para los revisionistas de todo origen, como para el PSU y la CFDT, los estalinistas, la huelga general de mayo-junio 68 en Francia, las luchas del pueblo y del proletariado checoslovaco, son crisis de crecimiento del “neocapitalismo”, por una parte, y del “sistema socialista” por la otra. Vuelven a escribir la historia de la lucha de clases mundial a fin de justificar sus “nuevas teorías”. Sus construcciones ideológicas necesitan que la clase obrera de los países económicamente desarrollados no constituya más que una vasta aristocracia; que el proletariado de Europa fue derrotado en el momento en que la revolución china fue victoriosa.

Por el contrario, restituir la continuidad histórica de la lucha de clases del proletariado mundial, del de Europa en particular, sitúa la huelga general de mayo-junio 68, y el ascenso hacia la revolución política del proletariado checoslovaco, como momentos de una lucha de clases que se inscribe en el proceso de la revolución mundial comenzada en 1917 por el proletariado ruso. Marcan, sin embargo, un giro de la lucha de clases mundial.

La burocracia del Kremlin, conteniendo y limitando la oleada revolucionaria posterior a la Segunda Guerra Mundial, ha dado un respiro al imperialismo protegiéndose ella misma. El respiro tiende hacia su fin. Lo que los renegados a la IV Internacional y los revisionistas de toda calaña bautizan “necapitalismo” es, en el fondo, el proceso de putrefacción, en el sentido leninista del término, del imperialismo, que sobrevive bajo la apariencia de la prosperidad.

No sin crisis, el imperialismo estadounidense emergió de la guerra como el más potente imperialismo, pivote del sistema imperialista mundial y su salvador. Como un chacal, durante dos guerra mundiales y los años de entreguerras, se nutrió de las carnes descompuestas de los imperialismos europeos. Obligado desde 1945 a tomar a cargo el sistema capitalista mundial, ha integrado en sus propias contradicciones las de las viejas potencias imperialistas, del sistema en su conjunto. Continúa siendo el imperialismo dominante, el pivote del sistema sin el cual éste se hundiría. Pero, a partir de ahora, es la totalidad del sistema imperialista mundial lo que está a punto de descomposición, de gangrena, lo que ha llevado a las potencias imperialistas de Europa a la decadencia. Este es un fenómeno mayor. Le da una profundidad y dimensión a la crisis del imperialismo de la que nunca ha tenido. La alternativa se precisa: o, bajo la dirección del imperialismo estadounidense, el imperialismo será capaz de pasar de la economía de armamento a la economía de guerra y a la guerra, primero contra China, después a escala mundial en dirección de la URSS, o el sistema imperialista se dislocará bajo el efecto de una crisis económica sin precedentes.

Actualmente, las potencias imperialistas mundiales hacen los más grandes esfuerzos: intentan prolongar, con el concurso de la burocracia del Kremlin, el estado de cosas existente. Unen sus esfuerzos para que no estalle la crisis del sistema monetario internacional. El estado burgués alemán suscribe, por miles de millones de dólares, bonos del tesoro estadounidense y sostiene, bajo diversas formas, al dólar. Después de muchas dudas, las grandes potencias imperialistas han consentido que sean creados derecho de giro especiales por el Fondo Monetario Internacional. Tienden a hacer del dólar una moneda de curso forzado a escala internacional. Todos temen que el imperialismo estadounidense deje de estar en condiciones de alimentar la coyuntura económica internacional mediante sus gigantescos gastos parasitarios. Son paliativos, expedientes; a la larga agravan la crisis del sistema monetario internacional.

Pero ¿qué hacer? Pasar de la economía de armamento a la economía de guerra abre ineluctablemente la perspectiva de la tercera guerra mundial. El imperialismo no está preparado políticamente para esta “solución”, ni incluso el imperialismo estadounidense. La economía de guerra y su resultado, la tercera guerra mundial, exigen que se realicen las condiciones políticas que le dan en general a la clase dominante el dominio de las relaciones entre las clases. En el punto en que está el sistema imperialista mundial, exige que, en los principales países imperialistas, incluyendo los Estados Unidos, la clase obrera sufra derrotas decisivas y que se instaure el estado fuerte en cada país, bajo una u otra forma. Estas condiciones, además, no son suficientes: el estado fuerte estadounidense debería disciplinar a las exigencias de la economía de armamento y de la misma guerra a las otras potencias imperialistas. Este no es el menor aspecto de la situación actual. Las potencias imperialistas, vueltas a poner en pie después de la segunda guerra imperialista por la acción combinada del imperialismo estadounidense y de la burocracia del Kremlin, son incapaces de sobrellevar la prueba de la economía de armamento y aun menos de una tercera guerra mundial.

Durante estos últimos diez años, todas estas tendencias contradictorias se han expresado, aunque de forma embrionaria. Empujado por la necesidad objetiva, la amenaza revolucionaria y la presión del capital acumulado, el imperialismo estadounidense ha entablado, con su intervención masiva contra los obreros y campesinos vietnamitas, el proceso que le conduce a la economía de armamento, a la guerra contra los obreros y campesinos vietnamitas, el proceso que le conduce a la economía de armamento, a la guerra contra China, a la tercera guerra imperialista, al mismo tiempo que reduce a la menor porción a los imperialismos menos potentes. La burocracia del Kremlin ha hecho todo por su parte para distender la “guerra fría”... cooperando con el imperialismo estadounidense en su empresa de rodear a China y preparar la guerra contra ella. Lejos de obtener en compensación el *status quo* en Europa, apremiada por sus propias contradicciones, sufría mucho más la presión de los imperialismos europeos en tanto que éstos se esforzaban en encontrar una vía propia, en contrapartida de las dificultades en aumento que los acosaban. Como siempre, son las partes más débiles de la cadena de los países controlados por la burocracia del Kremlin las que concentran las contradicciones de las burocracias parasitarias y sufren la creciente presión de los imperialismos europeos: los países de Europa del Este. Y como siempre también, la penetración en Europa del Este (aunque parcial y limitada) de los imperialismos europeos beneficiaba al más potente, colocado en el corazón de Europa, el apoyado más directamente sobre el imperialismo estadounidense, el imperialismo alemán.

La alianza contrarrevolucionaria, sellada en Yalta y Postdam, no ha cesado de operar, incluso en los momentos más tendidos de la guerra fría. No hay ninguna solución de continuidad entre el salvamento del imperialismo mundial por el reparto del mundo en zonas de influencia, el reflatamiento de los imperialismos decadentes, la separación del proletariado europeo en dos y la cooperación cínica entre el imperialismo estadounidense y la burocracia del Kremlin contra China. Pero no hay identidad entre los medios con que disponía el imperialismo estadounidense ayer y con los que dispone hoy en día, ni entre sus relaciones con los imperialismos decadentes; ni con la burocracia del Kremlin en la inmediata posguerra y los de hoy en día, ni en las relaciones entre el aparato internacional del estalinismo y el proletariado mundial entonces y ahora.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo y la burocracia del Kremlin podían limitarse a contener la oleada revolucionaria; hoy en día, a pesar de sus antagonismos (y en una cierta medida en razón de ellos) los imperialismos deben

reprimir a los proletarios de sus propios países y atacar las conquistas revolucionarias del proletariado mundial. La burocracia del Kremlin (su aparato internacional), se ve obligada a jugar un papel activo y decisivo en esta lucha para destruir las posiciones conquistadas por el proletariado desde la revolución de octubre de 1917.

La putrefacción del imperialismo mundial que afecta al corazón del sistema, al imperialismo estadounidense, el temor a que se hundan los imperialismos decadentes puestos en pie de nuevo por la cooperación entre el imperialismo estadounidense y ella misma; el deterioro de su control sobre decisivos sectores del proletariado mundial a través de su aparato internacional; el hecho que el proletariado mundial no pueda defender las posiciones que ha conquistado (se trate de las que ocupa en los países capitalistas económicamente desarrollados o de las relaciones sociales de producción nacidas de la Revolución de Octubre y extendidas a Europa del Este, de las nacidas de la revolución china) más que por un nuevo salto adelante de la revolución proletaria mundial, le dictan sus políticas a la burocracia del Kremlin, a las burocracias satélites, como a todos los aparatos burocráticos. Deben participar, al servicio del imperialismo, en el ataque del imperialismo contra las conquistas de la clase obrera, incluso en sus propios países.

En este sentido no hay diferencia cualitativa entre la política del gobierno Wilson proponiendo imponer la política de rentas, la legislación antihuelga y antisindical, la de Brandt participando en el gobierno Kisinger a fin de hacer ratificar al Bundestag las leyes sobre el estado de emergencia, la participación del PS italiano en el gobierno demócrata cristiano, la participación del PC finlandés en el gobierno finlandés, la aceptación en la práctica de la política de integración de los sindicatos en el estado por los aparatos sindicales en Francia, el apoyo a la intervención del imperialismo estadounidense en Vietnam por parte de los dirigentes de la AFL-CIO, y de la política cínica de la burocracia del Kremlin que coopera abiertamente con el imperialismo estadounidense y le ayuda políticamente a rodear China y preparar la guerra contra ella. Igual que hay unidad entre la política de la burocracia del Kremlin en la URSS, en Europa del Este y la que le conduce a cooperar con el imperialismo estadounidense a fin de destruir las conquistas de la revolución china.

Revolución y contrarrevolución se espolean recíprocamente.

El imperialismo necesita encontrar un exutorio para la acumulación de capitales, no puede dejar desarrollarse la lucha revolucionaria de los obreros y campesinos vietnamitas sin reaccionar, le es intolerable que el ejemplo de la revolución china continúe irradiándose y estimulando los combates de los pueblos oprimidos y de los proletarios de los países económicamente atrasados. Sin embargo, la resistencia de los obreros y campesinos vietnamitas a la agresión del imperialismo estadounidense demuestra lo que será la resistencia de los obreros y campesinos chinos. Militarmente, el imperialismo estadounidense posee los medios para pulverizar a China mediante el Apocalipsis atómico. Pero tal guerra no puede limitarse a China. Concerniría, inmediata y directamente, a la URSS, al conjunto de Europa y Japón. Requiere que el imperialismo estadounidense sea capaz de hacerle soportar al proletariado estadounidense todas las consecuencias de una guerra cuyos desarrollados y resultados nadie puede prever.

La presión conjunta del imperialismo estadounidense y de la burocracia del Kremlin sobre China ya ha hecho surgir consecuencias extremadamente peligrosas para el imperialismo y la misma burocracia.

La burocracia china no es la burocracia del Kremlin: su historia es diferente, se

mantiene, en su conjunto, mucho más cerca de las conquistas de la revolución, sus privilegios son menos acentuados, aunque existen y está atada a ellos. La lucha en el interior de la burocracia china, entre sus diferentes capas, no está menos desatada; de esas capas, unas ceden a la presión del imperialismo y la burocracia del Kremlin mientras que otras quieren defender a su manera las conquistas de la revolución china, manteniéndose en la línea de la coexistencia pacífica a escala internacional. Esta ala debe recurrir a la “revolución cultural”, a una movilización deformada, limitada y controlada de las masas, a fin de romper la resistencia del ala capituladora de la burocracia china. Es significativo, sin embargo, que Mao Zedong, y las capas de la burocracia que se han reagrupado alrededor de él, deberán llamar a las masas, romper el Partido Comunista chino, el aparato de los sindicatos, romper el aparato de estado, para vencer a sus adversarios. Sin dudas, esto demuestra que, a pesar de una historia diferente a la de la burocracia de la URSS, la burocracia china ya ha secretado capas que ocupan o controlan importantes posiciones políticas, que están prestas a aceptar la penetración imperialista. No es menos significativo que las masas, puestas en movimiento, hayan desbordado a los cuadros que les han sido asignados, que hayan estallado potentes huelgas en el norte de China, en Shangai, que los estudiantes movilizados en las “guardias rojas” hayan cuestionado al conjunto del aparato burocrático. Tras la “revolución cultural” se perfila la revolución política. Mao Zedong, y el ala de la burocracia que representa, tendrán que combatirla. El IX Congreso ha marcado la vuelta a tomar el control del aparato del estado, la reconstrucción del partido, el rechazo de las masas y, ciertamente, de los compromisos en el seno del aparato entre las diferentes capas que lo componen, bajo la dirección de Mao Zedong.

La resistencia de la burocracia china a la presión conjunta ha acentuado la crisis del aparato internacional del estalinismo. Los bestiales gritos lanzados por los Fajon y compañía en el momento en que la “revolución cultural” sacudía al estado, dislocaba al aparato del partido y de los sindicatos, no engañan: todo el edificio del aparato internacional del estalinismo se encontraba cuestionado, las relaciones entre las masas y el partido, las relaciones entre los militantes y el aparato del partido, las relaciones entre el aparato del partido y la burocracia del Kremlin, y las relaciones en el interior de la burocracia del Kremlin. Según los Fajon y compañía, Mao Zedong jugaba a aprendiz de brujo: ponía en marcha fuerzas que no estaba seguro de poder controlar. No estaba concernida únicamente China; también lo estaban las relaciones políticas en Europa entre el aparato del estalinismo y la clase obrera, de una parte, y en el seno del aparato por otra parte; las relaciones, en Europa del Este y en la URSS, entre las masas y la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, así como las relaciones en el interior de éstas y entre ellas.

La resistencia de la burocracia china encuentra, necesariamente, un eco en las capas de las burocracias satélites y de la burocracia del Kremlin que se sienten amenazadas por la capitulación y la ayuda directa aportada por el Kremlin al imperialismo, en general, y al imperialismo estadounidense en particular, por la penetración del capital en China y, por supuesto, por la guerra contra China que no podría detenerse en la frontera China-URSS. Ahora bien, tras la “revolución cultural” se perfila la revolución política en el momento mismo en que en Europa Occidental el aparato estalinista tenía que cubrir, de cualquier forma, la ofensiva del capital contra las posiciones conquistadas por la clase obrera, y cuando en la URSS y en Europa del Este, las burocracias parasitarias, apremiadas por una crisis que son incapaces de resolver, buscaban una salida reintroduciendo las normas de rentabilidad, estrechando y acreciendo sus lazos económicos y políticos con el imperialismo en detrimento del proletariado.

En cualquier caso, las apremiantes necesidades del imperialismo en general, y del

imperialismo estadounidense en particular, su concretización por la guerra del Vietnam, la preparación a la guerra contra China, han revelado (si había necesidad) que el imperialismo sólo puede deshacer, a su manera, las contradicciones que lo asedian asaltando y destrozando al proletariado de los países económicamente desarrollados, conjuntamente con su ofensiva contra China; esta cuestión, que quedó sin solucionar desde la Segunda Guerra Mundial, debe ser solucionada.

Quiebra de una política

De Gaulle defendía los intereses específicos del capitalismo francés cuando intentaba tomar cierta distancia respecto a la política del imperialismo estadounidense. Cuando aumentaba la presión del imperialismo estadounidense y de la burocracia del Kremlin sobre la burocracia china, De Gaulle reconocía a la República Popular de China. En Europa, maniobraba entre la República Federal Alemana, las burocracias satélites de Europa del Este y la burocracia del Kremlin. Su política consistía en utilizar la presión global que el imperialismo ejerce sobre China, la URSS y los países de Europa del Este, para hacer prevalecer los intereses del imperialismo francés: penetración del capital francés en Europa del Este y la URSS, “presencia francesa” en Asia. Al mismo tiempo se esforzaba en separarse de la política del imperialismo estadounidense, que arrastraba a los imperialismos decadentes, ineluctablemente, a la ruina, aunque era incapaz de liberarse de la dependencia que es la de todos los imperialismos frente al imperialismo estadounidense.

Más allá de la defensa de los intereses específicos del imperialismo francés, De Gaulle traducía las inquietudes de importantes capas del capital, tanto francés, inglés, alemán como estadounidense. Trataba de definir una orientación intermedia que salvaguardase los intereses generales del imperialismo sin que las burocracias parasitarias se vieran por ello demasiado puestas a prueba. Esta vía intermedia la definía en su discurso de Pnom-Phenh.

En el fondo, De Gaulle, y con él una parte del imperialismo mundial, temía que, si el imperialismo estadounidense daba libre curso a sus necesidades específicas, la burocracia china, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, el aparato internacional del estalinismo, se rompiera bajo la presión de las fuerzas de clase contrarias y fundamentales en el mismo momento en que los imperialismos decadentes de Europa se viesan precipitados en una crisis irremediable que sólo encontrara solución a través de la guerra civil a escala europea (con una salida imprevisible) y que, de todas formas, redujera las burguesías europeas a la situación de burguesías compradoras.

De Gaulle intentaba lo imposible: encorsetar a la clase obrera francesa, integrar en frío a las organizaciones sindicales, restaurar el estado burgués capitalista y policial sin guerra civil utilizando a los aparatos burocráticos, en Francia, y abrir la puerta a la penetración capitalista en China, la URSS y Europa del Este, sin que se rompieran las burocracias parasitarias.

Si semejante empresa era realizable, al menos en lo que concierne a los proletarios de los países capitalistas de Europa, tras la derrota política sufrida por el proletariado francés, De Gaulle parecía el mejor posicionado, parecía beneficiarse de las mejores condiciones políticas para llevarla a buen puerto. Usó todos los recursos, particularmente la política capituladora de la SFIO, del PCF, y de los aparatos burocráticos de los sindicatos.

La huelga de los mineros demostró que, a pesar de la política traidora de los aparatos burocráticos, la clase obrera, utilizando los derechos, garantías y libertades democráticas anteriormente conquistados, utilizando a las organizaciones que la

constituyen como clase, no cedería sin combate. Tras la huelga de los mineros, en numerosas ocasiones, obligó a las direcciones confederales a entablar huelgas generales de 24 horas: el 11 de diciembre de 1964, el 17 de mayo de 1966, el 17 de mayo de 1967. Lo hicieron en defensa propia y se dieron prisa en destruir inmediatamente la unidad de clase realizada en el momento, en dislocar a la clase obrera utilizando las huelgas alternas.

Estas huelgas generales de 24 horas no dejaban de demostrar que la clase obrera era capaz de movilizarse como clase. Obligaron a De Gaulle a maniobrar con las leyes de la lucha de clases, a descargar golpes parciales y duramente sentidos por la clase obrera y la juventud, evitando y difiriendo el enfrentamiento.

En el otoño de 1967 y en la primavera de 1968, los movimientos de la clase obrera y de la juventud tomaron otra cariz: en Caen, en Mans, en otras partes, los trabajadores, utilizando a las organizaciones sindicales al mismo tiempo que desbordaban a los aparatos, comenzaron a enfrentarse al aparato de estado. Sobre el fondo de estas acciones de la clase obrera se entablaron las luchas de los estudiantes que, a su vez, catalizaron la voluntad de combate de la clase obrera que cristalizó la manifestación del 13 de mayo de 1968 y la huelga general de mayo-junio del 68: la clase obrera retomaba la iniciativa en la lucha de clases, la caída de De Gaulle consagraba el fracaso de su política⁹⁵.

Lo que no pudo lograr De Gaulle, disciplinar a la clase obrera y la juventud, instaurar el estado corporativista y policial por la vía fría, tampoco pudieron lograrlo ni Wilson en Inglaterra, ni Brandt en Alemania Occidental, ni Pietro Nenni en Italia, dirigiendo gobiernos burgueses o participando en ellos. El Labour Party en el poder fue incapaz de aplicar la política de rentas. En 1966 la huelga de los marinos británicos hacía fracasar esta tentativa.

En 1969 el gobierno Wilson tuvo que renunciar a la ley antihuelga y antisindical elaborada por Barbara Castle. La coalición gubernamental Kissinger-Brandt hizo votar las leyes sobre el “estado de emergencia” en el Bundestag pero esas leyes no solucionaron nada por sí mismas.

La huelga general francesa y la caída de De Gaulle dieron un nuevo impulso al proletariado de los países capitalistas de Europa, de la lejana Laponia a los mineros de Limburgo, hasta Asturias, estallaron y se sucedieron las huelgas; tomaron una gran amplitud en Alemania Occidental en el otoño de 1969, en Italia durante ese mismo otoño y primavera de 1970, y la huelga de los estibadores británicos (recién constituido el gobierno conservador) anuncia un período de lucha de clases intenso en Gran Bretaña donde la burguesía ya debe hacer frente a un potente ascenso de las capas más explotadas en Irlanda del Norte.

Desesperadamente, los aparatos burocráticos de los sindicatos se esfuerzan en limitar y deformar esos combates de la clase obrera de Europa del Oeste, reduciendo al mínimo las reivindicaciones, intentando quitarles todo alcance político.

Las confederaciones obreras italianas transforman la huelga general en una sucesión de huelgas alternas, corporativistas o regionales, periódicas de 24 horas, o suspenden el orden de huelga general bajo pretexto que el gobierno Rumor ha dimitido.

La dirección del Labour Party aprueba el establecimiento del estado de urgencia que autoriza al gobierno a utilizar a la tropa para romper la huelga de los estibadores. Pero, en todos lugares, esos movimientos plantean la cuestión del poder y del régimen social, incluso cuando toman la apariencia de movimientos “económicos”; todos se desataron como reacción al ataque a las condiciones de existencia y de trabajo que las burguesías

⁹⁵ Ver *La grève générale de mai-juin 68* de François De Massot.

no pueden diferir, apremiadas como están por las contradicciones ascendentes del conjunto del sistema imperialista mundial que, por supuesto, afectan más brutalmente a los imperialismos decadentes de Europa.

Todos esos movimientos se entablan para defender las posiciones anteriormente conquistadas, devenidas intolerables para el capital. Todos esos movimientos se alimentan recíprocamente.

La huelga general de mayo-junio 68 tiene efectos vivificantes sobre la lucha de clases de los proletariados de todos los países; las huelgas de los trabajadores, las manifestaciones, en Argentina, Venezuela, las acciones de los estudiantes han sido impulsadas por los ecos de la huelga general francesa, como la trágica lucha de los estudiantes mejicanos en septiembre de 1968.

Todas estas luchas proceden de las mismas causas fundamentales que Nixon expresa a su manera cuando anuncia en estos términos la intervención de las tropas estadounidenses en Camboya:

“Vivimos en una era de anarquía, se trate de los Estados Unidos o de los países extranjeros. Asistimos a asaltos irreflexivos contra todas las grandes instituciones que han sido creadas por las civilizaciones libres en el curso de estos cinco últimos siglos.”

Muy explícitamente, se trata del capitalismo, del imperialismo. Tensan sus fuerzas para sobrevivir, incapaces de escapar a una crisis que los dislocaría si no desarrollan la reacción en toda la línea.

Nixon confirma prosiguiendo:

“Si, cuando las cartas están echadas, los Estados Unidos se comporta como un gigante impotente y penoso, las fuerzas del totalitarismo y de la anarquía amenazarían a las instituciones libres del mundo entero. Si no contestamos al desafío, todas las otras naciones serían advertidas que en caso de verdadera crisis, y a pesar de su inmensa potencia, nadie podría contar con los Estados Unidos.”

Algunas semanas más tarde, declaraba que el capital estadounidense debería recurrir a la política de rentas, es decir a destruir las adquisiciones del proletariado estadounidense.

El imperialismo mundial, por la fuerza de las cosas, tiene una muy alta conciencia de la unidad de la lucha de clases mundial. No corta en porciones la lucha de clases, como lo hacen Frank-Mandel-Germain-Maitan. Conoce las relaciones entre la prosecución de la intervención en el Vietnam, la preparación para la guerra contra China, la huelga general de mayo-junio 68 en Francia, la inmensa oleada de lucha que desató sobre Europa Occidental y el ataque que le fue necesario entablar contra el proletariado estadounidense.

De Gaulle apreciaba, puede que mejor que ningún otro, el papel decisivo del aparato estalinista, tanto en lo que concierne al desarrollo de la lucha de clases en Europa Occidental como para mantener la división en dos del proletariado mundial y servir de instrumento a la penetración del capital en la URSS y en Europa del Este.

El ascenso de la revolución política en Checoslovaquia no significa menos que el método de penetración en frío del capital en Europa del Este, en la URSS, China, haya fracaso igual que ha fracasado la tentativa de disciplinar en frío al proletariado de Europa Occidental a los imperativos de los imperialismos decadentes.

Entre el proletariado y la burguesía: la guerra civil

Desde el punto de vista de los intereses de la burocracia del Kremlin, de las burocracias satélites, del aparato internacional del estalinismo, Stalin había comprendido empíricamente que era necesario no dejar ningún fallo en el aparato. Por ridículo que parezca, la burocracia del Kremlin (o más bien su centro dirigente) debe decidir todo, tanto en arte, en literatura, en ciencias, como a propósito de la planificación. Las relaciones sociales nacidas de la Revolución de Octubre no son un nombre en vano. Desde el momento en que se abre una grieta en el edificio burocrático, su contenido se manifiesta, nutre el arte, la literatura, el desarrollo de la ciencia, que devienen críticas de la gestión burocrática, del parasitismo de la casta privilegiada. De la crítica literaria y artística, de la libertad en el arte, literatura, en las ciencias a la crítica social y política sólo hay un paso. Las reivindicaciones de la libertad en el arte, la ciencia y la literatura, devienen reivindicaciones de las libertades políticas. Este proceso se constata en todos los países de Europa del Este y la URSS, como se ha manifestado en China.

El “drama” de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites proviene, justamente, de que es imposible mantener los métodos de gestión de Stalin, en función de las presiones contradictorias de los proletariados y del imperialismo.

Antes que estallase abiertamente la crisis que ha dislocado a la burocracia checoslovaca, los antagonismos entre las diferentes burocracias satélites, y entre ellas y la burocracia del Kremlin, se habían manifestado con fuerza. Cada burocracia de Europa del Este se esforzaba en establecer sus propias relaciones económicas y políticas con el imperialismo, y particularmente con el imperialismo alemán. Checoslovaquia (bajo Novotny), Hungría y Rumania, se desinteresaban completamente de los intereses de las burocracias de la RDA y Polonia. La burocracia del Kremlin tuvo que intervenir y les impuso su propia línea durante una conferencia de los países de Europa del Este (realizada en 1967). La burocracia del Kremlin juega su propio juego, siguiendo los mismos “principios” que guían a las burocracias satélites: establece los lazos que le convienen con los imperialismos estadounidense, inglés, francés, japonés y alemán.

Cada burocracia sufre sus propios desgarros internos que resultan de su impasse. Krushev fue derribado por el equipo Brezhnev-Kosygin. Su política concluía en una impresionante colección de fracasos: agravación de la crisis de la planificación y fracaso de la “puesta en valor de las tierras vírgenes”; capitulaciones sucesivas ante el imperialismo en Cuba, Berlín y en otras partes; fracasos frente a China. Sus sucesores no han podido hacer nada mejor.

Durante largo tiempo, en razón de la posición estratégica en la lucha de clases mundial del proletariado checoslovaco, la burocracia del Kremlin sostiene, contra viento y marea, a Novotny, como sostuvo a Ulbricht en Alemania del Este, consciente que todo resquebrajamiento en Checoslovaquia, o en Alemania del Este, repercutiría en el conjunto de los países del Este y en la URSS, cuestionando todo el edificio burocrático. Novotny no podía, sin embargo, eludir la crisis de la economía checoslovaca. Le era necesario buscar una salida mediante la “reforma de la planificación”, copia de las de los otros países de Europa del Este y de la URSS.

Apremiado por sus propias contradicciones en la URSS, confrontado a las fuerzas centrífugas en marcha en los países de Europa del Este, debilitado por la crisis de su aparato internacional, amenazado por las consecuencias de la crisis de la burocracia china, el Kremlin se vio obligado a dejar caer a Novotny, en Checoslovaquia, cuando devino incapaz de controlar las contradicciones en el interior del aparato burocrático, expresión particularizada de las contradicciones generales del conjunto del aparato estalinista.

Menos en Checoslovaquia que en otros lugares, la reforma de la planificación no es la causa de la crisis de la burocracia: la expresa, revela y le da todo su desarrollo. El inmovilismo deviene imposible, las fuerzas sociales se enfrentan; el Kremlin continúa siendo el pilar del aparato contrarrevolucionario, la fuerza sobre la que pueden y deben apoyarse las tendencias proburguesas, proimperialistas, restauracionistas. La “reforma de la planificación” se pone en marcha a iniciativa de la burocracia en el impasse, pero acusa todas sus contradicciones, disocia a sus componentes unos de otros. El proletariado necesita también una “reforma de la planificación”. En el resquebrajamiento general del aparato, la confusión es necesariamente grande, una misma fórmula toma diferentes contenidos, sobretodo cuando, como en Europa del Este, se superpone la opresión nacional al expolio burocrático. La “reforma de la planificación” plantea y coincide con todos los problemas políticos, lo que aun agrava más la crisis del aparato. Se alzan las reivindicaciones de libertad en el arte y literatura. Devienen muy pronto reivindicaciones de las libertades democráticas. La clase obrera se apodera de ellas y, organizada por las relaciones sociales de producción, les da un sentido contrario: se anuncia la revolución política. Plantea igualmente la cuestión de la “reforma de la planificación”, pero la que debe realizar el proletariado. Planteando el problema de la “reforma” de la economía en defensa propia, la burocracia da a conocer que lo que es preciso cambiar es toda la vida, y pone en movimiento todas las fuerzas sociales que intentan resolver, cada una en su propio plano, la crisis de la sociedad, crisis que no es otra cosa más que la crisis de la burocracia parasitaria. Ha dado la señal del enfrentamiento.

Este proceso se ha desarrollado en Checoslovaquia pero existe, también y en diversos grados, en Polonia, Yugoslavia y la URSS. El movimiento de los estudiantes polacos, yugoslavos, las reivindicaciones de los intelectuales en la URSS, las huelgas en la URSS y Yugoslavia, se alimentan de las mismas fuerzas. Cuando la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites se decidieron a intervenir en Checoslovaquia, al perder totalmente pie la burocracia checoslovaca, han precipitado la crisis de la burocracia checoslovaca y revelado que la única fuerza social organizada y capaz de combatir (habiendo sido expropiada la burguesía y la burocracia volada en trozos) era el proletariado arrastrando tras de sí a los pueblos checoslovacos. Han demostrado que la “reforma de la economía” no puede seguir las vías pacíficas, no puede aplicarse en frío, exigía la guerra civil contra el proletariado. Pero, por lo mismo, han multiplicado la crisis del aparato internacional del estalinismo y la crisis propia de la burocracia del Kremlin hasta el punto que, a su vez, ésta se ve amenazada de estallido: el vencimiento de su intervención es la guerra civil contra el proletariado checoslovaco.

Debe realizar el programa anunciado por *Pravda* en los primeros días de la ocupación: “depurar a 40.000 contrarrevolucionarios”. Sin embargo, Checoslovaquia no es un caso particular: reducir por la fuerza al proletariado checoslovaco sería un preludeo.

La burocracia del Kremlin tiene los mismos problemas a resolver en la URSS: al final, está la guerra civil contra todos los proletariados de Europa del Este y el de la URSS, el estallido de la burocracia en la URSS.

La crisis política hace estragos ya en el Kremlin: ¿es preciso llevar más lejos la reforma de la planificación, qué relaciones establecer con China, cómo encontrar un terreno de acuerdo con el imperialismo, cómo resolver la crisis checoslovaca?

Todos estos interrogantes coinciden con los fundamentales: ¿cómo hacer frente al proletariado soviético, a los artistas, a los escritores, a los intelectuales de la URSS; qué relaciones establecer entre las diferentes capas de la burocracia?

La burocracia del Kremlin teme, se disocia, reacciona empíricamente. En la URSS

se escuchan las mismas reivindicaciones que planteaban los intelectuales en Polonia y Hungría durante los años que precedieron a 1956, en Checoslovaquia durante los años que precedieron a 1968. Más aun, una oposición comunista encuentra los medios para dotarse de un embrión de organización, de una forma de expresión: “el Samizdat”. Exige el respeto a los derechos inscritos en la Constitución, reclama justicia para las nacionalidades oprimidas.

La huelga general francesa de mayo-junio 68, y la apertura del proceso de revolución política en Checoslovaquia, adquieren solamente toda su significación, como momento de la lucha de clases mundial. Es preciso integrarlos en el movimiento del proletariado mundial que, apoyado en las conquistas anteriores, se ha puesto en marcha en el curso de la revolución proletaria mundial, que engloba las luchas revolucionarias en los países económicamente atrasados (entre ellas la revolución china). Pero se inscriben en un estadio muy definido de esta lucha de clases mundial, aquel en el que la putrefacción del capital alcanza el corazón, el pivote, el bastión del imperialismo mundial, mientras que se prosigue la irremediable decadencia de las viejas potencias imperialistas europeas; aquel en que la burocracia del Kremlin, las burocracias satélites, están en lucha abierta con el proletariado de la URSS y de Europa del Este que se levanta para expulsarlas del poder político y reapropiarse las conquistas de la revolución comenzada en 1917, apoyándose en el nuevo asalto revolucionario de los proletariados de los países capitalistas avanzados; aquel en que revolución social y revolución política se fusionan en Europa en un mismo proceso. Mayo-junio del 68 en Francia, agosto del 68 en Checoslovaquia, han cristalizado las nuevas relaciones políticas que se desarrollaban entre los imperialismos, entre ellos y la burocracia del Kremlin, las burocracias satélites y la burocracia china, entre ellas y en el interior de cada una de ellas, porque han expresado las relaciones políticas que se han constituido durante los últimos veinticinco años en el seno del proletariado mundial, entre él y el imperialismo, y sobretudo entre él, las burocracias parasitarias, los aparatos y las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. A su vez, fueron un nuevo punto de partida para la lucha de clases mundial y del conjunto de las relaciones políticas que la expresan y constituyen.

***La huelga general francesa, la revolución política en Checoslovaquia, momentos de la revolución mundial*⁹⁶**

Ni para el imperialismo ni para las burocracias parasitarias ni para el proletariado, las relaciones entre las clases pueden continuar siendo como fueron después de la Segunda Guerra Mundial. La putrefacción del imperialismo estadounidense plantea al sistema imperialista mundial problemas que sólo puede resolver enfrentando al proletariado de los países capitalistas avanzados, y se conjuga con la crisis de la burocracia del Kremlin, de las burocracias satélites, de la burocracia china. Europa concentra las contradicciones del imperialismo y de la burocracia del Kremlin: clásicas pero renovadas y llevadas hasta su más alto grado. La concordancia de la huelga general francesa y el proceso de la revolución política abierta en Checoslovaquia no es fortuita en absoluto. Teniendo en cuenta la crisis del imperialismo, indisolublemente ligada a la de la burocracia del Kremlin, el proletariado europeo (colocado en el centro de estas crisis) debe defender sus conquistas y no puede hacerlo más que superándolas. El único método de que dispone es el de la revolución proletaria que es preciso proseguir y

⁹⁶ Esta última parte del capítulo III ha sido publicada in extenso en el n° 550 (octubre de 1970) de *La Vérité* bajo el título “Sur les Etats-Unis Socialistes d’Europa”.

acabar. En términos específicos, según el modo de producción social, todo movimiento de gran amplitud plantea la cuestión del poder político. Pero la lucha de clases en Europa está estrechamente imbricada más inmediatamente, más directamente que en cualquier otro lugar.

Grandes movimientos de clase en Francia han tenido inmediatamente sus repercusiones en Alemania del Oeste, Italia, España y Gran Bretaña y, recíprocamente, esos movimientos se nutren unos a los otros. En Europa del Este, grandes movimientos de clase en un país repercuten fatalmente sobre los otros países y en la URSS. Con mucha más razón es imposible que un proletariado entable la lucha por el poder y lo tome sin que sea puesta al orden del día, en breve plazo, la lucha por el poder en todos los otros países de Europa.

La simultaneidad de la huelga general francesa y del proceso de la revolución política en Checoslovaquia demuestra que son fundamentalmente los mismos problemas los que enfrentan los proletariados de Europa del Oeste y del Este, que maduran conjuntamente. La fuerza política del estalinismo fue, conjuntamente a los recursos de que disponía el imperialismo estadounidense, el obstáculo levantado ante la unidad de combate del proletariado europeo. Las fuerzas conjugadas del imperialismo estadounidense y de la burocracia del Kremlin dividieron artificialmente Europa, y al proletariado europeo, en dos. En el mismo momento en que el imperialismo estadounidense debe rechazar sus contradicciones, proyectarlas al exterior, en que, en consecuencia, se cuestiona el relativo equilibrio de los imperialismos decadentes de Europa en que se hace más apremiante su empuje en dirección a Europa del Este, y la lucha entre ellos más dura, en que la necesidad de atentar contra las conquistas de su propio proletariado devienen más urgente, el aparato de la burocracia del Kremlin, cogido en una tenaza entre el imperialismo y el proletariado, se desgarrará. Tengan conciencia o no de ello los proletariados de Europa, sus movimientos expresan la necesidad histórica largo tiempo contenida por el obstáculo del estalinismo: unificar Europa en un mismo modo de producción social, el modo de producción nacido con la Revolución de Octubre. Están unidos por la necesidad objetiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa. En última instancia, la huelga general francesa, el proceso de la revolución política en Checoslovaquia, han sido impulsados por la reacción del proletariado europeo enfrentado a este dilema: o tomar el poder en cada país, unificar Europa, realizar los Estados Unidos Socialistas de Europa, o verse precipitado a la decadencia por la destrucción de todas esas conquistas.

El desarrollo de la lucha de clases en Europa retruena mundialmente; las luchas conjuntas del proletariado europeo contra el imperialismo y la burocracia del Kremlin son un factor de clarificación y organización para la potente clase obrera estadounidense; la revolución china, el combate heroico de los obreros y campesinos vietnamitas, los movimientos revolucionarios en los países económicamente atrasados, se apoderan del lazo viviente, de la unidad de combate que los une a la lucha de clases en los países económicamente desarrollados. El imperialismo y la burocracia del Kremlin tropiezan y vacilan en Europa: sus crisis se multiplican, se abre un nuevo período de la revolución proletaria mundial.

La huelga general de mayo-junio de 1968, el proceso de la revolución política abierto en Checoslovaquia durante la primavera y el verano de 1968, hunden sus raíces en todo el desarrollo anterior de las luchas del proletariado mundial: el proletariado no renace de sus cenizas. Son momentos de la lucha por la revolución proletaria mundial. Marcan la recuperación de la iniciativa en la lucha de clases, en Europa y el mundo, por el proletariado. Con ellos se ha abierto el período de la revolución inminente.

La burocracia del Kremlin aplica el plan Nixon

Las contradicciones internas del sistema imperialista mundial, de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, se han reforzado considerablemente al mismo tiempo. Como ya hemos señalado, entre las diferentes potencias imperialistas, y en el interior de cada burguesía, en el interior de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, se multiplican las oposiciones y grietas. Las divergencias políticas nacen y se conjugan con los conflictos de intereses. ¿Qué hacer frente a esta nueva irrupción del proletariado, de la que, después de todo, de la huelga general francesa y la lucha del proletariado y del pueblo checoslovaco solamente son los preliminares? ¿Cómo, bajo estas condiciones, eludir la crisis económica que amenaza y hace correr el riesgo de dislocar el sistema imperialista mundial? ¿Cómo abordar la crisis de la planificación debida a su gestión por las burocracias parasitarias y qué soluciones darle? Al imperialismo y a las burocracias parasitarias les es imposible asilar estas cuestiones unas de otras: todas, en efecto, se reducen a sus relaciones con el proletariado, relaciones que condicionan sus relaciones entre ellos. Acentuar la ofensiva contra la clase obrera es indispensable más que nunca pero llena de riesgos. Intentar mantener la situación actual tal cual, difiere todas las soluciones y hace, finalmente, más explosivas las contradicciones.

La burguesía, el imperialismo, las burocracias parasitarias no pueden mantenerse inamovibles. Intentan eludir la crisis del sistema monetario internacional mediante compromisos entre imperialismos pero, como hemos visto ya, estos compromisos únicamente son paliativos y juegan principalmente en beneficio inmediato del imperialismo estadounidense. Continúan utilizando al máximo los aparatos socialdemócratas, los de las organizaciones sindicales y, sobretudo, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional, para contener, y si es posible hacer retroceder, a la clase obrera. Es así como fue dislocada y liquidada la huelga general francesa, así fue como la caída de De Gaulle no fue explotada por el proletariado francés. En Alemania Occidental, la pequeña coalición, liberales-socialdemócratas, que le dio el papel principal a la socialdemocracia, fue substituida por la gran coalición, CDU-SPD en la que la democracia cristiana dominaba en razón del ascenso obrero que se expresó tanto por las huelgas de septiembre de 1969 como durante las elecciones.

Al resultar la dirección del Labour Party impotente para imponer la política de rentas y la legislación antihuelga y antisindical, el partido conservador ha vuelto al poder. Los dirigentes del LP continuaron, sin embargo, al servicio de Su Majestad, esta vez como “oposición”. Cuando, a pesar de los esfuerzos de la dirección de las Trade Unions, estalló la huelga de los estibadores, el gobierno decretó el “estado de emergencia” que le autorizó a utilizar las tropas para tratar de romper la huelga de los estibadores, los diputados del Labour Party afirman su acuerdo. Más sutilmente, pero no menos pérfidamente, en Italia y Francia los dirigentes de las organizaciones obreras tradicionales, y principalmente, a causa de su influencia, los del PCF y del PCI, desautorizaban, esterilizaban, o más simplemente rompían la unidad del proletariado y llevaban a una vía muerta las luchas obreras.

En los EEUU se constatan las mismas relaciones entre el gobierno, la burguesía y el aparato de la AFL-CIO. La lucha de los negros no puede triunfar por sí misma pero es de una importancia primordial porque pone en movimiento a la parte más explotada del proletariado estadounidense. El aparato de la AFL-CIO aísla, con todo lo que está en sus manos, al proletariado negro del proletariado blanco. Tras haber estado largo tiempo confinado a los campos universitarios, a ciertas secciones “liberales” de la pequeña burguesía estadounidense y a una fracción de la burguesía angustiada por sus consecuencias, la lucha contra la guerra imperialista en Vietnam comienza a extenderse

a algunas capas del proletariado estadounidense, la dirección de la AFL-CIO apoya por su parte la guerra de “su” imperialismo contra los obreros y campesinos de Vietnam. La importancia de la huelga de carteros estadounidenses supera de lejos el papel de esta corporación: por primera vez, funcionarios que no tienen derecho a huelga, que han prestado juramento, se levantan contra el estado burgués del que se supone que son una parte constitutiva. Si Nixon evoca la necesidad de recurrir en los EEUU a la política de rentas, esto no es ajeno al movimiento que anuncia que en las profundidades de la clase obrera estadounidense se opera una maduración, generadora de grandes luchas susceptibles de cuestionar al sacrosanto aparato de estado burgués de los EEUU. Nixon, avanzando la política de rentas, pone de manifiesto que llama al aparto de la AFL-CIO contra el proletariado estadounidense y le demanda que lo “discipline”.

¡Cómo de significativos son los reajustes de la política del imperialismo a consecuencia de la huelga general francesa y de la lucha del proletariado checoslovaco que entabla el proceso de la revolución política, sobretodo aquellos que proceden el imperialismo estadounidense!; recurre sistemática y abiertamente a la burocracia del Kremlin. Naturalmente la burguesía mundial, salvo algunos efectos de propaganda, deja enteramente las manos libres a la burocracia del Kremlin, y a las burocracias satélites, que intervienen militarmente contra la clase obrera y el pueblo checoslovaco. Por si fuera poco, la burocracia del Kremlin despachaba, en dos oleadas, a sus embajadores a Washington, Londres, París y Bonn, para explicar a los gobiernos de las principales potencias imperialistas el cómo y el por qué de su intervención militar en Checoslovaquia. Que los embajadores de la burocracia del Kremlin se pongan en relación con los gobiernos de las principales potencias imperialistas ilustra cuáles son los verdaderos beneficiarios de la represión contra el proletariado y el pueblo checoslovacos: el imperialismo, las tendencias proburguesas en la URSS y en los países de Europa del Este. Al mismo tiempo, el tipo de relaciones políticas que se refuerzan entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin queda también puesto en evidencia.

Jonson, al final de su mandato, y Nixon, al principio del suyo, captaron perfectamente las decisivas implicaciones para la lucha de clases mundial de la huelga general de mayo-junio de 1968 y del proceso de revolución política entablado en Checoslovaquia. Jonson aportó su apoyo político a De Gaulle tras la huelga general. Comprendía muy bien que la caída de De Gaulle consagraría el fracaso de toda una política. A partir de las derrotas inflingidas a los proletariados húngaro y francés, que devolverían la iniciativa al imperialismo mundial, la ofensiva imperialista atacaba a los obreros y campesinos vietnamitas, preparaba el cerco sobre China y la guerra contra ella. Se daba por supuesto que el proletariado de Europa sufriría nuevas derrotas. En las primeas semanas de su toma de funciones, Nixon efectuaba una gira por Europa. Tomaba contacto directamente con los gobiernos europeos y les afirmaba su apoyo. Se trataba de reajustar la política del imperialismo mundial, en función de los desarrollos de la lucha de clases en Europa y de su alcance mundial. Más tarde iba a Rumania a afirmar después de la intervención en Checoslovaquia el empuje del imperialismo hacia Europa del Este y la URSS. Pero hay que citar algunos extractos de un discurso que pronunció después de su viaje por Europa:

“Europa debería tener su propia posición independiente... nuestro interés no es ya que los Estados Unidos dominen la Alianza”. Tras estas palabras, diversas preocupaciones: darle al capitalismo europeo una libertad más grande de movimientos teniendo en cuenta las relaciones entre las clases y, contradictoriamente, hacerles sobrellevar una parte más pesada de las cargas de defensa del sistema imperialista mundial. Después viene el certificado de satisfacción y el llamamiento a la burocracia del Kremlin: *“En lo que concierne a la guerra del Vietnam, la Unión Soviética ha sido*

útil para entablar las conversaciones de París. Sin su cooperación sería difícil avanzar tan rápidamente como se quiere hacia la paz”, y además: “Sin la cooperación de la Unión Soviética el Medio Oriente continuará siendo una zona terriblemente peligrosa”.

Con toda franqueza Nixon anuncia la misión que le encarga el imperialismo a la burocracia del Kremlin. Le pide duplicar sus esfuerzos e imponer una “solución” al Vietnam: incluso si es preciso respetar ciertas formas debe obtener una capitulación del gobierno de Vietnam del Norte, del partido de los trabajadores vietnamitas y del Frente Nacional de Liberación. Nixon sabe por experiencia que puede contar con el Kremlin y, por otra parte, las tomas de posición del gobierno de Vietnam del Norte, de los dirigentes del Partido de los Trabajadores Vietnamitas, que aprobaron la intervención militar en Checoslovaquia, demuestran su dependencia política ante el Kremlin. Resulta de su concepción estrechamente militar y nacionalista de la lucha contra el imperialismo mientras que el programa del FNL no supera los límites de la “democracia avanzada”, como dirían los dirigentes del PCF, adaptada a los países económicamente atrasados, y acepta la partición de Vietnam en dos.

El golpe de estado militar en Camboya, la intervención de las tropas estadounidenses y de las tropas del gobierno de Saigón, confirman que, a pesar de una retirada parcial de las tropas estadounidenses de Vietnam del Sur, el imperialismo estadounidense persigue los mismos objetivos: extiende la guerra a toda la península indochina, sangra a los obreros y campesinos, se esfuerza en rodear a Vietnam del Norte. La réplica de los dirigentes de Vietnam del Norte, que constituyen con el príncipe Sihanouk una especie de frente patriótico indochino contra el imperialismo estadounidense, visiblemente bajo la inspiración e impulso de los dirigentes del PC y del gobierno chino, limita el programa del FNL aun más estrechamente a “la lucha nacional”: la burguesía “nacional” y los grandes propietarios terratenientes no deben ser cuestionados. Ello confiere aun más relieve a la política de la burocracia del Kremlin y al sentido de su intervención en Vietnam, que evitó hasta entonces reconocer al gobierno del príncipe Sihanouk. Busca visiblemente el medio para perpetuar el golpe de estado militar en Camboya y, en consecuencia, apoya en la práctica la política del imperialismo estadounidense; sigue en pie que, en tanto que la determinación de los obreros y campesinos de Vietnam no se debilite y que el imperialismo se vea relativamente impedido en su acción militar por el desarrollo de la lucha de clases en EEUU y otros lugares, la política del imperialismo estadounidense es más fácil de definir que de realizar. Sin embargo, la dialéctica de las relaciones entre las clases es tal que, justamente por esas razones, la presión del Kremlin se hace y se hará cada vez más cínica, más abierta, más brutal, sobre los dirigentes del Norte y del Sur de Vietnam.

El Kremlin realiza punto por punto el programa que le ha trazado Nixon. Los dirigentes del estado de Israel, cogidos por el cuello, han practicado la huida hacia delante. El estado de Israel es una construcción artificial del imperialismo, su gendarme en esta región del mundo contra las masas árabes, un bastión avanzado en vistas a la defensa de los recursos del petróleo del Medio Oriente. El sionismo hace de contrapunto al “nacionalismo árabe” que bloquea la lucha de las clases en los países árabes, como el “nacionalismo árabe” es el contrapunto necesario al “sionismo” que bloquea la lucha de clases en el “estado de Israel”.

Mediante la guerra contra “la amenaza árabe”, los dirigentes israelíes han intentado reunificar a la “nación israelí” muy maltrecha. Estaba a punto de sufrir una crisis posiblemente irremediable. En seis días, aplastaron a los carcomidos ejércitos árabes. Actuando así, ultrapasaron el papel que les asigna el imperialismo y principalmente el imperialismo estadounidense. Únicamente se sorprendieron de que pudiese ser así aquellos que creen en el superimperialismo, o que imaginan que las relaciones en el

interior de cada burguesía y del imperialismo mundial son armoniosas y están perfectamente centralizadas, que creen que es suficiente con que Washington de sus órdenes por teléfono según un plan que éste decide soberanamente. Ya en noviembre de 1956, por muy satélite del imperialismo estadounidense que sea el estado de Israel, sus dirigentes participaban junto a los gobiernos inglés y francés (Eden en Inglaterra, que nunca se ha recuperado, Mollet, del que fue el “apoteosis”) en la preparación de la expedición contra Egipto con el fin de ocupar el canal de Suez que acababa de ser nacionalizado por Nasser. Una vez realizada la “brillante” operación militar, los conquistadores anglo-franco-israelíes se replegaron con no menos brío bajo la presión del imperialismo estadounidense y de la burocracia del Kremlin que conjuntamente salvaron del hundimiento por una primera vez al régimen de Nasser.

Los dirigentes israelíes destruyeron, con su guerra de los “seis días”, el frágil equilibrio del que depende el orden imperialista en el Medio Oriente, que implica el estado de Israel y los regimenes del género de Nasser, y el “sionismo” y el “nacionalismo árabe”. Nasser y su régimen estaban, una vez más, al borde del hundimiento. Era grande el riesgo que de la caída de Nasser se produjesen convulsiones incontrolables. El apoyo de la burocracia del Kremlin salvó a Nasser y a su régimen. Sin duda, la burocracia del Kremlin tomó pie en Egipto, penetró en el Mediterráneo Oriental. Después de tres años, innumerables “comentadores” vieron en ello un nuevo punto de fricción entre los EEUU y la burocracia del Kremlin, una prueba de fuerza entre ellos, un giro a favor de esta última. No cabe duda que la burocracia del Kremlin se esforzará, en el curso de sus relaciones con el imperialismo, en sacar ventajas del papel de tutor del régimen de Nasser que juega gracias a la guerra de los seis días.

Esto, sin embargo, no es lo esencial. En completa conformidad con los intereses generales del imperialismo en el Oriente Medio, la política de la burocracia del Kremlin salvaba del caos a esta región del mundo. Falta traer la “paz y estabilizar un poco la situación. Nixon tenía completa razón en depositar su confianza en el Kremlin. El “aliado” Nasser probó lo que significa la ayuda del Kremlin, la presencia amistosa y cooperativa de los técnicos rusos. Tras una estancia de diversas semanas en Moscú, perpetuó el plan del secretario de estado Rogers (en completa independencia, por supuesto), plan que tiende a restablecer la situación anterior, con algunas pequeñas compensaciones para Israel sin embargo: reconocimiento de facto, si no de *iure*, del estado de Israel, verosíblemente modificaciones de fronteras, Jerusalén, una parte de Cisjordania, de la meseta del Golán, continuarán en manos de Israel; quedará impuesto el control de la ONU, es decir el del imperialismo. En cuanto al pueblo palestino, ni se trató sobre él.

La primera fase de la aplicación del plan Rogers está en marcha: los movimientos nacionalistas palestinos miden la calurosa solidaridad de los estados árabes hacia el pueblo hermano de Palestina. Nasser ha empezado a hacerle marcar el paso, lo que no pudo realizar su “hermano” el rey Hussein de Jordania. Eventualmente el pueblo hermano de Palestina podría apreciar la eficacia de las ametralladoras suministradas generosamente por el gran aliado del Kremlin.

Nada se ha decidido todavía: queda por saber las reacciones de los pueblos árabes. Pero una vez más, la burocracia del Kremlin da la medida de su fidelidad al mantenimiento del orden burgués, al equilibrio del sistema imperialista mundial.

Las relaciones entre la burocracia polaca y el régimen de Franco contra el proletariado español se integran en la estrecha cooperación de las burocracias contrarrevolucionarias, que se refuerzan tanto más como la amenaza de la revolución proletaria. El suministro a Franco del carbón necesario para romper la huelga de los mineros de Asturias no es un acto comercial “normal”. Constituye un acto político

contrarrevolucionario deliberado, al que la burocracia del Kremlin, por otra parte, está acostumbrada. Así aporta su cooperación económica “desinteresada” con las salvajes dictaduras de América Latina, estrecha sus relaciones de toda suerte con el régimen de los coroneles griegos.

La inminencia de la revolución y la concentración de las contradicciones de clase en Europa acentúan la acción contrarrevolucionaria de la burocracia del Kremlin, de su aparato internacional, de las burocracias satélites. La lucha del estalinismo contra el proletariado, tanto del Oeste como del Este, deviene más viva y directa. Las burocracias parasitarias y la burocracia del Kremlin buscan, cada vez más, establecer lazos, o reforzarlos, con los imperialismos más potentes. La lógica de la lucha contra el proletariado es implacable. El imperialismo estadounidense volvió a poner en pie al capitalismo alemán en Europa y al capitalismo japonés en Asia. Le obligaron las exigencias de la lucha de clases. Pero la potencia del capital estadounidense, las relaciones políticas y económicas que le permite establecer con el capital alemán y japonés, le daba los medios para controlarlos. Los inconvenientes que resultaron de ello importaban poco comparados con las ventajas que sacaba el imperialismo estadounidense, en la lucha de clases mundial, del reflotamiento de las burguesías alemana y japonesa.

Para las burguesías inglesa y francesa era diferente: reaparecían temibles competidores descartados durante un momento. La burguesía francesa sabía que, con la potente burguesía alemana renaciente, se les escaparía, tarde o temprano, la primacía en Europa del Oeste, tanto económica como políticamente. Pero estaba a tiempo. Y, sobretodo, tanto la puesta en pie de la burguesía alemana como la de la burguesía japonesa le era indispensable al sistema capitalista en su conjunto. A justo título, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites siempre han sentido como una amenaza contra la URSS y los países de Europa del Este el renacimiento de los imperialismos japonés y alemán, evidentemente principalmente el alemán. No pudieron oponerse a ello. Tanto al imperialismo como a la burocracia del Kremlin no le era posible dejar al potente proletariado alemán entablar luchas convulsivas en medio de la tambaleante Europa. En última instancia, el equilibrio del sistema imperialista mundial le importa tanto a la burocracia del Kremlin y a las burocracias satélites como a la burguesía de cada país. Por fin, no había otros medios de oponerse al renacimiento del imperialismo alemán y japonés más que la revolución proletaria... eventualidad cuya simple evocación aterroriza a las burocracias parasitarias.

La burocracia del Kremlin respondió al renacimiento de la burguesía y del imperialismo alemán consagrando la división de Alemania en dos. En los límites de su zona de ocupación creó completamente, burocrática y artificialmente, un nuevo estado colocado bajo su control directo: la RDA. ¡Un monstruo! La economía de esta parte de Alemania sólo era viable integrada en el conjunto de la economía alemana. Además, después de los desmantelamientos de fábricas enteras de los años de la inmediata posguerra, igual que en todos los países del Este, la RDA sufría, y ha sufrido siempre, un pillaje más refinado, mediante la “cooperación” y los acuerdos económicos impuestos por la burocracia del Kremlin que exportó de esta forma las contradicciones y distorsiones de la economía de la URSS.

El muro de Berlín rinde testimonio de los brillantes resultados de esta política: durante años, la clase obrera y el campesinado han huido de la RDA. La RDA se vacía de su substancia social, de la fuerza productiva por excelencia: el proletariado. La creación de la RDA acrecía considerablemente las contradicciones en Europa del Este. Y si el muro de Berlín, transformando a la RDA en un vasto campo de concentración, obligaba al proletariado de esta parte de Alemania a continuar en el lugar y participar en

la “construcción del socialismo”, se mantenían las contradicciones. La RDA continúa siendo particularmente inestable. Constituye uno de los puntos más débiles del sistema que controla la burocracia del Kremlin. Agrava las tendencias a su dislocación. La burocracia del Kremlin no puede relajar su control sobre la RDA menos que en ningún otro lugar de Europa sin correr por ello los más grandes riesgos.

Desde hace años, la burocracia del Kremlin favorecía las maniobras del imperialismo francés que se esforzaba en conservar bajo cierta tutela política a la burguesía alemana. El Partido Comunista francés era el especialista de la lucha contra los “revanchistas alemanes”. La alianza franco-soviética estaba presente como la garantía del mantenimiento de la “paz en Europa”. Los dirigentes del PCF, en nombre de un desenfrenado nacionalismo, formaron bloque en 1952-1954 con los gaullistas más reaccionarios contra la Comunidad Europea de Defensa. Pero no pudieron impedir el tratado que instituía la CED rechazado por el Parlamento, que los tratados de Londres y París organizaban en el marco del Pacto Atlántico y de la OTAN, el rearme de Alemania del Oeste. Denunciaron vigorosamente el tratado que instituía la Comunidad Económica Europea pues ésta, necesariamente, tenía que beneficiar al capitalismo más potente de Europa: al capital alemán. Consideraron “como positiva” la política exterior de De Gaulle que renovaba la alianza del imperialismo francés y de la burocracia del Kremlin, uno de cuyos aspectos es hacer de contrapeso al imperialismo alemán en Europa. Es cierto que la burguesía francesa, por su parte, no era de una absoluta fidelidad a esta política que tendía a mantener en Europa a la burguesía alemana atada.

Las realidades del mantenimiento del orden imperialista y las relaciones de fuerza interimperialistas se le imponían. La burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, tenían que hacer, igualmente, numerosos pasos a esta política, impelidos por sus necesidades de establecer relaciones económicas con el imperialismo alemán y en función de las relaciones de fuerza reales en Europa. En 1955, el canciller Adenauer era recibido con gran pompa en Moscú. El Kremlin y Bonn intercambiaban embajadores. En 1952, se establecían contactos entre la RFA, sus hombres de negocios, sus representantes políticos y las burocracias de países de Europa del Este. Por su parte, el gobierno de la RFA, Kissinger-Brandt abandonaba la doctrina Halstein, según la cual la RFA rompería o no establecería relaciones diplomáticas con cualquier gobierno que reconociese al gobierno de la RDA. Sin embargo, la neutralización de la RFA continuaba siendo uno de los ejes de la política del Kremlin en Europa.

La burocracia del Kremlin, de la RDA y de Polonia, pretendieron justificar su intervención militar en razón de la penetración de los agentes del gobierno de la RFA en Checoslovaquia, de la apertura de la frontera entre la RFA y Checoslovaquia, y de la amenaza imperialista que resultó de ello para todos los países de Europa del Este y para la URSS. Pero desde hace un año, la burocracia del Kremlin y la burocracia polaca operan un giro político mayor y la burocracia de la RDA no ha podido hacer otra cosa más que seguirles el paso. La burocracia del Kremlin se prepara para reconocer la preeminencia del imperialismo alemán entre las potencias imperialistas de Europa, para establecer relaciones políticas y económicas con la República Federal alemana que le aseguren, en principio y en la práctica, ese papel. La burocracia polaca la sigue, si no la precede. La burocracia de la RDA está obligada a seguirla cueste lo que cueste.

La burocracia polaca ha entablado negociaciones con el gobierno de la RFA, por encima del gobierno “aliado y amigo” de la RDA. Le importa sobretodo, visiblemente, obtener mercancías y, bajo diversas formas, capitales alemanes, a fin de intentar superar las contradicciones económicas que la asaltan. Igualmente reclama lo que ha sido el leitmotiv de su política extranjera desde hace veinticinco años: el reconocimiento de la frontera Oder Neisse. En cualquier caso se desinteresa completamente de la suerte de la

RDA que se las arreglará sola.

La burocracia del Kremlin persigue idénticos objetivos. El gran acuerdo que negocia actualmente se titulará *Tratado de no recurso a la fuerza y de cooperación entre la URSS y la República Federal Alemana*. El mismo *Pravda* lleva adelante una insistente campaña sobre la cooperación económica entre la URSS y los países de Europa Occidental, en primera línea de ellos la República Federal Alemana. Pero no puede esquivar, menos aun que el imperialismo alemán, las temibles cuestiones que plantea la existencia de la RDA y el estatuto de Berlín. Bajo su presión, el gobierno de Alemania del Este ha tenido que entablar discusiones políticas con la RFA. Naturalmente la burguesía alemana negocia con la burocracia del Kremlin por su propia cuenta: afirma que abarca plenamente sus derechos políticos; hace reconocer su lugar de primera potencia imperialista de Europa y su derecho a tratar de igual a igual a la burocracia del Kremlin; impone su penetración política, y la de sus mercancías y capitales, en Europa del Este, y hasta en la URSS, utilizando el canal más eficaz para ello: el que pone a su disposición la burocracia del Kremlin. Pero también se adentra en esa vía a cuenta del sistema imperialista en su conjunto. Los embajadores de USA, Inglaterra y Francia en Moscú son puestos diariamente al corriente de las negociaciones y, a través de ellos, sus gobiernos y, sobretodo, la política de la burguesía alemana participa de la orientación definida por la última sesión del Consejo Atlántico que se pronunciaba a favor de una conferencia europea con la participación del imperialismo estadounidense, uno de cuyos objetivos sería la libre circulación de las ideas, personas y bienes, en Europa: lenguaje que significa, sin equívocos, penetración del capital y mercancías en Europa del Este.

Giro político de una importancia mundial y capital: la burocracia del Kremlin reordena su política en función de las relaciones de fuerza entre los diferentes imperialismos europeos y entre ella y el imperialismo alemán. Esta última afirmación puede parecer arriesgada. Lo sería para quien apreciase las relaciones de fuerza independientemente de la lucha de clases. Temiendo la movilización de clase del proletariado de Europa del Oeste y del Este, cuyas luchas se alimentan recíprocamente, se reúnen en un mismo combate, la burocracia del Kremlin se apoya en el imperialismo alemán contra el proletariado europeo. Lo necesita tanto desde el punto de vista económico al igual que también como centro del mantenimiento del orden en Europa. Se trata de una consecuencia directa de la huelga general de mayo-junio de 1968 en Francia y, mucho más inmediatamente aún, de un desarrollo consecutivo a la intervención militar de la burocracia del Kremlin contra el pueblo y el proletariado checoslovacos.

La lógica de hierro de la lucha de clases ya se le impuso a la burocracia del Kremlin, tomando conciencia de ella misma y de sus intereses específicos, cuando le impuso al partido comunista alemán una política que contribuyó a dejar que Hitler se apoderase del poder sin que el proletariado alemán pudiese entablar el combate: mejor Hitler que la revolución proletaria en Alemania, tal fue el sentido de esta política. De ello tenía que resultar el acuerdo germano-ruso de 1939. Stalin intentaba desesperadamente alejar el espectro de la guerra contra la URSS. Por el contrario, precipitó así la segunda guerra imperialista mundial y dio a Hitler los medios para esclavizar a Europa antes que se precipitase contra la URSS. La misma lógica de clases guió, a continuación, a la burocracia del Kremlin y a los imperialismos estadounidense, inglés y francés, al final de la guerra: les era imprescindible cerrar toda perspectiva revolucionaria al proletariado alemán aplastándolo, dividiéndolo en dos. El actual acuerdo, entre la burocracia del Kremlin y el imperialismo alemán, obedece a la misma lógica de clases, pero bajo circunstancias diferentes. La cooperación contrarrevolucionaria entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin exige que sea estable el capitalismo en

Alemania, que sirva de punto de apoyo contra el proletariado de Europa entera.

Recíprocamente, el proletariado alemán y la burguesía alemana están en el centro, son determinantes, en la lucha de clases en Europa y en el mundo. La revolución ascendente en Europa, que unifica en un mismo proceso la revolución social y la revolución política, determina, en contrapartida, el acuerdo contrarrevolucionario entre la burguesía alemana y la burocracia del Kremlin. Mucho más teniendo en cuenta que cada estado alemán que resultó de la división de Alemania en dos sistemas sociales, es monstruoso a su manera. La República Federal alemana, menos incluso que la República Democrática alemana, puede mantenerse tal como son. El capital alemán tiene que abrirse una vía hacia el Este; su movimiento natural, por decirlo así, lo lleva a volver a invertir en Alemania del Este, a extenderse por toda la Europa del Este, en mayor o menor plazo: para él es una cuestión vital. Las relaciones de producción establecidas en Alemania del Este exigen, incluso más brutalmente que en todos los otros países de Europa del Este, ser extendidos a toda Alemania en primer lugar y a Europa entera después, y en el mismo movimiento ser libradas de las burocracias parasitarias. La burocracia del Kremlin abre la puerta a la solución imperialista de la unidad de Europa por miedo a la revolución socialista en Europa. Acosada por el proletariado de Europa del Este y de la URSS, se acoge al imperialismo alemán.

Seguramente, sólo se trata todavía del principio de esta deriva política. La burocracia del Kremlin se esforzará en obtener las “garantías”, limitar la penetración del capital alemán. Se esforzará en que, a cambio de la penetración del capital alemán en Europa del Este, la burguesía alemana ratifique su impronta política sobre Europa del Este. La concreción será el reconocimiento por el gobierno de la RFA, al menos de facto, del gobierno de la RDA.

Este objetivo no está fuera del alcance. Combinado con el derecho reconocido a la nación alemana de reunificarse en mayor o menor plazo. Tal cláusula reservaría el futuro al imperialismo alemán. Un compromiso de este género le convendría actualmente a la burguesía alemana que, en las relaciones entre las clases existentes hoy en día en Europa, teme a la unidad alemana que liberaría la energía revolucionaria del proletariado alemán. La unidad de Alemania no puede realizarse más que sobre la base de un solo medio de producción social. La clase obrera alemana reunificada, liberada de la opresión aplastante de la burocracia del Kremlin, de la obsesión ante el estalinismo, potentemente organizada en el Oeste, entablaría ineluctablemente el combate, uniendo la lucha por la expropiación de la burguesía a la lucha por el poder de los trabajadores, la gestión de las relaciones sociales, de tipo socialista, por la democracia proletaria; la unidad de Alemania realizaría actualmente una mezcla revolucionaria explosiva que cambiaría radicalmente a Europa. Ahora bien, los fines de la burguesía alemana y de la burocracia del Kremlin son, justamente, coaligar sus fuerzas contra el proletariado de Europa. Ahí radica el fundamento del acuerdo que preparan.

La burguesía, el imperialismo alemán, como el imperialismo mundial, son plenamente conscientes que la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites son los vehículos de la penetración imperialista en Europa del Este y en la URSS, que las fuerzas sociales restauracionistas sobre las que les es preciso apoyarse son internas a las burocracias parasitarias. Por lo mismo, saben también que el orden burgués sólo se mantiene en Europa en razón de la política de las burocracias reformistas, del aparato internacional del estalinismo, de los aparatos sindicales que continúan utilizando cuando intentan retomar la iniciativa política contra el proletariado. Es significativo que el “*nuevo orden europeo*” que necesita el imperialismo sea negociado entre el gobierno socialdemócrata de Brandt y la burocracia del Kremlin, contra el proletariado de Europa.

Revolución, contrarrevolución y Estados Unidos Socialistas de Europa

Pero, sean cuales sean las preocupaciones políticas, la preeminencia al imperialismo alemán, tras del cual está el imperialismo estadounidense, en Europa, su penetración en Europa del Este cuestiona todo el equilibrio europeo: la libertad política devuelta a la burguesía alemana, así como también su expansión económica en Europa del Este, va a cambiar radicalmente en su favor las relaciones en el seno del Mercado Común, aplastar al capital francés, italiano, y pesar igualmente sobre la burguesía inglesa. La penetración del capital alemán en Europa del Este y en la URSS desagregará aun más las relaciones entre la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites y de éstas entre ellas, acrecerá la crisis social y la crisis propia de cada burocracia.

La lucha de clases devendrá, a pesar de las habilidades políticas de la burocracia del Kremlin y de la burguesía, más intensa y brutal. En última instancia, el acuerdo entre el imperialismo alemán y la burocracia del Kremlin, y el alineamiento de las fuerzas de la contrarrevolución en Europa y en el mundo contra el proletariado, refuerza la unidad objetiva de la lucha del proletariado de Europa, le da una consigna a la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa, y más vida, actualidad y fuerza. Revolución y contrarrevolución devienen inminentes. Se mantiene que el proletariado de Europa ha retomado la iniciativa política, que se apoya en sus conquistas anteriores y que son éstas las que el imperialismo y la burocracia del Kremlin, actuando cada vez más a cuenta del imperialismo, tiene que destruir. No pueden lograrlo en frío. Deben recurrir a la guerra civil. La burocracia del Kremlin, las burocracias satélites, las burocracias reformistas y los aparatos sindicales, están condenados a la dislocación, y las burguesías de Europa a un declive irremediable, incluyendo la burguesía alemana. Únicamente el imperialismo estadounidense puede salir victorioso de una prueba de esta envergadura pues, en última instancia, exige que la guerra civil contra el proletariado se combine con la guerra imperialista contra China, la URSS y los países de Europa del Este, según combinaciones difícilmente previsibles pero que implican el estallido de las burocracias parasitarias.

Todavía es preciso, sin embargo, que el imperialismo estadounidense rompa a su propio proletariado. De todas formas, la solución imperialista a la crisis revolucionaria, a la revolución y a la contrarrevolución inminentes, implica la lucha a muerte contra el proletariado de Europa, el hundimiento de Europa en la barbarie, única forma con la que el imperialismo puede “unificar” Europa. En este sentido, los acontecimientos actuales solamente son premisas, signos anunciadores.

El fenómeno destacable continúa siendo que la caída de De Gaulle, el fracaso de Wilson, el fracaso de los gobiernos de participación socialista en Italia como, también, la incapacidad de todos los gobiernos para integrar en frío a los sindicatos, disciplinar a la clase obrera sin romperla organizativa y políticamente, demuestran que la utilización de los aparatos reformistas, estalinistas, sindicales por la burguesía tiene sus límites. Para responder a estas necesidades, la burguesía debe ir aún más lejos.

Un problema de la misma naturaleza, en el fondo, se le plantea al imperialismo mundial en lo que concierne a la burocracia del Kremlin, a las burocracias satélites de Europa del Este. El imperialismo puede y debe utilizarlos contra el proletariado de esos países, como agentes de la contrarrevolución. A través de ellas pueden descargarse los primeros golpes a los proletariados de la URSS, de los países de Europa del Este y China, a cuenta del imperialismo, puede minarse la planificación y cuestionarse la propiedad estatal de los principales medios de producción. Pero también los ejemplos de Hungría, China, Checoslovaquia, como los de todos los países de Europa del Este y de

la URSS, demuestran que esta política desagrega al aparato internacional del estalinismo, produce rupturas entre las diferentes burocracias, grietas en el interior de cada una de ellas. La reacción del proletariado es entonces ineluctable: por las grietas abiertas de los aparatos burocráticos, se precipita y ve la luz el proceso de la revolución política.

Ahora, tras mayo-junio de 1968 en Francia, tras la apertura del proceso de la revolución política en Checoslovaquia, la burguesía de cada país, igual que el imperialismo mundial, no han podido modificar radicalmente sus métodos de ataque al proletariado: atacan siempre mediante la política de los aparatos burocráticos, del aparato internacional del estalinismo, de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. No poseen de inmediato los medios políticos para arreglárselas sin los aparatos, establecer dictaduras abiertas y directas en los principales países capitalistas económicamente desarrollados. Mucho más, temen tener que hacerlo y temen abrir la guerra civil, tanto porque tiene miedo que la revolución proletaria surja de las guerras civiles que entablarían como porque saben que, en cualquier caso, los imperialismos decadentes se verían precipitados a la ruina, porque temen que el poder caiga en manos de aventureros difícilmente controlables.

Ante Europa del Este, de la URSS y de China, las burocracias parasitarias son su único recurso, salvo pasar directamente a la guerra imperialista, y para ello haría falta que venciesen al proletariado de sus propios países y que el imperialismo estadounidense disciplinase a los imperialismos menos potentes. Las burocracias parasitarias están obligadas a agredir a los proletariados de sus países en respuesta a los problemas a que se enfrentan, pero temen, maniobran, usan ardidés. Más de dos años después de la intervención militar en Checoslovaquia, la “normalización” no se ha llevado a cabo.

Aunque sea posible fijar ritmos, plazos, el tiempo apremia, se aproximan los desenlaces, los expedientes a los que recurre el imperialismo a fin de evitar la crisis financiera y económica, los compromisos en los que toman parte, sólo son provisionales. Sin poder recurrir a la economía de guerra, la crisis y la dislocación de la economía capitalista mundial se producirán ineluctablemente. Es una simple cuestión de tiempo. Solamente la masiva penetración de las mercancías y capitales en China, Europa del Este y la URSS, diferirían esta crisis, pero dislocando la economía planificada, destruyendo masivamente las fuerzas productivas de esos países. Las burocracias parasitarias no están menos enfrentadas a desenlaces que las hacen, en tanto que burocracias, incapaces de asumirlos sin estallar.

¿Será capaz el imperialismo de quebrantar al proletariado de los países capitalistas económicamente avanzados en los plazos que le quedan; estará en condiciones de disciplinar a las diferentes capas del capital estadounidense; estando instaurados en los principales países capitalistas los estados fuertes, será capaz de disciplinarlos al estado fuerte estadounidense? El ala proburguesa, proimperialista de las burocracias parasitarias ¿estará en condiciones, en plazos relativamente cortos, de aplastar a los proletariados de la URSS, de los países de Europa del Este y China? Es la hipótesis más improbable. La hipótesis más probable es, por el contrario, que el proletariado resistirá en todos los lugares, combatirá, que profundas crisis romperán la unidad de los aparatos, que la dislocación del aparato internacional del estalinismo, de las burocracias parasitarias, de la burocracia del Kremlin, abrirán la vía a potentes movimientos de masas, tanto como resultarán de ello. Lo que no ha podido cumplir el imperialismo durante los últimos veinticinco años, rechazar al proletariado de Europa, es poco probable que pueda cumplirlo a corto plazo. Mucho más, el proletariado estadounidense zarandeará y agitará al imperialismo en su centro. El proletariado japonés entablará

también grandiosos combates. Los proletariados de la URSS, de los países de Europa del Este y de China, retomarán por cuenta propia la lucha del proletariado checoslovaco. En este marco, renacerán sin cesar los movimientos revolucionarios en los países económicamente atrasados.

Durante los próximos años, la hipótesis más probable es la dislocación conjunta del sistema imperialista mundial y del aparato internacional del estalinismo, son crisis que desgarrarán a cada burguesía, como a cada burocracia parasitaria, a no ser que puedan destrozarse en breve plazo al proletariado mundial. Todos los proletariados, espoleados por la crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin llevada a su paroxismo, entablarán combates de clase de una envergadura y profundidad raramente igualadas. De hecho, la hipótesis es una oleada revolucionaria sin precedentes cuyo centro será los países económicamente desarrollados y principalmente Europa pero que afectará a todos los continentes. En este sentido, la huelga general de mayo-junio de 1968 en Francia, la apertura del proceso de la revolución política en Checoslovaquia, han abierto un nuevo período histórico integrado en la era de la revolución proletaria abierta por la revolución rusa.

Pero la apertura de una crisis revolucionaria mundial, aunque fuese sin precedentes, no es la victoria de la revolución proletaria. La dislocación del sistema imperialista mundial, del aparato burocrático internacional del estalinismo, no es igual a la toma del poder por los proletariados de los diferentes países, condición para la instauración del socialismo. Las relaciones entre las clases y en el interior de las clases sociales son tales que, en su primera fase, este período histórico aparecerá verosímilmente como un inmenso caos.

Para apoderarse del poder y resolver la crisis de la sociedad, la clase obrera no solamente necesita entablar la lucha: precisa de una clara conciencia de los objetivos a alcanzar, de los medios necesarios para lograrlos, en pocas palabras de un partido revolucionario, una bandera, un programa, si no hubiese vencido hace mucho tiempo. A falta de esto, sus movimientos, sus repetidos asaltos, no logran triunfar. Participan del caos de la sociedad entera, de las convulsiones que la agitan y desgarran. Devienen una expresión de la impotencia, de la decadencia de la humanidad. El caos social, como todo lo que parece caótico en el universo, no está menos regido por leyes. En caso en que el proletariado no logre resolver la crisis revolucionaria sobre su plano histórico, las leyes de la lucha de clases operarán contra él. Desde el interior de la burguesía, del aparato de estado burgués, del imperialismo, que aunque dislocado no desaparecerá de un solo golpe, se organizarán las fuerzas más reaccionarias que se impondrán a la burguesía en su conjunto, a los otros imperialismos y que reconstruirán sobre los huesos del proletariado un nuevo orden burgués. Es suficiente con imaginar lo que supondría la instauración de un fascismo a la hitleriana en los EEUU, y así se da una cuenta del nuevo orden burgués que resultaría de la impotencia de la clase obrera para resolver, mediante la toma del poder en los países económicamente desarrollados, la crisis revolucionaria mundial que se anuncia. Una vez más se impone la certidumbre que Europa burguesa no subsistiría más que como un vasto campo de escombros, en manos de burguesías títeres, vasallas del imperialismo estadounidense.

Europa Occidental, Europa Oriental y la URSS, están concernidas en igual medida. Los proletariados de la URSS, de Europa del Este como de China, se apoyan en las relaciones sociales de producción de tipo socialista. Desde este punto de vista, disponen de puntos de partida en la lucha por el poder infinitamente más favorables que aquellos de los que disponen los proletariados occidentales. Esto no es una garantía suficiente y absoluta de victoria: la conciencia de las tareas revolucionarias en cada país, del carácter internacional de la lucha contra el estalinismo, de la necesidad de extraer hasta las raíces

las burocracias parasitarias, de integrar la revolución política en la revolución mundial como una de sus componentes, no es menos indispensable. El proletariado soviético, los proletariados de Europa del Este y China, necesitan partidos revolucionarios para vencer, necesitan una bandera, un programa. A falta de ello, el desorden y la anarquía pueden instalarse, la victoria recaer en el ala proburguesa, proimperialista, de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites; durante convulsiones sin salida, quedar dislocadas las conquistas del proletariado, utilizando el imperialismo estadounidense y las burguesías compradoras de Europa como sus instrumentos a sus proletariados vencidos, aplastados, diezmados. O más simplemente y más brutalmente, habiendo dominado a su proletariado, el imperialismo estadounidense podría destruir por la guerra atómica a Europa y Asia, abandonado el riesgo de ser él mismo destruido. Pueden nacer muchas otras combinaciones imaginables o inimaginables. Lo importante, lo decisivo es comprender que una crisis revolucionaria tan amplia, por profunda que sea no significa automáticamente la victoria de la revolución proletaria. La crisis revolucionaria tiene como contrapartida la amenaza contrarrevolucionaria tan bárbara como profunda es la crisis revolucionaria.

Lo propio de la crisis revolucionaria que se anuncia es que todo el sistema imperialista mundial está preocupado, que afectará a todos los países, a todas las burguesías que cuestionará a la burocracia del Kremlin y a todas sus prolongaciones internacionales, en un mismo proceso. Se trata de la revolución proletaria mundial llegada a su punto de madurez. La política revolucionaria se aprecia en razón de esta dimensión. No se trata de un juego a la manera de o doble o nada sino que para la humanidad es el socialismo o la barbarie. La crisis tendrá su expresión concentrada en Europa y su salida se jugará, en última instancia, en los EEUU.

Cada clase obrera de Europa, sea la del Este o la del Oeste, aunque expresará el movimiento del proletariado mundial en su conjunto, entablará natural y obligatoriamente el combate en su propio terreno, en sus marcos nacionales. El programa de la revolución proletaria debe concretarse para cada país, como cada proletariado necesita su propio partido revolucionario. Pero la relación política de la lucha revolucionaria del proletariado en cada país con la lucha de clases en Europa y en el mundo debe expresarse concretamente. La clase obrera de cada país de Europa necesita políticamente establecer la relación revolucionaria con todos los proletariados de Europa bajo una forma concreta, que unifique los combates de clase tanto en el oeste como en el este. Sólo la consigna y la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa pueden establecer esta relación política revolucionaria entre los proletariados de Europa. Así, esta consigna y esta perspectiva son indispensables para la organización, para la fecundación de la lucha revolucionaria del proletariado de cada país de Europa como de todo el proletariado de Europa. Unifican la lucha contra el imperialismo y la burocracia del Kremlin. Su valor político es determinante como factor revolucionario.

La consigna y la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa son indispensables para la construcción de partidos revolucionarios en cada país. El internacionalismo proletario se expresa a través de ellos, y por ellos deviene sensible la necesidad de integrar la construcción del partido revolucionario en la reconstrucción de la Internacional, instrumentos de una misma política. Pero la consigna y la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa tienen un alcance mundial. Si bien la crisis revolucionaria tiene su expresión concentrada en Europa no por ello deja de ser mundial. Tendrá su solución positiva en última instancia en los EEUU cuando el potente proletariado estadounidense tome el poder. Todo depende de la maduración política del proletariado estadounidense, de su capacidad para forjarse el instrumento de su emancipación. La lucha unificada contra el imperialismo y la burocracia del Kremlin

tendrá un impacto decisivo sobre el proletariado estadounidense.

La ausencia de perspectiva política obstaculiza la evolución política del proletariado estadounidense; el estalinismo también hace de obstáculo. La debilidad del partido comunista estadounidense se incardina en el sentido de esta apreciación. En tanto que el estalinismo representa al “comunismo” sirve de espantajo al proletariado estadounidense. Mantiene las ilusiones pequeño burguesas que, por ejemplo, hacen de la lucha de los negros contra la opresión racial un combate en sí, le orienta hacia el “nacionalismo negro”, cuando esta es una lucha por esencia de la parte más explotada del proletariado estadounidense. Desvía la lucha contra la intervención del imperialismo estadounidense en Vietnam hacia el pacifismo, cuando ésta es por esencia el embrión de un combate contra la ciudadela del imperialismo que sólo se puede resolver por la destrucción de esta ciudadela, destrucción que solamente cumplirá el proletariado estadounidense como clase. Limita la lucha de los proletarios de todos los colores en la acción reivindicativa para defender el “american way of life” cuando el proletariado necesita sus propios medios e instrumentos políticos, un Labour Party, para cuestionar y derrocar al capitalismo estadounidense.

Limitar a este aspecto, sin embargo de primera importancia, el impacto de la consigna y perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa sobre el proletariado estadounidense sería restringir su eficacia. La división nacional, el fraccionamiento de Europa, la decadencia ineluctable que implica la multitud de estados europeos, refuerzan necesariamente el control político de la burguesía estadounidense, que se ha mostrado capaz de unificar a los EEUU, de hacer de él el más potente país del mundo. Que los proletariados de Europa demuestren por sus luchas prácticas que la división y decadencia de Europa resultan de la fosilización de las burguesías europeas y del carácter contrarrevolucionario del estalinismo, apoderándose de la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa, y levantarán esta hipoteca. Probarán al proletariado estadounidense que la decadencia de su propio país, la división del mundo, resultan del régimen capitalista. Le ofrecerán, mediante demostración práctica, la única perspectiva a medida del proletariado estadounidense, del proletariado mundial, la República Universal de los Trabajadores.

Casi no es preciso decir que la repercusión sobre los proletariados de Asia, África y América Latina, del combate de los proletariados de Europa por los Estados Unidos Socialistas de Europa no será menos grande. Demostrará que, en Asia, África, el Medio Oriente y en América Latina, la realización de los Estados Unidos Socialistas de esas regiones del mundo es la única solución a sus problemas y está a su alcance. Entonces se constituirá la República Universal de los Trabajadores.

Mayo-junio de 1968, y la apertura del proceso de la revolución política en Checoslovaquia, han puesto al orden del día lo que en las profundidades de la sociedad se preparaba: o bien la revolución proletaria prosigue hasta su fin, los Estados Unidos Socialistas de Europa, la República Universal de los Trabajadores; o bien la decadencia, la barbarie, sufriendo el proletariado de Europa a corto plazo más inmediatamente las consecuencias.

Por ello es imposible dejar que liben en paz los abejorros políticos pequeño burgueses, y en primer lugar los renegados de la IV Internacional. Todos los militantes tiene la responsabilidad de sus actos: nuestra responsabilidad es construir los instrumentos de la emancipación de los trabajadores, los partidos de la IV Internacional por reconstruir. Nos es preciso, pues, desenmascarar a los renegados, a los falsificadores, a los estafadores y proseguir la polémica.

IV HEGEMONÍA DEL PROLETARIADO EN LA LUCHA DE CLASES, FRENTE ÚNICO OBRERO Y CUESTIONES DEL PODER

La hegemonía del proletariado en la lucha de clases

Al unísono, con toda una literatura emanada de ideólogos de múltiples orígenes, lo hemos visto ya, Janus-Germain-Mnadel no dejan de celebrar el papel de las nuevas élites nacidas del desarrollo de las fuerzas productivas, de las ciencias, de las artes y de la cultura.

Daniel Ben Saïd y Henri Weber dan esta interpretación del papel de los estudiantes después del mayo-junio del 68.

“La oposición revolucionaria se opone a la oposición reformista en que es fundamentalmente desmitificadora”.⁹⁷

¡Sorprendente frase por parte de “marxistas”! El problema sería derribar los mitos que paralizan a la clase obrera “mediante acciones ejemplares” (escriben algunas líneas más abajo). Explican, tomando ejemplo de Cohn-Bendit, qué entienden por ello:

“Daniel Cohn-Bendit es lo que se llama un agitador nato. Voz potente, verbo altivo, está dotado de una extraordinaria presencia física. Sabe mejor que nadie reunir a la masa, unir todas las partículas solitarias en una comunidad actuante. Ha desarrollado mucho el sentido de la provocación; se puede incluso decir que ve todos los problemas bajo el ángulo de la provocación posible. Sin embargo, no es el excitado frenético que la prensa describe. Como Rudi Dutschke, Dany hace de la provocación no un exutorio de sus desahogos personales sino un fino y temible instrumento político. La provocación debe desacralizar los estatus y funciones. Es una trampa tendida a la autoridad y la jerarquía que, por sus reacciones, desvelan su naturaleza opresiva cubriéndose al mismo tiempo de ridículo. Es una magnífica arma de crítica social y de educación de las masas.”

Mead en la pila del agua bendita ante las masas reunidas, naturalmente, y habréis “desacralizado” a la iglesia “cubriéndola de ridículo” pues Dios no os ha fulminado al instante. Los menos audaces se contentarán con aplastar bulas fantasmas en los edificios oficiales. En cuanto a los más políticos, podrán organizar un comando e ir a la Asamblea Nacional a bombardear de tomates a los señores diputados. Se trata a penas de una caricatura. Durante las jornadas de mayo-junio del 68, las gestas más extravagantes, la ocupación del Odeon, anfiteatro de la Sorbona y de Censier, pasaban a segundo plano a causa de la movilización de las masas. La movilización de la clase obrera durante la manifestación del 13 de mayo y el desarrollo de la huelga general abrigaban otras “provocaciones” más peligrosas. Esta concepción de la “provocación”, de la “desmitificación” se pagó muy cara cuando declinó la huelga general. Acciones aventureras sirvieron de pretexto para la disolución de las 11 organizaciones que se reclamaban de la revolución proletaria.

Después, este método milagroso tenía que dar todos sus frutos emponzoñados. Pero,

⁹⁷ *Mai-Juin 68 une répétition générale*, página 142.

qué pasó con el SDS, de los que los autores decían que:

“Esta política, desarrollada por el grupo de Berlín, pasó a las tesis del SDS durante su 22 congreso, en septiembre del 67. La campaña contra Springer fue decisiva para ello: el objetivo declarado era provocar, mediante la acción permanente de los estudiantes universitarios y de instituto, un despertar de los trabajadores, pero sobretodo arrastrar a la lucha a los jóvenes trabajadores que no habían conocido el aplastamiento del nazismo. Este política obtuvo resultados: las manifestaciones sobre Vietnam, las que siguieron al atentado contra Dutschke, la del 1 de mayo en Berlín, llevaron cada vez más a más trabajadores al lado de los estudiantes. La audiencia del SDS, en este período, ganó a capas sociales diversificadas.”⁹⁸

Sus dirigentes han entregado su balance de quiebra. Se disolvieron ellos mismos En Francia, los mao-espontex son los continuadores “consecuentes” de esta “ideología” que se solapa con la del populismo. “Ir al pueblo”, “provocar”, “desacralizar”, todo ello procede de una misma concepción: hay que enseñar a las masas apáticas que se puede desafiar al cielo. Los medios son las “acciones provocadoras ejemplares”. Resulta que en materia de “provocaciones” los policías de toda obediencia son los maestros. Los narodniki que era “provocadores” serios, organizados, pagando con sus vidas sus convicciones, intentaban “despertar” a las masas “apáticas” de Rusia contra la autocracia. Organizaban atentados contra el zar y contra los grandes dignatarios del régimen. Cuando se abrieron los archivos de la Ojrana, se reveló que, gracias a este género de “teoría”, la policía había infiltrado su movimiento de provocadores y que no rehuía organizar ella misma “atentados”, o “provocaciones”, con el único fin de justificar la represión. Método que M. Marcellin no podía dejar de retomar por su cuenta, para justificar una nueva campaña de represión, de nuevas persecuciones y tentativas de disolución de las organizaciones que se reclamaban de la revolución socialista, comenzando por la Gauche Prolétarienne.

El origen de esta justificación de la “provocación”, primer término del famoso ciclo “provocación-represión-movilización”, reside en la teoría de las “nuevas vanguardias”:

“Que el SDS haya cumplido, el primero en Europa Occidental, su metamorfosis de grupúsculo en grupo mediante un desarrollo político, no puede atribuirse únicamente al azar o a la ingeniosidad de sus dirigentes. La influencia de Marcuse sobre el movimiento alemán no es en absoluto el fruto de una regresión intelectual. Estas tesis, según las cuales el proletariado, integrado en la sociedad industrial, ha perdido su papel histórico en beneficio de las capas marginales “antiautoritarias”, entre ellas los estudiantes, encontraron en Alemania un comprensible eco. Cuando en Francia, la clase obrera organizada por los sindicatos y el PCF, continúa siendo una fuerza coherente y estructurada, el desgaste del proletariado bajo el nazismo, el aplastamiento de sus organizaciones, la vida vegetativa del PC en la clandestinidad, abrían la vía a todas las teorizaciones arriesgadas de un estado de hecho.”⁹⁹

¿Dónde han visto los autores que la clase obrera alemana, que limitan a la clase obrera del Oeste de Alemania (apreciación política muy interesante que demuestra que, de ahora en adelante, para ellos existen dos Alemanias, dos clases obreras alemanas), no está “organizada” sindical y políticamente? El DGB y el SPD ¿no son organizaciones obreras? ¿Sólo hay ya, como organizaciones obreras, los sindicatos bajo control de los PC, y los mismos PC? Siendo así, en Alemania:

“Las nuevas generaciones revolucionarias no tienen ahí que enfrentarse al

⁹⁸ *Ibidem*, página 23.

⁹⁹ *Ibidem*, página 24.

obstáculo de los aparatos esclerotizados [no es chiste]. En el escaparate berlinés, caricatura de la sociedad capitalista expuesta como una tentación al alcance de las democracias populares, los estudiantes han encontrado casi virgen el terreno de la acción revolucionaria. Substituto provisional de una dirección revolucionaria, el movimiento estudiantil ha jugado el papel de catalizador de las fuerzas latentes, incapaces hasta entonces de expresarse políticamente”.¹⁰⁰

¿Y es seguro que solamente en Alemania los estudiantes han constituido el “substituto provisional de una dirección revolucionaria”? La respuesta no se hace esperar:

“A la mutación cualitativa del medio estudiantil, que ha hecho de él una fuerza social con la que habrá que contar de ahora en adelante, viene a añadirse el contexto político que le da un lugar privilegiado.”

Y además:

“Desaparecida durante mucho tiempo, esta oposición revolucionaria fue resucitada en mayo por el movimiento estudiantil. Asumió ese papel. Llevado por el ascenso general de las luchas, el movimiento estudiantil ha jugado el papel de vanguardia abandonado por los partidos obreros”.¹⁰¹

Sin embargo, se aportan algunas restricciones:

“Este papel de partido de vanguardia lo ha asumido el movimiento estudiantil con una clara conciencia de sus límites. Jamás esta “substitución” ha sido “teorizada” en el sentido marcusiano. Por el contrario, la voluntad de arrastrar a los trabajadores en la lucha presidía todas las decisiones”.¹⁰²

Nuestros “teóricos”, prudentes, ocultan sus posiciones con palabras y frases que son coartadas: “substituto”, pero “provisional”; partido de “vanguardia” pero con “límites”; la “influencia de Marcuse [por tanto de sus teorías]... no es una regresión intelectual” sino “teorizaciones arriesgadas”; el estilo Pablo-Germain hace escuela.

Desde mayo-junio del 68 la fraseología ha variado ligeramente, el entusiasmo del momento ha decaído un poco. Se aportan restricciones en cuanto a las posibilidades de los estudiantes:

“El movimiento estudiantil sólo puede jugar ese papel [el papel de vanguardia] en la perspectiva de una junción a corto plazo con el movimiento obrero, sin lo cual está condenado a un imposible equilibrio entre su función revolucionaria y su carácter de masas, perpetuamente sometido a la doble tentación del reformismo y del revolucionarismo. Esta contradicción sólo puede resolverse mediante la construcción y desarrollo de una organización revolucionaria capaz de superar el “punto de vista” estudiantil para suministrar un proyecto estratégico y capaz de jugar su papel de vanguardia tanto en el movimiento obrero como en el movimiento estudiantil.”

Sin embargo, las restricciones no van lejos. El movimiento estudiantil y los intelectuales en general están encargados de proveer a la clase obrera de una “dirección de recambio”. El 9º congreso del SU se preocupó de la juventud. Sana preocupación. Aún es preciso constatar que el texto de discusión propuesto por este congreso: “La radicalización de la juventud en el mundo y las tareas de la IV Internacional” publicado por *Quatrième Internationale* (número 38, juillet 1969) consagra exactamente una frase a los “jóvenes trabajadores que estarán en primer fila de los movimientos para romper la impronta de las máquinas burocráticas de los sindicatos, y que serán un ejemplo para las generaciones más viejas por su militancia y su interés en la política revolucionaria”

¹⁰⁰ *Ibidem*, página 24.

¹⁰¹ *Ibidem*, página 142.

¹⁰² *Ibidem*, página 143.

(página 51); todo el resto, es decir 15 páginas, están reservadas al papel de los estudiantes. El fin del fin de la “estrategia” revolucionaria será el combate ordenado por la consigna de la “Universidad Roja”.

“En la noción de universidad roja está incluida la necesidad de oponerse a la enseñanza de la ideología burguesa... La universidad, en tanto que instrumento de la lucha de clases (una universidad roja) se opone al punto de vista liberal sobre la universidad, santuario de una minoría privilegiada mantenida al margen de las controversias políticas y sociales del resto de la sociedad. Los recursos de la universidad deben ser puestos a disposición de los explotados, de los pobres, de los oprimidos. Los estudiantes deben tener el derecho absoluto de poder invitar a quien les plazca para hablarles sobre todos los temas que deseen tratar. Deben ser libres para establecer relaciones estrechas con las organizaciones y partidos de la clase obrera, de las minorías nacionales, de las masas populares, y devenir por ello una fuente de información y de esclarecimiento”.¹⁰³

he aquí una muestra de esta prosa, recogida en un batiburrillo increíble. Estas pocas frases son suficientes por sí mismas: el socialismo en la Sorbona. Los pequeño burgueses no dejan de estar en la Sorbona y, por ello, los pequeño burgueses, puesto que se dicen revolucionarios, se toman por el centro del mundo y el pueblo es llamado a ir a instruirse en las universidades “rojas”, laboratorios de una nueva cultura. Pero, ¿cuál de hecho? ¿A partir de qué bases, de qué relaciones sociales, se elaborará una nueva cultura, como producto de la actividad social toda entera? ¡A menos que surja espléndida y triunfal de las cabezas de los estudiantes “rojos”!

Los más divertido continúa siendo que los mismos afirman que el medio “estudiantil” no tiene intereses homogéneos, no es pues sindicalizable. Las luchas estudiantiles serían, pues, esencialmente “ideológicas”. La explicación de todas estas elucubraciones se encuentra en estas líneas:

“Mientras que el engranaje de las crisis del imperialismo y la superación histórica de las direcciones de la clase obrera han suministrado las bases políticas del desarrollo de la radicalización estudiantil, no son suficientes para explicar el peso social de los actuales movimientos estudiantiles. En el pasado, los estudiantes se han comprometido a menudo en acciones sin causar muchos problemas a los dirigentes capitalistas o a los regímenes burocráticos del bloque soviético. El crecimiento del peso social y el impacto político del movimiento estudiantil provienen de los cambios que se han producido en el dominio de la educación a consecuencia de los progresos científicos, tecnológicos e industriales, provocados por la “tercera revolución industrial”. Estos desarrollos necesitan un personal más educado y más técnicamente cualificado, que sea capaz de inventar, de desarrollar y utilizar los medios de producción y de destrucción más modernos, más complejos...”

Ahora bien:

“... por una parte, el sistema de educación no ha sido remozado tan rápidamente o tan completamente como para satisfacer las necesidades de la clase dirigente en los países capitalistas y las de los expertos encargados de velar por sus intereses. Por otra parte, las tareas impuestas a la Universidad en transición hacia sus nuevas funciones han provocado una gran insatisfacción en el seno de los estudiantes y en ciertas partes de las facultades. El sentimiento de aberración que los estudiantes representan a consecuencia de la forma capitalista de la Universidad, de la estructura y función burguesa de la educación superior,

¹⁰³ *Quatrième Internationale*, número 38, juillet 1969, página 45.

y su administración autoritaria, ha devenido cada vez más extendida.”¹⁰⁴.

Parece uno estar leyendo a Salini, a penas modificado para las necesidades de la causa, cuando escribe:

“Las fuerzas productivas evolucionan a gran velocidad. Se suceden los descubrimientos a un ritmo jamás alcanzado. ¿Cómo podría seguir siendo la educación lo que era [...]? Esta adaptación indispensable, la ha intentado el gaullismo pero tímidamente, sin clara conciencia de las nuevas necesidades, encerrado como está en los límites estrechos del beneficio capitalista”.¹⁰⁵

Se trataría, pues, finalmente, de un aspecto de la crisis de crecimiento del “neocapitalismo”, conjugado con una “crisis ideológica”. Volvemos a encontrar las mismas cuestiones.

La crisis de la Universidad es, en efecto, un fenómeno mayor. Esta crisis es general. Afecta tanto a los países capitalistas avanzados como a aquellos situados bajo la bota del imperialismo, como a los que están bajo el control de la burocracia del Kremlin. Durante estos últimos años, se han desencadenado grandes luchas estudiantiles en Japón, Turquía, EEUU, América Latina, Francia, etc. Los estudiantes yugoslavos, polacos y checoslovacos, han entablado por su parte importantes combates. ¿Se debe concluir de ello un papel social y político nuevo de los estudiantes y los intelectuales en general?

La historia da testimonio de ello, toda gran crisis social y política se ha manifestado en la Universidad. Muy a menudo, la agitación política e ideológica en el interior de las universidades precedía a las grandes crisis políticas y sociales. Es necesaria mucha estrechez de espíritu de grupos como Lutte Ouvrière para considerar como de poca importancia las crisis, los hundimientos políticos e ideológicos, en la Universidad catalogando a los estudiantes de pequeños o gran burgueses. Este obrerismo se convierte fácilmente, por otra parte, en su contrario. En mayo-junio del 68, a instancias de la JCR y de muchos otros, la ex Voix Ouvrière cabalgaba cerca de los estudiantes promovidos al rango de “nueva vanguardia”. Los marxistas no son obreristas. No menosprecian la cultura, aunque sea burguesa. Saben que los materiales del viejo mundo son indispensables para la construcción de un mundo nuevo. Saben también que Marx, Engels, Trotsky y Rosa Luxemburg, igual que otros, que han elaborado el método del materialismo dialéctico, la teoría y la política revolucionarias del proletariado, eran auténticos intelectuales, en el sentido más noble del término. Esperaban (estaban seguros) que los mejores intelectuales se comprometerían en la lucha de clases y se integrarían en los combates de la clase obrera que fecundarían. Por más determinante que sea, este es sólo un aspecto de la cuestión.

Por principio, la clase, y singularmente el Partido Revolucionario, no pueden en ningún caso limitar sus acciones y su intervención a los trabajadores integrados directamente en la producción, que producen plusvalía; deben extenderse a todas las capas, a todas las clases de la sociedad. Quien no comprenda esto no comprende el por qué ni el cómo de la revolución socialista.

El socialismo es necesario porque, en un determinado nivel de su desarrollo, el modo de producción capitalista arrastra a la humanidad entera a la decadencia, a la barbarie. Todo se vuelve en su contrario, los medios de producción devienen fuerzas destructivas, la cultura se estanca, entra en regresión, deviene destrucción de las fuentes de la cultura. Toda la sociedad entra entonces en crisis. La intelectualidad entra en crisis. Los estudiantes, la universidad, entran en crisis, y por múltiples motivos: son, como jóvenes y como todos los jóvenes, más sensibles a la crisis de la sociedad; a la

¹⁰⁴ *Ibidem*, página 39.

¹⁰⁵ *Le mai des prolétaires*, Les Éditions Sociales, París, 1968, página 101.

mayor parte de los hijos e hijas de la clase dirigente, esta sociedad es incapaz de asegurarles un futuro material e intelectual; porque ya no pueden, como intelectuales, aportarle a esta sociedad nada, contribuir a su desarrollo; las necesidades, la generosidad, la aspiración de la juventud a consagrarse a grandes actividades, nobles y bellas, entran directamente en contradicción con la triste, cargante, asfixiante y descorazonadora realidad de esta sociedad. La gran mayoría de la juventud estudiantil ve rechazado todo futuro material y moral. Separar uno de otro es una gran estupidez. Los estudiantes tienen intereses que defender, su derecho al estudio, a la cultura (aunque sea burguesa, por otra parte ¿qué otra cultura puede existir hoy en día?), su derecho al futuro, su derecho a pensar, reflexionar y combatir políticamente, son inseparables. Estos son elementos que les da una base común, incluso si el estado de estudiante solo dura algunos años, que permiten, que exigen, que dispongan de organizaciones específicas (sindicatos, para defender sus intereses materiales y morales) y que se organicen políticamente a fin de combatir en su terreno, ordenando sus combates en relación con las luchas de clase del conjunto de la sociedad.

Pero existen crisis y crisis. En el curso de su larga historia, la burguesía ha visto muchas veces a sus intelectuales, a sus estudiantes, oponérsele, entablar luchas tumultuosas. Muy a menudo, se ha asustado. Mientras fue una clase progresiva, en último análisis, sus crisis, sus conflictos, formaban parte de su período de crecimiento gigantesco de las fuerzas productivas y eran un producto de este crecimiento, como escriben Daniel Ben Saïd y Henri Weber:

“La reforma universitaria, en particular, apareció como una urgencia de primer orden. Programas académicos caducos, pedagogía autoritaria, etc., todo estaba por revisar. Pero la tarea no iba a faltar de problemas. Por una parte, suponía grandes inversiones. Porque la burguesía, en el momento de pagar, ya no actúa en tanto que clase, porque en el momento de hacer cuentas cada burguesía se descarga sobre sus competidores, la burguesía discute y regatea con los gastos. Por otra parte, suponía un peligro político. La elevación de la cualificación, por tanto del nivel de estudios, puede darles a los trabajadores los medios para ver con mayor claridad en la organización de la producción y para distinguir el lugar que ocupan: la distinción entre los dirigentes (aquellos que tienen el poder de decisión) y los trabajadores aparece cada vez menos técnica, cada vez más social.

Por esos motivos financieros y políticos, la Reforma Fouchet es la expresión de una racionalidad bastarda. Improvisada pragmáticamente, aplicada mediante semimedidas, sus consecuencias no eran mejor percibidas por los estudiantes.”¹⁰⁶

La conclusión no ofrece dudas: los movimientos estudiantiles son necesarios para obligar a la burguesía a “no regatear con los gastos”, a concebir una “reforma de una racionalidad no bastarda, no pragmática y aplicar mediante medidas enteras”. Por más altura revolucionaria que tome, el movimiento estudiantil tendrá fines reformistas y no podrá tener otros fines. En cuanto a la “elevación de la cualificación, etc., etc.” y los peligros políticos que contendrá, la burguesía ha digerido muchos otros.

Por el contrario, la actual crisis de la universidad, como también de la intelectualidad, es una expresión particularizada del impasse de la sociedad burguesa toda entera, en esto es en lo que tiene una importancia fundamental. La crisis de la universidad manifiesta la revuelta de la juventud contra la burguesía. La juventud burguesa y pequeño burguesa se revela contra la burguesía. Entabla, y sólo puede

¹⁰⁶ Daniel Ben Saïd y Henri Weber, *Mai 68: une répétition générale*, página 16. [Existe versión castellana editada por Era, México, 1968; NdT]

entablar, el combate en su propio plano. Los militantes revolucionarios son parte interesada en esos combates. No aconsejan a los estudiantes ir a resolver sus problemas marchando a las fábricas a “construir el partido revolucionario”, como los invita Lutte Ouvrière. Quien es incapaz de combatir en su propio terreno es incapaz de combatir en otra parte. Ni Marx, ni Engels, ni Lenin, ni Trotsky, se metamorfosearon en metalúrgicos ni se hicieron contratar en Krupp, Putilov o Renault.

Los militantes revolucionarios se levantan contra los renegados a la IV Internacional que pomposamente denominan al movimiento estudiantil “substituto provisional del partido revolucionario”. Si los estudiantes son el “substituto”, aunque sea provisional, les toca, naturalmente, dirigir los combates de los trabajadores. A menos que la acción central se desarrolle precisamente entre los estudiantes, interviniendo las de los trabajadores solamente como apoyo. La caricatura de esta concepción ha tomado cuerpo entre los estudiantes de liceo, también encargados por los pablistas, por los espontaneístas, de organizar por medio de los CAL, “bases rojas” “autogestionadas” por los mismos estudiantes de liceo. Negando la “cultura burguesa”, luchando contra las “estructuras opresivas”, levantándose contra el cuerpo de profesores “que representan al estado burgués”, los estudiantes de liceo tenían que hacer de sus institutos “centros de contestación permanente”, “abrirlos a los trabajadores jóvenes y viejos”. De hecho, aislados de los profesores y de los padres, sin ningún medio real de defensa, devenían víctimas fáciles de la represión, era una de las contrapartidas izquierdistas del oportunismo profundo que se oculta tras la teoría de las “nuevas vanguardias”.

El movimiento estudiantil no es, ni puede ser, la “nueva vanguardia”, mucho menos el “substituto”, incluso “provisional”, del partido revolucionario. Por sí mismo está en un impasse total. Menos que nadie, los marxistas subestiman la importancia de los intelectuales de origen social burgués o pequeño burgués para la lucha de clases del proletariado y para la construcción del Partido de la Revolución Socialista. Pero es el ser el que de termina la conciencia. Marx y Engels explican claramente la quiebra de los neohegelianos, reducidos a la especulación intelectual, al movimiento de sus propias ideas desarrollándose sobre sí mismos, intelectuales portadores del “saber”, del “conocimiento”. Marx y Engels elaboraron el materialismo dialéctico como militantes del proletariado. La lucha de clases del proletariado, el cartismo, las insurrecciones obreras de 1831, la lucha de los tejedores de Silesia, condicionaron la elaboración del marxismo. Condición necesaria aunque no suficiente, pero condición primera. Las contradicciones mortales de la sociedad burguesa serán resueltas por la lucha de clases del proletariado. Partiendo de esta lucha de clases y participando en ella, Marx y Engels pudieron utilizar las adquisiciones anteriores del pensamiento burgués, los materiales que les suministraban, analizar el contenido, el movimiento y la forma de la lucha de clases del proletariado, poner al día sus orígenes y sus fines, y darles su expresión científica. Al contrario de lo que piensan ellos mismos, los pequeño burgueses en rebelión, la lucha de clases del proletariado nutre las luchas universitarias e incluso las de la juventud en general. Ver los movimientos estudiantiles que han tenido lugar durante los años 60 independientemente de todas las adquisiciones anteriores de las luchas de la clase obrera, de sus luchas actuales, es mistificar y no estar en medida de comprender esos mismos movimientos. Esos movimiento toman su punto de apoyo en las luchas de la clase obrera y, como partes de esas luchas, se les abren posibilidades, que de otra forma no tendrían (pero no las de sustituir, aunque sólo fuese provisionalmente, al partido revolucionario y menos a la clase obrera como clase).

Es necesaria mucha impudicia o ignorancia de pequeño burgués en rebelión para escribir:

“A pesar de su violencia, de su amplitud, o de sus consignas, estos

desbordamientos (del Mans, de Caen y de otras partes) no han dejado ni una mancha de aceite ni han actualizado las posibilidades que recelaban. Aparecían como excrescencias del movimiento obrero, como ocurrencias y no como ejemplos a seguir. Para que la energía latente se libere ha faltado que la clase obrera se vuelque en los estudiantes como en un espejo para entrever en él sus propias capacidades. Ha faltado que el 13 de mayo ejerciese el papel unificador que ningún desbordamiento parcial puede hacer.”¹⁰⁷

Los autores demuestran su incompreensión del proceso que ha puesto en movimiento a los estudiantes. Las luchas obreras, desde la vuelta de septiembre de 1967, anunciaban una maduración en el seno de la clase obrera. Se integraban en un proceso que cristalizó y se desarrolló a partir de la huelga de los mineros de marzo y abril del 63. Sin esas luchas obreras, puede ser que hubieran habido incluso luchas estudiantiles, en cualquier caso, no habría tenido esta amplitud y resonancia sobre la clase obrera. El 13 de mayo de 1968 tiene sus orígenes en todo este pasado de luchas recientes de la clase obrera, y no solamente en las luchas estudiantiles de principios de mayo de 1968. En cuanto a los desbordamientos de los aparato por la clase obrera, los estudios de esta gente, portadores del conocimiento, se pararon pronto: no han escuchado hablar de agosto del 53, del verano del 55, no han visto que la huelga de los mineros era un movimiento de “desbordamiento” en el que los trabajadores utilizaron los canales de sus organizaciones sindicales y así desbordaron la política de los aparatos, como lo hicieron el 13 de mayo para realizar la huelga general.

Si las luchas estudiantiles de mayo del 68 demuestran alguna cosa sería, más exactamente, lo inverso de las conclusiones que extraen Weber y Ben Saïd con toda una fauna de aprendices de intelectuales. No hay sustituto para la clase obrera, no hay sustituto, incluso provisional, para el partido revolucionario. Tras el primer aliento nutrido de las experiencias de la clase obrera, a pesar de las circunstancias relativamente favorables, todas las taras burguesas y pequeño burguesas del medio lo han arrastrado, falta de dirección revolucionaria: la Sorbona y Censier fueron transformadas en verdaderos barrizales, el movimiento estudiantil se disociaba, descomponía, se podría. Dio nacimiento al espontaneísmo, al izquierdismo, a la infección Mao-Spontex y a toda una variedad de tendencias y corrientes que expresaban hasta el límite la descomposición de la sociedad burguesa.

La responsabilidad no les incumbe a los estudiantes. Sólo pueden superar los límites que implica su medio social incorporándose políticamente a la clase obrera, a su movimiento histórico, movimiento que solamente puede expresar el partido revolucionario que hunde sus raíces en el interior de la clase obrera. Tal partido está por reconstruir, el medio estudiantil, en su masa, ha sufrido las consecuencias de la política estalinista y reformista que ha contenido y, a continuación, desagregado la huelga general. La responsabilidad de las organizaciones que dicen combatir por la construcción de este partido revolucionario continúa siendo, sin embargo, combatir en el medio estudiantil, como en otros lugares, contra las ilusiones pequeño burguesas y a favor de una política que se basa en la hegemonía del proletariado en la lucha de clases. En lugar de todo esto, los renegados a la IV Internacional han magnificado las taras pequeño burguesas del medio estudiantil. Se han persuadido que el medio estudiantil, deviniendo el sustituto de la clase obrera, el sustituto del partido revolucionario, ha devenido el dirigente de la “revolución de mayo” como dicen ellos. De hecho, se adaptaron al medio, “teorizando” sus ilusiones y haciendo de sus taras, virtudes, aunque preparados para jugar ese papel por toda la tradición mandelo-pablista.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, páginas 152-153.

La clase obrera tiene la hegemonía en la lucha de clases contra la burguesía, su estado y su gobierno, por su posición en la producción. Es la principal fuerza productiva. Pero una fuerza productiva de una suerte particular: viviente, actuante, combatiente, y que por ello posee los medios potenciales para liberar al conjunto de las fuerzas productivas de las relaciones de producción burguesa. Su desarrollo como fuerza productiva sólo puede cumplirse, en la etapa actual en particular, a través de la lucha de clases llevada hasta su final: la lucha por el poder, por la toma del poder. Nada es tan actual como estas líneas que escribían Marx y Engels:

“En el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, bajo las relaciones existentes, sólo pueden ser fuente de males, que no son ya tales fuerzas de producción, sino más bien fuerzas de destrucción (maquinaria y dinero); y, lo que se halla íntimamente relacionada con ello, surge una clase condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas, que se ve expulsada de la sociedad y obligada a colocarse en la más resuelta contraposición a todas las demás clases; una clase que forma la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de la que nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista, conciencia que, naturalmente, puede llegar a formarse también entre las otras clases, al contemplar la posición en que se halla colocada ésta.”¹⁰⁸

La sociedad no está compuesta, al margen de la clase obrera, por una masa reaccionaria única, sino por los miembros de otras clases sociales, miembros que sólo pueden adquirir una conciencia comunista en relación con la clase obrera, su movimiento y su combate.

Marx y Engels prosiguen:

“que, tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*, y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución podrá la clase *que derriba* salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.”¹⁰⁹

El proletariado ha llegado a un estadio en el que le es necesario hacer la revolución para protegerse como fuerza productiva. La revolución es la condición necesaria para la liberación de sus virtualidades. Le es preciso vencer su parcialización y devenir “capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”, es decir para desarrollarse como fuerza productiva. La vida cotidiana, en el marco del modo de producción capitalista, atomiza y parcializa a la clase obrera y tienden, en la fase imperialista, a destruirla como a cualquier otra fuerza productiva. ¿Qué decir de la actividad intelectual, que está separada, puesta en contradicción en lo esencial con el proceso de producción que se ha transformado en actividad parasitaria, vacía de contenido?

Únicamente la lucha revolucionaria del proletariado puede volver a integrar en la clase¹¹⁰ a los intelectuales, a los estudiantes, a condición que se integren en ella, que reconozcan la hegemonía del proletariado en la lucha de clases contra la burguesía, no solamente de palabra sino en los actos. No se trata de que vayan al pueblo, de que

¹⁰⁸ Carlos Marx y Federico Engels; *La Ideología Alemana*, coedición de Ediciones Pueblos Unidos y Ediciones Grijalbo, Montevideo y Barcelona, 1974, página 81.

¹⁰⁹ *Ibidem*, página 82.

¹¹⁰ [“reclasser”; reclasar sería el galicismo a usar. NdT]

abandonen su terreno de lucha, incluso de que renuncien a sus estudios, sino de combatir en nombre del proletariado. No harán de las universidades e institutos “bases rojas”. Esta teoría es la de la autoemancipación de los intelectuales, de los estudiantes... de los estudiantes de enseñanza media. Por otra parte, la clase obrera no transformará menos aun cada fábrica en una “base roja”. Pretender esto es pulverizar, destruir a la clase obrera como clase. La única “base roja” que la clase obrera establecerá será el estado obrero que constituirá cuando tome el poder.

La crisis de la sociedad burguesa tiene algo de dramático para los intelectuales y estudiantes; muchos de ellos se ven transformados en lumpen-intelectuales. Los renegados a la IV Internacional se hacen los ensalzadores de esta lumpenización. Le tocaba a Pierre Frank cantar el quiquiriquí de esta política lanzando, desde la tribuna de la Sorbona, las memorables palabras:

“Saludo al primer territorio socialista liberado”

La situación de los intelectuales y estudiantes de los países de Europa del Este, de la URSS y de China, es sensiblemente diferente. Mientras que intelectuales y estudiantes de los países capitalistas están ligados al modo de producción burgués, mientras que (en su mayoría) pertenecen a la burguesía y a la pequeña burguesía, aquellos están ligados a las relaciones de producción instituidas por la Revolución Rusa, extendidas a Europa del Este, y por la Revolución China. En su mayor parte tienen lazos con la clase obrera y el campesinado. Las relaciones sociales de producción, en lugar de ser obstáculos que se levantan ante el desarrollo de la cultura, exigen, por el contrario, que ésta se transforme y desarrolle. Las relaciones sociales de producción, a pesar de su gestión por las burocracias parasitarias, han exigido que por centenares y centenares de millares, jóvenes obreros, jóvenes campesinos, accedan a un amplio horizonte cultural. Si estas adquisiciones se cuestionan, el motivo es: la burocracia parasitaria.

Estudiantes e intelectuales, tienen una apremiante necesidad de gozar de las libertades necesarias para la vida cultural, para su transformación y enriquecimiento. Se han concedido emolumentos monumentales y dachas a los literatos, a los “artistas”, a los científicos serviles a la burocracia. Se hace sentir con más fuerza la contradicción entre las posibilidades creadoras que dan las relaciones sociales de producción y el yugo esterilizante de la burocracia. En Europa del Este, las grandes luchas del proletariado contra la burocracia, generalmente han sido precedidas por una intensa actividad de los intelectuales exigiendo más libertad en el arte, en la literatura y las ciencias; el círculo Petofi en Hungría a principios del año 1965, la revista *Pro-Prostu* en Polonia, el II Congreso de los Escritores Checoslovacos, han sido lugares en los que se han levantado estas reivindicaciones. La lucha por la libertad en el arte, en la literatura y las ciencias, deviene rápidamente crítica social y política, lucha por las libertades políticas, y ha abierto la vía al proletariado. Los intelectuales y estudiantes de Europa del Este y de la URSS tienen el privilegio, en relación con los de los países capitalistas, de estar a favor de sus aspiraciones, en correspondencia con las exigencias de las relaciones sociales. De entrada, su actividad ataca a la burocracia dirigente, corroe su poder político, se corresponde con las necesidades del proletariado, independientemente de lo que piense intelectualmente tal o tal otro de ellos.

Es suficiente con leer el Samizdat¹¹¹ soviético para convencerse de ello. La brutalidad de la represión burocrática contra los Daniel, Siniavsky, Guinsbourg, Litvinov, Iakir, Solzhenitsyn, Grigorenko, etc., lo prueba. Por supuesto que la intelectualidad está ligada a la burocracia, estudiantes e intelectuales se reclutan en gran número en los rangos de los hijos e hijas de la burocracia. Todos no son oro limpio.

¹¹¹ Leer “Samizdat: La voix de l’opposition communiste en URSS, *La Vérité*, n° 546.

Entre los intelectuales de la URSS y de los países de Europa del Este, numerosos son aquellos que están prestos a sostener a las fuerzas proburguesas que surgen de la misma burocracia.

Se puede establecer una comparación entre los estudiantes e intelectuales burgueses y pequeño burgueses en ruptura con su clase, y aquellos de la URSS y los países de Europa del Este en ruptura con las burocracias parasitarias. Una vez más, es limitada incluso superficial; estudiantes e intelectuales de Europa del Este, de la URSS y de China, cuando entran en conflicto con la burocracia parasitaria, expresan contra ella las necesidades de las nuevas relaciones sociales, mientras que los intelectuales y estudiantes burgueses en crisis manifiestan el impasse, la quiebra de las relaciones sociales burguesas.

Y sin embargo, en la URSS y en Europa del Este, la hegemonía pertenece al proletariado en la lucha contra la burocracia, por la revolución política, como le pertenece en la lucha contra la burguesía por la revolución social al proletariado en los países capitalistas. Así como lo explica Trotsky en *Literatura y revolución*, finalmente una nueva cultura, la cultura socialista, sólo podrá nacer cuando se le dé el nuevo y gigantesco aliento al desarrollo de las fuerzas productivas, que el proletariado comenzará a desaparecer como clase y con él cualquier otra clase social. O, para retomar las expresiones de Marx y Engels:

“Sólo los proletarios de la época actual, totalmente excluidos del ejercicio de su propia actividad, se hallan en condiciones de hacer valer su propia actividad, íntegra y no limitada, consistente en la apropiación de una totalidad de fuerzas productivas y en el consiguiente desarrollo de una totalidad de capacidades. Todas las anteriores apropiaciones revolucionarias habían tenido un carácter limitado; individuos cuya propia actividad se veía restringida por un instrumento de producción y un intercambio limitados, se apropiaban este instrumento limitado de producción y, con ello, no hacían, por tanto, más que limitarlo nuevamente. Su instrumento de producción pasaba a ser propiedad suya, pero ellos mismos se veían absorbidos por la división del trabajo y por su propio instrumento de producción”.¹¹²

La ilusiones de la huelga general y de la “primavera de los pueblos”

Pero la conciencia “espontánea” de la clase obrera no se corresponde automáticamente con la misión histórica del proletariado. Es una variable histórica no determinada en absoluto de una vez por todas, variable que depende de múltiples relaciones.

Mientras la política del PCF, del PS, de los aparatos, se adaptaba a la de De Gaulle, la resistencia de la clase obrera se afirmaba. Desviar las luchas, fraccionar a la clase, pulverizar sus acciones por medio de las huelgas alternas, era la táctica utilizada por los aparatos frente a las aspiraciones al combate de los trabajadores. La clase obrera tendía a su unidad de combate. La consigna de “todos juntos” respondía a sus necesidades. Pero el control de su centralización como clase, a causa de la implantación de los aparatos sindicales y partidos obreros, les daba a esos aparatos la posibilidad de bloquear la realización del “todos juntos”. La clase obrera, para movilizarse como clase, necesitaba un catalizador. Este papel fue jugado por las luchas estudiantiles. La manifestación del 13 de mayo soldó las filas de la clase obrera y le dio a la lucha, de

¹¹² Carlos Marx y Federico Engels; *La Ideología Alemana*, coedición de Ediciones Pueblos Unidos y Ediciones Grijalbo, Montevideo y Barcelona, 1974, página 79.

entrada, un carácter político. La intervención de los militantes de la OCI, de Révoltes, de la FER, estaba enfocada deliberadamente en el sentido de la movilización de la clase obrera como clase. Desde hacía varios años, intervenían en el interior de la clase obrera sobre la línea del combate unificado, pero sin condicionar la entrada en lucha de una corporación al “todos juntos”; su orientación era realizar en todas partes las condiciones políticas del combate y entablarlo, desde el momento en que aquellas condiciones existían en una corporación o un sector determinado. La orientación de lucha a favor de conferencias obreras y democráticas expresaba esta política: concretaba la acción política a favor del Frente Único de las organizaciones obreras, bajo el control democrático de los trabajadores. Para suministrar un ejemplo será suficiente con citar a *Informations Ouvrières* de los primeros días de mayo:

“Cuando se considera la situación actual, es importante constatar el cuidado que ponen la patronal y el gobierno en evitar un enfrentamiento directo con algunas corporaciones clave en una lucha real: huelga hasta la satisfacción de las reivindicaciones con manifestaciones ante los ministerios responsables. Saben que tales movimientos, en la SNCF, la EDF y la RATP, en los carteros, los mineros y los metalúrgicos, serían los catalizadores de la voluntad de toda la clase obrera de responder a la ofensiva gubernamental.

El poder recuerda que, en 1963, de la huelga de los mineros pudo surgir una huelga general que le hizo retroceder dando por nula y no emitida su orden de militarización, haciendo concesiones para evitarlo. Actualmente, no tiene ganas de volver a hacer la experiencia, mucho más teniendo en cuenta que la clase obrera, en su conjunto, busca la apertura que le permitiría movilizarse contra el paro, la descualificación, la destrucción de la Seguridad Social, las ordenanzas.”

El mismo artículo informaba de la intervención del camarada Pautreau en el congreso del sindicato CGT de la red férrea de la RATP:

“Lo que nosotros queremos, frente a estas medidas [racionalización] es la preparación de una huelga verdadera de todos los trabajadores de la RATP, una huelga hasta la satisfacción de nuestras reivindicaciones, que haga retroceder al poder. Queremos un movimiento como el que hubo en 1947, en marzo de 1951, en agosto de 1953. Es esta preparación la que hay que plantear desde ahora. ¿Qué hay que hacer para preparar el movimiento?

Hay que prepararlo mediante una amplia conferencia democrática de todos los trabajadores de la Régie, preparada ésta mediante la realización de asambleas generales sobre la base de líneas, finales de línea y depósitos, talleres y oficinas, que todos los trabajadores puedan discutir sus reivindicaciones y decidir los medios para lograrlas.”

Nadie podía prever cómo se entablaría la lucha concretamente, pero la movilización estudiantil no sorprendió a los militantes de la OCI, Révoltes y FER. La preparaban concientemente como una componente de la movilización de la clase obrera y de la juventud contra el poder. Estuvieron en la iniciativa de la manifestación del 9 de noviembre de 1967 que abrió el curso de la movilización estudiantil, sin saber, ciertamente, que el 3 de mayo, espontáneamente, millares de estudiantes se manifestarían al grito de “libertad a nuestros camaradas”, igual que tampoco los militantes que intervenían en las corporaciones y las fábricas sabían que el 13 de mayo se desarrollaría la manifestación grandiosa, punto de partida de la huelga general. Pero unos y otros intervenían sobre una línea política de conjunto, según un análisis político general, siendo la intervención en el seno de la clase obrera y entre los estudiantes perfectamente coherente y complementaria. Los estudiantes podían combatir con audacia y sin esperar, aunque sobre una orientación que tendía a la movilización de la

clase obrera y según una táctica apropiada y organizando sus combates como deben ser organizados los combates de clase del proletariado, porque la clase obrera estaba presta a cristalizarse y entablar el combate como clase en cuanto se le ofreciese una oportunidad.

Esta orientación se concretaba en las manifestaciones masivas de los estudiantes, los llamamientos de los estudiantes y de su organización sindical, la UNEF, a los trabajadores y centrales sindicales en vistas a combatir contra el gobierno; la consigna “500.000 trabajadores al Barrio Latino”; la lucha por el movimiento, se organizó y se estructuró por la formación de comités de huelga y de un comité central de huelga.

El 14, al día siguiente del 13 de mayo de 1968, en Sud-Avitation Boyugonnais, bajo el impulso de los militantes de la OCI y de los que se habían reagrupado alrededor de *Informations Ouvrières*, comenzaba la huelga con ocupación de fábricas, hacia la huelga general. Los militantes de la OCI, aquellos reagrupados alrededor de *Informations Ouvrières* y *Révoltes*, llamaban a parar inmediatamente, sin esperar más, en todas las corporaciones en que militaban.

La OCI, *Informations Ouvrières*, *Révoltes*, al intervenir constantemente desde hace años, han “nutrido” sin lugar a dudas la espontaneidad de las masas. Por mil canales, sus intervenciones se difundieron en el seno de la clase obrera, entre los estudiantes. Sería erróneo políticamente, sin embargo, imaginar que mayo-junio 68 fue el resultado únicamente de su intervención. La huelga general de mayo-junio 68 fue el producto de la experiencia propia de la clase obrera, en la cual se incluyen las intervenciones de los militantes de la OCI, *Révoltes* y la FER, el resultante de una “espontaneidad” determinada de la clase obrera.

Después de años de huelgas alternas, de movimientos limitados y parcializados, la clase obrera creía que la huelga general sería suficiente por sí misma, que sería suficiente para vencer al gobierno, para obligar a la patronal a satisfacer las reivindicaciones.

Una vez abierta la vía, la clase obrera se precipitó como un mar de fondo hacia la huelga general. Después de haberse esforzado en limitar el movimiento, el aparato de la CGT y del PCF comprendió rápidamente que en este juego serían quebrados. Dejaron extenderse la oleada, encabezándola de vez en cuando a fin de controlarla. Trabajaron a fondo con sus ilusiones, reduciendo la mayor parte del tiempo la ocupación de fábricas a una ocupación simbólica, compuesta principalmente por sus militantes. Evitaron que se constituyesen comités de huelga, cuando les fue posible, y, sobretodo, dejaron la huelga general sin organizar, realizando los aparatos sindicales la única centralización del movimiento y, de esta forma, controlándolo. Así, la huelga era general porque el conjunto de los trabajadores estaban en huelga y se habían puesto en huelga, precisamente, porque la huelga de todos juntos devenía posible. Pero continuaba estando parcializada, siendo una suma de huelgas corporativas (a pesar de las reivindicaciones comunes a todos y el denominador político común de la lucha contra el gobierno que había ofrecido la manifestación del 13 de mayo), pues la clase obrera no estaba organizada y centralizada, como clase, únicamente por los organismos que podían realizar la centralización: la federación de comités de huelga en todos los escalones, local, regional y nacionalmente hasta el comité central nacional de la huelga general.

Con otras palabras, no se había dirigido la fuerza centralizada de la clase obrera frente al aparato de estado burgués, frente al gobierno. La lucha por la destrucción del estado burgués exige la construcción, aunque sólo sea en su primer estadio, del aparato de estado de la clase obrera.

Contra el gobierno de la burguesía, el proletariado tenía necesidad de oponer su

propia representación de la que pudiese surgir su propio gobierno. Las manifestaciones era importantes, en tanto que reunían a la clase obrera y eran susceptibles de agruparla entorno a consignas y objetivos políticos. Después especialmente de que los trabajadores de Renault rechazasen los “acuerdos de Grenelle”, si la manifestación del 29 de mayo hubiese estado organizada de forma unitaria por las centrales sindicales y los partidos obreros, hubiese planteado la cuestión del poder en términos netos. Seguía en pie que, ante la falta de la federación de los comités de huelga, del comité nacional de la huelga general, la clase obrera estaba desprovista de su organización como clase y de los instrumentos de lucha por un gobierno que la representase.

Ciertamente, si la maduración política del conjunto de la clase obrera hubiese sido más grande, su “espontaneidad” hubiese llegado a un nivel más alto, hubiese constituido de entrada sus comités de huelga y los hubiese federado a todos los niveles hasta llegar a la formación del CCN de la huelga general. Pero ¿no era la tarea elemental de toda organización revolucionaria, con más razón si se reclamaba del trotskismo, de la IV Internacional, formular una orientación que abriese la vía de la lucha por el poder definiendo y luchando concretamente por la organización y centralización de la clase como clase, en la forma correspondiente al movimiento de la huelga general?

A su manera, los renegados a la IV Internacional han cultivado las ilusiones de la clase obrera, así como todas las otras corrientes y los mismos estalinistas. Algunos años antes de la huelga general, el ilustre de Pierre Frank abroncaba severamente a los militantes organizados alrededor de la revista *La Vérité*:

“Es necesario encontrar un denominador común a las diferentes categorías para unificar el combate de clase. Respecto a esto, es preciso no engañarse a uno mismo con fórmulas como “todos juntos” y “la huelga general” que no resuelven el problema y lo simplifican groseramente. Todos juntos pero ¿alrededor de qué y cómo? ¿La huelga general? Pero, si no se trata de una demostración limitada en el tiempo, la huelga general supone una situación prerrevolucionaria y enfrentamientos a niveles elevados con el poder. No se contribuye a hacer madurar la situación empleando fórmulas vacías.”¹¹³

Escribía estas líneas a alguna semanas del 11 de diciembre de 1964, fecha en la que tuvo lugar una huelga general de 24 horas cuyo éxito fue asegurado pues, lanzada en común por todas las centrales, marcaba a los ojos de los trabajadores un paso hacia la huelga general. Al día siguiente, a fin de destruir los avances de la huelga general del 11 de diciembre, los aparatos rompían la unidad realizada durante un momento. El de la CGT lanzaba la consigna de huelga de 48 horas fraccionadas en dos partes: el primer día, una primera parte de las corporaciones tenía que hacer huelga de 24 horas; al día siguiente, las otras corporaciones tenían que hacer huelga de 24 horas. Frank intervenía en refuerzo de la política de los aparatos. El “todos juntos”, la “huelga general” traducían la necesidad de los trabajadores de combatir como clase. Frank prohibía la utilización de estas fórmulas pues “la huelga general supone una situación prerrevolucionaria”. Vestido con un slip y con sombrero de paja en invierno, Frank viste un sobretodo en verano. Primero hace falta una situación prerrevolucionaria y, después, se puede hacer la huelga general. No le viene a la cabeza que, en la medida en que la clase obrera aspira a la huelga general, es la huelga general la que crea la situación prerrevolucionaria, si no revolucionaria.

Así, cuando la perspectiva de la huelga general es una perspectiva justa, que se corresponde con un determinado nivel de conciencia política adquirido “espontáneamente” por la clase obrera, él lucha en contra. Es muy normal que una vez

¹¹³ *L'Internationale*, février 1965, número 30.

la huelga general realizada, Frank cultive las ilusiones que la clase obrera tiene en la todopoderosa huelga general suficiente por sí misma. Weber y Ben Saïd confiesan casi ingenuamente su desarme político y su espera “espontaneísta”:

“En el movimiento estudiantil, [los grupúsculos] han jugado un papel decisivo en los primeros días de mayo. Animando los anfiteatros, suministrando la punta de lanza de las manifestaciones, comprendiendo la necesidad de enviar destacamentos a los barrios, a las fábricas, en lugar de incrustarse en las facultades, su preparación era suficiente para jugar el papel de vanguardia en esta escala. Pero cuando el centro de gravedad de las luchas se desplazó de las facultades a las fábricas, cuando millones de huelguistas entraban en el movimiento, comprendieron que ya no eran suficientes cuantitativa y cualitativamente; cada grupo fue sumergido por una tarea sin igual media con sus propias fuerzas. Los comités de acción que jugaban numerosos papeles podían, en cierta medida, relevar a los “grupúsculos” unificándolos en la base y la acción. Embriones de doble poder al nivel de empresa o barrio, también eran el lazo que reagrupaba a militantes de vanguardia de diversas orientaciones. Diferenciados socialmente, permitían acceder a capas profesionales de empleados, obreros hasta entonces aislados de los estudiantes por las direcciones sindicales. Podían permitir una irrigación política más completa, una mezcla de militantes, una mejor comprensión recíproca entre diversas categorías sociales...

... En las fábricas, en los barrios, la ausencia de vanguardia fue en parte compensada por el alto nivel “cultural” medio del movimiento... [Pero] los comités de huelga o de acción desamparados esperaban una iniciativa que no podía venir de nadie. Algunos, desmoralizados por el aislamiento, dudando de su fuerza, abandonaban, otros, valerosamente pero caótica y artesanalmente, buscaban armas para organizar su autodefensa. Autodefensa sin cohesión, sin capacidad de replica, sin vida en conjunto, reducida a la defensiva en sentido estricto, al fracaso por sucesivos aplastamientos de cada grupo paralizado, atado desesperadamente a su facultad, a su barrio, a su fábrica, sin poder superar el horizonte.”¹¹⁴

Más adelante se plantea el problema del doble poder. Pero su creación se sitúa fuera de la realidad de la huelga general, se deja a la espontaneidad y en vistas de tareas totalmente exteriores a las exigencias del combate:

“Para liberar el contenido de clase de esos comités, era necesario atribuirles un papel diferente al de la simple ocupación física de lugares. Era preciso orientarlos hacia la perspectiva del control obrero sobre la producción.”

Con la excusa del “control obrero”, se trataba del planteamiento de la CFDT sobre el que insistía el texto que ésta publicó el 16 de mayo:

“Por su acción, los estudiantes no han querido solamente preocuparse de consideraciones materiales o de su futuro, sino cuestionar de forma fundamental las estructuras esclerotizantes, ahogantes, y de clase de una sociedad en la que no pueden ejercer sus responsabilidades.

La lucha de los estudiantes por la democratización de las universidades es de la misma naturaleza que la de los trabajadores por la democracia en las empresas. Las coacciones y estructuras insoportables contra las que los estudiantes se rebelan existen paralelamente, y a menudo de una forma aún más intolerable, en las fábricas, astilleros y tajos, servicios de administración. A la libertad en las universidades le debe corresponder la misma libertad en las

¹¹⁴ Daniel Ben Saïd y Henri Weber, *Mai 68: une répétition générale*, páginas 175-176.

empresas, en ello se une el combate estudiantil al llevado adelante por los trabajadores desde el nacimiento del sindicalismo obrero.

La monarquía industrial y administrativa hay que sustituirla por estructuras democráticas en base a la autogestión.

En buena compañía, los pablistas hacen su famosa trilogía: “poder estudiantil”, “poder obrero”, “poder campesino”. Le añaden la cuarta dimensión, “el poder está en la calle”. Las consignas adquieren su valor en función del tiempo, lugar y circunstancias.

Para ordenar la lucha, incluyendo coyunturalmente el funcionamiento de tal servicio o tal empresa, bajo la responsabilidad de la huelga general orgánicamente constituida, centralizada, el problema era constituir la federación de los comités de huelgas hasta el CCN de la huelga general. El control obrero es, de entrada, el control de los trabajadores sobre su propio movimiento. En la huelga general y a partir de ella, de lo que se trata es de vencer al gobierno y al estado burgués. El control obrero puede y debe ser reintegrado en función de esta batalla. De otra forma, la puesta en marcha individualizada, incluso pretendidamente bajo control obrero, de tal o tal otro servicio, de tal o tal otra empresa, repercute en dislocar la huelga. El poder no está ni en la universidad, ni en la fábrica ni en el campo. Menos en la calle. El poder está centralizado, es el estado burgués impulsado por el gobierno. A éste es a quien hay que vencer y todo lo demás debe estar subordinado a este objetivo.

Únicamente la OCI combatió sobre la orientación de la federación de los comités de huelga en todos los escalones, por la formación del comité central de la huelga general, es decir, en el marco de la huelga general, por la organización del proletariado en clase, condición de la lucha victoriosa contra el gobierno y el estado burgués, embrión del estado obrero. De esta organización de la clase obrera en huelga general podía surgir la forma concreta del gobierno, expresión de los trabajadores. Todas las otras corrientes y tendencias se inspiraron en la “espontaneidad”, la alimentaron, cuando no participaron, a su manera y bajo frases en apariencia radicales, en la dislocación de la huelga general. Después, Ben Saïd y Weber hablan de un “contrapoder popular”, noción muy ambigua por otra parte. ¿Qué es un “contrapoder” y además “popular”? La intervención política, con la huelga general entablada, debía ser ordenada sobre la lucha por la constitución del comité central de la huelga general. Nos lo dicen ellos mismos: estaban políticamente desarmados:

“Cuando el centro de gravedad de las luchas se desplazó de las facultades a las fábricas, cuando millones de huelguistas entraban en el movimiento, comprendieron que ya no eran suficientes cuantitativa y cualitativamente; cada grupo estaba sumergido por una tarea sin igual medida con sus propias fuerzas”.

En verdad, completamente desarbolados políticamente, adoptaban tal o tal otra consigna según soplabla el viento. Pero, so pretexto de las “estructuras represivas” de la burocracia sindical, que se habrían apoderado del movimiento, se posicionaron ferozmente contra la lucha por la centralización de la huelga general: el CCN de la huelga general. Con lo cual rindieron enormes servicios a los aparatos burocráticos que, en ausencia de organismos responsables de la huelga general, de su centralización, del CCN de la huelga general, diluían y fraccionaban en mil movimientos la huelga general y disponían de las mejores bazas para aislar al movimiento estudiantil. No es dudoso que, obligados a aceptar la formación de comités de huelga, su federación hasta el CCN de la huelga general, los aparatos burocráticos se hubiesen esforzado en controlarlos. Entonces, ¿para qué? ¡No querían cuestionar el poder! Sí, pero, por ello mismo, la huelga cambiaba de velocidad. Se basaba en un solo movimiento. Las relaciones políticas entre los aparatos y las masas se modificaban. Los aparatos se vieron obligados a ir mucho más lejos, y como mínimo sus responsabilidades habrían aparecido mucho

más claramente. Mientras, pudieron dislocar la huelga general en sus diferentes fracciones, no soldadas unas a otras, sin que la clase obrera aturdida, víctima de sus ilusiones, no pudiese hacer nada. Según sus medios y sus métodos, los pablistas, los izquierdistas y todas las corrientes más o menos espontaneístas participaron en este juego de manos.

Mientras el partido revolucionario no tenga la dirección de la clase obrera, ciertamente que los aparatos retomarán el control de todos los movimientos de clase, por potentes y profundos que sean, aunque sea la guerra civil. Pero el partido revolucionario indispensable para la victoria final del proletariado se forma, enraíza y desarrolla, enriqueciendo constantemente la experiencia política de la clase obrera, elevando su nivel de conciencia política, llevando sus experiencias lo más lejos posible, luchando por una política que se corresponda con las necesidades de la clase.

Todo movimiento grandioso de clases tiene sus principios, vehicula obligatoriamente sus ilusiones. La “primavera de los pueblos” en Checoslovaquia no podía ser una excepción a la regla, menos que la huelga general francesa de mayo-junio del 68. Simplemente, tuvieron otra apariencia: la del “socialismo con rostro humano” o aun la de la “vía checoslovaca hacia el socialismo”. Mal definidos por otra parte, este “socialismo de rostro humano” y esta “vía checoslovaca hacia el socialismo”, trataban más bien de reformar el aparato, de “democratizar” el régimen, de respetar o volver, en el marco de las relaciones sociales, a la tradición democrática checoslovaca. La revolución política que comenzaba no fue entendida como tal ni su profundidad histórica captada. Como en Francia, las masas entraron en la acción en cuanto se presentó una oportunidad. Las contradicciones y fracturas de la burocracia, producidas por las contradicciones de clase, les abrieron una vía en la que se precipitaron pero aceptando la bandera del ala “progresiva” de la burocracia, dejando el poder bajo la máscara del “socialismo con rostro humano”. La relación entre las reacciones de la clase obrera francesa, con sus ilusiones sobre la huelga general suficiente por sí misma, y el proletariado checoslovaco, aceptando la ilusión del “socialismo con rostro humano”, es más directa de lo que parece a primera vista: es la de la organización del proletariado como clase, de sus órganos de clase, de su neutralización, de su federación, de la cuestión del poder, de la “espontaneidad” históricamente adquirida y, finalmente, del partido y su función política. En apariencia, hay una diferencia profunda: en Francia, la huelga general se desató contra la política de los aparatos y puso en primer plano la acción de la clase obrera como clase, y después la clase obrera en huelga dejó que los aparatos actuaran y controlasen su huelga, hasta que lograron dislocarla y liquidarla; en Checoslovaquia, la lucha se desarrolló en primer lugar en la cúspide y en el interior del aparato, las masas después apuntaron en movimiento y la intervención militar de la burocracia del Kremlin precipitó hacia delante a la clase obrera que fue el arma de la resistencia del pueblo checoslovaco. Evidentemente, la situación no es exactamente la misma: en Francia la burocracia es la correa de transmisión, en el interior de la clase obrera, de la política de la burguesía en el poder; en Checoslovaquia, la misma burocracia es el poder. Sin embargo, en los dos casos, el problema central es el de la hegemonía en la lucha de clases del proletariado, de su centralización como clase, de los medios de expresión de esta hegemonía, de la relación entre las antiguas formas que la constituían como clase y las nuevas formas que necesita, es la relación entre su pasado y su futuro. Y por ello mismo el de la estrategia y táctica del partido revolucionario en construcción.

Ahora bien, como concluye Janus-Germain-Mandel en la parte titulada “El ascenso de la Revolución política en los estados obreros burocráticamente deformados o degenerados a la luz del ejemplo checoslovaco” de su informe al congreso de los

renegados a la IV Internacional:

“En cada una de las tendencias del movimiento comunista internacional que se manifiestan hoy en día en el plano internacional, se combinan reformas progresistas en determinados planos con regresiones manifiestas en otros. Los titista predicar progresos en el plano de la autogestión obrera y de la democratización política, combinados con una regresión hacia la desigualdad social cada vez más pronunciada y una política internacional cada vez más derechista. Los maoístas predicar un progreso en el plano del igualitarismo social y de la orientación internacional revolucionaria combinado con regresiones manifiestas en el plano de la democracia obrera y un rechazo a plantear el problema de la autogestión obrera. Los fidelistas comparten con nosotros muchas concepciones en el dominio de la lucha contra la desigualdad social y por un curso hacia la revolución mundial; pueden acercarse a nuestro punto de vista en materia de autogestión obrera democráticamente centralizada, pero no comprenden el problema de la democracia socialista. Únicamente nuestro movimiento presenta al respecto una posición coherente que responde al conjunto de los problemas fundamentales planteados por la necesidad de reconstruir las sociedades salidas del derrocamiento del capitalismo sobre la base del ejercicio del poder por las mismas masas trabajadoras.”¹¹⁵

Por tanto, hay un “movimiento comunista internacional”, suma de las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias en la cual los renegados a la IV Internacional se integran (lo afirman ellos mismos). Cada burocracia da pruebas de una o de algunas cualidades excepcionales y nosotros, renegados a la IV Internacional, poseemos la suma de las cualidades de las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias. Nuestra política sintetiza lo que debería ser la perfecta política de una burocracia perfecta.

De la misma forma que durante la huelga general en Francia los pablistas nutrían las ilusiones espontaneístas de las masas, en la medida en que estaba en sus manos, también alimentaban ilusiones sobre la autorreforma de las burocracias contrarrevolucionarias. Tras el eclecticismo enumerativo de las cualidades y defectos de cada burocracia se oculta, como en Francia, la ilusión reformista que procede del análisis fundamental del período histórico y de las “soluciones” a aportar en cada “caso”.

Esta suma está radicalmente en oposición a la concepción marxista de la clase obrera como fuerza motriz de la historia que lucha contra sus propias ilusiones (reflexión en sus filas de la presión de la burguesía), por su unidad de clase, en cada país y a escala mundial y, fatalmente, se levanta contra la construcción de los partidos revolucionarios en cada país y de la internacional. Se puede decir que la unidad de esta concepción reside en la búsqueda constante de un sustituto para la clase del proletariado, en la búsqueda de atajos a la solución de la crisis de la humanidad. Se solapa, por una parte, con las estafas de la CFDT y del PSU sobre la “autogestión”, los poderes, y, por otra parte, con las políticas de las burocracias parasitarias que intentan mantenerse en el poder.

Unidad de clase del proletariado, aparatos burocráticos y pablistas

Todas las tendencias y organizaciones pequeño burguesas, el PSU, la CFDT y las corrientes izquierdistas, se levantan, tanto como los aparatos sindicales, los partidos reformistas y estalinistas, contra la unidad de clase del proletariado: contra el frente único de clase. Es una actitud política que se corresponde con la negativa a aceptar la

¹¹⁵ Idem, página 49. [¿*Quatrième Internationale*, nº 38, juillet 1969? NdT]

independencia de clase y la hegemonía del proletariado en la lucha de clases. La unidad del frente es una necesidad natural del proletariado desde el momento en que se enfrenta con la burguesía. Cuanto más se agravan los antagonismos de clases, más tropieza el proletariado con la sociedad burguesa, con su estado, con su gobierno por la simple defensa de sus intereses elementales, más apremiante se hace la necesidad de la “unidad” hasta devenir un reflejo elemental. La Internacional Comunista se vio apremiada con esta cuestión de la unidad de la clase como clase, con la necesidad de la “unidad”, cuando empezaba a elaborar los elementos de un programa de transición. Los tercero y cuarto congresos de la IC estuvieron consagrados en gran parte a la discusión sobre el frente único.

Las “Tesis sobre la unidad del frente proletario” del IV Congreso constataban:

“Pero, llevados por una creciente confianza en los elementos más irreductibles, más combativos de su clase, en los comunistas, los trabajadores ofrecen mayores pruebas que nunca de un irresistible deseo de unidad. Integrados ahora a una vida más activa, los sectores con menos experiencia de la clase obrera sueñan con la fusión de todos los partidos obreros.”¹¹⁶

Y respondían:

“Tras de asegurarse una total libertad de propaganda, los partidos comunistas en todos los países se esfuerzan actualmente en realizar una unidad tan completa como sea posible de las masas obreras en el terreno de la acción práctica.

[...]

Considerando lo ya dicho el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista estima que la consigna del Tercer Congreso de la Internacional Comunista: ¡Hacia las masas! Así como los intereses generales del movimiento comunista exigen que la Internacional Comunista y sus secciones apoyen la consigna de la unidad del frente proletario y encarnen su realización. La táctica de los partidos comunistas se inspirará en las condiciones particulares de cada país”¹¹⁷

La Internacional Comunista iba muy lejos en la aplicación de la consigna del “frente proletario”. La “Resolución sobre la táctica de la IC” de este mismo IV Congreso declaraba:

“Bajo determinadas circunstancias, los comunistas deben declararse dispuestos a formar un gobierno con partidos y organizaciones obreras no comunistas. Pero sólo pueden hacerlo si cuentan con las suficientes garantías de que esos gobiernos obreros llevarán a cabo realmente la lucha contra la burguesía en el sentido indicado hace un momento.”¹¹⁸

La política de la unidad el frente proletario, del frente único obrero, del frente único de clase, recibió su más clara expresión en la formulación de la lucha: clase contra clase. Sus orígenes remontan al *Manifiesto Comunista* que señalaba:

“Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara

¹¹⁶ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, volumen 2, Edicions Internacionals Sedov, página 154; <http://grupgerminal.org/?q=node/195>.

¹¹⁷ *Ibidem*, páginas 155 y 156.

¹¹⁸ *Ibidem*, página 150.

visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.”¹¹⁹

En el momento en que toda lucha de envergadura plantea el problema del poder, ¿cómo no sentiría imperiosamente la clase obrera, que necesita movilizar y organizar todas sus fuerzas para esta lucha, la necesidad del frente único obrero? Por supuesto, una misma consigna puede ocultar políticas radicalmente diferentes. La Internacional Comunista no lo ignoraba cuando escribía:

“Cuando comenzó la protesta organizada y consciente de los trabajadores contra la traición de los líderes de la II Internacional, estos disponían del conjunto del mecanismo de las organizaciones obreras. Invocaron la unidad y la disciplina obrera para intimidar despiadadamente a los revolucionarios contestatarios y quebrar todas las resistencias que les hubiesen impedido poner al servicio de los imperialistas nacionales la totalidad de las fuerzas proletarias. La izquierda revolucionaria se vio así forzada a conquistar a cualquier precio su libertad de propaganda, a fin de dar a conocer a las masas obreras la traición infame que habían cometido (y que continúan cometiendo) los partidos y sindicatos creados por las propias masas.”¹²⁰

Palabra a palabra, estas líneas se aplican siempre a la socialdemocracia pero también a la política del PC, instrumento de la burocracia del Kremlin. El rechazo a constituir el comité central de la huelga general, a plantear la cuestión del poder y luchar por el poder, traduce la subordinación de la burguesía. Y como siempre, esta política era “justificada” en nombre de la unidad obrera:

“La huelga de los trabajadores era esencialmente reivindicativa. Es incontestable que una parte de la clase obrera quería sobretodo, esperaba, abrir la vía a la democracia [¿?], que reclamó con entusiasmo, “un gobierno popular”, resumen demasiado rápido de una consigna mejor sopesada, más efectiva. Es cierto que, en una batalla abiertamente política, habría prodigado sus inagotables tesoros de abnegación, coraje y espíritu de iniciativa. Pero los habría dilapidado...”

... La huelga, preciosamente mantenida intacta gracias a la táctica de la CGT, no carecía de fallos. Por parte de los más combativos, de aquellos que el poder tratará de vencer, pero en vano, a mediados de junio, junto a ellos está la masa inmensa de los asalariados que apoyaban las reivindicaciones y ni soñaban en superarlas [...] Junto a los más ardientes y tenaces estaban los que se fatigaban, aquellos a quienes la resistencia patronal impresionó y los que las dificultades les golpeaban más seguramente también. La existencia... de estas diversas corrientes y la relación de importancia entre ellas llevaba a adelantar lo que las unía, las reivindicaciones inmediatas, y a finalizar en un éxito un movimiento que sólo podía ir más adelante violentándolo, arrastrándolo a la fuerza hacia objetivos que no eran los suyos, es decir perderlo”.¹²¹

En unas pocas líneas Salini formula una política reaccionaria en nombre de la “unidad”. El mecanismo es simple: la “vanguardia” se opone a las masas, las “diversas corrientes” unas con otras. Salini hace retroceder a la “vanguardia” a las posiciones de aquellos que el “supone” más “atrasados”. Juega con un sentimiento profundo: los militantes saben por una experiencia costosamente adquirida que derrocar el poder burgués exige la participación activa del conjunto de la clase obrera. Pero Salini miente

¹¹⁹ Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*, en *Obras escogidas* en dos tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, páginas 31 y 32.

¹²⁰ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, volumen 2, Edicions Internacionals Sedov, página 155; <http://grupgerminal.org/?q=node/195>.

¹²¹ *Mai des prolétaires*, Éditions Sociales, París, 1968, páginas 111-112.

impúdicamente. Una primera vez cuando explica que la huelga era “esencialmente reivindicativa”. El punto de partida de la huelga fue la manifestación política del 13 de mayo. Una segunda vez vuelve a mentir a propósito de las reivindicaciones. El apego a las reivindicaciones estaba ligado indisolublemente al carácter político de la huelga general. Las reivindicaciones no podían ser satisfechas más que por la lucha por un gobierno que representase a los trabajadores y atacase al conjunto de la economía capitalista. Una tercera vez: liquidar el movimiento exigía que las direcciones sindicales parcializasen las reivindicaciones y renunciasen a las reivindicaciones fundamentales (ningún salario inferior a 1000 francos por mes; derogación de las ordenanzas; 40 horas inmediatas, etc.) que alimentaban la huelga general.

Por fin, y la cuarta mentira, a propósito de las relaciones vanguardia-masas. La organización, la centralización de la huelga por la formación de comités de huelga, su federación a todos los niveles hasta el comité central nacional de la huelga general, porque fusionaban a la clase en un cuerpo único, la estructuraban orgánicamente, permitía a la vanguardia jugar plenamente su papel político, alimentar y arrastrar políticamente a la clase, elevar a las capas retrasadas a la comprensión y realización de las tareas políticas más elevadas.

La iniciativa de masas llegaba a su punto más elevado. La “espontaneidad” se ejercía y nutrió verdaderas relaciones entre la vanguardia y las masas, y la misma vanguardia resultaba reforzada cuantitativa y cualitativamente, pues sólo puede desarrollarse políticamente en las relaciones con la clase toda entera.

En cuanto a la pequeña burguesía de las ciudades y los campos sólo podía ser ganada al movimiento en tanto que ésta diese prueba de claridad y eficacia política contra el poder burgués; y la desagregación del poder burgués, incluyendo su ejército y sus cuerpos represivos, también dependía de la claridad, eficacia y dinamismo político de la clase obrera.

A Salini se le va la lengua:

“La demanda de elecciones generales, sobretodo, demostraba la voluntad del Partido Comunista de combatir toda aventura, de mantenerse sobre la vía democrática. Esta demanda contribuía a reforzar la autoridad del PCF más allá de la clase obrera, dándole al movimiento de mayo al mismo tiempo el medio para encontrar su conclusión política”.

El marco y la legalidad de la V República, formas inmediatas de la dominación de clase de la burguesía, son, para el caso, la “vía democrática”. Salini se pavonea: el PCF suministró a De Gaulle el método que utilizó a fin de desactivar políticamente la huelga general: la disolución de la Asamblea Nacional, las elecciones legislativas. La oleada crecía, sumergiendo todos los obstáculos, rompiendo todos los marcos tradicionales, capaz de imponer una nueva legalidad, una nueva democracia, la democracia proletaria, la legalidad de los trabajadores, tenía que volver a su cauce pues habían elecciones. Las elecciones legislativas eran un arma contra la huelga general: el torrente obrero volvió al cauce de la “vía democrática”, de la “normal” de las relaciones políticas que convienen a la burguesía.

Si se analiza el contenido del método de la política del PCF, más allá de las palabras, se ve muy pronto que consiste en dividir y fraccionar a la clase obrera, condición indispensable de su subordinación a la burguesía. La política revolucionaria expresa, por el contrario, el movimiento histórico de la clase hacia su unidad como clase, condición de su hegemonía política.

Cuando todavía se estaba formando la Internacional Comunista y los partidos comunistas., al constituirse tenían que romper con la socialdemocracia, reunían la fuerza política que luchaba por la unidad del proletariado cuyas más altas expresiones son: los

soviets y la dictadura del proletariado que se ejerció verdaderamente cuando funcionó la democracia obrera. Los partidos reformistas, y hoy en día los estalinistas, tienen una política que va en contra de los intereses generales de la clase obrera, por tanto de su unidad como clase. Fundamentalmente, más allá de la apariencia inmediata, siempre son responsables de las escisiones. Romper organizativamente con ellos es indispensable a fin de construir el partido revolucionario, porque han roto políticamente con la defensa de los intereses generales de la clase, por tanto con su unidad como clase. El Partido Revolucionario, que prosigue el combate por los intereses generales de la clase obrera como clase es por esencia unitario. Una de las constantes de su política será levantar el frente proletario contra la burguesía. Tendrá que definir en cada momento las formas específicas por las que puede y debe concretarse la unidad de la clase, desde el momento en que cesa de ser un grupo de propaganda sino que interviene y se bate en la lucha de clases.

Los estalinistas no querían que a ningún precio se formasen comités de huelga, que estos se federasen, que se constituyese el Comité Central Nacional de la Huelga General. Por su parte los renegados a la IV Internacional habían encontrado un sustituto: los comités de acción. Ben Saïd y Weber nos explican:

“Paralelamente, se constituyen comités de acción en las localidades o los barrios. Entre otras, tienen las funciones de asegurar la ayuda del barrio a las empresas en huelga, de informar sobre la huelga a la población contra las falsificaciones y las maniobras del poder”.

Hasta el presente se trataba más de una especie de ejército de salvación de la huelga general. Pero, repentina promoción:

“La red de comités de huelga y de comités de acción, federados a nivel regional y nacional, constituye el embrión del futuro poder obrero”.

Comités de huelga y comités de acción quedan puestos en el mismo plano. Así, los comités de acción pueden beneficiarse de una promoción: devienen soviets locales. Todo deviene aun más complicado en el mes de octubre de 1968. *Rouge* número 3 (16 de octubre de 1968) nos cuenta la continuación de sus aventuras y desventuras:

“En mayo la fusión en la acción del conjunto de los CA pudo hacer creer en la existencia posible de un movimiento unificado de los CA. Tal posibilidad habría debido verificarse y concretarse en la existencia de una coordinación política efectiva y eficaz, punto en el que siempre han tropezado los CA.

De hecho, en el reflujo del movimiento de masas que los habría unificado alrededor de la huelga, su naturaleza se diversificó tanto como las funciones muy variadas que cumplían. Por otra parte, su base política estaba poco precisada; continuaba siendo la de una unidad en la acción y por la acción (cuando había acción), un reagrupamiento heterogéneo de militantes cuya ideología común continuaba siendo la del rechazo vago al imperialismo y al estalinismo”.

En verdad, triste destino: grandeza y decadencia. Muy felizmente, como el ave fénix, *Rouge* los hizo renacer de sus cenizas.

“Sin embargo, de la imposibilidad de concebir un movimiento unificado y centralizado de las CA, no se puede concluir la inutilidad de los CA y trazarle perspectivas en consecuencia”.

Sigamos la guía *Rouge*:

“El CA de empresa... constituye el órgano militante en el que se contrarrestan las maniobras patronales y los disimulos sindicales... Además, el CA rompe el reparto de tareas entre sindicato y partido en las que el sindicato se limita estrictamente a las luchas reivindicativas mientras que el PC mantiene el monopolio de las luchas políticas... acantonadas en el plano parlamentario...”

Demasiado débil para sustituir al sindicato, para lograr mantener a sus militantes tiene que apoderarse de consignas sindicales, como la escala móvil de salarios, para endurecerlas [sic], explicar sus consecuencias, su dinámica de control obrero, situar las luchas de la empresa en relación con el conjunto de las luchas sociales. En este sentido, el CA *debe ser la relación en la que se rompa la vieja división arbitraria* entre lucha política y lucha sindical”.

¡Ni sindicato, ni organización política y a la vez sindicato y organización política!

Desgraciadamente:

“Embrión de doble poder en el momento de la huelga, los CA tienen una difícil reconversión, tantean a la búsqueda de una nueva función. Una cosa es segura sin embargo: la tarea que se les asignó algunas veces de la politización del barrio se demostró ser un impasse.”

Quedaban los CA estudiantiles. Para ellos la vida era bella:

“De hecho, aunque no siendo ni un sindicato que defiende los intereses propios de los estudiantes, ni un partido, el movimiento estudiantil puede existir como movimiento de masas politizado a escala nacional”

Los CA, ni sindicato, ni partido y a la vez sindicato y partido, son según *Rouge* la forma ideal del movimiento estudiantil:

“La tarea de los militantes revolucionarios es trabajar para la constitución de tal movimiento, transformando, por una parte, las estructuras de la UNEF, los corpos o grupos de estudios en comités de lucha y, por otra parte, explicando en los CA la necesidad de tal movimiento.”

De este conjunto heterogéneo nace a la misma vez el arma absoluta de la revolución proletaria:

“La función del CA, diversificada así, resulta clarificada. De ahora en adelante, el movimiento estudiantil constituye un auténtico movimiento de lucha nacional que interviene en y fuera de la universidad. Los CA de empresas tienen vocación de romper la hegemonía del PCF en la clase obrera remitiendo al honor del sindicalismo revolucionario en el noble sentido del término...”

Los CA, unidos en este estilo de acción, constituyen “la fuerza de choque militante heredera del mayo”

¿Y esto es todo? Todavía no. Más arriba *Rouge* resaltaba:

“Como los CA son un inicio de estructura de doble poder, y puesto que el poder proletario debe ser asegurado por la organización autónoma de la clase y no solamente por la vanguardia, los militantes revolucionarios deben liberar a través de los CA, al mismo tiempo, núcleos revolucionarios, incluyendo la necesidad de una organización nacional”.

¡Que maravilla estos CA! “Reagrupamiento heterogéneo de militantes cuya ideología común sigue siendo la del rechazo vago del imperialismo y del estalinismo”, fueron alguna cosa como soviets; reemplazan a sindicatos y partidos; vuelven a ser “un inicio de estructura de doble poder”, de poder proletario; como máximo será suficiente con que los CA de CA se constituyan, “núcleos revolucionarios, incluyendo la necesidad de una organización nacional”, y todo resuelto. Tan increíble fenómeno merece la atención admirativa del pobre proletariado de cuello azul como dirían los especialistas intelectuales del pensamiento revolucionario. Sin duda alguna, se trata de la quintaesencia de las “ideas de mayo”.

Al menos que todo se reduzca, y es el caso, a oponer a las formas de organización de la clase, recetas exteriores al movimiento de la clase. De hecho, se oponían los CA, “embriones de doble poder”, a los comités de huelga, a su federación, en el CCN de la huelga general; se oponen los CA a la organización sindical, a la lucha por la unidad

sindical y la democracia obrera; se oponen los CA a la lucha por la construcción del Partido Revolucionario; al sindicalismo de lucha de clases se le opone el “sindicalismo revolucionario”: destruir o quitar el sindicato en beneficio del partido sindicalista. En cada plano, *Rouge* se levanta contra la unidad del frente proletario. Hace de “izquierda” mientras que los estalinistas hacen de derecha. Pero converge con el estalinismo.

Es inútil volver sobre la cuestión del CCN de la huelga general. Por el contrario, es necesario ver de más cerca la significación del papel asignado por *Rouge* a los CA en lo que concierne a las organizaciones sindicales y sus relaciones con los partidos políticos obreros. Es preciso concluir que las organizaciones sindicales son, de ahora en adelante, un anacronismo, un vestigio del pasado. Detrás repercute el eco de la consigna de los militantes del 22 de Marzo que prolonga las Mao-Spontex: “la UNEF es una puta y los sindicatos son burdeles” o, dicho bajo una forma más elegante, “las organizaciones sindicales forman parte de las estructuras opresivas”. Más tarde, a *Rouge* se le bajan los ánimos. Durante los debates de preparación del Primer Congreso de la Ligue Communiste, ¡o sorpresa!, se entera uno que:

“La implantación en la clase sólo puede hacerse de forma consecuente sobre bases políticas claras. A propósito de esto, magnificar a las “organizaciones autónomas de clase” (CA, CLED), es perpetuar un estado de hecho, estabilizar los prejuicios unitaristas [¡ah!] de los militantes obreros en ruptura con el estalinismo en lugar de superarlos. No puede existir estructura autónoma al margen de la vanguardia fuera de los períodos de crisis revolucionarias.”

¿Qué ha pasado? La mayor parte de los CA ha muerto, sin que sus hijos espirituales hayan enviado esquelas de defunción. El resto, gracias a los alientos espontaneístas anteriores de la JCR y de *Rouge*, ha pasado a estar bajo dominio de los prochinós. Entonces:

“Los sindicatos continúan siendo la más potente organización de lucha de la clase. En período de represión patronal, su cobertura legal aparece como la garantía sin la que los trabajadores temen lanzarse a la lucha. Por todas estas razones, el trabajo en el seno de los sindicatos continúa siendo una tarea principal de los obreros revolucionarios, no para contentarse agrupando una tendencia “sindical” endureciendo las consignas oficiales, sino para intentar impulsar en ellos una práctica diferente, que se apoye en la acción directa y la contestación de hecho de la legalidad patronal, restituyendo el alcance y sentido políticos de las menores luchas, prefigurando lo que podría ser una organización de masas obrera desembarazada de la ideología “sindicalista” legada por la socialdemocracia y el estalinismo.”¹²²

Estamos en presencia de numerosos giros de los que los renegados a la IV Internacional no carecen. Pero, no hay pecado sin remisión. Todavía es preciso saber en qué consiste la nueva orientación. “Los sindicatos continúan siendo la más potente organización de la lucha de clases”. Sin duda alguna, pero ¿aún? El *Programa de Transición* es muy claro:

“Los trabajadores, hoy más que nunca, necesitan organizaciones de masas, especialmente sindicatos, para luchar por las reivindicaciones parciales y transitorias. El pujante crecimiento de los sindicatos en Francia y los Estados Unidos es la mejor prueba para refutar a los doctrinarios ultraizquierdistas que predicán que los sindicatos “han perdido su utilidad”.¹²³

Con otras palabras, los sindicatos son la forma elemental de reagrupamiento y

¹²² “Texto mayoritario. Tesis sobre la dialéctica de los sectores de intervención”, *Cahiers Rouges*, número 10-11, página 75.

¹²³ León Trotsky, *El Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, página 18.

organización de la clase obrera frente a la patronal y el estado. Son organismos que, por su origen, su funcionamiento, deben constituir el frente único de los trabajadores al nivel elemental. Son indispensables para su constitución como clase. Como explica el programa de fundación de la IV Internacional:

“El bolchevique-leninista está siempre en primera línea de todas las luchas, aunque no se trate más que de la defensa de los más modestos intereses y derechos democráticos de la clase obrera. El bolchevique-leninista participa activamente en los sindicatos de masas, fortaleciéndolos y elevando su combatividad. Lucha sin cuartel contra todo intento de subordinar los sindicatos al Estado burgués y de maniatar al proletariado mediante el “laudo obligatorio” o cualquier otra forma de intervención policial no sólo fascista, sino también “democrática”.¹²⁴”

Entre la apreciación que hace el *Programa de Transición* de lo que son los sindicatos, del por qué y del cómo hay que militar en ellos, y la de *Rouge*, la distancia es grande. De forma constante, los textos mayoritarios de este Primer Congreso de la Ligue Communiste insisten: “los trabajadores necesitan organizaciones sindicales pues éstas son coberturas legales”. Seguramente, la utilización (no sólo en el plano sindical sino en todos los planos) de las posibilidades legales es una preocupación constante de los trabajadores, y también debe ser una constante preocupación de los militantes revolucionarios. La legalidad que reconoce derechos, garantías y libertades, a los trabajadores forma parte de sus conquistas de clase que los constituyen como clase. Se mantiene que, legales, reconocidos o ilegales, los sindicatos son organizaciones indispensables para la clase obrera. Trotsky llama a los bolcheviques leninistas no “a trabajar” en los sindicatos, sino a la defensa de los sindicatos, a la lucha por la salvaguardia de su independencia de clase. De todo ello no se trata en los textos “mayoritarios”, sino de “una práctica diferente que se apoye en la acción directa y la contestación de hecho de la legalidad patronal” de la que uno se pregunta qué puede ser. Sobre todo porque uno de los textos mayoritarios, “Hablar del trabajo obrero para hacerlo”, no lo oculta:

“La debilidad de nuestra actual implantación se debe a nuestra mala voluntad para elaborar una estrategia de conjunto. Si no tenemos hoy en día programa que formular es porque existe una relación dialéctica entre la debilidad de nuestra implantación y la posibilidad de formular un programa”.¹²⁵”

Los pablistas conciben la “dialéctica” para que pague los platos rotos como el asno de *Los animales enfermos de peste*: es responsable de todos sus males. Sin estrategia, sin programa, sin implantación: ¡la responsable es la dialéctica! ¿Cómo es posible hacer “un trabajo sindical” sin estrategia, sin programa y sin política y para qué hacerlo? Es quedarse sin gasolina y tener que salir de todas maneras. La forma en que la Ligue Communiste considera la CFDT, y se calla sobre la cuestión de la integración de los sindicatos en el estado, resalta que el carácter de clase de los sindicatos, diga lo que diga, se le escapa y, por lo mismo, se burla del Frente Único de clase.

Intentando justificar su “boicot” al referéndum gaullista, sin otro análisis, *Rouge* escribía frases como esta:

“El carácter maniobrero de la consulta es tan enorme que, a cambio de un mínimo de explicaciones, puede ser discernible para todos; espontáneamente, los trabajadores les importa un carajo ir a zanjar una cuestión que les concierne tan poco y que comprenden mal”.¹²⁶”

¹²⁴ Ibídem, páginas 18 y 19.

¹²⁵ “Parler du travail ouvrier pour le faire”, *Cahiers Rouges*, número 10-11, página 33.

¹²⁶ *Rouge* número 15, 15 avril 1969.

Los trabajadores se sintieron plenamente preocupados. Votaron no masivamente. ¿Tenían razón? Se trataba nada menos que de instituir el estado corporativista, de destruir toda independencia de clase de los sindicatos, de someterlos al estado burgués. Suprema tentativa de De Gaulle a fin de realizar su “misión histórica” y superar el fracaso de su política, de reafirmar al estado burgués, quebrantado en mayo-junio 68. La Ligue Communiste, a penas nacida, estaba en contradicción directa con la orientación del *Programa de Transición*: “Lucha sin cuartel contra todo intento de subordinar los sindicatos al Estado burgués”. La Liga se encontraba en buena compañía cerca de todos los izquierdistas y de Lutte Ouvrière que se lució en esta ocasión. Engels, Lenin y Trotsky son fuentes políticas insuficientes. Lutte Ouvrière, prefiere a Cambronne: “Diles sí, diles no, diles mierda”. Tal fue la respuesta que dio al referéndum gaullista.

La Ligue Communiste argumentaba su toma de posición en estos términos:

“Aceptar hoy en día, en período de crisis e inestabilidad del régimen, el terreno de la lucha electoral, renunciar en esta óptica a imponer el desarrollo de la acción de masas en real “cita de marzo”, es desmoralizar a la clase obrera, es desmoralizar a sus militantes más combativos, es soltar el hueso para perseguir su reflejo propagando, por añadidura, las ilusiones electorales.”

Y, dando pruebas de una admirable lógica, habiendo sido vencido De Gaulle en el referéndum, la Ligue Communiste presentaba a Krivine a las selecciones presidenciales. Según esta lógica particular, la caída de De Gaulle resolvía la crisis del régimen. A las almas bien nacidas nada les cuesta. *Rouge* y el mismo Krivine no dudan:

“De Gaulle ha caído bajo los golpes del proletariado, no ha podido recuperarse de las grandes huelgas y ha sido acabado por los golpes cerrados de la burguesía”.

Pero, como mínimo, si esto no es una victoria, es un éxito de la burguesía:

“Ahora que ha partido De Gaulle, la burguesía, desembarazada de lo que le molestaba, confía en retomar la iniciativa, sanear los asuntos y clarificar la situación”.¹²⁷

El candidato Krivine va más allá:

“Y en primer lugar, ¿qué es esta “victoria del no”, una victoria de la clase obrera o una maniobra de gran estilo de la burguesía que, para conservar el estado fuerte, abate a un gobierno que no es capaz de servirla bien?”¹²⁸

Krivine utiliza la forma interrogativa pero afirma: “maniobra exitosa de gran estilo de la burguesía”, por tanto si no gran victoria, en todo caso éxito importante. ¡No!

De Gaulle encarna un tipo de régimen político, un tipo de bonapartismo. No representaba únicamente un simple gobierno. Su caída fue una victoria de la clase obrera. El frente proletario, dislocado por la liquidación de la huelga general en beneficio de las elecciones, se reconstituía por las huelgas de Renault y de otros sectores, la huelga general de 24 horas del 11 de marzo, las elecciones legislativas parciales después de las cuales Guy Ducloux, candidato del PCF, fue elegido mientras que había perdido su escaño en junio de 68, el No común de las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera. Una fracción de la burguesía dejó a De Gaulle, una parte de la pequeña burguesía, que en junio 68 había votado a De Gaulle, se giró contra él ante la remontada obrera. Si De Gaulle hubiese sido tumbado en junio del 68, abandonado por una parte de la burguesía, para lo que no faltó un tris de producirse, verosíblemente se hubiera constituido un gobierno burgués para sucederle: ¿la caída de De Gaulle fue, ella misma, sí o no, una victoria de la clase obrera? La cuestión no se discute. Sin embargo, lograr una victoria no es ganar la guerra. El enemigo queda

¹²⁷ *Rouge*, número 17, 1er mai de 1969.

¹²⁸ *La Farce électorale*, página 10.

destruido raramente en la primera victoria, sobretodo en la lucha de clases. Reconstituye su frente sobre nuevas posiciones, preparadas o no por adelantado. Entonces se adelanta el argumento manoseado: sí, pero en mayo-junio De Gaulle habría caído bajo el efecto directo de la huelga general y fue batido el 27 de abril de 1969 electoralmente; en mayo-junio 68 las elecciones fueron calificadas de “elecciones traición”, el 27 de abril la clase obrera no podía, por tanto lograr, una victoria con el boletín de voto. El “argumento” manifiesta un cretinismo que no es ni parlamentario ni antiparlamentario sino simplemente cretinismo.

Dislocar la huelga general de 10 millones de trabajadores prestos a organizarse en el plano de clase, prestos a constituir sus propios órganos de poder levantados contra el poder burgués, sustituyéndolo por elecciones legislativas, es traicionar: el resultado de las elecciones legislativas consagró esa traición y De Gaulle salió victorioso. Había ganado una batalla, no había ganado la guerra. Unificar a la clase obrera, que busca las vías de reunificación de su frente de clase para volver al combate, que asimila las lecciones políticas de la huelga general utilizando el referéndum, es preparar, por el contrario, nuevas batallas de clases. Renegados a la IV Internacional, izquierdistas de toda factura, han olvidado un detalle; en abril de 1969, no había huelga general. A justo título, la clase obrera comprendió la caída de De Gaulle como una victoria política a consecuencia de la unidad de las organizaciones obreras respondiendo en común No al corporativismo, No a De Gaulle. Cuando, a consecuencia de su unidad de clase, el frente de la burguesía se desagregó, la clase obrera se alegra. Frank, Krevine y los otros entristecen.

Se levantaron en la práctica contra la independencia de clase de los sindicatos frente al estado burgués (les importaba “un carajo” la cuestión planteada) llamando a un susodicho “boicot”, como también se dirigieron contra el frente único realizado por las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera, que llamaban conjuntamente a votar no. Así aparecía el verdadero contenido de su política sindical, su menosprecio hacia las organizaciones de clase que el proletariado ha construido, su menosprecio hacia la unidad del frente del proletariado, lo que es un juicio de su práctica en general. También es de gran importancia la apreciación que tienen de las diferentes organizaciones sindicales: la CGT, FO, la FEN, la CFDT. Muy curiosamente, para ellos existen dos verdaderas organizaciones sindicales: la CGT y la CFDT. La FEN no es un sindicato obrero ¡porque reagrupa a los enseñantes! (con funciones represivas). FO está considerada como la central reaccionaria por excelencia. El impresionismo pequeño burgués está presente aquí a tope. Tras la apreciación relativa de la CGT y de FO, se encuentra la idea fija, común a una parte de la pequeña burguesía francesa, según la cual el estalinismo es mejor que el reformismo. Por otra parte, por el control que ejerce el PCF sobre la CGT, ¿no es ésta partícipe del “movimiento comunista internacional”? El análisis de los orígenes de clase de las organizaciones, sindicales y políticas, que se reclaman de la clase obrera, en función del desarrollo del movimiento obrero (el ABC del marxismo) es ajeno al pablismo. Lo que le permite situar en el mismo plano a la CGT y a la CFDT. Que la CFDT sea una creación de la jerarquía católica a fin de penetrar en el seno de la clase obrera, eso carece de importancia para los pablistas. Que vehicule todas las “ideas” del cristianismo social y sea un Caballo de Troya de la integración de los sindicatos en el estado, no ejerce ningún papel. La diferencia de naturaleza, que resulta de los orígenes históricos y sociales diferentes de la CGT, de FO y de la FEN, por una parte, y de la CFDT, por la otra, para los pablistas no tiene el más mínimo interés. La CGT, la FO y la FEN son todas ellas ramas de un tronco común: las organizaciones sindicales que la clase obrera ha construido para defenderse contra la explotación, en una lucha constante contra el capital, es decir la vieja CGT. Los

pablistas juzgan superficialmente la naturaleza de las organizaciones en función de las tomas de posición inmediatas sobre tal o tal otro problema (y más aun). Según este método ¿qué diferencia habría entre la URSS y los EEUU: la burocracia del Kremlin utiliza las fuerzas armadas de la URSS para aplastar al pueblo y a la clase obrera checoslovaca, el imperialismo estadounidense utiliza a su ejército para reducir a sangre y fuego a los obreros y campesinos de Vietnam. Pero la URSS no puede identificarse con la burocracia del Kremlin y ésta no es idéntica a las burocracias de los estados burgueses. La CGT-FO y la FEN no son identificables a las burocracias sindicales que las controlan y que tienen partes unidos con la burguesía, e incluso éstas no son identificables con las burocracias que engendran las organizaciones burguesas. La CFDT es una organización de origen burgués, construida en el seno de la clase obrera, y su burocracia se corresponde perfectamente con su función. La confusión entre estas diferentes organizaciones proviene de la política contrarrevolucionaria de las direcciones de la CGT, de FO y de la FEN, política que se une y confunde a menudo con la de la CFDT. Llega a pasar incluso que, superficialmente, la CFDT tome acentos más a la “izquierda”. Pero la burguesía, para integrar a la CGT, FO y la FEN utilizando sus aparatos y no sin determinar crisis, grietas en el seno de esos aparatos, tendrá que romperlos, destruirlos. La CFDT encontraría su pleno desarrollo, su lugar natural, ejerciendo plenamente sus funciones a través de la integración de los sindicatos en el estado burgués. Mientras la CGT, FO y la FEN no se hayan integrado, está actualmente obligada a tener una actitud reservada pues se descalificaría rápidamente entre los trabajadores si predicase abiertamente la integración de los sindicatos en el estado. Además, en lo que concierne a la educación, ataca abiertamente la laicidad en beneficio de la enseñanza privada y confesional. Es posible que los trabajadores se dejen encantar por sonidos de “izquierda” de la CFDT, por la “democracia” aparente que reina en ella en comparación con el funcionamiento de la CGT. Es verosímil que surjan cuestiones de táctica en razón de la confusión mantenida alrededor de la CFDT. Sin embargo, si surgen semejantes problemas es a consecuencia del rechazo de los aparatos de las centrales obrera a luchar en un plano de clase, a realizar el frente único obrero bajo el control democrático del conjunto de los trabajadores. Los lazos que mantienen o establecen con la CFDT son la contrapartida a su oposición a una política unitaria de clase. Viéndolo de más cerca, las relaciones que mantienen los aparatos burocráticos con la CFDT les permiten presentarse como una central obrera y penetrar en el interior de la clase obrera.

Estas relaciones son del mismo origen y de la misma naturaleza que las tramas que tejen los aparatos con la burguesía; resultan de la política de capitulación ante la burguesía. Lo que se verifica más claramente, más directamente que en otros dominios, a propósito de la laicidad, de la defensa de la escuela. Actualmente, la FEN acepta establecer contactos con la CFDT porque su dirección, ante la presión del estado y de la patronal que quieren desmantelar la Educación Nacional, rechaza comprometerse en un combate que la conduciría a cuestionar el estado burgués.

La fórmula “la laicidad abierta” se utiliza a fin de introducir en la CFDT las “escuelas libres”, la jerarquía católica en el seno de la Educación Nacional, y desmantelarla. Igual que los aparatos burocráticos, el PS, el PCF, los renegados a la IV Internacional, en compañía del PSU y de diversas corrientes, borran las fronteras de clase colocando a la CFDT en el mismo rango que las centrales obreras. En este plano, como en todos los otros, se oponen al frente único proletario y participan en la desnaturalización de las organizaciones sindicales, por tanto en la división del frente de clase.

El dilema: dictadura del proletariado o barbarie fascista

Toda lucha de clases exacerbada plantea la cuestión del poder político. La crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin no deja otra alternativa a la clase obrera que esta: o, tras un período más o menos largo de convulsiones sociales y políticas, ser triturada políticamente, sufrir la bota de hierro de regímenes políticos burgueses, encarnaciones de la barbarie; o apoderarse del poder, establecer la dictadura del proletariado, mediante la destrucción del estado burgués y la construcción del estado obrero. Mediante el sistema claro y flexible de los soviets, el proletariado ejerce democráticamente el poder. Se organiza y centraliza como clase. Asegura su hegemonía política y la democracia proletaria. Extrayendo las lecciones de la revolución rusa, Lenin escribía:

“La historia ha hecho esta jugarreta: los Soviets nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados en febrero-octubre de 1917 por los mencheviques, que fracasaron por no haber sabido comprender el papel e importancia de los mismos, y hoy ha surgido *en el mundo entero* la idea del Poder soviético, idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países. Mientras tanto, los viejos héroes de la II Internacional, fracasan *en todas partes* por no haber sabido comprender, igual que nuestros mencheviques, el papel y la importancia de los Soviets. La experiencia ha demostrado que en algunas cuestiones esenciales de la revolución proletaria, *todos* los países pasarán inevitablemente por lo mismo que ha pasado Rusia.”¹²⁹

Para asegurar su poder, la burocracia del Kremlin debe destruir a los soviets, como ha tenido que destruir al partido bolchevique y a la III Internacional. La experiencia de la marcha de la revolución política contra las burocracias parasitarias, en Hungría, Checoslovaquia y Polonia, demuestra que los trabajadores tendían a reconstruir los consejos obreros, esqueleto del sistema soviético. Pero incluso los consejos obreros pueden ser vaciados de contenido si no se centralizan y organizan la lucha por el poder. Los mencheviques intentaron realizar esta operación en Rusia. Fracasaron gracias al Partido Bolchevique. En Alemania, en 1918-19, la socialdemocracia logró liquidar los consejos obreros tomando el control de ellos. El gobierno de los perros sangrientos Noske y Ebert forzó la astucia contrarrevolucionaria hasta llamarse: Consejo de Comisarios del Pueblo. Fueron utilizados otros muchos medios a fin de desnaturalizar a los consejos obreros cuando surgieron: uno de ellos consiste en confinarlos en las tareas económicas, la “autogestión de empresas”. Si hay una clase a la que se le aplica esta definición de Lenin (“la política es la economía concentrada”) es a la clase obrera. El proletariado debe apoderarse del poder político a fin de gestionar la economía. La centralización política condiciona la democracia proletaria. De ello no se deduce que toda centralización instituya la democracia proletaria. Pero, la clase obrera es incapaz de dominar los procesos económicos, sociales y políticos, si no está políticamente centralizada.

La centralización en su más alto nivel es el ejercicio del poder político. La burocracia yugoslava dará lecciones a todos sobre el arte y manera de dislocar a la clase obrera mediante la llamada autogestión de las empresas. La clase obrera no gestiona nada de nada. Está confinada en el estrecho horizonte de su empresa. Sufre todas las vicisitudes de los procesos económicos que se le escapan, procesos que sólo puede dominar si detenta el poder político. El pretendido “sujeto” de la economía es transformado en objeto. El control obrero sobre la producción es inseparable de la lucha

¹²⁹ V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, en *Obras escogidas*, en tres tomos, Tomo 3, Editorial Progreso, Moscú, 1970, página 359.

política por el poder, de la centralización política en vistas a esta lucha, de una perspectiva gubernamental. Los renegados a la IV Internacional hacen de ello una panacea suprahistórica, en nombre de las reivindicaciones “cualitativas” opuestas a las reivindicaciones “cuantitativas”.

Como hemos visto ya no tienen ni estrategia ni programa, explican:

“Si no tenemos hoy en día programa a formular es porque existe una relación dialéctica entre la debilidad de nuestra implantación y la posibilidad de formular un programa.”

Venga o no venga a cuento, afirman:

“Es necesario formular un programa de transición para los trabajadores, la juventud, los estudiantes, etc., para los pueblos coloniales, para la clase obrera, la juventud y los intelectuales de Europa del Este, de la URSS, de China, etc.”

Sin un programa, sin una estrategia y sin política de conjunto, la consigna del control obrero se transforma muy fácilmente en su contraria: “autogestión”, “poder obrero”, “poder estudiantil”, “poder campesino”, tan queridas a la CFDT y al PSU. Así se puede combatir a los consejos obreros, y los soviets en nombre de los “consejos obreros”, castrándolos políticamente.

El PCF es mucho más directo y franco: abiertamente rechaza la misma idea de los soviets. Andrieu escribe:

“La construcción del socialismo en la URSS no puede ser considerada como un modelo que sería suficiente con copiar mecánicamente teniendo cuidado solamente de no volver a cometer los mismos errores, ya que es preciso saber distinguir en esta experiencia lo que tiene de universalmente válido y lo que tiene de específica.”

Precisa en una nota lo que “esta experiencia” tiene de “universalmente válido” y de “específico”, según él:

“En la primera categoría [lo que tiene de universal] se pueden clasificar, por ejemplo, la conquista del poder político por la clase obrera y sus aliados, la socialización de los grandes medios de producción, la planificación socialista, el papel del partido marxista-leninista... En la segunda [lo que tiene de particular en Rusia], la forma soviética del poder de estado”.¹³⁰

Se opone la “democracia renovada” a los soviets. Toda organización del proletariado como clase debe prohibirse: el PCF está en contra del frente único de clase, contra el comité central nacional de huelga general y contra los soviets. Un conjunto perfectamente coherente.

Muy naturalmente, los dirigentes han vuelto a encontrar las viejas fórmulas pasadas: “la democracia es una creación continua”, afirman. Fórmula vacía, engañosa y peligrosa que denota un vulgar evolucionismo. El tema es conocido: gracias a la constante progresión de la democracia parlamentaria, combinada con la “presión de masas”, el contenido social de ésta cambia, se opera una transformación de cantidad en calidad y un día se levanta el sol sobre una sociedad socialista.

Todo avance teórico y político del marxismo es arrojado por la borda: la división de la sociedad en clases, el estado y su naturaleza de clases, el impasse del modo de producción capitalista, etc. Pero esta política no es inocente. Prepara los grandes desastres para la clase obrera.

Si nos limitamos a una simple constatación de las fuerzas en presencia, es posible afirmar, como lo hace uno de los textos de la tendencia mayoritaria en el primer congreso de Ligue Communiste:

¹³⁰ Andrieu, *Les communistes et la révolution*. Julliard, París, 1968.

“La preparación [del fascismo] ni incluso ha comenzado”.

Y elaborar después toda una teoría:

“En el plano económico, los fascismos italiano y alemán aislaron su economía y su moneda nacional, no haciendo con ello otra cosa que dar falsas soluciones a un estado de hecho tendencial de la economía de preguerra...

... La modificación esencial, que está ampliamente confirmada en los años de boom de posguerra, es precisamente la tendencia a la imbricación internacional del capital, a su monopolización creciente por algunos trusts internacionales ligados, bajo la influencia dominante del imperialismo norteamericano [es la famosa “interpenetración de capitales” pero que esta vez se realiza directamente bajo la influencia dominante del imperialismo estadounidense]. El fascismo, en la actual hora, no sería incluso semejante solución para las economías capitalistas. Al contrario, cada vez que las dificultades asoman en el horizonte de las cuentas bancarias, es la burguesía internacional la que intenta solucionar los problemas nacionales y, por ello, los problemas de las otras economías nacionales que dependen de ello...

Incluso los estados fascistas “clásicos” (España, Portugal) han evolucionado en ese sentido. Hoy en día se plantea incluso a su burguesía el problema de la no adecuación de sus sistemas políticos fascistas y de su economía monopolizada. Las formas de dominación fascista incluso son criticadas por aquellos que se habían aprovechado de ellas en un primer momento. Así, en la hipótesis de un deslizamiento muy a la derecha del régimen, la burguesía francesa se inclinaría mucho más hacia una solución atlantista, estrechando sus lazos con los Estados Unidos.”¹³¹

Esta verborrea pretenciosa oculta una gran confusión. La burguesía nunca ha recurrido de buen grado a soluciones de tipo fascista. Hay tantas particularidades en los regimenes fascistas como las hay en los sistemas políticos fascistas. La autarquía económica se impuso, con mayor o menor fuerza en las diferentes burguesías. No lo quisieron. La mística nacional, el racismo, el antisemitismo y el anticomunismo fueron los ejes ideológicos de la movilización de las masas pequeño burguesas contra la clase obrera y sus organizaciones, pero la razón profunda de esta movilización es la crisis de la sociedad burguesa y la impotencia de la clase obrera para resolverla en su propio plano. Pueden encontrarse nuevos ejes ideológicos, o reordenar los antiguos. Un fascismo calcado sobre el hitlerismo, un nuevo Hitler, son muy improbables en Europa. El hitlerismo exigía que el sueño de la gran Alemania, dominando a Europa y al mundo, estableciendo para un milenio su orden mundial, contase con algunas realidades: la potencia relativa del imperialismo alemán. Pero continúa siendo posible un género de fascismo que se apoye en la combinación de una dictadura militar y de cualquier organización política que encuadre a determinadas capas de la pequeña burguesía. En cuanto a los EEUU, es una posibilidad completamente real un fascismo, en comparación con el cual el fascismo hitleriano parecerá una empresa filantrópica. En última instancia, es la perspectiva más probable en caso en que el proletariado mundial no ajuste cuentas con la burocracia del Kremlin y el imperialismo. Una vez más los renegados a la IV Internacional acaban con la unidad mundial de la lucha de clases.

El fascismo hitleriano fue una advertencia histórica, una de las primeras facturas que la humanidad tuvo que pagar porque el proletariado tardaba en cumplir sus tareas históricas. El impresionismo pequeño burgués adquiere aquí su forma plácida: las fuerzas productivas crecen hasta el infinito, los progresos de la humanidad son infinitos,

¹³¹ *Cahiers Rouges*, número 10-11, páginas 89 y 90.

nunca más la guerra, nunca más el fascismo, todo ello expresado, sin embargo, en términos “científicos” a la manera de los “marxistas”. Trotsky, que no puede, es llamado en auxilio:

“El fascismo no hace, en el plano internacional, más que agravar la tendencia del conjunto del sistema capitalista al repliegue nacional y la autarquía. Al arrancar la economía de la división internacional del trabajo, adaptando las fuerzas productivas al lecho de Procusto del Estado Nacional, introduce el caos en las relaciones mundiales”¹³²

Una vez más esta gente dan pruebas de seriedad: citan a Trotsky, según Daniel Guérin, y ni se molestan en verificar ellos mismos la cita. Si al menos se tomaran la molestia de analizar el contenido de la cita hecha de oídas, se darían cuenta que Trotsky explica lo contrario de lo que pretenden: “El fascismo no hace, en el plano internacional, más que agravar la tendencia del conjunto del sistema capitalista al repliegue nacional y la autarquía”. La tendencia es inherente al sistema capitalista en una determinada fase de su desarrollo (el imperialismo), cuando explotan las contradicciones acumuladas. Lo que es directamente contradictorio con la tesis pablista de la “interpenetración de los capitales”, de “la burguesía internacional que intenta solucionar los problemas nacionales”; la entidad “burguesía internacional” suprime aquí las contradicciones nacionales, borra la realidad (antagónica de las burguesías y estados nacionales. “el repliegue nacional y la autarquía” son manifestaciones de la incapacidad de la burguesía para desarrollar las fuerzas productivas, y el fascismo es una expresión de la barbarie que resulta de ello. Si por tanto, como lo afirman los renegados a la IV Internacional, las fuerzas productivas conocen un auge sin precedentes, ya no es cuestión de fascismo porque la burguesía, cueste lo que cueste, ha resuelto sus propios problemas y, al mismo tiempo, los de la humanidad. Ya no se pueden producir crisis revolucionarias pues la burguesía desarrolla e instaura el fascismo, una vez más, en defensa propia: a fin de romper los huesos y la cabeza del proletariado que, por sus luchas, agrava la crisis social y plantea la cuestión del poder. La unidad de los contrarios está ausente de los análisis de esta gente que mascan como un chicle la palabra “dialéctica”. Lo quieran o no, sus tesis se basan en el progreso continuo de la humanidad. Se reducen a un vulgar evolucionismo. En el mejor de los casos, por sucesivos progresos, la clase obrera se encaminaría hacia la participación en el poder. De aquí su facilidad para adaptarse a las múltiples “teorías” burguesas, destiladas por el PSU y la CFDT, sobre múltiples poderes, sobre la autogestión y lo demás, y, como veremos, estalinistas. Naturalmente eclécticos sin principios, son muy capaces de decir igualmente lo contrario. Pero en la lucha de clases, la teoría reclama implacablemente sus deudas. A penas un paso separa a los pablistas de la concepción estalinista, prestada del reformismo mas destilado, que traduce la fórmula: “la democracia es una creación

¹³² Léon Trotsky, 1933, (La IV^e Internationale et l'URSS), citado por Daniel Guérin en *Fascisme et grand capital*. [El texto que hemos encontrado en *La naturaleza de clase del estado soviético*, 1933, folleto que se corresponde con *La IV^e Internationale et l'URSS*, es: “Pero la actual “economía planificada” se la debe considerar una etapa completamente reaccionaria; el capitalismo de estado pretende apartarla de la división mundial del trabajo, adaptar las fuerzas productivas al lecho de Procusto del estado nacional, constreñir artificialmente la producción en algunas ramas y crear de manera igualmente artificial otras ramas a través de enormes inversiones improductivas. La política económica del estado actual (comenzando con las prohibiciones episódicas de utilizar maquinaria en la “economía planificada” de Hitler) logra una regulación inestable al costo de la declinación de la economía nacional, de provocar el caos en las relaciones mundiales y de perturbar totalmente el sistema monetario, que será muy necesario para la planificación socialista.”, en *Escritos*, Tomo V, Volumen 1, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, página 167. El texto puede encontrarse también en su versión francesa en *Oeuvres*, 2, EDI, París, 1978, página 252. NdT]

continúa”. Y veremos que no están lejos de darlo.

Al igual que la burocracia del Kremlin, la burguesía es profundamente empírica. La lógica del sistema capitalista se le impone a la burguesía como se le imponen a la burocracia del Kremlin las contradicciones que resultan de su gestión, en función de sus intereses, de la economía planificada. La tendencia al estado fuerte, el fascismo en toda su brutalidad, la guerra imperialista, proceden de impulsos profundos del sistema capitalista y no de deseos subjetivos de la burguesía. La burocracia del Kremlin, para defender sus privilegios, está obligada a atacar al proletariado de la URSS y de los países de Europa del Este. Lo que la convierte en prisionera del imperialismo y de las fuerzas más reaccionarias que éste secreta y que también la desagregan. Contentándose con una instantánea, uno no se da cuenta de la existencia de potentes corrientes fascistas en los principales países avanzados. Pero la contradicción entre la actualidad, la inminencia de la revolución y la ausencia de dirección revolucionaria pueden suministrar una base de masas al fascismo, puede llevar a que, desde el interior del aparato de estado burgués, se organicen fuerzas que combinan su acción con esta base de masas y, con el acuerdo del capital financiero, se impone un determinado tipo de fascismo. Por lo mismo, en el interior de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites, existe siempre lo que Trotsky caracterizó como la “tendencia Butenko”. Y una vez más aun, la burguesía de un país es parte orgánicamente de la burguesía mundial, incluso dislocada por una crisis económica, social y política. Si el proletariado no logra resolver la cuestión del poder, del aparente caos surgirán, desde el interior de la burguesía, las fuerzas que le romperán la cabeza y los huesos al proletariado arrastrando a toda la humanidad hacia la barbarie.

El fracaso de De Gaulle, de Wilson, de los gobiernos con participación socialista en Italia, el probable de Brandt en Alemania, etc., la huelga general de mayo-junio 68, las grandes luchas de clases que se han desarrollado en toda Europa occidental, el proceso de revolución política en Checoslovaquia, que hunde sus raíces en la URSS y en todos los países de Europa del Este, vuelven vivo y actual este dilema: o toma del poder por los trabajadores, es decir finalmente el poder de los soviets, o la dictadura de hierro del capital financiero, es decir un poder político burgués de tipo fascista. No decirlo y explicarlo es engañar al proletariado y preparar su derrota. Estas perspectivas son a más largo o corto plazo. En lo inmediato, la burguesía no está deseosa ni en condiciones de recurrir al fascismo a corto plazo. Pompidou sucedió a De Gaulle en Francia; el gobierno Tory que sucedió a Wilson se mantiene en la tradición parlamentaria inglesa; el gobierno de gran coalición CDU-SPD sucedió a un gobierno de “pequeña coalición” formado por liberales y el SPD, dominado por los socialdemócratas en Alemania del Oeste; en Italia las soluciones a las innumerables crisis gubernamentales siempre se han buscado en el plano parlamentario. Mucho más, tras la caída de De Gaulle en Francia, la inestabilidad del modo de dominación política de la burguesía (sistema completamente bastardo, bonapartismo sin Bonaparte) es tal que todo descansa en la capacidad del PCF para fraccionar a la clase obrera, para desviar sus combates e incluso someterla directamente a las exigencias de la burguesía. Estos últimos meses, la dirección de la CGT y las de las otras centrales sindicales han ratificado acuerdos con la patronal que someten a los trabajadores a la racionalización, a la movilidad de la mano de obra, a la polivalencia, a la descualificación, llamados más elegantemente formación profesional permanente y reciclaje. Igual que las otras direcciones sindicales, en SNCF, la RATP, firma “acuerdos-marco” que aplican el informe Nora y sus anexos, cuyo objetivo es comprimir masivamente los efectivos, asegurar la polivalencia, y que llevan inmediatamente a la descualificación y, a plazo, la destrucción del estatuto, de los regímenes de jubilación y enfermedad. La dirección del PCF y sus anexos se han

convertido en heraldos de la aplicación de la reforma Faure en la enseñanza. Paralizan toda respuesta eficaz a la ley antiterrorista [scélérate¹³³] que cuestiona el derecho a manifestación, a organizarse, conquistada esforzadamente por los trabajadores, como también paralizan cualquier lucha real por la defensa de las libertades democráticas. Esta política se encuentra, en Italia y en otras partes, bajo formas casi idénticas.

La crisis del régimen político burgués se escalona en el tiempo en Italia, se mantiene oculta en Francia (aunque la “cámara perdida” sólo tiene unidad por De Gaulle). Esta “cámara perdida” conserva una unidad aparente por temor a nuevas elecciones que dislocarían a la mayoría parlamentaria actual. Pero los crujidos ya anuncian su triste futuro. En Inglaterra y Alemania, la mecánica parlamentaria parece funcionar bien. Mientras que en España el régimen franquista es cada vez más inestable a pesar de la represión, y en Grecia el régimen de los coroneles no logra encontrar su estabilidad, por no hablar de los otros países de Europa. Pero desde este punto de vista, Italia da la más justa idea de la crisis política que desgarrará a todas las burguesías de Europa y a sus sistemas de dominación política. Crisis de confianza en su futuro, dificultades para aplicar la política necesaria para la defensa de sus intereses contra la pequeña burguesía de las ciudades y el campo, de la juventud, de la clase obrera, semimidas insuficientes para superar sus contradicciones pero que la pequeña burguesía, la juventud y la clase obrera, no pueden aceptar sin reaccionar, son el lote de todas las burguesías europeas. La inevitabilidad del estallido de grandes luchas de clase, inevitables a pesar de los esfuerzos de los partidos reformistas, de los PC, de los aparatos sindicales, someterá a ruda prueba a los sistemas políticos de dominación burguesa carcomidos.

Es posible que los PC, la socialdemocracia, los aparatos burocráticos de las centrales sindicales, tengan que volar en socorro del orden burgués amenazado. En Italia ya se discute abiertamente la oportunidad de la participación del PCI en un gobierno burgués. En Francia, la “union de la gauche” con participación del PCF se reharía prontamente en caso de necesidad. En Inglaterra sería una eventualidad muy realista un gobierno de unión nacional Tory-Labour Party en caso de grandes luchas de clase del proletariado británico, de agravación de la situación en Irlanda. En todos los países de Europa Occidental, según formas y modalidades particulares en cada país, las direcciones de los partidos obreros tradicionales están prestas a participar en eventuales gobiernos, o incluso a dirigirlos, cuando se manifiesta brutalmente la impotencia de los sistemas actuales de dominación política de la burguesía, a fin de salvar el orden burgués. El sistema parlamentario burgués parecerá que brille (un momento) con todas sus luces, al menos en algunos países. De hecho, el orden burgués se apoyará en la confianza de los trabajadores en sus organizaciones tradicionales. La crisis económica, social y política, se agravará. Tras la fachada (los gobiernos de participación “socialista”, “comunista”, eventualmente dirigidos por esos partidos, o incluso compuestos únicamente por esos partidos), en el seno del aparato de estado burgués, intactos, surgidas del ejército, de la policía, de la administración, se reagruparán las fuerzas políticas más reaccionarias, prestas al golpe de estado, a la guerra civil.

La política del PCF se esfuerza en prevenir cualquier asalto de la clase obrera contra el sistema actual de dominación de la burguesía. Pero deja abierta la eventualidad de un hundimiento político de ésta y prepara su relevo. La fórmula “democracia avanzada”

¹³³ [‘Loi scélérate’: leyes articuladas por el estado burgués contra el movimiento obrero, en particular contra el anarquismo, en 1893-1894, con la excusa de reprimir el terrorismo. Para consultar folleto obrero de la época: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k836767/f1.image> . El término scélérate en francés se usa como sinónimo de ‘criminal’, ‘bandido’. Optamos por traducir ‘ley antiterrorista’ que nos parece más adecuado para el contexto de nuestra lengua en la actualidad después de descartar la opción de ley antibandidaje. NdT]

contiene esta política. En rigor, en su propaganda, el PCF está presto a “nacionalizar los monopolios”, sin embargo, las nacionalidades no serán “progresivas”, dejarán un “vasto sector privado”. No obstante ello, hay un dominio en el que la dirección del PCF es intransigente: el estado debe mantenerse, no se toca al estado burgués:

“Si los soviets tuvieron una forma original en la Revolución Rusa, el parlamento en un país como el nuestro (cuyo pueblo fue el primero en instituir una república en 1875) puede ser utilizado como uno de los medios para el paso parlamentario... al socialismo”.

Se sabe qué pensaba Lenin de las repúblicas parlamentarias más democráticas. Es suficiente con leer *El estado y la revolución*, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, *El izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo* y se podrá juzgar sobre la “traición” que constituyen estas pocas líneas de Andriue.

Andriue no se para aquí, añade:

“Pero son necesarias numerosas condiciones. En primer lugar es preciso que el parlamento represente realmente a la voluntad popular, lo que implica que los diputados sean elegidos proporcionalmente. Después, que se le dote de poderes reales en lugar de quedar reducido, como actualmente, a un papel de cámara de registro”.¹³⁴

Para que nadie se llame a engaño, Andriue sitúa la línea en que se emplaza la “democracia renovada”:

“El esfuerzo de los comunistas franceses para unir a la izquierda alrededor de un programa común, se sitúa en la prolongación de una política cuyos rasgos y méritos aparecieron con una particular claridad durante los Frentes Populares y en la Liberación”.¹³⁵

A esto se le llama hablar claro. El asalto del proletariado francés en junio del 36 fue hundido en el pantano del parlamentarismo burgués. Blum proclamaba la “pausa” después que Thorez afirmase:

“Hay que saber terminar una huelga cuando están satisfechas las principales reivindicaciones.”

Símbolo del Frente Popular, Daladier, llamado representante de esas capas medias, de esta pequeña burguesía de las ciudades y campos de la que hay que hacer la conquista pacífica, a la que no hay que asustar (radicales entre los radicales), desfilaba levantando el puño entre Blum y Thorez en julio del 36; rompía la huelga general del 30 de noviembre del 38; prohibía al PC y a todas las organizaciones que se reclamasen del comunismo en septiembre del 39, y encarcelaba a sus representantes. La cámara de Frente Popular fue la que votó todos los poderes a Pétain en julio del 40. El recuerdo de la Liberación es también sugestivo. Era el tiempo “de los camaradas ministros” del “producir, producir”, de “la huelga arma de los truts”, del famoso “tríptico” de Thorez en el Comité Central de Yvry, en enero del 45: “hace falta una única policía, un único ejército, un único gobierno”. Era el tiempo en que, disponiendo de la mayoría absoluta en la Cámara, sobre la base de la representación proporcional, “socialistas” y “comunistas” participaban en el gobierno del general De Gaulle, primero, en el tripartito con el MRP, después, hasta el día en que la clase obrera, desbordando a los aparatos sindicales, en el que la huelga de los trabajadores de Renault en abril del 47 alcanzó un significado nacional y anunció que la gran masa de los trabajadores iba a sacudir y cuestionarlo todo, entonces los “camaradas ministros” fueron juzgados más útiles fuera del gobierno, como “oposición”. Duclos tomaba la precaución de afirmar entonces que los ministros del PCF dimitían: “Seguiremos siendo un partido de gobierno”, dicho de

¹³⁴ Andriue, *Les communistes et la révolution*. Julliard, París, 1968, página 241.

¹³⁵ *Ibidem*, página 237.

otra forma “fieles al orden burgués”.

Era el tiempo en el que los dirigentes del PCF cuidaban en el corazón una llaga abierta: eran raros los que como Thorez merecían los elogios del mismo general De Gaulle, aunque fuesen fúnebres, en razón de sus buenos y leales servicios en el seno del gobierno que “encarriló a Francia”.

Sin embargo, prosigue Andrieu, ningún “cretinismo parlamentario”:

“Finalmente, y sobretodo, que se apoye en un potente movimiento popular en el país, es eso una condición sine qua non pues sería caer en el “cretinismo parlamentario” creer que sería suficiente con obtener la mitad de los votos más uno en la Asamblea para que se haga la revolución. Si el sufragio universal, como ya lo hemos señalado, puede dar la mayoría a los partidos que se reclaman del socialismo, no tiene la virtud de otorgar por sí solo el poder real de formar un gobierno. Aún hay que poner fin a la dictadura de hecho de la burguesía, es decir a la dominación de los dueños de los monopolios que, detentando todas las palancas de mando del estado y de la economía, pueden detener la producción, organizar la huida de capitales al extranjero, torpedear el franco, utilizar para fines de sabotaje a los altos funcionarios de la administración, a los cuadros superiores del ejército y de la policía. Es evidente que la presión popular debe ejercerse para neutralizar la resistencias de la minoría a las decisiones de la mayoría parlamentaria”.¹³⁶

Si los términos no existiesen habría que inventarlos: ¡“la presión popular”! ¿Diez millones de trabajadores en huelga es una “presión popular”? Los oráculos del PCF despojan a los trabajadores de su huelga general (hay el ejército, las finanzas, la administración que se levantarían contra los trabajadores si éstos intentasen apoderarse del poder, afirman ellos) en favor de elecciones legislativas. Pero una mayoría parlamentaria cambia todo, y por simple “presión popular”, el ejército, las finanzas, las cuerdas de la administración, se inclinan ante la voluntad del pueblo. Desgraciadamente, con o sin mayoría parlamentaria, ni la burguesía como clase, ni el aparato de estado, pueden ser destruidos así. Hay que destruir al estado burgués y substituirlo por el estado obrero: el poder de los consejos, el poder de los soviets; cosa que rechazan expresamente los dirigentes del PCF y sus plumíferos, Andrieu, Salini y otros. El estado obrero es, en primer lugar, la organización del proletariado como clase, del que podía surgir una primera forma gracias al combate entablado por los trabajadores en mayo-junio del 68, con la formación de los comités de huelga, con su federación hasta el CCN de la huelga general.

La fórmula de la “democracia avanzada”, las frases sobre las “nacionalizaciones”, la “presión popular”, revelan su función política: un cortafuegos opuesto a la organización del proletariado como clase, embrión del estado obrero; una máquina de guerra contra el frente único obrero que levanta el proletariado como clase frente a la burguesía, a su estado, a su gobierno y que sólo pueden arrastrar a la pequeña burguesía de las ciudades y del campo a combatir junto al proletariado.

Hay que ir más lejos y decirlo claramente, las fórmulas que utiliza el PCF tiene un sentido preciso: se prepara para defender al estado burgués, al orden burgués, en caso de asalto de la clase obrera. En nombre del “parlamento”, de la “democracia avanzada”, los Noske y Ebert del PCF harán asesinar a los militantes revolucionarios, ordenarán disparar sobre la clase obrera. Además, la “democracia avanzada, renovada” y todo lo que se quiera, es una receta política de crisis cuya única función es preservar el orden burgués y su estado, que no puede resolver nada decisivamente: agravará la crisis

¹³⁶ *Ibidem*, páginas 235 y 236.

económica y social e impedirá al proletariado resolverla en su plano de clase; a los cuadros del ejército, de la policía, de la administración, de las fracciones más reaccionarias de la burguesía, del capital financiero, les suministrará una base de masas en la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, exasperada, cabreada, rabiosa por la crisis, y que haría recaer la responsabilidad sobre la clase obrera. Así se fabrica una base masas para un tipo de fascismo cualquiera.

La “democracia avanzada” es la formulación francesa, utilizada por el PCF, de una muy vieja y universal política. La crisis, que sólo está en sus premisas, que, en los años por venir, sacudirá al imperialismo mundial y, particularmente, a las potencias imperialistas decadentes de Europa, suministrará múltiples variedades, socialdemócratas, estalinistas, con diversos nombres. Todos tendrán estos rasgos comunes: verborrea demócrata-socialista, protección del estado y del orden burgués, obstáculo y contrafuego para la organización del proletariado como clase. Nutrirán los peores complots reaccionarios, fomentados desde el interior del aparato de estado burgués, y pondrán a la pequeña burguesía bajo la influencia del capital financiero que hará de ella una fuerza de choque contra el proletariado, proletariado que él mismo corre el riesgo de ser desmoralizado. Como el “Frente Popular” en su época, las nuevas fórmulas y su viejo contenido son antecámaras del fascismo, de los golpes de estado militares, de las soluciones más reaccionarias, que el capital financiero puede poner en pie y utilizar para romperle los huesos y aplastarle el cráneo al proletariado.

La burocracia del Kremlin y las burocracias satélites tienen una política no menos empírica que la de la burguesía. Vacilan y tergiversan. Dos años después de la invasión de Checoslovaquia, todavía no han podido romper al proletariado checoslovaco: el fuego arde bajo las cenizas. La enormidad de la apuesta, al igual que las propias contradicciones, les hace dudar. Comparada con la brutalidad de la represión en Hungría, la represión en Checoslovaquia parece suave. Los estudiantes y los intelectuales son expulsados por centenares de las universidades, privados de su trabajo, obligados a hacer los trabajos más bajos en relación con sus capacidades. Los profesores son expulsados de la enseñanza. Se abren investigaciones a todos los miembros del cuerpo de profesores, del ejército y de la administración. Se preparan ficheros monumentales. Se depura al partido y a las organizaciones sindicales. Se pone bajo vigilancia, se encarcela o ingresa en hospitales “psiquiátricos” a militantes. La prensa, la radio, y todos los medios de información, son amordazados y puestos al servicio del aparato. El aparato se reconstruye poco a poco. En comparación al de Novotny, todavía es más ajeno, si es posible, al proletariado y al pueblo checoslovaco, está compuesto de agentes estrictamente al servicio del Kremlin. Pero hasta el presente, el proletariado checoslovaco prosigue una resistencia pasiva en las fábricas. Existen grupos organizados. No se han producido ejecuciones comparables a las de Hungría. Dubcek, Smirkovsky, y muchos otros, no han corrido la misma suerte que Imre Nagy, Pal Maleterre y tantos otros. La represión es más abierta, o en todo caso más conocida, contra los intelectuales y opositores comunistas de la URSS. En verdad, el límite (relativo) de la represión contra la clase obrera y el pueblo checoslovaco provienen de la combinación de su resistencia a la crisis del aparato internacional del estalinismo, crisis que se manifiesta hasta en la cúspide de la burocracia de la URSS, en el Kremlin. Ir más lejos, desatar la represión sangrienta contra los 40.000 “contrarrevolucionarios” de los que habla *Pravda*, es entablar la guerra civil que se extendería a todos los proletariados de Europa del Este y al de la URSS. Es romper el aparato internacional del estalinismo, es hacer explotar la crisis que divide a la burocracia del Kremlin. Fue reveladora la conferencia de los partidos comunistas, realizada en Moscú en junio de 1969. Tras años de “preparación”, de múltiples dudas, de retrasos, al fin fue convocada. Después del

proceso de revolución política en Checoslovaquia, devenía urgente el principio de la “normalización” (en el instante en que el Kremlin designaba a China como al enemigo número uno de la civilización humana y de sus valores, solamente comparable con el militarismo japonés y con el fascismo hitleriano), urgía que se renovase el juramento de fidelidad de los partidos comunistas a la burocracia del Kremlin y que se reafirmase su apoyo, sin quejas, a su política. La conferencia llevó a un resultado inverso. En nombre del PCI y de algunos otros PC, Berlinguer se levantó contra el bipartidismo estadounidense-ruso, la disciplina de Moscú impuesta mecánicamente a los diferentes PC, la condena sin recurso contra China, planteó la cuestión de Checoslovaquia. Hecho no menos importante, *Pravda* publicó “objetivamente” las intervenciones de los PC que se oponían a la línea oficial. La significación no planteaba dudas: Berlinguer hablaba en nombre de una fracción del grupo dirigente del Partido Comunista de la URSS. La toma de posición de la mayor parte de los PC de Europa Occidental, condenando la intervención militar en Checoslovaquia, se correspondía con sus propias necesidades. La aprobación de la intervención militar por el PC francés, por ejemplo, al día siguiente de su traición a la huelga general, agravó y pudo hacer explotar la crisis del PCF. Por otra parte, los PC de Europa Occidental, por su política desde hace décadas, han introducido en el interior de los aparatos las tendencias a la adaptación directa a su propia burguesía: burócratas sindicales, de los comités de empresa, de los ayuntamientos, diputados, diputables, aspirantes a ministros, tendencia a la que molesta la subordinación estrecha al Kremlin y que necesita patentes democráticas. Jamás, sin embargo, los PC como el PCF se hubieran permitido tales descartes si, tras ellos, no estuviese un ala de los dirigentes del PC de la URSS y de su gobierno. Es suficiente con recordar que Dolores Ibarruri, que vive ya treinta años en la URSS, que sólo existe como agente del Kremlin, se ha pronunciado contra la intervención en Checoslovaquia: servía de portavoz a una fracción de los dirigentes del Kremlin. La batalla prosigue: los PC como el de Austria, han sido depurados, otros como el PC inglés resisten. El PCF ha ratificado la posición oficial de la burocracia del Kremlin durante la conferencia. Georges Marchais, Etienne Fajon, gepeuistas desde hace más o menos tiempo, controlan el aparato del PCF a cuenta de la línea oficial del Kremlin. Pero un hombre como Garaudy está, sin duda alguna, en relación con una fracción de los dirigentes del aparato del Kremlin, está más o menos abiertamente sostenido por la dirección del PCI.

De aquí a sacar la conclusión que los PC se “socialdemocratizan” no hay más que un paso que los renegados a la IV Internacional, en compañía de muchos otros, franquean alegremente. Son los depositarios de todos los tópicos políticos de la pequeña burguesía. Fácilmente, concluyen que la capacidad represiva del Kremlin se debilita y se debilitará cada vez más. Y que tampoco es concebible que pueda surgir de la burocracia, menos aun que pueda constituirse y tomar el poder en Europa Occidental un movimiento fascista de masas, una restauración del capitalismo gracias a la victoria de la “tendencia Butenko”, es decir una tendencia fascista. En rigor, estiman que, si amenazase a la URSS y a los países de Europa del Este un peligro de restauración, éste provendría más de un movimiento de masas incontrolado. Menos incluso que la crisis del imperialismo no implica mecánicamente la victoria del proletariado, lo implica la de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. El peligro proviene de la actitud reformista frente a las burocracias parasitarias. Es suficiente con la creencia en una “liberalización” de ésta, una suerte de concepción de “frente popular” o “democracia renovada”, adaptada y al uso de los países de Europa del Este y de la URSS; todo sumado, lo que ha sido denominado como “socialismo de rostro humano”. La dislocación de la burocracia no es aún la victoria del proletariado, incluso en la URSS y en los países de Europa del Este. Es necesario extirpar la burocracia hasta las raíces.

Toda ilusión a propósito de esto sería peligrosa, si no fatal. Sólo hay un medio para lograrlo: la restauración de la dictadura del proletariado.

Reivindicaciones “cualitativas” (sobredeterminadas) y Programa de Transición

Sin comprender profundamente que el movimiento de la lucha de clases en cada país, y a escala mundial, plantea el dilema: dictadura del proletariado (por el flexible y claro sistema de soviets, consejos obreros, en el marco de la democracia proletaria) o forma de dominación política de la burguesía más bárbara (que encarnan los diferentes tipos de fascismo), es imposible orientar la intervención, el combate político cotidiano, abrir una perspectiva a la lucha de clases obrera. Repetir en toda ocasión y fuera de lugar: viva el poder de los soviets, todo el poder a los soviets sería, sin embargo, quedarse en el plano de una propaganda puramente abstracta.

¿Qué soviets, qué consejos obreros? Antes de 1934, y sobretodo antes de 1933, a fin de darle un aspecto “revolucionario” a la política de los PC afirmando que la socialdemocracia era la hermana gemela del fascismo, el Kremlin imponía a los PC la consigna: “en todas partes soviets”. Era justo históricamente. Un inconveniente: no había, ni en Francia ni en Alemania, ni otras partes, “soviets”, y, además, Stalin los destruía en la URSS a fin de asentar el poder de la burocracia. El radicalismo de la frase precedía y anunciaba la política de los “frentes populares”. Era también contrarrevolucionaria. Por este medio, los datos concretos del desarrollo de la lucha de las clases quedaban negados. En nombre de “todo el poder a los soviets”, se levantaba una barrera contra la política del frente proletario, del frente único de clase y, en consecuencia, contra la formación de “soviets”; los consejos obreros surgen a un muy alto nivel de combate de la clase obrera, como instrumento de su organización y de su centralización como clase. Son la unidad del frente del proletariado devenida orgánica. La política revolucionaria expresa conscientemente el proceso por el cual el proletariado deviene una clase en sí desde una clase para sí. Parte de la realidad histórica concreta del proletariado y la eleva, sin artificios, al nivel de la realización de sus tareas históricas. No “inventa” reivindicaciones. No puede hacer abstracción de las organizaciones que la constituyen como clase, que han nacido de sus luchas, en tanto que condicionan, influyen, orientan o devienen, su combate, ni tampoco puede hacer abstracción de la conciencia política adquirida y de sus límites. El método fue explicitado por los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, sobretodo por el III y el IV; es el método del *Programa de Transición*.

Este método es rechazado tanto por los “izquierdistas”, por los “espontaneístas”, como también por los renegados a la IV Internacional. En mayo-junio del 68, fue mucho más cuestión de las “reivindicaciones cualitativas” opuestas a las “reivindicaciones cuantitativas”. Recordemos que Janus-Germain-Mnadel señala que:

“A la crisis de la propiedad y a la crisis del estado burgués nacional y de la economía capitalista “nacional” se añade la crisis de las relaciones jerárquicas del trabajo. No sucede por azar que los estudiantes y los investigadores que han sido los primeros en ser sensibles al carácter misticador de la justificación de estas relaciones por el argumento de la competencia”.

Weber y Ben Saïd afirman:

“Ante las dificultades de reciclaje, las incertidumbre de empleo en las profesiones en que la oferta está limitada a algunas empresas, avanzan (más que reivindicaciones de salarios) reivindicaciones cualitativas y exigencias

ideológicas elevadas”.¹³⁷

El eclecticismo radical de los renegados a la IV Internacional les permite muchas cabriolas, y en esta ocasión se pronuncian a favor de las reivindicaciones elementales de la clase obrera (pero ¿quién puede estar en contra?), lo que no les impide escribir:

“Cada crisis [revolucionaria] ahogada aporta su contingente de reformas anunciadas en el ascenso revolucionario, recuperadas durante el reflujó por la burguesía en su beneficio (utilización de las conquistas sociales del 36 como técnica de integración ideológica; utilización de los sectores nacionalizados en el 45, al servicio de las industrias privadas)”.¹³⁸

La filiación artificial entre las “conquistas sociales del 36” y las “nacionalizaciones del 45” ya demuestra por sí sola la confusión “ideológica” de nuestros “teóricos. Las “nacionalizaciones del 45” fueron indispensables para el capitalismo francés; sin ellas no se habría podido reconstituir un mínimo de infraestructura económica utilizando el estado burgués. Por otra parte, hay que decir que en 1938 las nacionalizaciones fueron también hechas (las de la SNCF, de la Banque de France, de determinadas industrias de armamento) porque respondían también a las necesidades del movimiento de la burguesía. Las “conquistas sociales” del 36 (aumento de salarios, 40 horas de vacaciones pagadas, convenios colectivos, delegados de taller) fueron cedidas por una burguesía que temía perderlo todo. No las “recuperó” en el sentido que atribuyen a este término Weber y Ben Saïd (medios de integración de la clase obrera en el sistema). En lo que estuvo en su poder, las recortó y destruyó. Weber y Ben Saïd retoman las afirmaciones de Pierre Frank que en 1962 escribía:

“Tenemos que reajustar nuestro programa a la situación nueva que se dibuja... Es muy dudoso que se hayan producido en toda la historia del capitalismo cambios tan importantes durante una duración a pesar de todo también limitada... En el presente, no hay parados sino pleno empleo; sin embargo, los trabajadores sienten que lo que pasa en las empresas y la economía, a excepción de bagatelas que incumben a los comités de empresa, está fuera de su decisión, empezando incluso por los salarios”.

Se trata de problemas que:

“Para recurrir a un lenguaje filosófico [no son] solamente problemas únicamente de alienación económica”.¹³⁹

Es muy normal que rechazando la apreciación de base del *Programa de Transición*:

“Las condiciones económicas para la revolución proletaria han alcanzado ya el más alto grado de madurez posible bajo el régimen capitalista. Las fuerzas productivas han dejado de crecer. Las nuevas invenciones y mejoras técnicas no consiguen elevar el nivel de riqueza material.”¹⁴⁰

Los renegados a la IV Internacional rechazan su método, aunque sea con precauciones de lenguaje, y el mismo programa. Están a la búsqueda de reivindicaciones “cualitativamente” diferentes. Tratarán sobre los “problemas de la alienación en general”. Lo peor es que este método idealista lleva a las famosas “reformas de estructuras”, a la “autogestión”, a la lucha por los “poderes”. En el mejor de los casos, cuando la “búsqueda” está animada por una verdadera voluntad revolucionaria, a reivindicaciones que tendrán que “sobredeterminar” la lucha de clases del proletariado. Se tratará de encontrar recetas que impedirán al capitalismo, a la burguesía, utilizar las reivindicaciones materiales de la clase obrera a fin de “integrarla

¹³⁷ Daniel Ben Saïd y Henri Weber, *Mai 68: une répétition générale*, página 167.

¹³⁸ *Ibidem*, página 172.

¹³⁹ *IVè Internationale*, número 16, juillet 1962, página 45 y siguientes.

¹⁴⁰ León Trotsky, *El Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, página 11.

ideológicamente”. La loca de la casa puesta en marcha, la ideas más extrañas pueden florecer pero, en todos los casos, será un puñado de ideólogos los que substituirán los procesos de la lucha de clases con sus “ideas”. La revolución sólo es secundariamente asunto de la clase obrera. Nos encontramos con el famoso ciclo provocación-represión-movilización bajo otra forma. Detrás se adivinan los trazos de los “análisis” e ideología de Althusser, entrelazados con las de Marcuse: la revolución rusa fue sobredeterminada por el Partido Bolchevique, el cual fue él mismo sobredeterminado por Lenin. La revolución ya no es la revuelta de la principal fuerza productiva, la clase obrera, contra las relaciones de producción burguesas, depende del encuentro coyuntural de diferentes componentes sin relación entre ellos. El “programa” deviene un artificio o una serie de artificios.

“Los partidos comunistas sólo pueden desarrollarse en la lucha, incluso los más pequeños de los partidos comunistas no deben limitarse a la simple propaganda y a la agitación. Deben constituir, en todas las organizaciones de masas del proletariado, la vanguardia que demuestre a las masas atrasadas, vacilantes, cómo hay que llevar a cabo la lucha, formulando para ello objetivos concretos de combate, incitándolas a luchar para reclamar la satisfacción de sus necesidades vitales, y que de ese modo le revele la traición de todos los partidos no comunistas. Sólo a condición de saber colocarse al frente del proletariado en todos los combates y de provocar esos combates, los partidos comunistas pueden ganar efectivamente a las grandes masas proletarias para la lucha por la dictadura. [...]

... sólo la derrota de la burguesía y la destrucción del estado capitalista permitirán trabajar para mejorar la situación de la clase obrera y restaurar la economía nacional arruinada por el capitalismo. Pero esa creencia no debe llevarnos a renunciar al combate por las reivindicaciones vitales actuales e inmediatas del proletariado, en espera de que se halle en estado de defenderlas mediante su dictadura. [...]

No solamente el capitalismo durante el período de su desintegración es incapaz de asegurar a los obreros condiciones de existencia algo humanas sino que también los socialdemócratas, los reformistas de todos los países, prueban diariamente que no tienen la menor intención de llevar a cabo ningún combate por la más modesta de las reivindicaciones contenidas en su propio programa. [...]

... Si esas reivindicaciones responden a las necesidades vitales de las amplias masas proletarias, si esas masas están compenetradas del sentimiento de que sin su realización su existencia es imposible, entonces la lucha por esas reivindicaciones se convertirá en el punto de partida de la lucha por el poder. En lugar del programa mínimo de los reformistas y centristas, la Internacional Comunista plantea la lucha por las necesidades concretas del proletariado, por un sistema de reivindicaciones que en su conjunto destruyan el poder de la burguesía, organicen al proletariado y constituyan las etapas de la lucha por la dictadura proletaria, cada una de las cuales, en particular, sea expresión de una necesidad de las grandes masas, incluso si esas masas todavía no se colocan conscientemente en el terreno de la dictadura del proletariado.

En la medida en que la lucha por esas reivindicaciones abarque y movilice a masas cada vez más grandes, en la medida en que esta lucha oponga las necesidades vitales de las masas a las necesidades vitales de la sociedad

capitalista, la clase obrera tomará conciencia de que si quiere vivir, el capitalismo debe morir.”¹⁴¹

Será necesario citar enteramente estas “Tesis sobre la táctica” del III Congreso de la IC que dicen además:

“La naturaleza revolucionaria de la época actual consiste precisamente en que las condiciones de existencia más modestas de las masas obreras son incompatibles con la existencia de la sociedad capitalista, y que por esta razón la propia lucha por las reivindicaciones más modestas adquiere las proporciones de una lucha por el comunismo.”¹⁴²

El método utilizado y el que servirá para la elaboración del *Programa de Transición (La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional)* que a su vez escribe:

“... toda reivindicación importante del proletariado y hasta las exigencias de la pequeña burguesía desbordan los límites de la propiedad capitalista y del Estado burgués.

[...] La IV Internacional no desdeña las reivindicaciones tradicionales del “programa mínimo” en la medida en que siguen siendo vigentes. La IV Internacional defiende incansablemente los derechos democráticos y las conquistas sociales de los trabajadores. Pero estas tareas cotidianas las realiza dentro de una perspectiva correcta, real, es decir, revolucionaria. En un momento en que las viejas exigencias “mínimas” y parciales de las masas chocan a cada paso con las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente, la IV Internacional avanza un conjunto de reivindicaciones transitorias, cuya esencia consiste en atacar abierta y decididamente las bases mismas del régimen burgués. El tradicional “programa mínimo” viene superado por el *programa de transición*, consistente en la movilización sistemática de las masas a favor de la revolución proletaria.”¹⁴³

Nada artificial, todo debe expresar conscientemente las necesidades objetivas de las masas. La tarea de los comunistas no es inventar, sino formular las necesidades de las masas, avanzar las reivindicaciones y consignas políticas ligadas orgánicamente a las reivindicaciones más elementales de las masas, como una necesidad para la defensa de los derechos y garantías arrancados por el proletariado y para su defensa en tanto que clase. Las condiciones objetivas del capitalismo en putrefacción están en contradicción con las necesidades más vitales de las masas. Ya no puede haber separación entre el programa mínimo y el programa máximo. Las consignas del *Programa de Transición* establecen el enlace porque se desprenden de las exigencias de la lucha de clases y las expresan. Pero deben ser expresadas conscientemente, las consignas y reivindicaciones deben ser introducidas conscientemente en el combate y para el combate. Son los trabajadores quienes harán su propia historia. Solo pueden dominarla si son conscientes de sus necesidades y ahí radica la tarea del partido, de la organización revolucionaria.

Cada momento de la lucha de clases ha verificado la justeza del método y del programa de fundación de la IV Internacional, y de forma grandiosa la huelga general de mayo-junio del 68 y el proceso de la revolución en Checoslovaquia. Cuando “izquierdistas”, “espontaneístas” y renegados a la IV Internacional estaban buscando “consignas”, “reivindicaciones”, “acciones”, sensacionales y ejemplares, las formuladas por la huelga general (reivindicaciones “elementales” aunque fuese) de apariencia “económica”, planteaban la cuestión del poder y servían de cimiento para el conjunto de

¹⁴¹ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Volumen 2, Edicions Internacionals Sedov, páginas 36, 37 y 38; <http://grupgerminal.org/?q=node/195> .

¹⁴² *Ibidem*, página 40.

¹⁴³ León Trotsky, *El Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, página 16.

la clase obrera. Cuando Salini afirma que “la huelga era esencialmente reivindicativa”, que era necesario “adelantar aquello que los unía [a los trabajadores], las reivindicaciones inmediatas”, realiza una ruptura entre “programa mínimo” y “programa máximo”. Exacto: los trabajadores estaban atados, ligados, a sus reivindicaciones. Querían que fueran satisfechas. Y todos lo querían. Por ello las consignas políticas estaban necesariamente en la huelga. Estaban ligadas orgánicamente con la satisfacción de las reivindicaciones. Obtener salarios superiores a los 1.000 francos por mes, las 40 horas sin disminución de salario, una verdadera escala móvil de salarios apoyada en el control de los precios por los trabajadores, la derogación de las ordenanzas, planteaba la cuestión del poder, la de un gobierno expresión de los trabajadores en lucha y organizados por los comités de huelga federados hasta el CCN de huelga. Si estas reivindicaciones, nutrían ilusiones en cuanto a la huelga general suficiente por sí misma es porque creían que sería suficiente con tumbar al gobierno. Pero sabían perfectamente que esta huelga general era política. Asociaban lucha por las reivindicaciones y lucha contra el gobierno, defensor de los intereses del capital financiero. El obstáculo no estaba por abajo, estaba por arriba. Como prueba es suficiente con recordar que los “negociadores” de Grenelle tuvieron que traicionar las reivindicaciones y dismantelar la huelga general a cambio de un plato de lentejas. El muy hábil Salini se va de la lengua citando un extracto del comunicado de la CGT publicado después de que los trabajadores de Renault hubiesen rechazado el acta de Grenelle:

“Lo que el gobierno y la CNPF no han consentido a escala nacional interprofesional, es preciso imponerlo a los otros niveles en el marco de las negociaciones, es preciso exigir inmediatamente por ramas de industria y por sectores profesionales, y que tendrán continuidad en los sectores nacionalizados públicos”.¹⁴⁴ (Ibídem, página 51)

Los “izquierdistas”, los “espontaneístas” y los renegados a la IV Internacional, al despreciar las “reivindicaciones alimentarias”, partiendo a la búsqueda de “reivindicaciones cualitativas”, han rendido servicio a los aparatos de las centrales sindicales, al PCF y al PS. A su manera han traicionado la huelga general. Todas las reivindicaciones importantes de la juventud y de la clase obrera plantean la cuestión del poder. La burguesía dispensa una formación profesional y una enseñanza medidas y limitadas a sus necesidades. Por insuficientes y limitadas que sean esta formación profesional y esta enseñanza, su mantenimiento ha devenido contradictorio con las necesidades del modo de producción capitalista decadente. Defender el derecho a la enseñanza y la formación profesional hace surgir la reivindicación de la nacionalización de la enseñanza y el problema del gobierno. Las reivindicaciones de salario, las de la garantía del empleo y de la cualificación, la incapacidad del capital para satisfacerlas durablemente se enlazan con las de la expropiación de las grandes sociedades capitalistas, de la elaboración y la realización de un plan económico bajo control de los trabajadores. Pero todas estas reivindicaciones son inseparables de una perspectiva política de lucha por el poder, por un gobierno que sea la expresión de la clase obrera.

Las mismas conclusiones se desprenden de la lucha por la defensa de las libertades democráticas. Los aparatos sindicales, el PS y el PCF, han rehusado movilizar a la clase obrera contra la ley antiterrorista. Denunciaron como una aventura, como una provocación, la propuesta de la Organización Trotskysta, de la Alianza Obrera, de la Alianza de Jóvenes por el Socialismo, retomada por numerosas secciones sindicales, de organizar el día de la discusión del proyecto de ley una manifestación masiva, en respuesta al llamamiento de las centrales y de los partidos obreros, ante la Asamblea

¹⁴⁴ *Mai des prolétaires*, Éditions Sociales, París, 1968, página 51.

Nacional. Esta manifestación plantea (frente al parlamento burgués, al gobierno burgués y por la defensa de las libertades democráticas) la cuestión del poder, de la lucha por un gobierno representante de los trabajadores.

El movimiento de los proletarios de Europa del Este, la URSS y China, hacia la revolución política, procede también de sus profundas necesidades. Todos los militantes de los países de Europa del Este que lean *La revolución traicionada*, tras haber pasado por la experiencia de la Revolución Húngara, del proceso de la revolución política en Checoslovaquia, de los movimientos universitarios de Polonia y Yugoslavia, quedaron sorprendidos por la correspondencia entre las consignas y reivindicaciones que formulan estos textos y los que llevan adelante los trabajadores y estudiantes, aquellos que cristalizan sus luchas “contra la desigualdad social y la opresión política”. Las consignas de lucha por las libertades políticas fundamentales son particularmente importantes en esos países. En todas partes el proletariado debe necesariamente reivindicar y combatir por las libertades políticas. Le son indispensables para organizar a sus sindicatos y a sus partidos, defender sus intereses más elementales, constituirse y organizarse como clase. Pero, en la URSS, en los países de Europa del Este y en China, las burocracias parasitarias defienden sus privilegios con la monopolización del aparato de la vida política. Las relaciones sociales de producción son tales que, cuando se rompe el monolitismo del aparato y se cuestiona su monopolio político, la clase obrera surge como la fuerza social principal. La cuestión gubernamental es ineluctable. Debe resolverse rápidamente.

Por supuesto, toda la vida económica, social y política, hace surgir consignas y reivindicaciones que deben ser formuladas; y alrededor de las cuales la clase obrera, la juventud y la mayoría de los intelectuales, se cristalizan y las ponen en movimiento: la defensa de los salarios, del empleo, de la cualificación, de las ventajas sociales, del derecho a la enseñanza y a la cultura, a la planificación, etc. La experiencia revela que, en el mismo momento en que la clase obrera se pone en movimiento, exige la independencia de los sindicatos, los PC se dislocan, tiende a reconstituir sus partidos y a organizarse ella misma como clase en el seno de los consejos. Por ello, plantea implícitamente la cuestión del poder, del gobierno.

En los países de Europa del Este, pero también en la URSS y, sin duda, en China, la independencia de clase del proletariado, la lucha por sus derechos y libertades, son indisociables de la lucha por los derechos de los pueblos a disponer de sí mismos, a la independencia nacional. La oposición burocrática acentúa la importancia de esta cuestión. El vergonzoso pillaje a que somete la burocracia del Kremlin a la economía de Europa del Este e igualmente de las nacionalidades de la URSS, la opresión política, ha reforzado los sentimientos nacionales y la importancia de la cuestión nacional. La perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa, en la que se integra la de la Federación de los Estados Unidos Socialistas de Europa del Este, es indispensable como solución a las cuestiones nacionales. Pero de la lucha de los pueblos oprimidos por la burocracia del Kremlin por sus derechos nacionales surgen reivindicaciones transitorias que plantean la cuestión del poder. No se puede ignorar que el Pacto de Varsovia, el COMECON, son medios de opresión política de los pueblos y de los proletarios de Europa del Este en manos de la burocracia del Kremlin, que son medios de subordinación y pillaje de sus economías.

Así, tanto en los países capitalistas como en los que están bajo el control de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites, las reivindicaciones y consignas de lucha, que movilizan al proletariado y plantean la cuestión del poder, resultan de las condiciones de existencia, de la situación histórica, de su propia realidad como clase. No pueden ser “inventadas”. Deben ser formuladas. El *Programa de Transición*

sintetiza el proceso de movilización de las masas, que expresa en consignas, tareas y perspectivas. Resulta de la experiencia revolucionaria de más de un siglo de lucha de clases del proletariado, y particularmente desde que se abrió la era de la revolución proletaria, analizada científicamente por medio del método marxista.

¿Cómo no citar, otra vez más, estas líneas que constantemente se presentan una y otra vez en los textos pablistas?:

“Para elaborar hoy en día un programa de acción y un programa de transición (del que tendrá que ser rápidamente redactado y puesto en circulación y enriquecido en toda la organización un borrador), es preciso desarrollar y sistematizar nuestra implantación”.¹⁴⁵

Se establece la confusión entre el programa de transición y su concreción circunstanciada: un programa de acción. Nada sorprendente en los pablistas, al romper con el programa de la IV Internacional han roto con lo que éste encarna: la continuidad histórica de la lucha de clases del proletariado. El programa de la IV Internacional resulta de los más grandes movimientos de masas, incluyendo su continuidad histórica, en que cada lucha, cada combate, cada victoria, cada derrota, tienen su lugar, están ligados unos con otros. En este sentido, el programa de la IV Internacional es la condensación de la más gran experiencia de masas que haya existido. Ante la falta de él, como Soubise buscaba su ejército, los renegados a la IV Internacional, buscan un “programa”. Según los vientos y mareas quieren “sobredeterminar” la lucha de clase o se arrastran a remolque de los aparatos burocráticos o de los “espontaneístas”.

Las reivindicaciones y consignas del *Programa de Transición* no forman un catálogo en el que cada reivindicación y consigna se suceden cronológicamente uno a otro. Las luchas obreras, los grandes combates de clase no pasan necesariamente en primer lugar por tal o tal estadio, en el que sería aplicable tal o tal consigna y reivindicación, y después tal o tal otra. Todo depende de la situación política concreta y no se puede excluir una situación en que la única consigna movilizadora inmediata sea la lucha por el poder. El Programa es la expresión verdadera y consciente de la experiencia de las masas, de las leyes de la lucha de clases, en la época del imperialismo y de la revolución proletaria. La intervención y el combate político no esperan “una movilización de las masas”, es indispensable para su preparación, para su desarrollo. La aplicación por la vanguardia revolucionaria, por débil que sea y por poco enraizada que esté, del programa mediante su intervención política participa del movimiento de las masas, es uno de sus elementos constitutivos. Es preciso, simplemente, que no sea arbitrario sino que se corresponda con el movimiento real de la lucha de clases del proletariado. Las consignas y reivindicaciones, los combates, la organización de las masas no brotan necesariamente espontáneamente y en todos los casos. La “espontaneidad” tiene sus límites. Así, de forma constante, también en los períodos de calma relativa como durante las luchas grandiosas, la lucha política guiada por el programa de la organización revolucionaria es la más alta expresión de la “experiencia de las masas”. La lucha política pasa por diferentes fases pero no tiene interrupción.

El frente único y la cuestión del poder

Si es cierto que toda lucha, toda reivindicación importante del proletariado, plantea implícitamente la cuestión del poder, la del gobierno, la vanguardia, la organización revolucionaria no puede evitar plantearla en términos concretos. Mucho más: el surgimiento de grandes movimientos de clase puede depender, bajo determinadas

¹⁴⁵ *Cahiers Rouges*, nº 10-11, página 126.

circunstancias, de una perspectiva gubernamental concreta que se ofrece al proletariado. La dislocación de la huelga general por los aparatos burocráticos paralizó a la clase obrera, la hundió en el aturdimiento. Durante los meses siguientes, a través de acciones parciales y limitadas, comenzó a reconstituir su frente de clase y el no masivo al referéndum del 27 de abril del 69 fue el medio que utilizó a fin de afirmarse como clase desde el mismo momento en que las organizaciones obreras, sindicales y políticas, llamaron a votar no. La caída de De Gaulle hizo resurgir aquello que la huelga general no había podido resolver por culpa de la política de las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera: el problema del gobierno, el problema del poder. Sin embargo, de forma diferente, la lucha por un gobierno de los trabajadores estaba incluida en la lógica del desarrollo de la huelga general de mayo-junio 68. Al día siguiente de la caída de De Gaulle, la perspectiva de una solución obrera a la cuestión del gobierno y del régimen dirigía el desarrollo de grandes luchas del proletariado. Sólo podía surgir del Frente Único de las organizaciones sindicales y políticas que habían llamado a votar no al referéndum. Una candidatura única de las organizaciones obreras significaba que éstas, frente a los partidos burgueses, planteaban la candidatura de un gobierno de las organizaciones obreras unidas. Inmediatamente, todas las direcciones de las organizaciones obreras, y singularmente la del PS y la del PCF, se las ingenieron para romper la unidad del frente realizado por un momento con el no al referéndum. La candidatura Deffère (apoyada por Mendès-France) salió como del sombrero de un prestidigitador. El PCF, antes de adelantar la candidatura de Duclos, exigió la “elaboración de un programa común”, condición de una candidatura común de la “izquierda”. Desarrollar una campaña política sobre el tema: frente a los candidatos de la burguesía, candidatura única de las organizaciones obreras, era luchar por el frente único obrero, el frente proletario, contra la división voluntaria y deliberada que el PS y el PCF imponían a la clase obrera. La Organización Trotskista, la Alianza Obrera y la Alianza de las Juventudes por el Socialismo entablaron esta campaña política. Participaba en la lucha política por el frente único obrero. Trazaba a la clase obrera una perspectiva gubernamental de las organizaciones obreras unidas. Pero ¿el programa? ¿No le era necesario a una candidatura única de las organizaciones obreras? ¿Qué ocurría con él?

Bajo las circunstancias precisas, el desarrollo del programa de un gobierno de las organizaciones obreras unidas se deducía de esta candidatura. La clase obrera, al luchar por la derrota de los candidatos de la burguesía, cargó con un contenido de clase a la candidatura única de las organizaciones obreras, que le tocaba desarrollar a las organizaciones revolucionarias. Era una aplicación de la táctica de clase contra clase, determinada en función de las circunstancias políticas que no alienaba en nada a las posibilidades de defender y combatir por las reivindicaciones de los trabajadores, las consignas del *Programa de Transición* y, por el contrario, servía de soporte, daba un potente impulso a su defensa. Esta táctica era circunstancial y determinada. No es aplicable bajo todas las circunstancias. Pero, incontestablemente, tras la caída de De Gaulle, contra los candidatos burgueses, un único candidato de las organizaciones obreras era una lucha de clase contra clase, desarrollándose en el plano electoral, que abría a los trabajadores la perspectiva de un gobierno de las organizaciones obreras unidas. Esta posibilidad suministraba una salida política virtual a los grandes combates de clase (salida que había faltado en mayo-junio del 68) y los impulsaba.

Por ello los aparatos burocráticos, el PS y el PCF, opusieron sus candidatos. Para la segunda vuelta de las elecciones presidenciales solamente quedan como candidatos (en caso en que aquel que obtenga más votos no alcance la mayoría absoluta) los dos candidatos que hayan obtenido más votos. En 1965, desde la primera vuelta, la adhesión

del PS y del PCF a la candidatura Mitterrand eliminaba a la clase obrera de la escena política en tanto que clase. Esta vez la operación fue llevada a cabo de forma diferente, pero el resultado fue el mismo: en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, la clase obrera fue borrada de la escena política que ocuparon exclusivamente Pompidou y Poher.

Tras la victoria política que constituyó el No de conjunto de las organizaciones obreras al corporativismo y a De Gaulle, y que entrañó su derrota y caída, los dirigentes de las organizaciones obreras infligían, deliberadamente, un fracaso a la clase obrera rompiendo su frente de clase, cerrándole toda perspectiva política, dejándole a la burguesía la posibilidad de arreglar al menor coste el futuro inmediato tras la caída de De Gaulle. En el fondo, nada estaba ni está zanjado. Pero la burguesía se benefició de un nuevo respiro. Provisionalmente taponaba su crisis financiera. La clase obrera, roto su frente de lucha, con la perspectiva política, disminuida, ha entablado luchas de relativa modesta amplitud, aunque muy significativas.

¿Qué queréis que hicieran? Los renegados a la IV Internacional tenían que participar en este bello gesto. El amigo Michel Rocard bien que participaba. Ellos no podían ser menos: la historia Krivine fue “farsa electoral”. Quiso ser el más farsante entre los farsantes, nobleza obliga. Una muestra de su prosa electoral y lírica:

“El cretino parlamentario, al mismo tiempo que rechaza esas prudentes propuestas, lanza vistazos inquietos a derecha e izquierda (sobretudo a izquierda) para ver si algún grupúsculo de aventureros izquierdistas no irá a asustar al elector frescamente ganado a las perspectivas exultantes de la izquierda unida. Este pequeño juego dura más o menos tiempo hasta el momento en que el cretino parlamentario se reconoce como, en el mejor de los casos, cornudo, en el peor, fusilado, teniendo como marcha fúnebre los sarcasmos del izquierdista que se apresta a seguirle al paredón pero que, en cuanto a él, sabe por qué”¹⁴⁶.

La sagaz doctrina de la “unidad de los revolucionarios” le dictó a Lutte Ouvrière, tras algunas recriminaciones sobre la forma en que la Ligue Communiste había designado a su candidato, el apoyo al candidato de los “revolucionarios”. ¿Por qué no? Un año más tarde, Lutte Ouvrière, siempre en nombre de la “unidad de los revolucionarios”, apoyaba sin reparos, durante las elecciones legislativas parciales del 12º distrito, la candidatura del PSU y designaba a uno de los suyos como candidato suplente. Antes de “seguir al paredón con sarcasmos y sabiendo por qué a los cretinos parlamentarios”, el izquierdista Krivine se situaba en el mismo plano político que ellos. ¿Sabía por qué? Una vez más la Ligue Communiste participaba, junto con las organizaciones tradicionales, las burocracias, en la dislocación de la unidad de clase, en la lucha contra el Frente Único Obrero. Con su estilo propio, cerraba toda perspectiva política en el plano de la clase obrera, toda respuesta propia del proletariado a la cuestión gubernamental. Los centenares de firmantes, alcaldes, consejeros generales, municipales, liberales burgueses que avalaron la candidatura de Krivine, juzgaban perfectamente su papel de clase. Los heraldos del antiparlamentarismo “iban al combate” cerrando toda perspectiva de lucha de clase contra clase del proletariado, toda concreción de la lucha de clase contra clase por una fórmula gubernamental que expresase la unidad del proletariado en función de las organizaciones que le representan. Por el contrario, avanzaban una consigna central:

“Que el estado gaullista parta con De Gaulle; exijamos no la reelección de una cámara sino la reunión de una Asamblea Constituyente por el Poder de los

¹⁴⁶ Krivine, *La farce elettorale*, Seuil – Combats, París, 1969, página 43.

Trabajadores”.¹⁴⁷

Algunas veces está permitido utilizar fórmulas que no son rigurosamente científicas. Pero, pegada a la consigna de Asamblea Constituyente, la fórmula estado gaullista toma una extraña resonancia. Ya no hay un estado burgués que deviene policiaco y corporativista bajo De Gaulle sino un “estado gaullista”. La Asamblea Constituyente es una consigna democrática burguesa. *Rouge* lo sabía perfectamente cuando escribía:

“Pero, ¿qué es una Asamblea Constituyente? Dicho a lo bestia, la Constituyente que elabora, redacta y vota una constitución. Para todos los franceses que han desgastado sus pantalones en los bancos de la escuela laica la palabra constituyente está asociada a los recuerdos de 1789”.¹⁴⁸

¡Sí y no solamente! En 1945 y en 1946, por ejemplo, De Gaulle y sus sucesores convocaron Asambleas Constituyentes. Se trataba entonces de encerrar a la clase obrera en la trampa de la elaboración de una constitución, elaborada por todos los franceses delegando su poder en los diputados: parlamentarismo burgués bajo la forma más pura, que no conoce más que ciudadanos y no clases sociales. Progresivo, y además bajo determinadas condiciones, allí donde no se ha producido la revolución democrática burguesa; esta consigna es reaccionaria, como mínimo conservadora, en un país como Francia. Sobre esto, *Rouge* deviene rojo:

“La pequeña burguesía... puede reconocerse en la consigna de la Asamblea Constituyente viendo en ella el restablecimiento de la democracia parlamentaria que fue su edad de oro. Pero esta vía está históricamente cerrada: no se vuelve atrás [salvo la Ligue Communiste que puede alegremente de un solo salto volver dos siglos atrás, hasta 1789].

La burguesía no puede aceptar hoy en día que se cuestione su poder, no puede hacer concesiones económicas a grupos de presión. Necesita un poder fuerte, sin discusión, para tomar rápida y firmemente las decisiones que le son necesarias en la competición económica internacional entre las diversas burguesías...

Si la pequeña burguesía acepta la consigna de asamblea constituyente completándola con sus propias ilusiones, la clase obrera puede ver en ello el medio para acabar con la herencia de De Gaulle, para tomarse la revancha de 1958. Le dará un contenido a través de su propia movilización y sus propias luchas. Las inquietudes de ver a la burguesía apoderándose de la consigna para reunir una Constituyente sobre la base del juego electoral actual están poco fundadas: la burguesía necesita la constitución gaullista y su poder fuerte. Una “democratización” de la constitución significaría para ella el caos político y un pesado handicap económico en el plano internacional”.¹⁴⁹

Pasemos de largo sobre la incoherencia de *Rouge* y de la Ligue Communiste que, un día, explican

“Cada crisis [revolucionaria] aporta su contingente de reformas iniciadas en el ascenso revolucionario, recuperadas por la burguesía durante el reflujo en su beneficio”

Y otro día afirman:

“No puede hacer concesiones económicas a grupos “de presión”.

La burguesía, muy bien puede recurrir en caso de crisis revolucionaria a una constituyente e incluso elegida sobre la base de la proporcionalidad. Ya lo hizo en el 45-46 en Francia y otros lugares, especialmente en Alemania en 1919.

¹⁴⁷ *Rouge*, n° 17, 1 mai 69.

¹⁴⁸ *Rouge*, n° 19, 14 mai, 1969.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

Eventualmente, recurriría a algunas maniobras de gran estilo de este género en Francia, con la complicidad del PS, del PCF y de los aparatos sindicales, pantallas tras las cuales prepararía el golpe de fuerza. En cuanto a la “clase obrera que dará un contenido [a la consigna de constituyente] a través de su propia movilización y sus propias luchas”, a pesar del aditivo engañoso y agravante “por el poder obrero”, esta consigna la encierra en los marcos democráticos burgueses y se levanta como un obstáculo para su movilización y su organización como clase, embrión del poder obrero. La encierra en el parlamentarismo burgués, la desmoviliza como clase. “El izquierdista que se apresta a seguirle al paredón pero que, en cuanto a él, sabe por qué”, le sigue, se le une y le supera en cretinismo parlamentario. ¿Qué es, según Andrieu, la “democracia renovada”?

1) “Un parlamento que representa verdaderamente la voluntad popular, lo que implica que los diputados sean elegidos con representación proporcional”;

2) “Un potente movimiento popular en el país. Esta es una condición sine qua non”.

¿A costa de quién lanza sus “sarcasmos el izquierdista”? ¿Del proletariado, de la clase obrera! El “izquierdista”, una vez más se encuentra en honorable compañía del reformista más depurado, de los estalinistas. Escamotea la cuestión del estado. El “estado democrático” reemplazará al “estado gaullista”. Al menos, así es como todo trabajador interpretará obligatoriamente la consigna de Asamblea Constituyente. Pero el “estado democrático” continúa siendo el estado burgués y, estando dada la crisis del sistema social burgués, como lo explicaba Lenin, tras la apariencia democrática el aparato de estado burgués prepara los más duros golpes contra el proletariado y las libertades democráticas. El “izquierdista sarcástico” declara indiferente que el estado burgués deviene corporativista y policíaco algunas semanas más tarde cierra sobre el cuello del proletariado el nudo corredizo de la Constituyente, del “estado democrático”.

Las libertades democráticas ¿le son indiferentes a la clase obrera? Exigir la derogación de las medidas reaccionarias tomadas por De Gaulle, ¿no sería esto necesario? Eventualmente, ¿la clase obrera no debería darle ninguna importancia al establecimiento de la proporcionalidad en las elecciones? Por supuesto que sí.

Pero se plantea un única cuestión, se plantea el siguiente pequeño interrogante: ¿cómo puede la clase obrera defender las libertades democráticas, obtener la derogación de las medidas reaccionarias tomadas por de Gaulle, eventualmente la proporcionalidad en las elecciones? Con su movilización, con su organización, con su lucha como clase, luchando por sus propios objetivos de clase. Así, estas luchas serán indisociables de la perspectiva de un gobierno que represente a los trabajadores en lucha y que descargue el hacha sobre el estado burgués, apoyándose en la clase obrera organizada como clase.

La clase obrera participa en las elecciones denunciando al mismo tiempo el parlamentarismo burgués. Con esta condición puede utilizarlas para su propia progresión política. Pero también nosotros, afirman los pablistas, hemos llamado a la prueba “la farsa electoral”. Las elecciones no son una farsa, sino un terreno de lucha política. Y, sobretodo, los pablistas ofrecen como toda perspectiva, con la consigna de la Constituyente, la “renovación del parlamentarismo”. Fijan al proletariado este marco tramposo. Cuando una Constituyente sería hoy un subproducto de la lucha revolucionaria del proletariado que, puede ser, los partidos revolucionarios deberían utilizar pero para denunciarlo.

Luchando por una candidatura única de las organizaciones obreras en las elecciones presidenciales, la Organización Trotskysta, la Alianza Obrera y la AJS le oponen a la burguesía el proletariado en sus diferentes representaciones políticas. Concretan según,

las circunstancias políticas del momento, la lucha por el Frente Único Obrero y un gobierno que sea expresión de los trabajadores, que, apoyándose en la clase obrera organizada como clase, descargue el hacha sobre el estado burgués. La única solución histórica a la crisis de la sociedad será la dictadura del proletariado, realizada por el poder de los soviets, garante de la democracia proletaria que conducirá al socialismo y a la desaparición de todas las clases. Pero la clase obrera no puede plantearse la realización de sus tareas históricas más que a través de las organizaciones sindicales y políticas que la constituyen actualmente como clase. No puede plantearse un gobierno que la represente más que en función de lo que la organiza y representa, hoy en día y no mañana. Aunque esos partidos y los aparatos sindicales estén ligados al sistema social burgués, la clase obrera les encarga realizar sus aspiraciones históricas, como defender sus intereses inmediatos; sin lo cual no tendrían ninguna influencia sobre ella.

Estos partidos son contradictorios en su naturaleza y en sus funciones. Nacieron de las luchas de la clase obrera, la representan políticamente y, desde este punto de vista, la constituyen como clase. Están ligados a la sociedad burguesa, vehiculando una política burguesa en el interior de la clase obrera. La burguesía les encarga protegerla frente a la clase obrera. El proletariado no abandona fácilmente sus antiguos partidos: lo prueba la experiencia y el análisis político lo explica. A pesar del formidable impulso que dio la Revolución Rusa a la III Internacional y a sus partidos, la socialdemocracia ha resistido y se ha mantenido durante mucho tiempo como el partido mayoritario en la mayoría de los países. Todavía lo es en numerosos países, y no pocos; o incluso representa exclusivamente a la clase obrera: Alemania, Inglaterra, etc. Es cierto que durante los primeros años de la IC a los diferentes partidos comunistas les faltaba experiencia política, que a menudo fueron ya oportunistas ya sectarios, cuando no las dos cosas a la vez, que les faltaban cuadros y que en ninguna parte se formaron direcciones de partidos comparables a la del Partido Bolchevique en tiempos de Lenin y Trotsky. Después, el estalinismo lanzó, por millones, a trabajadores y militantes bajo la influencia de la socialdemocracia, del reformismo. Sin embargo, hay otra cosa: la construcción de los partidos socialdemócratas exigió décadas de luchas, ásperas, duras, a veces sangrantes; la socialdemocracia estaba cimentada por esta historia; al lado de francos canallas, millares y millares de militantes eran los defensores cotidianos de los trabajadores, obscuramente dedicados a sus tareas. No se construye un partido obrero como se monta un bazar y no se reemplaza a un partido obrero por otro como se cambia de zapatos. La clase obrera necesita de su o de sus partidos en su lucha cotidiana contra el capital incluso si siente que éstos la traicionan. La clarificación política es una dura y larga experiencia, una larga batalla. Construir un nuevo partido... ¿pero qué partido? ¿Qué pruebas de la capacidad, valor y eficacia de este nuevo partido? Las mismas cosas son válidas para los partidos estalinistas, además con la identificación de la burocracia del Kremlin con la Revolución Rusa, con el heroísmo del Ejército Rojo, de los obreros y campesinos soviéticos durante la guerra contra el imperialismo alemán.

La clase obrera no es, además, de una homogeneidad política total. Una vanguardia puede haber comprendido la traición de los viejos partidos obreros, también capas importantes de ella, mientras que el grueso de los batallones sólo se interrogan y otros se despiertan simplemente a la vida política y vienen a reforzar a los viejos partidos obreros. La juventud se pone más rápidamente en movimiento que el grueso del proletariado y rompe también más deprisa con las viejas organizaciones, si es que no da un salto por encima.

Cada uno a su manera, las direcciones traidoras del movimiento obrero por una parte, los “izquierdistas” por otra, simplifican hasta el extremo todos estos datos. Unos, mediante un simple silogismo, se identifican con la clase obrera: por el origen de los

partidos socialdemócratas y estalinistas, por el hecho que esos partidos organizan a la más grande porción de las fuerzas militantes de la clase obrera, porque la gran masa de los trabajadores se agrupa tras ellos, concluyen que son los o el partido de la clase obrera. Los “izquierdistas” le oponen a este silogismo otro: puesto que las direcciones de esos partidos están ligadas a la burguesía, puesto que esos partidos han quebrado en su misión histórica, no son ya verdaderos partidos obreros sino partidos burgueses.

Los renegados de la IV Internacional realizan la hazaña de utilizar los dos silogismos, cuando no los conjugan. En otros tiempos (pero esos tiempos pueden volver) afirmaban que, obligados y forzados, los viejos partidos obreros (y principalmente los PC) serían obligados a tomar el poder, a hacer la revolución, a expropiar política y económicamente a la burguesía. En mayo-junio de 68, veían en las CA los órganos de doble poder y no formulaban ninguna consigna de gobierno, por miedo a que fuera “recuperada” por el PCF, remitiéndose a la “espontaneidad” o más exactamente abandonando el combate político.

La política comunista (en el sentido real del término) tiene en cuenta el desarrollo histórico del movimiento obrero, de la clase obrera, el carácter contradictorio de los partidos obreros tradicionales, la necesidad de construir el Partido Revolucionario como factor de la lucha de clases del proletariado, de formular una política que unifique a la clase en su combate contra el capitalismo y el estado burgués y que refuerce la organización revolucionaria. El Partido Revolucionario, o la organización que lo construye, [...no debe esperar a que la movilización de la clase haya comenzado a]¹⁵⁰ constituir los soviets y que el partido revolucionario haya ganado a la gran mayoría de la clase obrera, para plantear la cuestión del poder, la cuestión del gobierno. La organización revolucionaria, por su combate político, debe abrir las vías que le permitirán al proletariado pasar de una situación a otra, de su organización actual como clase a la organización de los soviets, a la dictadura del proletariado; del control de las organizaciones tradicionales y de sus dirigentes al partido y dirección revolucionarios. El Partido Revolucionario, o la organización que lo construye, deben formular en cada momento la política necesaria a la clase obrera en su conjunto. Es a lo que corresponde la estrategia del frente único obrero. La orientación del partido revolucionario consiste en ganar a las capas más avanzadas de la clase obrera y de la juventud al programa de la revolución proletaria, organizarlas no para separarlas de su clase sino, por el contrario, por medio de una política que exprese en cada momento los intereses del proletariado en su conjunto y eleve a éste al nivel de la realización de la revolución proletaria y de sus tareas. Formarán la vanguardia, pero solamente si combaten a fin de ganar a la clase obrera en su conjunto al programa y a las tareas de la revolución proletaria.

Cuando todas las reivindicaciones importantes de la clase obrera, todo movimiento importante del proletariado, plantean la cuestión del poder, del gobierno, es indispensable formular una consigna gubernamental en relación con la representación política del proletariado, de las organizaciones que él considera como las suyas, y que sea un factor de su organización y de su centralización como clase. Sin ello, no hay política revolucionaria. Tal es el sentido del gobierno de transición, del gobierno obrero y campesino. Mientras que las capas más importantes del proletariado no hayan roto con los viejos partidos tradicionales y con sus direcciones, concebirán la lucha por el poder por intermedio de éstos; convencidas de la necesidad de luchar por un gobierno de los trabajadores, por el poder obrero, encargarán a esos partidos que lo establezcan. El movimiento que los llevará, en su gran masa, a superar a esos partidos es un movimiento dialéctico. Cuando incluso constituyan soviets, comités, en contra de la

¹⁵⁰ [Evidentemente aquí hay un error tipográfico en la página 246. Falta texto. Entre corchetes la alternativa que creemos más coherente con la frase. NdT]

política de esos partidos, superarán a esos partidos y acabarán rompiendo con ellos dirigiéndose a ellos al mismo tiempo. El proceso se operará a ritmos diferentes por las diferentes capas del proletariado. No será automático sino que dependerá de la acción, del combate político, del Partido Revolucionario.

Además de que las direcciones tradicionales puedan verse obligadas a ir más lejos de lo que deseen en su ruptura con la burguesía a fin de intentar mantener su control sobre la clase obrera, esta experiencia política de las grandes masas es inevitable. Pero el Partido Revolucionario sólo puede llevarla a buen puerto si mantiene su independencia política, si formula su propia política y combate concretamente por ella. Lo que es mucho más realizable porque, justamente, esta política expresa los intereses fundamentales de la clase obrera. En ello reside, precisamente, su originalidad.

En su IV Congreso, la IC especificaba:

“El gobierno obrero (eventualmente el gobierno campesino) deberá ser empleado en todas partes como una *consigna de propaganda general*. Pero como consigna de política actual, el gobierno obrero adquiere una mayor importancia en los países donde la situación de la sociedad burguesa es particularmente insegura, donde la relación de fuerzas entre los partidos obreros y la burguesía coloca a la solución del problema del gobierno obrero a la orden del día como una necesidad política.

En esos países la consigna del “gobierno obrero” es una consecuencia inevitable de toda la táctica del Frente Único.

Los partidos de la II Internacional tratan de “salvar” la situación en esos países predicando y llevando a la práctica la coalición de los burgueses y de los socialdemócratas. Los más recientes intentos realizados por algunos partidos de la II Internacional (por ejemplo en Alemania) negándose a participar abiertamente en un gobierno de coalición de ese tipo para a la vez hacerlo solapadamente, no son sino una maniobra tendiente a calmar a las masas que protestan contra esas coaliciones y un engaño sutil de que se hace víctima a la masa obrera. A la coalición abierta o solapada de la burguesía y la socialdemocracia, los comunistas oponen el Frente Único de todos los obreros y la coalición política y económica de todos los partidos obreros contra el poder burgués para la derrota definitiva de este último. En la lucha común de los obreros contra la burguesía, todo el aparato de estado deberá pasar a manos del gobierno obrero y las posiciones de la clase obrera serán de ese modo fortalecidas.

El programa más elemental de un gobierno obrero debe consistir en armar al proletariado, en desarmar a las organizaciones burguesas contrarrevolucionarias, en instaurar el control de la producción, en hacer recaer sobre los ricos el mayor peso de los impuestos y en destruir la resistencia de la burguesía contrarrevolucionaria.

Un gobierno de este tipo sólo es posible si surge de la lucha de masas, si se apoya en organismos obreros aptos para el combate y creados por los más vastos sectores de las masas obreras oprimidas. Un gobierno obrero surgido de una combinación parlamentaria también puede proporcionar la ocasión de revitalizar el movimiento obrero revolucionario. Pero es evidente que el surgimiento de un gobierno verdaderamente obrero y la existencia de un gobierno que realice una política revolucionaria debe conducir a la lucha más encarnizada y, eventualmente, a la guerra civil contra la burguesía. La sola tentativa del proletariado de formar un gobierno obrero se enfrentará desde un comienzo con

la resistencia más violenta de la burguesía. Por lo tanto, la consigna del gobierno obrero es susceptible de concentrar y desencadenar luchas revolucionarias.

Bajo determinadas circunstancias, los comunistas deben declararse dispuestos a formar un gobierno con partidos y organizaciones obreras no comunistas. Pero sólo pueden hacerlo si cuentan con las suficientes garantías de que esos gobiernos obreros llevarán a cabo realmente la lucha contra la burguesía en el sentido indicado hace un momento.”¹⁵¹

Esta resolución concentra la estrategia y táctica del partido revolucionario, o de la organización revolucionaria que lo construye, en tanto que las organizaciones tradicionales ejercen una influencia decisiva sobre la clase obrera y para que aquel gane influencia preponderante en el seno del proletariado. No son una estrategia y táctica de espera: formulando la política que debería realizar las organizaciones tradicionales si fueran fieles a su misión original, el partido, o la organización revolucionaria que lo construye, está en situación de tomar la iniciativa del combate, en función de las circunstancias y de su influencia sobre determinados sectores de la clase obrera y de la juventud obrera y estudiantil que pueden repercutir sobre el conjunto de la clase obrera. Diversificado, su intervención está así ordenada en los sindicatos, las fábricas y entre la juventud obrera y estudiantil. La estrategia y la táctica del Frente Único Obrero guían la intervención y el combate político en el interior de los sindicatos y por la defensa de los sindicatos: independencia de los sindicatos en relación con el estado burgués, combate por una única central sindical, única y democrática, Frente Único de las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera contra la burguesía, su estado y su gobierno, por la defensa de las reivindicaciones de los trabajadores que se integre totalmente en la perspectiva de un gobierno de las organizaciones obreras unidas.

Pero también es válido en lo que concierne a la juventud obrera y estudiantil, que tienen su originalidad, que deben organizarse y ser organizadas en su propio plano, que tienen sus consignas y reivindicaciones específicas, pero que, en ningún caso, pueden “servir de sustituto” ni para el proletariado ni para el partido revolucionario.

Aplicación concreta de la estrategia del Frente Único

En mayo-junio del 68, y tras mayo-junio del 68, durante las elecciones presidenciales, después de las elecciones presidenciales, la OT, la AO y la AJS, no cesaron de adelantar la consigna de “gobierno obrero”, concretándola en función de la situación política y de los desarrollos de la lucha de clases, consigna que es una consecuencia inevitable de toda la táctica del Frente Único.

En lucha contra el FOU, alternando la fraseología izquierda y oportunista, pasando “de los CA órganos del doble poder” por la lucha por “los poderes”, a la glorificación del “primer territorio socialista libre” (la Sorbona), los renegados a la IV Internacional, tras haber “boicoteado el referéndum”, se han apoderado del programa “de los demócratas consecuentes” de 1789, La Constituyente. Gloria y honor a estos valerosos pioneros. En ningún momento han sido capaces de formular una consigna gubernamental que expresase al proletariado como clase y abrir así una vía a la instauración del “poder obrero”.

En apariencia, todo prosigue. La transición de De Gaulle-Pompidou se ha efectuado sin dolor. Rompiendo la unidad que concretan el No al referéndum, los dirigentes del PS y del PCF, con la colaboración de Krivine y Rocard, han cerrado cualquier

¹⁵¹ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Volumen 2, Edicions Internacionals Sedov, páginas 149 y 150; <http://grupgerminal.org/?q=node/195> .

perspectiva política propia a la clase obrera. Son ellos los que han asegurado la calma de la transición.

La ausencia de perspectiva política propia paraliza a la clase obrera. Tras mayo-junio del 68, la clase obrera siente profundamente que la solución se sitúa al nivel del gobierno. Sin embargo, han tenido lugar importantes movimientos de huelga, movimientos que son característicos. La clase obrera se esfuerza en reconstituir su frente de clase, en reaccionar contra la política gubernamental, en controlar sus movimientos.

Con el V Plan desbaratado por la huelga general de mayo-junio del 68 y el fracaso de De Gaulle, los plazos se mantienen y se hacen más apremiantes. Los objetivos del V Plan, se vuelven a ver, agravados, en el VI Plan. Pero son difíciles de aplicar contra una clase obrera consciente de su potencia. También la política gubernamental aparece como deshilvanada y anárquica. Pero continúa el desmantelamiento de la universidad, de la educación y de la formación profesional. Los anexos del informe Nora se han aplicado progresivamente. Se multiplican las fusiones, concentraciones y eliminaciones de empresa. Se ataca a la sanidad y a los servicios hospitalarios. Se intensifican las medidas que acentúan el carácter policíaco del estado burgués: nueva ley antiterrorista, demostración policial, prohibición de manifestaciones, disolución de organizaciones, ley sobre el servicio militar. Las direcciones sindicales firman contratos de progreso y acuerdos marcos. Conjuntamente, la “mayoría” se desagrega. En el momento en que se dibuja una resistencia que emana de la clase obrera, el gobierno teme, vacila y tergiversa, deja hacer a las direcciones de las organizaciones sindicales.

Su ángulo de ataque está dirigido, en primer lugar, contra la juventud a la que se esfuerza en aislar con la complicidad de los dirigentes de los partidos y sindicatos obreros.

Huelgas como la de los ferroviarios de septiembre del 69, como la de la Seguridad Social en octubre del 69, como la huelga de los estudiantes en medicina y lenguas, tienen una gran importancia sintomática. Durante esos movimientos, la búsqueda del control de sus movimientos por los trabajadores en huelga, la formación de comités de huelga que no rechazan a las organizaciones sindicales, es un rasgo común, más o menos acentuado y en función de la intervención organizada de los militantes de la OT, de la AO y de la AJS. Otros movimientos tienen otras características: las organizaciones sindicales de Berliet firman un verdadero contrato de progreso; los trabajadores de Berliet lo cuestionan con su acción. Para romper la combatividad de los trabajadores de la RATP, las direcciones sindicales intentan imponerles huelgas alternas; fracasan y se ven obligadas a dar una orden de huelga de 24 horas a todos los trabajadores de la Régie, que demuestra que los trabajadores de esta corporación están prestos a entablar unidos el combate. Los dirigentes de las organizaciones sindicales precipitan entonces la firma del acuerdo marco. La contradicción es manifiesta entre la política de las organizaciones sindicales y las tendencias profundas en marcha en el interior de la clase obrera. Al mismo tiempo, los trabajadores utilizan los canales de las organizaciones sindicales.

Una fotografía de la situación la haría parecer un extraño puzzle con los aspectos más contradictorios e incoherentes.

En realidad, tanto la burguesía como las direcciones de las organizaciones obreras, no se equivocan al respecto: la caída de De Gaulle ha arruinado el equilibrio político burgués, incluso si las instituciones políticas se mantienen en pie. La burguesía tendrá que reagruparse según otros ejes políticos, que todavía es incapaz de definir. La clase obrera exigirá que sea su victoria política sea reconocida. Cada uno se prepara para la batalla a su manera.

Las luchas de la clase obrera parecen esporádicas. Tres años después de la huelga general de mayo-junio del 68, dos años después de la caída de De Gaulle, todavía no ha empezado el movimiento que moviliza al conjunto de sus fuerzas, o sea un enfrentamiento global con la burguesía, su estado y su gobierno. Pero han pasado cinco años desde la huelga de los mineros y la huelga general de mayo-junio del 68. No fueron años vacíos. La clase obrera se preparaba, trazaba su camino. Ha superado enormes contradicciones. Tiene conciencia de su potencia, pero ésta toma su expresión organizada a través de las organizaciones sindicales dirigidas por aparatos ligados a la burguesía, por partidos que defienden el sistema social burgués, al estado burgués y al régimen político burgués del momento. Tiene conciencia de la necesidad de su unidad como clase, de que la dividen los aparatos y partidos obreros tradicionales. Sabe que le es preciso resolver la cuestión del gobierno y que los aparatos le cierran toda perspectiva. Asimila que la huelga general no es suficiente, que será necesario organizarse y centralizarse como clase, dotarse de sus propios órganos de clase y los aparatos, los partidos tradicionales, la vuelven a enviar al parlamentarismo, a la simple papeleta de voto, a la “democracia renovada” y otros a la “asamblea constituyente”. En ausencia del partido revolucionario y de una dirección revolucionaria, que no se improvisa, su paso político es necesariamente sinuoso y parece irregular, espasmódico. Se afirma en tal o tal movimiento parcial, seguido de intervalos más o menos largos, en los que todo parece quieto. En verdad, esos movimientos son de una importancia capital, sus rasgos prefiguran los rasgos de los grandes movimientos de clase. Es la organización revolucionaria quien tiene que deducirlos, valorizarlos, integrarlos en una política coherente, intervenir y combatir para sistematizar la significación política profunda de los movimientos y relacionarlos con una perspectiva de conjunto. Mucho más porque, sin pretender todavía ser actualmente la dirección revolucionaria, su influencia puede ser considerable. Contribuyendo a la maduración política de la clase obrera, se implanta, se organiza y se desarrolla

Es la política de los Trotskistas como de la Alianza Obrera y de la AJS. La perspectiva de un gobierno de las organizaciones obreras unidas se opone a la “democracia avanzada”, a las chapuzas y renovaciones parlamentarias, del tipo de asamblea constituyente. Ordena y se apoya sobre un conjunto de consignas que concretan la política de Frente Único obrero, de “frente proletario”: por una conferencia en defensa de la juventud organizada por las organizaciones obreras; por conferencias obreras y democráticas en cada corporación y empresa, organizadas por las organizaciones sindicales y formadas por delegados de los trabajadores designados por asambleas generales; por Encuentros Nacionales del Frente Único Obrero. Estas consignas combinan el Frente Único en las cúspides con la democracia obrera, con la organización y centralización de la clase obrera como clase. El programa de acción contra el capitalismo, hacia el socialismo, encuentra así su marco y sus medios de lucha. El agrupamiento, la organización de la vanguardia, la construcción del partido revolucionario, devienen procesos indisociables de la lucha de clases, por la lucha y en la lucha, sobre esta política. Se reúne y organiza una fuerza militante: el 1 de febrero de 1970 en que 9.000 jóvenes trabajadores y estudiantes participaron, a iniciativa de la AJS, en la reunión de Bourget, el 1er Congreso de la Alianza Obrera que representaba a 5.000 trabajadores. Es imposible prever cuando y cómo se entablarán los combates de clase cuya amplitud y profundidad políticas superarán a las de mayo-junio del 68, que plantearán mucho más netamente la cuestión del poder, de la organización y de la centralización del proletariado como clase. Entrarán en juego muchos factores: crisis financiera y económica, crisis política de la burguesía y del estalinismo, desarrollo de la lucha de clases en los otros países, nuestra propia capacidad para intervenir eficazmente

en la lucha de clases, para organizar una fuerza militante entre los jóvenes y los trabajadores. Verosímelmente, se entablarán de forma “imprevisible”: un sector de la juventud o de la clase obrera que entabla la lucha y alrededor de la cual se cristaliza toda la clase, un ataque de la burguesía mal calculado que se vuelve en su contra. Pero es posible decir que combinarán el desbordamiento de los aparatos sindicales y de los partidos tradicionales, la utilización de las organizaciones sindicales, el recurso a esos mismos partidos tradicionales, incluso cuando los trabajadores formen sus comités de huelga, o sus comités obreros, y los federen a todos los niveles. El movimiento natural de los trabajadores se girará naturalmente hacia las viejas organizaciones y les pedirá que tomen la responsabilidad política de la lucha, hasta luchar por formar un gobierno representativo de la clase obrera. El partido revolucionario, o la organización revolucionaria que lo construye, cosecharán lo que hayan sembrado. El movimiento de la clase no se reducirá a este aspecto. Impelerá a la diferenciación y dislocación en el seno de las organizaciones sindicales. Sobretudo entre la juventud y las generaciones más jóvenes de trabajadores, muchos superarán inmediatamente el marco de las organizaciones tradicionales. Determinados de entre ellos irán a la organización, a los partidos revolucionarios de su primer movimiento, otros no escaparán a la tentación izquierdista mientras que algunos otros se mantendrán a medio camino en una posición centrista. Habrá que aprehender la profunda unidad de esta diversidad: el movimiento de una clase cuyas diferentes capas avanzan a diversas velocidades hacia la toma del poder. La política del partido revolucionario consistirá en organizar a las capas más avanzadas del proletariado y la juventud, sobre su programa; en ganar para su programa a militantes que tenderán a romper los marcos políticos y organizativos de las viejas organizaciones, a abrirles un camino político hacia el programa de la revolución proletaria y el partido revolucionario, en luchar contra las ilusiones izquierdistas y centristas, en hacer progresar a las grandes masas del proletariado hacia la lucha por el poder. El eje de toda esta política, es el Frente único Obrero, formulada a nivel de las tareas políticas del momento, el gobierno obrero en función de las condiciones políticas y organizativas del proletariado hacia el poder de los soviets, hacia la dictadura del proletariado.

Puede que, e incluso sin dudas, el gobierno obrero no resulte de las próximas grandes luchas de clase, que hagan falta nuevas grandes batallas de clase, también habrán ascensos y descensos en las luchas del proletariado. Puede que, e incluso sin duda, veamos gobiernos formados por organizaciones obreras que serán gobiernos burgueses camuflados. Durante el proceso de su propia construcción, el partido revolucionario expresará constantemente una política de clase, y por tanto la unidad de la clase, hasta el día en que, de esta unidad, salga la expresión reconocida: entonces tomará el poder.

¿Se trata de una “táctica francesa” necesaria en razón de la división del proletariado francés en numerosas centrales sindicales y partidos obreros? En absoluto. Según formas apropiadas, se impone tanto en Inglaterra como en Alemania, Italia y Bélgica una política determinada por los mismos principios. A pesar de Wilson, los políticos de derecha y de izquierda del Labour Party, el proletariado inglés considera a este partido como el suyo. Los trabajadores alemanes (incluyendo a los de Alemania del Este) también consideran a la socialdemocracia como el suyo. Las Trade-Unions británicas, como también la DGB, son las organizaciones sindicales de los trabajadores ingleses y alemanes.

A este propósito, las reacciones de los renegados a la IV Internacional son reveladoras de su impresionismo pequeño burgués. Niegan el carácter de organizaciones obreras a FO y al PS en Francia, en razón del carácter reaccionario de la política de FO

y del PS. La política del aparato de la CGT y del PCF ¿es menos reaccionaria?

¡Curioso! ¡¡Por qué no medir el carácter “obrero” de una central sindical o de un partido, con criterios los de la influencia minoritaria o mayoritaria sobre la clase obrera a cuenta de esto!! Los orígenes históricos deben ser considerados, el hecho que más allá de la simple contabilización, el proletariado, en función de sus tradiciones, encuentra su unidad como clase cuando la CGT, FO, el PS y el PCF, combaten juntos. Esto sigue siendo cierto hoy en día todavía, a pesar del hundimiento electoral del PS y de los restringidos efectivos de FO en determinados sectores clave de la clase obrera. La CFDT no responde a estos criterios. Toda la fuerza de la FEN, por el contrario, procede de la unidad conservada en el seno de una misma federación entre las diferentes tendencias y corrientes del cuerpo de profesores, por tanto de los trabajadores. Los renegados no comprenden que FO y el PS son expresiones francesas de una corriente histórica e internacional del proletariado: el reformismo, que es imposible tacharlo mientras que el proletariado no haya abierto un nuevo período histórico mediante su movimiento, sus luchas y la toma del poder. Pero esta transformación de cantidad en calidad está todavía por llegar. Entonces morirán el reformismo y el estalinismo. Es cierto que, verosímilmente a fin de no ser menos que la Ligue Communiste, el International Marxist Group en Inglaterra ha “boicoteado” las elecciones legislativas inglesas de 1970, lo que, en la práctica repercute en llevar adelante campaña contra el voto por el Labour Party.

En Inglaterra y en Alemania, la unidad del frente proletario toma su expresión gubernamental mediante las fórmulas: por un gobierno del Labour Party, por un gobierno socialdemócrata, que apliquen un programa socialista. En Italia, los términos del FUI son comparables a los de Francia entre los Partidos Socialistas y el PCF. En todos los países la traducción práctica de la estrategia del frente único proletario depende de las tradiciones históricas, de la organización sindical y política del proletariado. Debe ser determinada y formulada concretamente. En los EEUU, por ejemplo, un país en el que dos grandes partidos burgueses tienen el quasimonopolio político, en el que los sindicatos sirven de soportes políticos a esos partidos (aunque sean sindicatos de clase), la consigna y la lucha por la constitución y construcción de un Labour Party concretan la lucha por el Frente Único Obrero. Sin batirse a fin que la AFL-CIO rompa con los partidos burgueses e impulse la formación de un Labour Party es imposible situar el frente de lucha del proletariado y abrir una perspectiva gubernamental.

El proceso de la revolución política en Europa del Este y en la URSS reclama también que la clase obrera se una y organice como clase a fin de expulsar a la burocracia, de tomar el poder y, como lo explica Trotsky (y verifica la experiencia), “proceder a la limpieza sin piedad de los servicios del estado”. La expropiación de la burguesía, los orígenes del estado, su carácter obrero, las relaciones sociales de producción, la tradición de la Revolución Rusa, influirán directamente la forma en que el proletariado se organizará e irrumpirá abiertamente en la escena política. Los consejos obreros nacen desde que las masas entablan el combate y devienen abiertamente activos políticamente. En un nivel más elevado, las masas constituyen los órganos del frente único de clase, los soviets y los consejos obreros.

Pero la lucha política existe antes de que aparezcan los consejos obreros. El partido revolucionario, o la organización que se fija como tarea construirlo, no dependen de la aparición de los consejos obreros que suponen un punto muy avanzado de la crisis del aparato burocrático, en el que la clase obrera actúa a plena luz, abiertamente. Depende de numerosas circunstancias políticas, de entre las cuales la realidad de la IV Internacional y del combate por su reconstrucción es la más importante. La ilegalidad de

una organización no es su inexistencia, el hecho que se vea obligada a reconstituirse o reconstituirse en la emigración menos. Tiene y debe jugar un papel político antes que surjan los consejos obreros y a fin que surjan. Que no haya sido así en Alemania del Este, Polonia, Hungría y Checoslovaquia, no es un ejemplo histórico a respetar y con el que debería conformarse todo proceso hacia la revolución política. La desagregación de la burocracia libera corrientes, tendencias; abre fisuras en el interior de los PC y de los sindicatos. Permite que se eleve la voz de los escritores, de los intelectuales. Se traduce en cambios en el seno de la clase obrera que se limitan algunas veces a una resistencia pasiva más acentuada frente a los mandatarios de la burocracia pero que, otras veces, van hasta huelgas y acciones diversas.

Unificar en un combate político común contra la burocracia, esas corrientes, esas tendencias, estas acciones; proponerles consignas y reivindicaciones elementales, abrirles una perspectiva política, es una tarea política de la organización que construye el partido revolucionario. En Hungría y Checoslovaquia, la desagregación de las burocracias parasitarias hizo estallar a los PC. La burocracia del Kremlin finalmente se decidió a intervenir en Checoslovaquia cuando el derecho de tendencia, que se había afirmado en la práctica, iba a ser reconocido en el 14 congreso del PC checoslovaco. Se trataba de un primer paso hacia la constitución de nuevos partidos, mientras que renacía el partido socialdemócrata y aparecían embrionariamente otros partidos.

El partido revolucionario debe combatir a fin que esas tendencias, esos partidos realicen el Frente Único sobre un programa de democracia abierta, que dé satisfacción a las reivindicaciones de los trabajadores, de la juventud, de los intelectuales y de los campesinos. La formación de los consejos obreros, su federación a todos los niveles, no puede dejarse al albur de la simple espontaneidad. Si cuando las masas se ponen en movimiento espontáneamente surgen, en efecto, los consejos obreros, no se producen automáticamente ni su federación ni su centralización y, en cualquier caso, se realizan mucho más lentamente. En Hungría, solamente después de la segunda intervención rusa se formó el consejo central de Budapest.

La revolución política también necesita que la clase obrera se centralice como clase. Defender y regenerar las conquistas de tipo socialista, expulsar a la burocracia, destruir sus privilegios, plantean inevitablemente el problema del gobierno. Al proletariado y al partido revolucionario no les es indiferente que el gobierno esté formado por Novotny o por Dubcek, por Geroe o por Imre Nagy, por Dubcek o por Husak, por Imre Nagy o por Kadar. Es necesario combatir las estupideces izquierdistas que ponen un signo igual entre todo.

Saber establecer la diferencia es capital; contra la burocracia del Kremlin y sus instrumentos directos, el partido revolucionario puede ser llevado a realizar el Frente Único con corrientes y tendencias como la de Dubcek. Puede que tenga que defender este género de gobierno a la manera en que los bolcheviques defendían al gobierno de Kerenski contra Kornilov, sin concederle la menor confianza, sobre su propio plan y según sus propios métodos, sin nutrir él mismo ni a las masas con ninguna ilusión.

Aún es preciso saber diferenciar entre Ducek arrestado, Dubcek volviendo de Moscú tras haber capitulado, Dubcek expulsado del gobierno y del partido y perseguido. Con mucha más razón entre Dubcek e Imre Nagy.

Pero el partido revolucionario combate por un gobierno formado por partidos y organizaciones que se apoyen sobre el proletariado organizado como clase en el seno de los consejos, de los soviets regenerados: un gobierno de los partidos soviéticos. La estrategia del Frente Único proletario, del Frente Único Obrero, y su expresión más elevada (la respuesta gubernamental), es tan necesaria para la lucha por la revolución social como para la lucha por la revolución política.

Nada más normal: la revolución social y la revolución política son expresiones diferenciadas de un mismo proceso histórico: la revolución proletaria mundial. La hegemonía del proletariado se afirma durante la revolución proletaria mundial y, finalmente, a través de la dictadura del proletariado. Exige que se unifique y centralice como clase. La línea estratégica del Frente Proletario, del Frente Único Obrero, ordena la política revolucionaria: desde las luchas económicas y políticas elementales, pasando por el gobierno obrero y campesino, hasta el poder de los soviets, hasta la dictadura del proletariado.

La lucha por el Frente Único Obrero, la lucha por el poder, la lucha por la construcción del partido revolucionario, son categorías de una misma totalidad: el combate por el socialismo.

V ¿“NUEVAS VANGUARDIAS”? ¡NO! RECONSTRUCCIÓN DE LA IV INTERNACIONAL

Mutaciones políticas y continuidad del pablismo

Dos años más tarde, ¿qué queda de las “ideas de Mayo”? ¡Nada! La razón es muy simple, nunca hubo “ideas de mayo”. Esta atractiva apelación servía de etiqueta a los viejos camaleones ideológicos. La Sorbonna, Censier, tras Nanterre, habían devenido mercado de las pulgas ideológicas. El ex JCR quería reunir a toda la quincalla intelectual. Weber y Bensaïd manifiestan su extrema satisfacción cuando evocaban el mitin del 9 de mayo en la Mutualité:

“La JCR tiene mitin en la gran sala de la Mutualidad. Esta reunión estaba prevista desde hacía tiempo. Llevaba un título profético: “la juventud, de la Révolte a la Révolution”, los líderes de los principales movimientos estudiantiles tenían que tomar la palabra. Daniel Cohn-Bendit, pidió a la JCR abrir su mitin a todo el movimiento. Tras las intervenciones de los oradores previstos, se podría retomar y concluir los debates iniciados en el bulevar Saint-Michel. Nosotros aceptamos la propuesta.”¹⁵²

La ex JCR se disolvía ella misma antes de ser disuelta por el gobierno. Se situaba en su justo lugar entre el areópago de la “nueva vanguardia” y ofrecía su tribuna al “substituto provisional del partido revolucionario”, con múltiples encarnaciones. En este mitin:

“Ernest Mandel presentó un remarcable análisis de la revuelta estudiantil en los centros imperialistas, basado en una nueva apreciación del lugar que ocupa la fuerza de trabajo intelectual en el proceso de producción. Por fin, todos los componentes del movimiento estudiantil exponen tanto como quieren su punto de vista sobre el estado presente de la lucha y las perspectivas de futuro”.

Bensaïd dio prueba de la mejor voluntad:

“Haciendo el balance de la experiencia del “22 de Marzo” invitó a todos los grupos de vanguardia a integrarse en el movimiento. Es preciso que los grupúsculos comprendan que el desarrollo de la vanguardia depende del auge del movimiento de masas y que, en consecuencia, tengan a bien asegurar su progresión. No se trata en absoluto de fundirse en el movimiento y desaparecer en él. Se trata de abandonar la actitud grupuscular que consiste en buscar en cualquier ocasión imponer su marca y sello a costa del movimiento de masas.”

Daniel Cohn-Bendit, nombrado “co-presidente del mitin” exige incluso más:

“se declara de acuerdo con Bensaïd “salvo sobre la cuestión del partido revolucionario”. Retomando ampliamente el tema de la integración en el movimiento de masas, ruega a los grupúsculos a que rechacen el espíritu de capilla en el cual ve una resurgencia de las tradiciones estalinistas propias al movimiento comunista francés. Hay lugar para un movimiento de masas único que reagrupe en la acción a todos los grupos que se sitúen en la izquierda del PC.

¹⁵² Daniel Ben Saïd y Henri Weber, *Mai 68: une répétition générale*, página 130.

Tal movimiento se organizaría por la base, en comisiones y comités que elaborarían soberanamente su línea de intervención.”¹⁵³

A partir del impulso de Bensaïd desarrolla el ataque contra la construcción del partido revolucionario, contra el bolchevismo, invocando el estalinismo. El mitin dará igualmente ocasión al responsable de la UJCML de retomar las calumnias estalinistas contra Trotsky y el trotskismo.

“Finalmente, intervienen Jean-Louis Peninou, animador del MAU “felizmente para nosotros, dice, el gobierno no retrocedió ayer por la noche, pues en ese caso, nosotros también lo hubiéramos hecho. A pesar de su extraordinaria capacidad de combate, el movimiento ha demostrado hasta que punto es vulnerable. Mientras no estemos organizados serán posibles todas las recuperaciones, todos los compromisos. No necesitamos un Comité Central de Huelga, el papel de la UNEF y del SNE-Sup, bajo las actuales condiciones, es cumplir las funciones de portavoz y centro coordinador del movimiento. Nos hacen falta comités en la base para organizar la unidad de la base en la acción y sobretodo por la acción.”

Habiendo hablado la “nueva vanguardia”, las múltiples cabezas del “sustituto provisional del partido revolucionario”, Weber y Bensaïd concluyen satisfechos:

“De estos debates se deduce una actitud común. En el plano político, se define por la voluntad de proseguir hasta el final la prueba de fuerza entablada con la esperanza de abrir una crisis mayor en la sociedad política francesa. En el plano organizativo, se define por el respeto a la autonomía del movimiento de masas, que no se trata de “controlar” o de “infiltrar” sino de organizar en la base sobre temas de contestación radical de la Universidad y en la línea ya aplicada en Nanterre: de la contestación de la Universidad a la contestación de la sociedad burguesa.”¹⁵⁴

Este mitin, dominado enteramente por Cohn-Bendit, era un primer bosquejo de la “unidad de los revolucionarios”. Ilustra lo que fueron las “ideas de Mayo”: una mezcla de anarquismo degenerado, de anticomunismo y de ideología emanada de la CFDT y del PSU. Pero por rancias que sean las “ideas de Mayo”, proseguirán su camino. Una vez más, los renegados a la IV Internacional son los campeones de ello. El ilustre compadre de Janus-Germain-Mandel, Livio Maitan, en el IX Congreso Mundial de los pablistas, los desarrollaba bajo otra forma:

“La perspectiva fundamental, la única realista para América Latina es la de una lucha armada susceptible de durar largos años. Por ello, la preparación técnica no debería concebirse simplemente como uno de los aspectos del trabajo revolucionario, sino como el aspecto fundamental en los países en los que las condiciones mínimas no están todavía reunidas... el eje principal será para todo un período la guerrilla rural... incluso si la iniciativa aparece al principio como proveniente del exterior o unilateralmente (este fue el caso de la guerrilla boliviana del Che).”

Esta política exige:

“la integración en la corriente revolucionaria histórica representada por la revolución cubana y la OLAS, lo que implica, más allá de las formas, la integración en el frente revolucionario continental que la OLAS constituye.”

Las mismas ideas, el mismo método, se vuelven a encontrar: en mayo-junio de 68, los estudiantes eran los protagonistas del ciclo provocación-represión-movilización, en América Latina esto será “la guerrilla rural... incluso si la iniciativa aparece al principio

¹⁵³ *Ibidem*, páginas 130 y 131.

¹⁵⁴ *Ibidem*, página 133.

como proveniente del exterior o unilateralmente”. Sobredeterminación de la lucha de clases; disolución política, si no organizativa, de la organización que pretende construir el partido revolucionario en el interior de un conglomerado de corrientes y tendencias animadas por las ideologías pequeño burguesas; anarquismo degenerado de Cohn-Bendit, guerrillerismo populista del Che Guevara son los ingredientes de esta mixtura política; búsqueda de fuerzas sociales y políticas exteriores al proletariado para que lo substituyan y, necesariamente, lucha contra la concepción bolchevique del partido revolucionario; aunque naturalmente no se puede establecer ninguna comparación, en tanto que hombres y combatientes, entre el “juanmecago” Cohn-Bendit y el Che Guevara, que sacrifica su vida a sus ideas. El pablismo ha conocido y conocerá muchas peregrinaciones políticas, se mantiene constantemente fiel a sí mismo en esto: búsqueda de un sustituto del proletariado en la lucha de clases, búsqueda de un sustituto para la lucha por la construcción del partido revolucionario. Ayer, los pablistas preveían que la burocracia del Kremlin se vería obligada durante “la guerra que venía” a expropiar a la burguesía mundial, a realizar las tareas de la revolución proletaria, estimaban que la construcción del socialismo duraría siglos. El “entrismo sui generis” era la conclusión lógica de este análisis. Más tarde, el “epicentro de la revolución” fue por fin encontrado: los países económicamente atrasados. Y los partidos pequeño burgueses (FLN argelino, Movimiento del 26 de Julio cubano, MNR boliviano, hasta los Panteras Negras, etc.) devenían los ejemplos tipo de partidos revolucionarios. De ahora en adelante, los nuevos intelectuales son los motores de la lucha de clases “en los centros imperialistas” mientras que su colega Livio Maitan se remite, en lo que concierne a América Latina, a la guerrilla incluso “importada desde el exterior y unilateralmente”. En consecuencia: en mayo-junio del 68 la exJCR se disolvía políticamente en el seno de la “nueva vanguardia” y, hoy en día, las organizaciones latinoamericanas pablistas deben “integrarse en la OLAS”. Habrá otras variaciones. Ya se han producido algunas. Al principio, *Rouge* se proponía, sin programa, sin línea política definida, sin fronteras, reunir a la “nueva vanguardia”. Los animadores del espectáculo esperaban que se aceptasen las posiciones del Secretariado Unificado mediante trucos y aprovecharse de una organización mal definida políticamente. Fue necesario desengañarse: bestiamente, la “minoría” se cogió a los escritos de Weber y Bensaïd que escribían:

“No existe vanguardia autoproclamada. El movimiento presente es la prueba de la verdad en la cual cada uno será juzgado en su justa medida.”¹⁵⁵

Replica: fundar la Ligue Communiste, adherirse al Secretariado Unificado es “autoproclamarse vanguardia”. Pues:

“Es falso que hayamos sido capaces [en mayo-junio 68 y después] de abrirle al movimiento las perspectivas políticas y organizativas, es decir de jugar efectivamente el papel de vanguardia... nuestra conquista teórica... Negamos que esta conquista nos haya permitido suministrarle al movimiento de masas reales perspectivas políticas y organizativas... en el punto 9 del preámbulo [del texto de la tendencia mayoritaria] se dice: “porque comprendemos la necesidad de una organización y su vocación internacional, pensamos constituir la vanguardia”. Por tanto, constituimos la vanguardia no porque seamos capaces de hacerles realizar a las masas la experiencia práctica de su situación de clase sino porque... ¡comprendemos la necesidad de una organización! “La comprensión de la necesidad de una organización internacional” es, en primer lugar, planteada en tanto que tal desligada de las tareas políticas que la organización tiene que cumplir, y de su capacidad para cumplirlas efectivamente (fetichismo de

¹⁵⁵ *Ibíd.*, página 130.

organización); después, esta misma comprensión fetichizada de la organización de vanguardia es, a su vez, ¡planteada como criterio de nuestra naturaleza de vanguardia! ¡A partir de ese momento somos una vanguardia! A partir de ahí somos una vanguardia autoproclamada... porque comprendemos y aceptamos el fetichismo de organización.”¹⁵⁶

Según el “método”, y situándose en el terreno de Weber, Bensaïd, Frank, Germain, los “minoritarios” tienen razón. Los promotores de la Ligue Communiste afirman:

“La Ligue es la continuación actual de una corriente fundamental del movimiento obrero: de Marx a Lenin y Trotsky, el marxismo revolucionario (sin compromiso teórico ninguno). Se sirve de sus conquistas fundamentales para elaborar sus propios análisis. [Pero añade también:] “la fundación de la Ligue agrupa y delimita a una corriente que estimamos esencial para la construcción del Partido Revolucionario. Pero la Ligue no es el Partido y el Partido sólo se construirá el día en que la Ligue sea suficientemente completa. Lo que falta para que la Ligue sea un partido es, además, una implantación obrera, un programa preciso que permita a la clase obrera reconocerse en *Rouge* y en consecuencia a *Rouge* dirigir las acciones de la clase obrera.”

Sin programa, sin política, sin estrategia, es difícil, en efecto, que la clase obrera se reconozca en *Rouge*. No puede ser cuestión que *Rouge* dirija las acciones de la clase obrera, o incluso que intervenga (salvo con improvisaciones) en el interior de la clase obrera. Sobre todo porque los promotores de *Rouge* precisan:

“Ninguna corriente posee hoy en día ese programa. Pensamos que la intervención política de *Rouge* en ese dominio puede ser decisiva notablemente por su capacidad de explicación. Sin embargo, elementos de programa (elementos, nada más que elementos) deben nacer tanto de la confrontación de militantes organizados (Lutte Ouvrière, diversas corrientes ML, *Rouge*, etc.) frente a los mismos problemas de la reflexión teórica de nuestra organización a partir de sus propias tesis.”¹⁵⁷ (Ibídem, páginas 13 y 14)

¿Qué son *Rouge* y la Ligue Communiste si no “referencias teóricas” (como dicen ellos) y la autoproclamación de una vanguardia sobre un terreno puramente organizativo “nacional e internacional”?

Los representantes de la “tendencia mayoritaria” Abrahamovici y Stein, escriben un texto, “La fin de l’histoire” (*BDR*, nº 15), se mantienen implacables:

“De todo esto, sobresale que en la base de las interpretaciones de Rivière y Creach hay un desconocimiento que ha debido entrañar cierto número de confusiones entre estrategia y táctica [a propósito del entrismo] o entre programa y teoría: el programa como síntesis de las experiencias del movimiento obrero no es un dogma y no se puede pretender tener un verdadero programa mientras no se haya intervenido como vanguardia efectiva y no potencial.”¹⁵⁸

Pero “el fin de la historia” toma enseguida el aire de una retirada precipitada que suena como un ¡Jerónimo! Atrás a toda máquina. Salvémonos. Pero si tenemos un programa. No somos “trotskistas”:

“En la vida, los textos programáticos de base que fundan la IV Internacional y, en particular, el *Programa de Transición* no salieron de la cabeza de un ideólogo, aunque fuese el mismo Trotsky, sino que fueron elaborados largamente y en particular por Trotsky, como balance teórico del marxismo y el bolchevismo y como pronóstico político y organizativo para todo un período

¹⁵⁶ “Textos minoritarios”, página 32, *Rouge*, nº 6-7.

¹⁵⁷ Ibídem, páginas 13 y 14.

¹⁵⁸ Ibídem, página 42.

histórico también deducido de esta larga experiencia. Tanto vale el método, tanto valen los productos.”¹⁵⁹

Lo que se consideraba vinagre (página 42, *BDR* 15) ha devenido un gran caldo (página 46 *BDR* 16), en algunas páginas y en un solo boletín de los difusores de *Rouge*. Este brebaje no soportará la botella. Unas líneas más lejos, Jerónimo explica.

“Es evidente que el programa no es un objeto que uno lleva contentándose con preservar los enfoques (versión lambertista). Un programa vive y debe ser fructificado o degenerar, y el problema en 1969 debe ser planteado bajo la forma: la IV Internacional [entendemos los renegados a la IV Internacional], tras la muerte de Trotsky, ¿ha enriquecido, reforzado y desarrollado su programa o, por el contrario, lo ha dejado descomponerse?”

Con otras palabras: ¿lo ha desgarrado, renegado de él, ha picoteado aquí y allí “ideas” y reemplazado el *Programa de Transición* por una sopa ecléctica? Restituuyamos el acto a Jerónimo: lo hecho, hecho y bien hecho está. Nadie mejor que los “mayoritarios” para dar testimonio, los mismos que remiten a un tiempo indeterminado la elaboración de “un verdadero programa”. La astuta mezquindad de llamar a menudo en auxilio al programa de fundación de la IV Internacional, durante mucho tiempo vilipendiado, abandonado y traicionado, contra una tendencia que comete el error de desarrollar de forma consecuente los “principios” que estuvieron en el origen de *Rouge*, se explican en función de una necesidad política de los renegados a la IV Internacional de renegar de “una sección francesa”. Falló. Se ha retomado el diálogo con otras corrientes y tendencias: Lutte Ouvrière por una parte y, por la otra, la organización, ¡oh!, tan revolucionaria y obrera como es el PSU, expresión en el plano político de la ideología que vehicula la CFDT. La lógica del pablismo conduce a la liquidación de la misma organización pablista “en el seno del movimiento [llamado] real de las masas”. Y este “movimiento [llamado] real de las masas” siempre es la apariencia inmediata; la llamada “delegación de poder” como Germain-Mandel cualifica a los aparatos burocráticos; la pequeña burguesía más o menos radical de los países económicamente atrasados; las expresiones pequeño burguesas de la crisis del imperialismo y de la burocracia del Kremlin, como en mayo-junio del 68 en Francia.

La soltura para renegar de los renegados a la IV Internacional es asombrosa. Se “liberan” de la “táctica” del “entrismo sui generis” soberbiamente. Un cierto Samuel canta el *De profundis* de la “táctica entrista”: “la táctica entrista ha vencido. Construyamos la Ligue para construir el Partido.” Lastrado con una piedra atada al cuello y lanzado por la borda, el cadáver de la “táctica entrista” vuelve a la superficie. Según Samuel la “táctica del entrismo sui generis” procedía de la apreciación siguiente:

“La perspectiva más probable es la de la próxima guerra... Si, por tanto, se puede esperar cierta evolución a la izquierda de los PC, la eventualidad más probable es, sin embargo, la aparición de rupturas en su seno sin producir de golpe partidos marxistas revolucionarios sino formaciones centristas de izquierda en las que los trotskistas deberían que jugar un papel determinante... El análisis coyuntural que basaba el entrismo se ha revelado, en los hechos, falso. Hasta 1953, parecía estar confirmado por los hechos. La campaña de histeria anticomunista estaba en su plenitud en los EEUU. La guerra de Corea parecía prefigurar la conflagración mundial. El PCF desarrollaba por primera vez desde 1930 una nueva “fase de izquierdas” (rampas de lanzamiento V2 lanzadas a la mar, manifestación casi insurreccional contra Ridgway-la- peste, etc.). Pero, en realidad, la burguesía estadounidense no quería un nuevo conflicto

¹⁵⁹ “Texto de la tendencia mayoritaria” *BDR*, nº 16, página 48.

y en los mismo EEUU, la guerra de Corea era impopular. *El error fundamental de apreciación se situaba en el análisis de las perspectivas económicas.* Como todo el mundo, el secretariado internacional esperaba graves recesiones en Occidente. Ahora bien, se iba a asistir, por el contrario, a un extraordinario “boom” económico (el “boom” de la guerra de Corea). Para sorpresa de todos los teóricos marxistas y burgueses, la economía capitalista anunciaba una fase de larga expansión. El capitalismo internacional no estaba condenado a la guerra. Desde 1953 aparecían los primeros signos de distensión. La política de guerra fría no sobrevivió a Stalin. Muy pronto los sucesores del Kremlin retomaron el curso de la “coexistencia pacífica”.¹⁶⁰

La “resolución del CEI” (diciembre de 1969) que establece “el balance del entrismo” es mucho más discreta. Extiende un velo sobre este “lejano pasado”. Pero tanto uno como el otro de estos textos escamotean lo esencial: el análisis “que basaba el entrismo sui generis” no era “coyuntural”, revisaba fundamentalmente el marxismo. La revisión la comenzaba Pablo, la ratificaron Frank, Mandel y consortes. Estos señores recordarán:

“Para nuestro movimiento, la realidad social objetiva está compuesta, esencialmente, por el régimen capitalista y el mundo estalinista. Además, nos guste o no, estos dos elementos en gran medida constituyen la realidad objetiva social, dado que la abrumadora mayoría de las fuerzas que se oponen al capitalismo está, en estos momentos, dirigida o influenciada por la burocracia soviética.”¹⁶¹

Y, además:

“... la verdadera relación de fuerzas entre el imperialismo y las fuerzas opuestas a él no deben ser medidas simplemente en el nivel de los recursos materiales y técnicos recíprocos sino, también, en el nivel de las relaciones sociales y las relaciones de clase, y que estas relaciones están desarrollándose internacionalmente con desventaja para el imperialismo; que el espíritu revolucionario de las masas dirigido contra el imperialismo actúa como una fuerza adicional apuntalando a las fuerzas técnicas y materiales levantadas contra el imperialismo.”¹⁶²

La burocracia del Kremlin, y su aparato internacional, devenía la fuerza motriz de la historia, y el proletariado le estaba subordinado. Lo esencial eran “los recursos materiales y técnicos” de que disponía la burocracia. Esta nueva apreciación de las fuerzas motrices de la historia quedaba extendida, generalizada, a todos los aparatos burocráticos. El análisis “rectificado” de las perspectivas económicas no “rectificaba” en nada el método, por el contrario, procedía de él. Para convencerse de ello es suficiente con recordar cómo Germain-Mandel “rectifica” a Lenin. En mayo de 1965 Pierre Frank escribía un folleto titulado *Construire le parti révolutionnaire*. La potencia de análisis de Frank es impresionante: “construye el partido revolucionario” sin necesidad de hacer, aunque sólo sea una vez, una sola referencia a la lucha de clases. En su folleto, escrito en 1965, están ausentes: la huelga general de agosto de 1953, la de junio de 1953 en Alemania del Este, la revolución húngara de los Consejos de noviembre de 1956 y el Octubre polaco, la huelga general belga de 1960-1961, la huelga de los mineros franceses de marzo-abril de 1963. ¡Hace falta valor! Únicamente un “secretario de la Internacional” podía realizar esta hazaña, con la condición de

¹⁶⁰ *Cahiers Rouge*, nº 6-7, páginas 119-120.

¹⁶¹ Michel Pablo, *¿Adónde vamos?*, Alejandría Proletaria – Textos de apoyo, página 2; <http://grupgerminal.org/?q=node/685>.

¹⁶² *Ibidem*, página 5.

hundirse hasta la punta de los pelos en “el movimiento real de las masas”. Concluye con un aire de fanfarria:

“Actualmente, estamos en un período de flujo revolucionario potente (incluso aunque venga acompañado aquí o allí de reveses temporales parciales y de la estagnación no menos temporal en Europa Occidental) y este flujo significa la reconstitución del programa revolucionario a gran escala a pesar de la inmensa confusión teórica y política existente en las organizaciones.

¿Hay algo más remarcable que fenómenos como el del redescubrimiento bajo una forma todavía basta y aproximada de la teoría de la revolución permanente por los chinos? ¿O bien el desarrollo de la revolución cubana que ha izado a su dirección, partiendo de un humanismo sincero, hasta el marxismo-leninismo, y llevando a esta dirección a un nivel político superior al de las viejas direcciones que habían aprendido el marxismo en la escuela estalinista?”¹⁶³

Una y otra vez, los aparatos burocráticos, o la pequeña burguesía radical, resultan investidos con la misión histórica del proletariado y del partido revolucionario. El “espontaneísmo”, el alineamiento y disolución en el seno de la “nueva vanguardia”, del “substituto provisional del partido revolucionario”, forman parte del mismo método. Los resultados son demostrativos. Recordemos:

*“Toda actitud revolucionaria debe afirmarse contra un medio que le es hostil consciente o inconscientemente; no puede desarrollarse intelectualmente pues, por lo mismo que la clase obrera rusa era espontáneamente tradeunionista; por lo mismo, la clase obrera francesa es espontáneamente estalinista y le es preciso luchar contra este estalinismo que impregna toda la existencia obrera. Es más difícil ir contra este estalinismo que contra la espontaneidad tradeunionista pues el estalinismo está organizado desde el principio, tiene una intervención política directa y referencias ideológicas “revolucionarias”. El estalinismo deforma todas las expresiones autónomas de la lucha de clases, lo que hace difícil la toma de conciencia directa y total de su papel de freno.”*¹⁶⁴

¿“La clase obrera francesa es espontáneamente estalinista”? ¿Por qué solamente la clase obrera francesa? Si “la clase obrera francesa es espontáneamente estalinista”, los proletariados en general son espontáneamente estalinistas. Hay que saber que: si “el proletariado es espontáneamente estalinista” ello proviene necesariamente de que el estalinismo expresa sus necesidades y tendencias profundas. Entonces, el estalinismo no tiene ninguna necesidad de “deformar todas las expresiones autónomas de la clase”, uno y las otras se corresponden. De ello resulta: o que la clase obrera “tiene la dirección que se merece”, o que el estalinismo (la delegación de poder) realiza lo que le encargaba Pablo, la revolución socialista (durante siglos de transición). La política de los renegados a la IV Internacional se desplaza entre estos dos polos en función del tiempo y de las circunstancias. Sin que ellos lo hayan previsto, el movimiento de los estudiantes, la huelga general de mayo-junio del 68, les hicieron romper con “la táctica del entrismo sui generis”. Creyeron que las poses y las encantaciones podían hacer política y darle a la clase obrera el sentido de lo “sublime” revolucionario que le faltaba:

“El juego de la quermés culminaba en el gran desfile eufórico a través de París y de una forma más íntima, juego-guerrilla, juego-planetario, en el sentido en que por fin los acontecimientos permitían mimar seriamente (como todo gran juego) las barricadas de la historia de Francia y las guerrillas del Che Guevara... constituían un verdadero nuevo lenguaje por el cual el movimiento estudiantil se

¹⁶³ Pierre Frank, *Construire le parti révolutionnaire*, Éditions du Parti communiste internationaliste, section française de la IV Internationale (impr. EP), Paris, 1965, página 28.

¹⁶⁴ Texto mayoritario, *Cahiers Rouge*, nº 6-7, página 42.

dirigía a la clase obrera, por encima de la cabeza de los dirigentes burocráticos. Las manifestaciones pseudo insurreccionales, los bosques de banderas rojas, las barricadas, las ocupaciones de facultades, todas esas transposiciones inspiradas en la tradición obrera, constituían finalmente un conjunto semántico... Este lenguaje nuevo lo iba a entender el proletariado y después, a su vez, a hablarlo”.¹⁶⁵

Creyeron que se ahoraban la construcción del partido revolucionario. Con ayuda de la imaginación, incluso han visto:

“Los obreros más resueltos y combativos que pedían venir a la Sorbona, que se reconocían más en la lucha estudiantil [o lo que pretenden como tal: “el juego quermés”] que en las proclamas de sus direcciones sindicales... La vanguardia obrera se gira hacia ellos (los militantes estudiantiles) como hacia un sustituto, una dirección de recambio para pedirles lo que, sin embargo, faltos de fuerza y experiencia [sic] no pueden darles”.¹⁶⁶

La implacable realidad hizo desaparecer este sueño infantil. Concluyeron: “la clase obrera es espontáneamente estalinista”. Su búsqueda de “juego-quermés”, de “nuevas fuerzas sociales”, no dejó de ser más ardiente hasta el día en que descubrieron, de nuevo, que los aparatos y el estalinismo son las verdaderas fuerzas motrices de la historia. Las dos posiciones pueden muy ser combinadas. En realidad, rechazan la responsabilidad de su traición al programa de la IV Internacional y a la lucha por su construcción a través del proletariado.

La lógica “teórica” del pablismo lleva a la liquidación. Pero la función política del pablismo exige que el SU se presente como la IV Internacional, y que se oponga a la liquidación del SU y de sus organizaciones. De aquí que, tras haber afirmado que no hay “vanguardia autoproclamada”, que el programa está por elaborar, se dé esta vuelta a “las fuentes”, a la necesidad de la organización, este recuerdo del programa de fundación de la IV Internacional y en el mismo montón la negación de este programa.

La ruptura con el “entrismo sui generis” es consecutiva a la crisis del aparato internacional del estalinismo. El movimiento de la clase obrera la levanta contra la política de los aparatos burocráticos que se agrietan. Aunque embrionariamente, ven la luz tendencias que buscan una salida. Se anuncian gigantescas rupturas, tendencias infinitamente más potentes. Para jugar su papel, el pablismo debe realizar una política castrante: acabado el “entrismo sui generis”, viva la organización independiente, las “nuevas vanguardias”. La crisis fundamental del estalinismo repercute en todos los medios. Los medios de la pequeña burguesía, ayer fascinados por la potencia política de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, agitados por la crisis del imperialismo, traducen a su manera la conjunción de las crisis del imperialismo y de la burocracia del Kremlin. Vuelven a sacar toda la antigualla ideológica, a penas apañada. Los pablistas se ponen al día. Lo que se llama la “crisis de la Universidad” es un aspecto de la crisis de la sociedad burguesa. Desde este punto de vista, el movimiento estudiantil se inserta en la lucha por la revolución proletaria pero, en ausencia del partido revolucionario que hunda sus raíces en lo más profundo del proletariado, la crisis del estalinismo y del imperialismo hace renacer todas las variedades ideológicas pequeño burguesas. El medio es propicio para “izquierdismos” y para muchas otras cosas. Sin embargo, el renacimiento de las ideologías pequeño burguesas, el “izquierdismo”, tienen raíces sociales, causas políticas. El estalinismo cierra la vía a la solución proletaria de la crisis de la sociedad burguesa, pero los movimientos del

¹⁶⁵ Daniel Bensaïd y Henry Weber, *Mai-juin 68: une répétition générale*, Maspero, París, 1968, página 143.

¹⁶⁶ *Ibidem*, página 158.

proletariado cuestionan su control sobre la clase obrera. La búsqueda de una salida, en ausencia del partido revolucionario, hace aparecer en la superficie, en los medios más inestables socialmente, tendencias y corrientes ideológicas pequeño burguesas.

En la universidad menos que en otros sitios, el combate por la construcción del partido revolucionario no puede ser diferido o evitado a causa del “medio”. Los estudiantes deben suministrar militantes y dirigentes a la revolución proletaria luchando en su propio terreno por la construcción del partido revolucionario. El movimiento estudiantil puede y debe integrarse en la lucha de clases del proletariado. El test de la política practicada en la universidad antes, durante y después del mayo-junio del 68, no es menos convincente que el del “entrismo sui generis”, por más que la crisis del estalinismo y de los aparatos burocráticos, conjugada con la crisis del imperialismo, hagan de ese medio un caldo de cultura “ideológica”. Fundamentalmente, el estalinismo carga con la responsabilidad del renacimiento y ebullición en la universidad del “izquierdismo”, del “espontaneísmo”, del anarquismo degenerado, del desarrollo de las ideologías maoístas, PSU-CFDT y otras. No es menos indispensable luchar políticamente contra esas “ideologías” y esas tendencias. El pablismo se ha adaptado a ellas, como precedentemente se adaptó directamente al estalinismo mediante el “entrismo sui generis”. El lugar político que ocupa (tendencia pequeño burguesa del movimiento obrero que ha roto con el programa de la IV Internacional y combate en nombre de la IV Internacional contra la reconstrucción de la IV Internacional) exigía que se adaptase a las pretendidas “nuevas vanguardias”, para que opere una política castrante.

La crisis del estalinismo está solamente en sus principios. Ante nosotros tenemos los más formidables enfrentamientos entre las clases. Los prodigiosos cambios entre las clases, en el interior de las clases, en el seno del movimiento obrero, están todavía por venir. Pensar que la clase obrera está inmunizada contra el renacimiento de las viejas ideologías sería tener peligrosas ilusiones. Se manifestarán en lo más profundo de la clase obrera, a través del nacimiento o renacimiento de múltiples corrientes y tendencias, y se manifestarán tanto más teniendo en cuenta que romper políticamente con tal o tal expresión del estalinismo no es todavía romper con todas las desviaciones ideológicas que ha alimentado y mantenido; tanto más teniendo en cuenta que la maduración política del proletariado y de los militantes no se realizará al mismo ritmo ni automáticamente por sus diferentes capas. Las viejas ideologías reaparecerán según formas apropiadas. El “centrismo” es un peligro particularmente grave. Los militantes de la clase obrera que rompen con el estalinismo y las organizaciones tradicionales no pueden reconstituir espontáneamente el marxismo.

La mutación del “entrismo sui generis” con la teoría de las “nuevas vanguardias” demuestra que el pablismo operará mutaciones necesarias para una nueva adaptación al “movimiento [llamado] real de las masas”. El pablismo no cambia de naturaleza porque haya renegado del “entrismo sui generis” ni porque adopte la teoría de las “nuevas vanguardias”; por el contrario, su naturaleza exige que opere esta mutación a fin de cumplir su función política. Nuevas mutaciones están por venir: precisamente son indispensables para la función política del pablismo a causa de su naturaleza que no cambia sino que, así, se afirma. Guarda flanco de los aparatos burocráticos y de la burguesía, el pablismo se esfuerza en cristalizar sobre posiciones centristas las corrientes y tendencias de la clase obrera, nacidas de la crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin, que romperán con las organizaciones tradicionales. Así cumplirá su papel político de obstáculo a la construcción de los partidos de la IV Internacional y a su reconstrucción.

La derrota del pablismo, igual que la del reformismo y del estalinismo, será el

resultado del combate permanente, ayer, hoy y mañana, por la reconstrucción de la IV Internacional y de sus partidos. Todo radica ahí: la derrota o la victoria de la revolución proletaria dependen de la solución de la crisis de la humanidad, que es la crisis de la dirección revolucionaria, crisis que sólo puede resolver la IV Internacional, armada con la teoría de la revolución permanente.

Mandel la toma con el Partido Bolchevique

Si la clase obrera es “espontáneamente estalinista”, si las burocracias de las organizaciones tradicionales y la burocracia del Kremlin son “delegaciones de poder” del proletariado, todo el *Programa de Transición*, la teoría de la revolución permanente, no son más que el producto de sueños de ideólogos. La revisión pablista de la apreciación de la era histórica abierta por la primera guerra imperialista (la del imperialismo y de la revolución proletaria mundial, según Lenin y Trotsky, la del “neocapitalismo” según los pablistas y, bajo diferentes apelaciones, los estalinistas, los revisionistas de todo origen) viene acompañada, obligatoriamente, de una reapreciación de las fuerzas motrices de la historia. El *Manifiesto Comunista* establecía que la historia, hasta el presente, es la historia de la lucha de clases. El *Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*, escrito por León Trotsky, retoma este fundamento del análisis marxista: “Las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos burocráticos”. Las leyes de la historia son el movimiento de las clases y sus enfrentamientos en función de las relaciones de producción, del desarrollo de las fuerzas o su impasse. Los pablistas se deshacen del materialismo dialéctico.

No se puede negar que los aparatos burocráticos hayan salido de la clase obrera, de su organización como clase, en medio de la construcción de sus sindicatos y partidos. El aparato burocrático más potente, más gigantesco, que haya secretado la clase obrera proviene incluso de la toma del poder por un proletariado, del primer estado obrero que se haya construido en el mundo, del partido más revolucionario de la clase obrera, el mejor armado políticamente que jamás haya sido construido: la revolución rusa, el estado obrero de la URSS, el partido bolchevique. Con todos los pequeños burgueses, a quienes les es ajeno el materialismo dialéctico, los pablistas sacan las conclusiones clásicas: la clase obrera es “espontáneamente estalinista” y el bolchevismo contenía, mucho o poco, al estalinismo. Janus-Germain-Mandel logra la hazaña de atribuir a la clase obrera y al partido bolchevique la responsabilidad del estalinismo. La clase obrera es responsable puesto que la burocracia nació de una delegación de poder que confirió a los aparatos. En medio de otras explicaciones, resbala hipócrita y eclécticamente hacia las siguientes frases que lanzan encima del partido bolchevique la responsabilidad, al menos parcial, del estalinismo:

“Lo importante es el hecho que *una serie de errores institucionales del Partido Bolchevique favorecieron este proceso de identificación de los aparatos del Estado y del Partido y de burocratización de los dos simultáneamente* que hicieron el partido sociológicamente incapaz de desempeñar el papel de freno de la burocratización:

a) Prohibición de las fracciones en el Partido Bolchevique

A partir del momento en que se prohibían las fracciones en el Partido Bolchevique, la democracia interna no podía mantenerse en el partido: en efecto, si existe libertad de discusión, inevitablemente se forman tendencias; inevitablemente también, sobre todo si hay un comienzo de burocratización, que las tendencias se conviertan en fracciones, porque las divergencias se sistematizan y se generalizan.

b) El establecimiento del principio del Partido único

Contrariamente a una opinión corriente, el principio del partido único no se encuentra en ningún texto de Lenin, ni en la Constitución del Estado soviético: hasta 1921, varios partidos (menchevique de izquierda, socialista-revolucionario, anarquista) tuvieron una existencia legal, en la medida en que no se aliaban con las armas en la mano a la contrarrevolución: algunos soviets los dirigían otros partidos (fábrica de caucho de Moscú dirigida por los mencheviques); en otros soviets hubo elecciones con listas distintas que representaban varios partidos. Sin embargo, a partir de 1921, sin legislar teóricamente sobre el principio del partido único, se actuó como si esa regla existiera. A partir del momento en que se prohibían las fracciones, era lógico suprimir prácticamente las otras tendencias del movimiento obrero soviético. Ese es un punto muy importante y totalmente escamoteado por la ideología estalinista: es imposible encontrar ni una frase de Lenin diciendo que la dictadura del proletariado necesita la existencia de un Partido único; Lenin dijo por el contrario que no se puede admitir una dictadura del proletariado *sin Partido Bolchevique, lo que es totalmente diferente*.

El error de juicio del Partido Bolchevique, cuando la guerra civil había terminado y las tensiones sociales habían empezado a disminuir, fue pensar que era necesario acentuar la represión política y la centralización a causa de la NEP y de los peligros que ésta provocaría. La prohibición de los otros partidos se funda en el miedo que tenía el Partido Bolchevique de que la burguesía o el campesinado tomaran uno de esos instrumentos para intentar una reconquista del poder. Este error tuvo consecuencias muy graves en el plano práctico; en el plano teórico la historia ha demostrado que el medio más adecuado para combatir ideológicamente y sociológicamente los peligros de restauración del capitalismo es *la continuación de la actividad política del proletariado*: era necesario *crear condiciones que favorecieran la repolitización del proletariado soviético*, mientras que la supresión de la democracia proletaria era un poderoso obstáculo en contra de tal repolitización, y hacía más fácil la burocratización que Lenin principalmente quería evitar.

c) Otro error institucional

El tercer error institucional, quizás el más grave, fue la *incomprensión de los lazos orgánicos entre el régimen soviético con la propiedad colectiva y la necesidad de la acumulación socialista* primitiva, es decir de la “competencia” con el sector privado de la economía¹⁶⁷: para el Partido Bolchevique la coexistencia entre el Estado obrero y el sector privado (pequeños agricultores y comerciantes) iba a hacerse según la consigna siguientes: industria estatal de un nivel de productividad superior, y victoria del sector más progresista merced a una rentabilidad más grande. La consecuencia de este razonamiento fue fundar empresas estatales en base a una rentabilidad económica individual (de cada empresa), lo que exigía un alto nivel de centralización de las empresas, fundando el principio del “*ledinonatchalny*”, es decir de la dirección de la empresa por un solo hombre. [...]

Si el Partido Bolchevique hubiera comprendido el problema lo suficientemente pronto, a principios de los años 20, autorizando la existencia de fracciones dentro

¹⁶⁷ [El origen de esta incomprensión es la oposición en el período de transición entre la función de acumulación y la función de defensa de los productores como consumidores: en el marco de la “economía de mercado”, aunque una empresa sea administrada democráticamente, los intereses económicos inmediatos de los productores pueden oponerse fundamentalmente a los principios de una economía socialista: hemos visto en Yugoslavia, consejos obreros *democráticamente elegidos* proponer el despido del 25 por ciento del personal de una fábrica para mejorar los salarios; no hay coincidencia automática entre los intereses globales del proletariado como clase y los de grupos aislados de obreros. Nota 6 de Ernest Mandel, página 81 edición castellana de 1973]

del Partido Bolchevique y la de varios partidos soviéticos, si se hubieran sistematizado al mismo tiempo ciertas formas de autogestión en las empresas, la resistencia a la burocratización hubiera sido más fuerte.”¹⁶⁸

El experto revisionista Janus-Germain-Mandel se deja, evidentemente, algunas puertas de escape. Se “indigna”:

“A comienzo de los años veinte, tuvo lugar el primer gran conflicto entre una tendencia y la dirección del Partido bolchevique (que dirigían en esa época Lenin y Trotsky): es el conflicto con la llamada “oposición obrera”, dirigida por Chliapnikov y Kollontai. Mucha gente se proclamaba de esa tendencia, pretendiendo actualmente que si esa opinión hubiera prevalecido, no hubiera habido burocratización.

Ello es absolutamente falos, y lo que dijo Trotsky en esa época sigue teniendo vigencia: basta imaginarse lo que eran las fábricas soviéticas en 1921. Esas fábricas las tres cuartas partes vacías, en las cuales trabajaban una pequeña parte de los obreros, que habían hecho la revolución de 1917, no producían ya casi nada. En esta situación desastrosa, eran completamente incapaces de oponerse al proceso económico preponderante en el país: el renacimiento de la producción comercial sobre la base del trueque, entre una propiedad agraria privada cada vez más fuerte e islotes de industrialización extremadamente débiles.

Crear que en *tales circunstancias* y en ese tipo de fábricas, el hecho de dar el poder a los pequeños grupos de obreros que trabajaban allí todavía, era el medio de resolver el problema de la burocracia, llevaría a considerar a la autogestión como un medio milagroso para todos los problemas. Eso es no comprender nada del problema subyacente en la realidad: para que la clase obrera pudiese administrar las fábricas, en principio es necesario que ella exista como clase, que sea numerosa y que la mayoría no esté desocupada, en paro forzoso.”¹⁶⁹

Será necesario que Janus-Germain-Mandel nos explique los medios mágicos que hubiesen permitido recurrir a “la democracia proletaria” si para “dirigir el estado”¹⁷⁰ es preciso primero que [la clase obrera] exista”. La prohibición de las fracciones en el seno del partido bolchevique, de los partidos que Janus-Germain-Mandel llaman “soviéticos”, eran medidas excepcionales, trágicas, pero indispensables a principios de los años 1920, a fin de salvar el corazón de la revolución, al partido bolchevique, a las conquistas de la revolución y del estado soviético. Bajo determinadas circunstancias históricas (las de un primer reflujo del proletariado mundial, del agotamiento físico y psíquico del proletariado de la URSS, de su dislocación, de su casi desaparición), el Partido Bolchevique concentraba en él los intereses históricos del proletariado de la URSS y del proletariado mundial. La contrarrevolución ascendía en todas partes, en el interior de los soviets, los partidos que Janus-Germain-Mandel llama “los partidos soviéticos” eran agencias del imperialismo y se aprestaban a destruir al estado nacido de la Revolución de Octubre. En el interior del partido, las fuerzas centrífugas tendían a dislocarse bajo la presión de la contrarrevolución ascendente. Eran indispensables medidas de urgencia, medidas de excepción, para salvar al estado y al partido, el único soporte posible (en razón de la dislocación de la clase obrera, de su agotamiento físico y

¹⁶⁸ Ernest Mandel, *La burocracia*, Schapire Editor – Colección Mira, Buenos Aires, 1973, páginas 78 a 82.

¹⁶⁹ *Ibidem*, páginas 56, 57 y 58.

¹⁷⁰ [La cita de la versión francesa habla de “diriger l’État” mientras que la versión castellana habla de “administrar las fábricas” aunque líneas más abajo habla de: “... pueda [la clase obrera] mostrar un grado de actividad política mínima en la dirección del Estado”. NdT]

psíquico) del estado obrero. La dialéctica histórica puso al partido más revolucionario del proletariado frente a la más trágica de las situaciones: salvar al estado obrero nacido de Octubre, de la revolución proletaria, cuando la base social de este estado se licuaba y casi desaparecía a consecuencia de la guerra civil y el aislamiento de la revolución rusa. Mal que le pese al infame pequeño burgués Janus-Germain-Mandel, y a todos sus congéneres, la dirección del partido bolchevique lo logró. Sin embargo no podía obrar milagros. Bajo la forma de la burocracia naciente, el enemigo también estaba dentro.

Privado de sus fundamentos sociales, el estado obrero degeneraba. Con sus raíces políticas privadas del terreno proletario, de la sustancia social obrera, la osmosis con un proletariado casi licuado roto, el partido enfermaba, se infectaba, la escrofulosis burocrática se desarrollaba, se adueñaba de él y acabaría destruyéndolo. La burocracia ascendente se refería a las medidas de excepción pero modificaba radicalmente su contenido y formas. Elaboró la teoría del “monolitismo del partido”, hermana gemela de la “construcción del socialismo en un solo país”. En tiempos de Lenin la prohibición provisional de las fracciones no impedía las más vivas discusiones en el interior del partido, discusiones que, además, se expresaban públicamente. No tomar esas medidas de excepción repercutía en rendir al enemigo la plaza con armas y bagajes. Se mantenía que era un remedio de caballo, tan indispensable en el instante como peligroso a largo plazo. Pero el Partido Bolchevique no murió por eso. Estas medidas evitaron su dislocación: el partido, ciertamente enfermo, invadido por la burocracia ciertamente, continuó viviendo. La burocracia del estado y del partido necesitó más de diez años para destruirlo como partido bolchevique. La batalla política de la Oposición de Izquierda pudo nacer y desarrollarse en el interior del partido. Aunque finalmente derrotada, la Oposición de Izquierda en el interior del partido, parte sana de un organismo que se gangrenaba, defendió los intereses del proletariado. Impidió a la burocracia parasitaria liquidar las conquistas de Octubre, la propiedad estatal de los medios de producción, el monopolio del comercio exterior. Obligó a realizar la industrialización, a elaborar los planes quinquenales, a reconstituir a la clase obrera como clase.

La Oposición de Izquierda logró imponer las condiciones de la reconstitución y reforzamiento del substrato social del estado obrero: el proletariado. No logró salvar al partido. Pero se salvaguardó la tradición del bolchevismo, el programa de la revolución proletaria fue defendido y enriquecido. De la Oposición de Izquierda a la IV Internacional, se constituyó el marco político de organización necesario para el programa. La dialéctica de la historia fue así: gracias a que en 1921 el Partido Bolchevique supo tomar, en los momentos más trágicos de la revolución, las medidas más enérgicas, y especialmente la supresión de las fracciones en el seno del partido, la prohibición de los partidos que Janus-Germain-Mandel llama “soviéticos”, el substrato social del estado obrero se reconstituyó, se formó la Oposición de Izquierda; aunque degeneró, el estado obrero no fue derrocado; se pudo elaborar el programa de la IV Internacional; la continuidad del bolchevismo fue asumida por la Oposición de Izquierda y después por la IV Internacional, y, hoy en día, están reunidas las condiciones del renacimiento de auténticos partidos soviéticos, de la revolución política, del renacimiento de la democracia proletaria, de la regeneración del estado obrero, de la destrucción de la casta burocrática y de su partido, de la reconstrucción de la IV Internacional y de la construcción de sus partidos, por tanto del partido de la URSS de la IV Internacional; se forjan las condiciones de la victoria de la revolución proletaria mundial. Los partidos soviéticos renacerán en el curso de la revolución política contra la burocracia, entre ellos los partidos socialdemócratas ocuparán, verosímilmente, un lugar importante. Renacerán, pues la opresión y el expolio estalinistas hacen que millares de proletarios atados a las conquistas de Octubre y prestos a defenderlas, busquen

obligatoriamente luchar contra la burocracia parasitaria utilizando formas de organización política tradicionales del movimiento obrero, pero llenándolas con un nuevo contenido. Mientras que el partido menchevique actuaba a cuenta de la burguesía mundial agrediendo a la revolución de Octubre acorralada, los partidos que se reclaman de la socialdemocracia pero renaciendo en la lucha contra el estalinismo, contra las burocracias parasitarias, y en el proceso de la revolución política situándose en el terreno de la defensa de las conquistas socialistas, ocuparán otro lugar político y serán partidos soviéticos en el sentido verdadero.

Janus-Germain-Mandel acaba con la dialéctica de la historia. El experto revisionista alaba ahora las virtudes de la “revolución política pacífica”, la democratización de la burocracia; condena las medidas rigurosas tomadas por el Partido Bolchevique en 1921. En 1921, con la clase obrera de la URSS dislocada y licuada física y psíquicamente, la fuerza política de la revolución se concentraba en el interior del Partido Bolchevique aunque él mismo resultó gravemente afectado; en 1970, el proletariado de la URSS y los proletariados de los países de Europa del Este han adquirido una potencia desigual, la revolución brota por todas partes, están en marcha para reconquistar el poder mediante la revolución política. En el fondo, la posición de Germain-Mandel es muy coherente: condena las medidas excepcionales indispensables para la defensa de la revolución en retirada igual que se pronuncia contra la revolución en ascenso. Tal es su dialéctica propia.

El movimiento histórico del proletariado y el partido revolucionario

Todas estas bufonadas evitan analizar las razones profundas de la degeneración del Partido Bolchevique y, más generalmente, las relaciones entre el proletariado comprometido en el proceso de la revolución proletaria y sus organizaciones, particularmente las relaciones entre el proletariado y el partido revolucionario.

El movimiento histórico de la clase obrera es la fuerza motriz de la revolución y solamente a partir de él se puede construir el partido revolucionario. Pero el proletariado deviene de una clase en sí en clase para sí a través de la construcción de sus organizaciones.

Resistencia a la explotación y organización son dos términos inseparables para la clase obrera. Poseyendo solamente como propia su fuerza de trabajo, los trabajadores sin organización sólo son una polvareda de individuos sometidos a las leyes del mercado como cualquier otra mercancía. La resistencia a la explotación sólo puede ser colectiva, implicará la organización aunque únicamente sea en sus formas elementales. Pero si bien los dos términos inseparables, resistencia a la explotación y organización, son indispensables para la constitución de la clase obrera como clase, no obstante ello, el proletariado no accede mecánica y progresivamente a la conciencia de las condiciones políticas que le permitirán destruir las relaciones sociales de producción cuyo contenido es su explotación clase. Hace ya mucho tiempo, Marx demostró que toda verdadera lucha de clases es política. Incluso la burguesía, aunque las relaciones sociales burguesas se desarrollaron en el interior del antiguo modo de producción, tuvo que combatir para apoderarse del poder político, condición de su dominación de clase sobre la sociedad. Con mucha más razón, para destruir las relaciones sociales de producción burguesas e instituir nuevas relaciones sociales de producción, el proletariado debe apoderarse del poder político y ejercerlo como clase dominante. Ni la conciencia de esta necesidad, ni las condiciones políticas de su realización, resultan automáticamente de la resistencia a la explotación y de la organización elemental del proletariado.

Pero considerar las luchas y la organización del proletariado al margen del conjunto de las relaciones sociales, políticas e ideológicas de la sociedad, es una abstracción. Nacen y se desarrollan como uno de los componentes de toda la historia de la humanidad. Son nutridas por toda esta historia de la que devienen el principal resorte. La lucha del proletariado contra la explotación, las formas de organización de que se dota, concretan la contradicción fundamental de la sociedad burguesa, pero esta contradicción se expresa bajo formas múltiples en el interior de todas las clases y capas sociales de la sociedad burguesa, a través de contradicciones derivadas de las relaciones de producción de esta sociedad. Las luchas del proletariado y su organización nutren, a su vez, las contradicciones y antagonismos sociales, políticos e ideológicos de la sociedad burguesa. El proletariado siempre mantiene relaciones complejas y múltiples con todas las otras clases de la sociedad burguesa, con sus luchas, con sus antagonismos, con sus relaciones políticas e ideológicas. Nada más estúpido que estos puntos de vista simétricos: la conciencia de clase aportada al proletariado desde el exterior de sus luchas por “buenos profetas” intelectuales burgueses, o la conciencia de clase del proletariado monopolizada por los trabajadores de manos encallecidas que producen la plusvalía, los “buenos” intelectuales pequeño burgueses o burgueses deben humildemente ponerse al servicio de esos trabajadores e imitarlos. En el fondo, estos puntos de vista sistemáticos demuestran el desprecio de los pequeño burgueses hacia el proletariado: unos le regalan a la clase obrera “su conciencia”, otros imaginan una clase obrera mítica compuesta por trabajadores incapaces de superar el estrecho horizonte del terreno de su explotación inmediata. Levantado contra la explotación, tendiendo a romper las relaciones sociales basadas en su explotación, a la búsqueda de las vías y medios de organizarse, el proletariado constituye y desarrolla su conciencia en un proceso orgánico e histórico nutrido por toda la historia anterior y las relaciones que mantiene con las otras clases sociales, sus contradicciones, sus antagonismo, las luchas sociales, políticas e ideológicas, que se desarrollan en ella. Así, intelectuales pequeño burgueses y burgueses pueden romper con su clase, unirse al proletariado, participar en la formación y desarrollo de su conciencia de clase, aportando las conquistas de las otras clases y capas sociales. Pero éstas son radicalmente transformadas al ser integradas en la lucha del proletariado que fecundan. Las luchas de clases del proletariado les dan un nuevo contenido y una nueva dimensión histórica.

La formación de la conciencia de clase del proletariado es la resultante de todo el desarrollo de la lucha de clases, desarrollo que tiene como fundamento la del proletariado pero que abarca a todas las clases y capas sociales de la sociedad burguesa, las desgarran y se manifiesta en todos los planos sociales, políticos e ideológicos. El papel del proletariado en la producción, como fuerza productiva esencial, hace que sea la única clase que puede derrocar a la sociedad burguesa y construir la sociedad socialista, pero no independientemente de los procesos sociales, políticos e ideológicos que se desarrollan en el seno de las otras capas y clases sociales. La conciencia de clases del proletariado no le es aportada “desde el exterior”, procede del desarrollo de conjunto de la lucha de clases, basada en la del proletariado. Se elabora dialécticamente. El “espontaneísmo” y su simétrico “la clase obrera es espontáneamente estalinista” traducen metafísica y lógica formal.

Si el “espontaneísmo” tuviese algún fundamento, toda la historia anterior de la lucha de clases no tendría ningún interés, tampoco la organización del proletariado ni esas relaciones dialécticas con las otras clases y capas sociales. Si el proletariado fuese “espontáneamente estalinista” no tendría ninguna posibilidad de construir el partido revolucionario, las leyes de la lucha de clases se identificarían con el movimiento de los aparatos burocráticos, principalmente con el del aparato internacional del Kremlin. La

construcción del partido revolucionario, la de la IV Internacional, sería un puro sueño de intelectuales agitados e impotentes. A menos que considerásemos que los intelectuales son una nueva fuerza social, pero en ese caso el programa de la IV Internacional también estaría caducado y no se trataría ya de construir partidos bolcheviques.

Cuando se considera como un proceso histórico y orgánico, la formación de la conciencia de clase del proletariado traduce el análisis del desarrollo de la lucha de clases y cesan las discusiones metafísicas a propósito de la vanguardia autoproclamada o no. El proletariado, que sólo posee su propia fuerza de trabajo, debe cumplir la más grandiosa de las tareas históricas: su propia emancipación también es la emancipación de toda la sociedad del “viejo farrago”, según los términos de Marx, de la división de la sociedad en clases, por el desarrollo del socialismo hasta el comunismo. Pero el proletariado no ha aparecido a la luz del día en una escena de la historia sin hacerse anunciar. Y menos aun apareció plenamente consciente de sus tareas históricas y completamente armado para realizarlas. El proletariado está diferenciado, su movimiento no es uniforme ni rectilíneo. Sus luchas de clase alimentan todas las de la sociedad pero las retocan y se nutren a su vez de ellas. El proletariado sufre la división del trabajo burgués, la división entre trabajo intelectual y trabajo manual, las divisiones nacionales y otras. Las formas de organización del proletariado, su conciencia de clase, proceden de esos componentes, de su juego recíproco. Condicionada a su vez el desarrollo de su lucha de clases, de sus relaciones internas y de sus relaciones con las otras clases. No es posible evadirse del análisis de conjunto de sus relaciones, de su desarrollo histórico y orgánico, mediante fórmulas.

La organización del proletariado en sindicatos y partidos se ha impuesto como una necesidad histórica. Sin ellos no puede constituirse como clase. Este punto de vista es todavía demasiado general. Los sindicatos y partidos están constituidos por una minoría de la clase obrera. No existen al margen de la sociedad que han de combatir. Establecen relaciones con el conjunto de la clase obrera, por una parte, con las otras clases y capas sociales, por la otra. Los partidos del proletariado están diferenciados en función de múltiples factores: expresión de los intereses generales y particulares de la clase, relación con las otras clases y capas sociales, origen de esos partidos, su desarrollo, situaciones históricas y concretas. No son únicamente partidos “obreros”, sino partidos que integran elementos de las otras clases y capas sociales que, para lo mejor y para lo peor, juegan un papel considerable, algunas veces decisivo.

Sin los intelectuales provenientes de la burguesía, y que rompen con ella para situarse en el plano histórico del proletariado, nunca hubieran existido partidos obreros, la I Internacional, la II Internacional, la III Internacional y la IV Internacional. Por regla general aquellos sólo están constituidos al principio por débiles minorías. Nunca están dados de una vez por todas: una vez constituidos, tienen su propia historia en relación con el desarrollo de la lucha de clases nacional e internacional, de la que son un factor. Segregan sus propias contradicciones. Expresan sus propios intereses específicos, tienen sus diferenciaciones internas. Tejen sus propios lazos con todas las capas de la sociedad. Son expresiones y medios de la lucha de clases al mismo tiempo que lugares en los que la lucha de clases se manifiesta. Construidos para luchar contra la sociedad burguesa y abatirla, son productos de la sociedad burguesa. Expresan a su manera la división del trabajo de la sociedad burguesa, que tiende a expresarse en su seno. El mejor y más puro de los partidos obreros siempre tiene alguna cosa que ver con la fórmula de Lenin a propósito del estado obrero: “estado burgués sin burguesía”.

Las organizaciones sindicales están atrapadas, y expresan, por contradicciones de la misma naturaleza pero de una forma específica que tiene su origen y su función propia.

Se constituyen y organizan como organizaciones indispensables para los trabajadores para luchar contra la explotación inmediata y cotidiana, en el mismo lugar en que ésta se ejerce. A fin de cumplir su función, les es preciso reunir a los trabajadores y militantes, a las más amplias masas obreras posibles, sean cuales sean “sus opiniones políticas, filosóficas o religiosas”. Agrupan esencialmente a los trabajadores sometidos directamente a la explotación y están dirigidas generalmente por trabajadores. Marx explicitó perfectamente los problemas a que se enfrentan las organizaciones sindicales:

“... las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema de salarios, que en el 99 por 100 de los casos sus esfuerzos por elevar los salarios no son más que esfuerzos dirigidos a mantener en pie el valor dado del trabajo, y que la necesidad de forcejear con el capitalista acerca de su precio va unida a la situación del obrero, que le obliga a venderse a sí mismo como una mercancía. Si en sus conflictos diarios con el capital cediesen cobardemente, se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura.”¹⁷¹

Pero Marx concluye:

“Las tradeuniones trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasan en algunos casos, por usar poco inteligentemente su fuerza. Pero, en general, son deficientes por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de esforzarse, al mismo tiempo, por cambiarlo, en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación final de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema del trabajo asalariado.”¹⁷²

Las organizaciones sindicales forman confederaciones, luchan en el plano político. Históricamente, las centrales sindicales se constituyeron de formas diferentes pero siempre en relación con la acción política, incluso cuando afirmaban su apoliticismo o su oposición a los partidos obreros. En determinados países como en Alemania, las organizaciones sindicales fueron construidas directamente por la socialdemocracia. En Inglaterra, fueron las tradeuniones las que fundaron el Labour Party. En Francia, la CGT se construyó junto con el Partido Socialista, incluso aunque estaba dominada por las corrientes anarcosindicalistas que se oponían al Partido Socialista, a la construcción de un partido obrero, a la participación en la lucha política, en cualquier caso bajo su forma parlamentaria. De hecho, esas corrientes le imprimían a la CGT su propia política. Resultaban del carácter muy particular del proletariado francés muy poco concentrado, sobretudo en París después de la Comuna, de la influencia de la pequeña burguesía artesana, que se confundía a menudo con la clase obrera, y su influencia provenía en gran parte del oportunismo y del doctrinarismo de las corrientes y organizaciones socialistas, que ellas mismas, excepto en regiones con fuerte concentración industrial, jamás tenían una implantación comparable a la de la socialdemocracia alemana y cuya composición social era en gran parte pequeño burguesa. Las corrientes anarcosindicalistas tendían a hacer jugar a la CGT el papel de un partido político sindicalista.

Bajo pena de dejar de ser organizaciones sindicales, les es preciso responder a las necesidades de la clase obrera en su resistencia inmediata y cotidiana frente a la explotación. Sus relaciones con el proletariado son diferentes a las que establecen los partidos obreros con la clase obrera. De aquí su particular abordaje de la lucha política, la influencia más directa de los movimientos de la clase, a pesar de los aparatos

¹⁷¹ Carlos Marx, *Salario, precio y ganancia*, en *Obras Escogidas* en dos tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, página 433.

¹⁷² *Ibidem*, página 434.

burocráticos que se han desarrollado en su seno y que están sometidos a la política de la burguesía. Aunque bajo el control de aparatos burocráticos subordinados a la burguesía, el futuro de las centrales sindicales está lejos de estar fijado. Dependerá de los movimientos del proletariado, de la lucha política en el interior de las organizaciones sindicales como, también, en el seno de la clase obrera en su conjunto, es decir finalmente de la construcción del partido revolucionario. La independencia de las organizaciones sindicales en relación con el estado y los partidos es una independencia de organización, de funcionamiento, por la manera de plantear y responder a los problemas políticos. Pero, como lo explica Marx, no pueden situarse al margen de la lucha política. El pseudo apoliticismo de los sindicatos siempre es la sumisión al marco político y a la política de la clase dominante. Siempre fue únicamente una fachada. El período ascendente del imperialismo alimentó esta tendencia.

El carácter de masas del sindicalismo, su función de organización de los trabajadores en el lugar inmediato de la explotación sean cuales sean sus opiniones políticas, filosóficas y religiosas, constituyen su fuerza y sus límites. “La emancipación de los trabajadores será obra de los mismos trabajadores”. Pero el proletariado no accede global y solidariamente a la conciencia política de sus tareas históricas e inmediatas. No asimila, en su conjunto, la totalidad de la herencia histórica, teórica, política y de organización que, sin embargo, le es indispensable para asimilar y realizar sus tareas históricas, y que la lucha de clases enriquece constantemente. Su movimiento espontáneo tiende en ese sentido, no es suficiente para darle espontáneamente esta conciencia. Sólo una vanguardia que se apoye en el movimiento de la clase (y que no sea exterior a la clase) llega a ese objetivo mediante la fusión en una misma organización de militantes de origen social proletario y de militantes salidos de otras capas y clases sociales que han roto con sus clases y se sitúan en el terreno del proletariado. Una vez más, este proceso procede de la posición del proletariado en la sociedad, de la herencia histórica que tiene que asumir, de la defensa de todas las conquistas anteriores de la humanidad y de su misión histórica: desembarazar a la humanidad “de todo el viejo farrago”, hacerle cumplir el salto prodigioso desde el reino de la necesidad al reino de la libertad. El proletariado llega a la lucha por el poder a través de las relaciones dialécticas entre el movimiento que lo levanta constantemente contra la explotación, la formación de la vanguardia revolucionaria, la construcción del partido revolucionario que centraliza, impulsa y organiza sus luchas hasta el punto culminante de la toma del poder y se mantiene tras la toma del poder indispensable para el ejercicio de la dictadura del proletariado, hasta la desaparición del estado y de todas las contradicciones sociales.

Toda actividad revolucionaria se reduce a la relación con la construcción del partido revolucionario, a la lucha para conquistar y organizar a las masas en vistas a tomar el poder. Incluso los soviets, los consejos obreros, no resuelven nada por sí mismos si no están animados, impulsados y dirigidos por el partido equipado con el programa de la revolución proletaria y de la política que de ahí se deduce. El partido revolucionario no es una entidad independiente de la lucha de clases, de la organización del proletariado como clase, en todas sus determinaciones: es un producto del movimiento orgánico e histórico de las luchas del proletariado. Pero es la determinación esencial. Sin el movimiento de la clase obrera y sus tendencias profundas, la construcción del partido revolucionario es simplemente impensable. Sin el partido revolucionario, el movimiento de la clase no puede realizar sus tendencias profundas, éstas no pueden ser incluso ni formuladas conscientemente. La construcción del partido revolucionario resulta de la necesidad histórica pero en absoluto del fatalismo mecanicista: es un acto de voluntad. La lucha por la construcción del partido revolucionario sintetiza la lucha por la

revolución proletaria y por el socialismo.

La lucha por la construcción del partido revolucionario prosigue a través de las I, II, III y IV internacionales. Debe ser entendida en sus relaciones con el desarrollo de la lucha de clases. Por el proceso dialéctico de la construcción del partido revolucionario y de la lucha de clases se constituyen las condiciones indispensables para que el proletariado pueda adueñarse de su propia historia y hacerlo conscientemente. Así “la emancipación de los trabajadores será obra de los mismos trabajadores”, “las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos burocráticos”, “la solución a la crisis de la humanidad es la solución a la crisis revolucionaria”, son expresiones de un mismo proceso: el del proletariado en lucha para adueñarse de su propia historia y por su emancipación.

No puede comprenderse la degeneración del Partido Bolchevique al margen de ese movimiento dialéctico. En términos muy generales, proviene del aislamiento de la revolución rusa, del reflujo del proletariado mundial, de la casi licuefacción del proletariado ruso. Ello es suficiente para hacer justicia a las elucubraciones que formulan los pablistas “científicamente” a cuenta de toda la pequeña burguesía pensante: los aparatos burocráticos contrarrevolucionarios nacerían de una delegación de poder de la clase obrera a los aparatos del movimiento obrero. Este bello razonamiento está basado en una simpleza: si las organizaciones obreras no necesitasen aparatos, éstos no podrían convertirse en burocráticos y contrarrevolucionarios; si no existiese estado obrero, éste no podría degenerar. Tan “científicamente” es posible también afirmar que si el cuerpo humano no tuviese sistema nervioso no correría el peligro de verse afectado por el tétanos. Es necesario explicar las condiciones precisas y concretas que transformaron a los aparatos de las organizaciones obreras, sindicatos y partidos, que han transformado al aparato del primer estado obrero, de instrumentos necesarios para la lucha de clases del proletariado, para la revolución proletaria, para el ejercicio de la dictadura del proletariado, en aparatos burocráticos, contrarrevolucionarios, destructores de las organizaciones obreras (sindicatos y partidos), en instrumentos de la degeneración del primer estado obrero, en máquina de guerra contra la clase obrera. Si no, es preciso concluir que la degeneración burocrática es inmanente a la organización del proletariado como clase, a la existencia de estados obreros. En ese caso son posibles dos reacciones: el “espontaneísmo”, el anarquismo y la postración ante los aparatos contrarrevolucionarios. El análisis debe hacerse en función de situaciones históricas determinadas. Es inútil volver sobre el análisis de la integración de los aparatos de los partidos socialdemócratas en la sociedad burguesa: el período de auge del imperialismo, la formación de una aristocracia obrera, que devino la base social de los partidos socialdemócratas e, igualmente, de las centrales sindicales, el papel importante de los intelectuales pequeño burgueses para que la socialdemocracia suministrase el medio de hacer carrera en el período de la democracia parlamentaria floreciente. Se formaba un nuevo partido dentro del partido, en función de esta situación histórica precisa que iba a destruir, transformándola, a la antigua socialdemocracia.

Fue el instrumento de sumisión del proletariado a la burguesía encuadrándolo. Al hacerlo retroceder en relación con sus objetivos de clase, le infligía una derrota política que concretaba el estallido de la primera guerra imperialista mundial y el alineamiento de la mayoría de los partidos de la II Internacional con su burguesía.

Pero si se retoma el análisis de las causas profundas de la degeneración del Partido Bolchevique, a partir de la situación histórica dada, se ve que aquellas son principalmente políticas: la ausencia de partidos revolucionarios comparables al Partido Bolchevique en los principales países de Europa, y en absoluto el aparato del Partido Bolchevique, el aparato del estado obrero en sí. En el seno de la Internacional

Comunista ningún partido era todavía verdaderamente capaz de responder a los problemas de la época de las guerras y las revoluciones: no supieron explotar las situaciones revolucionarias. En consecuencia, el proletariado de Europa, en Hungría, Italia, Alemania, etc., sufrió derrota tras derrota. Así fue como la revolución rusa fue aislada, como el proletariado ruso quedó aislado, como el partido bolchevique fue arrinconado en esta trágica situación; tener que defender al estado obrero de la Revolución de Octubre cuando el proletariado ruso estaba casi licuado, cuando no podía contar con ningún relé político en el interior de la Internacional Comunista, y cuando, por el contrario, tuvo que tomar la construcción de la IC completamente a su cargo. El Partido Bolchevique tenía que resistir a todas las fuerzas centrífugas, a todas las desviaciones, a todas las presiones que emanaban de los partidos de la III Internacional en la cual ninguno de ellos era auténtico partido comunista. La revolución rusa, el estado obrero de la URSS, el Partido Bolchevique, sólo podían ser protegidos y salvados de la degeneración por la Internacional Comunista y sus partidos, instrumentos indispensables para la victoria de la revolución proletaria en Europa y en el mundo; ahora bien, la IC y sus partidos estaban en la fase de su formación y recibían su impulso político del Partido Bolchevique. El drama histórico radica ahí y en absoluto en la “delegación de poder dado por la clase obrera al Partido Bolchevique”. Estas condiciones fueron las que estuvieron en el origen de las derrotas del proletariado mundial, de su retroceso, de la casi licuefacción del proletariado de la URSS, de la transformación del aparato, del Partido Bolchevique y del estado obrero, de instrumentos del partido y del proletariado en aparatos burocráticos y contrarrevolucionarios destruyendo al partido, degenerando al estado obrero, destruyendo a la III Internacional y transformándola en aparato internacional de la burocracia del Kremlin; fueron estas condiciones las que estuvieron en el origen de la emergencia de esta capa social, la burocracia parasitaria del Kremlin. No son las condiciones llamadas “objetivas” las que están en el origen del aislamiento del proletariado ruso, del Partido Bolchevique, de la degeneración del estado obrero y del Partido Bolchevique, de la formación de la burocracia del Kremlin, sino que son las condiciones denominadas “subjetivas” las que están en el origen de esas condiciones llamadas “objetivas”. El materialismo dialéctico se opone tanto al voluntarismo subjetivo como al determinismo fatalista. Rompe con el materialismo mecanicista del que Marx escribía:

“El defecto fundamental de todo el materialismo anterior (incluido el de Feuerbach) es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, como *práctica*, no de un modo subjetivo.”¹⁷³

La lucha por la construcción del partido revolucionario es la expresión más elevada de la actividad consciente de los hombres, del materialismo dialéctico. Es un acto de voluntad que no es arbitrario. El materialismo dialéctico sería lo contrario de lo que es, vana especulación, juego del espíritu, ideología, si no permitiese captar entre todas las determinaciones, la determinación esencial, aquella que depende de la actividad práctica de los hombres. La degeneración del Partido Bolchevique verifica que el partido revolucionario se basa en el movimiento profundo de la clase y que, sin ese movimiento de la clase, degenera, sobretodo cuando dirige un estado obrero, sin ser el reflejo pasivo. La capacidad del Partido Bolchevique para salvaguardar durante un tiempo las conquistas de la revolución proletaria prueba que el partido revolucionario dispone de relativa autonomía en relación con el movimiento de la clase, sin poder sustituirla. El

¹⁷³ Carlos Marx, *Tesis de Feuerbach*, en *Obras Escogidas* de Marx y Engels en dos tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, página 404.

partido revolucionario, en tanto que forma viva que contiene el avance teórico, político y de organización, de toda la historia pasada y actual de la lucha de clases, es una realidad específica que tiene, en cierta medida, una vida y recursos propios. Al tener una vida y disponer de recursos propios, no sufrió pasivamente los reflujos del proletariado. Son esta vida y recursos propios los que le dieron al Partido Bolchevique los medios para mantenerse, no sin daños, durante un tiempo, y a la Oposición de Izquierda, y después a la IV Internacional, para formarse, para asimilar las enseñanzas del período de la revolución proletaria mundial que se extiende desde la revolución rusa a la segunda guerra imperialista mundial y formular el *Programa de Transición*. La degeneración del Partido Bolchevique demuestra que jamás existe un partido revolucionario acabado. Señala el papel determinante de la construcción de la Internacional en función del carácter y tareas de la revolución proletaria mundial. La vanguardia no necesita ser autoproclama o hacerse proclamar, se trata aquí del tipo de discusiones puramente metafísicas, resultantes del método de los renegados a la IV Internacional. La vanguardia se define por su relación con la historia de la lucha de clases, por su filiación histórica, en función de la lucha por la construcción del partido revolucionario y de la Internacional, necesarios para la revolución proletaria mundial. Se afirmará, desarrollará y transformará si es capaz de poner en obra su programa a través de la lucha política.

Marx, Engels, sobre la teoría de la revolución permanente

Los renegados a la IV Internacional evocan, siempre y venga a cuento o no, la teoría de la revolución permanente. Pablo atribuía a la burocracia del Kremlin y a sus derivados la misión de realizar el socialismo en el “curso de siglos de transición”, en nombre de la revolución permanente. Frank se extasía:

“¿Hay algo más remarcable que fenómenos como el del redescubrimiento bajo una forma aun grosera y aproximativa de la teoría de la revolución permanente por los chinos?”

Livio Maitan, que ve en la “guerrilla rural” el *deus ex machina* revolucionario en América Latina, usa la misma cantinela con la revolución permanente:

“Puesto que ya existe un estado obrero en América Latina en un contexto mundial eminentemente revolucionario, puesto que las más amplias masas sufren constantemente los potentes estimulantes que las llevan a luchar contra el sistema capitalista en tanto que tal y que se realizan progresos enormes a nivel de su conciencia social y política, puesto que el imperialismo, tras la experiencia cubana, ha captado sin posibilidad de error la dinámica del enfrentamiento que se prepara, la perspectiva de la revolución permanente no es ya solamente una tendencia histórica, sino una realidad de esta etapa de la lucha de clases. La era de la revolución permanente ya está abierta en América Latina de manera directa e inmediata. El hecho que esta conclusión haya sido compartida por la dirección de la primera revolución socialista latinoamericana es un progreso histórico. Esta dirección, por sus actitudes, sus iniciativas y sus generalizaciones, ha contribuido de una forma decisiva a la maduración de una nueva vanguardia.”¹⁷⁴

De “puesto que” en “puesto que” se escalonan las maravillas de la “ciencia” pablista. ¿Le estaría permitido añadir algunos “puesto que” a este armonioso conjunto? “Puesto que” la burocracia del Kremlin ha pasado definitivamente del lado del orden

¹⁷⁴ “Resolución sobre América Latina del 9º Congreso Mundial”, *Quatrième Internationale* mai de 1969, página 60.

burgués a escala internacional, “puesto que” la burocracia china se sitúa enteramente en el terreno de la “construcción del socialismo en solo país” y de la “coexistencia pacífica” ajustada a sus necesidades propias, “puesto que” Fidel Castro durante la huelga de mayo-junio del 68 sostenía abiertamente a De Gaulle, “puesto que” aprobó la intervención militar de la burocracia del Kremlin contra el proletariado y el pueblo checoslovaco, en agosto del 68, “puesto que” sostenía políticamente al régimen peruano, que aportó su apoyo político a la operación burguesa Allende en Chile... por tanto, se extasían los renegados a la IV Internacional, redescubren la teoría de la revolución permanente. Trotsky, que la formuló, no escribía:

“La teoría de la revolución permanente exige en la actualidad la mayor atención por parte de todo marxista, puesto que el rumbo de la lucha de clases y de la lucha ideológica ha venido a desplazar de un modo completo y definitivo la cuestión, sacándola de la esfera de los recuerdos de antiguas divergencias entre los marxistas rusos para hacerla versar sobre el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general.”¹⁷⁵

“Puesto que” según Trotsky:

“La teoría del socialismo en un solo país, que ha surgido como consecuencia de la reacción contra el movimiento de Octubre, es la única teoría que se opone de un modo consecuente y definitivo a la revolución permanente”¹⁷⁶

... los renegados de la IV Internacional concluyen de ello que todos aquellos que hacen una guerra sin cuartel, en la teoría y en la práctica, contra el proceso de la revolución mundial, en nombre de la concepción pequeño burguesa y reaccionaria de la “construcción del socialismo en un solo país”, “redescubren bajo una forma aun grosera y aproximativa la teoría de la revolución permanente”. Evidente verdad si se entiende por ello que, enfrentadas a la unidad mundial de la lucha de clases del proletariado, de la que la teoría de la revolución permanente es la expresión consciente, las burocracias parasitarias, como las direcciones bonapartistas pequeño burguesas, deben hacerle frente para intentar romperla; la expresión consciente del combate contra la unidad mundial de la lucha de clases del proletariado, la “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país”, está ligada dialécticamente a la teoría de la revolución permanente como su contraria (incluso bajo una forma grosera y aproximativa).

Los renegados a la IV Internacional desnaturalizan doblemente la teoría de la revolución permanente: al reducirla a uno de sus aspectos particulares que desnaturalizan: la “dinámica de la revolución colonial”. Reducen esta “dinámica de la revolución colonial” a un proceso objetivo independiente de la existencia y del combate de la internacional y de sus partidos que obliga a todas las direcciones burocráticas o pequeño burguesas a asumir “el transcrecimiento de la revolución democrática burguesa en revolución socialista”. Cocida a fuego lento en las marmitas pablistas, la “teoría de la revolución permanente” adquiere propiedades maravillosas y totalmente inesperadas: algunas gotas de este elixir mágico son suficientes para resolverlo todo, todo al menos en los textos pablistas. Transformada en embrollos incoherentes, la “teoría de la revolución permanente” sirve para justificar todas las traiciones de los renegados a la IV Internacional. Así, llegan a hacer a los defensores de la “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país”, en defensores sin precedentes de la teoría de la revolución permanente.

Este trato inflingido a la teoría de la revolución permanente ha sido posible porque fue discutida más a menudo bajo el ángulo de las relaciones entre las clases en el curso

¹⁷⁵ León Trotski, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, página 129. [Tesis fundamental 1].

¹⁷⁶ *Ibidem*, página 132. [Tesis fundamental 12]

de las revoluciones que estallan en la fase imperialista en los países económicamente atrasados que todavía no han cumplido la revolución democrática burguesa. Pero esas relaciones se integran, son componente de un conjunto más vasto que son las relaciones entre las clases a escala mundial. La teoría de la revolución permanente tiene su historia, historia que es necesario recordar aunque sólo sea brevemente pues se solapa enteramente con la del desarrollo de la lucha de clases a escala mundial desde 1848 y, por tanto, señala su verdadero contenido. Marx y Engels formularon los primeros elementos de la teoría de la revolución permanente en 1850. Marx escribía:

“La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio. [...]

Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda [...] nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de lo proletarios se desarrolle, y no sólo en un país, sino en todos los países dominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado. Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases, no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva. [...]

Aunque los obreros alemanes no puedan alcanzar el poder ni ver realizados sus intereses de clase sin haber pasado íntegramente por un prolongado desarrollo revolucionario, pueden por lo menos tener la seguridad de que esta vez el primer acto del drama revolucionario que se avecina coincidirá con el triunfo directo de su propia clase en Francia, lo cual contribuirá a acelerarlo considerablemente.

Pero la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros alemanes cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparte un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado. Su grito de guerra ha de ser: la revolución permanente.”¹⁷⁷

Engle escribía en el mismo momento:

“La campaña por la constitución del Reich fracasó a causa de sus propias insuficiencias y de su miseria interior. Desde la derrota de junio de 1848, la cuestión que se plantea a la parte civilizada del continente europeo es la siguiente: o bien la dominación del proletariado revolucionario, o bien la dominación de las clases que reinaban antes de febrero. No es posible un término medio. En Alemania sobretodo la burguesía se ha demostrado incapaz de reinar, no pudo mantener su dominación sobre el pueblo más que abandonándolo a la nobleza y a la burocracia. Aliada a la ideología alemana, la pequeña burguesía intentó con la constitución del Reich una conciliación imposible que debía retrasar el combate decisivo. La tentativa sólo podía que

¹⁷⁷ Carlos Marx y Federico Engels, *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, en C. Marx, F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, páginas 182 y 189.

fracasar: quienes tomaban en serio al movimiento no se tomaban en serio la constitución y quienes tomaban en serio la constitución no se tomaban en serio el movimiento.

Pero los resultados de la campaña por la Constitución del Reich no fueron menos importantes. Ante todo, esta campaña simplificó la situación. Suprimió una serie infinita de tentativas de compromiso: ahora que está perdida, la victoria sólo puede recaer en la monarquía feudal democrática un poco constitucionalizada o en la verdadera revolución. Y la revolución sólo se puede acabar en Alemania con la dominación total del proletariado.”¹⁷⁸

Estas líneas fueron escritas como primeras y fundamentales enseñanzas de la oleada revolucionaria que se desató sobre Europa en 1848. Hasta entonces, las revoluciones que se habían producido estaban todas ellas dominadas por la burguesía o por una de sus capas y hechas en su beneficio. Incluso cuando el proletariado naciente se comprometía sin escatimar sus sacrificios en el combate, era la fuerza de choque de la revolución, se mantenía bajo el control político de la burguesía o de una de sus capas y actuaba a su cuenta. En 1830, Carlos X era derrocado. Luís-Felipe tomaba el poder a cuenta de la burguesía bancaria. La revolución de 1830 le debía todo al proletariado parisino. La burguesía pagó sus deudas haciendo ametrallar en 1831 a los *canuts* lioneses. Pero el proletariado se reforzaba como clase. Adquirió una conciencia de clase, al menos elemental, no solamente en Inglaterra y Francia, sino allí donde la burguesía y él mismo todavía eran relativamente débiles.

“En 1844 estalló la insurrección de los tejedores de Silesia, seguida de la de los estamperos textiles de Praga. Estas insurrecciones, que fueron reprimidas con saña y no iban contra el gobierno, sino contra los patronos, produjeron honda impresión y dieron nuevo estímulo a la propaganda socialista y comunista entre los obreros. El mismo efecto tuvieron los motines del pan durante el año de hambre de 1847.”¹⁷⁹

Así, en los países en los que la victoria de la Santa Alianza y el congreso de Viena, en 1814-1815, levantaron la barrera de la reacción aristocrática, de las viejas dinastías reales y principescas, de sus ejércitos, de su burocracia, sostenidas por el gendarme de la contrarrevolución en Europa, el zarismo y sus cosacos, contra la solución de las tareas democráticas burguesas (independencia y unidad nacionales, destrucción de los vestigios de la feudalidad, del poder político de la aristocracia terrateniente, reforma agraria, abolición de los derechos señoriales, ejercicio del poder por una capa de la burguesía o sus representantes, asamblea nacional y parlamentaria más o menos desarrollada, constitución, derechos políticos burgueses), el proletariado se afirmaba como clase.

“No podía esperarse que los obreros tuvieran ideas muy claras de lo que querían: lo único que sabían era que el programa de la burguesía constitucional no contenía todo lo que ellos deseaban y que sus demandas no encajaban del todo en el marco de las ideas del constitucionalismo.”¹⁸⁰

El orden social y político consagrado por el congreso de Viena, ya alterado desde 1830, arruinado, a pesar de las dificultades, por el desarrollo del modo de producción capitalista, en 1848 vacilaba bajo el choque de un movimiento revolucionario que abarcaba Francia, Italia, Austria, Hungría y Alemania del Norte. Haciendo eco a la

¹⁷⁸ Engels, *La Révolution démocratique bourgeoise en Allemagne*, Éditions Sociales, París, 1951, página 198.

¹⁷⁹ Federico Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, en C. Marx, F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, página 323.

¹⁸⁰ *Ibidem*, página 323.

revolución de febrero en Francia, la revolución se extendía en Italia contra la dominación austríaca, el 13 de marzo la revolución en Viena derrocaba a Metternich, el 18 de marzo la revolución estallaba en Berlín y obligaba al rey de Prusia a retroceder, se eligió una asamblea nacional que se reunió en Frankfurt. Por primera vez a escala europea, la revolución proletaria se combinaba con la revolución democrática burguesa.

“La particularidad que distingue a la burguesía de todas las demás clases dominantes que la han precedido consiste precisamente en que en su desarrollo existe un punto de viraje, tras el cual todo aumento de sus medios de poder, y por tanto de sus capitales en primer término, tan sólo contribuye a hacerla cada vez más incapaz para la dominación política. “*Tras la gran burguesía está el proletariado*”. En la medida en que la burguesía desarrolla su industria, su comercio y sus medios de comunicación, en la misma medida engendra el proletariado. Y al llegar a un determinado momento, que no es el mismo en todas partes ni tampoco es obligatorio para una determinada fase del desarrollo, la burguesía comienza a darse cuenta de que su inseparable acompañante, el proletariado, empieza a sobrepasarla. Desde ese momento pierde la capacidad de ejercer la dominación política exclusiva, y busca en torno suyo aliados, con quienes comparte su dominación, o a quienes, según las circunstancias, se la cede por completo.

En Alemania, ese punto de viraje ya había llegado para la burguesía en 1848. Aunque bien es cierto que en aquel entonces la burguesía alemana no se asustó tanto del proletariado alemán como del proletariado francés. Los combates de junio de 1848 en París le enseñaron qué era lo que la esperaba. La agitación del proletariado alemán era suficiente para demostrarle que en Alemania habían sido arrojadas las semillas capaces de dar la misma cosecha. Y a partir de ese momento quedó embotado el filo de la acción política de la burguesía alemana. Esta empezó a buscar aliados y a venderse por cualquier precio; y de entonces acá no ha avanzado un solo paso.”¹⁸¹

El aplastamiento del proletariado francés en junio del 48 fue el punto de partida de la contraofensiva de la contrarrevolución europea. Con la revolución proletaria derrotada, la revolución democrática burguesa no pudo cumplirse.

1848 marca un giro histórico: el proletariado se adelanta al primer lugar de la escena y combate bajo su bandera, por sí mismo, mientras que la burguesía, que está lejos de haber realizado sus tareas políticas a escala de los más grandes países europeos, lo reconoce como su principal enemigo.

Marx y Engels extrajeron los primeros elementos de la teoría de la revolución permanente del análisis de las relaciones sociales y de las relaciones políticas entre las clases, a escala de Europa, puesto en valor por el enfrentamiento de la revolución y de la contrarrevolución. Señalaron la relación internacional: “la burguesía alemana no se asustó tanto del proletariado alemán como del proletariado francés”. El proletariado alemán ejercía un papel desmesurado, si se refiere uno a sus propias y únicas fuerzas. Pero lo jugaba como fracción del proletariado internacional, en relación con el proletariado de los países entonces mucho más desarrollados, Francia e Inglaterra. Marx y Engels llamaban al proletariado alemán a constituirse en partido independiente, a tomar como grito de guerra la revolución permanente; pues “la revolución sólo se puede acabar en Alemania con la dominación total del proletariado”, dice Engels, “hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país, sino en todos los países dominantes del mundo, en

¹⁸¹ Federico Engels, *Las guerras campesinas en Alemania*, Editorial Grijalbo, México, 1971, páginas 16 y 17.

proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado” dice Marx; porque los dos estiman que la revolución de 1848 en Francia abría el período de la revolución proletaria internacional, “pueden por lo menos tener [los obreros alemanes] la seguridad de que esta vez el primer acto del drama revolucionario que se avecina coincidirá con el triunfo directo de su propia clase en Francia, lo cual contribuirá a acelerarlo considerablemente”

Marx y Engels se equivocaban cuando estimaban que 1848 abría el período de la revolución proletaria internacional. La crisis económica, social y política de 1848 era una crisis de crecimiento del modo de producción capitalista. Rectificaron, y el análisis de su error no fue ajeno a la “pequeña” frase de Marx en el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, que omite el desenvuelto Janus-Germain-Mandel. Sigue en pie que en 1848, el enfrentamiento entre las clases a escala internacional desgaja determinadas relaciones políticas entre las clases que deberían reencontrarse a escala mundial cuando se abrió la fase superior del capitalismo, el imperialismo, el período de las guerras y revoluciones, la era de la revolución proletaria. Deducirlas fue una de las señales del genio de Marx y Engels y de la superioridad de su método, el materialismo dialéctico. Pero no podían ir más allá. El marxismo es un método de análisis en el que forma, contenido y método, son inseparables, le es ajena la especulación. El período que siguió fue el del desarrollo intensivo y extensivo del capitalismo que cubrió la tierra entera, y también el de la organización del proletariado, de la formación de sus partidos y sindicatos. Pero ya, tal y como fue formulada por Marx y Engels, la teoría de la revolución permanente es totalmente ajeno a la infame sopa ecléctica que los renegados a la IV Internacional llaman con el mismo nombre.

Trotsky desarrolla la teoría de la revolución permanente

Fue preciso esperar a 1905 para que resurgiese la teoría de la revolución permanente que Trotsky reformuló en esa época. Más que interpretar, lo mejor es recurrir a largos extractos de textos en los que Trotsky formula la teoría de la revolución permanente.

“No se puede hablar de la gran burguesía como de una fuerza revolucionaria: en esto estamos todos de acuerdo. Los industriales de Lyon desempeñaron un papel contrarrevolucionario incluso durante la gran Revolución francesa, la cual era una revolución nacional en el sentido más amplio de esta palabra. Se nos habla de la burguesía media y, principalmente, de la pequeña burguesía como fuerza directiva de la revolución burguesa. Pero ¿qué representa en sí esta pequeña burguesía?

Los jacobinos se apoyaban en la democracia urbana, que había surgido de los gremios artesanos. Los pequeños artesanos y el pueblo urbano íntimamente ligado con ellos constituían el ejército de los *sans-culottes* revolucionarios, el punto de apoyo del partido dirigente de los *montagnards*. Fue precisamente esta compacta masa de población urbana, que había pasado por la prolongada escuela histórica del gremio, la que soportó todo el peso de la transformación revolucionaria. El resultado objetivo de la revolución fue la creación de condiciones “normales” de explotación capitalista. Pero la mecánica social del proceso histórico condujo a que las condiciones de predominio de la burguesía fuesen creadas por el populacho, por la democracia callejera, por los *sans-culottes*. Su dictadura terrorista limpió a la sociedad burguesa de las viejas escorias, y después la burguesía subió al poder, derribando la dictadura de la democracia pequeño burguesa.

¿Cuál es la clase social (pregunto yo, y no es la primera vez) que en nuestro país puede levantar sobre sus espaldas a la democracia revolucionaria burguesa, llevarla al poder y darle la posibilidad de realizar una labor enorme teniendo al proletariado en la oposición? Es ésta la cuestión central, que torno a plantear a los mencheviques.

Tenemos en nuestro país, es verdad, a masas enormes de campesinos revolucionarios. Pero, los camaradas de la minoría saben tan bien como yo que los campesinos, por revolucionarios que sean, son incapaces de desempeñar un papel político *independiente*, y mucho menos directivo. Es indiscutible que los campesinos pueden constituir una fuerza enorme al servicio de la revolución; pero no sería digno de un marxista creer que un partido campesino puede ponerse al frente de la revolución burguesa y liberar por iniciativa propia las fuerzas productivas del país de sus cadenas arcaicas. La ciudad ejerce la hegemonía en la revolución burguesa.

¿Dónde está, en nuestro país, la democracia urbana capaz de arrastrar tras de sí a la nación? El compañero Martínov la ha buscado ya más de una vez armado de una lupa, y no ha encontrado más que maestros de Zaratov, abogados petersburgueses y funcionarios moscovitas de estadística. Martínov, lo mismo que todos los que comparten su posición, se cuida mucho de no advertir que en la revolución rusa el proletariado industrial ocupa el mismo puesto que ocupaba a fines del siglo XVIII la democracia artesana semiproletaria de los *sans-culottes*. Llamo vuestra atención, camaradas, hacia este hecho, de fundamental importancia.

Nuestra gran industria no ha surgido como un resultado de la evolución natural del artesanado. La historia económica de nuestras ciudades ignora por completo el periodo de los gremios. La industria capitalista surge en nuestro país bajo la presión directa e inmediata del capital europeo y se apodera de un terreno virgen, primitivo, sin chocar con la resistencia de la cultura corporativa. El capital extranjero influye en nuestro país por los canales de los empréstitos del Estado y las venas de la iniciativa privada y reúne a su alrededor al ejército del proletariado industrial, sin permitir que surja y se desarrolle el artesanado. Como resultado de este proceso, en el momento de la revolución burguesa, la fuerza principal de las ciudades resulta ser un proletariado de tipo social muy elevado. Es un hecho que no se puede negar y sobre el cual tenemos que basar nuestras conclusiones revolucionarias tácticas.

Si los camaradas de la minoría creen en el triunfo de la revolución o aceptan, aunque no sea más que la posibilidad de dicho triunfo, no pueden dejar de reconocer que, en nuestro país, a excepción del proletariado, no hay ningún pretendiente histórico al poder revolucionario. Del mismo modo que la democracia pequeño burguesa urbana de la gran Revolución se puso al frente del movimiento revolucionario nacional, el proletariado, la única democracia revolucionaria de nuestras ciudades, debe hallar un punto de apoyo en las masas campesinas, y subir al poder, si es que la revolución ha de triunfar.

Un gobierno que se apoye directamente en el proletariado, y a través de él en los campesinos revolucionarios, no significa aún la dictadura socialista. No me referiré ahora a las perspectivas ulteriores del gobierno proletario. Es posible que el destino del proletariado sea el de caer, como cayó la democracia jacobina, para dejar el sitio libre a la dominación de la burguesía. No quiero dejar sentado más que lo siguiente: si, de acuerdo con la profecía de Plejánov, el movimiento revolucionario triunfa en nuestro país como movimiento obrero, el triunfo de la

revolución en Rusia sólo se concibe como triunfo revolucionario del proletariado; de otro modo, será imposible.

Insisto en esto con toda firmeza. Si se reconoce que las contradicciones sociales entre el proletariado y la masa campesina no permiten al primero ponerse al frente de ésta; si el proletariado mismo no es lo bastante fuerte para alcanzar la victoria, entonces no habrá más remedio que llegar, en términos generales, a la conclusión de que nuestra revolución no está llamada a triunfar. En estas condiciones, el final natural de la revolución debe ser el acuerdo de la burguesía liberal con el antiguo régimen. Es ésta una hipótesis cuya posibilidad no puede descartarse. Pero es evidente que se halla en el camino de la derrota de la revolución, condicionada por su debilidad interna.

En esencia, *todo el análisis de los mencheviques (ante todo su apreciación del proletariado y de sus posibles posiciones con respecto a los campesinos) los conduce inexorablemente a la senda del pesimismo revolucionario.*

Pero se apartan tenazmente de esta senda y desenvuelven el optimismo revolucionario a cuenta... de la democracia burguesa

De aquí se desprende su actitud frente a los “cadetes”. Para ellos, los “cadetes” son el símbolo de la democracia burguesa, y la democracia burguesa el único pretendiente del poder revolucionario...¹⁸²

-Trotsky no subestima el papel revolucionario del campesinado. Niega que pueda jugar hasta el final un papel revolucionario independiente de la dirección de una clase social de la ciudad, proletariado o burguesía.

-Trotsky afirma la necesidad de un programa democrático burgués defendido por la clase obrera, allí donde la revolución democrática burguesa no se ha cumplido.

-Señala, no la identidad, sino la unidad del desarrollo de las relaciones sociales y políticas entre Rusia y el resto del mundo bajo el impacto del desarrollo mundial concreto del modo de producción capitalista y como un componente de este desarrollo.

Pero en *Resultados y perspectivas* precisa las tareas del proletariado en el poder:

“Otro ejemplo. El proletariado en el poder no puede menos de tomar las medidas más enérgicas para resolver el problema del paro forzoso, pues va de suyo que los representantes obreros que entran en el gobierno no pueden responder a las peticiones de los parados aludiendo simplemente al carácter burgués de la revolución.

Pero si el Estado se encarga aunque sólo sea de asegurar la subsistencia de los parados (aquí no es importante saber en qué forma lo hace), esto significa un inmenso cambio inmediato en cuanto a la potencia económica del proletariado. Los capitalistas, cuya presión sobre el proletariado se ha basado siempre en el hecho de la existencia de un ejército de reserva, se sienten impotentes *económicamente*, mientras que, al mismo tiempo, el gobierno revolucionario les condena a la impotencia *política*. Si el Estado se encarga de apoyar a los parados, al mismo tiempo se encarga, con ello, de asegurar la subsistencia de los huelguistas. Si no hace *esto*, socava inmediata e irrevocablemente su propia base de existencia.

A los fabricantes no les queda otro remedio que llegar al *lock-out*, es decir al cierre de las fábricas. Está claro que los fabricantes pueden resistir durante mucho más tiempo al cese de la producción que los obreros y que, por lo tanto, para el gobierno obrero sólo hay una respuesta a un *lock-out* en masa: la

¹⁸² León Trotski, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, páginas 78, 79 y 80.

expropiación de las fábricas, y (por lo menos en el caso de las más grandes) la organización de la producción sobre una base estatal o comunal.

En el terreno de la agricultura surgen problemas análogos, simplemente a causa del hecho de la expropiación del suelo. No se puede suponer, en modo alguno, que un gobierno proletario divida las explotaciones de producción en gran escala después de su expropiación en parcelas individuales y las venda para su explotación a los pequeños productores; aquí el único camino posible es el de organizar la producción cooperativa bajo un control comunal o directamente bajo una gestión estatal; y ésta es la vía hacia el socialismo.

Todo esto demuestra claramente que la socialdemocracia no puede entrar en un gobierno revolucionario habiendo prometido al proletariado no *bajar* del programa mínimo, y habiendo prometido, al mismo tiempo, a la burguesía no *salirse* del programa mínimo. Tal compromiso simultáneo sería irrealizable. Si los representantes del proletariado entran en el gobierno, no como rehenes sin poder sino como fuerza dirigente, entonces liquidarán el límite entre el programa mínimo y el máximo, es decir, *incluirán el colectivismo en el orden del día*. El punto en el que el proletariado, lanzado en esta dirección, será frenado, dependerá de la correlación de fuerzas y, en mucha menor medida, de las intenciones originarias del partido del proletariado.

Por eso no puede hablarse de alguna forma especial de dictadura proletaria en el marco de la revolución burguesa, y menos de una dictadura democrática del proletariado (o del proletariado y del campesinado). La clase obrera no puede garantizar el carácter democrático de su dictadura si al mismo tiempo se compromete a no pasarse de los límites de un estrecho programa democrático. Ilusiones cualesquiera sobre este punto serían funestas y comprometerían a la socialdemocracia desde el principio.

Cuando el partido del proletariado tome el poder, luchará por él hasta el final. Si un medio de esta lucha por el mantenimiento y la estabilización del poder será la agitación y organización, especialmente en el campo, otro medio lo será la política colectivista. El colectivismo no sólo se hará necesario en virtud de la postura política del partido en el poder, sino que al mismo tiempo será también un medio para mantener esta postura con el apoyo del proletariado.”¹⁸³

Trotsky precisa la relación entre la revolución rusa y la lucha de clases mundial, sobretodo en Europa. Tras haber evocado el estremecimiento de toda Europa que sería la toma del poder por el proletariado ruso, una Europa de la que sintetiza la situación en estos términos.

“En los viejos países capitalistas no hay necesidades “nacionales”, es decir necesidades de la *sociedad burguesa entera*, de las cuales la burguesía pudiese sentirse defensora. Los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania o Austria ya no son capaces de conducir guerras nacionales. Los intereses vitales de las masas populares, los intereses de las nacionalidades oprimidas o la bárbara política interior de un país vecino no inducen a ningún gobierno burgués a entrar en una guerra que pudiese tener un carácter liberador y por tanto nacional. Por otro lado, los intereses de la codicia capitalista, que con tanta frecuencia impulsan, ora a este gobierno, ora a aquél, a tintinear las espuelas y hacer ruido con los sables ante los ojos de todo el mundo, no pueden provocar el más mínimo eco en las masas populares. Por este motivo, la burguesía no puede o no quiere provocar o realizar guerras nacionales. Las últimas experiencias en el sur de

¹⁸³ León Trotski, 1905. *Resultados y perspectivas*, dos tomos, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Ligugé, 1971, páginas 186 y 187.

África y luego en el este de Asia demostraron a dónde conducen, en las condiciones actuales, las guerras antinacionales. La grave derrota del conservadurismo imperialista en Inglaterra tiene como causa, y no la menos importante, la lección de la guerra de los boers; la otra consecuencia, mucho más importante y más peligrosa para la burguesía inglesa, de la política imperialista, es la autonomía política del proletariado inglés que, una vez iniciada, avanzará con botas de siete leguas. Y no hace falta recordar las consecuencias de la guerra ruso-japonesa para el gobierno de Petersburgo. Pero incluso prescindiendo de estas dos experiencias, los gobiernos europeos tienen cada vez más miedo de colocar al proletariado, desde que ha comenzado a ser independiente, ante el dilema: guerra o revolución. Precisamente este miedo a la sublevación proletaria incita a los partidos burgueses a acordar inmensas sumas para gastos militares y a declarar, al mismo tiempo, solemnes manifiestos de paz; les incita a soñar con tribunales internacionales de arbitraje e incluso con la organización de los Estados Unidos de Europa. Es una declamación ridícula que no puede eliminar naturalmente ni el antagonismo entre los Estados ni los conflictos armados.

La paz armada que se produjo en Europa después de la guerra franco-prusiana se basaba en un sistema de equilibrio europeo, el cual no sólo suponía la invulnerabilidad de Turquía, la división de Polonia, la conservación de Austria (este traje de Arlequín etnográfico) sino también la existencia del despotismo ruso en el papel de gendarme, armado hasta los dientes, de la reacción europea. La guerra ruso-japonesa asestó un duro golpe a este sistema, mantenido en pie artificialmente, en el que la autocracia tenía una posición de primer rango. Rusia salió, por una cierta época, del así llamado concierto de potencias. El equilibrio estaba destruido. Los éxitos japoneses inflamaron, por otra parte, los instintos conquistadores de la burguesía capitalista, y especialmente de la bolsa, de una gran importancia dentro de la política actual. La posibilidad de una guerra en suelo europeo ha crecido considerablemente. Por todas partes maduran conflictos y aunque hasta ahora hayan sido resueltos por medio de la diplomacia, ello no es ninguna garantía para el día de mañana. Mas una guerra europea significa inevitablemente la revolución europea.

Ya durante la guerra ruso-japonesa, el partido socialista de Francia declaró que, en caso de una intervención del gobierno francés en favor de la autocracia, llamaría al proletariado a tomar las medidas más decididas, incluso hasta llegar a la sublevación. En marzo de 1906, cuando se agudiza el conflicto franco-alemán a causa de Marruecos, el buró de la Internacional Socialista decidió, en el caso de un peligro bélico, “concretar las medidas de acción más apropiadas para todos los partidos socialistas internacionales y toda la clase obrera organizada a fin de evitar y detener la guerra”. Ciertamente, aquello no pasó de ser una resolución y para comprobar su significación real sería necesaria una guerra. La burguesía tiene todas las razones para querer evitar tal experimento. Pero para desgracia suya, la lógica de las relaciones internacionales es más fuerte que la lógica de los diplomáticos.”¹⁸⁴

Trotsky concluye *Resultados y perspectivas*:

“Abandonada a sus propias fuerzas, la clase obrera rusa sería destrozada inevitablemente por la contrarrevolución en el momento en que el campesinado se apartase de ella. No le quedará otra alternativa que entrelazar el destino de su

¹⁸⁴ *Ibidem*, páginas 214, 215 y 216.

dominación política, y por tanto el destino de toda la revolución rusa, con el destino de la revolución socialista en Europa.

Echará en la balanza de la lucha de clases del mundo capitalista entero el inmenso poder estatal político que le da la prosperidad temporal de la revolución burguesa rusa. Con el poder estatal en las manos, con la contrarrevolución a su espalda y la reacción europea ante sí, gritará a sus compañeros de todo el mundo la consigna de lucha (y esta vez al último combate): *¡Proletarios de todos los países, uníos!*¹⁸⁵

¡Trotsky redactó estos textos en 1906-1909!

Se trata verdaderamente de una previsión de las fuerzas sociales, de su movimiento, confirmada por la revolución de 1917.

De la “subestimación del campesinado” a la “construcción del socialismo en un solo país”

Cómo de miserables aparecen las elucubraciones de Bujarin, Stalin y otros contra la teoría de la revolución permanente. Un primer argumento fue avanzado en 1923-1924:

“Lenin mostraba el peligro de aplicar en 1917 las consignas formuladas por Trotsky en 1905. Mostraba que, al no haber terminado todavía la revolución agraria el campesinado, nuestra revolución no había entrado en una fase en que la consigna de dictadura del proletariado pudiera ser considerada como actual. Era un deber utilizar las fuerzas revolucionarias del campesinado para preparar la vía a la revolución socialista. Lenin apreciaba dialécticamente la situación. Constataba que las consignas bolcheviques de 1905 se habían demostrado justas en general, pero insistía también en lo que había de “original” en la situación nueva en la que la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado “se realizaba de una forma completamente particular”, porque coexistía con un gobierno burgués.

Resaltando el carácter pequeño burgués de los soviets en aquel momento en que la mayoría estaba compuesta por campesino, Lenin recomendó esquivar los obstáculos, ajustar nuestro avance de acuerdo con los resultados de un profundo examen de las fases transitorias. Lenin apreciaba la situación desde el punto de vista económico como sigue:

“¿Puede la mayoría de los campesinos en Rusia exigir e implantar la nacionalización de la tierra? Indudablemente que puede. ¿Es eso una revolución socialista? No. Es todavía una revolución burguesa, pues la nacionalización de la tierra es una medida compatible con el capitalismo. Pero es, al mismo tiempo, un golpe asestado contra la propiedad privada.

La mayoría de los campesinos rusos puede pronunciarse a favor de la fusión de los bancos y exigir que se establezca en cada localidad una sucursal del Banco del Estado. Los partidarios de la defensa nacional podrían aprobar esta medida puesto que aumentaría los recursos militares de Rusia. ¿Se puede llegar inmediatamente a la fusión de los bancos? Es perfectamente posible. ¿Es una medida socialista? No, eso no es todavía el socialismo. ¿La mayoría de los campesinos puede declararse a favor de la nacionalización de la industria azucarera, bajo el control de los obreros y campesinos así como a favor de la reducción del precio del azúcar? Sí. ¿Es posible esta medida desde el punto de

¹⁸⁵ *Ibidem*, páginas 217 y 218.

vista económico? Sí...”¹⁸⁶

Examinemos¹⁸⁷ con atención de qué manera plantea Lenin la cuestión. Él pregunta continuamente qué dirá el “campesino”. No es por azar; al contrario. Aquí está esa grandiosa lucidez revolucionaria que era propia de este dirigente proletario. ¿Acaso esta cita indica que los bolcheviques se habían colocado en el punto de vista de la revolución permanente del camarada Trotski? Nada de eso. Y en el sentido del pasaje de una etapa a otra, desde el punto de vista *económico*, Lenin guiaba a las masas hacia la siguiente fase de la revolución. ¿Por qué era esto posible y por qué ha sucedido *así*? Porque no debíamos separarnos de la base campesino, porque debíamos arrastrar al campesinado junto a la clase obrera mediante procedimientos graduales. En resumidas cuentas, Lenin no consideraba a los campesinos como un enemigo absoluto, que irremediamente nos destruirá, sino como un posible aliado que en ocasiones refunfuñará un poco y de tanto en tanto le procurará algún contratiempo a la clase obrera, pero que hay que arrastrar detrás del proletariado, y de tal manera que signifique una de las principales fuerzas de nuestra lucha por el orden económico proletario.

En consecuencia, en 1917, en Lenin no hay el “gobierno obrero” del cual había hablado ya en 1905 Trotski, sino más bien una *polémica contra esta consigna*. Lenin señala: “*Yo no digo: ‘Sin zar, por un gobierno obrero’, sino que digo ‘Soviets pequeñoburgueses’. No digo: ‘Socialismo inmediato’, sino que digo: Tales o cuales medidas que son ventajosas para el campesinado pero que significan un golpe contra la hegemonía de la propiedad privada.’*” El lector puede advertir cómo Lenin sabía pasar genialmente de una fase a otra, aprehender la peculiaridad del momento y asir aquel eslabón de la cadena que había que asir para llevar la revolución de una etapa a otra.”

El lector apreciará sobretodo el arte de Bujarin en tomarnos por tontos y esquivar los verdaderos problemas. Ni la nacionalización de la tierra, ni la formación de una banca única, ni nacionalizaciones, por extendidas que sean, no son aún el “socialismo”. Abstractamente hablando, la nacionalización de la tierra es realizable por un estado y un gobierno burgués. Le permite al estado apropiarse la renta de la tierra sin suprimir la circulación del capital y su “remuneración” a la tasa media de beneficio. La banca única y las nacionalizaciones extendidas pueden ser medidas indispensables tomadas por un estado y un gobierno burgués a fin de salvar el modo de producción capitalista en su conjunto. En fin, Trotsky siempre afirma la imperiosa necesidad de realizar las tareas democráticas burguesas. Pero insistía: el campesinado no puede resolverlas él mismo, apoyado sobre él, únicamente puede hacerlo una clase social de la ciudad, burguesía o proletariado. El programa democrático burgués está superado por el hecho de la dictadura del proletariado. El proletariado pone al orden del día “el colectivismo”. “Con el poder estatal en las manos, con la contrarrevolución a su espalda y la reacción europea ante sí, gritará [el proletariado] a sus compañeros de todo el mundo la consigna de lucha (y esta vez al último combate): *¡Proletarios de todos los países, uníos!*”

Bujarin escamotea el problema clave: ¿quién toma el poder, apoyado por el campesinado, qué gobierno realiza las tareas democráticas burguesas, cuál fue la naturaleza social del nuevo estado, puede éste limitarse a las tareas democráticas

¹⁸⁶ Boukharine, “Sur la théorie de la ‘révolution permanente’”, en *Satline contra Trotsky*, recopilación de Giuliano Procacci, 1965, páginas 106 y 107.

¹⁸⁷ [A partir de aquí seguimos la versión castellana, Nicolai Bujarin, “Acerca de la teoría de la revolución permanente” en *La revolución permanente*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba 1972, páginas 129 y 130

burguesas? La historia responde por él: no son “los soviets pequeño burgueses”, sino el proletariado apoyado en el campesinado, guiado por el Partido Bolchevique, quien toma el poder; la acción combinada del gobierno obrero y campesino, bajo la dirección del Partido Bolchevique con la participación de los SR de izquierdas y de las masas, destruyó el viejo aparato de estado, construyó el estado obrero, sobre la base de los soviets en los que el proletariado dominaba, y realizó la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado superó las tareas democráticas burguesas y le dio un contenido proletario a las medidas tomadas. Se vio obligado a expropiar al capital, a adueñarse de los principales medios de producción e intercambio. El modo de producción cambió porque el estado *obrero* se apropió de los principales medios de producción. La teoría de la revolución permanente estaba verificada por el curso de la Revolución Rusa. En lugar de la subestimación del papel del campesinado, la teoría de la Revolución Permanente pone en valor su papel capital como una de las fuerzas motrices de la revolución en los países en los que no se han resuelto las tareas de la revolución democrática burguesa en los períodos históricos precedente. Ayer, utilizando la potencia del campesinado, la burguesía se apoderó del poder. Hoy, si el proletariado está políticamente en condiciones de guiar al campesinado, y de apoyarse sobre él, puede y debe tomar el poder en los países económicamente atrasados si no, como resultado, tendrá la derrota de la revolución.

La barriobajera pelea que se le buscó a Trotsky y a la teoría de la Revolución Permanente tenía, sin embargo, “buenos” motivos. Bujarin, en nombre de la alianza de los obreros y los campesinos, quería defender al “nepman” y al Kulak, se levantó contra la prosecución de la lucha de clases en el campo y en la ciudad tras la victoria de la revolución. Preparaba su teoría de la construcción del socialismo “a paso de tortuga”, de la “integración de los kulak en la construcción del socialismo”, y se preparaba para plantear su grito de “paz”: “campesinos, enriqueceos”; como también la batalla que llevó adelante contra la planificación.

A su manera, demostraba que la lucha de clases proseguía tras la revolución y verificaba la teoría de la Revolución Permanente. Pero así preparaba el espantoso drama que fue la planificación, la industrialización y la colectivización bajo la dirección de Stalin y de la burocracia del Kremlin. La reacción termidoriana entabló una verdadera guerra civil contra todo el campesinado. Este fue un pesado tributo pagado por haber combatido a la teoría de la Revolución Permanente que preveía, entre otras cosas, la inevitabilidad de una diferenciación social en el campo tras la revolución. Actualmente, la agricultura de la URSS todavía no se ha repuesto. No podrá hacerlo mientras que el proletariado no haya reconquistado el poder político. Una vez más, la solución de los problemas de la agricultura, de las relaciones sociales y políticas en el campo, depende del proletariado que será el único que podrá resolver el conjunto de los problemas de la planificación y establecer nuevas relaciones entre el campesinado kolkhoziano y la clase obrera.

Los absurdos teóricos siempre tienen motivaciones políticas muy precisas.

La acusación contra Trotsky, en 1923-1924, y contra la teoría de la revolución permanente preparaba:

- la reacción termidoriana;
- la sumisión ante los kulak y nepman en nombre de la unidad obrera y campesina;
- la abdicación de la independencia de clase del proletariado y del campesinado chino, su sumisión al Kuomintang, a Chang Kai-shek durante la revolución china de 1925-1927 en nombre del bloque de las cuatro clases.

En medio de toda una serie de consideraciones eclécticas, las tesis adaptadas por la Internacional Comunista bajo la inspiración de Stalin expresaban la verdadera política

dictada al PCC por Stalin.

“La absoluta necesidad de asegurar su influencia sobre los campesinos, determina igualmente la actitud del Partido Comunista hacia el Kuomintang y el gobierno de Cantón. El aparato del gobierno nacional revolucionario es un medio muy eficaz para ganar al campesinado. El Partido Comunista debe utilizarlo.

Es preciso crear en las provincias recientemente liberadas un aparato de estado sobre el modelo del gobierno de Cantón. Los comunistas y sus aliados revolucionarios tienen como tarea penetrar en el aparato del nuevo gobierno en vistas a realizar prácticamente el programa agrario de la revolución nacional. Se aprovechará el aparato de estado para confiscar las tierras, reducir los impuestos, darles a los comités de campesinos un verdadero poder realizando, al mismo tiempo, progresivamente reformas sobre la base de un programa revolucionario”.¹⁸⁸

En este mismo mes de febrero de 1927, el “gobierno de Cantón” y su ejército, en los cuales, según la IC, habrían tenido que entrar los comunistas, se aproximaban a Shanghai. Se detuvieron a fin de dejar que un señor de la guerra aplastase una primera insurrección obrera dirigida por los comunistas. Una nueva insurrección, el 21 de marzo, abrió la ciudad a Chang Kai-check. Éste, el 12 de abril, atacaba a sangre y fuego a los comunistas y a los sindicatos de Shanghai. Los expulsaba a la manera del Kuomintang, enterrándolos vivos, tirándolos a las calderas de las locomotoras, fusilándolos por millares. La segunda revolución china acaba en un baño de sangre de los obreros y campesinos chinos que la insurrección de Cantón, en diciembre (11-14 de diciembre de 1927) y declarada (por orden de Stalin) de forma completamente arbitraria para cubrir mediante un brusco giro a la “izquierda” toda la anterior política de capitulación de la IC ante el Kuomintang, no hace más que precipitar.

El virulento ataque contra la teoría de la revolución permanente alcanzaba toda su dimensión, su fundamental significado, con la proclamación de la pseudo teoría de la “construcción del socialismo en un solo país” que le estaba reservado a Stalin desarrollar.

Satlin explica en *Cuestiones del leninismo*

“Antes se creía imposible la victoria de la revolución en un solo país, suponiendo que, para alcanzar la victoria sobre la burguesía, era necesaria la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados o, por lo menos, de la mayoría de ellos. Ahora, este punto de vista ya no corresponde con la realidad. Ahora hay que partir de la posibilidad de este triunfo, pues el desarrollo desigual y a saltos de los distintos países capitalistas en el imperialismo, el desarrollo, en el seno del imperialismo, de contradicciones catastróficas que llevan a guerras inevitables, el incremento del movimiento revolucionario en todos los países del mundo; todo ello no sólo conduce a la posibilidad, sino también a la necesidad del triunfo del proletariado en uno u otro país.”¹⁸⁹

Stalin discute:

“Este planteamiento es completamente acertado y no necesita comentarios. Combate la teoría de los socialdemócratas, que consideran como una utopía la toma del poder por el proletariado en un solo país, si no va acompañada al mismo tiempo de la revolución victoriosa en otros países.

¹⁸⁸ *Correspondance Internationale*, 21 février 1927.

¹⁸⁹ José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, en *El socialismo en un solo país*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1972, página 114.

Más en el folleto *Los fundamentos del leninismo* hay también otra formulación, que dice:

“Pero derrocar el poder de la burguesía e instaurar el poder del proletariado en un solo país no significa todavía garantizar el triunfo completo del socialismo. Que por cumplir la misión principal del socialismo: la organización de la producción socialista. ¿Se puede cumplir esta misión, se puede lograr el triunfo definitivo del socialismo en un solo país sin los esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países adelantados? No, no se puede. Para derribar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, como lo indica la historia de nuestra revolución. Para el triunfo definitivo del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no bastan los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia: para esto hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países adelantados.” (v. Los fundamentos del leninismo)

Esta segunda formulación combate la afirmación de los críticos del leninismo, de los trotskistas, de que la dictadura del proletariado en un solo país, sin el triunfo en otros países, no podría “sostenerse frente a la Europa conservadora”.

En este sentido (pero sólo en este sentido), esa formulación era entonces (mayo de 1924) suficiente, y fue, sin duda, de cierta utilidad.

Pero más tarde, cuando ya se había vencido dentro del partido la crítica al leninismo en este aspecto y se puso a la orden del día una nueva cuestión, la cuestión de la posibilidad de edificar la sociedad socialista completa con las fuerzas de nuestro país y sin ayuda exterior, la segunda formulación resultó ser ya insuficiente a todas luces y, por tanto, inexacta.

¿En qué consiste el defecto de esta formulación?

Su defecto consiste en que funde en una sola dos cuestiones distintas: la cuestión de la *posibilidad* de llevar a cabo la edificación del socialismo con las fuerzas de un solo país, cuestión a la que hay que dar una respuesta afirmativa, y la cuestión de si un país con dictadura del proletariado puede considerarse *completamente garantizado* contra la intervención y, por tanto, contra la restauración del viejo régimen, sin una revolución victoriosa en otros países, cuestión a la que hay que dar una respuesta negativa. Esto, sin hablar de que dicha formulación puede dar motivos para creer que es imposible garantizar la sociedad socialista con las fuerzas de un solo país, cosa que, naturalmente, es falsa.

Basándome en esto, en mi folleto *La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos* (diciembre de 1924), he modificado y corregido esta formulación, dividiendo la cuestión en dos: en la cuestión de *la garantía completa contra la restauración del régimen burgués* y en la cuestión de *la posibilidad de edificar la sociedad socialista completa* en un solo país. He conseguido esto, primero, al presentar “la victoria completa del socialismo” como “garantía completa contra la restauración del antiguo orden de cosas”, garantía que sólo se puede obtener mediante “los esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países”, y, segundo, al proclamar, basándome en el folleto de Lenin *Sobre la cooperación*, la verdad indiscutible de que contamos con todo lo necesario para edificar la sociedad socialista completa (v. *La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos*).¹⁹⁰

¹⁹⁰ *Ibíd.*, páginas 114, 115 y 116.

Estamos aquí ante el meollo de la cuestión. Stalin, en nombre de los intereses muy prácticos y conservadores de la burocracia del Kremlin, desarrolló una teoría totalmente mecánica. Si el socialismo se puede construir en un solo país ello significa que el capitalismo no ha desarrollado, como una unidad orgánica, la economía mundial sino una serie de economías paralelas, que tienen determinadas relaciones entre ellas (mal definidas por otra parte). Hay países más o menos desarrollados que, necesariamente, tienen que pasar por los diferentes estadios, a una velocidad más o menos grande, por donde han pasado los otros países capitalistas con, además, la lucha antiimperialista, puesto que estamos en la fase del imperialismo (lo que acentúa el carácter nacional, el bloque entre las clases nacionales de la revolución democrático burguesa).

El ritmo y posibilidad de llegar a la revolución proletaria y al socialismo dependerán de relaciones económicas, sociales y políticas puramente interiores en cada país. La URSS, disponiendo solamente, en cuanto a ella, de la posibilidad de llegar al socialismo en función de su espacio, sus riquezas naturales, mejores condiciones, protegida como está por su propia potencia y por las contradicciones imperialistas, de las que, por otra parte, no se ven muy bien el origen, tiene, en verdad, ella sola, la posibilidad de lograrlo.

De deslizamiento en deslizamiento, la “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país” opuesta a la teoría de la revolución permanente, llevaba a la transformación de la IC en un simple instrumento de la burocracia del Kremlin. Los diferentes partidos comunistas subordinaron los intereses del proletariado a los de la burocracia del Kremlin. La lucha contra la teoría de la Revolución Permanente se concretaba en la traición a la 2ª Revolución China en 1925-27, la traición a la huelga general inglesa de 1926 en nombre del acuerdo con la dirección de las trade-unions inglesas. Se afirmaba más claramente aun en el rechazo a luchar por el Frente Único de clase en Alemania de 1929 a 1933, que llevó a la capitulación sin combate ante Hitler del PC alemán, bajo órdenes de Moscú y cubierta por la IC. El contenido de la lucha contra la teoría de la Revolución Permanente se reveló plenamente en la política llamada de Frente Popular. Tampoco, esta vez, en nombre de la lucha antiimperialista y por la solución de las tareas democráticas burguesas, sino para defender la democracia contra el fascismo, se sacrificó la independencia de clase del proletariado. El proletariado quedó directamente sometido a la burguesía. La política de la “democracia avanzada” constituyó la última palabra de la lucha contra la teoría de la Revolución Permanente. Esta vez, el proletariado fue invitado a dejar los métodos de la lucha de clases y a utilizar las vías y medios de la democracia burguesa directamente en los países capitalistas económicamente desarrollados, al parlamentarismo en vistas a llegar al... socialismo. El bucle se cierra; la teoría de la revolución permanente se opone a la fórmula cuarentayochista, radical y radical-socialista: “la democracia es una creación permanente”.

Trotsky señala que la “teoría” de “la construcción del socialismo en un solo país” fue predicada, mucho antes que Stalin la retomase, por los reformistas que se adaptaban a los marcos nacionales burgueses.

Si es posible construir “el socialismo en un solo país”, ello quiere decir que los marcos de la economía y de las relaciones entre las clases son los de la nación. Las relaciones internacionales y mundiales son relaciones suplementarias, secundarias. La “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país” adopta, como marco definitivo de la humanidad, el marco nacional: un marco que fue indispensable para el desarrollo del modo de producción capitalista, que forjó, pero antagónicamente con el mercado mundial y la división internacional del trabajo. Si este marco es el de “la construcción del socialismo”, es cuestión de defenderlo, obligatoria y prioritariamente,

contra todo atentado, contra todo ataque; es cuestión de reforzarlo. La unidad de la lucha del proletariado es substituida por otra concepción: la unidad de las clases que componen la nación contra aquel que quiera cuestionarla. La lucha queda subordinada a la preservación, defensa y refuerzo de la nación. En la fase del capitalismo en putrefacción, del imperialismo, la concepción de la “construcción del socialismo en un solo países” lleva, ineluctablemente, al “socialimperialismo”.

En realidad, la “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país”, el “socialismo nacional”, expresó la adaptación de cada partido socialdemócrata a su burguesía nacional. Los intereses del proletariado quedaron, finalmente, subordinados a los del capital del cual el estado nacional es el marco.

Stalin, al retomar la “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país”, notificaba que la burocracia del Kremlin tomaba conciencia de sus intereses particulares, y que éstos dependían del mantenimiento de los estados nacionales, el de la URSS pero también de los estados nacionales burgueses. Así se afirmaba la naturaleza pequeño burguesa de la burocracia del Kremlin y su necesidad de mantenimiento del equilibrio mundial entre las clases, su papel de defensora del orden burgués a escala internacional. El proceso de adaptación de los PC a la teoría del socialismo nacional es diferente de la que emana de los partidos socialdemócratas al adoptarla. La subordinación de la IC y de los PC a la burocracia del Kremlin mediante la selección de un aparato bajo el control directo del Kremlin está en el origen de esta degeneración. Queda que, en nombre de los intereses de la casta parasitaria, subordinan los intereses del proletariado de cada uno de sus países a la burguesía, y del proletariado mundial a la supervivencia del imperialismo. Tal es el sentido de la lucha contra la teoría de la revolución permanente en nombre de la “construcción del socialismo en un solo país”. Su aplicación concreta es la coexistencia pacífica. Al retomar a su cuenta la “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país”, la burocracia china, como la pequeña burguesía radical en el poder en Cuba, demuestran que, en la lucha de clases mundial, se alinean contra el proletariado, junto al imperialismo, para defender sus intereses específicos contra los proletarios de sus países, estando al mismo tiempo en conflicto con el imperialismo. Intentan utilizar medios de presión contra él, pero siempre rechazando y trampeando a la lucha de clases y al precio de catástrofes terribles para el proletariado: la trágica represión en Indonesia, la lamentable quiebra del “foquismo” en América Latina son sangrantes ejemplos. Los pablistas se catalogan ellos mismos como adversarios de la teoría de la revolución permanente al transformar a estos defensores de la “construcción del socialismo en un solo país” en heraldos de la teoría que combaten.

El imperialismo, fase superior del capitalismo, y la revolución permanente

Bosquejada por Marx y Engels en 1850, desarrollada por Trotsky en 1905, la teoría de la revolución permanente está sin acabar. Es preciso apoyarse en un análisis de la fase del desarrollo del modo de producción capitalista que constituye el imperialismo, sobre la experiencia analizada científicamente de la primera fase de la era de las guerras y de las revoluciones, incluyendo al estalinismo. Aunque nunca lo trató directamente, aunque antes de la revolución rusa de 1917 Lenin se mantuvo en la fórmula de “dictadura democrática de los obreros y campesinos”, que, como lo explica Trotsky, “dejaba entreabierto la cuestión del mecanismo político de la alianza de los obreros y de los campesinos [y] era... una fórmula algebraica que permitía, en el futuro, interpretaciones políticas muy diferentes”, y que no la abandonó abiertamente hasta abril de 1917 para lanzar la consigna “todo el poder a los soviets”, su análisis del

imperialismo, fase superior del capitalismo, le dio a la teoría de la Revolución Permanente su fundamento. La solución de las tareas democráticas burguesas depende del proletariado en los países económicamente atrasados, porque el imperialismo es la fase del capitalismo en putrefacción y la burguesía es, a partir de ahí en adelante, incapaz de desarrollar las fuerzas productivas. El proletariado puede y debe tomar el poder en los países económicamente atrasados apoyándose en el campesinado, porque actúa como fracción del proletariado mundial en la hora en que se abre la era de la revolución proletaria mundial.

Rusia era un país económicamente atrasado, la burguesía era incapaz de realizar la revolución democrática burguesa por miedo al proletariado. Estaba más o menos ligada con las viejas clases dominantes. El aparato de estado zarista la defendía de las luchas de clases del proletariado. Puede hacerse la comparación con la revolución de 1848 en Alemania del Norte, en Austria-Hungría e Italia. En esos países, en 1848, las relaciones entre las clases eran tales que la burguesía como clase fue incapaz de cumplir la revolución democrática burguesa en la forma en que se cumplió en Francia. Y hemos visto qué conclusiones sacaron Marx y Engels. Sin embargo, se realizaron la unidad de Alemania del Norte y de Italia y reformas burguesas profundas; la burguesía adquirió una posición dominante, sin que en Alemania el aparato de estado de los junker y de la burocracia prusiana fuera derrocado, utilizando las contradicciones europeas y de la Casa de Saboya en Italia. El movimiento obrero se desarrolló, conquistó, tanto en Alemania como en Austria como en Italia, derechos, garantías libertades, y, sobretodo en Alemania con la socialdemocracia y los sindicatos, importantes reformas.

Engels escribió:

“De este modo, a Prusia le ha correspondido el peculiar destino de culminar a fines de este siglo, y en la forma agradable del bonapartismo, su revolución burguesa que se inició en 1808-1813 y que dio un paso de avance en 1848. Y si todo marcha bien, si el mundo permanece quieto y tranquilo y nosotros llegamos a viejos, tal vez en 1900 veamos que el gobierno prusiano ha acabado realmente con todas las instituciones feudales y que Prusia alcanzó por fin la situación en que se encontraba Francia en 1792.

La abolición del feudalismo, expresa de un modo positivo, significa el establecimiento del régimen burgués. A medida que desaparecen los privilegios de la nobleza, la legislación se va haciendo más burguesa. Y aquí llegamos a la médula de las relaciones entre la burguesía y el gobierno.”¹⁹¹

Las tareas democráticas burguesas fueron en gran parte realizadas por el estado de los junker y la burocracia prusiana mientras que el proletariado conquistaba potentes posiciones de clase. La realización de las tareas democráticas burguesas por el estado de los junker y de la burocracia prusiana le dará al imperialismo alemán aspectos muy particulares. Engels escribía en 1872:

“En realidad, el estado, tal como existe en Alemania, es igualmente un producto necesario de la base social de la que se ha originado. En Prusia (y Prusia tiene hoy una significación decisiva) existe junto a una nobleza latifundista todavía poderosa, una burguesía relativamente joven y notablemente cobarde que, hasta el presente, no se ha apropiado ni el poder político directo, como en Francia, ni el más o menos indirecto, como en Inglaterra. Pero junto a estas dos clases, hay un proletariado intelectualmente muy desarrollado, que crece rápidamente y se organiza cada día más. Encontramos aquí, pues, junto a la condición fundamental de la antigua monarquía absoluta: el equilibrio entre la

¹⁹¹ Federico Engels, *Las guerras campesinas en Alemania*, Editorial Grijalbo, México, 1971, página 24.

nobleza terrateniente y la burguesía, la condición fundamental del bonapartismo moderno: el equilibrio entre la burguesía y el proletariado.”¹⁹²

La burocracia prusiana y la casta militar ligadas a los junker gozaron de una gran autonomía estando dado este tipo de bonapartismo muy particular que se mantendrá hasta la revolución alemana de 1918. Sin embargo, la burguesía alemana adquirió una posición dominante que la formación del capital financiero acentuó por la interpenetración de la aristocracia terrateniente, de la casta burocrática y militar y de los magnates del capital financiero. La realización de las tareas democráticas burguesas por el estado de la burocracia prusiana y los junker, el papel finalmente determinante de la burguesía, a pesar de su cobardía, y singularmente del capital financiero, son fenómenos que sólo se explican en relación con el período de desarrollo capitalista que se extiende de 1840 a 1900. El prodigioso crecimiento del capitalismo alemán, que alcanzó y superó a los capitalismo francés e inglés, que conoció ritmos de desarrollo y concentraciones durante este período comparables solamente a los del capitalismo estadounidense, reforzó automáticamente el peso y el papel de la burguesía alemana. El estado de la burocracia prusiana tuvo que ponerse a su servicio, devino su agente histórico.

Pero el capitalismo se desarrolló en Alemania como un componente del modo de producción capitalista en su conjunto que, a escala mundial, conoció durante este período un desarrollo intensivo y extensivo prodigioso. La burguesía alemana impuso al estado de la burocracia prusiana sus necesidades, la realización de las tareas democráticas burguesas; finalmente lo dominó mediante el capital financiero, a causa de su potente crecimiento como uno de los componentes de la burguesía mundial, que en su conjunto, no había agotado todavía su papel progresivo pues desarrollaba a una velocidad sin precedentes las fuerzas productivas. El mismo proletariado, por temido que fuese por la burguesía alemana, se beneficiaba del crecimiento de las fuerzas productivas organizándose, reforzándose y arrancando derechos, libertades y garantías y, de esta forma, concurría igualmente a la realización de las tareas democráticas burguesas. La revolución social no estaba inminentemente al orden del día, fuese cual fuese la dureza de la lucha de clases. La revolución europea de 1848 y la Comuna de París esbozaron la gran obra de la revolución proletaria mundial que comenzó el proletariado ruso en 1905.

La burguesía rusa, para su desgracia, conoció su período de auge en la fase del capitalismo en putrefacción. A los obstáculos históricos anteriores vinieron a añadirse los lazos inmediatos, directos, del capitalismo ruso con el imperialismo, allí donde se urdía la crisis del imperialismo: en Europa. Las guerras ruso-japonesas se sitúan al comienzo y como preludio a las guerras entre imperialismos. La burguesía rusa, cuando los capitalismo japonés y estadounidense tenían un respiro, que se beneficiaron en un primer momento de la crisis del imperialismo centrada en Europa, resultó implicada de forma inmediata, arrastrada y dominada, por la crisis del sistema imperialista. Fue incapaz de desarrollar las fuerzas productivas y de imponerse a su manera a la burguesía alemana. Es cierto que entre 1890 y 1914 el modo de producción capitalista conoció un gran auge en el interior del imperio zarista, pero en el marco del desarrollo capitalista que precedió a la primera guerra imperialista mundial en el que la economía de armamento se apoderó de Europa y que desembocó en la más formidable empresa de destrucción de fuerzas productivas conocido hasta entonces, la primera guerra imperialista mundial.

Bajo esas condiciones, solamente el proletariado ruso ofrecía a las clases explotadas una solución a sus problemas, la tierra, la paz y las libertades democráticas burguesas;

¹⁹² F. Engels, *Contribución al problema de la vivienda en Obras Escogidas de Marx y Engels* en tres tomos, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1973, página 369.

únicamente él abrió la vía al desarrollo de las fuerzas productivas, mediante sus propias soluciones, por su propio desarrollo: por ello fue la fuerza dirigente de la revolución rusa, incluso teniendo en cuenta que ésta comenzó con reivindicaciones democráticas burguesas. Pero el proletariado ruso jugó ese papel como fracción del proletariado mundial que tiene en su orden del día la revolución proletaria mundial. La historia ha demostrado que la burguesía supera todos los obstáculos y acaba por imponerse como clase dominante mientras el modo de producción capitalista desarrolle las fuerzas productivas. Por ello Marx y Engels solo pudieron esbozar la teoría de la revolución permanente. Pero por ello también, por genial que fuese en 1905 y 1917, la teoría de la Revolución Permanente elaborada por Trotsky quedaba coja: el análisis del imperialismo fase superior del capitalismo, hecho por Lenin, era indispensable para la teoría de la Revolución Permanente. Habiendo puesto sus cuentas teóricas al día, a partir de la primera guerra imperialista, en cuanto a la fase de desarrollo del capitalismo, Lenin estaba así completamente preparado para “cambiar de camisa”, para deshacerse de la vieja fórmula “dictadura democrática de los obreros y campesinos”, para adoptar la consigna “todo el poder a los soviets” y entablar la lucha por la dictadura del proletariado. La progresión de Lenin está marcada por sus estudios y publicaciones teóricas durante algunos años que precedieron a octubre de 1917: a *El imperialismo, fase superior del capitalismo* le sucedían las *Tesis de abril* y, en vísperas de Octubre, *El estado y la revolución*. Lenin perseguía fines prácticos: preparaba y se preparaba para la oleada revolucionaria que nacería, según él, de la primera guerra imperialista. Sobre esta base Trotsky pudo escribir:

“La teoría de la revolución permanente exige en la actualidad la mayor atención por parte de todo marxista, puesto que el rumbo de la lucha de clases y de la lucha ideológica ha venido a desplazar de un modo completo y definitivo la cuestión, sacándola de la esfera de los recuerdos de antiguas divergencias entre los marxistas rusos para hacerla versar sobre el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general.”¹⁹³

Por otra parte, Trotsky consideraba el programa de la IV Internacional, como el “programa de la Revolución Permanente”.

“La Cuarta Internacional no establece compartimientos estancos entre los países atrasados y los avanzados, entre las revoluciones democráticas y las socialistas. Las combina y las subordina a la lucha mundial de lo oprimidos contra los opresores. Así como la única fuerza genuinamente revolucionaria de nuestra época es el proletariado internacional, el único programa con el que realmente se liquidará toda opresión, social y nacional, es el programa de la revolución permanente.”¹⁹⁴

Quien separa la teoría de la Revolución Permanente del análisis leninista del imperialismo fase superior del capitalismo, quien estima que el (neo) capitalismo desarrolla las fuerzas productivas y juega a escala mundial un papel progresista, destruye la base de la teoría de la Revolución Permanente. La hace trizas, la convierte en fragmentos, y entonces cada uno de ellos puede ser utilizado para cubrir una política opuesta a la teoría de la Revolución Permanente.

Los “teóricos” del “neocapitalismo”, del crecimiento tumultuoso de las fuerzas productivas, si sitúan en oposición radical a la teoría de la Revolución Permanente. Sus “teorías” implican que el modo de producción capitalista, el hundimiento o el retroceso relativo de determinados países capitalistas, permitirán a burguesías nacionales

¹⁹³ León Trotsky, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, página 129.

¹⁹⁴ León Trotsky, *Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria*, en *Escritos*, Tomo XI, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 278 y 279.

constituir su propio mercado, desarrollar su economía nacional como una entidad específica, integrada a la economía mundial y a la división internacional del trabajo. Si existiese tal posibilidad, la historia demuestra que entonces la burguesía de esos países, por vías políticas originales, llegará a resolver, o a hacer resolver, las tareas de la revolución democrática burguesa: reforma agraria, independencia nacional, etc. Y bajo la etiqueta tramposa de la “Revolución Permanente”, los renegados a la IV Internacional confían, en la práctica, a las dictaduras bonapartistas pequeño burguesas, militares y otras, el cuidado de realizar para los países atrasados hoy en día lo que realizó en el último siglo el estado de la burocracia y de los junker prusianos en Alemania. Pegan la etiqueta socialista sobre las tentativas de realizar una especie de capitalismo de estado de los Ben Bella, Nasser y otros, y el asunto solucionado. Su radical eclecticismo les permite adaptarse, al mismo tiempo, a la “teoría” de la “construcción del socialismo en un sólo país”. Trotsky, Lenin, todos los marxistas, han demostrado que si el proletariado, del país que sea, se apodera del poder, no lo conservará más que en tanto que la crisis del imperialismo mundial sacuda a éste en sus fundamentos y, en última instancia, en tanto que a escala internacional el proletariado derroque a la burguesía y se apodere de las principales fuerzas productivas. En el caso en que el imperialismo no fuese la fase superior del capitalismo, la del capitalismo en putrefacción, la toma del poder por el proletariado en un país económicamente atrasado o avanzado sería debida a una coyuntura nacional excepcional, y el proletariado no mantendría el poder más de lo que lo hizo el proletariado parisino en 1871. A menos que la lucha de clases mundial y la economía mundial se dividiesen en sectores con relaciones menores solamente entre ellos.

Los “teóricos” del “neocapitalismo”, de la “división del mundo en campos”, como Stalin, en la práctica le conceden un futuro histórico a las burguesías de los países económicamente atrasados y suministran una nueva envoltura de la “teoría” de la “construcción del socialismo en un solo país”. Y ello en nombre de la revolución permanente, cuyos agentes serían las pequeñas burguesías radicalizadas y las burocracias parasitarias.

La teoría de la revolución permanente y el “objetivismo”

La dislocación de la teoría de la Revolución Permanente y su transformación en su contrario se hacen recurriendo al “objetivismo”, forma de proceder utilizada por Pablo desde 1951-1953. Para camuflar su capitulación ante la burocracia del Kremlin explicaba, entonces, que las “fuerzas objetivas” obligarían a los aparatos burocráticos de las burocracias parasitarias a cumplir las tareas de la revolución proletaria en el curso de “siglos de transición”, utilizando sus vías y medios propios. En realidad, admitía como ineluctable y necesaria a la burocracia del Kremlin. Quedaban descartados la revolución proletaria y el socialismo. Sus émulos no proceden de forma diferente de cara a la pequeña burguesía radical y sus burócratas parasitarios. El objetivismo maquilla la renuncia a la revolución proletaria y al socialismo. La potencia de las “condiciones objetivas”, de las que nos preguntamos qué son, sería tan grande que, desfalleciente el proletariado, sus tareas serían cumplidas por otras clases o capas sociales. Pero como una clase o una capa social sólo pueden combatir por sus intereses de clase, se trata simplemente de un camuflaje.

Antes de 1917, la teoría de la Revolución Permanente estaba tocada de cierto “objetivismo”, aunque no comparable en absoluto al de los renegados a la IV Internacional. Trotsky hacía a un lado la cuestión del partido y de la Internacional. Podía parecer que la teoría de la revolución permanente se acordaba con una concepción

espontaneísta de la lucha de clases del proletariado. Pero las relaciones y contradicciones entre las clases a escala nacional y a escala internacional que formaban el tejido constitutivo de la teoría de la Revolución Permanente se trababan y resolvían mediante la lucha y el enfrentamiento político.

No se desarrollan mecánicamente. Su curso y salida dependen de los medios, instrumentos y formas de organización política de que disponen las clases y capas sociales. Lenin utilizó durante mucho tiempo la fórmula algebraica “dictadura democrática de los obreros y campesinos” que no decidía cuál de las fuerzas sociales aliadas jugaría el papel dirigente en el curso de la Revolución Rusa. Pero más y mejor que nadie, aprehendió lo que escribía Marx y Engels después de la revolución de 1848: “ocupando [los obreros] cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido proletario”. El proletariado no hubiese tomado el poder en octubre de 1917 en Rusia sin el Partido Bolchevique. Sin él, la realización de las tareas democráticas burguesas bajo la dictadura del proletariado, que se apoderó del poder a cuenta de la revolución proletaria mundial, que se adentró en la vía del socialismo, la revolución permanente se hubiese mantenido como una tendencia más o menos desarrollada pero finalmente abortada. Para realizar sus tareas históricas, el proletariado necesita organizaciones, instrumentos políticos, un partido adecuado. Tras 1917, Trotsky, al mismo tiempo que fundamentaba la teoría de la Revolución Permanente en el análisis del imperialismo, fase superior del capitalismo, hacía de la concepción bolchevique del partido y la Internacional la clave de bóveda de la teoría de la revolución permanente. La primera frase de la tesis 4 especifica:

“Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas sólo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en el Partido Comunista.”¹⁹⁵

Es imposible tratar sobre la Revolución Permanente, salvo que se la falsifique, sin colocar en el centro las relaciones entre las clases y en el interior de las clases, a escala nacional e internacional; la cuestión del partido y de la Internacional. Volvemos a la famosa fórmula del programa de fundación de la IV Internacional “La crisis de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria” cuya solución depende de la lucha consciente y organizada por la construcción de la IV Internacional. La teoría de la Revolución Permanente, tomada globalmente, rinde cuenta del movimiento del proletariado de cada país, del proletariado mundial, sin ser un esquema abstracto y suprahistórico, pues incluye los términos del programa de fundación de la IV Internacional: las relaciones entre la crisis del imperialismo, el proceso inconsciente y la necesidad de su expresión consciente a través de la mediación de los partidos revolucionarios y de la Internacional. La Internacional y sus partidos están comprendidos por la teoría de la revolución permanente como indispensables para el proletariado, para que se erija en clase dominante que domina, al mismo tiempo que su propia historia, la historia de la humanidad.

Esta concepción de la teoría de la Revolución Permanente le permitía a Trotsky formular la famosa “variante”¹⁹⁶:

“¿Puede esperarse que semejante gobierno [el gobierno obrero y campesino] sea formado por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del

¹⁹⁵ León Trotsky, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, página 129.

¹⁹⁶ [Ver del mismo autor en esta misma serie su largo artículo *Sobre una posibilidad teórica y la lucha por la dictadura del proletariado*: <http://grupgerminal.org/?q=node/675> .NdE]

pasado demuestra, como se ha visto, que es, por lo menos, muy improbable. Sin embargo, no puede negarse de antemano la posibilidad de que, en circunstancias excepcionales (guerra, derrota, quiebra financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etcétera), los partidos pequeñoburgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía. De algo no hay que dudar: incluso aunque esta improbableísima variante pudiera materializarse en algún lugar y momento, aunque se creara un “gobierno obrero y campesino” en el sentido que acabamos de defender, no sería más que un episodio en la ruta hacia la verdadera dictadura del proletariado.”¹⁹⁷

Semejante “posibilidad de que, en circunstancias excepcionales” se produjo precisamente a finales y después segunda guerra imperialista mundial. De ella nació la revolución china. El hundimiento de los imperialismos inglés, francés y holandés, bajo los golpes del imperialismo japonés, de éste bajo los golpes del imperialismo estadounidense, la total descomposición de la burguesía y del estado burgués chino, la incapacidad del imperialismo de EEUU para reemplazar en Asia a los imperialismos hundidos, cuando en Europa tenía que sostener en brazos a esas viejas potencias imperialistas, el movimiento desatado por los campesinos chinos, obligaba al Partido Comunista chino a tomar el poder. A la cabeza del campesinado, el PC chino era un partido obrero por su origen y no un partido campesino. Nació como partido de la III Internacional, bajo el impulso de la Revolución de Octubre. Que la case obrera no se hubiese puesto en movimiento y que, en lugar de llamar a entablar el combate, el PC chino hiciese todo lo posible para inmovilizarla durante el período revolucionario, no suprimió el origen del PC chino, no lo despojó en nada de sus lazos con el proletariado y la intelectualidad de las ciudades.

Se puso a la cabeza de la revolución china como partido del proletariado. Por otra parte, durante los largos años de la guerra civil abierta o larvada, de guerra contra la intervención japonesa, sus lazos de subordinación con el Kremlin se habían roto. La revolución china, la política del PC chino, su naturaleza, exigen un estudio especial¹⁹⁸. Pero después de la revolución, el gobierno correspondía a este tipo de gobierno del que Trotsky admitía la posibilidad como “episodio en la ruta hacia la verdadera dictadura del proletariado”. Ésta no se ha realizado todavía, sino que se constituyó un estado obrero deformado desde su origen, estado que expropió a la burguesía. El PC chino verificó en este sentido la teoría de la Revolución Permanente, Sin embargo, por lejos que se viera obligado a ir, se levantó en cada momento como obstáculo al desarrollo de la revolución hacia una auténtica dictadura del proletariado en China, a su integración abierta y consciente en la revolución proletaria mundial. La “revolución cultural” demostró, a la vez, la necesidad de proseguir la revolución en China “en permanencia”, la tendencia profunda que empujaba a ello, y el obstáculo que constituía el PC chino. En China es indispensable un partido que se sitúe sobre el programa de la IV Internacional, como en otras partes, para que prosiga la revolución en permanencia, para la revolución política.

Únicamente el análisis de las relaciones políticas entre las clases y en el interior de las clases, a escala nacional e internacional, utilizando el método de la revolución permanente, a partir de la crisis de una profundidad sin precedentes del imperialismo mundial, rinde cuenta del papel jugado por la pequeña burguesía radical durante esos veinte últimos años, y especialmente en Cuba. La descomposición del régimen de Batista era tan grande que incluso el imperialismo estadounidense buscaba una

¹⁹⁷ León Trotsky, *El Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, página 39.

¹⁹⁸ Ver el folleto de P. Broué [nota del autor]. *La question chinoise et l'Internationale Communiste, 1926-1927*, EDI, París, 1965 [NdT]

“solución de recambio”. Lejos de oponerse a la toma del poder por Fidel Castro y el Movimiento del 26 de Julio, retiró su apoyo a Batista. El Movimiento del 26 de Julio fue un movimiento de la pequeña burguesía de las ciudades que se apoyó en el campesinado. Durante toda la guerrilla, no llamó al proletariado, cuya acción política en su propio plano de clase era obstaculizada por el Partido Comunista cubano.

La victoria de Fidel Castro y del Movimiento del 26 de Julio, fue la de un partido pequeño burgués que tenía el apoyo del campesinado pobre y la simpatía del proletariado, pero sin que éste interviniese sobre sus propios planos y objetivos. Pero la derrota de Batista galvanizó tanto al campesinado como al proletariado.

Las masas ya no toleraban el dominio del imperialismo estadounidense sobre lo esencial de la economía de la isla, sin que dispusiesen, no obstante ello, de su autonomía política. Por su parte, la pequeña burguesía radical aspiraba a la independencia económica y política, a una economía nacional que formase una entidad propia que le diese un fundamento y marco al desarrollo de la burguesía y del capital cubanos. Las relaciones entre el imperialismo estadounidense, la burguesía compradora y el Movimiento del 26 de Julio, se tensionaron hasta su punto de ruptura. Tomados entre las exigencias del imperialismo, las de las masas y de la pequeña burguesía radical, Fidel Castro y su movimiento fueron llevados más lejos de los que habían previsto en la ruptura con el imperialismo y la burguesía compradora. Tomaron medidas extremadamente radicales: expropiaciones de sociedades extranjeras, reformas agrarias relativamente amplias, depuración del gobierno y del aparato de estado, apoyo en organismos de masas. El gobierno cubano adquirió características de un gobierno obrero y campesino. Sin embargo, se mantenía como un gobierno bonapartista pequeño burgués. El aparato de estado seguía siendo de origen y naturaleza social burguesa, aunque estuviese muy alterado. El proletariado quedó subordinado al estado mediante el encuadramiento del Partido Unido de la Revolución Socialista, que integró al Movimiento del 26 de Julio, al PC cubano, y a través de la integración de los sindicatos en el estado. La amplitud de las nacionalizaciones y el “plan” no modifican la naturaleza y origen social del estado. La pequeña burguesía cubana es incapaz de tomar a su cargo el desarrollo económico. El estado, por medio de las nacionalizaciones y del plan, intenta proceder a una especie de acumulación primitiva. El fracaso del desarrollo de una economía cubana diversificada y que constituya una unidad orgánica obligan a Castro y a su gobierno a orientarse hacia el monocultivo y la especialización en la producción de azúcar de caña para el mercado mundial. La venta de azúcar en el mercado mundial, según las normas capitalistas, la realización de la plusvalía cristalizada en esta mercancía, dirigen toda la economía cubana. Ahora bien, además y a pesar de una movilización sin precedentes, la zafra de 10 millones de toneladas de azúcar fue a su vez un fracaso. Cada vez más, el gobierno bonapartista pequeño burgués y la economía cubana dependen de la ayuda económica que les dispensa la burocracia del Kremlin, para la cual Cuba representa una carta a jugar eventualmente en sus relaciones con el imperialismo estadounidense. El régimen de Castro reposa sobre el mantenimiento de un equilibrio entre las clases en Cuba y en el mundo, y entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin, equilibrio que, ineluctablemente, se romperá.

En sí, los fracasos económicos no condenarían a Fidel Castro ni a su gobierno si no hubiese detrás la tentativa pequeña burguesa de asegurar, de esta forma, la independencia nacional. En la época imperialista, la independencia nacional siempre es relativa para todos los países. En los países económicamente atrasados no podría ser conseguida más que mediante la toma del poder por el proletariado, por la transformación de las relaciones sociales que condicionan un desarrollo específico de la economía. Pero, incluyendo países como la URSS y China, con enormes recursos

naturales, ello sólo es cierto dentro de determinados límites. Cuanto más crece y se diversifica la economía, más indispensables devienen la integración en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo. Finalmente, la independencia nacional depende, en todos los países, del modo de producción social mundial. La toma del poder por el proletariado en cada país, el establecimiento de las relaciones de producción socialistas a escala mundial, son las únicas garantías para la independencia nacional de cada país, porque las relaciones entre pueblos devendrán cooperativas. La dirección pequeño burguesa cubana combate abiertamente esta solución: la única solución, sobretodo para un país tan limitado como Cuba que sufre fuerte, brutal e inmediatamente, la “dictadura” del mercado mundial y de la división internacional del trabajo, dominadas por el imperialismo. Esta tarea democrática burguesa (la independencia nacional) no la ha podido realizar. Cuba depende estrechamente del imperialismo y de la burocracia del Kremlin, a pesar de la amplitud de las nacionalizaciones: la independencia nacional es allí formal, como en todos los países que han accedido durante estos veinte últimos años a la independencia política. La tentativa de edificar una economía nacional, que no se podría calificar, a falta de mejor término, de capitalismo de estado, teniendo en cuenta el origen social y político del estado cubano, ha sido llevada más lejos que en ningún país económicamente atrasado: su fracaso es mucho más demostrativo.

La única salida es que el proletariado se apodere del poder y se encargue de las nacionalizaciones y el plan, transformando radicalmente su contenido y sus objetivos mediante la institución de un estado obrero, en la perspectiva de la revolución proletaria en América Latina y en América del Norte. Diferentemente, las nacionalizaciones devendrán obligatoriamente una fuente de prebendas y de pillaje para una pequeña burguesía rapaz que aspira a reforzarse. No tendrán otros significados que los realizados por Nasser, Ben Bella, y tantos otros. En Cuba, la revolución social está pendiente de hacer; la pequeña burguesía radical ha preparado el terreno, Debe pasar el arado de la revolución proletaria.

Es incontestable que durante estos veinticinco últimos años, la burguesía y la pequeña burguesía de los países económicamente atrasados han jugado un papel mucho más considerable de lo que la historia parecía reservarles. Los revisionistas de todo origen, empezando por los renegados a la IV Internacional, se entusiasmaron inmediatamente y se pusieron a su servicio. Es suficiente con que Castro pronuncie un discurso formalmente a la izquierda del estalinismo y, sin esperar, más deviene “un marxista natural”, el renovador del marxismo que supera al mismo Trotsky, la OLAS devenía la nueva Internacional. El papel episódico de la burguesía y de la pequeña burguesía radicales se explica por la fuerza constrictora del estalinismo sobre los proletariados de los países económicamente desarrollados, como sobre aquellos países económicamente atrasados, sobre el fondo general de la crisis del imperialismo. El proletariado de Europa, al sacudir a todo el sistema imperialista mundial, multiplicó las posibilidades de los pueblos coloniales o semicoloniales para entablar la lucha por la independencia nacional. Pero, si bien debilitó al imperialismo mundial en sus viejos bastiones, no lo abatió, el aparato internacional del estalinismo desvía sus luchas. Para los proletariados de los países económicamente atrasados el control ejercido por el estalinismo sobre los proletariados de los países capitalistas llevaba a su aislamiento político: no existía ningún polo político y organizativo que abriese una perspectiva política que les fuera propia y que les permitiese constituir partidos que integrasen su lucha con la del proletariado mundial por la revolución socialista. Allí donde los partidos estalinistas existían en los países económicamente atrasados, alienaban la independencia de clase del proletariado y colaboraban, ya sea directamente con el

imperialismo, ya sea con las organizaciones pequeño burguesas o burguesas nacionalistas. Como garantías de esta política, la burguesía y la pequeña burguesía de los países económicamente atrasados canalizaron el movimiento del proletariado y explotaron, bajo determinados límites, la crisis del imperialismo. Según circunstancias, maniobraron entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin que, eventualmente, les aportaba ayuda y asistencia para convertirlos en mejor objeto de mercadeo en sus compromisos con el imperialismo.

La teoría de la Revolución Permanente está enteramente confirmada por la experiencia de estos últimos veinticinco años. La burguesía y la pequeña burguesía de los países coloniales o semicoloniales son incapaces de resolver las tareas democráticas burguesas en la época imperialista, las reformas siempre son parciales y limitadas, incluyendo la reforma agraria.

La cuestión central de la independencia nacional ni ha sido resuelta ni lo puede ser. El movimiento del proletariado le empuja a superar los marcos limitados que le asignan la burguesía y la pequeña burguesía. Pero este movimiento profundo continúa siendo una tendencia más o menos desarrollada; para ponerse a la cabeza del campesinado, el proletariado debe disponer de un partido de clase. La teoría de la Revolución Permanente ha sido confirmada igualmente bajo su aspecto siguiente:

“La conquista del poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista sólo se concibe sobre la base de la lucha de clases en el terreno nacional e internacional. En las condiciones de predominio decisivo del régimen capitalista en la palestra mundial, esta lucha tiene que conducir inevitablemente a explosiones de guerra interna, es decir, civil, y exterior, revolucionaria. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente del hecho de que su transformación democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo.”¹⁹⁹

La necesidad de la revolución política en la URSS, en China, en los países de Europa del Este, verifica esta tesis: el proletariado de la URSS, aislado, no pudo conservar el poder. Le es necesario reconquistarlo, mientras que los de China y de Europa del Este tienen que conquistarlo, mediante la revolución política, parte integrante de la revolución proletaria mundial.

La verificación de la teoría de la Revolución Permanente es brillante a causa del nuevo período abierto por mayo-junio del 68 y del proceso de revolución política que se entabló en Checoslovaquia durante el año 1968. Las relaciones políticas que resultaban de la crisis del imperialismo, de su descomposición creciente, pero en las que la burocracia del Kremlin y su aparato internacional tenían la fuerza política de contener al proletariado, de apoyar a los equipos burgueses o pequeño burgueses nacionalistas, se agotan. La crisis del imperialismo se conjuga con la de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, y esta combinación libera el juego normal de las relaciones entre las clases.

Igual que la burocracia del Kremlin, las direcciones nacionalistas burguesas y pequeño burguesas se ven obligadas a alinearse sobre las fuerzas de clase fundamentales en movimiento y a plegarse a las exigencias del imperialismo por temor al proletariado. La cuestión del “carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general” se plantea con más fuerza y claridad que nunca. La teoría de la Revolución Permanente descansa sobre la hegemonía del proletariado mundial y del proletariado de cada país como parte del proletariado mundial, en la lucha de clases en la era de la

¹⁹⁹ León Trotski, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, página 131. Tesis número 9 de “¿Qué es la revolución permanente?”.

revolución proletaria. Se expresa programáticamente en el programa de fundación de la IV Internacional. Plantea la cuestión de la lucha, en el curso de la lucha de clases y como elemento finalmente de ésta, por la construcción del partido revolucionario y de la Internacional, a partir de las conquistas y adquisiciones del proletariado. Constituye el avance teórico y político más acabado nacido de más de un siglo de lucha del proletariado, el concentrado de su experiencia, cuya conclusión no puede ser otra que la del *Programa de Transición*: es preciso reconstruir la IV Internacional para que resuene el viejo grito de guerra de Marx, “la revolución en permanencia” hasta el socialismo.

La única conclusión: reconstruir la IV Internacional

Considerada en su verdadera dimensión, la teoría de la revolución permanente es una condena sin paliativos de sus falsos amigos que han descubierto la división del mundo en tres o cuatro campos, el crecimiento sin límites de las fuerzas productivas bajo la égida del “neocapitalismo”, las reformas de las estructuras, la integración en el sistema capitalista del proletariado de los países económicamente desarrollados, la autorreforma de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites, la revolución política “pacífica”, que han visto en las direcciones burguesas y pequeño burguesas de los países económicamente atrasados los agentes de la revolución permanente, así como en los defensores de la “construcción del socialismo en un solo país”; que han “descubierto” nuevas fuerzas sociales; que, tras haber practicado el “entrismo sui generis” se maravillan ante las “nuevas vanguardias”; que combaten la política de Frente Único de clase; en breve, aquellos que no tienen programa porque han traicionado el programa de la IV Internacional, los enemigos abiertos y los liquidadores de la IV Internacional, los proveedores de “teorías” de todo género para uso de los agrupamientos pequeño burgueses, izquierdistas y centristas.

El proletariado mundial, el proletariado de cada país, abordan una etapa decisiva de su historia: les es preciso reconstruir enteramente su propio movimiento. La crisis del estalinismo, de su aparato internacional, de las organizaciones políticas que representan a la gran mayoría de la clase obrera, se amplifica en el momento en que el modo de producción capitalista en putrefacción se dirige hacia convulsiones mortales, que amenazan con arrastrar a la humanidad toda entera hacia la barbarie. No es un azar: frente a esta situación están históricamente en el impasse. De esta crisis de los aparatos, nacen las posibilidades de reconstruir la IV Internacional y de construir sus partidos. Pero el proletariado no carece de bagaje. Posee un considerable avance del que extraerá todos los recursos necesarios para resolver sus tareas históricas. Todavía es preciso desbloquear este avance. Cuando, tratando sobre el partido revolucionario, los renegados de la IV Internacional escriben que “no hay vanguardia autoproclamada”, que “ninguna corriente posee programa hoy en día” (programa revolucionario), que la “clase obrera es espontáneamente estalinista”, se esfuerzan en destruir el avance del proletariado, desnaturalizan la esencia de la teoría de la revolución permanente.

Lejos de ser “espontáneamente estalinista”, lejos de “conceder una delegación de poder a los aparatos burocráticos”, el proletariado está radicalmente opuesto al estalinismo y a los aparatos burocráticos. La contradicción es constante. Existe incluso cuando el proletariado, en su conjunto, confía en los aparatos burocráticos. Los millones de proletarios y militantes que aceptaron, y que todavía aceptan, ser dirigidos por el aparato internacional del estalinismo piensan ser dirigidos por los representantes de la Revolución de Octubre. Creían o creen que la burocracia del Kremlin y su aparato internacional los guiaron en las vías de la revolución proletaria rusa, del Partido Bolchevique, de la III Internacional, de Lenin. Sin esta convicción de millones de

trabajadores y de militantes, jamás el aparato internacional de la burocracia del Kremlin hubiese logrado desviar las luchas de millones de proletarios. Paralelamente, jamás los partidos socialdemócratas hubieran conservado su influencia sobre otros tantos millones de proletarios y militantes si éstos no hubiesen tenido la convicción que los partidos socialdemócratas eran instrumentos de lucha contra el capitalismo y el estalinismo. La constitución y fuerza de los aparatos burocráticos se explican por el movimiento del proletariado hacia su emancipación, movimiento que no es lineal sino que está formado por flujos y reflujos, por victorias y derrotas.

La emergencia de la burocracia del Kremlin, la influencia del estalinismo sobre sectores decisivos del proletariado, y como contrapunto el mantenimiento de la influencia de los aparatos socialdemócratas, son las consecuencias de derrotas del proletariado durante las luchas de clase que siguieron a la primera guerra imperialista y a la revolución rusa. De estas derrotas, del reflujo del proletariado, surgió del seno de las organizaciones del proletariado la burocracia del Kremlin y su aparato internacional como tendencia a la adaptación a la sociedad burguesa. Una vez constituidos, los aparatos burocráticos se esforzaron en canalizar, controlar y desviar, la lucha de clase del proletariado en función de sus intereses específicos, dependiendo del mantenimiento de la sociedad burguesa.

Cuando, al final de la segunda guerra imperialista, notablemente el proletariado de Europa se coló por las brechas abiertas del sistema imperialista mundial, las amplió y retomó la marcha adelante, el aparato internacional del estalinismo logró limitar y deformar sus luchas en las primeras etapas y sacar partido de ellas. La burocracia del Kremlin y el aparato internacional del estalinismo alcanzaron la cúspide de su potencia en el momento en que se constituían las condiciones de su destrucción. Entonces nació el pablismo.

En el origen del pablismo, está el rechazo al método de la teoría de la Revolución Permanente, al método del marxismo, al materialismo dialéctico: el movimiento objetivo del proletariado tenía que llegar a que la IV Internacional admitiese esta famosa “delegación de poder”. En términos más claros, esto se llama “la dirección de recambio”, que se constituye “ideológicamente”, fuera y al margen de la lucha de clases. Se trata de “comentar” la lucha de clase del proletariado y no de combatir para intervenir en ella, para participar en esa lucha y organizarla. Por una parte, está la lucha de clases, por la otra, el partido revolucionario: una y otro acabarán seguro por reencontrarse. El materialismo vulgar “objetivista” y el idealismo se bordean. En lugar de la relación dialéctica entre la lucha de clases y la construcción de los partidos revolucionarios y de la Internacional, la “dirección de recambio”, la “dirección revolucionaria” se aprestaba para recibir la famosa delegación de poder. Desgraciadamente ésta no vino.

En lo más duro de la “guerra fría”, la “dirección de recambio” concluyó que “el proletariado era espontáneamente estalinista”. No le quedaba más que abandonar el programa de la IV Internacional, adaptarse a la realidad aparente, “la división del mundo en campos”, colocarse a remolque de quienes detentaban esta maravillosa delegación de poder. La burocracia del Kremlin y su aparato internacional y las direcciones pequeño burguesas, fueron reconocidos, por turnos o conjuntamente, como sus felices elegidos.

La crisis del estalinismo y de los aparatos burocráticos demuestra que madura la contradicción entre las necesidades y aspiraciones del proletariado y las del estalinismo y de los aparatos burocráticos. El desarrollo de esta crisis y su solución positiva dependen de la función del proletariado y del programa de la revolución proletaria mundial. El proletariado debe romper el corsé de las organizaciones políticas

tradicionales que llena de un contenido que ya no tienen, que constituyeron como clase pero que han devenido instrumentos de las burocracias estalinista y reformista. En el curso de ese proceso, deben construirse la dirección revolucionaria, nuevas organizaciones políticas, la IV Internacional y sus partidos. Pero su construcción no es automática como resultado de las luchas ineluctables del proletariado. Las organizaciones que han asumido la continuidad de la IV Internacional, el Comité Internacional de la IV Internacional, tienen que entablar esta batalla como una de las categorías de la lucha de clases: la categoría determinante pero inseparable del conjunto de la lucha de clases. Las enseñanzas de la lucha de clases durante estos veinticinco últimos años, los de la crisis que dislocó a la IV Internacional, confirman la teoría de la revolución permanente que nos enseña: la unidad de las luchas del proletariado mundial en el tiempo y el espacio; la continuidad orgánicamente diferenciada de la historia de la lucha por la revolución proletaria mundial; la relación entre el movimiento profundo del proletariado, las organizaciones sindicales y políticas que se constituyeron en el curso de la lucha secular del proletariado, y el combate por la construcción de la dirección revolucionaria, la IV Internacional y sus partidos.

Más de cuarenta años de estalinismo, la crisis de la IV Internacional, pesan sobre la lucha de clases del proletariado mundial y del proletariado de cada país.

Sería vano y falso ocultarlo. Pero es preciso apoyarse en las tendencias profundas del proletariado y de la juventud para reconstruir la IV Internacional y construir sus partidos. La reconstrucción de la IV Internacional exige la lucha sin piedad contra el estalinismo, contra las ideologías de la pequeña burguesía, entre ellas el pablismo. Esta lucha no es un combate ideológico, hay que entenderla y llevarla a cabo como una lucha de clases. El Comité Internacional reconstruirá la IV Internacional y destruirá al estalinismo, al reformismo, al revisionismo pequeño burgués y liquidador, en el terreno de la lucha de clases, si, por su política, sus consignas y las formas de organización que propone, sabe asociar al combate contra el imperialismo y la burocracia del Kremlin a los jóvenes y a los militantes, a los trabajadores que buscan la vía de la revolución proletaria.

No hay “nuevas vanguardias”. La juventud es una capa particularmente móvil que posee pasión y entusiasmo. Sufre más brutalmente que las viejas generaciones las coacciones, el impasse, a que la condena el imperialismo, la burocracia del Kremlin y los aparatos burocráticos. No está marcada por los fracasos o deformaciones de las viejas generaciones de trabajadores y militantes. Está llamada a jugar un papel de primer plano en el curso de las luchas de clase que se anuncian. Necesita organizarse y combatir en su propio plano. La construcción de organizaciones revolucionarias de la juventud en cada país, de la Internacional Revolucionaria de la juventud, está ligada a estos combates y les confiere su sentido. Pero la juventud no constituye una “nueva vanguardia”. Su combate se integra en el del proletariado en su conjunto y la construcción de las organizaciones revolucionarias de la juventud, de la IRJ; en la construcción de partidos revolucionarios y en la construcción de la IV Internacional. La vanguardia de hoy en día es la vanguardia de siempre porque sale de la misma clase, del proletario, del que la juventud es un ala.

La IV Internacional se reconstruirá y se construirán los partidos de la IV Internacional siempre que se asocien en una lucha común los militantes y trabajadores que rompen con el estalinismo y las organizaciones tradicionales, siempre que las organizaciones del CI, y el CI, intervengan en la crisis del estalinismo y de las organizaciones tradicionales para hacer madurar esas crisis y darles una salida positiva. Pero aquí tampoco hay solución milagrosa. Es preciso responder a los problemas de la lucha de clases. La huelga general de mayo-junio del 68 en Francia, el proceso de

revolución política en Checoslovaquia, reafirman que los proletarios de los países económicamente desarrollados, y en primer lugar el proletariado europeo, están en el centro de la lucha de clases mundial; las luchas de los proletarios de los países económicamente atrasados reciben de ello un nuevo impulso y abren, al mismo tiempo, nuevas y grandiosas posibilidades. Las tareas de reconstrucción de la IV Internacional son inseparables de las perspectivas de organización y combate que el CI abra a los trabajadores, a la juventud, a los militantes que se enfrentan con el imperialismo y la burocracia del Kremlin, su aparato internacional y las burocracias reformistas y sindicales.

La Organización Comunista Internacionalista (por la reconstrucción de la IV Internacional) ha definido su orientación y estrategia de reconstrucción de la IV Internacional en un documento publicado por *La Vérité* n° 545 (octubre de 1969). El camino aún es largo y difícil. Las formidables luchas de clases que se anuncian pondrán de nuevo a prueba los programas y las organizaciones. “La revolución en permanencia” hasta la toma del poder por el proletariado del mundo entero, hasta el socialismo, es la consigna de Marx, es la de la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional.

La única justificación de esta obra es contribuir a esta lucha. Así, en respuesta a los interrogantes que se plantean al principio, lo mejor es pues concluir retomando el documento de la OCI sobre la reconstrucción de la IV Internacional.

Anexo: POR LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CUARTA INTERNACIONAL. Documento adoptado por la Organización Trotskysta (por la reconstrucción de la IV Internacional)²⁰⁰

I. Continuidad de la I, II, III y IV internacionales

Los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores (I Internacional) decían:

“Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores por lograr su emancipación no deben tender a crear nuevos privilegiados, sino a establecer para todos derechos y deberes iguales y aniquilar la dominación de cualquier clase;

Que la dependencia económica del trabajador de los detentores de medios de trabajo, es decir de las fuentes de la vida, es causa primera de su esclavitud política, moral, material;

Que la emancipación económica de los trabajadores es por tanto el gran objeto al que todo movimiento político debe estar subordinado como medio;

Que todos los esfuerzos hechos hasta el presente han fracasado faltos de solidaridad entre los obreros de diversas profesiones en cada país, y de una unión fraternal entre los trabajadores de las diversas comarcas;

Que la emancipación del trabajo, no siendo un problema local ni nacional, sino social, abraza todos los países en lo que existe la vida moderna y necesita para su solución de su consumo teórico y práctico;

Que el movimiento que reaparece entre los obreros de los países más industriales de Europa, haciendo nacer nuevas esperanzas, da una solemne advertencia para no recaer en los viejos errores, y les empuja a combinar inmediatamente sus esfuerzos aún aislados”²⁰¹

La II Internacional, fundada en 1889, en París, se comprometió en continuar la obra de la I Internacional.

La Internacional Comunista, en 1920, en el artículo primero de sus estatutos especificaba:

“La Nueva Internacional de los Trabajadores es fundada con el objetivo de organizar una acción conjunta del proletariado de los diversos países, tendiente a un solo fin: la liquidación del capitalismo, el establecimiento de la dictadura del proletariado y de una república internacional de los soviets que permitirán abolir

²⁰⁰ Publicado en el número 545, octubre de 1969, de la Revue Trotskyste *La Vérité*.

²⁰¹ Jacques Freymond (dir), *La Primera Internacional*, dos tomos, Tomo I, ZERO SA, Bilbao, 1973.

totalmente las clases y realizar el socialismo, primer grado de la sociedad comunista.”²⁰²

El Comité Internacional por la Reconstrucción de la IV Internacional retomó el llamamiento lanzado por León Trotsky en la Conferencia de fundación de la IV Internacional en 1938:

“En todos los países, los miembros de la IV Internacional se organizan en partidos o ligas que constituyen las secciones nacionales de la IV Internacional (Partido Mundial de la Revolución Socialista). Las secciones nacionales se constituyen sobre la plataforma y según la estructura organizativa adoptadas por la Conferencia de fundación de la IV Internacional (septiembre de 1938). La IV Internacional resume, en su plataforma, la experiencia internacional del movimiento marxista revolucionario, particularmente la que se desgaja de las conquistas socialistas de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia. Assimila y toma como base todas las experiencias sociales progresivas de la humanidad que conducen a la expropiación de la clase capitalista y a la abolición última de las clases.”

Desde 1938, la lucha de clases ha confirmado la necesidad de construir la IV Internacional. Siempre se ha tratado de construir los instrumentos indispensables para la toma del poder por el proletariado en cada país y a escala internacional en la construcción del socialismo, apoyándose sobre los avances teóricos y prácticos del movimiento obrero y de la clase obrera obtenidos en el curso de una lucha de clases más que secular. Pero en 1938, la IV Internacional fue fundada tras un período de trágicas y profundas derrotas del proletariado mundial: derrota de la revolución alemana, ascensión de Hitler al poder, derrota de la segunda revolución china, derrota del proletariado italiano, derrota de los proletariados español, francés, etc. La crisis del imperialismo, una vez vencido el proletariado mundial, llevaba a la segunda guerra imperialista mundial. Con el proletariado mundial roto y desmoralizado, especialmente en Europa, la burocracia del Kremlin, *excrescencia parasitaria* a consecuencia del aislamiento de la revolución rusa, exterminaba a la generación de revolucionarios de Octubre de 1917 y a los de la nueva generación.

II. El fin de la posguerra

Las relaciones entre las clases son actualmente radicalmente diferentes. La crisis revolucionaria, consecutiva a la segunda guerra imperialista mundial, surgió de las grietas abiertas del imperialismo, notablemente las de las viejas potencias imperialistas de Europa, formasen parte del campo de los “*vencedores*” o de los vencidos. Con la ayuda de la burocracia del Kremlin, organizada y agrupada alrededor del imperialismo estadounidense, la burguesía mundial logró contener esta oleada revolucionaria, no sin haber sufrido duros golpes y retrocedido: el Este de Europa pasa bajo control de la burocracia del Kremlin, victoria de la revolución china, importantes concesiones económicas de las burguesías de Europa Occidental a los proletarios, dislocación de los viejos imperios coloniales, desarrollos revolucionarios en los países económicamente atrasados dominados por el imperialismo. Después, el imperialismo no ha podido descargar ningún golpe decisivo sobre el proletariado mundial.

El marco del equilibrio mundial, establecido después de la segunda guerra imperialista mundial, estaba definido por los acuerdos de Yalta y Potsdam. Los

²⁰² *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Edicions Internacionals Sedov, página 57: <http://grupgerminal.org/?q=node/194>.

movimientos de clases lo han cuestionado constantemente y han revelado su precariedad. Sin embargo, se ha mantenido, *grosso modo*, apoyado en sus dos fundamentos: la potencia y los recursos del imperialismo estadounidense devenido el tutor del imperialismo mundial, y la potencia política de la burocracia del Kremlin. Pero las mismas exigencias del mantenimiento de este equilibrio preparaban la destrucción.

Los enormes recursos, la potencia del imperialismo estadounidense, han hecho de él el pilar del imperialismo mundial. La desproporción entre esta potencia, de una parte, y la decadencia de los imperialismos de Europa (tanto “*vencedores*” como vencidos) y Japón, por la otra, parecía poner al orden del día la realización de una especie de “*superimperialismo*”, las burguesías de Europa y Japón caían al nivel de burguesías *compradoras* del imperialismo estadounidense. No ha sido así.

Si bien las burguesías de Europa, en particular, son irremediabilmente decadentes, el proletariado europeo constituye una potente unidad orgánica que posee una rica tradición de clase y una elevada conciencia política. Rebajar a las burguesías de Europa al rango de burguesías *compradoras*, reducir la economía europea a una economía simplemente complementaria de la del imperialismo estadounidense, todo ello exigía estar en condiciones de destruir a la clase obrera europea en el curso de terribles combates de clase. Evitar estas luchas de clases, que las burguesías europeas eran incapaces de llevar adelante, exigía, por el contrario, que el imperialismo estadounidense intentase estabilizar a las burguesías de Europa, les ayudase a reconstituir su estado y su economía, ante la imposibilidad de esas burguesías de poder aplastar al proletariado a corto plazo.

La potencia imperialista estadounidense integró en sus contradicciones específicas las contradicciones del capitalismo europeo decadente. El estado burgués estadounidense nutrió el parasitismo del conjunto del capitalismo mundial a fin de reestructurarlo.

Los vencimientos de esta política son la crisis del dólar y del sistema monetario internacional. Tras la “*crisis de los medios de pago*”, operan todas las contradicciones sociales del imperialismo. Para evitar el hundimiento de los imperialismos europeos y japonés, y contener un gigantesco desarrollo de la lucha de clases en esos países, el imperialismo estadounidense ha concentrado en su seno las contradicciones del imperialismo mundial. Sin embargo, las viejas contradicciones del capitalismo en Europa no han sido resueltas. Muy al contrario, resurgen de la reconstitución de los imperialismos europeos sobre sus bases antiguas, agravadas por la división de Europa en dos sistemas sociales diferentes y por la pérdida de los mercados que les aseguraban inmediatamente sus vastos imperios coloniales.

Siempre existe una “*solución*” para las crisis del imperialismo. La crisis actual puede resolverse por la liquidación de una parte del capital ficticio acumulado, la apertura a las mercancías y capitales de Europa del Este, China y la URSS, el pase de la economía de armamento a la economía de guerra. Pero esta “*solución*” sólo puede ser impuesta por medio de terribles luchas de clase contra los proletariados de los países económicamente desarrollados, tanto en los países capitalistas como en los de Europa del Este y de la URSS. A mayor o más corto plazo, requiere la guerra más exterminadora que exista contra China y la URSS, la desaparición de pueblos enteros en los países económicamente atrasados, la puesta al paso de los imperialismos europeos y japonés por el imperialismo estadounidense, la subordinación, en todos los países incluyendo los Estados Unidos, de todas las capas de la burguesía por el “*estado fuerte*” defensor de los intereses generales “*históricos*” del capital.

El equilibrio social y político actual es intolerable para el imperialismo. Su simple mantenimiento significa a corto plazo una crisis económica, social y política sin

precedentes, la dislocación del imperialismo mundial. Es pues imposible mantener este equilibrio.

La crisis del imperialismo está íntimamente ligada a la de la burocracia del Kremlin, la potencia política de la cual, que había alcanzado el máximo en Yalta y Potsdam, no ha cesado desde entonces de deteriorarse y está ahora profundamente minada. Las dos crisis se conjugan. La potencia política de la burocracia del Kremlin procedía de relaciones determinadas que se constituyeron antes de la Segunda Guerra Mundial y se han desarrollado a consecuencia de la victoria prestigiosa de la URSS sobre el imperialismo alemán, pagada sin embargo a costa de 20 millones de muertos, verdadera sangría del proletariado soviético: relaciones entre la burocracia del Kremlin y el proletariado de la URSS, entre éste y el proletariado mundial a través de su aparato internacional, relaciones, por fin, entre la burocracia y la coalición imperialista victoriosa, enfrentada al ascenso revolucionario que siguió a la guerra imperialista.

La victoria de la revolución china, llevada a bien contra los acuerdos de Potsdam y de Yalta, contra la voluntad de la burocracia del Kremlin, por el Partido Comunista chino, la ruptura con el partido comunista yugoslavo, el desarrollo de la guerra fría, ya significaban que esas relaciones eran inestables y se deterioraban en detrimento de la burocracia del Kremlin. Las depuraciones en los países de Europa del Este y en la URSS, durante los años 1948-1953, demostraban que se amplificaba la crisis de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. Devino virulenta a la muerte de Stalin, con las explosiones revolucionarias de junio de 1953 en Alemania del Este, los movimientos revolucionarios del otoño de 1956 en Polonia, la revolución política de los consejos obreros húngaros en noviembre de 1956, la denuncia de Stalin por la misma burocracia del Kremlin. Alcanzó un nivel más elevado aun con la ruptura entre el Kremlin y la burocracia china. Después, todo el aparato internacional del estalinismo se agrietó y la crisis causó estragos hasta en el seno de las más altas esferas de la burocracia del Kremlin que aquella tiende a disociar en sus componentes.

El origen de la crisis de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional radica en la imposibilidad de conservar el equilibrio que traducían los acuerdos de Potsdam y Yalta y que intentaban perpetuar desde el punto de vista de la burocracia. El imperialismo no ha cesado de aumentar su presión económica, militar y política, sobre la URSS y los países de Europa del Este. El proletariado de Europa Occidental está en conflicto latente con la política de los PC, subordinados a la burocracia del Kremlin, y con la de las burocracias reformistas, lo que se traduce en desbordamientos de los aparatos de esas organizaciones. Las exigencias de defensa de la revolución china contradicen los intereses de la burocracia china y, más directamente aun, los de la burocracia del Kremlin. La extensión de la estructura social, nacida de la revolución de Octubre de 1917, a los países de Europa del Este; el crecimiento y refuerzo del proletariado de esos países y de la URSS, se oponen al yugo político y a los privilegios de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. El desarrollo de las fuerzas productivas en la URSS y en los países de Europa del Este deviene incompatible con la gestión burocrática de la planificación, con las “normas” de “*la construcción del socialismo en un solo país*”. Exige que el plan para desarrollar armoniosamente los múltiples sectores de una economía cada día más compleja y diversificada sea elaborado, controlado y aplicado por el conjunto de los productores, lo que sólo puede ser si la clase obrera expulsa a la burocracia parasitaria del poder político y regenera el estado obrero. Exige la integración de la economía de la URSS y de los países de Europa del Este en la división internacional del trabajo, no en su estructura actual, que está condicionada por el modo de producción capitalista, por las exigencias del imperialismo, el cual domina siempre la economía mundial, sino refundado, a

consecuencia de la toma por el proletariado mundial de las principales fuerzas productivas, en un conjunto armonioso en constante evolución según las necesidades del crecimiento racional de la economía mundial en función de la satisfacción de las necesidades de los hombres. La burocracia del Kremlin y las burocracias satélites de Europa del Este están atadas a los marcos y estados nacionales de los que depende su existencia. Se oponen violentamente a la revolución proletaria en todas partes, y ante todo en los países económicamente desarrollados, pues esta revolución destrozaría todas las antiguas relaciones sociales y políticas que dieron nacimiento a la burocracia parasitaria; repercutiría inmediatamente en los proletariados de la URSS y de Europa Oriental que expulsarían a la usurpadora.

El equilibrio entre el imperialismo mundial y el proletariado mundial, entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin; entre la clase obrera, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional; entre los diferentes imperialismos, tal como resultó de la Segunda Guerra Mundial, ha devenido simplemente imposible. Es el final de la posguerra. El proletariado, menos aun que el imperialismo, ya no puede acomodarse a este equilibrio relativo. Cada uno de ellos necesita, según sus intereses de clase antagonistas, romperlo de forma decisiva. La burocracia del Kremlin y su aparato internacional están cogidos entre las presiones opuestas de las fuerzas sociales fundamentales y se desgarran. Todas las burocracias reformistas, sindicales y otras, están cogidas en la misma red y se desgarran igualmente. También la burocracia china se desgarran en sus componentes, la “*revolución cultural*” expresa este fenómeno. Las direcciones pequeño burguesas bonapartistas Castro, Bumedian, Nasser, etc., no escapan de la tormenta. Revolución y contrarrevolución van a enfrentarse brutalmente en todos los terrenos. Las luchas de clases de estos últimos años son las premisas de esos enfrentamientos.

III. Fracaso y reorientación de la estrategia del imperialismo

La caída del bonapartismo gaullista, el empuje hacia la revolución política en la URSS y en Europa Oriental, que se ha cristalizado en Checoslovaquia, son acontecimientos determinantes de la lucha de clases mundial. Consagran tanto el fracaso de la estrategia mundial del imperialismo estadounidense y el de la política de las burguesías decadentes de Europa frente al proletariado de esos países como el fracaso de la política de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. Abren una nueva fase de la lucha mundial de clases.

El imperialismo estadounidense, a consecuencia del aplastamiento por los tanques de la burocracia del Kremlin de la revolución política de los consejos húngaros, como del acceso al poder de De Gaulle, especulaba sobre estas derrotas, inflingidas a la clase obrera europea, en vistas a generalizar la contraofensiva contrarrevolucionaria del imperialismo mundial contra el proletariado. Al abrigo de la política de la burocracia del Kremlin, vigilante guardiana de la “*paz en el mundo*”, de la “*paz social*” a escala internacional, apoyó toda una serie de golpes de estado ejecutados por las camarillas militares, derribando a los equipos pequeño burgueses en el poder que hacían malabares entre el imperialismo, las masas obreras y campesinas y la burocracia del Kremlin, en Asia, África, América Latina: el ejemplo tipo más trágico continúa siendo el de Indonesia. Con su intervención militar masiva en Vietnam se proponía no solamente detener un nuevo avance de la revolución en Asia, sino también preparar la ofensiva directa contra China. Seguían siendo posibles variantes: o bien la burocracia china, bajo la presión combinada de la burocracia del Kremlin y del imperialismo estadounidense, abría la vía a la penetración “*pacífica*” del imperialismo en China, o bien, en breve

plazo, el imperialismo estadounidense se orientaba hacia la intervención militar contra China que, rápidamente, no podía más que amplificarse hasta alcanzar el nivel de la guerra termonuclear exterminadora.

El imperialismo estadounidense modifica esta política. La resistencia de los obreros y campesinos vietnamitas ha demostrado cuál sería el potencial de lucha de los obreros y campesinos chinos apegados a las conquistas de la Revolución. La presión conjunta de la burocracia del Kremlin y del imperialismo estadounidense sobre la burocracia china se ha traducido en profundas fallas en el interior de ésta, sin llevar a su capitulación; por el contrario, ha llevado a una movilización controlada, limitada y deformada, al llamamiento de una de las alas de la burocracia china, a la juventud, a los obreros y campesinos chinos, bajo la bandera de la “*revolución cultural*”. Tras la pretendida “*revolución cultural*”, forma utilizada a fin de movilizar, pero conteniéndolo, al movimiento de las masas, se perfilaba la revolución política. La prueba no era solamente temible por sus consecuencias inmediatas en China, lo era por sus repercusiones directas sobre la burocracia del Kremlin y sobre el aparato internacional del estalinismo que contribuía a disociar. La ruptura de las barreras colocadas por la “*revolución cultural*” a la revolución política hubiese repercutido brutal y directamente en la URSS.

Políticamente el imperialismo estadounidense no estaba preparado para lanzarse a esta aventura que exigía una gran homogeneidad de la coalición imperialista y del mismo imperialismo estadounidense; la estrecha subordinación de los proletariados de Europa, Japón y Estados Unidos, a los intereses del imperialismo mundial identificados estrictamente con los del imperialismo estadounidense; que exigía, en otros términos, el estado fuerte en todos los países capitalistas económicamente desarrollados y el estrecho control del estado fuerte estadounidense sobre los estados de los otros países.

El imperialismo estadounidense está obligado a modificar su política, sin renunciar a obligar a los obreros y campesinos vietnamitas a capitular, aunque fuese cambiando las formas, con la complicidad de la burocracia del Kremlin. La huelga general de mayo-junio de 1968 en Francia y el ascenso hacia la revolución política del proletariado checoslovaco, obligan al imperialismo estadounidense a acentuar este giro. Lo confirman el viaje de Nixon, a penas recién tomada posesión del cargo, a Europa y el discurso llamando a una cooperación más estrecha entre el imperialismo estadounidense y la burocracia del Kremlin que pronunció a su vuelta para mantener “*la paz en el mundo*” y solucionar el conflicto del Medio Oriente, como la guerra de Vietnam. Es preciso solucionar en beneficio del imperialismo las relaciones de clase en los países capitalistas avanzados (Europa, Japón y Estados Unidos), es preciso facilitar a la burocracia del Kremlin, y a las burocracias satélites, su implicación directa contra los proletariados de Europa Oriental y de la URSS. El imperialismo estadounidense reajusta su política en función de lo que considera como los frentes decisivos de la lucha de clases mundial, ocupando Europa una plaza particularmente importante. La lucha de clases en África, América Latina y Asia, no pierde sin embargo su importancia, sino que debe ser integrada como un componente de la lucha de clases mundial, cuyos sectores decisivos se sitúan en los países económicamente desarrollados (Japón, EEUU, Europa del Oeste como del Este, la URSS). El imperialismo estadounidense reajusta su política en función de esta apreciación: ni el bonapartismo gaullista ni el aplastamiento de la revolución húngara por la burocracia del Kremlin han solucionado en beneficio del imperialismo las relaciones de clase en Europa.

IV. Significado internacional de la caída de De Gaulle

La caída del bonapartismo gaullista transcribe, a través de una forma particular para Francia, el fracaso de las tentativas de domesticación del proletariado de los países capitalistas avanzados de Europa mediante la simple utilización de los aparatos burocráticos y la vía fría. La destrucción de las capacidades de combate del proletariado francés, tanto como el hecho que se realizaba mediante la vía fría, tenía naturalmente una importancia mayor para la burguesía francesa. El bonapartismo gaullista le daba al gran capital francés la esperanza de resolver “*racionalmente*” los problemas de su decadencia, es decir salvaguardar al máximo sus posiciones internacionales, sacrificando una parte de sectores enteros de la pequeña e incluso de la gran burguesía, obligando, por una parte, a la juventud y a la clase obrera a sufrir sin reaccionar la sobreexplotación, la descalificación y movilidad de la mano de obra, el paro, la decadencia, la destrucción de posiciones económicas y políticas conquistadas y evitando, por fin, la guerra civil de resultado incierto y que, en cualquier caso, no podría más que precipitar la decadencia del imperialismo francés. Pero el triunfo de la empresa de la que estaba encargado De Gaulle no tenía menos importancia para el imperialismo mundial y la burocracia del Kremlin que para la burguesía francesa. La derrota política sufrida por la clase obrera en junio de 1958 hacía confiar en que se le abría al capital internacional un proceso de derrotas sucesivas a inflingir al proletariado europeo. Era preciso, sin embargo, que el retroceso de la clase obrera francesa se transformase en aplastamiento. Las burguesías de Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda e Italia, no están menos necesitadas que la burguesía francesa de disciplinar al proletariado de esos países. Los proletariados de esos países sufren, naturalmente, la influencia del curso de la lucha de clases en Francia e inversamente. Era pues particularmente importante que el proletariado francés sufriese esta derrota política. Sin embargo, en Inglaterra, Alemania, Bélgica e Italia, la burguesía se vio obligada a recurrir a una forma política clásica a fin de imponer una política en absoluto clásica: la integración de los sindicatos en el estado, la destrucción de las posiciones económicas y políticas conquistadas por la clase obrera. En Inglaterra, el Labour Party tomaba la dirección del gobierno. En Alemania, Bélgica e Italia, los partidos socialistas participaban en los gobiernos. El matiz que separaba la solución política que encarnaba De Gaulle y el tipo de gobierno con dirección o participación socialista no era pequeño. Traducía una relación política diferente entre las clases, en beneficio de la clase obrera, allí donde la burguesía gobernaba mediante partidos interpuestos. El golpe de estado militar en Grecia estaba encaminado en el sentido de una modificación de esta relación a favor de la burguesía europea. De Gaulle en el poder en Francia y el golpe de estado militar en Grecia, contribuían a sostener a las dictaduras fascistas de Franco y Salazar confrontadas con una constante ebullición del proletariado de esos países.

La caída de De Gaulle es una catástrofe política para las burguesías de Europa. Su significado más general consiste en esto: incluso el bonapartismo gaullista no ha logrado disciplinar en frío a la clase obrera, plegarla a las exigencias de la supervivencia del imperialismo francés decadente y destruirla como fuerza social y política organizada y combatiente. Los gobiernos con dirección o participación socialistas son necesarios a fin de contener a la clase obrera; en el límite, pueden levantar determinadas estructuras y una legislación antiobrera tales como las leyes sobre el estado de urgencia en Alemania, la legislación Wilson-Barbara Castle en Gran Bretaña, que limita el derecho de huelga y la legislación sobre la política de “*rentas*”. Pero son incluso menos capaces que el bonapartismo gaullista de edificar el estado fuerte, el estado corporativista que necesitan todas las burguesías de Europa. El imperialismo mundial sólo puede invertir fundamentalmente las relaciones de fuerzas entre las clases en los principales países de

Europa, tal y como aquellas resultaron de la oleada revolucionaria contenida al final de la Segunda Guerra Mundial, mediante la guerra civil, destruyendo al proletariado, como fuerza social organizada, de los principales países de Europa Occidental, Francia, Inglaterra, Italia y Alemania.

La caída de De Gaulle, a pesar de las apariencias de continuidad de la V República, es una victoria política de la clase obrera francesa, es inseparable de la huelga general de mayo-junio que ella prolonga. La clase obrera francesa ha retomado la iniciativa política y reclamará cobrar esta victoria política, entablando, en menor o mayor plazo, el combate. Están al orden del día luchas de una amplitud incomparable en Francia. Ineluctablemente coincidieron con las luchas de las clases obreras inglesa, alemana, italiana, belga, etc. Repercutieron sobre la clase obrera española.

La caída del bonapartismo gaullista es un factor de radicalización del proletariado europeo en su conjunto mientras que, desde ya, se dibuja en Inglaterra la marcha de la clase obrera hacia luchas políticas de gran amplitud contra el gobierno Wilson y contra la vuelta a un gobierno tory; en Italia se suceden enfrentamientos de clase, verdaderos embriones de guerra civil que anuncian una explosión del proletariado italiano en su conjunto, mientras que en España no cesan de fermentar la juventud y la clase obrera que el régimen franquista ya no logra vencer con la represión. Agrava en todos los planos la crisis del imperialismo en Europa y en el mundo. La primera en ser golpeada es naturalmente la burguesía francesa, pero la caída de De Gaulle es un factor que acelera la crisis del sistema monetario internacional, que empuja hacia la dislocación del mercado mundial y, en consecuencia, del Mercado Común. Ocurre en un momento preciso en que el imperialismo estadounidense debe recurrir cada vez más al sostén financiero de Alemania federal, al mercado del euro dólar, para apoyar al dólar, en un momento en que la libra vacila de nuevo. Se produce cuando el imperialismo estadounidense modifica su estrategia mundial y tiene la más urgente necesidad de que los proletariados de los países capitalistas económicamente desarrollados, entre ellos el de Europa en particular, sean reprimidos y triturados.

La inestabilidad de las relaciones entre las clases no se limita a Europa Occidental. En el mismo corazón de la potencia imperialista, que es el pilar del imperialismo mundial, estallan grandes huelgas; la fracción más explosiva del proletariado estadounidense, el proletariado negro, busca la vía de su emancipación. Sin alimentar ninguna ilusión sobre de la madurez política del proletariado estadounidense en general, y del proletariado negro en particular, hay que señalar que el proletariado estadounidense y su fracción negra poseen una potencia a medida de la potencia económica del imperialismo estadounidense. La dislocación de la economía capitalista mundial desencadenará ineluctablemente en los Estados Unidos luchas de clases de una amplitud y de una violencia sin parangón a escala americana. La madurez política del proletariado estadounidense podría entonces desarrollarse a una velocidad sin precedentes en la historia de la lucha de clases. La influencia del curso de la lucha de clases en Europa, Europa del Este y la URSS incluidas, será determinante en el proletariado estadounidense (blanco y negro) como factor de su maduración política.

Pero la caída del bonapartismo gaullista, los desarrollos de la lucha de clases en Europa Occidental de la que es una expresión, con la que se combina y acelera, deben ser integradas en la crisis del estalinismo. La burocracia del Kremlin se enfrenta a problemas que no puede resolver por su cuenta.

V. Checoslovaquia y la crisis de la burocracia del Kremlin

La lucha política que ha abierto la vía a la revolución política en Checoslovaquia y contra la cual la burocracia del Kremlin sólo ha encontrado el recurso de la intervención militar brutal, no está resuelta a pesar de esta intervención. La clase obrera checoslovaca retrocede pero está lejos de haber sido aplastada. Diez meses después de la intervención militar, la fase actual todavía es la de la reconstrucción, al servicio del Kremlin, del aparato que había estallado. La crisis es una expresión de la crisis general de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. Las reformas económicas traducen, en el lenguaje de la economía, el desplazamiento político de la burocracia del Kremlin, que, contra los proletariados de esos países, se apoya cada vez más en el imperialismo y las fuerzas proburguesas de la URSS y de Europa Oriental. Necesitadas de poder gestionar, según los métodos heredados de Stalin, la economía de la URSS y de Europa Oriental porque el conflicto crónico que les opone a la clase obrera de sus países deviene cada vez más y más abierto, las burocracias parasitarias están obligadas a someterse a la ley del valor y a las leyes que se expresan en el mercado como reguladoras de la economía. Al hacer esto, aumentan la presión del imperialismo sobre la URSS y los países de Europa del Este y desarrollan, al mismo tiempo, las fuerzas centrífugas que tienden a hacerlas estallar.

Trotsky definía a la burocracia del Kremlin como una excrescencia parasitaria nacida del aislamiento de la revolución rusa y no como una clase social. Calificaba a la burocracia del Kremlin de agente de la burguesía mundial en el seno del estado obrero, aunque ligada a las relaciones sociales establecidas en la URSS por la revolución de Octubre. La significación profunda de esta definición jamás ha tenido tanta importancia como la tiene actualmente. Jamás ha tenido tantas implicaciones prácticas. Es indispensable para la comprensión de la política de la burocracia del Kremlin, de las burocracias satélites y de sus desgarros internos.

La gestión burocrática de la economía planificada lleva, en los casos extremos, a una regresión de las fuerzas productivas a partir de determinado estadio. Así ha ocurrido en Checoslovaquia. El ejemplo es determinante pues Checoslovaquia es uno de los países más altamente industrializados, estaba entre los más integrados en la división internacional del trabajo y en el mercado mundial. Por estos motivos, justamente, en Checoslovaquia los métodos burocráticos de gestión, el aislamiento de la división del trabajo del mercado mundial, se revelan en completa contradicción con las relaciones sociales de producción que resultan de la revolución de Octubre, y que fueron extendidas a los países de Europa del Este caídos bajo el control de la burocracia del Kremlin al final de la Segunda Guerra Mundial. En un grado menos elevado, existe la misma situación para todos los países de Europa del Este y para la URSS.

Las reformas económicas valen y toman su significado en función de quienes las dirigen y por la política en la cual aquellas se integran, por las relaciones de clase que traducen y refuerzan. Con otras palabras, se trata de saber quién dirige el estado obrero degenerado o deformado, y bajo qué situación política de conjunto, nacional e internacional.

Las reformas económicas traducen la relación antagonista entre el proletariado de los países de Europa del Este, el proletariado mundial, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, que llevan a una lucha de clases exacerbada entre las burocracias parasitarias y los proletariados de la URSS y de Europa Oriental. Se trata, en efecto, de una lucha de clases pues, aunque la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites no forman una clase social, actúan como agencias del imperialismo en la URSS y en Europa oriental contra el proletariado de esos países. Esta lucha sólo puede concluir o con la destrucción, a cuenta del imperialismo mundial, de las

relaciones sociales establecidas a consecuencia de la revolución rusa y extendidas a Europa del Este, o con la victoria del proletariado gracias a la revolución política que regenere al estado obrero.

La intervención de la burocracia del Kremlin en Checoslovaquia adquiere una claridad singular a la luz de un artículo publicado por el diario *Le Monde* del 2 de abril de 1969, artículo escrito por el periodista Georges Dadiants (comentador de la agencia de prensa de la burocracia del Kremlin, *Novosti*):

“La frontera que defendemos.

Para algunos en Occidente, los enfrentamientos en el río Usuri sólo son una manifestación de un conflicto ideológico entre dos “*variantes del comunismo*” que sólo les afecta de muy lejos. Esta falsa premisa sirve de base a deducciones políticas y estratégicas erróneas... A principios de la guerra soviético-germánica, en los Estados Unidos hubo hombres políticos que se alegraron de la agresión alemana contra la RSS, estimando que su propio papel sería el de espectadores mientras que los dos países se dedicaban a una lucha a muerte. Recordemos que su miopía no evitó al mundo la catástrofe de Pearl Harbour.

Puede ser prematuro para establecer un paralelo entre la China maoísta y la Alemania hitleriana. Pero está fuera de toda duda que las contradicciones entre la dirección china, por una parte, y las fuerzas de la paz y del socialismo de las que la Unión Soviética es la base, por otra parte, han superado, desde hace mucho tiempo, el marco del conflicto ideológico inicial [...]

El aventurerismo belicista chino, apoyado teóricamente en una interpretación desnaturalizada del marxismo, deviene un factor muy alarmante en la vida internacional, sobretodo si se sabe que China se transforma en quinta potencia nuclear. Al mismo tiempo que prosigue sus provocaciones armadas contra la URSS y dificulta al máximo posible cualquier arreglo de paz en Asia (incluyendo Vietnam), durante los próximos años China podrá manifestar una actividad particularmente intensa en India, Birmania, Tailandia o Laos. Un diario italiano indica que la actual dirección china reivindica territorios pertenecientes no solamente a la URSS sino también a Nepal, Birmania, Vietnam, Laos, y Tailandia y a otros países. ¿Quién nos garantiza que la “*actividad*” del grupo maoísta no sobrepasará las fronteras del continente asiático? Recordemos que el militarismo nipón dispone de reservas humanas mucho más limitadas que el chovinismo chino de gran potencia. Nunca hemos identificado al grupo de Mao con el pueblo chino. El peligro que representa hoy en día China proviene de la ideología y política belicista del maoísmo, igual que el peligro que representaban, en otro tiempo, la Alemania hitleriana y Japón militarista provenía de la ideología y política del fascismo.

En este sentido, la frontera que defiende la Unión Soviética a lo largo de 6.500 kilómetros no es solamente la frontera sinosoviética.”

Dadiants sólo ha escrito tal artículo debidamente mandatado por el Kremlin.

Toda la política de la burocracia del Kremlin se dibuja perfectamente. La comparación del “*maoísmo*” con el hitlerismo y el militarismo japonés se avanza para justificar una política de alianza, como en tiempos de la segunda guerra imperialista, entre la burocracia del Kremlin, el imperialismo estadounidense, y los otros imperialismos. Pero esta “*alianza*” sería fundamental diferente: en el curso de la segunda guerra imperialista, la alianza de la URSS con los imperialismos anglo-franco-estadounidense no era condenable en principio. La URSS, cogida entre el imperialismo alemán, amenazada por la espalda por el imperialismo japonés, tenía derecho a utilizar

las contradicciones interimperialistas y a establecer una alianza con los Estados Unidos y la Inglaterra imperialistas, contra los imperialismos alemán, italiano y japonés. También era preciso que esta alianza no se estableciese al mismo tiempo contra el proletariado mundial. Este fue el caso: deviniendo este aspecto cada vez más dominante a medida que la guerra tocaba a su fin.

La conferencia de los PC que se realizó en Moscú del 5 al 17 de junio se inserta en la política definida crudamente por el artículo de este agente del Kremlin. Su objeto esencial era la condena de la “*política nacionalista del grupo de Mao*”, como lo ha declarado Brezhnev. Trataba de cerrar el aparato internacional agrietado del estalinismo, disciplinarlo más estrechamente con la burocracia del Kremlin. Pero el ataque político y el ruido de armas dirigidos contra China no tienen por objeto el ataque inminente contra ésta. Se trata de blandir la “*amenaza china*”, de evocar la “*potencia atómica de China*” en vistas a justificar la política de represión de la revolución política en Checoslovaquia, el renacimiento de los métodos estalinistas en la URSS contra la ebullición de los intelectuales que anuncia, como fue el caso en Polonia y Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1967-1968, la entrada en la escena política del proletariado de la URSS.

En nombre de la lucha contra el “*militarismo, el chovinismo de gran potencia, del maoísmo*”, que se compara con el “*militarismo japonés, con el hitlerismo*”, que amenazaría no solamente la “*frontera sinsoviética*” sino, bien seguro también, a todos los “*valores de la civilización occidental*”, se trata de justificar la alianza con el imperialismo estadounidense por la defensa de esos “*valores*”, de la “*civilización*”, de la “*cultura*”, de la “*democracia*” y de la “*paz*”. La voluntad de hacer frente común contra “*el maoísmo, el militarismo chino*” implica, en primer lugar, contribuir a asegurar el orden imperialista amenazado en sus bases: en Japón, en los Estados Unidos, pero sobretudo en Europa. A cambio, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites imploran al imperialismo estadounidense y a los imperialismos europeos que garanticen el *estatus quo* en Europa. Ahora bien, justamente es esto lo que es imposible tanto desde el punto de vista del imperialismo como desde el del proletariado.

La burocracia del Kremlin, enfrentada con la nueva fase de la lucha de clases que se anuncia, confirma la caracterización que hacía Trotsky: definitivamente pasada al lado del mantenimiento del orden burgués a escala internacional, es el agente de la burguesía mundial en el seno de los estados obreros.

VI. La crisis del estalinismo y la conferencia de los PC en Moscú

Pero se trata, precisamente, de estados obreros que, incluso degenerados o deformados, están basados, sin embargo, en relaciones sociales que hacen del proletariado la clase social decisiva cuya potencia aplastante se revela desde el mismo momento en que se pone en movimiento. El proletariado ruso ya no es el proletariado agostado tras la guerra civil, el proletariado sangrado tras la Segunda Guerra Mundial. El proletariado de Europa del Este tiene un peso infinitamente más considerable que el que tenía antes de la guerra. La política de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites cuestiona su existencia. Como lo demuestra el curso de las reformas económicas en Yugoslavia, las reformas económicas en la URSS y en los países de Europa del Este, incluso si no llegan tan lejos como la reforma yugoslava, todas ellas cuestionan las condiciones de existencia de centenares de millones de trabajadores, su garantía de empleo, su cualificación, sus ventajas sociales. Las reformas económicas amenazan a los trabajadores de la URSS y de Europa del Este con verse reducidos al paro. La juventud estudiantil y obrera está particularmente amenazada por

las reformas de los sistemas de enseñanza, por la descalificación, por el paro. El corsé burocrático ha devenido insoportable para las nuevas generaciones de intelectuales, científicos, escritores, artistas y profesores. Con otras palabras, la política de la burocracia del Kremlin amenaza a todas las fuerzas sociales que cumplen funciones necesarias para la sociedad, para el crecimiento de las fuerzas productivas y para el desarrollo de la cultura.

Pero la política de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites, al mismo tiempo que es indispensable para la defensa de sus privilegios, los disloca. El bloque con el imperialismo estadounidense contra China, el acuerdo con el imperialismo a fin de romper al proletariado de los países capitalistas avanzados y las reformas económicas hacen peligrar las relaciones sociales establecidas en la URSS y en Europa del Este, fuente de privilegios de la burocracia. La presión del imperialismo queda reforzada. La necesidad para la burocracia de entablar el combate abierto contra la clase obrera, la juventud y los intelectuales de la URSS y de los países de Europa del Este, lleva ineluctablemente a la guerra civil contra esas capas y destruye, en beneficio del imperialismo mundial y de las fuerzas proburguesas en la URSS y en Europa del Este, las relaciones sociales establecidas en esos lugares. Las burocracias satélites de Europa del Este se esfuerzan, cada una según sus intereses específicos, en realizar esta política, establecer lazos directos, económicos y políticos, con las diferentes burguesías. Todo ello disloca a las burocracias parasitarias, a la burocracia del Kremlin en primer lugar, porque ello revierte, con tal de defender los privilegios burocráticos, en cuestionar la base social de esos privilegios.

Las contradicciones internas y los desgarros en el seno de la burocracia del Kremlin, y entre ellas, son de una decisiva importancia desde el punto de vista político. Por las grietas abiertas en el aparato internacional del estalinismo se ha precipitado la revolución política en Checoslovaquia. La intervención militar ha acabado de destruir el aparato burocrático. Está por reconstruir completamente. Pero, al mismo tiempo, ha resultado agravada la crisis interna de la burocracia del Kremlin. En efecto, para romper al proletariado checoslovaco, la burocracia sólo tiene un medio: la depuración sangrante, la más brutal represión contra el proletariado checoslovaco. Sin embargo, este curso no puede limitarse sólo a Checoslovaquia, debe ser extendido a todos los países de Europa Oriental y a la misma URSS. El estalinismo de Stalin debe retomarse pero con esta diferencia fundamental: las relaciones políticas entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin, entre la burocracia del Kremlin y el proletariado mundial, no son ya las mismas. Los métodos de Stalin ya no pueden ser utilizados más que como instrumento de la restauración capitalista. La lucha hace estragos en el seno de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites. En la URSS llegó a expresarse toda una corriente de oposición a la burocracia que se opuso a la intervención en Checoslovaquia y la condenó, utilizando estas contradicciones, y apoyándose en el empuje elemental de la clase obrera, esta corriente continua la lucha planteando los problemas de las libertades democráticas, de las nacionalidades, del proletariado de la URSS, y, a pesar de la represión, ha logrado mantener y puede que ampliar una actividad organizada.

Esta crisis dificulta la acción represiva de la burocracia del Kremlin en Checoslovaquia. La resistencia, poco a poco, del proletariado checoslovaco se alimenta de la lenta maduración de los proletariados de los otros países de Europa del Este y de la URSS, y de las contradicciones en el seno de las burocracias reforzándolas. En este sentido, el proletariado checoslovaco no está aislado.

La conferencia de Moscú de los PC rinde de nuevo testimonio de esta situación. Necesaria para la burocracia del Kremlin a fin de hacer condenar a China, de extender

un velo sobre su intervención militar en Checoslovaquia, de acentuar su política de cooperación con el imperialismo contra los proletariados de los países económicamente desarrollados, de asegurar su control sobre su aparato internacional, esta conferencia, por el contrario, ha resaltado las contradicciones que dislocan a este aparato internacional y lo desgarran incluso hasta en sus cúspides. La intervención del más gran partido comunista de Europa Occidental, el Partido Comunista italiano, ha consagrado las divisiones que se producen en el seno del aparato internacional del estalinismo y que se solapan con las que se profundizan en las cúspides de la burocracia del Kremlin. Berlinguer, en nombre del PCI, se ha levantado contra lo que él llama el bipartismo estadounidense-soviético, la disciplina mecánicamente impuesta desde Moscú a los diferentes PC, la condena sin defensa de China. Seguido por diversos PC de menor importancia, ha planteado la cuestión de Checoslovaquia. Estas tomas de posición no tienen nada que ver con una pretendida “*democratización*” del aparato internacional del estalinismo. No quieren decir que los PC y el PCI entre otros, rompan sus lazos con el Kremlin. Se debe a que los PC, sin duda, se ven molestados por la política del Kremlin en función de sus posiciones en la lucha de clases en sus países. Pero no adquieren toda su importancia hasta que están en correlación con las luchas políticas que se desarrollan en el mismo Kremlin. La publicación “objetiva” en *Pravda* de las intervenciones de las delegaciones que se oponen a la línea oficial prueba que son los portavoces de esta ala de la burocracia del Kremlin, que hasta el vértice del aparato está asustada por el curso político de estos últimos años y por su acentuación. Checoslovaquia se parece a un corcho que alguien hunde por la fuerza y que continuamente vuelve a la superficie. Si es así, ello se debe a que Checoslovaquia concentra todos los problemas que enfrentan a la burocracia del Kremlin y la dividen: sus relaciones con el imperialismo por una parte, con el proletariado mundial por la otra. Todo movimiento hecho en un sentido o en otro agrava las divisiones y desgarros en el seno de la burocracia del Kremlin; y, sin embargo, el inmovilismo es imposible.

Toda la habilidad maniobrera de la burocracia del Kremlin revierte en hacerle frente a la clase obrera aislando a los proletariados de los países de Europa del Este unos de otros, a los proletariados de Europa del Este del proletariado de la URSS, a los proletariados de Europa del Este y de la URSS de los proletariados del resto de Europa y del mundo. Así, contribuyó a contener la oleada revolucionaria que nació durante la Segunda Guerra Mundial, aplastó a los movimientos revolucionarios de los años 53 y 56 en Alemania del Este y en Polonia y, finalmente, a la revolución húngara de los consejos; pero no logró aislar al proletariado checoslovaco. Ciertamente, la relación entre el proletariado checoslovaco y los otros proletariados no es ni directa ni está organizada, es “*objetiva*”, pero, a pesar de ello, es inmediata a causa de los desarrollos en las relaciones de clase que se han producido en el curso de estos últimos años. Entablar la represión sanguinaria y brutal contra el proletariado checoslovaco se traduce en franquear un estadio decisivo, sería la primera fase de la guerra civil contra los proletariados de Europa del Este y de la URSS. No entablar esta represión tendría como consecuencia una maduración, más o menos rápida pero ineluctable, de la revolución política en todos los países de Europa del Este y en la URSS. En ambos casos se rompen el aparato internacional del estalinismo y la burocracia del Kremlin. Ahora bien, una de las lecciones más importantes de las luchas de estos últimos quince años consiste en que, teniendo en cuenta las relaciones sociales establecidas por la revolución de Octubre, el proletariado es la fuerza social decisiva que se impone desde el momento en que se desgarran los aparatos burocráticos. Así ocurrió en Polonia y Hungría en 1956. También en Checoslovaquia en 1968.

VII. La crisis revolucionaria que se abre

La relación de los proletariados de Europa Oriental entre ellos y con el proletariado ruso se afirma objetivamente, hunde sus raíces, en la unidad de los problemas que enfrentan; su maduración es creciente. El ejemplo más directo es el de Alemania, dividida en dos sistemas sociales tanto uno como otro fuertemente inestables e igualmente inviables. A la larga, la unidad de Alemania es ineluctable. No solamente responde a la unidad de lengua y cultura, sino también a las exigencias económicas. Dependen de la unidad de Europa tanto como la unidad de Europa se desgajaría de la unidad de Alemania. La precipitación de las crisis conjuntas, y que se alimentan una a la otra, del imperialismo y de la burocracia del Kremlin desbloquearía la lucha de clases en Alemania, obstaculizada desde el final de la guerra por la división en dos del proletariado alemán.

La caída de De Gaulle, y la crisis social y política que no cesa de operar en Checoslovaquia, anuncian una acentuación sin precedentes de la lucha de clases en Europa. El efecto político sobre todos los proletariados europeos de una intensificación de la lucha de clases en cualquiera de los países como Francia, Alemania, Italia Inglaterra, Checoslovaquia, Polonia, Hungría y, naturalmente, la URSS, será fulgurante: la crisis del imperialismo y la de la burocracia del Kremlin alcanzarán también su punto de ruptura; se manifestará brutalmente la necesidad de la unificación de Europa sobre la base de un solo sistema social y económico. La interdependencia de la lucha contra el imperialismo y la burocracia se apoderará de decenas de millones de proletarios; la acuciante necesidad de los Estados Unidos Socialista de Europa devendrá evidente como único marco que permita a los proletariados de Europa y de la URSS resolver sus problemas.

No es menos evidente que tal desarrollo de la lucha de clases en Europa tendrá una influencia decisiva en los Estados Unidos, Japón y en todos los explotados de Asia, África y América Latina. El control ejercido sobre el proletariado europeo por los aparatos reformistas y estalinistas ha tenido pesadas consecuencias en el desarrollo de la lucha de clases en los Estados Unidos, en Japón y en los países económicamente atrasados. Ha contribuido a bloquear la maduración política del proletariado de los Estados Unidos. Ha limitado los marcos de los combates y la organización de clase del proletariado japonés. Ha favorecido el papel de las direcciones pequeño burguesas en los países económicamente atrasados, su control sobre las masas obreras y campesinas.

El nuevo curso de la lucha de clases en Europa abrirá a corto plazo nuevas perspectivas a los proletariados del Japón y de los Estados Unidos, al mismo tiempo que obligará a los imperialismos estadounidense y japonés a orientarse hacia modos de dominación política de tipo fascista, a fin de intentar dominar la crisis social, económica y política ineluctable, por tanto a romper toda organización del proletariado de esos países. En los países económicamente atrasados la lucha es incesante. Las nuevas explosiones de clase que acaban de producirse en Argentina, Uruguay, etc., prueban que, a pesar de las dictaduras militares, las burguesías de esos países sólo controlan a cuenta del imperialismo superficialmente los procesos de clase. En Asia, India y Pakistán no son más estables, En Vietnam no está nada zanjado. De una crisis revolucionaria en Europa, la lucha de los obreros y campesinos vietnamitas sacará las condiciones de la victoria sobre el imperialismo estadounidense. A pesar del brusco frenazo dado a la “*revolución cultural*” en China, a pesar de la reconstrucción del aparato burocrático, duramente puesto a prueba por los desgarros internos, y del que el IX congreso del PC chino ha sido un momento. Se mantienen los mismos problemas. La revolución china no puede ser encerrada en China. Continúa siendo un factor de movilización de las masas obreras y campesinas de Asia. Las relaciones sociales que ha

inspirado sólo pueden ejercer plenamente su papel en el desarrollo de las fuerzas productivas si la revolución política derroca a la burocracia china y si se extienden, en particular, a los países altamente industrializados de Asia (Japón). No pueden ser plenamente eficaces hasta que no se retome sobre nuevas bases la cooperación económica con la URSS, es decir a partir del derrocamiento de la burocracia del Kremlin por el proletariado de la URSS cumpliendo la revolución política y hasta que el conjunto de los países económicamente desarrollados participen en el desarrollo económico de China, es decir hasta que la revolución social se cumpla en ellos. La presión conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin sobre la burocracia china llevará, obligatoriamente, a nuevas crisis y escisiones en su seno. La resistencia de la burocracia china a esta presión es un elemento de dislocación de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional. En la URSS, y en los países de Europa del Este, tiene un eco considerable en las capas burocráticas de esos países a las que asusta la política que tiende a transformar a las burocracias en simples agencias del imperialismo y de la restauración capitalista. Pero, inversamente, la crisis de la burocracia del Kremlin, al precipitarse, alimentará la de la burocracia china que, también ella, está cogida en la trampa de la historia: siendo menos realizable la “*coexistencia pacífica*” a la china que la “*coexistencia pacífica*” al modo del Kremlin.

La unidad de la lucha de clases mundial se afirma con la crisis revolucionaria que se anuncia en Europa y que concierne tanto a los países de Europa Occidental como a los de Europa Oriental y a la misma URSS. En Europa se fusionan la revolución social y la revolución política. Las relaciones entre las clases son tales en Europa que se concentran en ella todas las contradicciones y debilidades del imperialismo y de la burocracia del Kremlin, mientras que la clase obrera ocupa posiciones de clase muy potentes y concentra la experiencia de más de un siglo de lucha. Sin modificar radicalmente las relaciones entre las clases en Europa en el próximo período, el imperialismo mundial y la burocracia del Kremlin no podrán escapar a una crisis que los dislocará. La huelga general de mayo-junio de 1968, el ascenso de la revolución política en Checoslovaquia, en la primavera y verano de 1968, la caída de De Gaulle, son las primeras explosiones de una nueva crisis revolucionaria que madura en Europa y que repercutirá en el mundo entero.

Se ha abierto un nuevo período de grandes cambios. Se anuncia una nueva crisis revolucionaria mundial. Teniendo en cuenta la potencia del proletariado en los países económicamente desarrollados, las posiciones que ocupa en ellos, la debilidad, la irremediable decadencia de los imperialismos europeos, la necesidad para el imperialismo estadounidense de hacer valer sus intereses específicos, la crisis de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites, la crisis del aparato internacional del estalinismo, el fracaso de la estrategia mundial desarrollada estos últimos años por el imperialismo estadounidense, el fracaso de la política de domesticación en frío de los proletariados de Europa Occidental por las burguesías decadentes de Europa, el fracaso de la política de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites, ni el imperialismo puede escapar a una gigantesca crisis social, económica y política, ni la burocracia del Kremlin puede evitar el desgarramiento en sus componentes. El mundo entero se encamina manifiestamente hacia un caos sin precedentes. Pero el caos no será arbitrario. Estará ordenado por las leyes de la lucha de clases. Si el proletariado, apoyándose en las posiciones ya conquistadas, las supera, si llega a forjar los instrumentos de la lucha y de la conquista del poder político, si unifica sus combates a escala internacional, el nuevo orden que resultará será el socialismo.

Los instrumentos necesarios son los partidos revolucionarios, la Internacional. Si no, el mundo se deslizará hacia la barbarie.

VIII. El programa de la IV Internacional y las conquistas teóricas y políticas del proletariado

La IV Internacional, fundada por León Trotsky como expresión de la lucha del proletariado mundial por el socialismo, no tiene otros intereses que defender más que los de la clase obrera como clase. El período que acaba de abrirse es el de la revolución inminente. La clase obrera de cada país, el proletariado mundial, para defenderse en tanto que clases, no tienen otros recursos más que la revolución social en los países capitalistas, la revolución política en aquellos que han pasado bajo el control de la burocracia del Kremlin. Le es preciso destruir el poder político de la burguesía, expulsar a las burocracias parasitarias en Europa del Este y en la URSS, constituir su propio poder político. La cuestión del poder se le plantea al proletariado en todas partes, tanto como condición para su defensa contra la burguesía y su estado que, para asegurar la supervivencia del régimen del beneficio deben triturar a la clase obrera como fuerza política organizada, como, también, como condición para su defensa contra la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites que, para perpetuar sus privilegios, amenazan con destruir las conquistas revolucionarias de Octubre y, en tanto que agencias de la restauración burguesa, sólo pueden condenar al paro, la miseria y la muerte a decenas de millones de proletarios.

Lo que funda al proletariado como clase es su combate y organización contra la explotación, que así cesa de sufrir pasivamente. El proletariado mundial, menos que el proletariado de cada país, no es solamente una masa explotada. En el curso de una lucha de clase más que secular, ha forjado organizaciones, ha conquistado posiciones. Los sectarios, radicalmente condenados por el programa de fundación de la IV Internacional, rechazan considerar que lo que constituye al proletariado en clase son las organizaciones, sindicatos y partidos, que ha construido. Rechazan considerar las conquistas, las posiciones ocupadas, las garantías y derechos conquistados por la clase obrera en los países económicamente desarrollados, como puntos de apoyo de la lucha del proletariado contra la burguesía, contra su estado y su gobierno; bajo el pretexto que son burocracias parasitarias las que las gestionan, rechazan las relaciones sociales de producción que constituyó la revolución de Octubre y que fueron extendidas a Europa del Este como, también, aquellas que ha constituido la revolución china; se oponen a la lucha por las reivindicaciones fundamentales de la clase obrera y de la juventud, a la lucha por el poder. Privilegian tal forma de lucha en relación con otras. Buscan substituir una capa específica (estudiantes, estudiantes de enseñanza media, jóvenes, intelectuales) por la clase obrera como clase; buscan substituir la movilización y acción de la clase obrera como clase por las “*acciones ejemplares*”. Oponen la “*vanguardia*” a las masas; rechazan considerar y participar en la dialéctica histórica de la lucha de clases del proletariado mundial.

Los oportunistas identifican al proletariado con los aparatos burocráticos de los sindicatos y de los partidos obreros; consideran las posiciones conquistadas por la clase obrera como el objetivo y fin de su lucha de clases; estiman que las relaciones sociales que existen en la URSS, en los países de Europa del Este y en China, se encarnan en las burocracias parasitarias; están en contra de la lucha por el poder en nombre de la “*defensa de las reivindicaciones*”; privilegian las formas democráticas burguesas en detrimento de la acción de masas, hacen de la “*democracia*” una cosa en sí. Subordinan las masas a los aparatos y fragmentan a la clase obrera y a la juventud en sus diferentes componentes; como los sectarios, se oponen a la dialéctica histórica de la lucha de clases del proletariado.

La IV Internacional es parte integrante del movimiento obrero. Nació en el curso de la lucha del proletariado mundial contra la burguesía y sus agencias en el seno del movimiento obrero. Su programa expresa de forma consciente la lucha del proletariado mundial por el poder, por el socialismo. Basa su acción en las conquistas teóricas y prácticas de la clase obrera, del movimiento obrero. Asume la continuidad histórica del marxismo, traicionado por las direcciones reformistas y estalinistas. El método de la IV Internacional consiste en unir a la clase obrera en tanto que clase, contra el poder burgués en cada país capitalista, contra las burocracias parasitarias en el poder en la URSS, China y en los países de Europa del Este; consiste en unir a la clase obrera internacionalmente contra el imperialismo y las burocracias parasitarias.

Lejos de oponer, como hacen los sectarios, la defensa de los derechos, garantías, libertades y reivindicaciones de la clase obrera y de la juventud a la lucha por el poder, el programa de la IV Internacional basa la lucha por el poder en su defensa. La vieja oposición entre el programa mínimo y el programa máximo, entre lucha por las reformas y revolución, está superada. La burguesía, el imperialismo, no son únicamente incapaces de desarrollar las fuerzas productivas, además su sistema social engendra bruscas catástrofes, crisis, guerras, que ponen en peligro todas las conquistas de la humanidad. La crisis del sistema monetario anuncia la dislocación del mercado mundial, una depauperación sin precedentes de millones y millones de trabajadores, el cierre de todas las perspectivas a la juventud obrera y estudiantil, la caída de millones y millones de pequeño burgueses de las ciudades y el campo en una negra miseria, la ruina de capas importantes de la gran burguesía, la destrucción de inmensos recursos, la descomposición de la cultura. El parlamentarismo burgués, allí donde se ha mantenido, es una supervivencia del período del imperialismo en ascenso, no resistirá la crisis que se prepara. Las aventuras imperialistas aparecerán cada vez más como la única salida para los imperialismos más potentes. Por ello, toda lucha de masas, sean cuales sean sus puntos de partida (defensa de las reivindicaciones, de los derechos, garantías, posiciones conquistadas por la clase obrera, defensa del derecho al empleo, a la formación profesional, a la cultura para la juventud, lucha por la planificación de la economía bajo el control de los trabajadores, por la expropiación de la burguesía, defensa de las libertades democráticas, lucha contra el militarismo y el imperialismo), plantea la cuestión del poder.

IX. Lucha por el poder, por el frente único de clase y partidos revolucionarios

La lucha por el poder exige que la clase obrera combata como clase y que arrastre tras de sí a millones de pequeño burgueses de las ciudades y el campo. Bajo formas concretas correspondientes a condiciones históricas de la organización de la clase obrera en tanto que clase (a su organización en partidos y sindicatos) así como a la situación política, el combate por el Frente Único de clase es inseparable de la lucha por el poder. No es suficiente con proclamar la necesidad de luchar por el poder, destruir el estado burgués, construir el estado obrero, expropiar a la burguesía y organizar la producción según un plan elaborado y realizado bajo control obrero, es necesario, además y en cada momento, definir qué forma precisa y qué contenido político puede tener el gobierno obrero y campesino, gobierno de transición hacia la dictadura del proletariado. La organización revolucionaria no está en condiciones, en ninguna parte del mundo, de plantear la candidatura inmediata al poder y de ejercerlo. Al igual que sería remitir a un futuro lejano la lucha por las reivindicaciones, condicionarlas a la toma de la dirección de los sindicatos por los militantes de las organizaciones

revolucionarias, también sería tener una posición puramente a favor del socialismo no formular el contenido y formas políticas del gobierno obrero y campesino. La organización revolucionaria combate por la realización del Frente Único de clase en cada momento. Incluso si éste sólo se realiza para objetivos limitados, permite a la clase obrera movilizarse en tanto que clase y, por tanto, eleva su conciencia política, le permite abrir concretamente la perspectiva de la lucha por un gobierno de los trabajadores opuesto a las diversas fórmulas de gobierno burgués. Allí donde no existen todavía partidos obreros, la batalla política por un Labour Party, apoyado en los sindicatos o formado a partir de los sindicatos, es indispensable para la perspectiva del gobierno obrero y campesino, gobierno de los trabajadores. Allí donde existen partidos obreros dirigidos por las burocracias, socialdemócratas o estalinistas, que controlan, por separado o juntas, a la mayoría de la clase obrera, no se puede dar respuesta concreta a la cuestión del poder que no englobe a esos partidos: ¡romped con la burguesía, tomad el poder; para hacerlo, apoyaos en la clase obrera organizada como clase, expropiad a la burguesía!

La estrategia de Frente Único de clase, cuya expresión más elevada es el gobierno obrero y campesino, gobierno de las organizaciones obreras que se apoya en la clase obrera organizada como clase, se opone a la política de los aparatos reformistas y estalinistas. La política de constitución de gobiernos o de participación en gobiernos burgueses, tal como la practican Wilson, Brandt, Nenni y el PC finlandés, tal como es defendida por las fórmulas de los PC de Europa Occidental (nueva democracia, democracia avanzada, Frente Popular) respeta, en cualquier caso, al estado burgués. Como máximo es una tentativa de revivificar el parlamentarismo burgués. Más a menudo tiende a contener a la clase obrera que amenaza a la burguesía, a su estado y su gobierno, o a imponerle al proletariado las consecuencias de la descomposición de la sociedad burguesa. Tras la pantalla de esta política, que se concreta en la constitución de gobiernos burgueses o en la participación en tales gobiernos, o también que se limita a subordinar a la clase obrera a un partido de la burguesía llamada progresista, se preparan las fuerzas burguesas que sorprenden y aplastan a la clase obrera políticamente desarmada, si no desmoralizada: Indonesia y Grecia están entre los más recientes y trágicos ejemplos de las consecuencias de esta política. En el momento en que el enfrentamiento entre las clases tiende a crear situaciones de guerras civiles, esta política debe ser denunciada vigorosamente más que nunca. No deben excluirse interludios de gobierno de este género, al abrigo de los cuales se preparan golpes de estado militares y policíacos. Tales “gobiernos”, respetuosos con el aparato de estado burgués, ocultarían a los ojos de las masas la preparación de esos golpes de estado, fomentados desde el mismo interior del aparato de estado burgués. Gobiernos parecidos, puesto que están manipulados por el capital financiero y, por este hecho, son impotentes para resolver aunque sólo fuese una cuestión a favor del proletariado y de las masas explotadas, rechazan automáticamente hacia la derecha a las masas pequeño burguesas de las ciudades y del campo que devienen entonces utilizables para la construcción de movimientos de tipo fascista.

Uno de los denominadores comunes de la socialdemocracia, del estalinismo, del centrismo, de los renegados a la IV Internacional, del anarquismo y del izquierdismo espontaneísta, es rechazar la política del Frente Único de clase: la socialdemocracia y el estalinismo en nombre del parlamentarismo o de las “*nuevas vías hacia el socialismo*”, de hecho porque han pasado definitivamente al lado del mantenimiento del orden burgués; el centrismo, al identificar gobierno obrero con gobierno burgués bajo la dirección de organizaciones obreras, colocando un signo igual entre “*Frente Popular*”, “*Frente Democrático*” y Frente Único de clase; el anarquismo y el izquierdismo

espontaneísta, en nombre del rechazo de todo poder, de toda forma de organización de la clase “*que engendra el burocratismo y las estructuras represivas*”; los renegados a la IV Internacional una vez a la manera de los centristas y otras veces con las motivaciones de los anarquistas y de los “*izquierdistas espontaneístas*”. Sean cuales sean los “*argumentos*” invocados, el fondo de este rechazo al Frente Único de clase por parte de todos estos partidos, organizaciones, grupos y corrientes, es el mismo: es el rechazo a movilizar y centralizar políticamente a la clase como clase y a cuestionar el estado burgués. Incluso cuando diez millones de trabajadores estaban en huelga en mayo-junio de 1968 en Francia, centristas, izquierdistas espontaneístas, anarquistas y renegados a la IV Internacional, preconizaban la lucha por los “*poderes*”: “*poder estudiantil*”, “*poder obrero en las fábricas*”, “*poder campesino*”, “*poder sindical*”, clamaban: “*el poder está en la calle*”. Rechazan colocar en el centro de su intervención política la lucha política por la constitución y federación, a todos los niveles, local, regional y nacionalmente, de los comités de huelga hasta la formación del Comité Central Nacional de la Huelga General. Bajo la máscara de una fraseología “*radical*”, se trata de un rechazo a plantear la cuestión del poder, la cuestión de la destrucción del estado burgués, de un rechazo del Frente Único de clase obrera expresado bajo la forma concreta que permita organizarlo y centralizarlo políticamente como clase, rechazo que se complementaba. La política de los centristas, de los anarquistas, de los “*izquierdistas espontaneístas*”, de los renegados a la IV Internacional varía a menudo en sus expresiones pero sin embargo mantiene una perfecta continuidad y todos acaban por reunirse. Así, rechazan luchar contra la integración de los sindicatos en el estado, así llamaron a boicotear el referéndum querido por De Gaulle para instituir el corporativismo en Francia o a votar nulo cuando la clase obrera no estaba comprometida en grandes combates que podrían haber hecho efectivo el “*boicot*”, como fue el caso en el mes de mayo de 1968. Por otra parte, los mismos se pronunciaban ya a favor de la “*unidad en la base*”, ya a favor de las “*reformas de estructuras*”. Más allá de las contradicciones en los términos, hay una constante: el rechazo a entablar la lucha contra el estado burgués, el rechazo a movilizar y centralizar a la clase obrera como clase, el rechazo a definir las vías y medios para la movilización y centralización del proletariado en tanto que clase, definiendo en cada momento las formas del Frente Único de clase teniendo en cuenta a las organizaciones, incluyendo a las direcciones, que controlan e influyen a la gran mayoría de la clase obrera.

La lucha por el Frente Único obrero y su expresión: el gobierno de las organizaciones obreras, es una línea estratégica y no solamente una táctica. Debe ser comprendida dialécticamente, según la dialéctica de la lucha de clases y del movimiento obrero de la que es la expresión consciente. Los aparatos estalinistas y reformistas, los aparatos burocráticos de las organizaciones, sindicales están ligados a la sociedad burguesa que defienden, no por ello dependen menos de la clase obrera y del movimiento obrero. En el momento en que la lucha de clases se intensifica hasta plantear la alternativa: o bien aplastamiento político de la clase obrera por la burguesía, destrucción de las organizaciones obreras, incluyendo aquellas que dirigen los aparatos traidores, o bien destrucción del estado burgués por la clase obrera, constitución del proletariado en clase dominante, instauración de su propio poder, los aparatos están atrapados en una insuperable contradicción que tiende a dislocarlos. La clase obrera les encarga realizar sus aspiraciones, la burguesía que la proteja contra la clase obrera. Expresar y formular conscientemente las aspiraciones y necesidades de las masas tiene un efecto de desagregación sobre los aparatos y puede obligarles a dar pasos adelante en la vía del Frente Único Obrero, lo que es un factor de movilización y elevación de la conciencia política del proletariado en su conjunto. El programa de fundación de la IV

Internacional no excluye que las organizaciones tradicionales del movimiento obrero, ligadas a la burguesía, se vean obligadas a ir, en determinadas ocasiones, más lejos de lo que quisieran en la vía de la ruptura con la burguesía. La política del Frente Único coge a los aparatos como en un tornillo, el tornillo de las contradicciones de clase expresadas conscientemente. Porque le abre a la clase obrera una vía inmediatamente practicable, define la posibilidad inmediata de luchar por el poder y, en consecuencia, tiene múltiples efectos positivos para ésta, especialmente para los militantes de los partidos traidores que, en última instancia, es preciso destruir. Movilización, elevación del nivel de conciencia política, fisuras y rupturas en el seno de los aparatos, clarificación política entre los militantes y la clase obrera de la naturaleza y papel de los aparatos, toma de conciencia de la necesidad del partido revolucionario como factor de la realización del Frente Único Obrero y, finalmente, como dirección política del proletariado que sustituye a los antiguos partidos obreros, tales son los resultados de la aplicación de la política de Frente Único.

La política de lucha de clase contra clase se identifica con la línea estratégica del Frente Único de clase de los partidos y organizaciones tradicionales obreros. Es ajena a la “*coexistencia pacífica*” entre los partidos y organizaciones tradicionales de la clase obrera y la vanguardia revolucionaria que construye el partido revolucionario. Sin definir concretamente, en cada etapa, una política que oponga a la clase en tanto que clase con la burguesía, con su estado y su gobierno, es imposible construir el partido revolucionario. Sin construir el partido revolucionario es imposible luchar por el Frente Único de clase, por el gobierno obrero y campesino, por la destrucción del estado burgués y por el poder obrero.

En todos los países capitalistas, el programa de la IV Internacional implica la estrategia del Frente Único Obrero. La lucha por el poder, la lucha por el Frente Único Obrero, la lucha por la construcción del partido revolucionario, son categorías de una misma totalidad: el combate por el socialismo. La crisis del imperialismo, la crisis de la burocracia del Kremlin y las mutaciones que se operan en el seno de la clase obrera y del movimiento obrero, hacen más necesaria y acuciante esta batalla política. Llevándola adelante, conquistando la dirección política de la clase obrera, el partido revolucionario se prepara para el poder.

X. Reivindicaciones, libertades democráticas, revolución política, Frente Único, poder, partido revolucionario: en la URSS, en Europa del Este, en China

En la URSS, en los países de Europa del Este y en China, la construcción del partido revolucionario no es menos necesariamente acuciante que en todos los países capitalistas avanzados y en todos aquellos dominados por el imperialismo. Las burocracias parasitarias, menos que los partidos llamados comunistas y obreros, no pueden ser enderezadas. Esos partidos son los partidos de las burocracias parasitarias y en ningún modo partidos “*más o menos comunistas*”. La estrategia de la lucha por el poder en esos países no es diferente en sus principios de la de la lucha por el poder en los países capitalistas avanzados: tiende a movilizar, organizar y centralizar a la clase obrera como clase contra las burocracias parasitarias. En la medida en que son estados obreros degenerados o deformados, los estados de los países de Europa del Este, de la URSS y de China, no pueden ser “*regenerados progresivamente*”. Son indispensables la acción revolucionaria del proletariado, su organización como clase dominante, la destrucción de los instrumentos represivos de las burocracias parasitarias, el derrocamiento de los órganos del estado y de gestión de la economía.

La lucha por la revolución política parte de las necesidades más elementales, al mismo tiempo que más profundas, del proletariado, de la juventud, de los intelectuales, de los campesinos kolkhozianos y otros. La defensa de las reivindicaciones “económicas”, de las garantías de empleo, de cualificación, de las ventajas sociales, del derecho de la juventud al estudio y a las garantías para su futuro, la lucha por la igualdad social, las reivindicaciones de la democracia obrera: derecho de organización, de formar tendencias en las organizaciones existentes, de formar nuevas organizaciones entre los trabajadores, la juventud obrera y escolar, entre los intelectuales y el campesinado, la libertad de prensa, de literatura, de arte, tienen una importancia decisiva. Paralelamente, la lucha a favor de la independencia de los sindicatos respecto al estado y los partidos de la burocracia, por su renovación de arriba a bajo como organización que exprese las reivindicaciones y aspiraciones del conjunto de los trabajadores, por la expulsión de los burócratas, por su funcionamiento democrático, es una lucha sin la cual es imposible combatir por el derrocamiento de las burocracias parasitarias. El derecho de huelga y manifestación no es menos importante.

Toda lucha de clases, toda lucha política (sea en los países capitalistas avanzados, en los dominados por el imperialismo o en aquellos bajo el control de la burocracia del Kremlin o de las burocracias satélites) requiere de esos instrumentos que son los derechos de organización, de ejercicio de las libertades democráticas. Los recientes ejemplos del ascenso de la revolución política en Checoslovaquia confirman la importancia de la lucha a favor de las libertades democráticas en la marcha hacia la revolución política. El aparato contrarrevolucionario del Kremlin ha decidido intervenir militarmente desde el momento en que la libertad de expresión, prensa, literatura y artes se afirmaba, pero sobretodo cuando el derecho de organización se afirmó decisivamente por el reconocimiento de tendencias en el seno del PC checoslovaco, como lo proponía el proyecto de nuevos estatutos sometidos al XIV congreso del PC checoslovaco. Los violentos ataques y la represión que desencadenó contra los intelectuales que reivindicaban la libertad de expresión, aunque sólo fuese en literatura y arte, vinieron causados porque por la libertad literaria y artística pasa la crítica de su gestión, porque es un embrión, un elemento, de las libertades democráticas y del derecho a organización no sometido al control riguroso de la burocracia. La experiencia demuestra que la lucha de los intelectuales por el derecho a la libertad de expresión en literatura y en arte desemboca, rápidamente, en la lucha política contra la burocracia. Así, en la URSS, aparecía directamente la relación: Daniel, Siniavsky, y quienes les siguieron abrieron la vía a Pavel Litvinov y Larisa Daniel, que denuncian la intervención militar de la burocracia del Kremlin en Checoslovaquia; esta lucha se prolonga en la denuncia de la opresión de las nacionalidades en la URSS, las tomas de posición del general Grigorenko y tantos otros.

El reconocimiento de las organizaciones y partidos que se sitúan en el terreno del socialismo no puede ser confiado de ninguna manera a las burocracias parasitarias. Las corrientes, tendencia, organizaciones y partidos, se definirán y decantarán políticamente en la misma lucha política que afirmará su contenido social y político.

La burocracia del Kremlin y las burocracias satélites no son clases sociales sino excrescencias parasitarias, agencias (en última instancia) de la burguesía en el seno del estado obrero. Ello se manifiesta notablemente en que, contrariamente a la burguesía cuya forma de dominación política, como mínimo en los principales países capitalistas, ha sido la más simple desde que se ejercía por intermedio de la democracia burguesa que permitía a la clase obrera organizarse como clase, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites sólo pueden mantener su poder, defender sus privilegios, mediante la omnipotencia del aparato; comprimiendo en una coraza de hierro a las fuerzas

sociales y políticas, suprimiendo todos los derechos y garantías democráticas. Únicamente el monopolio político mantiene en el poder a las burocracias parasitarias. La teoría demuestra, y la experiencia lo prueba, que la estructura social de la URSS y de los países de Europa del Este es tal que, desde el momento en que revienta el corsé burocrático y se hunde el aparato, la clase obrera surge como fuerza social dominante. En el proceso de descomposición del aparato burocrático, las fuerzas sociales proburguesas siempre provienen del aparato. La burocracia del Kremlin interviene como fuerza represiva intentando reconstruir el aparato contra la clase obrera, es decir en beneficio de la burguesía y del imperialismo mundial. Checoslovaquia, el más reciente y más demostrativo ejemplo, confirma la experiencia de Hungría en 1956. Por ello la lucha por las libertades democráticas en la URSS y en Europa Oriental tiene un contenido de clase proletario. Es revolucionaria y desemboca directamente en la revolución política, de la que es un componente.

La estrategia del Frente Único de clase es también tan indispensable para la revolución política en Europa Oriental y en la URSS como lo es para la revolución social en los países capitalistas avanzados o bajo dominación imperialista. Se trata de unificar a la clase obrera como clase en el combate político contra la burocracia del Kremlin, contra las burocracias satélites y la burocracia china. La desagregación de las burocracias parasitarias hace aparecer, como fue el caso en Hungría y Checoslovaquia, corrientes y organizaciones diversas. Se expresa en la aparición de tendencias en el seno de los PC, tendencias que prefiguran nuevos partidos, y en el renacimiento de partidos con tendencias socialdemócratas.

Combatir para que esas tendencias, esos partidos, realicen el Frente Único sobre un programa de democracia obrera, que dé satisfacción a las reivindicaciones de los trabajadores, de la juventud, de los intelectuales y de los campesinos, en el marco de la defensa y de la regeneración de las conquistas de tipo socialista, expulsando a la burocracia, destruyendo sus privilegios; combatir para que construyan los órganos de clase del proletariado, los comités, para que luchen a fin de conquistar el poder y constituir un gobierno que se apoye en la clase obrera organizada como clase en el seno de sus comités federados a todos los niveles; tal es la tarea de los militantes revolucionarios. Sostener todo paso adelante en este sentido, toda lucha contra las burocracias parasitarias e, incluso, en el curso de los conflictos inevitables en el seno de los aparatos, todo acto político que favorezca la intervención del proletariado, la expresión de las libertades democráticas, se inserta en la estrategia del Frente Único Obrero.

Pero se trata de destruir el aparato burocrático instalado en todos los órganos del poder obrero, se trata de regenerar el estado obrero, se trata de asegurar el poder político en los comités obreros federados a todos los niveles. Los PC continúan siendo los instrumentos del poder burocrático. No cesan de serlo más que cuando estallan, es decir cuando son destruidos. La estrategia del Frente Único de clase no substituye la construcción del partido revolucionario, es indispensable para su construcción, y la construcción del partido revolucionario es indispensable para la lucha por el Frente Único de clase. No hay sustituto para el partido revolucionario, menos incluso que en los países capitalistas. Los militantes que luchan por la construcción del partido revolucionario deben constituirse en organización independiente, formular su programa, su política, de la que se desprenderán su estrategia y táctica. Su organización, bajo cualquier circunstancia, debe mantener su independencia organizativa y política, combatir por su política y programa. Debe combatir por el Frente Único y conquistar, en el curso de esta lucha, la dirección política de la clase obrera y prepararse, así, para reivindicar el poder, para tomarlo y ejercerlo ella misma.

XI. Construcción del partido revolucionario y hegemonía del proletariado

Tanto en los países capitalistas económicamente desarrollados, como en los dominados por el imperialismo, como en los países de Europa del Este, en la URSS y en China, todo se concentra en la construcción del partido revolucionario. Esta es una confirmación cegadora del *Programa de Transición* escrito por León Trotsky, y sobre el cual se fundó la IV Internacional: “*La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria.*” Pero ¿de qué partidos revolucionarios se trata?

Se trata de partidos revolucionarios, en cada país, que combatan con encarnizamiento todas las teorías reformistas, neorreformistas, pequeño burguesas, estalinistas y capituladoras frente al imperialismo y a la burocracia del Kremlin. La hegemonía del proletariado en la lucha de clases es uno de los fundamentos de su programa y de su política. La única clase social capaz de apoderarse del poder, tanto en los países capitalistas como en los dominados por las burocracias parasitarias, y de realizar el socialismo, es el proletariado. El estadio a que ha llegado la crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin abre el período de la revolución inminente. Los estudiantes, los intelectuales y la juventud, son muy a menudo los primeros en entrar en conflictos violentos con el orden establecido, sea en los países capitalistas o en los dominados por las burocracias parasitarias. Sus luchas son de la mayor importancia; manifiestan el impasse de la sociedad burguesa, la quiebra de las burocracias parasitarias, son las precursoras de potentes y violentas luchas de clase. El partido revolucionario apoya esas luchas y participa en ellas, pero no cede a las ilusiones pequeño burguesas. Por el contrario, las combate teórica y prácticamente. Los estudiantes, los intelectuales, no pueden resolver solamente con su movimiento los problemas que enfrentan. No son portadores de ninguna nueva organización social, sus luchas sólo resultan fecundadas cuando se unen a la lucha de clase del proletariado, cuando estudiantes e intelectuales se sitúan en el plano de los intereses históricos del proletariado. No podría haber “*partidos estudiantiles*”, “*partidos de los intelectuales*”, sólo pueden existir partidos burgueses o partidos obreros. Los estudiantes y los intelectuales necesitan de organizaciones específicas que se correspondan con sus intereses y exigencias específicos, en ningún caso pueden tener partidos que les sean propios.

La juventud no es una categoría social en sí misma, la atraviesa la división de la sociedad en clases. No es menos una placa sensible de la lucha de clases. Es una capa particularmente móvil. Uno de los fenómenos más remarcables de estos últimos años, particularmente significativo de la descomposición y del impasse de la sociedad burguesa y de la quiebra de las burocracias parasitarias, consiste en que una parte de la juventud, salida de la burguesía o de las burocracias parasitarias, está en revuelta contra la sociedad burguesa o contra esas burocracias parasitarias. Cuando una clase o capa social ve a su juventud levantarse contra ella es el signo infalible de su impasse. Ello significa que ya no es capaz de abrir un futuro para la mayoría de sus hijos.

La juventud obrera no se levanta contra el proletariado, como máximo se adelanta algunos pasos al grueso de la clase obrera. La descomposición de la sociedad burguesa y la quiebra de las burocracias parasitarias amenazan al proletariado en su conjunto y repercuten sobre él, pero golpean en primer lugar y más duramente a la juventud obrera que no posee ninguna base sobre la que pueda construir su futuro. Además, la juventud obrera no está ni marcada por los fracasos anteriores ni atada a las viejas organizaciones tradicionales. Todas estas razones concurren para que se comprometa fácil y rápidamente en la acción revolucionaria sin dejarse parar por las

viejas recetas, las viejas rutinas que no la han marcado como lo han hecho con las viejas generaciones.

La construcción del partido revolucionario es imposible si la juventud estudiantil y obrera, las nuevas generaciones, no son actores de la misma. Es preciso integrar a los elementos más avanzados de la juventud en la construcción del partido revolucionario, en la organización cuya tarea es esa. Al mismo tiempo, la juventud tiene sus intereses específicos, su manera de aprehender la lucha de clases, necesita independencia y determinarse por sí misma, es decir que necesita una organización revolucionaria propia. Pero la construcción de la organización revolucionaria de la juventud no es suficiente para la construcción del partido revolucionario. No puede ser un producto que reemplace al partido revolucionario; mucho más, no puede construirse sin el impulso político de la organización revolucionaria. Los lazos que unen a la organización revolucionaria con la organización revolucionaria de la juventud son lazos políticos. La organización revolucionaria de la juventud no debe subordinarse al partido revolucionario. Pero no existe “*partido revolucionario de la juventud*”, al igual que no existen “*partidos estudiantiles*” o “*partidos de intelectuales*”.

Si se le aísla de la clase obrera, la juventud es impotente, sus luchas están condenadas al fracaso, su acción política sólo puede orientarse hacia las explosiones esporádicas e impotentes, desviarse hacia el aventurerismo, hacia el “*izquierdismo*”, hacia la renuncia a derrocar la sociedad burguesa y las burocracias parasitarias; y alimentar las más confusas, incluso las más escabrosas, recetas de los “*reformadores*” de toda laya. La responsabilidad de la organización revolucionaria es muy grande frente a la juventud obrera y estudiantil. Necesita nutrirla políticamente pero, sobretodo, ligarla políticamente al conjunto del proletariado. Para hacerlo sólo existe un método: construir el partido revolucionario en tanto que partido del proletariado.

El partido de la revolución proletaria, del socialismo, es un partido de la clase obrera. Ello no quiere decir que esté compuesto solamente por militantes de origen social obrero. Los militantes del partido revolucionario son tanto originarios de los medios pequeño burgueses, estudiantiles o intelectuales como obreros. Se fusionan todos a partir de la teoría y de la práctica para componer conjuntamente el partido revolucionario que elimina las diferencias sociales en su seno en el curso del combate común por el socialismo. Pero el partido revolucionario sólo puede cumplir su misión histórica como partido del proletariado, combatiendo como factor de movilización y organización del proletariado en su conjunto, de elevación de su conciencia política, deviniendo la dirección política de la clase obrera, pues sólo la clase obrera en tanto que clase puede, por su lugar en la producción, por su cohesión, por su realidad internacional, cumplir la revolución y construir el socialismo.

Todo el período reciente confirma la hegemonía del proletariado en la lucha de clases.

XII. La unidad mundial de la lucha de clases

La lucha por el poder de cada proletariado no es simplemente paralela y similar a las de los otros proletariados. La concepción estalinista de la “*construcción del socialismo en un solo país*” es ajena al marxismo. Lenin y Trotsky, todos los dirigentes de la revolución rusa, consideraban la toma del poder por el proletariado ruso como la apertura del proceso de la revolución proletaria mundial. El proletariado ruso tomó el poder como fracción del proletariado mundial, como uno de sus destacamentos avanzados. La “*teoría*” de la “*construcción del socialismo en un solo país*” vio la luz con el reflujo de la oleada revolucionaria mundial, que nació en el curso de la primera

guerra imperialista, con el fracaso de la revolución alemana en particular, con el aislamiento de la revolución rusa, con el agotamiento del proletariado ruso, con el nacimiento, afirmación y crecimiento de la burocracia del Kremlin. En realidad, expresa la oposición de la burocracia contrarrevolucionaria a la lucha por el socialismo, tanto por la extensión de la revolución a los países económicamente más desarrollados como por la recuperación del control de las conquistas de Octubre de 1917 por el proletariado de la URSS.

Según el pronóstico de Lenin, la primera guerra imperialista abrió la era de las guerras y revoluciones. Después, la lucha de clases mundial se resume en la del imperialismo que, al precio de las peores convulsiones, guerras civiles, crisis y guerras imperialistas, intenta sobrevivir; y en la del proletariado mundial, portador de la sociedad socialista.

La crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin tiene un único fundamento: la economía mundial, ésta es un todo orgánico, por tanto diferenciado, pero un todo, a pesar de su división en dos sistemas sociales; una totalidad que ni el imperialismo ni la burocracia del Kremlin pueden desembarazar de sus contradicciones y antagonismos. La incapacidad del imperialismo para resolver sus contradicciones proviene de las relaciones sociales de producción del modo de producción capitalista: de las relaciones de propiedad privada. El imperialismo está constituido sobre la base de estados nacionales. Está aprisionado en las condiciones históricas de su formación. La guerra imperialista no es otra cosa más que la revuelta de las fuerzas productivas contra la estrechez de los marcos nacionales, como lo explicaba Trotsky.

Las relaciones de producción establecidas en la URSS, en Europa del Este, en China, se ahogan igualmente sobre sus bases nacionales demasiado estrechas, pero por razones inversas. La propiedad colectiva de los medios de producción es indispensable para que la economía mundial se armonice como un todo y en sus diferentes partes y que se desarrollen prodigiosamente las fuerzas productivas, condición indispensable para la construcción del socialismo. Si las burocracias parasitarias son la consecuencia de la contradicción entre las relaciones sociales de producción de tipo socialista y el hecho que sólo están establecidas en una parte del mundo, que están encerradas en los marcos nacionales heredados del pasado capitalista económicamente atrasado, inversamente, las burocracias parasitarias tienden a perpetuar esos antiguos marcos de los que dependen su poder político y sus privilegios.

La revolución proletaria es, en esencia, la expresión positiva de la revuelta de las fuerzas productivas contra la propiedad privada de los medios de producción y los marcos estrechos del estado nacional, mientras que las guerras imperialistas y las crisis son la expresión negativa. La clase obrera es la única clase que, por su lugar en la producción, expropiará a la burguesía, suprimirá la propiedad privada de los medios de producción, romperá el marco demasiado estrecho de las fronteras nacionales, armonizará la economía mundial, globalmente y en sus diferentes partes, asegurando este desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas que es el fundamento del socialismo.

El proletariado sufre la presión constante de la sociedad burguesa. Su situación no es uniforme en cada país, tanto por el hecho de las condiciones económicas como por su nivel de cultura, sus tradiciones, su organización. Está encuadrada por las viejas organizaciones, los aparatos burocráticos de los sindicatos, y los de los partidos reformistas y estalinistas. Precisa combatir en los marcos nacionales y tomar el poder en los marcos heredados de la sociedad burguesa antes de romperlos. Su desarrollo y maduración política no son ni regulares, ni rectilíneas, ni idénticos en todos los países. Pero no por ello la misión histórica del proletariado es menos mundial. Es la economía mundial la que la funda como clase y hace de ella una unidad diferenciada pero

orgánica a escala mundial. El internacionalismo proletario procede de la unidad orgánica y de las tareas históricas del proletariado: es la expresión política.

La política de “*coexistencia pacífica*” es la prolongación de la “*teoría*” de la “*construcción n del socialismo en un solo país*”. El “*pacto atlántico*”, los diferentes acuerdos militares interimperialistas, la “*Comunidad Económica Europea*”, la zona de libre cambio, los múltiples acuerdo interimperialistas, económicos, militares, políticos, el pacto de Varsovia, el CAEM (Consejo de Asistencia Económica Mutua) concretan el reparto del mundo en zonas de influencia. Unos y otros son instrumentos contrarrevolucionarios.

Todo el sistema de las alianzas militares, OTAN, OTASE, etc., se ha puesto en funcionamiento para reunir alrededor del imperialismo estadounidense a los imperialismos menos potentes. Está concebido para preparar las intervenciones militares del imperialismo estadounidense, viniendo en refuerzo de los imperialismos menos potentes o para relevarlos contra todo desarrollo de la lucha de clases; en vista a apuntalar a las burguesías compradoras en los países atrasados, permitir intervenciones militares como la de Santo Domingo, como la guerra del Vietnam, etc.; en vistas a organizar a las fuerzas represivas bajo la dirección de “*consejeros estadounidenses*”, como en América Latina, en Laos, Corea, etc.; y, finalmente, en vistas a la guerra contra China, la URSS y los países de Europa del Este.

La CEE organizada a fin de intentar superar la estrechez de las fronteras nacionales, sin lugar a dudas ha permitido que se desarrollen los intercambios entre los Seis, pero no ha modificado fundamentalmente la estructura de la producción, que sigue basada en el terreno nacional de cada burguesía. El papel de cada estado nacional burgués ha aumentado, como instrumento de defensa de los intereses específicos de su burguesía. El imperialismo estadounidense, al utilizar a la CEE como zona de libre cambio, ha afirmado su penetración en Europa mediante la inversión masiva de capitales, acelerando así la decadencia de las burguesías de Europa Occidental.

La Alianza por el Progreso sólo es un pillaje refinado de América Latina por el capital estadounidense, pillaje tan desahogado que las burguesías de América Latina, sin embargo dependientes en extremo del imperialismo de los Estados Unidos, piden que sea modificado. Y pasa igual con todos los acuerdos de “*cooperación económica*” establecidos por el imperialismo norteamericano, por los imperialismos europeos o por el japonés, sea entre ellos o con países económicamente atrasados.

En la etapa actual de la lucha de clases, el Pacto de Varsovia no tiene gran cosa que ver con la defensa de la URSS y de los países de Europa del Este. Ante todo es un instrumento en manos de la burocracia del Kremlin que “*legítima*” la subordinación de los proletariados de los países de Europa del Este a aquella, que legitima sus intervenciones, la ocupación militar contra esos proletariados, para paliar el hundimiento de las burocracias satélites y reconstituirlas, así como ocurrió en el caso de Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968, o, simplemente, porque la presencia militar de la burocracia del Kremlin es la única fuerza real que sostiene a las burocracias satélites, como en Alemania del Este.

El CAEM continúa siendo un instrumento de subordinación de la economía de los países de Europa del Este a los intereses de la burocracia del Kremlin. En el CAEM es donde se establecen acuerdos desiguales que drenan los recursos económicos de países como Checoslovaquia o Alemania del Este, a fin de atenuar las distorsiones de la economía de la URSS, resultado de su gestión por la burocracia. Por intermedio del CAEM y de su banca, la burocracia financia determinadas inversiones en la URSS, obligando a determinados países (Checoslovaquia) a ser sus acreedores, impone el rublo como moneda de cuenta a los países del Este, entre ellos; controla, subordina, retuerce y

roba su economía.

Igualmente que el Pacto de Varsovia, el CAEM no es un instrumento de defensa de la URSS y de los países de Europa del Este sino de opresión nacional, de aplastamiento de los proletariados de Europa del Este, de defensa de la burocracia, de su poder político, de sus privilegios.

La construcción de partidos revolucionarios pasa por la lucha contra estas expresiones concretas de la política de “*coexistencia pacífica*”, de la que sólo el imperialismo puede sacar provecho en última instancia. La neutralización de Europa, reclamada por la burocracia del Kremlin, así como también el “*reconocimiento de las fronteras resultantes de la Segunda Guerra Mundial*”, sólo es la continuidad de la política de “*coexistencia pacífica*”, cuyo filo está dirigido contra el proletariado.

Destruir los acuerdos y alianzas militares, económicos, políticos, interimperialistas; sostener la lucha de los pueblos subordinados al imperialismo, el cual se apoya sobre las burguesías llamadas nacionales, se confunde completamente, para la clase obrera, con la lucha más resuelta contra la burguesía de su propio país, hasta su derrocamiento revolucionario por aquélla. Aun es preciso que, concretando el internacionalismo proletario, se abra la vía de la cooperación política y económica entre los proletariados que se apoderen del poder, especialmente en Europa, la de los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Sólo sobre esta base puede el proletariado solucionar los problemas de las fronteras, de la unidad, política y económica, de Alemania y otros países (Corea, Vietnam) en el mundo, así como los de las minorías nacionales, los de las relaciones entre nacionalidades y estados multinacionales.

Una verdadera cooperación política y económica entre obreros pasa por la destrucción de las burocracias parasitarias, por la ruptura de los lazos de subordinación política, económica y militar de los países de Europa del Este a la burocracia del Kremlin, piedra angular de las burocracias parasitarias; subordinación que certifican el Pacto de Varsovia y el CAEM. Necesita el derecho a la independencia nacional de esos países, como también el respeto de los derechos de las nacionalidades que componen la URSS. Esos derechos serán conquistados por la revolución política; entonces será posible una verdadera cooperación política, económica y militar, que llevará a la constitución de los Estados Unidos Socialistas de Europa del Este, paso adelante hacia los Estados Unidos Socialistas de Europa.

En realidad, revolución social y revolución política se nutren recíprocamente. Confluyen en Europa y su desarrollo no es paralelo sino conjunto. La “*coexistencia pacífica*” es la barrera que le opone la burocracia del Kremlin. El internacionalismo proletario se opone a todas las expresiones de esta “*coexistencia*”, incluyendo la que representa la ONU, terreno en el que se enfrentan eventualmente la burocracia del Kremlin y el imperialismo, pero siempre sobre la base de su lucha común contra la revolución proletaria; lucha que, finalmente, aprovecha esencialmente el imperialismo.

Las relaciones entre China y la URSS no podrán quedar arregladas de acuerdo con el internacionalismo proletario mientras que la burocracia del Kremlin no sea abatida por la revolución política en la URSS, lo que llevará, ineluctablemente y a corto plazo, al hundimiento de la burocracia china. Sin embargo, bajo las actuales circunstancias, quien amenaza las conquistas de la revolución china es la burocracia del Kremlin, aliada con el imperialismo. Intenta establecerse una prima de seguro de un compromiso planetario, nuevo inicio de “*su*” “*coexistencia pacífica*”, con la luz verde dada a la penetración del imperialismo en China, sea mediante la capitulación de la burocracia china, sea mediante medios militares; como espera, igualmente, la ocasión y se emplea en hacer capitular a los obreros y campesinos vietnamitas y en restaurar el

orden querido por el imperialismo estadounidense en el Medio Oriente. Sin lugar a dudas, la política de la burocracia china favorece, al menos en cierta medida, el aislamiento de China del proletariado mundial, mientras que el programa y la política del FNL y la aprobación por el gobierno de Vietnam del Norte, por el Partido de los Trabajadores vietnamita y el FNL, de la intervención militar de los cinco países del llamado Pacto de Varsovia acrecienta su dependencia frente a la burocracia del Kremlin. Bajo estas condiciones, el internacionalismo proletario exige el apoyo incondicional a China y a los obreros y campesinos vietnamitas contra el imperialismo y la burocracia del Kremlin, sin que, sin embargo, la política revolucionaria se confunda con las de la burocracia china, el gobierno de la RDV, del Partido de los Trabajadores vietnamita o del FNL.

La defensa de la URSS, de los países de Europa del Este y de China, se confunde enteramente con la lucha por la revolución proletaria mundial, por la fusión de la revolución social y la revolución política.

XIII. La Internacional y el Comité Internacional de la IV Internacional

La lucha conjunta contra el imperialismo y la burocracia del Kremlin, por la revolución proletaria mundial y por el socialismo, se identifica con la de la construcción de la Internacional Revolucionaria. La revolución proletaria y la construcción del socialismo están objetivamente basados en: la contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las viejas envolturas dentro de las que se ahogan (la propiedad privada de los medios de producción, los marcos nacionales); sobre la exigencia de la apropiación colectiva de los medios de producción y de la organización, sobre esta base, de la producción a escala mundial de forma racional en función de la satisfacción de las necesidades de la humanidad. La clase obrera, como clase mundial, de la que cada proletariado nacional es un destacamento, asiste en el parto a la humanidad, preñada de socialismo, mediante su lucha que culmina en la toma del poder político en cada país, en la destrucción de los estados burgueses, en la constitución de los estados obreros. Pero la revolución proletaria y la construcción del socialismo no son procesos automáticos. Proviene, por el contrario, de la conciencia que se eleva al más alto nivel: por primera vez, la humanidad puede dominar el curso de su historia y cumplir conscientemente su desarrollo histórico. La necesidad del partido revolucionario se deduce del carácter y del sentido histórico de la revolución proletaria y de la construcción del socialismo, se deduce de la posición y de las condiciones del proletariado en el seno de la sociedad burguesa, del hecho que el proletariado sufre la presión de esta sociedad, de las ideologías que segrega, por el hecho que sólo puede acceder a la conciencia política a través de sus luchas, organizándose como clase, para llevar sus combates, y porque necesita asimilar el método marxista. El partido revolucionario centraliza políticamente al proletariado, condensa, acrece y pone en acción la conciencia política del proletariado. Por lo mismo, el partido revolucionario de cada país sólo adquiere plena eficacia, sólo cumple totalmente sus funciones, sólo alcanza un nivel de conciencia y actividad política suficiente, como fracción de la Internacional cuyo objetivo debe ser devenir el partido mundial de la revolución proletaria. La construcción del partido revolucionario en cada país es inseparable de la construcción de la Internacional Revolucionaria.

Todos los retrocesos del proletariado mundial se han traducido siempre en la destrucción de la Internacional. Todas las adaptaciones a la burguesía de cada país, al imperialismo mundial, se han manifestado en la renuncia al internacionalismo proletario, internacionalismo que se identifica con la lucha por la revolución proletaria

mundial. Por el contrario, cada paso adelante del proletariado mundial va de la par con la lucha por la construcción de la Internacional.

Ante la quiebra de la II Internacional, en plena guerra imperialista, Lenin afirmaba: hay que construir la III Internacional. El Partido Bolchevique tomó el poder e impulsó la construcción de la III Internacional. El ascenso de la burocracia del Kremlin vino acompañado por la destrucción de la III Internacional que, antes de ser disuelta finalmente en 1943, sólo era ya un instrumento de la burocracia del Kremlin. Luchando por y fundando la IV Internacional, Trotsky defendió los avances teóricos y prácticos del proletariado mundial.

La crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin, la inminencia de la revolución proletaria, la necesidad de unificar las luchas revolucionarias de los proletariados de los países capitalistas con las de los proletariados bajo el control de la burocracia del Kremlin, la perspectiva del socialismo, en particular de los Estados Unidos Socialistas de Europa, exigen imperiosamente la construcción de la Internacional Revolucionaria. Ningún partido revolucionario puede construirse y cumplir sus tareas al margen de la lucha por la construcción de la Internacional.

La Organización Trotskysta (por la reconstrucción de la IV Internacional) estima que el conjunto de la situación y el curso de la lucha de clases plantean a todos los grupos revolucionarios y organizaciones la cuestión de la construcción de partidos revolucionarios en cada país, conjuntamente con la construcción de la Internacional Revolucionaria.

La Organización Trotskysta (por la reconstrucción de la IV Internacional) estima que la Internacional Revolucionaria sólo puede construirse sobre la base del programa de la IV Internacional elaborado en 1938 por León Trotsky. La II Internacional y la III Internacional, los partidos socialdemócratas y estalinistas, y esto cada día queda más probado, han quebrado en su misión. Han pasado definitivamente al lado del orden burgués. La IV Internacional fue proclamada en 1938 para organizar al proletariado internacional y, en cada país, para la conquista revolucionaria del poder.

Ninguna otra organización del mundo ha sufrido golpes tan feroces de la burguesía y del estalinismo. Los militantes que, con Lenin y Trotsky, habían fundado el partido bolchevique y la III Internacional, los cuadros del movimiento trotskysta internacional, el mismo León Trotsky, fueron perseguidos y asesinados. Stalin buscó la destrucción del hilo de continuidad que enlaza el programa y la organización de la IV Internacional con la III Internacional. Stalin no pudo lograrlo. En 1938, la IV Internacional, como programa y organización, se constituyó en un período de profundo retroceso obrero:

“En todos los países [recuerdan los estatutos de la IV Internacional], los miembros de la IV Internacional se organizan en partidos o ligas, que constituyen la sección nacional de la IV Internacional (Partido mundial de la revolución socialista).

Las secciones nacionales se constituyen sobre la plataforma y según la estructura organizativa definida y establecida por el Congreso de fundación de la IV Internacional (septiembre de 1938). En esta plataforma, la IV Internacional concentra la experiencia internacional del movimiento revolucionario marxista, en particular la que es el resultado de las conquistas socialistas de la revolución de Octubre de 1917 en Rusia. Asimila y se basa en todas las experiencias sociales progresivas de la humanidad, que conducen a la expropiación de la clase capitalista y a la supresión final de las clases.”²⁰³

²⁰³ *Estatutos de la Cuarta Internacional*; <http://www.ceipleontrotsky.org/Estatutos-de-la-IV-Internacional>.

Pero no tenemos el deseo ni la intención de ocultar a la vanguardia del proletariado mundial y a los trabajadores el hecho que la presión de las fuerzas de la burguesía y del estalinismo ha tenido efectos devastadores sobre la organización de la IV Internacional. En el seno de la IV Internacional y en su dirección, tendencias liquidadoras de la IV Internacional, combatidas por los trotskistas, abandonando el terreno de la lucha de clases, capitulando ante el estalinismo y el reformismo, han intentado destruir la IV Internacional traicionando su programa y su organización.

Las organizaciones trotskistas que se adhieren al Comité Internacional de la IV Internacional proclaman que la IV Internacional no ha quebrado. Su programa, adoptado en 1938 y que ha sido completamente verificado por el curso ulterior de la historia, da las únicas respuestas a los problemas de la lucha de clases que se plantean en nuestra época.

Militantes y cuadros del movimiento obrero internacional, militantes y cuadros reagrupados aún en las organizaciones revisionistas y centristas del “Secretariado Unificado” pablista: os invitamos a organizaros y a participar en esta obra de reconstrucción de la IV Internacional, tarea que se confunde con la de construir, en cada país, partidos revolucionarios, instrumentos de la victoria del proletariado en su combate por la conquista revolucionaria del poder.

Militantes y cuadros del movimiento obrero internacional, estamos a tiempo. La situación internacional exige, y la actividad del Comité Internacional y de las secciones que se le adhieren en cada país hace posible, la realización de las tareas de la III Conferencia del Comité Internacional que adoptaba, en 1966, una resolución en la que se decía:

“La unidad esencial de la lucha de clases internacional que se deduce del carácter internacional de la crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia, implica directamente la necesidad de construir partidos trotskistas en cada país, contra las conclusiones liquidadoras que implica la noción revisionista de la división del mundo en campos o en sectores. Nuestra perspectiva resalta la urgencia de construir partidos proletarios independientes en los países de Europa Oriental, la URSS, China y coloniales o semicoloniales.

Esta tarea central de la construcción de partidos revolucionarios independientes implica la lucha capital por la independencia política de la clase obrera contra la burocracia estalinista y las direcciones reformistas. Esta lucha implica, igualmente, una batalla determinada contra el tradeunionismo y toda forma de postración ante el hecho que un partido revolucionario pueda nacer de la espontaneidad de la clase obrera.

Esta Conferencia Internacional estima que el movimiento trotskista debe, a través de la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional, construir la dirección centralizada del Partido Mundial de la Revolución Socialista, en un combate orgánicamente ligado al combate en cada país por la construcción de partidos revolucionarios centralizados dirigiendo la lucha revolucionaria de las masas. La construcción de esos partidos y de la Internacional debe ser llevada adelante sobre la base de la experiencia y de la prosecución del combate incesante contra el revisionismo.

Los trabajos de la conferencia de Londres demuestran la necesidad, para el Comité Internacional, de preparar políticamente, en un plazo de año y medio, una Conferencia Internacional cuyo objetivo será reunir a todas las organizaciones trotskistas que combaten por la IV Internacional.

En particular, el CI luchará para reunir en las filas de la IV Internacional a los militantes y grupos que, actualmente, están engañados por los revisionistas

del “Secretariado Unificado”.

Los trotskistas, organizados como secciones de la IV Internacional, deben luchar por la construcción de partidos obreros revolucionarios basados en el programa de transición de la IV Internacional.

La lucha por ese programa y por la construcción del partido constituye la base principal de su trabajo en las organizaciones de masas de la clase obrera, los sindicatos y en el trabajo que deben realizar de cara a la juventud obrera, que constituye la reserva de fuerzas vivas de la IV Internacional.

Todo trabajo de este género está subordinado a la tarea principal de construcción del partido. La construcción del partido exige la publicación de un diario capaz de luchar constantemente por el conjunto del programa del partido, de forma que eleve el nivel de conciencia de la clase obrera en todos los dominios de la lucha de clases. Esta lucha por el partido independiente constituye la única base de defensa de las posiciones de la clase obrera y todas las consideraciones tácticas le están subordinadas. Bajo las circunstancias en que la táctica del entrismo en los partidos obreros existentes se convierta en necesaria, esta táctica será llevada de forma que se subordine a la tarea principal de construcción del partido independiente.

Para la realización de este objetivo, el CI tendrá que organizar la discusión internacional alrededor de los siguientes ejes:

- a) Construcción de partidos revolucionarios sobre la base del programa en el marco de la lucha práctica por la reconstrucción de la IV Internacional;
- b) Unidad de la lucha de clases mundial;
- c) Defensa de las conquistas del proletariado mundial, mediante los métodos de la revolución proletaria, en los países capitalistas, la URSS, China y los países fuera del control del imperialismo.”

El combate entablado por las organizaciones adheridas al Comité Internacional ha iniciado un proceso de reconstrucción de la IV Internacional. A consecuencia de ello, la OT decide someter a la discusión en el seno del CI el texto que precede, en vistas a:

- las tareas a cumplir en el período de la inminencia de la revolución, abierto por la huelga general de mayo-junio de 1968 y el ascenso de la revolución política en Checoslovaquia.
- de la construcción de partidos revolucionarios sobre la base del programa en el marco de la lucha práctica por la reconstrucción de la IV Internacional.

La Organización Trotskista (por la reconstrucción de la IV Internacional) estima que todos los grupos u organizaciones, comprometidos en la lucha de clases, que sienten, sean cuales sean sus orígenes políticos, la exigencia acuciante de la construcción de partidos revolucionarios en cada país y de la Internacional, instrumentos indispensables para la victoria del proletariado en cada país y en la arena mundial de la lucha de clases, para la victoria del socialismo, son parte interesada en esta discusión y estima que deben participar en ella. Así, la Organización Trotskista se mantiene fiel a la tradición revolucionaria e internacionalista de los fundadores de las I, II, III y IV Internacionales; así la Organización Trotskista estima que debe asumirse la continuidad de la IV Internacional y entablarse su reconstrucción.

Del mismo autor en Stéphane Just – Escritos

<http://grupgerminal.org/?q=node/537>

- *A propósito de dos “Conferencias Mundiales”, 1991*
- *A propósito de las "25 Tesis" del camarada Ernest Mandel sobre la "revolución mundial", 1976*
- *Bases económicas del marxismo*
- *Caracas: en peligro la existencia de IVª Internacional – CIR, 1987*
- *Cómo el revisionismo se apoderó de la dirección del PCI, 1984*
- *Contribución a la preparación del XXXI congreso del PCI, 1986*
- *Defensa del trotskismo, Stéphane Just, 1965*
- *Del oportunismo... al revisionismo... al liquidacionismo, 1992*
- *Dónde está y hacia dónde va la dirección del PCI, 1984*
- *El Gobierno Obrero y Campesino, 1971*
- *Estalinismo e izquierdismo, 1969*
- *La huelga general de mayo-junio de 1968 vino de lejos, 1979*
- *La huelga general y la cuestión del poder, 1980*
- *La revolución política en la URSS y en Europa del Este y Nuevos elementos para un informe sobre la revolución política, 1981*
- *Las nacionalizaciones. Contribución a la preparación del XXVI Congreso de la OCI Unificada, septiembre de 1981*
- *Los sindicatos, la crisis del imperialismo y el nuevo período de la revolución proletaria, 1985*
- *Marx y las crisis del modo de producción capitalista, 1983*
- *Materiales Conferencia Nacional de militantes por el Gobierno Obrero, 1972*
- *Prefacio a "Los marxistas contra la autogestión", 1973*
- *Prefacio a "Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista", 1972*
- *Sobre una posibilidad teórica y de la lucha por la dictadura del proletariado, 1979*
- *Una nueva perspectiva, 1996*



Para contactar con nosotros:
germinal_1917@yahoo.es

Visita nuestra página web:
www.grupgerminal.org